Autor de los *best sellers La Ruta Infinita* y *Dueños del Mundo*

JOSÉ CALVO POYATO

El IMPERIO en la TORMENTA



Una Armada que no fue vencida.
Un desastre inglés olvidado.
Un océano que siguió siendo español.

HarperCollins

EL IMPERIO EN LA TORMENTA

La Gran Armada está a punto de partir para cambiar el destino del Imperio. Pero nunca se imaginaron lo que estaba por venir.

Felipe II planea invadir Inglaterra como respuesta a los constantes ataques piratas, sus alianzas con los rebeldes holandeses y el asesinato de María Estuardo.

Corre el año 1588 en Lisboa y el joven caballero Alonso de Sandoval embarca en la armada esperando a su regreso desposar a la mujer que ama, Leonor de Mascarenhas. Sin embargo, lo que prometía gloria pronto se convierte en caos: la fuerza naval, muy dañada por los temporales, se ve obligada a regresar al norte de España. Es cuando los ingleses difunden la mentira de su victoria sobre esta gran expedición, a la que bautizan despectivamente como 'la Invencible'.

Isabel I manda una inmensa flota sobre las costas españolas y cosecha un desastre sin parangón, que una vez más se encargaron de ocultar… Entre el honor y la mentira, Alonso descubrirá que la historia no siempre la escribe quien vence, sino quien controla el relato.

Galeones de guerra, batallas navales, conspiraciones… José Calvo Poyato nos relata la distinta suerte de las dos

armadas y de los hombres que lucharon en ellas, desde Lope de Vega hasta el almirante Recalde o sir Francis Drake.

Una novela donde se dan la mano la intriga, la acción y el rigor histórico.

©2026, Calvo Poyato, José
©2026, HarperCollins
Colección: Harper Ficciòn
ISBN: 9788410647459
Generado con: QualityEbook v0.87

José Calvo Poyato

El Imperio en la tormenta

HarperCollins

Índice

CRÉDITOS

Imagen

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL
XLI
XLII
XLIII
XLIV
XLV
XLVI
XLVII
XLVIII
XLIX
L
LI
LII
LIII
LIV

LV
LVI
LVII
LVIII
LIX
LX
LXI
LXII
LXIII
LXIV
LXV
LXVI
LXVII
LXVIII
LXIX
LXX
Dramatis personae
Bibliografía
Nota del autor
Agradecimientos
Créditos
Notas



Capítulo I

FEBRERO de 1587

En aquellos tres días desde que partió de Plymouth, el *San Pedro Apóstol* había navegado con buen viento. Era la primera hora de la tarde cuando, con las velas desplegadas, se encontraba a menos de media milla de la costa cántabra. El cielo estaba encapotado y el viento anunciaba lluvia.

—¡Que recojan velas! —ordenó el capitán al contramaestre desde el puente de mando.

—¡Arriad el trinquete! ¡La mayor y la mesana! ¡Vamos, gandules! ¡Vamos! ¡Tendré que hacerlo yo!

Era necesario que el barco perdiera velocidad y se dejara arrastrar por la corriente. Los marineros se afanaban en cumplir la orden y recogían a toda prisa el trapo.

Poco después echaba las dos anclas para quedar fondeado cerca del embarcadero. Rápidamente se arriaron los bateles y, ya en tierra, tras pasar los controles de la aduana, el capitán decidió que la descarga se realizaría la mañana siguiente, con las primeras luces del día. La mayor parte de la tripulación y los cuatro viajeros que habían embarcado en el puerto inglés se dirigieron, atravesando la Puebla Vieja, a la iglesia de Santa María para dar gracias por terminar felizmente la travesía. Al salir, un mercader que viajaba a

Medina del Campo se encaminó sin perder un instante a la casa de postas.

—Esta carta debe llegar a su destino sin demora.

—¿Vuesa merced quiere prioridad?

—¡Desde luego!

—Eso… os costará un buen dinero.

—¿Cuánto?

—¿Cuál es su destino?

—Madrid. Para don Mateo Vázquez de Leca.

—Muy bien, veamos… —El maestro de postas consultó unos pliegos un tanto ajados—. Son ochenta y tres leguas y vuesa merced quiere prioridad. Eso supone… —Hizo cuentas en un papelillo—: Cuatro ducados y doce maravedíes.

Era una suma elevada, pero el mercader no regateó y pagó sin rechistar.

—El correo saldrá mañana al alba. Está nublado y anocheciendo. ¿Vuesa merced acaba de llegar en el *San Pedro*?

—Así es, salimos de Plymouth hace tres días. El viaje ha sido bueno, mejor de lo que se esperaba para esta época del año.

—Terminaremos a palos con esos herejes. Si no…, al tiempo.

Era lo que muchos pensaban. La guerra con los ingleses estaba en el ambiente. Su reina, disimuladamente, había ayudado a don Antonio de Avís en su deseo de convertirse en rey de Portugal frente a los derechos de su majestad. Pero lo más grave era que desde hacía un par de años, sin disimulos, ayudaba con tropas —corría el rumor de que eran más de seis mil soldados— a los holandeses que se habían rebelado contra su legítimo rey.

—Tenéis razón. Las cosas están mal y se van a poner peor.

El maestro de postas lo miró a los ojos.

—¿Por qué lo dice vuesa merced?

—Porque allí no soplan los mejores vientos.

—¿Traéis noticias?

—Las que vienen en esos pliegos. Pero… ¡dejémonos de cháchara! Esta carta debe llegar a su destino lo antes posible.

En aquel momento las primeras gotas cayeron con fuerza. Anunciaban una intensa lluvia que dificultaría el trabajo del mensajero, aunque contara con las ventajas de tener prioridad. Cambiaría de montura en cada posta y tendría los mejores caballos disponibles en ellas.

Cuatro días después, a eso del mediodía, sonaba el aldabón de la casa de don Mateo Vázquez de Leca. El criado que acudía a abrir protestaba. Llamaban con insistencia y con fuerza.

—¡Ya va! ¡Ya va, por el amor de Dios!

Al abrir el postigo le sorprendió el aspecto de pordiosero de quien formaba aquel escándalo. Manchado de barro, con el pelo empapado y apelmazado, el cansancio se veía reflejado en su rostro y barba de varios días.

—¿Sabéis de quién es esta casa? ¿A qué vienen tantas prisas? ¡Si lo que queréis es una caridad, acudid al convento de San Francisco! ¡Ya estarán dando la sopa boba!

—Traigo una carta para don Mateo Vázquez de Leca.

El criado vio entonces que sostenía las bridas de un caballo, tan sucio como él, pero de buena estampa y mucha alzada.

—¿De dónde viene vuesa merced?

—Salí de Laredo hace cuatro días.

—¡Santa Madre de Dios! —exclamó santiguándose—. ¡Así está vuesa merced! ¡Pasad, pasad! —Le franqueó la entrada—. ¡Entregádmela!

—He de entregarla en mano.

—Entonces, aguardad. Enseguida doy aviso a mi amo.

No tuvo que esperar mucho. Don Mateo Vázquez de Leca, secretario de su majestad, apareció acompañado de un hombrecillo que vestía jubón y calzas negras, con una nariz ganchuda sobre la que tenían asiento unas antiparras. Don Mateo vestía un ropón granate con cuello de piel que le llegaba hasta los pies, y se cubría con un bonete.

—¡Venga esa carta! —Era una voz hecha a mandar. Miró al hombrecillo que lo asistía—: Dadle medio ducado de voluntad. —Se

fijó en el lacre que garantizaba la confidencialidad y vio que no aportaba información—. ¿Quién os ha hecho el encargo?

—Me fue entregada en la posta de Laredo.

—¿Sin indicación alguna?

—Ninguna, señor, salvo que debía ganar las horas. —Señaló la escarapela que lucía en su hombro y que llevaban los correos con preferencia en las casas de postas.

Vázquez de Leca se retiró y, con un afilado abrecartas, deshizo los pliegues del papel y leyó el mensaje:

—¡Santo Dios!

Pidió que preparasen el carruaje.

—¡A toda prisa!

Tenía que poner aquello en conocimiento de su majestad.

A la misma hora en que la angustia se apoderaba de don Mateo Vázquez de Leca, otro de los hombres cercanos a Felipe II, don Juan de Idiáquez, acababa de desencriptar una carta cifrada que había llegado desde París. El remitente era el embajador, don Bernardino de Mendoza.

Relataba la información que le había enviado *David*, el nombre tras el que se ocultaba uno de los agentes que formaban parte de la red de espías que don Bernardino dejó en Londres cuando fue expulsado bajo la acusación de haber participado en una conjura para acabar con Isabel I. Su nombre era Manuel de Andrade y se movía con cierta facilidad por los ambientes cortesanos del Londres isabelino porque, dada su ascendencia portuguesa, hacía gala de ser partidario de don Antonio, el hijo bastardo del infante don Luis de Avís, que había sido prior de Crato. Pese a su mucha experiencia, Idiáquez estaba tan impresionado que, después de leer la carta dos veces, decidió comprobar de nuevo que la descodificación había sido correcta. Sin perder un instante, pidió su capa y su sombrero. Era necesario poner aquella noticia en conocimiento del rey.

Llegaba al Alcázar al tiempo que lo hacía la carroza de don Mateo Vázquez de Leca. Coincidieron en el zaguanete donde estaba el cuerpo de guardia.

—¡Don Mateo! —lo saludó Idiáquez al tiempo que se destocaba. Pese a ser de edad parecida, cedió el paso a Vázquez de Leca por su condición de eclesiástico.

—¡Muchas gracias! No sabía que vuesa merced estuviera en Madrid.

—Regresé ayer, una vez resueltos ciertos asuntillos de familia. Ya sabe vuesa merced… El ojo del amo engorda el caballo.

—¡Cuánta verdad hay en esas palabras!

Ambos formaban parte de la Junta de Noche, donde estaban las personas más cercanas al monarca. Era habitual que se reunieran a deshoras, por lo que se había bautizado con aquel nombre la Junta de Gobierno. La componían hombres avezados en las lides cortesanas, que recelaban unos de otros a la vez que pugnaban por mantener la confianza de Felipe II. Caminaron por los pasillos de aquel laberíntico y vetusto edificio que era el resultado de numerosas ampliaciones de la obra original.

—He de ver con urgencia a su majestad.

—También yo.

Se observaron fijamente, casi retándose con la mirada y, en silencio, se dirigieron a la antecámara. Allí se encontraron con don Cristóbal de Moura, caballero de la Orden de Calatrava, que había llegado de Portugal hacía unos días. Se decía, pero sin confirmar, que traía noticias sobre la armada que estaba congregándose en Lisboa.

Los rumores que circulaban por los mentideros hablaban de que su destino era invadir Inglaterra. Felipe II había sido rey consorte de aquella corona al contraer matrimonio con su tía María Tudor, tras haber enviudado de su primera mujer, María Manuela de Portugal. María Tudor falleció sin haber alumbrado un heredero, por lo que subió al trono Isabel, otra hija del lujurioso Enrique VIII, la que había tenido con Ana Bolena. El catolicismo, que fue de nuevo la religión oficial con María, pasó a ser prohibido por la nueva reina. Los católicos ingleses eran perseguidos con saña por Isabel, primera con aquel nombre que se sentaba en el trono de Inglaterra.

Moura aguardaba hacía más de una hora. El trabajo de su majestad Felipe II se había acumulado como consecuencia de la enfermedad que lo había postrado en el lecho durante varias semanas.

Tras los ceremoniosos saludos, norma en la corte madrileña, formaron corrillo y comentaron asuntos baladíes como lo desapacible del tiempo. Ninguno soltaba prenda acerca de la causa por la que deseaba ser recibido por el rey.

El gentilhombre de semana se les acercó.

—Don Cristóbal, su majestad os recibirá al punto. Os ruego que abreviéis en lo que os sea posible. La presencia de don Mateo y don Juan ha… complicado mucho la jornada.

—Atenderé vuestra sugerencia, pero sabéis que ha sido su majestad quien me ha pedido que viniera.

Capítulo II

EL GABINETE real estaba sumido en la penumbra. Se habían echado las pesadas cortinas para evitar que el resplandor dañase los castigados ojos del monarca, que no estaba recuperado aún de la afección padecida recientemente.

Los médicos decían a su majestad que había de procurar no leer a la luz de las velas porque el daño que ello causaba a la vista era de mucha gravedad. Pero el rey, empeñado en controlar hasta los más pequeños detalles de todos los asuntos que en gran cantidad pasaban por sus manos, no hacía demasiado caso a esas recomendaciones. No quería dejar cuestión alguna, por nimia que fuera, sin haber sido él quien dictaminara qué había de hacerse. Aquel hábito, que lo acompañaba desde muy joven, se había acentuado después de lo ocurrido con quien un día fue su secretario de mayor confianza, don Antonio Pérez, y las lamentables consecuencias derivadas de todo ello.

—Majestad… —Moura, que se había destocado, se acercó hasta el bufete tras el cual estaba el rey, vestido de negro como era su costumbre. A la distancia que marcaba el protocolo, hincó la rodilla en el suelo.

—Alzaos, don Cristóbal, alzaos.

Felipe II quería tener información de primera mano sobre cómo marchaban las cosas en Portugal. El principal problema que

vislumbraba era que el bastardo de Avís había encontrado amparo en Inglaterra. Desde allí conspiraba para hacer realidad su fantasía de convertirse en rey de Portugal, disputándole el legítimo derecho sobre aquel trono tal como lo habían votado las Cortes lusitanas reunidas en Tomar.

—Gracias, majestad.

—¿Qué nuevas hay en Lisboa?

—Majestad, aquel reino está en calma, pero ese sosiego es más aparente que real. Los partidarios del prior, aunque no son muchos, siguen envenenando el ambiente y eso tiene efecto entre la plebe, que es fácil de embaucar. Las gentes de relieve entienden que vuestra majestad es su legítimo soberano. Su alteza el virrey actúa con mucho tacto, emplea con habilidad sus prerrogativas y mantiene el respeto a los usos y fueros.

—¿Qué me decís de los sacerdotes y los frailes?

Moura era consciente de la gran importancia del papel del clero para Felipe II, dadas sus profundas convicciones religiosas. Aunque eso no era obstáculo para que plantase cara incluso a la más alta de las instancias de la Iglesia, cuando entendía que se conculcaban las que consideraba sus legítimas atribuciones. Por eso midió sus palabras. Lo que iba a decir no gustaría al rey.

—Señor, desde el púlpito no se cuestionan vuestros derechos, como ocurría en otro tiempo. Otra cosa es el confesionario. No tenemos conocimiento cabal de lo que allí se diga, pero se comenta que hay clérigos que se amparan en el secreto de confesión para estimular la sedición.

—¿Se publican libelos? ¿Aparecen pasquines?

—En alguna ocasión aparecen en las puertas de iglesias y conventos y en lugares de concurrencia. Pero desde que hace varios meses se descubrió una imprenta clandestina cerca del monasterio de los jerónimos no han vuelto a verse impresos por ninguna parte.

El rey guardó un prolongado silencio y lo rompió con una cuestión que nada tenía que ver con la conversación mantenida.

—Quisiera conocer vuestra opinión sobre un asunto que requiere de la mayor consideración. —Buscó entre los rimeros que había

sobre su mesa hasta encontrar dos legajos—. El marqués de Santa Cruz me remitió un informe sobre la forma más adecuada para llevar a cabo la empresa de la que os hablé en vuestra última visita. ¿Recordáis los detalles?

—*Grosso modo*, majestad.

—Dice el marqués que este negocio es de tal entidad que todos sus detalles no se pueden tratar ni conferir por escrito. —Alzó la vista y le preguntó—: ¿Tan complejo es organizar una escuadra?

—Majestad, a don Álvaro no le falta un punto de razón. Abastecer una escuadra de ese tamaño no es fácil, y el marqués, que es el mejor de vuestros capitanes de mar y que jamás ha perdido un combate, incluso estando en inferioridad ante el enemigo, no es la persona más indicada para llevar a cabo los trabajos de aparejo y aprovisionamiento de una armada…

—¿Por qué? —lo interrumpió el rey.

—Porque lo de don Álvaro es combatir, hacer frente al enemigo. Es un hombre de acción, un soldado…

Moura se dio cuenta de que acababa de cometer un error. Uno de los rumores que corrían años atrás, cuando vivía don Juan de Austria, era que el hijo bastardo del emperador había heredado del padre su espíritu de soldado, y que por tanto resultaba el hombre adecuado para encabezar un ejército en el campo de batalla. Algo que estaba muy lejos de las preferencias de Felipe II, quien gobernaba el mundo desde su gabinete, despachando papeles. Se decía que Antonio Pérez, el desleal secretario, había explotado en su beneficio los recelos que ello provocaba en el rey.

El carraspeo de Felipe II indicó a Moura que sus palabras no habían sido del total agrado del monarca, por lo que decidió guardar silencio.

—La idea del marqués es que la armada esté compuesta por ciento cincuenta barcos. Un tercio han de ser de guerra, a ser posible galeones —señaló el rey—. No será fácil reunirlos. Los otros cien serían mercantes a los que habría que artillar, entre ellos una treintena de urcas de las que se usan para transportar mercancías. A ellos habría que sumar las naves de apoyo y un par de cientos de

lanchas de desembarco con mínimo calado. También señala que, aparte de las tripulaciones, deberíamos contar con cincuenta y cinco mil soldados, que serían los que desembarcarían en Inglaterra. ¿Qué os parece?

—Señor, esas cifras son…, son… ¡Nunca se ha visto una armada semejante! ¡Serán necesarios recursos ingentes!

—Según el marqués, algo más de cuatro millones de ducados.

—¡Es una suma fabulosa! Supongo que lo ha incluido todo. Vuestra majestad sabe que siempre quedan cabos sueltos que llevan a un aumento del gasto. En ocasiones, esto es muy significativo. Hay asentadores y proveedores que no juegan limpio: ofrecen bajas importantes a la hora de pujar para luego incrementar los costes con grave perjuicio para la real hacienda.

—Ha tenido en cuenta hasta el equipo de picos y palas de los tres mil zapadores que serían precisos para asediar las plazas fuertes una vez las tropas hayan desembarcado. Incluso ha incluido el precio de los platos y otras vajillas que han de usarse, y el de los zapatos con que debe equiparse a los hombres.

—¿El papa está dispuesto a sufragar una parte?

Felipe II había escrito a su embajador ante la Santa Sede porque su santidad se había desdicho del compromiso inicial de financiar un tercio de la empresa contra Inglaterra.

—El Santo Padre, como suele ser habitual en las cosas del Vaticano, utiliza un lenguaje sibilino, además de dar largas a sus respuestas. Uno de los objetivos de esa Gran Armada es que los ingleses vuelvan a la obediencia a Roma.

—¡Gran Armada! ¿La ha bautizado así vuestra majestad?

—No, pero… no resulta mal nombre. Podría, ciertamente, llamarse Gran Armada.

—Si vuestra majestad lo tiene a bien, así la llamaremos.

—Hay otro proyecto, muy diferente, para llevar a cabo dicha invasión. —Moura no deseaba cometer otro error y no se adelantó a preguntar. Al rey sólo se le hablaba para responder a sus cuestiones, o si uno era explícitamente invitado a ello. Felipe II abrió el segundo legajo—. Es el que propone el duque de Parma. Resulta menos

costoso, ya que no habría que transportar tantos hombres. Para la invasión emplearía a los tercios que están bajo su mando en Flandes. Sólo tendrían que cruzar el canal de la Mancha hasta la desembocadura del Támesis y marchar sobre Londres. El duque me dice que podría disponer de unos veintisiete mil efectivos y que los considera suficientes para apoderarse de aquella isla. ¿Qué os parece?

Moura, sorprendido porque esa propuesta suponía cambiar gran parte de los planes, midió sus palabras:

—Señor, los tercios que combaten en Flandes son, con mucha diferencia, los mejores soldados del mundo. Bien que lo supieron Guillermo de Orange y sus secuaces. Son hombres duros, hechos al combate incluso en las condiciones más difíciles, como cuando el maestre Arias de Bobadilla, estando sitiado y en condiciones imposibles, respondió a la invitación de capitular que sus infantes preferían la muerte a la deshonra y que hablarían de capitulación después de muertos. Pero, señor, esos hombres tendrían que cruzar el canal de la Mancha sin que una escuadra los protegiera. Los ingleses no permanecerán quietos.

—El duque afirma ser capaz de sorprenderlos porque los lanchones donde embarcarían sus tropas pueden atravesar el Canal en pocas horas. Necesitará el amparo de algunos galeones, aunque es consciente de la dificultad que tienen para fondear en aquellas aguas por su poca profundidad.

—Majestad, la sorpresa es factor principal a tener en cuenta en toda guerra, y en Inglaterra sabrían de los preparativos… Sus espías están por todas partes. Mover veintisiete mil hombres no es algo que pueda hacerse sin despertar sospechas.

Felipe II asintió con ligeros movimientos de cabeza.

—Agradezco vuestras palabras. Podéis retiraros y regresar a Lisboa.

—Majestad… —Moura hizo una reverencia y abandonó la estancia.

El gentilhombre de cámara, después de hablar brevemente con el rey, indicó a Vázquez de Leca —otra vez sus hábitos clericales le

dieron preferencia— que pasase al gabinete.

Llevaba varios días sin ver al monarca y le pareció que estaba muy desmejorado. La palidez del rostro contrastaba con su negra y brillante indumentaria. Apenas lo hubo saludado con una cortesana inclinación, el rey lo interrogó con la mirada.

—Decidme, don Mateo, ¿cuál es la razón que os trae?

—Majestad, esta misma mañana me ha llegado una carta con información de un grave suceso que, en mi opinión, vuestra majestad debe conocer sin pérdida de tiempo.

—¿Qué dice esa misiva?

Vázquez de Leca, en lugar de responder, le entregó el pliego.

Felipe II contraía el semblante al tiempo que leía. Luego lo miró fijamente, como si no diera crédito a lo que allí ponía. Volvió a leerlo y preguntó:

—¿Qué garantías tenemos de que esto es cierto?

—Majestad, la carta me ha llegado por conducto seguro y quien la firma es persona de mi absoluta confianza. Se trata de un mercader de paños afincado en Flandes que visita Inglaterra con frecuencia para asuntos de su negocio. Toda la información que me ha proporcionado siempre se ha confirmado.

El rey se acarició el mentón e hizo sonar una campanilla e instantes después acudía el gentilhombre.

—¡Presto, conde, decid a don Juan de Idiáquez que pase!

—Al punto, majestad.

El secretario real hizo una amplia reverencia apenas puso pie en el regio gabinete, al tiempo que se destocaba.

—Majestad…

—Dad cuenta a don Juan del contenido de la carta —indicó el monarca a Vázquez de Leca.

—La reina de Escocia ha sido decapitada.

Una afirmación como aquella, que podía tener un efecto similar al de una bomba, no pareció sorprender a quien coordinaba las informaciones que la red de espías enviaba periódicamente a Madrid desde diferentes puntos de Europa.

—Majestad, también a mí me ha llegado la nueva esta misma mañana. Por esa razón aguardaba a ser recibido por vos. La carta —dijo mientras sacaba el pliego de uno de sus bolsillos— viene de París. Uno de nuestros agentes la envió a don Bernardino.

—¿Qué crédito dais a esa historia?

—La información que recibe don Bernardino es abonada. Sin embargo, me costaba tanto trabajo creerla que volví a descifrar el texto por si había algún error. Dice también que cuando la noticia de la muerte de la reina de Escocia llegó a Londres hubo un repique general de campanas, y que la reina Isabel se encontraba dando un paseo a caballo acompañada de don Antonio de Avís, a quien da un tratamiento de rey.

Felipe II guardaba silencio. Rememoró que, años atrás, María Estuardo, que había estado casada con el rey de Francia, contrajo otros dos matrimonios de los que había enviudado. Que fue depuesta como reina de Escocia y que entonces buscó refugio en Inglaterra. Allí, donde los católicos seguían siendo muy numerosos pese a la terrible persecución que sufrían, la consideraban como su legítima soberana. Por eso Isabel mandó detenerla más de dieciocho años atrás, y hacía dos que fue acusada, aunque sin pruebas, de urdir una conspiración para acabar con la reina de Inglaterra. El tribunal que la juzgó la condenó a muerte. Todo apuntaba a que ahora se había cumplido la sentencia.

El rey no dejaba de acariciarse la blanca barba que poblaba su mentón, como si meditara lo que iba a decir.

—Sospechaba que doña Isabel era capaz de muchas cosas, pero creí que no se atrevería a tanto. La situación ha llegado a un punto en que han de ponerse en marcha, y cuanto antes, las decisiones que están tomadas. Desde hace dos años varios miles de soldados ingleses vienen ayudando a los herejes rebeldes de Flandes, pero esta es la gota que colma el vaso de mi paciencia.

Capítulo III

LA CARTA que acababa de recibir don Enrique de Guzmán, conde de Olivares, no dejaba margen para la duda. Tenía que pedir audiencia al papa para algo muy difícil, más aún después de lo que había sucedido pocas semanas antes.

Lo ocurrido había sido la comidilla de Roma durante muchos días. Se hablaba de ello desde los inmundos tugurios del Trastévere hasta las más altas estancias vaticanas decoradas por Miguel Ángel Buonarroti o Rafael Sanzio, excelsos artistas cuya fama había hecho que se los conociera por su nombre de pila.

Don Enrique había comprobado que, desde hacía algún tiempo, se había impuesto el que cada cardenal usase un toque particular de campana para llamar a sus criados; le gustó aquella forma de avisar a la servidumbre y la puso en práctica en la embajada. No transcurrieron muchos días hasta que Sixto V, cuyo enérgico carácter era de todos conocido en Roma, lo llamó, y el conde fue pensando que se trataría de un asunto de alta diplomacia. Cuando entró en el salón de audiencias, de dimensiones que obligaban al visitante a caminar cerca de veinte varas antes de encontrarse a los pasos donde debía detenerse y dedicar al sumo pontífice la reverencia marcada por el estricto protocolo vaticano, el chambelán que lo acompañaba se acercó a Sixto V, sentado en el solio pontificio, y anunció:

—Santidad, su excelencia el embajador de su Católica Majestad.

—Beatitud… —Don Enrique hizo una cortesana reverencia.

El papa se cubría con un camauro rojo orlado de blanco y su rostro parecía tallado en piedra. Tenía las arrugas muy marcadas y el gesto hostil. Estaba acompañado por el camarlengo, situado en pie a su derecha.

Sin responder siquiera al saludo, entró en materia:

—Sabed que hemos sido informados de que, sin tener autorización para ello, usa vuestra excelencia de la campana para llamar a sus criados. ¡Sabed que ese es privilegio reservado a los miembros del colegio cardenalicio! —El papa había alzado la voz y eso era algo que hasta los españoles de más humilde condición llevaban mal. No les gustaba que les gritasen—. Cesad en ello porque no nos es grato que alguien se arrogue un derecho del que carece.

—Beatitud…

—La audiencia ha terminado —intervino el camarlengo—. Vuestra excelencia puede retirarse.

Aquello era una afrenta y revelaba la animadversión que el sumo pontífice tenía a Felipe II, a pesar de los grandes esfuerzos y dispendio de recursos que la monarquía hispánica utilizaba en defensa de la religión.

El chambelán se acercó al embajador y con la mano le indicó la salida. El conde hizo un desmadejado movimiento que distaba mucho de ser una reverencia y, según comentó el chambelán que lo acompañaba, se despidió murmurando «su ingratitud…».

Don Enrique subió a su carroza y ordenó al cochero ponerse en marcha.

—¡A la embajada!

La ira brillaba en sus ojos y apretaba los puños con tal fuerza que las uñas se le clavaban en las palmas. Cuando llegó al palacio que albergaba la sede diplomática, saltó del carruaje apenas se hubo detenido, sin dar tiempo a que los criados le rindieran el estribo. Se encerró en su gabinete y media hora después llamó a su mayordomo.

—¿Está todo claro? —Lo miraba casi con fiereza—. ¿Alguna duda?

—Ninguna, excelencia. Lamento no haberos advertido que era privilegio de los cardenales. No lo sabía.

—No os preocupéis. Hacedlo todo tal y como os lo he ordenado.

Al día siguiente, apenas había despuntado el sol, muchos romanos que aún dormían se despertaron sobresaltados. Algunos creyeron que la ciudad era atacada y corrieron despavoridos. Temieron incluso que el enemigo ya estuviese en el interior de sus muros, porque los cañonazos sonaban cercanos. En el Vaticano la consternación se apoderó de muchos purpurados. Quienes habían pasado la noche con una cortesana buscaban sus ropas a toda prisa, pensando en lo peor.

En medio de la confusión que se extendía por la ciudad empezó a correr un rumor al que muchos se negaban a dar crédito pese a que en Roma cualquier cosa podía suceder, incluidas las más inverosímiles.

En un mercado que todos los días se alzaba en los soportales de *piazza* Navona —Sixto IV había ordenado que el antiguo del Capitolio se trasladase allí—, un recovero, que ofrecía huevos y gallinas viejas, destinadas a hacer buen caldo en la olla de quien pudiera permitirse pagar el precio que pedía, aseguraba ante el estupor de varios compradores:

—Los cañones han sido disparados desde la embajada de España.

—Dicen que ha habido cuatro muertos —aseguró una mujer que llevaba al brazo un enorme cesto de mimbre cuyo contenido tapaba un paño.

—No ha muerto nadie porque los disparos se hacían sólo con pólvora, sin balas. Lo que querían era hacer ruido —aclaró el recovero, que parecía tener mucha información.

—Cuentan que alguna cortesana de mucho nombre corría por la calle muy ligera de ropa —apostilló otro de los clientes.

—¡También he oído decir que vieron apresurarse a alguna eminencia en paños menores, lo que produjo cierto regocijo! —

apuntó otro.

—Pues si eso es lo que pretendían esos malnacidos *spagnoli*, lo han conseguido. He visto correr a gente descalza y en camisa por las calles, sin saber adónde ir —añadió un cura de una iglesia de la vecindad que regateaba el precio de una de las gallinas condenadas al puchero.

En aquel momento todo se estremeció de nuevo. Varios cañonazos con cierta cadencia, hasta llegar a la media docena, atronaron en el cielo de Roma.

Si bien la sorpresa fue menor que cuando los disparos sonaron al amanecer, las gentes se miraban unas a otras. No daban crédito al escándalo que las acompañaba aquella jornada.

Otras dos veces, la última poco antes de que se pusiera el sol, volvieron a tronar los cañones. Cada vez que lo hacían, bandadas de pájaros volaban como enloquecidas en todas direcciones. Los perros corrían y ladraban sin cesar, y los gatos, muy numerosos, maullaban lastimeramente.

El papa había sido informado de que el desorden que provocaban los disparos, que se efectuaban con una gran cantidad de pólvora para que el estruendo pudiera oírse en toda la ciudad, tenía su origen en la embajada de España, y que todo se hacía por orden expresa del embajador.

Las primeras sombras de la noche caían sobre Roma cuando soldados del papa llamaban a la puerta de la embajada del rey Católico, alumbrada por dos grandes faroles.

—¡Abrid en nombre de su santidad! —vociferaba el oficial, que había ordenado a uno de sus hombres golpear con fuerza los aldabones, al ver que su llamada no obtenía respuesta.

Se desgañitaba gritando cada vez con más furia, pero sólo tras una espera no pequeña le respondió una voz desde una de las ventanas de la planta baja, fuertemente enrejada.

—¿Quién arma semejante escándalo? ¡No es de cristianos andar aporreando puertas tan a deshoras!

—¡Abrid, en nombre del papa! —aulló el soldado acercándose a la ventana.

El criado, que portaba un pequeño fanal, se llevó una mano a la oreja, como si de aquella forma oyera mejor.

—¿En nombre de quién organizáis este alboroto?

En la penumbra de aquella sala, don Enrique de Guzmán disfrutaba el momento.

—¡Traigo para su excelencia una carta de su santidad!

—Aguardad un momento.

Cerró los postigos y el conde le dijo:

—Con calma, Diego, con mucha calma. ¡Que aguarden otro poco!

Al día siguiente don Enrique de Guzmán era recibido en audiencia por Sixto V. Había sido convocado con una carta que, en términos lacónicos, le fue entregada la víspera.

El embajador, vistiendo sus mejores galas —había puesto un gran cuidado en elegir la ropa y los aderezos—, hizo una exagerada reverencia al tiempo que la larga pluma de su sombrero barría un amplio arco sobre el mármol del suelo. Se incorporó y se atusó los mostachos sin pronunciar palabra. Entendía que era el papa quien tenía que decir algo.

Sixto V carraspeó varias veces. Pero el conde se mantuvo inmóvil, mirándolo a los ojos. Sacaba en aquel momento el recio temperamento de los Guzmanes, entre cuyos antepasados hubo quien desafió al enemigo lanzando su propio puñal cuando lo amenazaban con acabar con la vida de su hijo si no rendía la fortaleza que el rey le había encomendado defender.

El silencio fue roto por el camarlengo porque ni el embajador abría la boca ni tampoco lo hacía el papa:

—Su santidad ha sido informado de las graves alteraciones que se produjeron ayer. Numerosos disparos de cañón tuvieron su origen en dependencias de la embajada de su Católica Majestad.

—Así es, eminencia. Hubo necesidad de hacerlo.

—¡Cómo osáis decir que hubo necesidad de semejante escándalo! —exclamó el papa.

—Hace dos días fui reconvenido por su santidad al hacer uso de una campana para avisar a la servidumbre, por ser privilegio de los

miembros del colegio cardenalicio. Entenderá su santidad que me fue indispensable buscar otro procedimiento para efectuar las llamadas.

—¡Sois un insolente!

—No, santidad, me he limitado a cumplir las indicaciones que me hicisteis y buscar otra solución. ¿Hay alguna ley que prohíba usar ese procedimiento para llamar a los criados?

El rostro de Sixto V estaba congestionado. Una situación como aquella, jamás vivida en la Santa Sede, podía acabar en un grave conflicto en un momento en que la amenaza turca en el Mediterráneo y la contumacia de los herejes en distintas partes de Europa eran de nuevo asuntos de suma gravedad.

El camarlengo, persona de larga experiencia y con grandes capacidades diplomáticas, intervino nuevamente:

—¿Piensa su excelencia seguir utilizando ese procedimiento para llamar a sus criados?

—Desde luego, eminencia. Incluso lo haría en plena noche si fuera necesario.

—¡Santo Dios! —Sixto V se había puesto en pie y el camarlengo decidió que había que poner punto final a aquella situación.

—¿Considera su santidad que su excelencia podría, al igual que los miembros del sacro colegio, llamar a sus servidores con un toque de campana?

—¡Si accediera, dejaría de ser un privilegio cardenalicio! —bramó el pontífice.

—Pero si su santidad entendiera que ese privilegio puede hacerse extensivo al embajador del rey Católico, no se produciría perjuicio alguno.

—¡Protestarían los demás embajadores! ¡Pero haced lo que consideréis más conveniente! —indicó al camarlengo—. ¡Que ese maldito cañón deje de sonar!

A partir de aquel día don Enrique de Guzmán, embajador de su Católica Majestad, podía llamar a sus criados a toque de campana, como lo hacían los cardenales.

Las espadas estaban desde entonces en alto.

Sixto V era hombre impetuoso, y también el conde de Olivares. Por eso cuando, siguiendo las instrucciones que había recibido, el embajador de Felipe II solicitó audiencia, esta se demoró mucho más de lo habitual.

Casi tres semanas después don Enrique de Guzmán fue convocado, y la larga espera que hubo de soportar en la antecámara le indicó que la reunión iba a resultar más complicada de lo que por sí ya presumía, dado el asunto que iba a plantear. Cuando se abrieron las pesadas puertas de la sala de audiencias y fue anunciado por el chambelán, pudo observar que Sixto V se había rodeado de mayor boato del acostumbrado. Mientras salvaba la larga distancia que lo separaba del trono pontificio, comprobó que el estrado se elevaba al menos un palmo más y se había dispuesto un dosel con las armas de la Santa Sede y el emblema del papa bordados. Con la mirada altiva, pensando que había de plantar cara a aquella escenografía y que era el embajador de Felipe II, vio que había tres soldados de la guardia papal a cada lado del estrado, armados con espada y alabarda.

Aquello sí era totalmente inusual.

Don Enrique aminoró la marcha, pisando el suelo con fuerza creciente. Las bóvedas devolvían el eco de sus pasos y comprobó cómo los tres cardenales que siempre acompañaban al papa en aquellas audiencias bisbiseaban algo, inquietos.

Se detuvo un poco antes de llegar al punto marcado por el protocolo. También él estaba dispuesto a marcar distancias.

Hizo media reverencia, sin dar aire a su emplumado sombrero, y mirando al papa a la cara decidió plantear sin mayores preámbulos la cuestión, algo que tampoco era habitual:

—Observo, santidad, detalles que engrandecen esta audiencia y agradezco mucho a vuestra santidad que los haya dispuesto para recibir al embajador de su Católica Majestad. Comunicaré a mi rey todos y cada uno de los gestos con que obsequiáis a este humilde siervo para celebrar nuestro encuentro.

Los bisbiseos de los cardenales se convirtieron en murmullos. Las palabras del embajador suponían un desafío, pese a que Olivares las había medido para que nada censurable hubiera en ellas.

—Agradecemos vuestras palabras y nos complace saber que así lo comunicaréis a nuestro amado hijo el rey de España.

—Santidad, como es conocido por vos, su Católica Majestad ha emprendido una misión cuyo fin principal es devolver al seno de nuestra Santa Madre Iglesia a los descarriados hijos que, en Inglaterra, han caído en la herejía. Y esa empresa que sin duda os complacerá necesita de muchos medios y grandes recursos para ponerse en práctica.

—Esa campaña también busca hacer frente a los ataques que los barcos de su Católica Majestad reciben de los ingleses —lo interrumpió el camarlengo.

—Así es, eminencia, como lo es enfrentarse a los soldados ingleses que su reina ha mandado a Flandes en número de seis mil. Nuestros tercios defienden aquellas tierras, y desde hace años se baten contra el fanatismo de los herejes calvinistas que incendian iglesias. Por eso mi señor me ha encomendado que, para afrontar los gastos de la empresa que se organiza, se hagan efectivos los recursos prometidos por vuestra santidad.

—Ese es asunto que ha de estudiarse con gran detenimiento —señaló el papa.

—Santidad, el tiempo apremia y vuestro ofrecimiento fue aportar un tercio de los recursos necesarios para llevar a cabo la empresa.

—Nombraré una comisión de tres cardenales con los que vos discutiréis los términos en que se llevará a cabo nuestra colaboración. Podéis retiraros.

Aquellas palabras daban por terminada la audiencia.

El camarlengo, en lugar del chambelán, se acercó a don Enrique y lo acompañó hasta la salida.

En la puerta, el embajador le dijo:

—Espero que para el encuentro que ha propuesto su santidad no haya que aguardar tanto como para que hoy me recibiera. Decidle que el tiempo corre y es mucho lo que hay en juego.

—Haré cuanto esté en mi mano para que todo se lleve a cabo lo antes posible.

Capítulo IV

A FELIPE II no le habían gustado las noticias llegadas de Roma. Se encontraba en El Escorial, donde se instalaba la corte con los primeros calores que anunciaban la llegada del estío. Lo que el conde de Olivares le decía en la carta era que el papa daba largas a la ayuda que había prometido:

Considero que crear una comisión para discutir los términos de esa ayuda es, majestad, la forma de enrevesar un asunto que requiere rapidez y decisión. Temo, señor, que la disposición del Santo Padre no sea la mejor y recelo que haya podido cambiar de opinión acerca de los compromisos contraídos con Vuestra Majestad.

El rey, que había tenido noticia por otra vía de los cañonazos, había anotado en el margen de la carta, según su costumbre: «Lo de los cañonazos no ha sido la mejor de las decisiones, pero me parece conveniente mostrar los dientes en determinadas ocasiones».

Estaba sumido en la lectura de un asunto relacionado con un matrimonio de la alta nobleza para el que debía dar su consentimiento, cuando unos golpecitos y la aparición del gentilhombre de semana en la puerta hicieron que levantase la cabeza.

—Señor, el marqués de Santa Cruz aguarda a que vuestra majestad disponga recibirlo.

—¡Que pase, que pase!

Don Álvaro de Bazán vestía completamente de negro. El monarca había hecho que fuera habitual usar aquel color entre quienes tenían acceso a la corte. Lucía en su jubón la venera de Santiago, de cuya orden era comendador mayor de León. Iba cubierto con un sombrero de ala corta y con forma de copa, forrado en negro.

—Majestad… —Iba a hincar la rodilla, pero el rey no le dio tiempo.

—Alzaos, don Álvaro, alzaos y tomad asiento. —Señaló el sillón frailuno que había delante de su bufete, rebosante de papeles y legajos y entró en materia sin perder un instante—. Marqués, embarcar cincuenta y cinco mil hombres en la armada para la jornada de Inglaterra es algo sumamente difícil. Nuestra tierra no está sobrada de brazos y la recluta de tan elevado número, aun contando con los que ya tienen sentada plaza, se nos hace cuesta arriba. Hemos decidido que embarcará un tercio de esa cifra. Quizá hasta los veinte mil. —A Felipe II no le pasó inadvertido que don Álvaro había torcido el gesto—. Supongo que a vos os parecen pocos para una empresa de esta envergadura, ¿es así?

—Señor, veinte mil hombres no serán suficientes.

—También soy de ese parecer.

Don Álvaro arrugó su despejada frente y alzó sus blancas cejas.

—Majestad, entonces…

—La armada se dirigirá hacia el canal de la Mancha y allí embarcará a los hombres del duque de Parma. Farnesio me ha comunicado que puede disponer de veintisiete mil hombres una vez deje pertrechadas y guarnecidas las plazas que aseguren la defensa de Flandes. Eso sumaría cuarenta y siete mil. Ese número está en consonancia con vuestra propuesta. Es ligeramente inferior, pero lo consideramos suficiente. Vos estaréis al mando de la armada y cuando los hombres hayan desembarcado, el duque de Parma asumirá el mando de las jornadas de tierra. Será una unión de fuerzas como la que con tan magnífico resultado realizasteis en el Tajo con las tropas mandadas por el duque de Alba.

Bazán se atusó los mostachos.

—Señor, hay diferencias importantes entre ambas operaciones.

—Decidme.

—El estuario del Tajo es hondo a la altura en que se llevó a cabo el traslado de los hombres de una ribera a otra. Majestad, las aguas del canal de la Mancha no tienen profundidad. Acercarse a aquellos fondeaderos será complicado para nuestros barcos, cuyo calado es de muchas varas.

—Parma nos indicará cuál es el puerto donde reunirá sus tropas y ha de ser el que permita el embarque sin problemas.

—No habrá que perder de vista que los ingleses y también los holandeses tratarán de impedir, por todos los medios a su alcance, que las tropas de Farnesio suban a nuestros barcos. Señor, si el ejército que ha de llevar a cabo la invasión embarca en Lisboa, cuando la armada parta nos ahorraremos muchas dificultades. Añadid a ello que tenemos perdida la sorpresa porque la empresa es de tal envergadura que resulta imposible mantenerla en secreto.

La conversación se alargó durante más de dos horas. El marqués de Santa Cruz insistía en que la operación anfibia ofrecía serias dificultades. Añadió a sus anteriores comentarios que las cartas de navegación de que disponían no eran todo lo buenas que requería el acercarse a las costas de Flandes, y que el conocimiento que los ingleses y holandeses tenían de aquellas aguas era muy superior al que ellos poseían. Defendía que llevar las tropas embarcadas desde Lisboa evitaba lo que podían ser problemas muy graves.

La decisión de Felipe II era firme, después de haber estudiado detenidamente tanto la propuesta del marqués como la que le había enviado Alejandro Farnesio, quien veía dificultades parecidas para el embarque de sus tropas en los grandes galeones de la armada de Santa Cruz.

Las órdenes que recibió don Álvaro de Bazán fueron claras: llevar a cabo todos los preparativos para que, a comienzos de la primavera del año siguiente, la flota que se congregaría en Lisboa estuviera lista para hacerse a la mar. Navegaría con rumbo norte hasta el canal de la Mancha, donde había de embarcar a los tercios de Alejandro Farnesio en el puerto que se determinase.

Antes de partir para Lisboa, el marqués de Santa Cruz quiso hacer alto en el Viso, donde el año anterior habían concluido las obras del monumental palacio que se había construido en aquella hermosa villa en las estribaciones de Sierra Morena.

Todavía trabajaban los pintores en los grandes murales que el propio don Álvaro había diseñado y que reproducían en techos y bóvedas los planos de muchas ciudades y puertos, testigos de sus grandes victorias navales. También decidió que se utilizaran como elementos decorativos los fanales de algunas de las naves por él apresadas a lo largo de sus muchos años de servicio como almirante de las escuadras de Felipe II.

Cuando llegó a Lisboa, entrado el mes de septiembre, para hacerse cargo de la descomunal tarea de aprestar una heterogénea armada de centenar y medio de barcos que habían de llegar desde muy diversas procedencias, aún resonaba en sus oídos la larga charla mantenida en El Escorial con el rey. No acababa de ver claro el embarque de las tropas de Farnesio. Pensaba que su majestad llevaba razón en que reunir en torno a cincuenta mil hombres no era asunto fácil, pero empresas más complicadas se habían acometido, como cuando para enfrentarse a los otomanos hubo que organizar una escuadra con doscientas galeras que permitieron la gran victoria de Lepanto, cuyas consecuencias pudieron haber sido mucho mejores si se hubiera hecho caso a su propuesta de explotar aquel triunfo hasta sus últimas consecuencias. No hacerlo había permitido a los turcos recuperarse en poco tiempo y volver a ser una seria amenaza en las aguas del Mediterráneo.

Acudió al Palacio da Ribeira para mantener un encuentro con el virrey, el archiduque Alberto de Habsburgo, quien ya tenía noticia de que Felipe II había elegido a Santa Cruz como capitán general de la escuadra a la que todo el mundo se referiría como la Gran Armada. El virrey había recibido órdenes de facilitarle toda la ayuda que necesitase porque el asunto de Inglaterra tenía prioridad sobre cualquier otro. También se le había indicado que, en la medida de lo posible, debería mantenerse el secreto de su destino lanzando

cortinas de humo y esparciendo rumores que confundieran a los espías que los ingleses tenían en Lisboa.

Todo aquello había llegado hasta el archiduque por mano de un alférez llamado Alonso de Sandoval, joven caballero de Santiago a quien Felipe II tenía en alta consideración porque era hijo de una hermana de su confesor, el dominico fray Diego de Chaves. La dama había enviudado tras el desastre de Alcazarquivir, pues su esposo mandaba una de las compañías, levantada en la ciudad de Trujillo, con las que el monarca español había ayudado al rey de Portugal en aquella empresa que terminó en un desastre de proporciones inimaginadas.

El joven Alonso acababa de cumplir veinticuatro años, por lo que resultaban llamativas las canas que, impropias de su edad, aparecían en su negro pelo. Era de mediana estatura, delgado y musculoso porque desde la infancia se había ejercitado en la monta de caballos, la esgrima y la lucha cuerpo a cuerpo. Tenía el rostro anguloso, la tez cetrina y unos ojos melados que podían dar a su mirada un aire de dulzura en contraste con su aspecto aguerrido. Se había instalado en una casa de dos plantas que alquiló en la rúa dos Confeiteiros, detrás de la alhóndiga. Atendía la vivienda la vieja sirvienta que había cuidado de él desde muy pequeño. Se llamaba Lucía y, con los sesenta años cumplidos, estaba medio ciega y muy limitada, pero no podía dejar solo a «su niño». Alonso había contratado además los servicios de una moza veinteañera: Violante, que se encargaba de las tareas de la casa y acompañaba a Lucía al mercado y a la vecina iglesia de San Antonio, adonde la llevaba cada mañana a oír la misa primera.

Una semana después de haber llegado a Lisboa y resuelto aquellos asuntos con la ayuda de un escribano, viejo amigo de su padre cuyas señas traía consigo y quien lo ayudó en el alquiler de la casa y demás cuestiones domésticas, se acercó a la iglesia que los dominicos tenían en Lisboa. Allí había de verse para otro encargo con un fraile. Entró en la sacristía de la enorme iglesia de Santo Domingo y se dirigió a un sacristán que estaba atareado en despabilar unos cirios:

—Buenos días nos dé Dios. Disculpadme, ¿podría vuesa merced decirme dónde encontrar a fray Gaspar de las Santas Espinas?

El sacristán, al comprobar por el acento que era español y preguntaba por un fraile llegado de Castilla hacía poco tiempo, lo miró con cara de pocos amigos. Tuvo la tentación de ignorarlo y no responderle, pero su indumentaria y la venera de Santiago que lucía en el pecho del jubón le indicaron que era persona de calidad y hacerlo podía suponer un error.

—Hace rato andaba por la iglesia. No sabría deciros dónde está.

Mintió, porque acababa de verlo acercarse a uno de los confesionarios, esos que se habían instalado en las iglesias después del Concilio de Trento. Los padres conciliares consideraban necesario evitar el contacto entre el confesor y las penitentes, que había dado lugar a muchas denuncias de mujeres por peticiones de ser accedidas carnalmente por el confesor, gravísimo pecado que se llamaba solicitación.

Alonso preguntó a un hombre que, de hinojos, bisbiseaba una oración, y no sacó nada en limpio. Tampoco de dos mujeres que cubrían sus cabezas con los pardos mantos que vestían y señalaban uno de los sambenitos que colgaba de una bóveda. Su portugués no se había soltado lo suficiente todavía. Era capaz de expresarse, pero le costaba trabajo entender las respuestas. Ya abandonaba la iglesia en el momento en que entraba otro dominico. Probó suerte una vez más:

—Perdoai-me, padre. Haveis por bem dizer-me onde poderei achar o frei Gaspar das Santas Espinhas?

—¿Sois castellano? —respondió el dominico en un correcto español.

—¿Mi mal portugués os lo indica?

—Así como la venera de Santiago que lleváis bordada en vuestro jubón, aunque algunos caballeros portugueses también pertenecen a esa orden. ¿Ha preguntado vuesa merced antes?

—A varias personas, pero…

—Suele confesar después de decir la misa de nueve. Acompañadme.

Efectivamente, fray Gaspar estaba oyendo en confesión a una dama.

—Es doña Leonor de Mascarenhas —le susurró el dominico—. No creo que tarde. Si vuesa merced no tiene mucha prisa…

—Ninguna, paternidad. Aguardaré aquí. Os quedo muy agradecido.

La espera no se le hizo demasiado larga. La dama estuvo un rato pegada a la rejilla del confesionario. Era como de veinte años y, hasta donde permitía ver el velo con que se cubría, llevaba su negro pelo recogido. Su rostro era agraciado, los labios finos, y sus ojos, negros como el cabello, eran lo más llamativo de su serio semblante. El vestido era sencillo, pero la calidad del tejido estaba a la vista, y la seda de sus adornos y forros de las mangas acuchilladas era fina y de llamativos colores. Los rizos en el cuello y los puños de su camisa indicaban una batista que habría llegado de Flandes. Los chapines estaban forrados de rojo y bordados con arabescos.

Una dueña a la que Alonso no había prestado atención se acercó a ella y la acompañó hasta una capilla presidida por una imagen de la Virgen del Rosario. Allí se hincó de rodillas sobre un cojín que la dueña llevaba. Estaba tan absorto con la dama que casi no se dio cuenta de que fray Gaspar de las Santas Espinas abandonaba el confesionario y se encaminaba a la sacristía. Lo alcanzó cerca de la puerta:

—¡Paternidad! ¡Fray Gaspar!

El dominico se volvió y lo interrogó con la mirada.

—¿Vuestra paternidad es fray Gaspar de las Santas Espinas?

—Ese es mi nombre en religión.

—Tengo un recado para vos.

El dominico arrugó la frente, pues no conocía a aquel caballero. No eran muchos los que sabían que había entrado en religión, y aún menos quienes podían tener noticia de que se encontraba en Lisboa. Fray Gaspar era espigado y rondaría el medio siglo, aunque era difícil determinar con mayor exactitud su edad y aspecto físico porque los ropajes de fraile, muy amplios, no permitían conocer muchos detalles. Tenía el cabello canoso allí donde la tonsura no lo había

eliminado. Sus labios, muy finos, casi ocultados por su poblada barba entrecana, denotaban un carácter enérgico. Una cicatriz en el pómulo izquierdo bajaba hacia la mejilla y quedaba disimulada por la barba.

—¿Un recado? No os conozco de nada.

—Os lo envía mi tío…

—No tengo el gusto… —Fray Gaspar lo interrumpió, cada vez más sorprendido.

—Mi tío es fray Diego de Chaves.

Al oír aquel nombre, el rostro del dominico se iluminó.

—¿Sois sobrino de fray Diego?

—Hijo de doña María de Chaves. Mi nombre es Alonso de Sandoval.

—¡Hijo de don Diego de Sandoval! —exclamó el fraile—. Recuerdo que vuestro padre murió en Alcazarquivir, junto a muchos trujillanos que formaban la compañía que mandaba en aquella triste jornada. ¿Qué recado es ese?

Alonso miró a ambos lados.

—¿Podríamos ir a un lugar más apartado?

—¡Don Alonso, estamos en la casa de Dios!

—Puede haber ojos y oídos indiscretos incluso bajo estas bóvedas, ¿no cree vuestra paternidad?

Fray Gaspar se encogió de hombros. Entre los propios dominicos había pareceres encontrados acerca de que Felipe II se hubiera convertido en rey de Portugal. Algunos hermanos se mostraban partidarios del prior de Crato, pese a ser un bastardo. Argumentaban que la casa de Avís, que había ocupado el trono casi dos siglos, tenía su origen en otro hijo ilegítimo.

Salieron por una puerta lateral junto a la capilla de la Virgen del Rosario, donde continuaba arrodillada doña Leonor de Mascarenhas, y se dirigieron al claustro del convento. Fray Gaspar lo condujo hasta una celda de gruesas paredes que recibía luz por unos ventanales cercanos al techo.

—¿Os acomoda más este lugar?

A Alonso le pareció detectar cierta ironía en sus palabras, pero decidió no darle importancia y, además, tenía prisa.

Sacó un pliego lacrado con el sello de la Orden de Predicadores y se lo entregó.

—¿Quién me lo envía?

—A mí me lo entregó mi tío.

El fraile rompió el lacre y lo que leyó hizo que su rostro se demudase.

—¿Vos conocéis su contenido?

—No, pero mi tío me dijo que vuestra paternidad me informaría de ello, y para evitar suspicacias me entregó esto.

Sacó un trozo de papel de forma triangular que presentaba uno de sus lados cortado en forma ondulada. Fray Gaspar cogió otro que acompañaba al mensaje y pudo comprobar que encajaban. Eso significaba que debía dar cuenta de lo que Felipe II ordenaba en aquella carta.

Dejó escapar un suspiro.

—Vuesa merced ha hecho bien en pedirme que buscase un lugar apartado. ¿Tenéis prisa?

Alonso pensó en Leonor de Mascarenhas, pero…

—Si la tengo, carece de relevancia. Lo que ahora importa es lo que tengamos que hablar vuestra paternidad y yo. Aunque ¿qué podríais decirme de la dama a la que antes habéis confesado?

Una sonrisa apuntó en los labios del fraile.

—Es hija de don Francisco de Mascarenhas, antiguo virrey de la India y ahora capitán de la guardia del Palacio da Ribeira, un cargo que lleva muchos años ligado a los Mascarenhas.

—¿Está casada la dama?

—No, pero sabed que sus pretendientes son muchos, y alguno de gran relumbre. —Fray Gaspar lo miró manteniendo la media sonrisa —. Por si os interesa…, viene todos los días, salvo los domingos y fiestas de guardar, a la misa de nueve. Los festivos y domingos acude a la catedral con su padre, a la misa mayor.

—Gracias, páter. Ahora vayamos al asunto.

—Vuestro tío me adjunta una carta de su majestad en la que se me…, en realidad se nos encomienda un servicio. Un servicio peligroso.

Sandoval frunció el ceño.

—¿Peligroso? ¿Podría vuestra paternidad ser más explícito?

—¿Sabéis algo de mí y por qué razón vuestro tío me ha dirigido esa carta?

—Acabo de deciros que no tengo prisa.

—Mi nombre era Fernando Lozano y entré en religión con más edad de la que suele ser habitual. Fue vuestro tío quien me sacó de la mala vida en la que había caído. Quizá algún día os dé detalles de aquel tiempo. Hace unos treinta años me vi envuelto en una de las muchas broncas que los estudiantes teníamos en Salamanca, al menos aquellos que estábamos más pendientes de diversiones que de lo que se aprendía en las aulas. Por entonces vuestro tío era maestro de Prima y me conocía no tanto por mi aplicación a los libros, sino porque nací en Trujillo. Conservo este recuerdo de una pelea en la que hubo dos muertos. —Señaló con un dedo largo y huesudo su pómulo izquierdo—. Yo no había prestado mucha atención a los libros, pero, por suerte, sabía de esgrima. Manejar bien el acero me permitió salir de aquel atolladero.

—¿Cuál fue la causa de esa disputa?

—Un marido burlado envió al mesón donde me encontraba junto a otros compañeros de jolgorios a cinco asesinos a sueldo que habían venido expresamente de Sevilla para ajustarnos las cuentas. La cosa terminó mal: uno perdió la vida en la reyerta y otro falleció a los pocos días como consecuencia de las heridas. Mi pellejo no valía un maravedí. El mayor peligro al que me exponía venía de los supervivientes de la reyerta: si no acababan conmigo, no verían los ducados que tenían ajustados con quien los había contratado.

—¿Fue vuestra paternidad quien… burló al marido?

Fray Gaspar encogió los hombros.

—Digamos que fui el principal de los burladores. Tenía que dejar Salamanca, al menos por una larga temporada, si quería salvar la vida.

—Pero la justicia…

—Ahí es donde intervino vuestro tío. Su prestigio y autoridad lograron que se echara tierra sobre el asunto a condición de que abandonase aquella universidad y jamás volviera. Esto que os cuento ocurrió unas semanas antes de que fray Diego dejase la cátedra de Salamanca y se marchara a Santiago. Me dijo que me llevaría consigo si le prometía reformarme. Así fui a parar a esa ciudad, en cuyas aulas estudié, esta vez muy en serio, Teología y Leyes. En tres años conseguí licenciarme, y algo que entonces ocurrió y que, al menos por ahora, no pienso revelaros, me llevó a profesar en los dominicos de Santiago, donde vuestro tío era prior. Mi vida dio un gran cambio gracias a fray Diego. El estudiante desvergonzado que había protagonizado numerosos escándalos en Salamanca profesó en la Orden de Predicadores, y desde entonces llevo una existencia retirada y de sosiego, dedicada a la cura de almas, la oración y la meditación.

—¿Cómo es que vuestra paternidad se encuentra en Lisboa?

—Esa es otra historia en la que vuestro tío es persona principal.

—Contadme.

—Al quedar vacante el trono de Portugal por la muerte de don Sebastián, los derechos pasaron al cardenal don Enrique, que reinó poco más de un año, y derivaron en don Felipe. Sin embargo, aquí había y sigue habiendo gran resistencia a que un castellano ocupara el trono, sobre todo entre las gentes menudas e iletradas. Ese rechazo era estimulado por algunos nobles y una parte del clero, en especial los curas de las parroquias y los monjes y frailes. En los monasterios y conventos hay muchos afectos al prior de Crato. El rey pidió a vuestro tío que viniera a Lisboa para presentarle a don Enrique sus derechos y que lo nombrara sucesor. No lo hizo, pero dejó en su testamento una Junta de Regencia formada por cinco miembros, cuatro de los cuales eran decididos partidarios de que Felipe II se convirtiera en Felipe I de Portugal. El mensaje que vuestro tío llevó a su majestad fue que uno de los puntales del apoyo al prior de Crato se encontraba en esos curas y frailes que usaban tanto el púlpito como el confesionario para apoyar sus

deseos de convertirse en rey. Esa fue la razón por la que vine a Lisboa hace ya algunos años. Me lo pidió vuestro tío, a quien nada puedo negar. Mi misión ha sido hacer labor en defensa de los derechos de su majestad y conseguir apoyos para contrarrestar la propaganda a favor del bastardo.

—Por lo que vuestra paternidad me dice, sigue teniendo muchos partidarios.

—Mucha gente lo apoya porque es nacido en Portugal y porque, pese a las garantías que su majestad ha dado de que los fueros del reino serán escrupulosamente respetados, como lo están siendo, hay quien prefiere al prior, que anda buscando ayudas para su causa en Londres.

—Esa es una causa perdida. Sufrió una tremenda derrota a manos de los tercios que mandaba el duque de Alba.

Fray Gaspar miró fijamente a Sandoval.

—Sois demasiado joven y os falta mucho por ver. Lo que se gana con las armas en la mano no es suficiente, en la mayoría de las ocasiones, si no se consigue vencer en el corazón. Esa es una batalla que todavía ha de librarse y os aseguro que no es fácil.

—Veo que vuestra paternidad tiene una larga experiencia. Eso explica que lo que a mí no me contó mi tío os lo ha confiado a vos en esa carta. Decíais que nuestra misión os parece peligrosa… ¿Podríais explicarme de qué se trata?

Capítulo V

AQUELLA noche Alonso de Sandoval tuvo problemas para conciliar el sueño. La misión que Felipe II les había encomendado llevar a cabo a fray Gaspar y a él encerraba numerosos riesgos.

El fraile tenía razón. Les iba la vida en ello.

Sin embargo, no era esa la principal causa de que no cayera en los brazos de Morfeo. No dejaba de pensar en Leonor de Mascarenhas. Deseaba que amaneciera para ir a la iglesia de Santo Domingo. Estaría allí desde que sonara la campana que anunciaba el primero de los toques para la misa, apostado junto a la pila de agua bendita para ofrecérsela cuando ella entrara en el templo.

La noche se le hizo larga, casi eterna. Se levantó con las primeras luces que se colaban por las rendijas de las ventanas, realizó sus abluciones matinales y eligió sus mejores ropas —tenía que causar buena impresión—. Se puso un jubón granate y unos greguescos del mismo color, muy abombados y acuchillados, con los forros de seda blanca, y unas largas medias también granates. El único problema era que sobre aquel color la roja venera de Santiago no lucía como a él le hubiera gustado. Ajustó el cinturón que su madre le había regalado al despedirse y se ciñó la espada ropera con cazoleta y cruz de gavilanes, un magnífico acero regalo de su tío cuando recibió el hábito de santiaguista.

Se peinó con mucho cuidado, se atusó los mostachos y encaminó sus pasos hacia la plaza del Rossio. Allí los regatones pregonaban sus frutas y verduras y los recoveros habían colocado estratégicamente las jaulas de las gallinas y los cestos con paja donde reposaban montañas de huevos. Los carniceros, una vez ensartadas las piezas en sus ganchos, daban chaira a sus cuchillos y hachuelas, dispuestos para la venta. Se cruzó con varios médicos que, vestidos con las largas hopalandas que los identificaban, se dirigían al hospital de Todos los Santos. Junto a una de sus entradas al menos una veintena de hombres, con sus espuertas y sogas, aguardaban a que alguien los contratara. Eran esportilleros y mozos de cuerda que se apostaban en diferentes puntos de la ciudad, siempre alejados de los muelles de la Ribeira para evitar conflictos con los cargadores y estibadores de los numerosos barcos que entraban y salían de su puerto. En un extremo de la plaza, bajo unos toldos, dos barberos colocaban sobre sus mesas bacinas, tijeras, tenacillas, punzones y todo un muestrario de adminículos para ejercer su oficio de cortar pelo, rapar barbas y, llegado el caso, sacar muelas. Un cartelillo anunciaba:

SEM DOR, MEIO REAL COM DOR, UM QUARTO DE REAL

Estaba a pocos pasos de la iglesia de Santo Domingo cuando comenzaron a voltear sus campanas. Era el primero de los toques convocando a misa. Entró en el templo, que estaba casi vacío, lo que hacía que pareciese aún mayor de lo que era. São Domingos, como lo llamaban popularmente los lisboetas, era incluso más grande que la catedral. Alonso tomó agua bendita en una de las pilillas que flanqueaban las puertas del cancel, se santiguó y se dispuso a aguardar.

La iglesia fue llenándose de un público muy variado: caballeros que vestían de negro, con cierta austeridad, según la moda impuesta por Felipe II, algunos de los cuales pertenecían a la Orden de Cristo, según las cruces patadas que lucían; damas encopetadas, por lo general acompañadas de dueñas si no iban con sus esposos; hombres del pueblo ataviados con calzones a media pierna, camisas

de lienzo basto y abarcas atadas a las pantorrillas, y mujeres envueltas en oscuros mantones con los que cubrían sus cabezas. Muchos lo miraban, unos con cierto disimulo y otros descaradamente. Algunos se dirigían a las capillas donde se rendía culto a las imágenes de su particular devoción. Una figura de Nuestra Señora del Rosario, a la que los dominicos profesaban un fervor especial, presidía el retablo del altar mayor.

Las campanadas del tercer toque anunciaron el inicio de la misa. Leonor de Mascarenhas no había aparecido, contradiciendo la afirmación de fray Gaspar. El sonido de una campanilla indicó que el sacerdote salía de la sacristía y comenzaba la ceremonia.

Alonso se asomó al cancel donde algunos mendigos habían tomado posiciones y dos de ellos discutían por ocupar el sitio de mayor visibilidad. En la puerta de las iglesias podía pedirse una caridad sin necesidad de tener cédula de pobre de solemnidad, en cuyo caso se permitía limosnear en cualquier otro lugar de la ciudad.

No había rastro de Leonor.

Un tanto mohíno, el joven caballero se situó junto a una de las últimas columnas de la amplia nave central. Fray Gaspar desgranaba sus latines, que eran respondidos por un murmullo de voces a coro. Estaba a punto de concluir el *introito* cuando Leonor, y tras ella la dueña, que jadeaba para poder seguirla, pasó ante él. Alonso ganó algunas posiciones hasta un lugar desde donde podía verla. Se desentendió de la misa y sólo reaccionó cuando la campanilla anunció el momento de la consagración y todos se arrodillaron.

Vio cómo ella y la dueña se acercaban a comulgar y cómo, con el *Ite, missa est*, la gente abandonaba el templo. Leonor no se movió. Permaneció arrodillada largo rato. Alonso se apostó junto a una de las pilas de agua bendita, dispuesto a aguardar el tiempo que fuera necesario. Tras media hora y con el templo casi vacío, la dama se puso en pie. Lentamente se acercaba al cancel y la dueña iba tras ella, con los cojines en la mano y cara de pocos amigos. Al verlo junto a una de las pilas, la joven se desvió buscando la otra, pero él tuvo tiempo de acudir para ofrecerle el agua bendita con la punta de los dedos. Fue entonces cuando la dueña, con una agilidad que

parecía impropia de las orondas formas que se adivinaban bajo sus vestiduras, se adelantó y le soltó:

—¡Sois un insolente! ¡Abrid paso y dejad en paz a mi señora!

—¡Antonia! ¡Contén tus modales!

—¡Mi señora…, su descaro…!

Alonso había oído decir a su madre que por la peana se adoraba al santo.

—Os presento mis disculpas, gentil dama. Sólo pretendía ser galante con vuestra señora.

—¡Oh! ¡«Gentil dama»! —replicó la dueña.

En aquel momento sonó la voz de fray Gaspar.

—¡Don Alonso de Sandoval! ¡Benditos los ojos! ¿Qué hace vuesa merced por Lisboa? ¿Acaso el rey, nuestro señor, cuya vida guarde Dios muchos años, os ha encomendado dar el agua bendita a doña Leonor?

Alonso comprendió muy pronto lo que el dominico pretendía. Leonor los miraba sin comprender muy bien lo que estaba ocurriendo.

—Mi señora doña Leonor… —Sandoval saludó a la dama con una inclinación de cabeza—. Es un honor conocer vuestro nombre.

—¿Vuestra paternidad conoce a este caballero? —preguntó la dueña con el entrecejo fruncido.

—Don Alonso de Sandoval es natural de mi tierra, y sabed que es sobrino del confesor de su majestad.

—¡Sobrino del confesor del rey! —La dueña no salía de su sorpresa.

—Caballero… —Leonor le ofreció la mano, que él tomó por la punta de los dedos y acercó lo justo a sus labios—, buenos días tengáis. ¡Antonia, nos marchamos, que son muchas las cosas que hemos de hacer!

Una vez solos, Alonso agradeció al fraile su intervención, y fray Gaspar, con quien la víspera había acordado encontrarse tras la misa, le dijo que lo había estado observando desde que salió de la sacristía.

—¿Cree vuestra paternidad que doña Leonor es dama asequible?

—Eso… dependerá de vuestras intenciones.

—¡Por Dios! ¡Son honorables! ¿Cómo podéis pensar otra cosa?

—Porque he visto demasiado a lo largo de mi vida. Sois un caballero, pero he visto a algunos actuar con mayor vileza que el más bajo de los villanos. El hábito no hace al monje y el jubón no hace al gentilhombre. Si vuestras intenciones son tan honorables… Compruebo que doña Leonor no os ha dejado indiferente.

—¡Nunca había visto una mujer como ella!

—Como os dije ayer, sois muy joven y os queda mucho mundo por conocer, si es que Dios no dispone otra cosa. Habéis de saber que doña Leonor de Mascarenhas no es plaza fácil de conquistar. Ha rechazado a partidos muy atractivos y su padre ha visto esas negativas con buenos ojos. Pero ahora pongámonos a trabajar. La misión que tenemos por delante no es fácil. Acompañadme a un sitio más a propósito.

En el convento había unas celdas fuera de la clausura donde se acogía a quienes pedían hospitalidad. Se acomodaron en una de ellas para trazar los primeros pasos del plan que habían de poner en marcha.

Fray Gaspar sacó la carta que llevaba bajo el escapulario de su hábito.

—Me parece conveniente leérosla para que conozcáis al detalle lo que su majestad nos encomienda:

En el monasterio de San Lorenzo, a tres días del mes de septiembre del año del nacimiento de Nuestro Señor de mil y quinientos y ochenta y siete.

Sabed que por boca de nuestro confesor, fray Diego de Chaves, de la Orden de Predicadores, he tenido conocimiento de los servicios prestados por vuestra paternidad. Me dice fray Diego que sois persona de su absoluta confianza y pondera vuestra capacidad para acometer el trabajo que tengo a bien encomendaros.

Nos ha llegado noticia de que en otro tiempo tuvisteis tratos con un sujeto llamado Lupercio que está afincado en ese mi reino de Portugal, en el lugar de Sintra, y que Lupercio es un consumado maestro en el arte de la alquimia. Ha llegado a nuestro conocimiento que enviados de la reina de Inglaterra tienen el propósito de llevarlo a Londres para que se ponga a su servicio, un asunto que puede tener graves consecuencias para la empresa que en estos momentos estamos poniendo en marcha. El trabajo que os encomendamos es que, dado el trato que en otro tiempo tuvisteis con dicha persona, podáis localizarla antes de que los mencionados agentes logren su propósito. Se nos ha informado de que los ingleses llegarán a Lisboa a bordo de una urca que trae trigo, pieles y maderas.

Arribarán antes de la festividad de Todos los Santos, aunque podría darse la circunstancia de que recalasen en ese puerto con alguna antelación a dicha fecha.

Vuestro trabajo será advertir a Lupercio de la circunstancia que hemos puesto en vuestro conocimiento y animarlo a trabajar para nos aquí, en Madrid, donde será recibido como corresponde a sus conocimientos y se le dará la retribución que los mismos merecen. Asimismo, podrá abandonar cualquier temor que tenga a que la justicia lo reclame por los hechos cometidos en otro tiempo, cuando fue miembro de la hermandad conocida como la Garduña de Sevilla.

Encomendamos a vuestra paternidad y a don Alonso de Sandoval, que os hará entrega de esta, que indaguéis para llevar a buen término la encomienda que se os hace en la seguridad de que seréis debidamente recompensados más allá de prestar servicio a nuestra causa en defensa de la religión y de los intereses de esta monarquía.

Todo habrá de realizarse con el mayor de los secretos por cuanto conviene que así sea. El virrey, que ejerce en nuestro nombre el gobierno en esas tierras, os prestará la ayuda que os fuera necesaria para cumplir la misión que os confiamos. Para ello le han sido dadas las pertinentes instrucciones,

Yo, el rey

—Después de la firma de su majestad hay un añadido que dice:

Esta carta os llegará por mano de don Alonso de Sandoval, caballero del hábito de Santiago, sobrino de fray Diego y persona que goza de nuestra mayor confianza. Él os acompañará en la empresa que os encomiendo, un negocio donde hay en juego empeños de la mayor importancia para el reino.

Conocida la sustancia de esta carta, la destruiréis para que no quede rastro de ella.

—¿Tiene vuesa merced alguna duda sobre el trabajo que tenemos por delante? Os lo pregunto para quemar estos papeles.

—Sólo una y nada tiene que ver con lo que ahí se nos pide.

—Decidme.

—¿Cómo piensa vuestra paternidad hacer… compatibles vuestras obligaciones con esto?

—Eso no supone problema alguno. La carta de vuestro tío que acompañaba a la de su majestad venía con otro escrito dirigido a mi prior, donde le solicita que me libere de mis obligaciones durante el tiempo que sea necesario para prestar un servicio al rey.

—¿Accederá a ello?

—Me sorprendería mucho que no lo hiciera. Quien lo pide es vuestro tío, cuyo prestigio en la orden nadie discute. Aquí se sabe que renunció al arzobispado de Sevilla porque siempre ha huido de los oropeles y los lujos. Ese es un bagaje que pesa mucho.

—Esperemos que así sea. Como muchos frailes están por don Antonio…

—El prior se mantiene al margen de esa controversia.

—Si esos ingleses no llegan hasta una fecha próxima a Todos los Santos quiere decir que disponemos de tiempo.

El dominico asintió con la cabeza, confirmando aquellas palabras. Alonso continuó:

—Es de suponer que la razón por la que el rey nos encomienda a vos y a mí este trabajo es que vuestra paternidad tuvo en otro tiempo relación con ese tal Lupercio, cuya fama de alquimista es muy grande por lo que intuyo, y quizá vuestra paternidad esté al corriente de la afición de su majestad por esos asuntos.

—De su afición y su necesidad de dinero ante los grandes gastos que la corona ha de soportar. —Fray Gaspar dejó escapar un suspiro —. ¡Es el precio de la grandeza y del peso de la púrpura!

—¿Cuál fue vuestra relación con ese Lupercio?

—Nunca hagáis más preguntas de las necesarias y pensad en si lo que acabáis de preguntarme es de importancia para nuestra misión.

—Lo he hecho por curiosidad.

—Quizá os lo cuente más adelante. Pero no olvide vuesa merced lo que acabo de decirle.

—Hay otra cuestión que aparece en la carta de su majestad y me ha llamado la atención.

—Decidme.

—Su majestad se refiere a la Garduña, pero siempre he oído que la tal organización secreta es una fantasía y que, en realidad, no existe. ¿Sabéis algo al respecto?

—Lo suficiente para afirmar que sí existe y también para no deciros una palabra más sobre eso. No entiendo por qué el rey la ha mencionado.

Capítulo VI

LA CARROZA que llevó a don Enrique de Guzmán hasta el Vaticano iba tirada por seis corceles, todos negros y ricamente enjaezados. Una vez más quería que en la curia tomasen nota de que no era un embajador cualquiera. Representaba ante la Santa Sede al monarca más poderoso del mundo y a quien había tomado sobre sus hombros la defensa del catolicismo frente a las múltiples herejías en que se fragmentaba la unidad de la Iglesia.

Aguardó sin bajar de la carroza hasta que formó la guardia. Sólo entonces el criado rindió el estribo y el conde descendió con parsimonia. El negro de su vestimenta quedaba roto únicamente por la blanca pluma que adornaba su sombrero de alas. Lo acompañaba su secretario, don Baltasar Ossona, quien portaba una voluminosa cartera. Era hombre de larga experiencia, con más de un cuarto de siglo en aquel oficio, y había visto desfilar ya a varios embajadores. De todos ellos el conde de Olivares era el de más temperamento, y de sus reacciones podía esperarse lo más insospechado.

Al llegar a la puerta lo aguardaban dos eclesiásticos que lo condujeron hasta una sala lujosamente adornada y con las paredes cubiertas con frescos de llamativos colores, donde se encontraban los tres cardenales designados para tratar los detalles de la ayuda que el sumo pontífice había ofrecido a Felipe II por invadir Inglaterra. En una mesa revestida con un tapete de seda carmesí se

acomodaron sus eminencias y el embajador. Fue el cardenal Colonna quien planteó la cuestión:

—Su Santidad, que sólo puede ver con buenos ojos el proyecto de invadir Inglaterra por su Católica Majestad, plantea aportar la suma de hasta un millón de ducados para la financiación de la empresa, pero bajo ciertas condiciones.

—La información que poseo y que puedo poner a disposición de sus eminencias señala que la aportación de la Santa Sede sería de un tercio de los gastos de esa expedición.

—¿Acaso considera vuestra excelencia que la cantidad de un millón no es suficiente? —Colonna dio mucho énfasis a la cifra.

—Eminencia, aquí tenéis una lista donde se detallan los gastos de llevar esa armada hasta Inglaterra, y que se elevan a la cifra de cuatro millones noventa y un mil ducados. La tercera parte, que fue el compromiso adquirido por el santo padre, supone… —Miró a su secretario.

—Un millón trescientos sesenta y tres mil seiscientos sesenta y seis ducados.

—¿Más de cuatro millones? —Colonna parecía sorprendido.

El embajador golpeó varias veces el legajo con la punta de su índice.

—En este cuaderno está todo consignado, por capítulo.

Allí se detallaban el número de barcos, las necesidades que tenían para estar en condiciones de navegar —calafateado, repaso de la carpintería, renovación de mástiles, velamen…—, el armamento, que se elevaba a dos mil cuatrocientos cañones de diferentes calibres, las balas y la pólvora, las picas, las espadas, las dagas, los arcabuces, los mosquetes, las municiones… Además de los salarios de soldados y marineros y las ingentes cantidades de comida para alimentar durante dos meses a decenas de miles de hombres con sus raciones diarias, tasadas en sus cantidades correspondientes.

—Esa cantidad parece… demasiado —afirmó otro de los cardenales.

—¿Vuestra eminencia cuestiona mis palabras?

—En absoluto, excelencia. Pongo en duda los números de esos papeles.

—Sabed que quien los ha consignado es persona versada en las cosas de la mar. ¿Acaso vuestra eminencia ha sido marino antes de llegar a la púrpura?

—¡Eso es una insolencia!

—¡Insolencia es lo vuestro! ¡Cuestionando unas cifras que, siendo secretas, he ofrecido mostrar a vuestras eminencias! Y en otro orden de cosas, ¿querríais aclararme qué quiere decir que el aporte de la Santa Sede sería bajo… ciertas condiciones?

—Significa que el millón de ducados que se ofrece al rey Católico solamente se haría efectivo en caso de que las tropas desembarcasen en Inglaterra —respondió un sosegado Colonna.

El embajador no disimuló su ira.

—¡Eso es una estafa!

Don Enrique no había podido contenerse. Ossona lo miró sorprendido, pese a ser conocedor del temperamento del embajador. Jamás había oído una expresión tan impropia de las relaciones diplomáticas, donde las palabras, aun dichas con elegantes formas, podían cortar como el más afilado cuchillo.

En los labios del cardenal Colonna apenas se insinuó una sonrisa. Los miembros del colegio cardenalicio tenían una dilatada experiencia, heredada de siglos, en cuanto a las formas de relacionarse. Había llevado al embajador de Felipe II al terreno que deseaba. Una grosería como la que acababa de pronunciar podía bastarles para levantarse de la mesa y dar por concluida la reunión, pero eso sólo habría servido para posponer el asunto, y cuando volvieran a hablar las espadas estarían en alto. Ahora Colonna tenía que aprovechar aquel error.

—¿Estáis llamando estafador al vicario de Cristo en la tierra?

—No he debido usar esa palabra, eminencia. Los gastos para poner en marcha una operación como la que se ha diseñado son enormes. Se cuenta con el tercio de su coste, como se le había ofrecido al rey Católico, mi señor. Las numerosas escuadras que van a configurar la Gran Armada cuestan cifras extraordinarias, y

vuestras eminencias no deben perder de vista que el primero y principal motivo de la misma es… —el embajador escogió cuidadosamente sus palabras— devolver al redil a las ovejas descarriadas.

En Roma se tenía noticia de que los papistas, como se denominaba despectivamente a los católicos en Inglaterra y también en otras zonas de Europa donde la semilla sembrada por Lutero había arraigado, eran como ovejas. Incluso se habían impreso grabados que mostraban borregos llevados a un redil lleno de estiércol y fango por pastores tocados de mitras. La guerra de propaganda utilizada por los herejes se valía de aquellas estampas, que eran entendidas por unas poblaciones donde leer era privilegio de muy pocos.

—Ese, excelencia, es sólo uno de los objetivos de esa empresa, y en la Santa Sede se considera que, siendo importante, no es el principal para su Católica Majestad. Sabemos que la Jezabel que ocupa el trono de Inglaterra causa grandes daños a sus intereses políticos y mercantiles. Sus barcos atacan vuestras flotas y osan saquear algunas ciudades.

Don Enrique estuvo otra vez a punto de perder los papeles. Aquello eran medias verdades. Cierto era que los ingleses habían asaltado por sorpresa, sin previa declaración de guerra, algunas ciudades, pero sus piratas jamás se habían atrevido a atacar ninguna de las flotas que varias veces al año cruzaban el Atlántico. Su temor a los poderosos galeones que las escoltaban hacía que únicamente se atrevieran a atacar mercantes que, por alguna contrariedad, habían perdido contacto con ellas. Entonces eran presas fáciles, y no siempre.

—Vuestra eminencia debería llamar a las cosas por su nombre. ¡Esos barcos son piratas! ¡Drake y sus secuaces! ¡Ese pirata jamás ha presentado batalla a nuestros galeones de guerra! ¡Lo suyo es sorprender a poblaciones indefensas! ¡Buscar rescates y robar todo cuanto puede! ¡Llamen vuestras eminencias a las cosas por su nombre!

—No debemos desviar la atención de la cuestión que nos ha reunido aquí —señaló otro de los cardenales.

—No he sido yo quien ha traído a colación esos asuntos. —Guzmán clavó su mirada en Colonna—. He indicado los costes de este negocio y señalado lo comprometido por su santidad. No sé qué más puedo plantear.

—Trasladad a su Católica Majestad la inamovible posición de la Santa Sede: aportaremos un millón de ducados siempre que sus tropas pongan pie en Inglaterra.

—Así lo transmitiré al rey, mi señor. Sólo añadiré dos cuestiones. La primera, que toda la información dada a vuestras eminencias deberá quedar entre estas cuatro paredes. Nos va mucho en ello. La segunda, que debe quedar constancia del rechazo a la nueva propuesta. ¿Han calculado vuestras eminencias los ingresos que anualmente supondría para la Santa Sede la vuelta a la obediencia a Roma de aquella nación? ¿Cuánto alcanzarían las rentas eclesiásticas? ¿Cuánto los diezmos? ¿Cuánto el valor de las propiedades confiscadas que volvería a poseer?

Dejando aquellas preguntas en el aire, don Enrique de Guzmán se puso en pie al tiempo que Baltasar de Ossona recogía los papeles y los guardaba en la cartera.

Una vez en la carroza, el secretario trataba de sosegar al embajador.

—¡He tenido que morderme la lengua!

—Es cierto, excelencia, pero sólo hasta cierto punto. Vuestra excelencia los ha llamado estafadores.

—¡Es lo que son!

—Excelencia, es inaudito decirlo a la cara.

—Es lo que necesitan. ¿Os acordáis de la prohibición de hacer sonar la campana? ¡A cañonazos!

Antes de almorzar, don Enrique firmaba la carta que, siguiendo sus indicaciones, Ossona había escrito a Felipe II. En ella le daba cuenta del cambio de posición del papa respecto a la colaboración de la Santa Sede. El secretario hubo de emplearse a fondo para que el embajador no incluyera determinados párrafos, aunque era cierto

que el Vaticano buscaba eludir sus compromisos no tanto por el límite que ponía a su aportación, sino por hacerla depender de que la armada culminara la empresa y los soldados de Alejandro Farnesio desembarcasen en Inglaterra. En la Santa Sede, donde se poseía mucha más información de la que la mayoría de países podían siquiera imaginar, daban por seguro que, si los tercios españoles ponían pie en la isla, no habría fuerza que pudiera detenerlos en su marcha hacia Londres. Entonces, con la inversión del millón de ducados obtendrían beneficios tan grandes que eran difíciles de cuantificar.

El almuerzo en la embajada discurría calladamente sobre manteles de hilo de Holanda. Los platos eran de la fina porcelana que se importaba de Catay en el galeón que recorría el océano Pacífico —más conocido como el lago español—, luego era llevada desde las islas Filipinas a Acapulco, y de ahí, cruzando la Nueva España, hasta el puerto de la Villa Rica de la Vera Cruz, donde era embarcada en alguno de los galeones de las flotas de Indias que rendían viaje en Sevilla. Los cubiertos eran de reluciente plata, y las copas de un finísimo cristal labrado en los talleres de vidrio en Murano, regalo del embajador de Venecia. La bandeja de pechugas de faisán, después de los tres principios que abrían la comida —ensalada de rábanos con zanahoria y lechuga aderezados con vinagre y aceite, sopa de ajoblanco con tropezones y empanadas de carne de cerdo—, presentaba un aspecto inmejorable. Don Enrique se sirvió con largueza y regó aquellas delicias doradas con abundante salsa de almendras y cebolla. Trinchaba en silencio, un tanto mohíno.

Su esposa, doña María, quien se había dado por satisfecha con la ensalada de los principios y dos pechuguitas de faisán, lo observaba sin hablar. Sabía que cuando comía desaforadamente, como lo estaba haciendo, algo grave había ocurrido. Aguardaba en el otro extremo de la mesa, dando pequeños sorbos al vino de su copa. Apenas se mojaba los labios. Fue a los postres, después de degustar unos mazapanes, que eran su dulce preferido, cuando don Enrique rompió el silencio.

—He escrito a su majestad sin ahorrarme los comentarios que esos cardenales merecen. El rey ha de saber a quiénes tiene por aliados en este viaje.

—Mi señor, no debéis olvidar que vuestra misión en Roma es limar asperezas, resolver dificultades y allanar caminos.

—Hay gentes con las que es muy difícil… ¡Muy difícil, no! ¡Imposible!

—¿Tan complicado es el trato con sus eminencias?

El embajador dio un trago a su vino. Solía hacerlo después de tomar mazapán porque, según él, aligeraba la digestión.

—Consideran que sus opiniones son la única verdad. Son príncipes del que entienden como el mayor poder sobre la tierra. Añadid a ello que los franceses, que les obsequian grandes cantidades de queso de los Alpes, botellas de vino de la Champaña y, sobre todo, esa pasta de carne que llaman paté de *foie*, tienen a los cardenales ganados por la barriga.

—Como a la mayor parte de los hombres, mi señor. Aunque he de señalar un pequeño matiz.

—¿Qué matiz?

—Esa conquista ha de iniciarse después de haber satisfecho, y cumplidamente, ciertos deseos que tienen una mayor intensidad, al menos durante algún tiempo.

—En eso sus eminencias son como los demás —puntualizó don Enrique—. Las cortesanas con mayor renombre de Roma son sus amantes, y ellos, su principal fuente de ingresos. Gastan con ellas a manos llenas y se muestran cicateros con quien ha de acometer una empresa donde hay mucho en juego, incluidas sus bolsas.

—Mi señor, no debéis dejaros llevar por la vehemencia —insistió doña María—. Se cobran más piezas con la sagacidad que con la fuerza.

—Como casi siempre, he de daros la razón.

Aquella tarde, entrado ya el mes de octubre, el otoño hizo acto de presencia. Un fuerte viento de poniente había traído frío y lluvia que en algunos momentos cayó con mucha fuerza. Tanta que los aleros de las casas parecían fuentes y las calles arroyos que

arrastraban detritus y porquería desde las alturas del barrio de Alfama hasta la ribera del Tajo.

El cenáculo tenía lugar en la trastienda de un taller de relojería situado en una calle en la parte baja de Alfama, a la espalda de la catedral. El piso de arriba era la vivienda de un relojero, un sujeto de mediana estatura y aspecto atildado —cabello negro perfectamente recortado, barba perfilada, manos cuidadas—, a lo que colaboraba su pulcra indumentaria. Se llamaba Alexander Crown, más conocido como el relojero de Alfama, y era un católico que había tenido que huir de Inglaterra para salvar la vida. Los estantes de la trastienda estaban llenos de clepsidras de variada duración: algunas marcaban horas y un par de ellas eran diminutas ampollas que medían sólo un minuto, y por un mecanismo de giro seguían contando indefinidamente. Pero la especialidad de Crown eran los relojes de péndulo. Como excelente ebanista, las cajas de sus mecanismos, labradas en ébano o caoba, eran auténticas obras de arte. No muchos podían pagar aquellas piezas, que resultaban más atractivas por su belleza que por medir el tiempo con precisión.

Contaba entre sus clientes a varios canónigos, amén de otros clérigos de renombre y numerosos caballeros. Crown también construía pequeños relojes a los que añadía una cadena y podían ser llevados en un bolsillo. Hacía funcionar esos pequeños prodigios gracias a un resorte en espiral que transmitía un movimiento constante a una aguja que se desplazaba sobre una pequeña esfera. Labrados en oro o en plata, eran verdaderas joyas que estaban al alcance de muy pocos bolsillos, y lucirlos en las veladas y fiestas era todo un signo de distinción, por lo que se le acumulaba el trabajo. Pese a ello no admitía oficiales a los que enseñar los secretos de su oficio, que según un rumor que corría por Lisboa había aprendido de un maestro relojero en un cantón de Suiza.

El taller era un sitio discreto, apenas transitado, por donde sólo aparecían los clientes que acudían en busca de una de sus codiciadas piezas. En aquella calle sólo había otras dos casas. Una pertenecía a un capitán de barco que llevaba mucho tiempo sin aparecer por allí porque, según se decía, era partidario de don

Antonio y había muerto en el combate librado años atrás en la isla Terceira. La otra, que ocupaba toda la acera de enfrente, era la trasera del palacio de los marqueses de Aborientes, y allí se ubicaban el portón de los carruajes y la entrada a las caballerizas.

Los reunidos habían llegado poco a poco, alguno empapado hasta los huesos porque la lluvia lo había sorprendido en el camino. Estaban en una dependencia junto al almacén, situado al fondo de la casa, donde el relojero guardaba maderas y otros materiales necesarios para su trabajo. Era una estancia pequeña pero acogedora. Crown había encendido la chimenea y se calentaban en torno a ella al tiempo que daban tragos a un fuerte licor que quemaba cuando bajaba por la garganta, pero que entonaba el cuerpo. Eran cuatro, además del relojero: un impresor de Coímbra llamado Joao Cunha, que había llegado hacía dos días con una pequeña prensa y una carga de papel, dispuesto a hacer el trabajo que en Lisboa nadie de su oficio se había atrevido a aceptar; un aguador, muy conocido en los ambientes populares de Lisboa, al que todos llamaban Sousa; Afonso Gomes, un herrero con fama de ser el mejor de Lisboa, y un escribano, Duarte Brito, cuyo despacho se hallaba en una de las calles que desembocaban en la plaza donde se alzaba el Palacio da Ribeira. Tenían en común ser partidarios del prior de Crato y urdían tramas en favor de don Antonio.

—Las horas de luz menguan y cada día oscurece un poco antes. No perdamos tiempo porque las noches en las calles de Lisboa son peligrosas —señaló el relojero—. Ayer, muy cerca de aquí, apareció un cadáver; al desgraciado lo habían cosido a puñaladas, pero no lo habían desvalijado.

—Un ajuste de cuentas —dijo Sousa.

—Una muestra más de lo agitados que están los ánimos —puntualizó el escribano.

—Supongo que nadie alberga ya duda de qué es lo que se prepara —intervino el relojero, abordando el asunto que los había reunido.

—No pasa un solo día sin que lleguen nuevos barcos a los muelles. Hay galeones, naos, galeras, carracas, urcas… —añadió

Sousa—. Además, está aquí el marqués de Santa Cruz.

—¿Don Álvaro de Bazán en Lisboa? —preguntó el impresor.

—Desde hace más de una semana —corroboró Brito—. Lo dijeron en la escribanía unos españoles que necesitaban una escritura y pude comprobarlo al día siguiente, cuando lo vi salir del palacio.

—Eso confirma la información que nos llegó el mes pasado.

—¡Ya no hay duda!

—Tampoco sobre el objetivo de esa armada: ¡invadir Inglaterra!

—No estoy tan seguro de eso.

—Creedlo, Brito —dijo el relojero—. Ayer tuve noticias de Flandes y todo está confirmado.

—¿Qué noticias son esas? —preguntó el impresor.

—Apresaron al sobrino de un cardenal. Un tal Oda Colonna. Su tío le había dicho que el rey de España prepara la invasión de Inglaterra, y que ha pedido al papa que la Santa Sede corra con una parte de los gastos.

—Pronto empezará a oscurecer. Vayamos al asunto que nos ha reunido. —El relojero miró al impresor—. ¿Nos enseñáis la muestra?

Cunha sacó un papel impreso y se colocó unas antiparras.

—He procurado que el mensaje sea corto, que no se preste a confusiones y aliente a quienes lo lean. Dice así:

DON ANTONIO, NUESTRO SOBERANO, REGRESARÁ PRONTO A ESTE SU REINO, OCUPADO POR LOS CASTELLANOS. NECESITARÁ EL APOYO DE TODOS LOS LEALES QUE SIENTEN A PORTUGAL COMO PROPIO Y RECHAZAN VERLO OCUPADO POR EXTRANJEROS.

¡VIVA DON ANTONIO! ¡VIVA PORTUGAL! ¡ABAJO EL TIRANO!

Hubo asentimiento general.

—Esto animará a mucha gente —señaló el escribano.

—Si estamos de acuerdo, decidme cuántas hojas imprimo —intervino Cunha—, y no se entusiasmen. Hay que pegarlas en lugares de mucho tránsito y eso no es fácil. Añadid que el papel y la tinta no son baratos.

—El dinero no es problema —puntualizó Crown—. ¿Imprimimos quinientas? —planteó paseando la mirada por los reunidos—. Eso significa que cada uno habrá de encargarse de distribuir un ciento de ellas.

Todos asintieron.

—Bien, ¿cuándo podremos contar con esas hojas?

Cunha echó cuentas.

—En tres días, cuatro a lo sumo, puedo tenerlas.

Ahora el relojero miró al escribano.

—¿Contamos con la pólvora?

—Viene en la *Stella Maris*, una urca que trae trigo, madera y pieles desde un puerto del Báltico.

—Eso es un problema —señaló el herrero—. La vigilancia en la aduana es muy estricta.

—¿Cuándo llegará ese barco?

—No puedo dar una fecha, pero no antes de un par de semanas.

—¡Eso es demasiado tiempo! —protestó el herrero.

—¿Acaso cree *você* que conseguir un quintal de pólvora es tan fácil como herrar un caballo?

Sousa acudió en apoyo del herrero.

—Lo que Afonso dice está muy en razón. Cada vez el riesgo es mayor. Estoy todo el día en la calle con mis cántaros y entro en muchas casas. Don Antonio cuenta con numerosos apoyos, pero los españoles están pendientes de cualquier cosa que los lleve a sospechar. ¿No sería posible adelantar todo eso?

—La pólvora no llegará antes de esa fecha —insistió el escribano.

—No hay que anticiparse. Las cosas requieren su tiempo. —El relojero tranquilizaba los ánimos—. Precipitarnos puede llevar a cometer alguna indiscreción, y eso resultaría fatal. Como Sousa ha dicho, los españoles están pendientes de todo. ¿Vos habéis hecho las diligencias que se os encomendaron? —preguntó al herrero.

—Cumplidas a pedir de boca. Lo que me hace falta son los veinte ducados que les prometí.

—Los tendréis antes de marcharos. Con los pasquines se armará mucho revuelo y las aguas se agitarán bastantes días —afirmó el impresor—. Los españoles buscarán hasta debajo de las piedras. Mejor que la llegada de la pólvora se retrase algún tiempo. La fecha para llevar a cabo el plan podría ser el Día de Todos los Santos, víspera de Difuntos. Habrá mucha gente en las iglesias y se descuidará la vigilancia. Hemos de aprovecharnos de eso.

El relojero los interrogó con la mirada. Todos asintieron.

—En fin, si no podemos tener antes esos barriles de pólvora… —concedió el herrero con cierta resignación.

—Será entonces el Día de Todos los Santos —concluyó Crown—. Me encargaré de avisar a mis compatriotas para que lo tengan todo preparado.

Capítulo VII

TODOS los informes que llegaban a Londres señalaban que algo importante estaba organizándose. Los más fiables procedían de Flandes, donde había sido apresado el sobrino de un cardenal que, tras un interrogatorio en el que no fue necesario emplear demasiada severidad, confesó que en Roma el embajador español negociaba que la Santa Sede aportara una gran suma para una operación cuyo objetivo era invadir Inglaterra.

También acababa de llegar a manos de *sir* Francis Walsingham una carta de Lisboa donde se informaba de que en los muelles de la ribera del Tajo empezaba a haber un movimiento mucho mayor del habitual, que el marqués de Santa Cruz estaba en aquella ciudad y que se había puesto en marcha un plan para excitar los ánimos de los partidarios del prior de Crato.

Walsingham era un caballero de mediana estatura que rondaría los cincuenta y cinco años, de poblada y encanecida barba, ojos negros y pequeños, pero vivaces, que, desde hacía más de una década, ejercía de secretario de Estado, lo que le permitía controlar la correspondencia de la corte al completo, incluida la enviada por espías.

—Todo apunta a que el daño causado a los españoles en Cádiz sólo ha servido para retrasar sus planes, y que Lisboa será el puerto donde reunirán la armada —informaba a la reina Isabel.

—*Sir* Francis, ¿estáis seguro? —preguntó *sir* William Cecil, barón de Burghley y secretario de la reina—. En ese puerto siempre hay mucho bullicio.

—Es el mejor del que disponen desde que Portugal pertenece a sus dominios.

—Tienen Cádiz y La Coruña.

—Don Álvaro de Bazán no está allí por casualidad —insistió Walsingham.

—Puede que todo sea una añagaza.

—No lo creo.

—En tal caso, habría que saber dónde desembarcarían.

—Hay quien señala Irlanda porque allí contarían con muchos apoyos. Otros indican que en Escocia, y no podemos descartar que lo hagan en nuestras costas.

—¿Qué dicen vuestros confidentes? —La reina miró a Walsingham.

—Lamento deciros, majestad, que las noticias son contradictorias.

Felipe II acababa de recibir la carta del conde de Olivares. Estaban con él Arias Montano y Ambrosio de Morales, que acababa de publicar *Los cinco libros postreros de la crónica general de España*. Ambos seguían trabajando en la búsqueda de volúmenes, impresos y manuscritos para la biblioteca de El Escorial.

—¡Su santidad quiere limitar la aportación prometida y pone condiciones!

—¿A qué condiciones se refiere? —Arias Montano era de las pocas personas a quien el rey permitía tomar la palabra sin una autorización previa, e incluso que le formulase una pregunta, algo excepcional.

—A que sólo desembolsará el dinero si los soldados ponen pie en Inglaterra.

—Su santidad está muy influido por Francia, majestad. Es posible que todo eso se haya gestado en el cenáculo de los franceses. Hace poco nombró cardenal a Felipe de Lénnoncourt, y se oye decir que

muy pronto hará lo mismo con Pedro de Gondi, un protegido de Catalina de Médicis. Los franceses buscarán hacernos todo el daño que sea posible.

—¡No es admisible! Si Dios permite que este negocio tenga éxito, Roma será la principal beneficiaria. Además, es la que ha malogrado el secreto de nuestra empresa.

—¿Por qué lo dice vuestra majestad?

—Porque el papa ha puesto este asunto en manos de una serie de cardenales. Demasiada gente. Hoy he tenido noticia de que, en Flandes, los rebeldes han apresado al sobrino de uno de ellos. Agentes del duque de Parma han averiguado que tenía información, aunque sin conocer detalles, de que estamos preparando la armada y que le hicieron confesar. A estas horas en Londres habrán confirmado lo que ya sospechaban.

Ambrosio de Morales frunció el ceño.

—¿Le ocurre algo a vuestra paternidad?

—Majestad, en mi modesta opinión no estaría todo perdido… en ese terreno.

—¿Qué queréis decir?

—Que los ingleses saben que nuestro ataque se ha de producir. Son demasiadas las provocaciones. En la guerra de Portugal, a diferencia de Francia, que apoyó sin reservas a don Antonio, jugaron con dos barajas. Su ayuda fue mucho más limitada y los barcos que intervinieron en la jornada de la Terceira lo hacían, al menos oficialmente, a título particular. Su reina no quiso implicarse en aquel asunto. Sin embargo, hoy es quien acoge a don Antonio. Otra provocación que se une a que haya enviado varios miles de soldados a Flandes para apoyar la causa de los herejes, amén del ataque que han perpetrado contra Cádiz. Saben que todo eso ha de tener una respuesta por parte de vuestra majestad. Pero desconocen cómo lo haréis.

—¿Qué proponéis?

—Crear confusión, majestad. Esparcir el rumor de que ese sobrino del cardenal se ha dejado prender para dar una información

falsa. Divulgar que la escuadra que se está organizando en Lisboa tiene como misión la lucha contra los otomanos y sus aliados…

—¿No os parece que Lisboa queda lejos del Mediterráneo? —lo interrumpió Arias Montano.

—Por eso precisamente. Así se evita un ataque de los berberiscos. Todo es crear desconcierto para que los ingleses no sepan a qué han de atenerse.

—Pero los grandes galeones y las urcas no son barcos a propósito para el Mediterráneo. Ese mar es el dominio de las galeras —insistió Arias Montano.

—Lo que no quiere decir que no puedan navegar por esas aguas.

—Eso nos crearía un serio problema con la Sublime Puerta —señaló Felipe II.

—Majestad, siempre que al sultán no se le indique que se trata de un rumor falso y que estáis dispuesto a renovar las treguas firmadas con él. Si a ello unís que en Flandes se divulgue que los tercios se preparan para invadir Inglaterra porque sólo necesitan cruzar el canal de la Mancha…, estarán desconcertados.

El rey se acariciaba su blanca barba con aire pensativo. Lo que estaba diciendo fray Ambrosio no era una tontería. Cuando menos crearía dudas en los ingleses y durante unos meses no sabrían a qué atenerse. Miró al jerónimo con una media sonrisa en los labios.

—¿Sabe vuestra paternidad que debería dedicarse a algo más que a escribir, buscar antigüedades y libros y hurgar entre papeles viejos?

—Majestad, siempre a vuestro servicio. Pero a mi edad… me pesan los años. Sabed que estoy viviendo en los setenta y cinco y que ya apenas salgo de Córdoba ni de mi monasterio…

—¿San Jerónimo de Valparaíso? —rememoró el monarca, que estuvo allí cuando reunió Cortes para seguir de cerca la guerra con los moriscos del reino de Granada. Hacía de eso más de quince años.

—Así es, señor. Allí reviso el trabajo que me encomendó vuestra majestad acerca de la historia de las ciudades y villas de vuestros reinos, incluso aldeas perdidas. Es una labor ardua y las respuestas

que he recibido son muchas y valiosas acerca del origen de los nombres de esos lugares, de las antiguas ruinas que se conservan y otros datos sobre su pasado, tanto histórico como eclesiástico, y de algunas de las costumbres de sus gentes. Espero que Dios, Nuestro Señor, me dé fuerzas y tiempo para poder concluir esa obra.

Felipe II asintió varias veces con leves movimientos de cabeza.

—Prosiga vuestra paternidad con ella, que es muy importante, y sabed que, para estar encerrado entre libros y papeles, os encontráis muy al tanto de asuntos que se tratan de forma reservada en la corte.

El rey se encerró en su gabinete y redactó de su propia mano varias cartas con destinos muy diferentes. Escribió a Roma, a don Enrique de Guzmán, diciéndole que, dadas las circunstancias, la empresa de Inglaterra quedaba por el momento en suspenso. Era necesario aclarar algunas cuestiones sobre las que ahora, tras la nueva postura de su santidad, tenía serias dudas. Insistió al embajador en que dejase claro al papa que la vuelta de Inglaterra a la obediencia a Roma quedaba pendiente de la resolución de otros asuntos que afectaban a esta monarquía.

La otra carta tenía como destino Lisboa. Iba dirigida al marqués de Santa Cruz. Le decía que se fuera aprestando una escuadra de galeras que llegarían en pocas semanas a aquel puerto.

Para la última de las cartas hizo sonar la campanilla.

—¿Majestad…? —El gentilhombre de semana había acudido presto a la llamada.

—Decid a Diego que quiero verlo.

Diego de Logrosán era el maestro de cifra, la persona a cuyo cargo estaban los otros dos truchimanes encargados de encriptar textos para que su contenido no revelase cosa alguna en caso de caer en manos inadecuadas.

—Enseguida, señor.

Poco después unos golpecitos en la puerta indicaban a Felipe II que su orden se había cumplido.

—Majestad. —Logrosán hizo una reverencia guardando la distancia debida.

—Acercaos. —El rey le mostró la carta, redactada con algunos tachones y varios borrones—. Deberéis encriptarla con la cifra de Estambul.

—¿Es para Margliani, majestad?

—Para el conde de los Cuatro Valles —corrigió Felipe II, indicando el título que había concedido a Giovanni Margliani por los importantes servicios prestados a la corona.

—Disculpadme, señor. Para el conde de los Cuatro Valles.

—Deberéis darle prioridad absoluta y no encomendéis a ninguno de vuestros auxiliares este trabajo. Hacedlo vos mismo. Quiero que sin pérdida de tiempo salga para su destino. Leed el texto antes de retiraros por si os plantea alguna duda.

Leyó la carta sin dificultad, acostumbrado como estaba a la letra del rey, a sus abreviaturas y a su grafía.

—Todo claro, señor. Hoy mismo saldrá para su destino. ¿Ordena vuestra majestad algo más?

—Podéis retiraros.

El maestro de cifra hizo otra reverencia y estaba a punto de llegar a la puerta cuando lo detuvo la voz del rey.

—Cuando el texto esté cifrado, traedme ese borrador. No enviéis la carta antes de devolvérmelo.

—Como disponga vuestra majestad.

Felipe II no deseaba dejar un solo cabo suelto. La clave de todo lo que había puesto en marcha, tomando como propias las sugerencias de fray Ambrosio de Morales, estaba en aquella carta que era necesario enviar en cifra. Iba dirigida a Giovanni Margliani, uno de sus mejores agentes, establecido en Estambul al frente de media docena de espías reclutados entre excautivos, comerciantes y algún renegado que realizaban en la capital del Imperio otomano las más variadas misiones, como despistar a los enviados de Venecia y de Inglaterra. Algunos hombres destinados en aquella ciudad habían tenido que ser relevados por su afición al vino y a los burdeles, causa de una peligrosa verborrea que incluso había costado la vida a uno de los espías españoles.

Margliani, que era tuerto, tenía encomendada la misión de renovar la tregua firmada con los otomanos, que expiraba aquel año. Para Felipe II era de vital importancia tener las manos libres en el Mediterráneo si deseaba invadir Inglaterra. Cuando a Estambul llegara la noticia de que la escuadra que se aprestaba en Lisboa era para operar en el Mediterráneo, la misión de Margliani se complicaría en exceso. Por eso era necesario darle instrucciones al respecto. Era aquella una operación de mucha complejidad que sólo podría tener éxito en manos de aquel agente que había estado cautivo en Túnez el tiempo suficiente para conocer los entresijos del mundo musulmán.

Dos horas después Logrosán regresaba al despacho de Felipe II.

—Majestad, tomad vuestro borrador y esta es la carta, ya puesta en cifra para ser enviada al conde de los Cuatro Valles.

Felipe II echó una mirada al galimatías en que se había convertido el texto en manos de Logrosán.

—Muy bien, Diego —dijo, devolviéndosela.

—Servir a vuestra majestad es un honor.

A quien no escribiría sería al duque de Parma. Sabía, por la información que le había dado Idiáquez, que la mayor preocupación de los ingleses estaba en las dudas sobre el lugar donde desembarcarían las tropas que se preparaban para la invasión.

Capítulo VIII

—¡NADIE ha visto nada! ¡Nadie se ha enterado de nada!

El virrey estaba de un humor de perros. Lisboa había aparecido llena de pasquines donde se pedía el apoyo para don Antonio y se anunciaba su pronto regreso a Portugal.

—Alteza, se han amparado en las sombras de la noche —se excusaba el alguacil mayor.

—¿Sombras de la noche, decís? ¡Han colocado esta basura delante de nuestras mismísimas barbas! —El virrey señalaba el pasquín que había sobre la mesa—. ¡En las puertas de las iglesias y los conventos! ¡En la plaza del Rossio! ¡Hasta en los muros del castillo de San Jorge! ¿Dónde estaban vuestros hombres, que nada han visto? Respondedme, ¿dónde estaban?

—Si vuestra alteza me lo permite…

Don Francisco de Mascarenhas era esbelto y se mantenía con una agilidad impropia de su edad, que sobrepasaba con mucho el medio siglo. Había quedado viudo hacía años. Tenía los ojos negros y un largo bigote que caía por las comisuras de sus labios hasta perderse por debajo del mentón. Era el capitán de la guardia.

—¡Hablad, excelencia!

—Alteza, lo ocurrido ha sido cosa de pocos. Sólo ha de localizarse al grupo que ha cometido esa fechoría.

—¡Ciertamente una fechoría! ¡Se refieren a su majestad como tirano! —exclamó indignado el marqués de Santa Cruz.

—Ese apoyo a don Antonio —prosiguió Mascarenhas— tiene uno de sus pilares en numerosos monjes, frailes y párrocos. Por eso, alteza, muchos de esos papeles han aparecido en las puertas de las iglesias.

—¡Eso, don Francisco, no explica que hayan aparecido en muchos otros sitios! —replicó el virrey—. ¡Los libelos pegados en el castillo de San Jorge son un insulto!

—Pero nos da la pista de que es gente letrada y con acceso a una imprenta —señaló Mascarenhas.

—Soy de la misma opinión que don Francisco —dijo Alonso de Sandoval, que estaba entre los reunidos por encontrarse circunstancialmente en palacio dando cuenta al virrey de la misión que iba a poner en marcha para localizar al alquimista llamado Lupercio.

Había tomado la palabra sin un permiso previo, y al instante se dio cuenta de su error. Lo había hecho por sumarse a los planteamientos del padre de Leonor, pero afortunadamente el virrey no le dio mayor importancia y consideró aquel atrevimiento fruto de su juventud e inexperiencia. Mascarenhas, a quien había sido presentado cuando llegó, le dedicó una media sonrisa y Alonso, azorado, bajó la cabeza.

La reunión concluyó con tres acuerdos. El primero, indagar en las imprentas de Lisboa para tratar de averiguar de dónde habían salido aquellos pliegos.

—Ese trabajo lo realizará vuesa merced. —El archiduque miró a Alonso.

—Es un honor, alteza.

El segundo, cumplir sin excepciones la prohibición de andar por las calles una hora después de dado el toque de oración.

—Sólo se permitirá deambular a quienes tengan un motivo que lo justifique. Se vigilarán de forma especial mesones, tabernas y tugurios. En esos sitios se indagará para ver si es posible encontrar alguna pista que nos permita llegar hasta quienes han cometido esta

fechoría. —El virrey miró al alguacil mayor—: ¡Exigid la mayor dedicación a vuestros hombres!

—Así se hará, alteza.

—El tercero —miró a Mascarenhas— que soldados de la guardia que manda vuestra excelencia colaboren con el alguacil mayor para la vigilancia nocturna de la ciudad.

—Como ordene vuestra alteza.

—Lo que pongáis en marcha cuenta con mi aprobación.

Aquellas últimas palabras dejaban clara su confianza en don Francisco.

Lo que se hablaba en aquella reunión era la comidilla por calles y plazas de Lisboa. Efectivamente, amparados en las sombras de la noche y con los pies envueltos en trapos para no hacer el menor ruido al caminar, el relojero de Alfama y los conspiradores se habían acercado al hospital de Todos los Santos y al castillo de San Jorge, donde dejaron muestras de su llamamiento. En otros lugares contaron con la colaboración de numerosos frailes y curas, una vez que tuvieron los pasquines impresos, para colocarlos en las puertas de sus templos. Algunos, hipócritamente, aludían a ellos en sus sermones de aquella mañana —era una forma de darles difusión—, quejándose de que se utilizaran edificios que eran la casa de Dios para menesteres tan mundanos, ahorrándose cualquier clase de crítica a lo ocurrido.

Desde primera hora de la mañana —una vez descubierto lo ocurrido—, numerosas patrullas de soldados los arrancaban y quitaban de la circulación. Pero no habían podido conseguirlo con todos, y lo que allí se decía, con los añadidos habituales en estos casos, se esparció con gran velocidad hasta los arrabales de la ciudad, donde también se habían levantado algunos conventos e iglesias parroquiales.

En el mercado de la plaza del Rossio, en un puesto de cacharros de barro y cerámica, un sujeto rodeado de gente leía en voz baja el contenido de uno de aquellos pasquines. Cuando terminó, aclamó con fuerza para que fuera oído por todos:

—¡Viva don Antonio! ¡Viva Portugal! ¡Abajo el tirano!

Algunos de los presentes respondieron un «viva» con voz queda. Los gritos alertaron a unos soldados que estaban en la puerta del hospital de Todos los Santos y que acudieron rápidamente junto con otras muchas gentes atraídas también por la algarabía. La confusión fue general. El lector del pasquín, embozado en su capa para no ser identificado, se escabullía al tiempo que algunos de los presentes hacían torpes movimientos con el propósito de obstaculizar la persecución.

En la Ribeira das Naos unos pescadores acababan de poner pie a tierra y descargaban las cajas llenas de pescado. Allí los esperaban varias mujeres, que se hicieron cargo de ordenar los peces, tirar los más pequeños que no eran aptos para el mercado y apartar los más grandes, por los que pedirían más dinero.

Una de ellas preguntó en voz baja a uno de los marineros:

—¿Cuando os hicisteis a la mar visteis algo raro?

—¿De qué me habláis?

—Esta noche los partidarios del prior han repartido papeles. ¡Hay mucho jaleo!

—Cuando izamos la vela y dimos remos buscando la corriente del río era todavía noche cerrada. Al amanecer hacía rato que habíamos dejado atrás Belém y nos acercábamos a Oeiras y a San Julián de la Barra, que fue donde echamos las redes. ¿Qué dicen esos papeles?

—Que don Antonio vuelve a Portugal, a luchar por sus derechos.

—¿Dónde va a encontrar soldados? Los que no cayeron cuando lo de los moros murieron contra los castellanos ahí cerca, en Alcántara. Nos dieron bien dado.

—Lo que se dice en esos papeles es que lo ayudarán los ingleses. Vendrán con una gran flota y muchos soldados.

—¿Por eso están los castellanos aprestando todos esos barcos?

La mujer se encogió de hombros, agarrando una de las cajas rebosantes de pescado, porque no tenía respuesta para eso.

—Lo que he oído es que don Antonio llegará pronto, muy pronto.

El marinero negó con la cabeza.

—No te creas todo lo que dicen.

—¡Es lo que pone en esos papeles!

—Si tú no sabes juntar dos letras, ¿cómo sabes que es eso lo que pone? El que solucionaría todo esto es don Sebastián. ¡A ver si aparece de una puñetera vez! —resopló, dejando otro cajón de pescado en tierra.

En A Casa dos Passarinhos [1], que desde hacía algunos meses se había convertido también en posada al haber comprado el dueño unas casas medianeras y agrandado el espacio, se reunían como cada día los habituales —viejos marinos y gentes relacionadas con la mar— para beber, contar sus historias siempre llenas de fantasías y comentar los sucesos del acontecer diario. En torno a una mesa estaban Farinhas, un viejo lobo de mar; Pedro de Cobes, al que todos llamaban el *Dourado*, y el clérigo Luís Pereira, cuyo padre había sido capitán de una fortaleza en las islas de las Especias, y que trabajaba en un poema sobre la batalla de Alcazarquivir, donde había participado y caído prisionero. Fue rescatado después de seis años de penalidades como esclavo y aseguraba que el rey don Sebastián había muerto. Era partidario del prior de Crato, pero se cuidaba mucho de hacerlo público. También se hallaba allí don Bastián, un viejo capitán cuya avanzada edad hacía que caminase ayudado de una muleta de su casa a la posada; no veía mal que don Felipe ocupara el trono de Portugal. Y Diogo Couto, quien mucho tiempo atrás había sido maestre de una nao; estaba a favor de que el trono de Portugal no estuviera ocupado por quien él consideraba un extranjero y era seguidor de don Antonio de Avís. Tenía a Felipe II por un usurpador y se refería a él, despectivamente, como el *Espanhol.*

Sobre la mesa se encontraba uno de aquellos pasquines, y el debate, siempre presente, había subido de tono.

—¡Esto se va a poner caliente! —afirmaba Couto, que era quien había traído el pasquín—. ¡La revolución está en marcha!

Don Bastián dio un largo trago a su vino y lo miró a los ojos.

—¿Estáis hablando en serio o es una de vuestras fantasías por alguno de los siete mares en los que habéis navegado?

—¡Este papel no es una fantasía! ¡Permitidme que os diga que quien fantasea sois vos, si pensáis que la revolución no se acerca!

—¡Vamos, Couto! Un escrito como ese no es el comienzo de una revuelta.

—¡No he dicho revuelta! ¡Revolución! ¡He dicho revolución!

—No necesitáis aclarármelo. He querido rebajar conscientemente vuestras ínfulas. Para iniciar una revolución hace falta mucho más que unos papeles. Se necesita una gran cantidad de hombres o, si es un grupo menos numeroso, que sean decididos y audaces. Hace falta además dinero, mucho dinero, y sobre todo un jefe a quien seguir. No sé si son muchos o pocos los que están dispuestos a la lucha. A la llegada de las tropas del duque de Alba, el prior fue el primero en salir corriendo cuando las cosas en Alcántara se pusieron mal para sus pretensiones. Como también fue el primero en largarse de las Azores y de la Terceira. No se le vio el pelo. Don Antonio no levanta los entusiasmos de un verdadero adalid al que sus hombres seguirían hasta las puertas del infierno y, si fuera necesario, entrarían en él. Está escondido entre las faldas de la reina de Inglaterra y los herejes de aquella isla. ¡Sólo Dios sabe lo que estará haciendo!

—¡Organizando su regreso para enfrentarse al *Espanhol*!

—¡Dejaos de fantasías, Couto! ¡Llamad al rey por su nombre y dejad de referiros a don Felipe como el *Espanhol*! Las Cortes lo eligieron rey en Tomar y hasta el momento ha respetado escrupulosamente nuestros fueros y libertades. Ha cumplido con todo lo que prometió allí. ¡Eso no son fantasías! ¡Como no lo son que don Antonio, que no deja de ser un bastardo, ha salido huyendo cuando había que dar la cara!

—Lo mejor que podría suceder —terció Farinhas, que veía los ánimos muy excitados— es que don Sebastián apareciera de una maldita vez.

—¡Otra fantasía! —exclamó Pereira, dando el último trago a su vino.

Alzó el brazo con la jarrilla bocabajo para indicar que faltaba vino.

—Más vino, Lourenço, que con tanto hablar tenemos la garganta seca.

El posadero acudió solícito.

—¡Catia, más vino para esta mesa! ¡Vamos, date prisa! ¿Quieren un bacalao recién pescado que he comprado esta misma mañana en la Ribeira y que he guisado con nata y huevos?

—¿Cuánto quieres cobrarnos? —preguntó el *Dourado.*

—Medio *reais* por una cazuela donde habrá para todos.

—¿Eso incluye el pan? —inquirió Farinhas.

—¡Ay! Incluyo el pan en ese precio, aunque pierda.

—¡Deja de llorar y trae ese bacalao! ¿Estamos de acuerdo?

Hubo asentimiento general.

—¡Pero primero el vino! —exigió Pereira.

—¡Catia, ese vino!

Capítulo IX

LAS SEMANAS siguientes fueron de gran trasiego en Lisboa. La ciudad estaba sacudida de un extremo a otro. Los rumores deformaban el anuncio de los pasquines. Lo que se comentaba a la puerta de las iglesias, en los mercados y en las plazas nada tenía que ver con su escueto contenido. Había gente que se aprovisionaba de viandas porque la capital iba a verse atacada por un poderosísimo ejército inglés que sería traído por una flota como jamás se había visto, y con ellos vendría don Antonio para reclamar su trono. Los precios de muchas cosas subieron de forma desorbitada. Algunos productos no se encontraban en los mercados, y quienes tenían posibilidad de hacerlo se habían marchado para evitar lo que se presumía como un terrible asedio. Se decía que la lucha iba a centrarse en sus murallas, y que los españoles defenderían con fiereza cada casa, cada calle y cada palmo de terreno. Se aseguraba que al castillo de San Jorge se habían llevado grandes cantidades de balas y bombas con las que proveer su poderosa artillería, aunque en realidad nadie había visto entrar por sus puertas aquella munición.

El único rumor que se ajustaba a la verdad era que patrullas de soldados recorrían durante la noche las calles y detenían a todo aquel al que sorprendían deambulando por ellas pasada una hora del toque de oración y no podía dar una explicación. Se contaba que, en algún caso, en que se decía buscar a un médico o a una comadrona

para asistir a una parturienta, los propios soldados lo habían acompañado para comprobar la veracidad de ello. Particular vigilancia se mantenía sobre posadas y mesones, y muy principalmente en los garitos donde se organizaban timbas de juego y se ejercía la prostitución.

Había varias docenas de detenidos; entre ellos, un rapabarbas que se daba ínfulas de cirujano-barbero y que sacaba muelas en una plazuela de la Alfama. Había bebido demasiado láudano del que utilizaba con sus clientes para arrancarles los molares, si tenían los *reais* suficientes para que les suministrara unos buches de aquel jarabe que él mismo preparaba con vino, beleño, almizcle y ámbar, y al que se aficionó a base de probarlo para determinar su composición. Se había puesto a gritar a voz en cuello aleluyas a don Antonio y por eso dio con los huesos en la cárcel.

Alonso de Sandoval ponía todo su empeño en el trabajo que el virrey le había encomendado. Estuvo todo un día comprobando y estudiando el pasquín por si descubría algún signo que fuera singular. Se valía para ello de una lente de aumento, y durante horas había observado a través de ese cristal cada una de las letras. Pero no halló peculiaridad alguna que le permitiera seguir una pista.

Había revisado algunos libros salidos recientemente de las prensas lisboetas sin encontrar en el cotejo ningún dato revelador. Supo, eso sí, que el impresor de aquel escrito era alguien que dominaba su oficio: se trataba del trabajo de un maestro con una larga experiencia. La impresión era limpia, sin manchas, y la prensa había apretado el papel lo justo.

Asimismo, había pedido la relación de las imprentas existentes en Lisboa, y muy pronto le fue facilitada gracias a que las autoridades ejercían un gran control sobre ellas para evitar que se dieran a la estampa textos cuya difusión no se considerase conveniente, como los incluidos en el llamado «Índice», que contenía la relación de los libros que no podían editarse porque su contenido era contrario a los dogmas de fe, difundía doctrinas o pensamientos contrarios a la moral o sostenía teorías en contra de los pilares y principios en que se sustentaba el buen gobierno. Había más imprentas de las que en

un principio supuso, aunque después pensó que en una ciudad que, según decían, estaba habitada por más de cien mil personas y era la capital de uno de los reinos de mayor relieve de la cristiandad, ese número no debía sorprenderlo.

—*Você* ha de tener presente que no están todas —le dijo el segundo oficial de la Casa da Índia, a quien se había encomendado aquel trabajo.

Alonso frunció el ceño.

—¿Qué queréis decir?

—Que aquí, como en Castilla, los libros sólo pueden darse a la estampa una vez que los censores indican que nada hay que objetar a su contenido. Es lo que se conoce como el *nihil obstat*, que ha de aparecer en las primeras páginas. Sin embargo, salen a la luz obras que no lo tienen y hasta las hay con él impreso, pero no ha sido concedido por los censores. Aunque la vigilancia es muy grande, hay imprentas clandestinas y de sus prensas salen libelos y libros que no tienen pie de imprenta e incluso grabados donde se denigra a la Iglesia o al rey. A veces se logra descubrirlas y las penas son muy severas. Esos impresores son enviados a servir en las galeras y pasan el resto de su vida amarrados a los remos. Según dicen, es peor que la muerte con que se castiga a otros. También debéis saber que muchos de esos libros, libelos y grabados entran de contrabando en barcos que proceden de zonas donde ha prendido la herejía.

En efecto, el propio Alonso había visto algunos grabados impresos por rebeldes holandeses, calvinistas y luteranos, donde los españoles aparecían cometiendo toda clase de crueldades con los indios en los virreinatos del otro lado del Atlántico. Pero él, que había estudiado en la Universidad de Salamanca, sabía que las leyes que regían en aquellos lugares eran las mismas —maestros de aquella institución las habían elaborado hacía ya algunas décadas— que regían en Castilla y en virreinatos como el de Nápoles o Sicilia. Ante su inferioridad en el campo de batalla, aquellos libelos eran la forma de lucha que aquellas gentes empleaban contra España.

—Agradezco mucho vuestra información, que será de gran ayuda.

En los días siguientes visitó la imprenta de João de Ochoa, en cuyas prensas estaba imprimiéndose un libro sobre un pretendiente al trono de Epiro y de Albania. También la de Francisco Correa, donde se imprimía una *Crónica* del rey don Juan II de Portugal escrita por un tal Damián de Goes. Siempre pedía algunos pliegos y muestras de trabajos anteriores, por si encontraba alguna similitud con el pasquín. Acudió seguidamente a la que tenían los padres de la Compañía. La imprenta de los jesuitas, una de las más importantes de la ciudad, estaba en el conjunto de edificios construidos en torno a su iglesia, dedicada a san Roque, y que incluían el colegio y el noviciado.

El padre Da Costa, que era el superior de la Compañía, lo recibió con muestras de hospitalidad. —Alonso recordó que los jesuitas habían apostado desde el primer momento por Felipe II—. No le extrañó que, a diferencia de lo ocurrido en la imprenta de Francisco Correa, donde todo fueron dificultades, aquí se le abrieran totalmente las puertas.

—En lo que podamos ser de utilidad, contad con nosotros.

—Necesitamos saber dónde se ha impreso ese pasquín sedicioso.

—¿Vuesa merced piensa que ha salido de nuestras prensas?

—En modo alguno, paternidad. Pero…

—Está bien, acompañadme a la imprenta. El padre Ferreira, que la tiene a su cargo, os podrá ser de más ayuda que yo.

Al entrar los recibió un fuerte olor a tinta y a papel.

La imprenta de los jesuitas era una gran dependencia abovedada en la que se hallaban cuatro prensas y varias gavetas con compartimentos llenos de letras, números y signos de puntuación que resaltaban en pequeñas piezas de metal fundido. Varios novicios, bajo la atenta mirada del padre Ferreira, componían textos. Otros entintaban las planchas ya colocadas en la prensa. Otro más desbarbaba pliegos con el fin de dejarlos listos para la impresión.

—¡Padre Ferreira!

El jesuita, que tenía su hábito remangado, se volvió hacia ellos.

—Paternidad… —saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Este caballero es don Alonso de Sandoval; indaga acerca de ese pasquín que días atrás apareció en muchos lugares de la ciudad.

El jesuita volvió a saludar inclinando brevemente la cabeza, a lo que respondió Alonso:

—Buenos días, páter.

—Aquí nos dejaron varios ejemplares. Dos en las puertas del colegio, otro en la de la iglesia y otro más en la puerta de carruajes. Por ahí debe de haber uno… —El padre Ferreira rebuscó entre un montón de papeles—. Aquí está. ¡Todavía hay gente que piensa que don Antonio puede ocupar el trono!

—Atended a don Alonso en aquello que necesite.

El superior se retiró y, tras algunas comprobaciones que no sirvieron para el propósito que lo había llevado hasta allí, Alonso se despidió.

—Agradezco el tiempo que vuestra paternidad me ha dedicado.

El padre Ferreira indicó a uno de los novicios que lo acompañase a la salida. Pero aún no había cruzado la puerta cuando lo llamó.

—¡Aguardad, don Alonso!

—¿Ocurre algo?

—¡Un momento!

El jesuita cogió el pasquín, se acercó a una ventana y lo puso al trasluz. Alonso lo miraba sorprendido.

—¡No tiene filigrana!

—¿Filigrana? No os entiendo. ¿Qué es eso?

—Muchos papeles, sobre todo los de cierta calidad, cuentan con unas marcas que se pueden distinguir al trasluz. Indican la procedencia del papel y el fabricante. —Cogió otro papel y lo colocó junto a la ventana—. ¡Mirad!

Alonso vio cómo, bajo la luz, en la hoja aparecía un jarrón del que sobresalían algunas flores.

—¡Es extraordinario! ¿Cómo puede hacerse eso?

—Se trata de una técnica que usan los fabricantes de papel para evitar falsificaciones. Algunos son muy escrupulosos a la hora de

señalar los pliegos que han salido de sus talleres. Es como una seña de identidad.

—¿Cómo lo consiguen? —insistió Alonso.

—No sabría decíroslo. Este papel, por ejemplo, nos lo traen de unos batanes que hay en el reino de Valencia, en una ciudad llamada Xàtiva. —El padre Ferreira palpó el pasquín, que volvió a mirar al trasluz—. Lo que me extraña es que este no tenga filigrana. Los papeles que carecen de ella son de calidad muy inferior, y la textura de este es buena, muy buena.

Alonso salió del colegio de los jesuitas con un sabor agridulce. No había progresado en sus pesquisas, pero había aprendido algunas cosas sobre el papel.

Decidió acercarse a Santo Domingo para ver a fray Gaspar. Todavía había que concretar la forma de localizar al alquimista Lupercio.

El hermano portero, un fraile de poca estatura y muchos años, y tan cargado de hombros que parecía jorobado, lo recibió con cajas destempladas. El tintineo de la campanilla lo había sobresaltado del sopor en que se encontraba.

—¿Qué tripa se le ha roto a *você* para armar tanto escándalo? —le preguntó al abrir el postigo de la puerta.

—He tirado de la cuerda una sola vez —se defendió Alonso.

—¡Dejaos de monsergas! ¿Qué buscáis?

—Necesito ver a fray Gaspar de las Santas Espinas.

—¿El castellano? —La pregunta estaba cargada de malicia.

—Fray Gaspar de las Santas Espinas —repitió con sequedad.

—Aguardad. —Cerró el postigo dando un portazo y sin abrir la puerta.

Era una forma de injuriarlo.

La espera fue larga hasta que oyó cómo chirriaban los goznes.

—¡Don Alonso! —exclamó fray Gaspar, mirando al portero con acritud por haberlo dejado aguardando en la calle—. ¡Pasad, pasad y disculpad la espera!

Alonso le soltó al anciano fraile:

—¡Los goznes necesitan un poco de aceite!

El hermano portero le respondió con una mirada torva.

Cuando se hubieron alejado, fray Gaspar susurró al oído de Alonso:

—Fray Diogo es un acérrimo partidario de don Antonio. A los españoles nos tiene ojeriza.

—No tenéis que jurarlo.

Se encerraron en la misma celda donde mantuvieron la reunión la primera vez que estuvo en el convento.

—Hay mucha agitación con esos pasquines —comentó el fraile.

—El virrey me ha ordenado visitar todas las imprentas de Lisboa para tratar de sacar algo en claro. Acabo de salir de la de los padres de la Compañía.

—Perdéis el tiempo.

—¿Cómo habéis dicho?

—Que esas visitas no os servirán para encontrar una pista. Además, en Lisboa hay no menos de veinte talleres de impresión…

—¡De algún sitio habrán salido esos papeles!

—Efectivamente, pero lo habrán hecho en alguna prensa clandestina.

Alonso recordó lo que le habían dicho en la Casa da Índia, y que fray Gaspar era persona de mucho mundo.

—¿Vuestra paternidad sabe de alguna?

El dominico dejó escapar un suspiro.

—¿Tiene vuesa merced alguno de esos pasquines?

Le mostró el que llevaba y el fraile lo observó con detenimiento.

—No encuentro ningún indicio para rastrear la imprenta.

—El papel tampoco tiene filigrana.

—Observo que vuesa merced tiene ciertos conocimientos sobre esta clase de trabajos. En fin —añadió mientras le devolvía el pasquín—, supongo que no habéis venido para comentarme cuestiones de este asunto, sino para que hablemos del trabajo que se nos ha encomendado. Os diré que, tal como acordamos, he llevado a cabo algunas indagaciones.

—¿Qué habéis averiguado?

—Que Lupercio no vive en Sintra, como señalaba la carta de su majestad.

—¿Entonces…?

—No os preocupéis. Necesitaré algo de tiempo, pero daré con él.

—¿Cómo lo conseguiréis?

—Don Alonso, hay preguntas que no deben hacerse. ¿Conoce vuesa merced el refrán que afirma que se habla del milagro, pero no del santo?

—Disculpad, paternidad, sólo pretendía…

—Estáis disculpado, pero sed más comedido. Nunca preguntéis demasiado, no es bueno, y sabed que la mejor palabra es la que no se dice.

—¿Habéis hablado con el prior para cuando llegue el momento de abandonar el convento?

—No tendré inconveniente alguno. Ni siquiera para despojarme del hábito, si así conviniera.

—¿Piensa vuestra paternidad hacerlo?

—Seguís preguntando demasiado. Pero satisfaré vuestra curiosidad. Usaré una ropa diferente, pero llevaré un hábito en el equipaje por si resultara conveniente vestirlo.

Alonso enrojeció visiblemente. Tenía mucho que aprender y fray Gaspar podía ser un buen preceptor. Antes de despedirse, y con mucha cautela después de las reconvenciones recibidas, le formuló otra pregunta.

—¿Es buen momento para que vuestra paternidad me diga algo sobre la relación que mantuvo con Lupercio?

El dominico lo miró fijamente a los ojos.

—No lo es, y sigo comprobando que no aprendéis con facilidad.

—Os pido disculpas.

—Nuevamente las acepto, y sabed que os avisaré cuando haya localizado el paradero de Lupercio.

Capítulo X

LOS MUELLES de la Ribeira das Naos eran un hervidero. Cientos de hombres trabajaban en el apresto de los barcos. El fárrago parecía no tener fin. Aquello era una babel donde se confundían las lenguas. Allí se hablaban casi todos los idiomas que en el mundo eran. Por doquier podía oírse la dura lengua de los alemanes que habían llegado con sus panzudas y poderosas urcas de altas bordas. Varias habían participado en la jornada de la Terceira, donde prestaron un magnífico servicio a don Álvaro de Bazán. Eran barcos de carga que en sus bodegas podían llevar muchos quintales de mercancía y, si eran armados convenientemente, servían como navíos de guerra que incluso eran capaces de enfrentarse a los poderosos galeones, los barcos de combate por excelencia que formaban el principal núcleo de las escuadras de su Católica Majestad.

Los galeones eran los dueños de los mares: se podían ver en aguas del Pacífico, cubriendo la ruta desde las Filipinas hasta Acapulco, en la costa oeste de Nueva España, o navegando por el Índico en el periplo que, bordeando el continente africano, permitía llegar hasta las Molucas, donde crecían las valiosas especias. Aquella era una ruta abierta por los marinos portugueses hacía poco menos de un siglo. Por idénticas fechas los españoles habían cruzado el Atlántico, conocido por entonces como el mar Tenebroso, y que ahora los galeones de las llamadas flotas de Indias surcaban varias veces al año tanto hacia poniente como hacia levante. Todas

aquellas rutas fueron abiertas por los navegantes ibéricos en una verdadera epopeya que había cambiado el concepto del mundo que se tenía hasta entonces.

Había también en los muelles numerosas galeras, cuyas bordas bajas hacían pensar que sólo eran útiles en las más calmadas aguas del Mediterráneo, donde siglos atrás habían prestado servicios de gran importancia, principalmente a la Corona de Aragón. Ahora asistían a la monarquía de los Austrias, que gobernaba el mayor imperio conocido hasta la fecha desde el viejo Alcázar de Madrid y, cada vez más frecuentemente, desde las estancias del impresionante monasterio dedicado a san Lorenzo en El Escorial. Allí, en aquel lugar entre las fragosidades de la sierra madrileña, Felipe II pasaba largas temporadas alejado de las intrigas y disputas que se daban en la corte. El último de los grandes servicios prestados por las galeras en el Mediterráneo había sido en Lepanto hacía unos quince años, donde bajo el mando de don Juan de Austria consiguieron una gran victoria al causar una severa derrota a los otomanos, que no obstante seguían siendo una amenaza latente para la cristiandad y la monarquía hispánica. Destacaban entre todas ellas las grandes galeazas procedentes de diferentes puertos italianos, a las que don Álvaro de Bazán había ordenado artillar convenientemente. El apresto de los barcos estaba tropezando con numerosos problemas porque faltaban materiales y no se encontraban calafates, carpinteros de ribera, tejedores de lonas… El trabajo se ralentizaba demasiado.

A ello se sumaba el armamento, empezando por la artillería que Santa Cruz consideraba necesaria. Además de los cañones que cada barco de los que entrarían en combate debía llevar, necesitaría cuatro baterías de doce cañones cada una, con calibre suficiente para disparar balas de cuarenta libras y atacar las murallas que habrían de abatir una vez las tropas estuvieran en tierra. Había que añadir dieciséis cañones de campaña, veinticuatro ligeros, varias docenas de culebrinas, falconetes y otras piezas menores. Serían necesarias cinco mil espadas con sus correspondientes juegos de misericordias, diez mil picas y otros tantos arcabuces para equipar

adecuadamente a los infantes, así como todas las balas, de muy diferentes calibres, y miles de arrobas de pólvora.

Por su parte, Vela Acuña, el proveedor general de la armada ya había hecho encargos de grandes partidas de queso curado que se traerían de la Mancha y también «echado en aceite» en orzas de barro, lo que permitía conservarlo muchos meses. Se habían previsto además mil doscientos quintales de bacalao seco que se transportarían en carros desde el señorío de Vizcaya. Igualmente se habían ajustado cuatrocientos toneles de arenques en salmuera procedentes de Cantabria. Mil tinajas de aceite llegarían desde Andalucía a través de Extremadura. Quinientos sacos de almendras y otros tantos de avellanas serían traídos desde Levante. Las barricas de vino y de vinagre procederían de diferentes sitios. El aguardiente vendría de un lugar del reino de Sevilla, llamado Cazalla de la Sierra, y de los alambiques que había en Rute, en el reino de Córdoba.

Las cifras eran tan extraordinarias que los veintiocho encargados de organizar todo aquello no daban abasto pese a que se dedicaban en cuerpo y alma, trabajando desde el alba hasta el anochecer.

A los almacenes, en las márgenes del Tajo, había empezado a llegar algún armamento y también partidas de víveres. Aquello provocaba continuos problemas y generaba no pocos conflictos que, en alguna ocasión, habían ido más allá de los improperios, como cuando unos queseros manchegos protestaron, disconformes con el pesaje.

—¡Esa romana da mal!

—¿Qué queréis decir?

—¡Que al peso de esos quesos le faltan cuando menos ocho libras!

—¿Me estáis llamando ladrón?

—¡Sólo he dicho que faltan como poco ocho libras!

—¿Acaso vuesa merced no sabe que en el camino hay un oreo? ¡Es posible que los quesos pesaran esas libras que decís que faltan cuando los cargasteis! ¡Pero ahora la romana dice otra cosa!

—Sabed que volvimos a pesarlos ayer y algo habían perdido en el camino, pero de ayer a hoy… ¡Esa romana está mal!

—¡No os consiento que dudéis de mí! ¡Ni vos ni vuestra madre que aquí estuviera!

—¡Hideputa! ¡A mi madre, que en gloria esté, la enterramos hace pocos meses en Campo de Criptana!

Apareció una navaja en la mano del quesero y lanzó una puñalada al cuello de su adversario, que pudo evitar la mortal cuchillada, pero no que lo alcanzase en un brazo. Aquella disputa fue como un toque de llamada para que la pelea se generalizara en el muelle. Había nervios y los ánimos estaban exaltados. Bastaba una pequeña mecha para una explosión de grandes dimensiones.

Las dos escuadras de soldados que formaban parte de los retenes que vigilaban la zona tuvieron que emplearse a fondo para apaciguar a los contendientes, divididos en dos bandos, y consiguieron separarlos y formar un cordón entre ellos. No dejaban de lanzarse insultos unos a otros. La llegada de refuerzos impuso una tensa calma.

El cabo que mandaba las escuadras ordenó a uno de sus hombres:

—¡Rápido! Avisad al almotacén que está en el peso, junto a la rúa Dourada.

Poco después el almotacén, hombre entrado en años y carnes, y con aspecto venerable, preguntaba el motivo por el que se le había requerido.

—Es necesario comprobar esta romana. Necesitamos saber si sus pesadas son correctas.

La comprobó por dos veces, obteniendo el mismo resultado.

—¡Está trucada! ¡Casi dos libras y media por arroba!

—¡Ladrón! ¡Canalla! —gritó el quesero, al que sujetaban dos soldados.

—¡Soltad a ese! —ordenó el cabo—. ¡Este a prisión!

—¡Esto es un abuso de los castellanos! ¡Me encarcelan porque soy de la tierra! ¡Viva don Antonio!

Su último grito fue coreado por algunos de los presentes.

Al otro día el regatón, que se llamaba Ruy Angueira, fue ahorcado después del toque del ángelus en la plaza del Rossio, en un cadalso que se había levantado frente a la fachada del hospital de Todos los Santos.

En A Casa dos Passarinhos aquel ajusticiamiento era el asunto del día.

—La gente ha protestado mucho. Gritaban todos a una en favor de don Antonio —señaló Couto después de dar un buen trago al vino de su jarrilla.

—¿Habéis estado en el Rossio? —le preguntó don Bastián.

—No, pero la información que tengo es abonada.

—Pues yo sí he estado.

—Contadnos, don Bastián, contadnos —lo invitó Pereira.

—En realidad fui a Todos los Santos, donde me curan una llaga en el costado que me llevará pronto a la tumba. No sana y cada vez tiene peor aspecto. Ese médico me unta una pomada que me alivia el dolor, pero no logra que mejore. Por eso he sido testigo del ajusticiamiento.

—¡Asesinato, don Bastián, asesinato! ¡Lo han ahorcado por ser portugués! —lo corrigió Couto.

El viejo capitán dejó escapar un suspiro.

—Lo han ejecutado por engañar en el peso. Su romana estaba trucada. El almotacén que ha dictaminado el engaño es nacido en esta tierra…

—¡Al servicio de los castellanos!

—Couto, Couto… Ejercía como almotacén cuando era rey el cardenal don Enrique. En cada arroba nuestro paisano sisaba más de dos libras. Quien tal cosa hace, sabe a lo que se arriesga. La gente no protestó porque lo ahorcaran y es cierto que hubo algún grito a favor de don Antonio, pero no una aclamación en masa como decís. Hablé con el fraile que lo atendió en sus últimos momentos y me dijo que confesó su pecado y que pedía perdón por haberlo hecho muchas veces porque el demonio lo tentaba con el pecado de avaricia.

—Lo que a mí me han contado —terció Pereira— coincide con lo que dice don Bastián.

En aquel momento entraron en la posada varios de los soldados que se encargaban del mantenimiento del orden nocturno y de hacer cumplir la prohibición de estar en las calles una hora después de que sonara el toque de oración.

—¡Vino, posadero! —pidió uno de ellos, una vez sentados a una mesa alejada de la que ocupaban don Bastián y sus compañeros.

—Ayudan a los alguaciles en las rondas de noche. Son miembros de la guardia que manda don Francisco de Mascarenhas —comentó en voz baja Pereira.

—¡Un traidor que, como otros, busca medrar al amparo del *Espanhol*!

—No digáis sandeces, Couto. Mascarenhas es un hombre de probada honradez, y cuando digo esto sé de lo que estoy hablando. Tuve el honor de servir a sus órdenes cuando fue virrey de la India.

—Ahora es el jefe de la guardia, y como no tenemos rey, está al servicio del virrey.

—¡Claro que tenemos rey! ¡Os negáis a ver la evidencia!

—¡Nuestro rey es don Antonio! —Couto había elevado la voz lo suficiente como para llamar la atención de los soldados.

—¡Chitón! ¿Deseáis que demos con los huesos en un calabozo?

Pereira, que iba al corral para aliviarse, se acercó a los soldados.

—¿Aceptan una jarrilla, que corre de mi cuenta?

—¿A santo de qué, páter?

—A santo del trabajo para evitar que se ande por las calles a deshoras. Los tugurios donde no deja de ofenderse a Dios tienen menos de la mitad de parroquianos que antes.

—¡Sea bienvenida! —aceptaron después de aquella explicación.

—¡Lourenço, vino para estos caballeros!

El posadero, pendiente de que podía complicarse todo, ordenó a dos de las mozas que sirvieran a toda prisa y llevasen unas cazuelas con costillas de cerdo adobadas.

—¡Si hay que entretenerlos, no me andéis con remilgos!

Cuando Pereira se retiró, las mozas les dieron palique, se dejaron palpar y les hicieron algunos arrumacos.

Una semana después de que Lisboa hubiera amanecido empapelada de pasquines, las disposiciones tomadas por el virrey apenas habían surtido efecto, salvo en lo concerniente a que la gente no anduviera por las calles pasada una hora del toque de oración. También en este último terreno la situación anterior se abría paso poco a poco. Las exigencias de los primeros días perdían intensidad, en los garitos se volvía a jugar y quienes los frecuentaban se refocilaban con prostitutas. La vida nocturna había recuperado el pulso.

Las pesquisas de Alonso no habían dado resultado alguno. Los pasquines habían salido de una prensa clandestina y localizarla en una ciudad como Lisboa era buscar una aguja en un pajar. Desde los púlpitos no se hacían alegatos en favor de don Antonio porque estaba prohibido y el riesgo del predicador era grande. Pero cosa distinta eran los confesionarios, acogidos al secreto. Allí se daban recomendaciones en favor de don Antonio por quienes defendían su causa.

Por eso, la nota de fray Gaspar donde decía a Alonso que acudiera al día siguiente a Santo Domingo después de misa primera le alegró el día. Lo sacaría del tedio de aquella infructuosa investigación y, con un poco de suerte, podría volver a ver a Leonor, a quien no había apartado de su mente mientras visitaba imprentas y analizaba papeles.

Entró en la iglesia justo después de que las campanas dieran el segundo de los toques y la encontró postrada de hinojos y escoltada por Antonia, que sostenía un rosario entre sus manos y bisbiseaba avemarías. Alonso se situó junto a una columna. Desde allí podía verla y ser visto por ella, pero pronto Leonor se percató de su presencia. Le pareció que su rostro enrojecía, aunque no podía asegurarlo, cuando en un par de ocasiones lo miró fugazmente. Así pasaron los minutos hasta que las campanas dieron el tercer toque y fray Gaspar, precedido de un sacristán y acompañado por dos acólitos, salió de la sacristía dispuesto a oficiar la misa.

Leonor siguió la celebración con menos devoción de la habitual. También había pensado con cierta frecuencia en Alonso de Sandoval. Le parecía apuesto y, para su sorpresa, su propio padre le había hablado de él, ponderando al caballero que había conocido en una junta celebrada en el Palacio da Ribeira.

Si Leonor le había vuelto a lanzar algunas miradas fugaces, Antonia no había dejado de observarlo con cierto descaro y susurrando al oído de su ama algunos comentarios. Cuando se acercaron a comulgar, pasaron muy cerca de donde estaba él, quien la siguió con los ojos sin el menor disimulo e hizo que la dueña lo reprendiera.

—¡Sois un descarado!

Él le respondió con una sonrisa que la desarmó, y la mujer fue a comulgar refunfuñando.

Cuando fray Gaspar impartió la bendición final, Alonso ni se enteró. Estaba pendiente de Leonor. No quería perderla de vista en el revuelo que acompañaba las últimas palabras del celebrante.

—In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.

—Amén —respondieron a coro los feligreses.

—Ite, missa est.

La dueña susurró algo a Leonor, que negó con la cabeza y permaneció de hinojos, mientras la iglesia se vaciaba. Alonso se acercó, pero Antonia se interpuso y con cara de pocos amigos le espetó:

—¡Además de descarado, sois un impertinente!

Recordó que haberla tratado con gentileza cuando se vieron la ocasión anterior no había sido suficiente.

—¡Antonia, comportaos! —Tras incorporarse, Leonor lo miró—. ¿Deseáis algo, caballero?

—Hablar con vos.

—¿Qué tenéis que decirme? ¡Apenas nos conocemos!

—¿Me permitís que os acompañe?

La dueña, que se había apartado unos pasos, no dejaba de protestar.

—Dadme una razón para ello.

—Desde que os vi no he dejado de pensar en vos.

—¿También cuando visitáis imprentas?

Perplejo y sin saber qué responder, se preguntó cómo era posible que estuviera al tanto de ello y si, por un casual, significaba que se había interesado por lo que hacía.

—¿Cómo… cómo…?

Leonor disfrutaba de su azoramiento. Se limitó a dedicarle una sonrisa y echó a andar seguida por el revuelo de las tocas de la dueña. Alonso se adelantó y le ofreció agua bendita con la punta de los dedos, que rozaron los de ella al aceptar aquel cumplido. Volvió a mojar sus dedos en la pililla y le ofreció agua bendita a la dueña.

Un tanto remilgada, pero rebosando satisfacción, aceptó el cumplido y le preguntó con mucho desparpajo:

—Decidme, caballero, ¿cuáles son vuestras intenciones?

—¡Antonia!

—Mi señora, es galante, pero insolente. Conviene saber qué pretende.

—Sabed que mi deseo es, si doña Leonor lo tiene a bien, acompañarla. Y os pido disculpas por mi insolencia, pero no conozco otro modo…

—¡De un tiempo a esta parte, las costumbres se han pervertido mucho! —La dueña se reajustaba las tocas—. ¡No hay caballeros como los de antaño! ¡Se ha perdido el respeto y la compostura!

—Os reitero mis disculpas, y sabed que mis deseos son honorables.

—¡Entonces hablad con don Francisco! —le soltó la dueña.

Alonso, que había recuperado parte del aplomo, vio el cielo abierto.

—Lo haré, si doña Leonor lo considera oportuno.

Despojado de la casulla y demás ropas de celebrar la misa, fray Gaspar, que observaba la escena, se acercó con una sonrisa burlona. Alonso recordó que su presencia en el templo se debía a la nota que

el dominico le había enviado la víspera. Se había olvidado por completo.

Saludó a la dama.

—Buenos días nos dé Dios, doña Leonor.

—Buenos días, fray Gaspar —respondió ella, besando la mano que le ofrecía.

—Sabed que don Alonso —se dirigía a la dueña—, como ya os dije, es sobrino del confesor de su majestad. Persona de probada hidalguía y cuyas intenciones son del todo honorables. Si doña Leonor lo tiene a bien, no veo mal alguno en que la acompañe.

Ahora quien vio el cielo abierto fue ella.

—Si vuestra paternidad no encuentra inconveniente en ello y es conocedor de la honorabilidad de don Alonso, no seré yo quien niegue su deseo.

—Acompañad a doña Leonor. Os aguardaré en la sacristía.

—Pero para hacer bien las cosas deberíais hablar con su padre —dijo la dueña, recogiendo el vuelo de su capa.

Casi una hora más tarde, Alonso entró en la sacristía eufórico y, pese al sacristán, que andaba en sus menesteres y lo miró de forma esquinada, abrazó a fray Gaspar y se deshizo en palabras de agradecimiento.

—No olvidaré lo que habéis hecho por mí.

—Si he actuado de la forma en que lo he hecho ha sido porque doña Leonor, que es mi hija espiritual, me ha comentado que no le sois indiferente. No olvidéis que la dueña, cuyo mal genio es su natural, lleva razón cuando dice que debéis hablar con su padre. No lo dejéis *ad calendas graecas.*

—Así lo haré, y ahora decidme: ¿cuál es el motivo de vuestra llamada?

Fray Gaspar miró al sacristán, que disimuladamente había pegado la oreja.

—Salgamos.

Una vez lejos de tan indiscretos oídos, el dominico le dijo:

—Sé dónde está Lupercio.

—¿Dónde?

—En Óbidos.

—¿Óbidos? ¿Eso dónde queda?

—A unas quince leguas. Forzando mucho la marcha podría hacerse en una jornada. Pero lo normal es que sean dos.

—¿Cuándo nos ponemos en camino?

—Por mi parte, cuando vuesa merced diga. Faltan dos semanas para Todos los Santos. No nos sobra tiempo…

—¿Nos ponemos en camino dentro de tres días, al alba?

—Sea. Disponed de una buena montura. Os esperaré en Belém, junto a la puerta de los Jerónimos. Y ahora, ¿tenéis prisa?

—Ninguna; he dejado de visitar imprentas. Nada se ha sacado en claro.

—Quizá también en esa cuestión pueda echaros una mano. Aunque eso no es de lo que deseo hablaros.

—¿Cómo podéis ayudarme? ¿Qué sabéis?

—Nada en concreto. Pero tened presente que hasta las acciones más ocultas dejan algún rastro. ¿Disponéis de algunos pasquines?

—¿Adónde quiere llegar vuestra paternidad?

—No habéis respondido a mi pregunta. ¿Disponéis de algunos pasquines?

—No…, apenas un ejemplar. El virrey ordenó su destrucción.

—Ese es un grave error. Nunca se deben destruir pruebas que pueden descubrir a quien ha cometido un delito. Si podéis poner a mi disposición ese papel y algunos más si fuera posible… Pero insisto en que no es eso de lo que deseaba hablaros, sino de algo por lo que me habéis preguntado en dos ocasiones.

—¿A qué os referís?

—A mi relación con Lupercio. Ha llegado el momento de que lo sepáis. Como ya os dije, mi vida en otro tiempo fue… diferente a la que hoy es. Fui miembro de una… una cofradía de malhechores conocida como la Garduña, cuya sede está en Sevilla, aunque sus tentáculos se extienden por muchas partes. No es fácil entrar en

ella, y mucho más difícil resulta salir. Quienes lo intentan suelen pagar con su vida.

—¿Fuisteis miembro de la Garduña? —Alonso no disimulaba su sorpresa.

—¿Sabéis por qué estoy en Portugal?

—Me dijisteis que mi tío os pidió que permanecierais aquí para contrarrestar los apoyos que entre el clero tiene don Antonio.

—Es cierto, pero esa no es toda la verdad. Estoy aquí porque vuestro tío, a quien nunca agradeceré lo suficiente todo lo que ha hecho por mí, era consciente de que tenía que alejarme de Castilla, por la misma razón por la que me llevó con él a Santiago, donde estudié con otro nombre. Había que ocultar mi rastro para evitar que la Garduña siguiera mis pasos. Aquí, mientras no lo descubran, estoy a salvo. Igual le ocurre a Lupercio, que también abandonó la cofradía y buscó ocultarse lejos de sus garras. Nos conocimos cuando ambos éramos miembros de esa hermandad y juntos cometimos numerosos desmanes y latrocinios. No sólo fueron peleas de estudiantes más aficionados al vino y a las faldas que a los libros…

—¿Cómo habéis conseguido localizarlo? —lo interrumpió Alonso.

Fray Gaspar lo miró fijamente a los ojos.

—No habéis aprendido mucho de lo que os dije. Al alba, dentro de tres días, os espero a la puerta del monasterio de los jerónimos.

Capítulo XI

FELIPE II, después de oír misa como cada mañana y de haber tomado el frugal desayuno que era costumbre en él, se disponía a dejar el monasterio de El Escorial para regresar a Madrid. Los fríos del otoño ya habían hecho acto de presencia —faltaban dos semanas para la festividad de Todos los Santos—. Dos días antes había caído una fuerte nevada que no cortó los caminos porque la fuerza del sol todavía evitaba que la nieve se congelase. Pero que los problemas para viajar se convirtieran en una realidad estaba a la vuelta de la esquina.

Antes de partir había convocado en su gabinete a Vázquez de Leca, a Arias Montano y a Idiáquez. El rey decidió no malgastar tiempo en preámbulos y entró en materia sin perder un instante:

—Las noticias que me llegaron ayer de Lisboa señalan que ya han llegado a aquel puerto numerosos barcos que están siendo aparejados con vistas a tener la armada dispuesta para hacerse a la mar a finales del invierno, antes de que entre la primavera. Dice el marqués que se podría zarpar, si el tiempo le es favorable, a mediados de marzo. Deseo conocer vuestra opinión sobre un asunto de tanta gravedad como es este, donde se gastarán más de cuatro millones de ducados.

—Majestad —tomó la palabra Idiáquez—, las disposiciones que al respecto adopte el marqués serán las adecuadas. Su experiencia en

cosas de la mar es mayor que la de cualquier otro. Sin embargo, considero que en lo que se refiere a bastimentos ha iniciado el aprovisionamiento demasiado pronto. Faltan muchas semanas para la fecha en que se haga a la mar.

—Son bastimentos que necesitan semanas para llegar a Lisboa y cuya conservación no presenta problemas. Santa Cruz me dice que se trata de… —Felipe II tomó la carta donde se le daba noticia de todo ello y leyó—: queso curado, bacalao seco, barriles de arenques, almendras, vino, vinagre, aceite…

Arias Montano hizo un gesto indicando que deseaba hablar y el rey asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—Señor, mis conocimientos de la ciencia náutica son escasos, pero entiendo que abastecer una armada de las dimensiones de la que se apresta en Lisboa requiere de cantidades que se escapan a lo que puedo imaginar…

—No embarcarán en Lisboa los cincuenta y cinco mil soldados que Santa Cruz considera indispensables para esta empresa. Serán unos veinte mil en ese puerto, a los que se sumarán los cerca de treinta mil hombres del duque de Parma.

—Supongo, majestad, que a esos veinte mil habrá que añadir los que integran la marinería necesaria para manejar un número tan elevado de barcos.

—Así es —corroboró el monarca—. Con las tripulaciones, serán más de treinta y cinco mil hombres los que vayan a bordo de esos barcos.

—¿Se tiene un cálculo, al menos aproximado, del tiempo que necesitarán para llegar a las costas de Inglaterra? —preguntó Vázquez de Leca.

—Don Mateo, eso queda en manos de Dios —respondió el rey—. A veces los vientos soplan a favor y otras lo hacen en contra. Me he informado de que, con viento favorable, sería posible en un par de semanas. Y en ese tiempo también se podrían dejar embarcadas las tropas del duque de Parma, que salvarían en pocas horas la distancia que separa las costas de Flandes de las de Inglaterra. Las órdenes que he dado es que se aprovisionen víveres para dos

meses. Santa Cruz está de acuerdo y me dice que, en todo caso, si falta hiciera porque necesiten más margen, Dios no lo permita, reduciría las raciones de los hombres. Aunque esa es una solución sólo para caso de extremo aprieto.

—En mi opinión, majestad, teniendo en cuenta el tiempo que se avecina, y la fuerte nevada de hace dos días es un anuncio de lo que vendrá en las próximas fechas, el marqués hace bien en proveerse de todo aquello que puede ser almacenado durante meses sin grandes dificultades. Muchos de esos bastimentos han de salvar largas distancias hasta alcanzar Lisboa, y los caminos sufrirán los problemas habituales del invierno. Algunos puertos quedarán cerrados por la nieve y será imposible llegar allí. Tampoco deberá descuidarse el armamento. Harán falta cañones, mucha pólvora, balas…, además de arcabuces, mosquetes, picas, espadas…

—Todo ello está aprovisionándose. Me dice Santa Cruz que el mayor problema al que se enfrenta es la falta de carpinteros de ribera, cordeleros, veleros, calafates y demás gentes para dejar los barcos aprestados y en condiciones de hacerse a la mar.

—¿Falta esa gente en Lisboa, que es uno de los puertos más importantes de nuestros reinos? —preguntó Arias Montano un tanto sorprendido.

—Vos, don Benito, sois hombre entregado a los libros y los papeles, donde se acumulan mucho conocimiento y sabiduría. Pero no todo está en ellos. La vida, en muchas ocasiones, discurre por otros caminos.

El bibliotecario había arrugado el entrecejo.

—¿Qué quiere vuestra majestad decir con eso?

—Que Lisboa está en Portugal y que las gentes de esos y otros oficios son, junto a los campesinos y a algunos clérigos, quienes apoyaron a don Antonio de Avís. Esos hombres carecen de instrucción, muchos de ellos incapaces de juntar las letras para leer, y son presa fácil de engaños y fantasías.

—Hay clérigos en Portugal —señaló Idiáquez— que han llegado a afirmar que se ganaba el Cielo si morían con las armas en la mano defendiendo la superchería que impulsa el bastardo.

—¡Eso es propio de infieles! —exclamó Arias Montano, escandalizado—. ¡Los moros creen que quien muere defendiendo sus creencias va directamente al Paraíso!

—Os supongo al tanto de que ofrecieron la libertad a los esclavos que empuñaran las armas contra nuestro ejército cuando el duque de Alba libró la batalla que le permitió entrar en Lisboa. Por eso muchas de esas gentes se niegan a trabajar para una causa como la que impulsa su majestad.

—En tal caso habrá que llevarlos de Sevilla, de Santander, de Laredo, de La Coruña… —señaló Vázquez de Leca.

—Ya he dado las órdenes necesarias, don Mateo. En pocas semanas llegarán a Lisboa carpinteros de ribera de Santoña y Laredo, veleros de La Coruña y calafates de Sevilla. Ellos se encargarán de que la armada esté a punto para zarpar en la fecha indicada.

—¡Va, ya va! —respondió Violante.

—¿Vive aquí don Alonso de Sandoval?

—Esta es su casa.

—Entregadle esta carta de doña Leonor de Mascarenhas.

—¿Quién ha dicho *você*?

—Doña Leonor de Mascarenhas.

Violante lo despidió y dejó la carta en la mesa del pequeño gabinete de Alonso.

Cuando llegó para el almuerzo, la leyó con ansiedad. Era muy breve:

> *Mi señor don Alonso: He tenido conocimiento de que os marcháis de Lisboa, no sé por cuánto tiempo. Sería mi deseo veros antes de partir. Si os place, esta tarde, dos horas antes del toque de oración, acudiré al locutorio del convento de la Madre de Dios.*

Aquella tarde, como Leonor le pedía, llegó con mucha antelación al convento de las clarisas, que estaba bajo la advocación de la Madre de Dios. Nervioso, no había dejado de preguntarse lo que ella

querría, y su ansiedad aumentó al ver cómo pasaban los minutos de la hora fijada y la dama no llegaba. Al fin apareció con casi media hora de retraso. Venía escoltada por la dueña.

—Sabed que os estoy agradecida por acudir a esta cita —le dijo con un hilo de voz al tiempo que le ofrecía la mano.

—Y sabed vos, mi señora, que no hay placer comparable a disfrutar de vuestra presencia.

Antonia anunció su llegada a través del torno.

—Ave María purísima —oyó que respondieron desde el otro lado.

—Sin pecado concebida. Mi señora, doña Leonor de Mascarenhas, tiene cita con la priora.

—Aguardad un momento.

La dueña oyó pasos que se alejaban y decidió permanecer atenta mientras su ama hablaba con aquel caballero que le producía sentimientos encontrados. Era galante y le dedicaba hermosos calificativos que la hacían ruborizarse. Le parecía que sus intenciones eran honorables, pero no le gustaba que su niña contrajera matrimonio. Eso podría suponer que, siendo don Alonso español, la alejaría de ella. Hubiera preferido un caballero portugués.

El ruido de pasos volvió minutos después. Su oído seguía siendo finísimo; no así la vista, que iba perdiendo poco a poco.

—¿Estáis ahí?

—Aquí aguardo, hermana.

—Decid a vuestra señora que la madre priora la recibirá de inmediato. Os abren la puerta para pasar al locutorio. Decid al caballero que la acompaña que tiene prohibida la entrada. Ni siquiera puede pasar al locutorio.

Antonia miró hacia las ventanas protegidas por celosías.

—Así se lo haré saber.

Lo que Leonor acababa de comunicar a Alonso era que se disponía a plantear a la priora su entrada en el convento.

—¿Esa decisión no tiene vuelta atrás? —Al joven le costaba articular las palabras. Había creído que sus sentimientos eran correspondidos.

—No. Como os he dicho, ayer mi padre me dio una noticia que hasta ahora desconocía. Si lo hubiera sabido… —Leonor se llevó las manos al rostro y rompió a llorar.

Desconcertado, él le ofreció un pañuelo, sin saber qué hacer.

Una vez que controló sus sentimientos y dejó de gemir…

—Para mí es un deber.

—¿No os haría cambiar de opinión si os pidiera ser mi esposa?

Y tomándole la mano hincó una rodilla en tierra.

Leonor rompió de nuevo a llorar desconsoladamente. Conteniendo como pudo las lágrimas, con los ojos enrojecidos y la respiración entrecortada, apenas tuvo resuello para decirle:

—¡Por el amor de Dios, no me lo hagáis más difícil! Os envié la nota porque deseaba que esto lo supierais por mi boca.

—¡Hablaré con vuestro padre!

—Ahorraos ese trance. No hay vuelta atrás.

Se oyó el descorrer de cerrojos y abrirse la puerta. Leonor apretó el pañuelo con fuerza y cruzó aquel umbral.

La dueña, testigo de aquella desgarradora escena, antes de cruzar la puerta tras los pasos de su señora le dijo a Alonso con voz queda:

—Tomad, su lectura os aclarará algunas cosas.

Leyó el papel con avidez. La letra era desmañada, propia de quien se ejercita poco en el arte de la caligrafía:

Mi señora ignoraba que su padre había hecho una promesa cuando ella vino al mundo. Recuerdo que aquel parto se presentó complicado, pero lo que no sabíamos era que su excelencia prometió a san Antonio, a quien tiene especial devoción, que la criatura entraría en religión si nacía con vida y conservaba la de la madre. Las comadronas que atendían a doña Leonor de Ataíde habían dicho a su excelencia que eligiera entre la madre o la criatura porque era imposible que ambas sobrevivieran. San Antonio hizo el milagro. Mi señora nació y doña Leonor vivió siete años más.

Fue ayer cuando su padre le dijo, para cortar de cuajo las ilusiones que vuesa merced despertaba en ella y de las que él estaba al corriente, que había de entrar en religión.

No os describo los pormenores porque no hay palabras para contarlos.

Aquello cayó como una pesada losa sobre los hombros de Alonso, que permaneció inmóvil, con la espalda pegada a la pared un rato tan largo que llamó la atención de algunos de los que pasaban junto a él, aunque nadie le dirigió la palabra.

Capítulo XII

LAS PRIMERAS luces de la mañana revelaron un cielo gris que amenazaba lluvia. Hacía frío y el viento que llegaba de poniente, muy húmedo, calaba los huesos. Alonso, protegido por un grueso tabardo y con un sombrero de alas calado hasta las cejas sobre el que destacaba una pluma blanca, llegó al monasterio de los jerónimos montando un alazán de mucha alzada. Cerca de la puerta lo aguardaba fray Gaspar, sentado en un banco de piedra adosado a la pared, y junto a él su montura, una yegua de pelo negro que cabeceaba nerviosa. Nada en su vestimenta denotaba que era clérigo. También él se protegía del frío con un tabardo ribeteado de piel en las mangas y el cuello, y se cubría con un bonete de velludo que se ajustaba a su cabeza.

—Dios guarde a vuestra paternidad —lo saludó sin desmontar.

Fray Gaspar expulsó el humo de su cigarro —Alonso ignoraba que fumaba aquellas hojas traídas de América y sobre las que había opiniones varias— al devolver el saludo, que acompañó de una advertencia.

—Dios también guarde a vuesa merced. Olvidaos de fray Gaspar. Soy Fernando Lozano mientras dure este viaje.

Se levantó y, librando las bridas de su yegua de una manilla empotrada en la pared, dio una última calada antes de arrojar los restos de su tabaco al suelo. Su facilidad para montar llamó la

atención de Alonso, y más aún ver cómo por debajo de su tabardo asomaba la punta de una espada de hoja corta y ancha de las que ya no se usaban, sustituidas por las llamadas roperas que fabricaban en Toledo, cuyos espaderos tenían fama de ser los mejores de Europa.

Con los caballos al paso y sin decir palabra dejaron atrás aquel arrabal que prolongaba Lisboa hacia poniente casi media legua más allá de las murallas que protegían el núcleo antiguo de la ciudad. Poco después de rebasar las últimas casas y cruzar un puentecillo sobre el cauce de un arroyo por el que bajaba poco más que un hilo de agua, Fernando comentó:

—Fue a orillas de este riachuelo donde los tercios del duque de Alba acabaron con la resistencia del prior de Crato.

—¿Aquí se libró la batalla de Alcántara?

—Llamarla batalla me parece un exceso. Después de las primeras escaramuzas, las tropas de don Antonio corrieron como liebres buscando refugiarse tras las murallas de Lisboa. Él fue de los primeros en poner pies en polvorosa. Aquello era un ejército sólo en apariencia. Reclutaron a esclavos, a muchos campesinos y artesanos que jamás habían empuñado un arma. El ejército portugués había desaparecido en Alcazarquivir dos años antes de aquello. Allí dejó la vida la flor y nata de la nobleza portuguesa tratando de defender a su rey. Lo de don Antonio fue una locura sin sentido, pero encontró eco en mucha gente de este reino que lo último que deseaba era tener por rey a un castellano, aunque su madre era portuguesa y fuera nieto de don Manuel, al que llamaban el *Afortunado*, un rey venerado en Portugal.

Aquel comentario dio pie a Alonso, aún aturdido después de su encuentro con Leonor, para preguntarle:

—Monta vuestra paterni… vuesa merced —corrigió rápidamente— con la facilidad de quien está hecho a cabalgar con frecuencia.

Lozano dejó escapar un suspiro.

—He montado en algunas ocasiones desde que estoy en Portugal, pero la mayor parte de las veces ha sido sobre mulas y

hacaneas. En otro tiempo fui buen jinete y hay cosas que no se olvidan, como montar o nadar.

—Yo no sé nadar.

Cabalgaron largo rato sin abrir la boca.

El cielo estaba cada vez más gris y la lluvia empezaba a ser una amenaza; el olor a tierra mojada que llegaba desde el océano señalaba su cercanía. Tanta que muy poco después cayeron las primeras gotas. Sólo habían recorrido algo más de dos leguas.

—Mejor será que busquemos donde protegernos. ¡Picad espuelas, don Alonso! ¡Esto va a ser algo más que un aguacero! ¡Como a media legua hay una venta donde podremos refugiarnos!

No se equivocó, el agua caía cada vez con más fuerza. Empezaba a formarse un barro que pronto dificultaría la marcha de los caballos. Cuando media hora después llegaron a la venta estaban bien mojados, aunque los tabardos habían impedido que se empapasen completamente. El agua chorreaba por las alas del sombrero de Alonso poco menos que como el caño de una fuente.

Dejaron las monturas bajo un tejadillo que había en el patio y entraron sacudiéndose el agua y con el frío metido en los huesos.

El ventero, un tipo tripudo y malencarado, los recibió con cierta afabilidad porque adivinó que llevaban buena bolsa. Les ofreció acomodarse junto a una chimenea donde crepitaban gruesos troncos de encina.

—¿Qué puedo ofrecer a vuesas mercedes? —les preguntó mientras se despojaban de los tabardos y se sentaban cerca de otra mesa ocupada por cuatro sujetos que hablaban en voz baja.

—¡Vino caliente! ¡Sin especias!

—Sin especias —asintió el ventero—. ¿Algo para hincar el diente?

Lozano miró a Sandoval, que se encogió de hombros.

—¡Traed el vino! ¡Después ya veremos!

Una vez que el ventero se había alejado, Fernando se quedó mirando a Alonso, que era incapaz de disimular su tristeza.

—¡Os veo mohíno! ¿Qué pesa en vuestra ánima?

Necesitaba desahogarse. No hizo falta que Lozano preguntara de nuevo.

—¿No sabéis que doña Leonor va a entrar en religión?

Fernando alzó las cejas. Más que sorpresa mostraba incredulidad.

—¿Cómo decís?

—Va a profesar en el convento de la Madre de Dios. Ayer visitó a la priora.

—¡No tenía noticia! ¡Nada me había dicho!

En aquel momento llegó el ventero con las jarrillas de vino caliente.

—¡Tengan vuesas mercedes cuidado! ¡Está algo más que templado!

—¿Qué decíais que tenéis para comer?

—Estofado de conejo y también un guiso de bacalao.

Miró a Alonso, que otra vez encogió los hombros.

—Estofado de conejo —decidió por su cuenta.

—Enseguida lo traigo.

—No tengáis prisa. Parece que el agua va a durar.

Cuando el mesonero se retiró…

—Contadme qué es eso de que va a entrar en religión. ¡Me cuesta trabajo creerlo!

El joven sacó el papel que la dueña le había entregado.

—Leedlo.

Su rostro era una máscara inescrutable.

—¿Quién os dio este papel?

—Antonia, en la puerta del convento.

—¿Estabais ahí cuando acudió doña Leonor?

—Me había enviado una nota diciéndome que fuera allí dos horas antes del toque de oración.

—¿Por qué… por qué no me disteis aviso?

De nuevo Alonso se encogió de hombros.

—Quedé sin ánimo. No sé cómo esta mañana me puse en marcha.

—Yo sí lo sé. Sois un caballero con sentido de cuál es vuestro deber.

—¿Cree vuestra paternidad —esta vez no corrigió sus palabras— que doña Leonor ha de cumplir la promesa de su padre?

Lozano dio un trago a su vino.

—Don Francisco se siente obligado a cumplir lo que prometió entonces. Ignoro si hubo de por medio un juramento, lo que exigiría llevarlo a efecto con una fuerza mayor. Jurar significa poner a Dios por testigo de nuestra palabra. Un juramento obliga a quien lo hace, pero albergo serias reservas de que comprometa a otra persona.

Hubo un destello en los ojos de Alonso.

—¿Creéis en eso que decís o lo hacéis por darme algo de esperanza?

—Tengo una duda razonable. ¿Hasta dónde una persona está obligada a cumplir lo que otra ha prometido? Es muy importante la actitud de doña Leonor. ¿Supone para ella un deber mayor obedecer a su padre, o tienen más fuerza los sentimientos que os profesa?

Alonso dio un largo trago a su vino. Tenía la garganta seca.

Llegó el ventero con una escudilla de humeante estofado. Sólo el olor despertaba el apetito, y algo más animado, Alonso comió con ganas. Desde que leyó por vez primera el papel que Lozano le devolvía no había probado bocado.

—Si profesase en estos días, la duda que habéis planteado…

—Perded cuidado. No se profesa tan fácilmente. Ha de ajustarse la dote y luego hay un periodo de noviciado que dura meses. Todo dependerá de la voluntad de doña Leonor y también… de la de su padre. Ella os ama, pero tiene un respeto reverencial por él.

Hubieron de aguardar dos horas más hasta que la lluvia cesó.

Pagaron y montaron sus caballos. Era pasado el mediodía cuando reemprendieron la marcha.

—Por mucho que forcemos el paso, tendremos que hacer noche antes de llegar a Óbidos —sentenció Lozano picando espuelas.

A la caída de la tarde avistaron Torres Vedras y decidieron pasar allí la noche. Encontraron alojamiento en una posada. Les llamó

mucho la atención la limpieza que había y el trato que les dispensó el posadero. Cenaron un guiso de bacalao y para rematar les ofrecieron cuajada endulzada con miel, que degustaron con placer.

Alonso parecía más confortado cuando al día siguiente, con un sol radiante, se pusieron en camino.

—Si no tenemos problemas —Lozano espoleó su yegua—, estaremos en Óbidos mucho antes de que se ponga el sol.

Cabalgaron en silencio un buen rato hasta que Alonso preguntó:

—Me dijo vuestra paternidad…

—Vuesa merced, don Alonso, vuesa merced.

—Disculpadme, pero es que no me hago… Me dijo vuesa merced que buscase más pasquines porque tal vez si los ponía a vuestra disposición…

—¿Habéis conseguido alguno?

—Llevo tres en mis alforjas.

—¿Por qué no me lo habéis dicho antes?

—No he estado con ánimo para nada.

—Mostrádmelos en Bombarral, que está a poco más de tres leguas.

Llegaron cuando las campanas de la iglesia anunciaban el ángelus. Se acomodaron bajo un chamizo y Alonso sacó los pasquines.

Después de leerlos detenidamente, Fernando los fue mirando al trasluz.

Alonso lo observaba en silencio.

—¿Qué buscáis?

—A veces los pliegos de papel son de gran tamaño, y cuando se fraccionan en varias hojas, la filigrana queda dividida o sólo en una de ellas. Los pasquines que habíamos visto hasta ahora no la tenían, pero me di cuenta de que existía esa posibilidad porque en uno de los que pusieron en nuestro monasterio sí podía adivinarse un pequeño detalle. Pensé que podía ser de una filigrana. Pero no hemos tenido suerte, nada se ve en estos otros.

Alonso también los miró al trasluz. Efectivamente carecían de filigrana.

Aprovecharon la parada para dar cuenta de unos trozos de queso, unas rodajas de embutido y media hogaza de pan, que acompañaron con tientos de vino a un pellejillo que el posadero de Torres Vedras les había puesto en las alforjas. Luego reanudaron el camino y divisaron Óbidos a media tarde, con el sol todavía alto. La villa estaba cercada por una poderosa muralla en cuyo interior se alojaba el caserío, asentado sobre la ladera de una colina.

Poco antes de cruzar la puerta de la fortaleza, Alonso preguntó:

—¿Sabéis dónde encontrar a Lupercio?

—No, pero sé que se dedica a recoger hierbas y preparar remedios, y Óbidos no es Lisboa.

No le faltó razón. Bastó con preguntar a unos vecinos que se encontraban en la plaza, junto a la picota donde se daba cumplimiento a los castigos que la justicia imponía.

—¿Un herbolero, dice *você*?

—Sí, un herbolero.

—Tiene que ser León. Vuesa merced ha de desandar el camino hasta la puerta. Allí siga la muralla que queda a su izquierda y cuando llegue al arroyo que corre al pie del barranco, cruce el puentecillo. A pocos pasos, junto a un bosquecillo de laureles, encontrará la casa donde vive.

Una vez se alejaron, Alonso preguntó:

—¿Estáis seguro de que ese León es Lupercio?

—Seguro.

Siguiendo las indicaciones dieron con la vivienda. Era apenas una cabaña de troncos con la cubierta de bálago. Desmontaron y llamaron, pero nadie respondió.

—¿Dónde se habrá metido? —Más que una pregunta era una protesta.

En aquel momento un silbido cruzó el aire y un virote se clavó en la puerta, penetrando varios dedos en la madera.

—¡Santo Dios! —exclamó Alonso mientras echaba mano a su espada y buscaba la protección que podía ofrecerle su cabalgadura.

Lozano, que había hecho lo propio, miró en la dirección por la que había llegado el disparo. Pero no atisbó dónde estaba el tirador. No podía ser otro que Lupercio. Recordó que poseía una pequeña ballesta que manejaba con una habilidad poco común.

—¡Lupercio! ¡Soy Lozano! ¡Fernando Lozano!

—¡Mientes, bellaco! ¡Lozano profesó como dominico! —respondió una voz que venía de uno de los laureles que quedaban a su derecha—. ¡Está en Lisboa! ¡Ese disparo ha sido de advertencia! ¡Marchaos o el siguiente irá al cuello de uno de vosotros!

—¡Soy yo, Lupercio! ¡Te lo demostraré!

Silbó las notas de una tonada y, tras un breve silencio…

—¡Por los clavos de Cristo! —Lupercio saltó de la rama cuyo follaje lo había ocultado, se acercó y lo estudió con detenimiento—. ¡Vaya! ¡Eres Lozano! ¿Has colgado los hábitos y te has escapado del convento?

—Nada de eso. He venido para hablar contigo.

Alonso estaba sorprendido por el recibimiento y por la confianza, tan poco habitual, con que se trataban. Observaba el estrafalario aspecto de Lupercio. Sabía que las gentes dedicadas a la alquimia eran extrañas por lo común. Solían ser poco comunicativas y de costumbres raras, y aquel sujeto era singular. Lucía una larga melena, en parte recogida por una coleta y en parte suelta sobre los hombros. Tenía la frente despejada y carecía de cejas. Su barba, completamente blanca, resultaba chocante porque su cabello era de un azabache intenso. Tenía los labios muy finos y el negro de sus ojos daba a su mirada una gran viveza. Lo menos llamativo de Lupercio era su indumentaria. Sobre una saya de lienzo basto vestía un jubón de paño sin mangas, parecido a los coletos de los soldados. Completaban su atuendo unas calzas muy ajustadas que le cubrían hasta las pantorrillas y unos borceguíes que conocieron tiempos mejores, pero que debieron de pertenecer a persona con muchos posibles.

—¿Quién es ese? —preguntó señalando a Alonso con el dedo.

—Don Alonso de Sandoval, caballero de la Orden de Santiago.

Lupercio asintió con leves movimientos de cabeza.

—¿Qué malos vientos te han traído hasta este apartado lugar?

—Hacerte una advertencia y traerte una propuesta.

—Esas son demasiadas cosas. Pero… entremos, hay mucha humedad y empieza a hacer frío.

La vivienda era tosca, pero Alonso se asombró de su amplitud, inimaginable vista desde fuera. Imperaba cierto orden en las pertenencias de un personaje tan estrafalario. En un rincón desprendía calor un atanor encendido.

—Puedo ofreceros un poco de vino y unos tasajos de bacalao.

—Un poco de vino está bien —respondió Lozano al tiempo que husmeaba en unas baldas donde el alquimista tenía clasificados los manojos de hierbas con unos pequeños letreros que explicaban su uso.

Sirvió el vino en unas escudillas de madera. El olor delataba su mala calidad.

—Antes de que me hagas esa propuesta y me adviertas de lo que quiera que tengas que advertirme, dime: ¿cómo has dado con mi paradero?

—No ha sido difícil porque cuando llegaste a Portugal, poco después que yo, acudiste a mí. ¿Lo recuerdas?

—¡Claro que sí! ¡Pero de eso hace ya más de seis años!

—Entonces me dijiste que te habían hablado de una hermosa villa amurallada llamada Óbidos, pero que era lugar pequeño y resultaría difícil pasar inadvertido en él. Y que también tenías noticia de un sitio llamado Torres Vedras y de otro cuyo nombre es Sintra, así que elegirías uno de esos tres. ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo y veo que sigues teniendo buena memoria.

—La tengo, y te conozco mejor de lo que piensas. Torres Vedras y Sintra no eran las localidades que tú escogerías para vivir.

—¿Por qué no me convendría Sintra? Es tan pequeño como Óbidos y es lugar apartado.

—Porque está demasiado cerca de Lisboa. Lo descarté desde el primer momento. Pese a que la información que me había llegado señalaba Sintra como el lugar donde estabas.

—¿Y Torres Vedras?

—Allí hay un convento de dominicos. Me dieron información de que no estabas allí. Sólo me quedaba Óbidos.

—Podía haberme marchado. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hablamos… —Repentinamente, Lupercio pareció recordar algo—. ¡Sigues siendo el mismo truhan de siempre!

—¿Por qué lo dices?

—Por el dominico que anduvo por aquí hace días… ¡El muy bribón me dijo que necesitaba unas hierbas para los dolores de ijada! Me extrañó que viniera porque en los conventos hay frailes que saben de hierbas…, pero no le di más importancia. ¡Vino a confirmar que yo seguía por aquí!

—También me dijo que ahora te llamabas León.

Lupercio soltó un suspiro. Alzó su escudilla y miró a Lozano.

—¡Por los viejos tiempos!

—¡Por los viejos tiempos! —respondió, alzando también su escudilla.

Alonso los imitó y sólo se mojó los labios. Aquel vino sabía a brea.

—Dame esa noticia y hazme esa advertencia.

—Don Alonso me trajo hace algunas semanas una carta del rey.

—¿Te ha escrito Felipe II? —preguntó Lupercio con incredulidad.

—Don Alonso es sobrino del confesor de su majestad. Fue quien me trajo la carta a Lisboa. En ella se me dice que puedes volver a Castilla en el momento que quieras. Más aún, el rey desea que entres a su servicio.

—No os creo.

Lozano sacó de su alforja la carta.

—Esta es la carta de su majestad.

Alonso lo miró, sorprendido.

—¿No la destruisteis como os ordenaba el rey?

—Vamos, vamos… Dejaos de teatros, ¡que también yo te conozco a ti, Lozano! —señaló Lupercio.

—Lee la carta. ¡Léela entera y así sabrás de la advertencia que he de hacerte!

Mientras Lupercio leía con avidez, Alonso increpó al fraile.

—¿Por qué no la habéis destruido como os exigió su majestad?

—Porque sé cómo es Lupercio. Hemos hecho demasiadas bellaquerías juntos. Pensaría que esta era una más. Por eso la he conservado.

—¡Vuestro pasado quedó atrás! ¡Ahora sois fray Gaspar de las Santas Espinas!

—El pasado nunca queda atrás. Está siempre ahí. Es posible superarlo y puedo dar testimonio de ello. Pero nunca desaparece. Es una losa con la que hemos de cargar sobre nuestras espaldas mientras vivamos.

En silencio aguardaron a que Lupercio terminase de leer.

—¿Está todo claro? El rey te quiere a su lado. Sabes lo interesado que está en la alquimia.

—¿Volveréis a Castilla, como es deseo de su majestad? —le preguntó Alonso.

—He de pensarlo. Parece que tengo otra propuesta, según se dice aquí.

La ira brilló en los ojos de Sandoval.

—¡Son nuestros enemigos! ¡Herejes! ¡Piratas!

Lupercio se limitó a preguntar:

—¿Qué sabéis de esos ingleses y esa urca?

—Lo que dice la carta, y que hace tres días la embarcación no había llegado a Lisboa —respondió Lozano.

—¡Esos ingleses no me encontrarán tan fácilmente!

—Es posible, pero no debes confiarte. Los espías de la reina de Inglaterra están por todas partes, y además cuentan con el apoyo de muchos portugueses. Sabes que don Antonio tiene numerosos partidarios, aunque no lo digan.

—¡Claro que lo dicen! ¡Casi todos los curas y frailes están de su lado!

—¡Exageráis! —protestó Alonso.

—No merece la pena discutirlo. Pero sabed que aquí en Óbidos son muchos sus partidarios. Otra cosa es que estén dispuestos a empuñar las armas y jugarse la vida… ¡Eso es otra cosa!

—No perdamos más tiempo en eso. ¿Cuál es tu respuesta?

—Necesito tiempo para pensarlo.

—¿Cuánto tardarás?

—Dos días.

—Tienes uno. El tiempo apremia.

—Está bien. Hablamos mañana.

Lupercio dio cuenta del vino mientras las otras dos escudillas quedaron casi llenas. Al acompañarlos hasta la salida se dio cuenta de algo que no le gustó, pero no dijo nada.

Alonso y fray Gaspar ya se alejaban camino del pueblo tirando de las bridas de los animales cuando el alquimista cargó un virote en la ballesta, se llevó dos más, atrancó la puerta y se apostó a un lado de la única ventana de la casa, desde la que podía ver, aunque no todo lo que hubiera querido, sin ser visto. Allí decidió esperar.

Capítulo XIII

EL MARQUÉS de Santa Cruz, alojado en un palacete cercano al monasterio de los jerónimos, estaba reunido con un grupo de expertos marinos, todos ellos al mando de alguna de las escuadras que iban a configurar aquella a la que todos se referían ya como la Gran Armada.

En torno a una amplia mesa sobre la que se habían desplegado varios mapas se encontraban Juan Martínez de Recalde, almirante general de la armada y segundo a las órdenes de don Álvaro de Bazán; Juan Gómez de Medina, que ostentaría el mando de las urcas, los barcos más pesados de la armada, fundamentales para el transporte de vituallas, bagajes y bastimentos y que, convenientemente artillados, llegado el momento actuarían como navíos de guerra; Martín de Bertendona, que tendría a su mando los bajeles de la escuadra de Levante; Diego de Medrano, que mandaría las galeras, y Miguel de Oquendo, que tendría la responsabilidad directa de los poderosos galeones de guerra, la joya de aquella armada y los barcos más temidos por todos los que en el mar osaban enfrentarse a las flotas hispanas. También se hallaba reunido con ellos Acuña Vela, proveedor general de la armada.

—Su majestad ha decidido, en contra de mi opinión, que el grueso de las tropas serán los tercios del duque de Parma.

—Tendremos problemas serios para coordinarnos —señaló Oquendo.

—Hay una dificultad mayor —indicó Martín de Bertendona.

—¿Cuál es? —le preguntó Santa Cruz.

—Que, dada su envergadura, la mayor parte de nuestros barcos, sobre todo los galeones y las urcas, tendrán muchas dificultades para acercarse a los puertos de Flandes. Aquellas aguas son poco profundas y el riesgo de encallar es muy alto. Eso obstaculizará el embarque de las tropas. Apenas hay un par de fondeaderos y, si se me apura, sólo al de Dunkerque podemos acercarnos sin ese peligro.

—Eso significa que el enemigo sabrá dónde tendremos que realizar el embarque —puntualizó Recalde.

—Por eso propuse a su majestad que las tropas partieran embarcadas en su totalidad desde aquí.

—En el rey ha primado que las tropas del duque de Parma son tercios muy aguerridos —señaló Medrano—. En el cuerpo a cuerpo resultan invencibles, mientras que buena parte de los que aquí embarcarían serían gente de recluta, bisoña y poco experimentada.

—Dejemos esa cuestión que su majestad ha dejado resuelta y centrémonos en nuestro trabajo. —Santa Cruz recorrió con el dedo sobre el mapa la distancia que separaba Lisboa de La Coruña—. Si Dios nos da buen viento, una vez que zarpemos, en un par de días, a lo sumo tres, estaremos a la altura de Finisterre. En caso de problemas, el punto de reunión será La Coruña. Allí nos reagruparíamos, y cuando nos sea posible aproaremos hacia el canal de la Mancha. Habremos entonces de hacer frente a uno de los momentos más delicados: los ingleses tratarán de evitar por todos los medios que podamos conectar con el duque de Parma. Tienen a su favor que saben que nuestro objetivo es llegar a Dunkerque. —El marqués golpeó varias veces con el dedo el lugar del mapa donde estaba el puerto flamenco—. En esa situación, lo fundamental es mantener la formación de combate. Los galeones —miró a Oquendo— sostendrán el peso del ataque inglés y además tendrán que proteger las urcas, aunque las artillemos convenientemente. En el centro irán los barcos menores.

Recalde no dejaba de acariciarse la barba. Parecía ausente. Santa Cruz le preguntó:

—Don Juan, ¿cuál es vuestra opinión?

—Excelencia…, según las noticias que nos llegan de Inglaterra, están aterrorizados con la posibilidad de que los tercios pongan pie en su isla. Saben que si eso ocurre no podrán pararlos y en pocos días llegarían a Londres. Como sabe su excelencia, los informes de algunos agentes que operan allí indican que todos los que puedan se ausentarán de la ciudad. Son conscientes de que su única posibilidad de evitar que los tercios lleguen está en lo que pueda hacer su flota, y están concentrándola en Plymouth. —Señaló aquel puerto de la costa sur de Inglaterra—. ¿No sería buena idea dirigirnos allí antes de ir a Dunkerque y destruir sus barcos? Todo lo demás resultaría menos complicado. Los holandeses ofrecerían alguna resistencia, pero…

Algunos asintieron con la cabeza y todos esperaron la respuesta de don Álvaro.

—Mi buen don Juan, lo que planteáis tiene la lógica de quien sabe lo que habría de hacerse en situaciones como la que afrontamos, pero las órdenes de su majestad no ofrecen dudas. Hemos de ir directos a embarcar las tropas del duque de Parma. Ahora centrémonos en todo lo referente al aparejo de los barcos y del armamento, los pertrechos y bastimentos necesarios.

—Como sabe vuestra excelencia, tenemos problemas en el aparejo de los barcos —señaló Gómez de Medina—. Es muy complicado encontrar calafates, veleros, carpinteros de ribera… Han desaparecido de Lisboa.

—¡No han desaparecido! Son partidarios de ese sujeto que quiere asentar sus posaderas en un trono al que no tiene derecho y que, además de bastardo, es un cobarde que a las primeras de cambio pone tierra de por medio. ¡No es nadie! Pero el vulgo es fácil de engañar y se deja arrastrar por las mentiras de clérigos con poca ley y menos honra. Eso hace que se resistan a todo lo que pueda repercutir en beneficio de su majestad. Los que no son partidarios del bastardo tienen el miedo de quedar señalados por los otros. Por

eso escribí a su majestad, poniéndolo al corriente de esta situación. Ayer recibí noticias de que vendrán carpinteros de Santoña y de Laredo y calafates de Sevilla. Los sogueros vienen de Murcia: son la gente que mejor trabaja el esparto. En pocas semanas tendremos ese problema resuelto.

Así fue. Unas jornadas después llegaba una docena de calafates de Sevilla, donde acababan de dejar embreados los barcos de la flota de Indias que, cuando completara su carga de aquellos productos que eran necesarios al otro lado del océano, se harían a la mar.

Días más tarde aparecieron los carpinteros de ribera cántabros, que habían traído consigo cargas de tablas de diferentes grosores y longitudes: roble de Galicia, que daba los tablones de mayor calidad, y pino procedente de los bosques de Valsaín, en Segovia, cuya dureza dificultaba mucho su trabajo, pero con una duración muy superior a la de otras maderas. También de aquellos pinares se obtenía la brea que recubría la obra viva del casco para protegerlo antes de darle unas manos de pintura. Asimismo, de Galicia y de tierras segovianas habían llegado tejedores para hacerse cargo del velamen. Los últimos fueron los sogueros, con carretas llenas de esparto y barriles de grasa para rematar la faena.

Los muelles de la Ribeira das Naos se llenaron de actividad: aquellas gentes venidas de lugares tan dispares del reino de Castilla trabajaban de sol a sol. En los diques secos, los calafates limpiaban los cascos de adherencias. La broma los deterioraba hasta abrir vías por las que entraba tal cantidad de agua que las bombas de achique no podían sacarla. Los carpinteros de ribera comprobaban el estado de la tablazón. Hubo casos en que tuvieron que cambiar hasta un tercio de la madera. Los calafates volvían de nuevo para cerrar ranuras y huecos que siempre quedaban entre las tablas por muy minuciosa que fuera la labor de los carpinteros, introducían estopa, que servía para apretar los tablones y cerrar bien el casco de la embarcación, y terminaban su tarea impermeabilizándolo con brea. La habilidad con que los esparteros trenzaban las maromas y los cabos de una longitud extraordinaria hacía que muchos curiosos se

acercaran a verlos trabajar. Algunos eran los carpinteros y calafates lisboetas que se habían negado a llevar a cabo aquellas faenas. Hacían comentarios, algunos de ellos despectivos, acompañados de gestos poco amistosos. Hubo discusiones que en algún caso terminaron en riña.

Tres días antes de la festividad de Todos los Santos entró en el puerto una urca de grandes dimensiones con todo el trapo desplegado. Lucía en el palo mayor, junto a varios gallardetes, una enseña partida en blanco y rojo, el emblema de la Hansa, sobre el que destacaba un león dorado. Apenas hubo embocado la entrada del puerto, siguiendo las instrucciones de un práctico que le indicaba el lugar donde debía atracar, un sujeto que llevaba días merodeando por los muelles, desde que apuntaba el sol hasta que se perdía por el Atlántico, se marchó a toda prisa. Fue directo al callejón de Alfama, donde tenía su taller Alexander Crown.

El relojero atendía a una dama que, acompañada de una dueña, le decía que su reloj —era de pie, tenía la esfera de porcelana y la caja de madera de ébano— lo había traído su padre de Oriente hacía algunos años.

—Ha funcionado con mucha precisión hasta hace unas semanas, cuando empezó a atrasarse. ¡Ya más de una hora!

—Casi dos, mi señora —puntualizó la dueña—. Cada día atrasa más.

Crown abrió la caja y comprobó el mecanismo. Había visto poca maquinaria como aquella.

—¡Es un gran reloj! ¡Una joya! ¿Decís que vuestro padre lo trajo de Oriente? ¿Comercia con las Indias?

—¡No es comerciante! —La dueña había tomado como un insulto las últimas palabras del relojero—. ¡Fue el virrey de aquellos dominios! ¡Es don Francisco de Mascarenhas!

—Antonia…

—¡Mi señora, es que…!

—Ya está bien. —El tono de Leonor no admitía discusión.

La dueña murmuró algo ininteligible y guardó silencio, cruzándose de brazos y componiendo un gesto adusto.

Leonor miró al relojero, quien, con una lente que se había colocado con mucha maña sobre el ojo derecho, escudriñaba la maquinaria, al tiempo que con unas finas pinzas trasteaba en ella.

—¿Podréis componerlo?

En aquel momento la llegada de un sujeto cuyo jadeo denotaba que había caminado muy deprisa interrumpió la conversación.

Hizo un breve saludo y aguardó.

—Claro que podré repararlo y ajustarlo. Habrá que limpiar y engrasar la maquinaria.

—¿Engrasarla?

—Con un aceite especial.

—Muy bien. ¿Cuándo podrá recogerse?

—En una semana estará listo.

—¿Tanto? —La dueña no había podido evitar la pregunta.

Crown la miró con cara de pocos amigos.

—Sabed que se necesita tiempo para hacer bien las cosas. Este reloj, como otros que aquí podéis ver —explicó mientras señalaba con un movimiento de su brazo—, es de mucha precisión. Después de repararse ha de ajustarse y es conveniente tenerlo un tiempo en funcionamiento para comprobar que está bien regulado. —Miró a Leonor—. Pasados unos días de la celebración de los difuntos podéis enviar por él.

El relojero las acompañó hasta la puerta para despedirlas.

El sujeto que había llegado dijo a Crown, una vez que entró de nuevo en la tienda:

—Es doña Leonor de Mascarenhas, hija de quien fue virrey de la India. Ahora es el capitán de la guardia y sus hombres han estado vigilando las calles día y noche. He oído que la dama va a profesar en el convento de las clarisas.

—¿Va a meterse a monja?

—Es lo que se comenta. No lo ha hecho todavía porque su padre está ajustando la dote, que va a ser sustanciosa. Pero he venido para deciros que ha llegado a puerto una urca. ¿Sabéis cómo se llama?

—*¡Stella Maris!*

—Exacto.

—¡Vayamos al puerto! ¡No podemos perder tiempo! ¡Vamos muy apurados!

Echó el cierre con dos vueltas de llave a cada una de las cerraduras y se encaminaron a toda prisa hacia la Ribeira das Naos.

La *Stella Maris*, anclada, se mecía suavemente. Su costado estaba a pocas varas del muelle y varios cabos lo ataban a los bolardos de amarre. Acodados en la amura, varios marineros miraban la intensa actividad de los muelles y la gran cantidad de barcos allí fondeados.

—¡Jamás había visto tanto navío! ¡Más de un centenar! —comentó uno que cubría su monda cabeza con un gorro de lana—. ¡Aquí se está preparando una bien gorda!

—¡Mirad! —indicó otro señalando con el brazo—. ¡Están carenando barcos!

—¡Los preparan para la batalla! ¡Lo que he dicho: va a ser una gorda!

En la *Stella Maris* el capitán se presentó al jefe de aduanas, que había subido a bordo acompañado por dos aduaneros mientras unos soldados vigilaban para que nada ni nadie desembarcase hasta que se dieran los correspondientes permisos. Les mostraba la documentación de la carga.

—Además de los seis mil quinientos quintales de trigo, los fardos de pieles son sesenta, y la madera, trescientos tablones grandes de cuatro pulgadas y otros tantos de dos —señaló el aduanero, que leía el pliego que se le había presentado.

—También traemos cuarenta barriles de grasa de ballena.

—Eso no está aquí consignado.

—Pero está aquí. —El capitán le entregó otro documento—. Está sellado en el puerto de Amberes, que es donde lo cargamos. Todo lo demás se subió en Hamburgo.

—Bajemos a la bodega.

A la luz de unos fanales hicieron un registro minucioso. Los fardos de pieles eran diez más de los señalados en los papeles, y los tablones más pequeños eran el doble de los que se indicaban.

—He contado más de cincuenta barriles de grasa de ballena.

Fue entonces cuando el capitán se le acercó y le susurró al oído:

—¿Cuánto?

Pese a que el jefe de aduanas se acarició el mentón como si estuviera haciendo cálculos, la rapidez con que respondió dejaba claro que ya tenía prevista la cuenta.

—Doscientos ducados…

—Sea —aceptó el capitán de inmediato.

—Todavía no he terminado.

—Doscientos ducados por la demasía en los fardos de pieles. Otros cien por las tablas de más, y cincuenta por el exceso de los barriles de grasa.

—¡Eso suma trescientos cincuenta ducados!

El jefe de aduanas hizo como que no lo escuchaba.

—Aceptaré como buenos los seis mil quinientos quintales de trigo. Pero tendréis que añadir cien ducados más para que nadie se vaya de la lengua —añadió mirando a los dos aduaneros.

—¡Es mucho dinero! —El capitán negaba con la cabeza.

—Es mucho lo que queríais colar de matute. La multa sería mayor que lo que os estoy pidiendo, y añadidle lo que habríais de abonar de más en la aduana. Es un buen trato para vos; también para los dueños de esas mercancías, y yo podré tapar las bocas.

—Dejémoslo en los trescientos cincuenta ducados.

—Si alguien se va de la lengua, acabaréis con los huesos en la cárcel y hasta se podría llegar a incautar el barco. Está organizándose una armada como jamás se ha visto otra y todas las embarcaciones parecen pocas. En este mes se han apropiado de dos urcas como la vuestra.

—Está bien. Aceptaré con una condición.

—¿Qué condición?

—Todo lo que no está consignado entrará clandestinamente. Cuando lo descarguemos haréis la vista gorda.

—No habrá problema. Siempre que se distraigan un barril de grasa y un fardo de pieles que se desembarcarán esta noche y que se llevarán adonde se os indique. Si cerramos el arreglo, mañana se montan las pasarelas y se inicia la descarga, una vez pagados los aranceles establecidos.

—Trato hecho.

—Trato hecho cuando me hagáis entrega del pago acordado.

—Pagaré cuando esos documentos hayan sido firmados y sellados para su descarga.

—Traigo el sello. Si vos tenéis lacre, tinta y pluma, quedará hecho a plena satisfacción.

—Vayamos a mi camarote.

Allí se convino que el barril de grasa y las pieles se llevarían hasta la puerta de atrás de la aduana a eso de la medianoche.

Cuando bajaron a tierra, el inspector llevaba cuatrocientos cincuenta ducados en la faltriquera.

—Todo es conforme —indicó a los soldados—. Mañana al amanecer comenzará la descarga de las mercancías. Los hombres, sin llevar cosa alguna, pueden bajar a tierra. Sólo se montará una pasarela, que se retirará tras el toque de oración. Los que no hayan regresado quedarán fuera.

—Pasarán la noche con una ramera —sentenció el cabo.

—Una vez retiren la pasarela, os pasáis por donde ya sabéis.

—¡Siempre a vuestras órdenes!

A bordo de la urca, vestido con ropa limpia y un jubón que daba a su imagen cierta gentileza, el capitán tomaba algunas decisiones antes de bajar a tierra.

—La *Stella Maris* queda a vuestro mando hasta que mañana regrese —ordenó al contramaestre.

Todos los hombres que quedaron libres de servicio, más de una veintena, hicieron lo mismo. No regresarían a bordo antes del amanecer.

Aquella noche, por la amura de babor se bajó el batel con mucho cuidado, sin hacer ruido, y se cargó el fardo de pieles y dos barriles de grasa de ballena. Aquello suponía mucho dinero: las pieles eran muy valoradas y por un barril de grasa de ballena se pagaban cien ducados. Iban en el batel cuatro marineros y dos sujetos que habían embarcado en Flandes costeando su pasaje a precio de oro. Los marineros bogaron, sin separarse de la ribera, hasta más allá del monasterio de los jerónimos. Allí desembarcaron la mercancía, descargaron el fardo de pieles y uno de los barriles de grasa, lo cargaron en un carro que allí esperaba y lo llevaron a la trasera de la aduana, donde uno de los aduaneros aguardaba.

—Con toda esa grasa —comentó un marinero— tendréis combustible para alimentar los candiles por lo menos un año.

Los dos sujetos, embarcados en Amberes, habían llegado a un acuerdo con el contramaestre para quedarse con uno de los barriles pagando el doble del precio que podía alcanzar en el mercado negro. Ellos eligieron el que tenía una señal en una de las duelas. Los dos individuos, acompañados por el que había llevado a Crown la noticia de que la urca acababa de llegar a puerto, llevaron el barril a la herrería de Afonso Gomes, donde esperaba el relojero de Alfama.

Sacar la pólvora fue menos complicado de lo que parecía. Una vez extraídas las cincuenta varas de mecha que también iban ocultas, la grasa de ballena sólo llenaba una cuarta parte del barril.

—Todavía podemos sacar una buena cantidad de aceite.

Capítulo XIV

LAS NOTICIAS que llegaron desde Estambul apuntaban en la dirección que esperaba Felipe II, aunque uno de sus deseos parecía quedar muy lejos de conseguirse.

Margliani comunicaba en su carta, recibida el último día de octubre, aunque estaba fechada el 7 de ese mes, que había logrado desbaratar las maquinaciones de agentes de la reina de Inglaterra, ayudados por franceses y venecianos, quienes buscaban que la guerra volviera a ser una realidad en el Mediterráneo. La mayor ambición de los ingleses era que se produjera un enfrentamiento a gran escala entre Felipe II y la Sublime Puerta y que parte de los barcos que se estaban congregando en Lisboa tuvieran que regresar a las aguas de aquel mar para hacer frente a la amenaza otomana.

Después de que el maestro de cifra, Diego de Logrosán, hubiera desencriptado la misiva, el rey no disimulaba su satisfacción. Era la mejor noticia que había recibido en varios días presididos por las dificultades a que estaban haciendo frente para tener la Gran Armada a punto.

Lo que Giovanni Margliani le comunicaba le quitaba un gran peso de encima ya que le dejaba las manos libres, aunque no de forma total, porque era necesario estar vigilante a las incursiones de los piratas berberiscos para que dos terceras partes de las galeras fondeadas en Palermo y en Cartagena pusieran rumbo a Lisboa. No

tenían la capacidad de los galeones o las urcas para navegar por las aguas del Atlántico, más bravas que las del Mediterráneo, ni la potencia de fuego de sus cañones era comparable, pero protegidas por esos colosos su menor calado les permitiría acercarse a las costas de Flandes sin tanto riesgo de encallar.

El rey hizo sonar la campanilla y el gentilhombre de semana acudió al instante.

—Majestad…

—Dad aviso a don Juan de Idiáquez y… también a don Mateo Vázquez de Leca.

Minutos después Idiáquez estaba en presencia de Felipe II, y el gentilhombre anunciaba que Vázquez de Leca se hallaba en San Felipe el Real para un asunto con el prior, y que ya se le había mandado recado.

—Os supongo al tanto de que han llegado noticias de Constantinopla. —En Madrid se prefería llamar a la capital de los otomanos con su nombre bizantino.

El monarca sabía que pocas cosas escapaban al conocimiento del secretario, que se encargaba de la red de agentes que operaban en las principales ciudades de Europa. Idiáquez tenía en ocasiones información que al rey llegaba con posterioridad o era él quien se la proporcionaba, pero nunca alardeaba de ello. Era hombre ponderado y sólo se le conocían amores con una dama, a la que muchos habían pretendido, después de que su esposa falleciera al poco de dar a luz a su único hijo.

—Señor, sé que ha llegado correo de Constantinopla, pero ignoro el contenido de esa carta.

—Don Juan… Don Juan… no estoy diciéndoos eso, sino que os habrán llegado noticias por… otros conductos de lo que el conde de los Cuatro Valles nos cuenta.

—Majestad, tengo información de que han llegado noticias, pero eso es algo que se ha extendido por todos los rincones del Alcázar y por las covachuelas. Añadiré que son buenas nuevas. Lo he deducido al ver la expresión de vuestro semblante.

En los labios de Felipe II apuntó un amago de sonrisa.

—Las treguas se han renovado.

—Esa, señor, es una excelente noticia. Nos deja las manos libres en el Mediterráneo.

—No del todo, no del todo… porque no podemos descuidarnos con los berberiscos.

El correo que llevaba cartas de Felipe II para el virrey y el marqués de Santa Cruz quedó sorprendido ante la agitación que bullía en Lisboa. Encontró patrullas de soldados por todas partes. En las entradas a la ciudad el control era minucioso, se registraba todo con mucho detenimiento, y las filas de gentes que aguardaban para entrar o salir eran larguísimas.

—¡Correo real! ¡Correo real! —gritaba, abriéndose paso a duras penas entre la multitud que se agolpaba en el acceso a la capital.

Dejando atrás miradas hoscas y algunas protestas logró llegar hasta donde los soldados controlaban la entrada.

—¡Correo del rey! —mostró una escarapela que lo identificaba.

—¡Bajad del caballo! —le ordenó el oficial que mandaba aquellos soldados.

—¡Soy correo del rey! ¡Traigo cartas para el virrey y para el marqués de Santa Cruz!

—¡Desmontad! ¡Mis hombres han de registraros!

—¿Puede saberse qué demonios ha ocurrido? ¿A qué viene todo… todo esto? —preguntó mientras se apeaba del caballo.

El oficial le exigió ver las cartas:

—¡Mostradme esos pliegos!

Con desgana, las sacó del canuto de metal que llevaba en bandolera.

—¡Esta es para el virrey! ¡Esta otra para el marqués de Santa Cruz!

Después de remirarlas, el oficial se dio por satisfecho.

—¡Abridle paso! ¡Correo del rey!

—¿Puede vuesa merced decirme qué ocurre?

—¡Esta mañana nos hemos levantado con explosiones!

—¿Qué ha explotado?

—Dos de los barcos que están en la Ribeira das Naos.

—¡Válgame el cielo!

—Una carraca y un patache.

El mensajero se llevó la mano al ala de su sombrero a modo de saludo y espoleó su caballo.

En Lisboa había cundido la alarma. Cuando llegó a la plaza que se abría ante el Palacio da Ribeira, piquetes de soldados detenían a los pocos transeúntes que pasaban. Tras entregar las cartas dio un paseo por la Ribeira das Naos, donde los carpinteros, calafates, veleros, plomeros y sogueros habían llenado de ruidos y actividad aquellos muelles los días anteriores. Ahora imperaba un silencio sobrecogedor, sólo roto por el aleteo de las gaviotas y el graznido de los cuervos. El olor a pólvora y a chamusquina lo llenaba todo.

También allí había patrullas de soldados y una de ellas le pidió que se identificase. Una vez hecho, le indicaron que lo mejor era que se alejara del lugar.

—No sabemos si puede producirse otra explosión.

En la reunión que se celebraba en aquel momento, el virrey daba la información de que disponía a don Álvaro de Bazán, a quien acompañaban Martín de Bertendona y Gómez de Medina. Recalde y Oquendo seguían haciendo pesquisas sobre lo ocurrido.

—Lo que sabemos —señalaba su alteza— es que, poco antes de que despuntara el sol, se produjo una explosión en la *Santa María del Buen Aire*. Estalló la santabárbara, que voló medio barco. Por suerte no era mucha la pólvora allí almacenada, pero los muertos son cuatro, y ocho los heridos. Hay dos marineros desaparecidos. Entre los muertos está el contramaestre. En un primer momento, se pensó que había sido consecuencia de un descuido, pero una hora después se produjo la explosión del *San Juan Bautista*. Esta causó menos estragos porque la pólvora estalló junto al palo de proa y los desperfectos, siendo importantes, son de mucha menor entidad que los de la carraca. Ha habido en ella cuatro heridos, uno de ellos muy grave.

—¡Está claro que esos navíos se han volado a sabiendas! —bramó Gómez de Medina.

—No tenemos duda. Pero… ¿quiénes han podido ser?

—Hay muchos agentes ingleses en Lisboa que no sólo buscan información —afirmó don Álvaro.

—Estamos tratando de localizarlos, pero con más de cien mil almas…

—Me temo que quienes lo han hecho estén ya lejos de Lisboa. Aunque… —el marqués de Santa Cruz se atusaba las guías del bigote con aire pensativo— para poder llevarlo a cabo necesitaban ayuda de alguien que estuviera en esos barcos. No se puede hacer explotar un barco así como así.

—Se está interrogando a las tripulaciones.

En aquel momento entró en la sala don Francisco de Mascarenhas. Lo hizo como un huracán y saludó al virrey con una media reverencia.

—Os pido disculpas, alteza, pero lo que acabamos de conocer…

—¡Hablad, excelencia!

—Las explosiones se han gestado en casa de un relojero que tiene su taller en Alfama.

—¿Cómo lo habéis averiguado?

—Ha sido por una casualidad. Esta mañana, mi hija acudió a esa relojería. El relojero es un católico inglés que había buscado refugio huyendo de las persecuciones de su tierra. A mi hija la acompañaban su dueña y un criado. Iban a recoger un reloj que le había llevado porque atrasaba demasiado, y se encontraron con la puerta cerrada. Llamaron varias veces sin obtener respuesta y decidieron volver en otro momento. Cuando llegaron al cruce con una de las calles que suben hacia la catedral, mi hija se encontró con doña Guiomar de Mendes, la esposa del marqués de Aborientes, vecina de la misma calle, quien se sorprendió al verla por allí. Explicó el motivo a doña Guiomar, que a su vez le comentó que en ese taller últimamente ocurrían cosas muy raras.

—¿Qué cosas? —preguntó el virrey.

—Que se celebraban reuniones de gente extraña. Por lo visto asistían a ellas un aguador y también un escribano llamado Brito, y que hacía pocos días habían estado allí un par de sujetos que

llegaron a altas horas de la madrugada acompañados del relojero. Que los vio porque se levantó para cerrar los postigos de su aposento que el viento había abierto y entraban ráfagas de un frío helador. Y que, como era noche de luna llena, pudo distinguir que llevaban unos barriles muy pesados. Además, le ha contado que hace ya bastantes días llegó un carruaje del que sacaron lo que parecían muchas resmas de papel, y ello entretuvo la salida de su carroza, cuya puerta se encuentra en ese callejón, según le había explicado el cochero para justificar su tardanza.

—Me parece que vamos a matar dos pájaros de un tiro —dijo Gómez de Medina.

—Disponedlo todo para acudir a ese taller —ordenó el virrey—. Si es necesario echad la puerta abajo.

Al mando de un capitán, una docena de hombres a caballo salió poco después del palacio. Al llegar al callejón desmontaron y tomaron posiciones.

—Dos controlando esta salida y dos allí. —El capitán señaló el fondo del callejón—. Dos más protegiendo la calle de atrás y otros dos vigilando los caballos. Los demás, conmigo.

Acompañado por los hombres que quedaban, se plantaron con las armas dispuestas —dos con las espadas desenvainadas y dos con los arcabuces preparados— ante la puerta del taller, que permanecía cerrada.

—Llamad —ordenó a uno de ellos.

Ni los golpes con el llamador ni con el pomo de la espada obtuvieron respuesta.

El oficial miró a los arcabuceros.

—¡Descerrajadla!

Fueron necesarios varios disparos para hacer saltar la cerradura y que la puerta cediera. Bastó un empujón para que los goznes chirriaran y se abriera de par en par.

Tras unos instantes de duda, el capitán entró seguido por sus hombres. Rompía el silencio el tictac de algunos relojes que descansaban sobre las baldas. Había cierto desorden, como si se hubieran marchado precipitadamente.

Se veía una puerta al fondo, tras el mostrador, y a la derecha arrancaban unas escaleras.

—Vosotros subid conmigo —indicó a los que empuñaban las espadas—. Vosotros permaneced aquí, pendientes de esa puerta. Recargad los arcabuces y, si se abriera, disparad sin preguntar.

En la planta de arriba había dos dependencias. Una de ellas era una alcoba y la otra una sala con una mesa de trabajo sobre la que estaban los trebejos y adminículos del relojero. Varios libros reposaban sobre una balda y un reloj de péndulo estaba a medio hacer. En un rincón había una pequeña prensa y un rimero de papeles impresos. El capitán cogió uno de ellos.

—¡Santo Dios! ¡Son los pasquines de los partidarios de don Antonio! ¡Recogedlos! ¡Nos los llevamos!

Bajaron adonde aguardaban los otros dos hombres.

—¡Veamos qué hay tras esa puerta! ¡No parece demasiado recia!

—¡Nada que ver con la de la entrada! —corroboró uno de los soldados, propinándole una patada que hizo saltar la cerradura y casi la desencajó de los goznes.

El patio se cerraba al fondo por un murete coronado por una albardilla. No resultaba complicado salvarlo. Uno de los soldados se encaramó a lo alto.

—¡Da a la rúa que sube hasta la catedral! ¡Desde aquí se ven sus torres!

—¡Esta gente se ha marchado! ¡Vámonos!

Salían del taller cuando el capitán reparó en un bello reloj con la esfera de porcelana y la caja de ébano. Junto a él había un papelillo.

Mi señora doña Leonor de Mascarenhas:

He de comunicaros que, por razones de mucho peso que no viene al caso comentar, he tenido que abandonar Lisboa con más urgencias de las que hubieran sido mi deseo. El reloj está reparado. No atrasa con el paso de las horas. La componenda ha sido fácil, pues sólo se trataba de una

limpieza de la maquinaria y pequeños ajustes de su engranaje.

Espero que esta nota llegue a vuestras manos y ese reloj, que es una joya de mucho valor, marque horas de felicidad para vos.

Besa vuestra mano, su servidor,

A. Crown

Se guardó la nota y cogió el reloj. Dejó a dos de sus hombres de guardia y montaron en sus caballos.

—¡En marcha! —ordenó ante los vecinos que se habían agolpado allí, entre los que empezaban a circular los rumores sobre la presencia de los soldados y lo ocurrido en casa del relojero de Alfama.

Capítulo XV

LOS CONTROLES no dieron resultado. Antes de que se establecieran, Crown, el impresor Cunha y los dos agentes ingleses llegados a bordo de la *Stella Maris* ya habían abandonado Lisboa. Tenían los caballos preparados y tomaron el camino real que conducía a Coímbra, aunque su destino estaba mucho más cerca.

Pese a que el relojero y el impresor no eran buenos jinetes —los dos ingleses estaban más hechos a montar—, sin que aún mediara la mañana habían dejado atrás el cruce que llevaba a Sintra, y con el sol todavía alto alcanzaban Torres Vedras.

—Podríamos llegar hasta Ramalhal, queda a unas tres leguas. Antes de que se ponga el sol estaríamos allí —propuso el impresor, que parecía conocer bien el camino.

—Cuanto más cerca estemos de Óbidos, mejor —señaló Crown, pese al cansancio—. ¿Hay donde pasar la noche?

—Conozco una familia que nos dará asilo.

—Entonces, adelante.

Antes de que el sol se perdiera por el horizonte, llegaron a Ramalhal, donde un espartero, partidario de don Antonio, los acogió como si se tratara de personajes de mucha prosapia.

La cena fue casi pantagruélica. La mujer del espartero vació la alacena para sacar unas orzas de lomo en aceite y tasajos de conejo en escabeche. Además, preparó a toda prisa un guiso de bacalao.

—Lo que por aquí se comenta es que don Antonio cuenta con el apoyo de Inglaterra, además de la ayuda de Francia —dijo el espartero entre tasajo y tasajo.

—Se dice que vendrá con una escuadra de cien barcos y miles de soldados —comentó la mujer, que no dejaba de llevar comida a la mesa—. ¿Es verdad que en Lisboa los españoles están preparando una gran armada?

El impresor iba a corroborarlo, pero el relojero se adelantó:

—No es tanto como dicen. Muchos de esos navíos son viejos cascarones que apenas pueden navegar. Hoy, antes de que saliéramos de Lisboa, hemos visto cómo explotaban muchos de ellos.

—Ni siquiera podrían hacerse a la mar —añadió Cunha, comprendiendo lo que el relojero pretendía.

Los ingleses venían mostrando una gran habilidad para ocultar los hechos que no les favorecían y dar pábulo a los que les beneficiaban. No les importaba deformar los sucesos, como acababa de hacer Crown, quien todavía no había terminado su trabajo. Los dos que habían llegado en la *Stella Maris* lo habían informado de una última misión antes de abandonar definitivamente Portugal. Por eso se dirigían a Óbidos, donde los aguardaban otros dos agentes. Desde allí marcharían a Peniche y embarcarían en la *Osa Mayor*, una carraca flamenca que había traído batistas, tafetanes y paños de los talleres de Gante y Lieja, y puntillas y bordados de Valenciennes, y que cargaría en Lisboa para el viaje de retorno caoba, palo de tinte y cochinilla procedente de las Indias.

En Óbidos, Alonso de Sandoval y Fernando Lozano estaban alojados en un establo. Se habían acomodado sobre unos montones de paja en una casa que quedaba fuera de las murallas. Era lo único que podían ofrecerles, y lo hicieron por un precio que les pareció abusivo.

Lupercio había dado largas a su respuesta. No se la dio al día siguiente como habían acordado y pasaron dos más, lo que empezaba a crearles problemas.

—No podemos seguir esperando —dijo Lozano mientras afilaba la hoja de su cinquedea con una piedra de amolar, después de cenar—. Se resiste y las presiones han servido de poco. Tiene garantizado el perdón para todas sus fechorías y el dinero que se le ha ofrecido supera sus mayores expectativas. —Guardó la piedra en su zurrón y miró satisfecho cómo había quedado el filo de su espada—. Algo raro pasa.

—¿Qué queréis decir?

—Conozco a Lupercio. Dijo que tendríamos su respuesta en un día. Han pasado tres y sólo puede haber una razón para ello.

—¿Cuál?

—Está dudando.

—¿Eso os parece raro?

—Sí, porque podría volver a Castilla sin temor a ser detenido y nadaría en la abundancia. Es por la otra oferta…

—¿Los ingleses? ¡Pero… es imposible que hayan dado con su paradero!

—Nunca digáis que es imposible algo que pudiera ocurrir. He visto cosas que parecían absurdas y acabaron haciéndose realidad. Vamos a poner fin a esto. Dormid lo que podáis. Antes de que amanezca iremos andando a su casa. No queda tan lejos y es mejor no llamar la atención.

—¿Qué plan tenéis?

—Descansad —fue la respuesta que obtuvo.

Alonso apenas pegó ojo pensando en qué podía haber ideado el fraile.

Poco antes de que amaneciera —por las llamadas a los rezos en las horas canónicas, Lozano tenía control sobre el tiempo—, le tocó en el brazo para despertarlo.

—¡Vestíos, don Alonso! ¡Daos prisa! ¡Calaos el sombrero y embozaos en vuestra capa! ¡Hace frío! ¡Sin hacer ruido! ¡No deben vernos!

Fuera todo estaba en calma. Eran dos bultos que se desplazaban en medio de la oscuridad. Cruzaron el puentecillo y el pequeño

bosque de laureles. Estaban a menos de cincuenta pasos de la casa de Lupercio cuando el aullar de un lobo en la lejanía fue respondido por los ladridos de varios perros inquietos. Un leve resplandor se filtraba por las rendijas de la ventana.

—Lupercio está levantado —dijo Alonso.

—Quizá, pero no es seguro. Ese resplandor puede ser del fuego del atanor. Los alquimistas lo mantienen siempre encendido.

—¿Qué pensáis hacer?

—Obligarlo a que nos acompañe.

—¿Para eso hemos venido antes del amanecer?

—El alba es la mejor hora para ciertos menesteres. Si se resiste, lo mato.

—¿No lo diréis en serio?

El fraile lo miró a los ojos.

—¿Acaso tengo cara de estar bromeando?

—Creí que esas eran cosas de vuestro pasado. ¡Ahora sois un hombre de Dios, fray Gaspar!

—Si no acepta nuestro ofrecimiento es que los ingleses andan ya por aquí. Ayer, cuando fui a comprar los embutidos y el queso, vi a dos individuos que me hicieron sospechar.

—¿Por qué?

—Porque eran extranjeros. Se percataron de que reparaba en ellos y dejaron de hablar. He pensado que lo mejor es acabar con este asunto, ¡así que vamos a resolverlo!

En aquel momento el sol asomó por el horizonte. La claridad coincidió con un silbido que rompió el silencio y Alonso soltó un grito de dolor.

—¡Por los clavos de Cristo! —Lozano vio cómo el joven se llevaba una mano al hombro, que se empapaba de sangre, y caía al suelo.

En la cruz del árbol desde el que habían disparado estaba Lupercio empuñando la ballesta, y en la puerta de la cabaña aparecieron los dos sujetos que había visto la víspera. La situación era complicada. Tendría que enfrentarse en solitario a los tres

oponentes. No podía contar con Alonso, que se taponaba con la mano la herida de la que manaba un reguero de sangre.

El fraile retrocedió unos pasos y desenvainó su cinquedea. Estaba cercado y los tenía a pocas varas. Los dos extranjeros se acercaban cerrándole los lados, y Lupercio había bajado del árbol y armaba de nuevo su ballesta mientras se aproximaba. A aquella distancia lo traspasaría de parte a parte. Intentaría vender cara su vida.

Fue entonces cuando Lupercio soltó un grito y su cuerpo se arqueó. Alonso había lanzado su misericordia y le había atravesado el pecho. El rufián se había confiado en exceso al darlo por eliminado, y lo pagaba con creces. Se llevó las manos al punto por donde la sangre brotaba a borbotones y se desplomó. Aquello cambió la situación. Los ingleses trabaron combate cuerpo a cuerpo y en el primer envite Lozano recibió una cuchillada en el costado izquierdo, pero había atravesado de parte a parte a uno de ellos. El otro, vista la situación, decidió abandonar la lucha. Echó a correr y desapareció entre los árboles.

Fernando se llevó la mano al costado y se acercó hasta Alonso, que se había incorporado. Tenía la espalda pegada al tronco de un árbol. A pocos pasos, Lupercio agonizaba.

—¿Cómo os encontráis?

—Creo que, si esto no se complica —respondió mirando el virote clavado en su hombro—, podré contarlo. ¿Cómo estáis vos? Esa herida tiene mala pinta.

—Son dos, la espada entró y encontró salida. Tengo que hacerme un torniquete para no perder más sangre.

Rasgó la camisa del inglés e hizo con ella unas tiras, vendó sus heridas y miró a Alonso.

—Tendrán que sacaros ese virote que por ahora tapona la herida.

Después se acercó a Lupercio y se agachó. Le quedaba poco tiempo.

—No sé cómo has podido hacer esto.

—Su… su oferta era mucho mejor.

Lozano miró al sujeto con el que había acabado.

—¿Eran ingleses?

—Sí, llegaron en una urca que iba para Lisboa y los dejó en Peniche. Vinieron a verme poco después de que llegarais vosotros.

—¿Cuál fue su oferta?

—Tuvimos que discutirla y la cerramos ayer. Hoy nos marcharíamos, pero habéis llegado antes de que nos fuéramos.

—¿Cuál fue su oferta? —insistió Fernando.

—Pondrían a mi disposición… todo lo que les pidiera para trabajar. Una casa… de campo próxima a Londres. Tres criadas para atender todas mis necesidades. —Al decir esto asomó a sus labios una sonrisa que era poco más que una mueca—. Y me pagarían mil… mil ducados. —Su respiración se agitaba cada vez más y le costaba un mayor esfuerzo hablar.

—¿Creísteis todo eso? —preguntó Alonso.

Pareció no oírlo porque siguió hablando con gran dificultad.

—Me pagarían… aunque no consiguiera resultados. Y si… si lo lograba me cubrirían de oro.

—¡Son herejes! ¡Enemigos nuestros!

—¡Qué me importa! ¡Además, serán enemigos vuestros, no míos! —Alzar la voz hizo que se le escapara la poca vida que le quedaba.

Lozano le cerró los ojos, que habían quedado muy abiertos, como sorprendidos por la muerte. Bisbiseó unas oraciones al tiempo que con una mano ensangrentada hacía la señal de la cruz.

—Al menos llévate una bendición, aunque no creo que te sirva de mucho.

Tiró de la misericordia, se incorporó con dificultad y se la devolvió a Alonso, que había asistido a la escena en silencio y tenía una mano sobre la herida, que ahora apenas sangraba.

—¿Qué hacemos ahora? —planteó el joven.

—Marcharnos de aquí.

—Hemos de buscar un barbero.

—¡Nos denunciará!

—Tenéis razón. No podemos fiarnos…

—Quizá haya otra solución. ¡Vamos a la cabaña!

El fraile buscó una saya y la hizo tiras. A continuación, echó vino en un cuenco y cogió un cuchillo. Era de hoja ancha y corta.

—¿Qué vais a hacer?

—Sacaros ese virote. Dolerá, pero os toca aguantar…

—¡No sois barbero!

—Puedo hacerlo. ¡Dad un trago al vino y morded este palo!

Cortó el hombro del jubón y con el cuchillo abrió la herida. Alonso mordía el palo con fuerza y tenía desencajados los ojos. Cuando el virote salió de un fuerte tirón, soltó un grito y perdió el conocimiento.

—¡Este patatús podía haberos dado antes!

Lozano echó vino en el corte, que ahora sangraba abundantemente, e hizo un emplasto con unas hierbas que, según su cartelillo, eran cicatrizantes. Luego lo vendó con fuerza. Después se quitó el jubón y la saya: su vendaje estaba empapado en sangre. Lo retiró y vació medio búcaro de vino sobre las heridas, conteniendo las ganas de gritar. La herida era limpia. Se colocó un emplasto con el resto de las hierbas y la vendó con fuerza.

Alonso volvía en sí.

—¿Dónde… dónde estoy?

Vio el rostro de Fernando, que le sonreía.

—Aquí hemos terminado. ¡Hay que alejarse cuanto antes!

Alonso recordó, llevándose la mano al hombro.

—¿Y esos cadáveres?

—Alguien se encargará de ellos. Vámonos a Torres Vedras. Nos atenderán en el monasterio.

Poco después de su marcha llegaron a Óbidos Crown, Cunha y los ingleses que habían llevado la pólvora a bordo de la *Stella Maris* —uno se llamaba Oates y el otro respondía al sobrenombre de *Sailor* — . Pensaban recoger a sus compatriotas y al alquimista y dirigirse a Peniche. El impresor regresaría a Coímbra.

Capítulo XVI

EN LISBOA, tras la alteración provocada por la explosión de la *Santa María del Buen Aire* y el *San Juan Bautista*, continuaban los trabajos para el apresto de la Gran Armada. Los datos facilitados por la marquesa de Aborientes permitieron llegar hasta el escribano Duarte Brito, quien sometido a un duro interrogatorio facilitó, no sin ciertas reticencias iniciales, los nombres del aguador Sousa y el herrero Afonso Gomes, y quedaron esclarecidas las circunstancias de las explosiones. A quien no se encontró fue al relojero de Alfama ni al impresor, del que sólo conocían el nombre: Joao Cunha. El escribano, el aguador y el herrero serían juzgados, acusados de alta traición.

El virrey pasaba revista al escuadrón en uno de los patios del Palacio da Ribeira. Eran jinetes de la guardia.

—¿Insistís en mandar la tropa?

—Desde luego, alteza.

Era su último intento para que don Francisco de Mascarenhas no se pusiera al frente de la tropa que trataría de dar alcance al relojero, al impresor y a los ingleses.

—Podría encargarse uno de vuestros oficiales.

—Mi deseo es atraparlos personalmente.

—Si esa es la voluntad de vuestra excelencia… Por cierto, he tenido noticia de que vuestra hija va a profesar en el convento de las

clarisas.

—Así es, alteza, estamos ajustando la dote. Se ha retrasado a causa de estos incidentes. Cuando vuelva la cerraremos. A propósito de ello, quería pediros un favor.

—Decidme. Si en mi mano está…

—Sería un honor que vuestra alteza apadrinara su entrada en clausura.

—El honor es mío, don Francisco. Contad con ello.

Mascarenhas lo saludó, montó en su caballo y ordenó a sus tropas alzando una mano:

—¡En marcha!

Al trote salieron hacia la Ribeira y cruzaron los arrabales.

—¡Al galope! —indicó cuando dejaron atrás las últimas casas. Enfilaron el camino de Peniche porque el escribano Brito les había dicho que era donde pensaban embarcar en la *Osa Mayor.*

El hermano barbero, ayudado por fray Lucas, el enfermero, cosió las heridas de Alonso y de fray Gaspar, que había revelado su condición de hermano dominico, después de limpiarlas y lavarlas con vinagre.

—Antes de vendarlas —dijo fray Lucas— voy a aplicarles este ungüento. ¡Hace milagros!

—¿Es como los emplastos de hierbas?

—¡Mucho mejor! ¡Esos emplastos sirven para una urgencia! ¡Con este ungüento las heridas estarán cerradas en un par de semanas, si Dios no dispone otra cosa! Es de mi invención.

—¿Cómo lo hacéis?

—Con una parte de naco, otra de tola, un poco de nemol, esencia alcanforada y una pizca de colematón.

—¿Qué es ese galimatías?

—La composición del ungüento —respondió muy serio fray Lucas mientras el hermano barbero no podía ocultar su sonrisa.

—¡Vuestra paternidad se está burlando de mí!

—¿Acaso pensabais que iba a daros una fórmula que me ha costado veinte años de probanzas, numerosos fracasos, noches de

insomnio y más de una reprimenda? Será mi legado a quien me suceda en la enfermería.

—Eso es más propio de un alquimista que de un fraile.

—Elaborar ungüentos, preparar tisanas y filtros, confeccionar brebajes y hacer pócimas tiene mucho de alquimia.

Alonso y fray Gaspar quisieron ponerse en camino inmediatamente, pero fray Lucas impuso su criterio. Debían guardar reposo, al menos, un par de días antes de volver a montar a caballo y quería comprobar la evolución de las heridas.

—Las primeras cuarenta y ocho horas son decisivas. No creo que den problemas porque no tenéis calentura.

Lo que Crown y quienes lo acompañaban se encontraron los desazonó primero y los alertó después.

—Hace pocas horas que murieron.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Crown a Oates.

—He visto muchos cadáveres. Estos no están del todo rígidos.

—¿Se habrán matado entre sí? —preguntó el impresor.

—No lo creo. Si hubiera sido así, Bowles estaría esperándonos, oculto en algún sitio cercano, y ya nos habría visto. La cuestión es saber dónde se encuentra y no distraernos. Quien haya hecho esto puede atacarnos en cualquier momento.

—¿Se nos habrá adelantado alguien?

Oates se encogió de hombros.

—Es posible, pero poco probable. Salimos de Lisboa a toda prisa y no nos hemos detenido.

—Pero los espías del rey de España están por todas partes y quizá tenían alguna clase de información.

—¡Eso no es posible! —exclamó *Sailor*— . ¡Estuvieron varios días intentando descubrir quiénes habían sembrado Lisboa de pasquines, sin conseguirlo, y tampoco lograron evitar las explosiones de los barcos!

—¿Qué más da? Estamos perdiendo un tiempo precioso —protestó Oates—. ¡Marchémonos! Según nos dijeron, Peniche está a media jornada.

—Hay poco más de cinco leguas —confirmó el impresor.

—¿Y qué pasa con Bowles? —dijo *Sailor.*

—¡Él sabrá lo que tiene que hacer! —replicó Oates—. Si el alquimista está muerto, habrá ido a Peniche. Es donde tenemos que llegar. Si no lo ha hecho…

Se despidieron del impresor. Cunha regresaba a Coímbra.

—Ha sido un placer trabajar con vos. —Crown le había puesto una mano en el hombro al tiempo que le entregaba una bolsa repleta de ducados—. Ahí lleváis también el montante del papel que trajisteis de Coímbra y la compensación por la prensa que quedó atrás.

—Ha sido un honor haberos conocido y aportar un grano de arena a la causa de don Antonio —respondió Cunha, guardando el dinero en sus alforjas.

—La suma que lleváis es tentadora. Estad vigilante, porque se requerirán nuevamente vuestros servicios.

El impresor montó en su caballo y se alejó sin mirar atrás.

—Antes de irnos deberíamos enterrar a Heart —planteó *Sailor.*

—No podemos permitírnoslo. Tenemos que irnos. Alguien lo hará.

—Es posible, pero también que sea pasto de las alimañas.

—¡Está muerto! ¿Qué más da? —repitió Oates—. ¡Nos vamos!

Durante su permanencia en el convento de Torres Vedras fray Gaspar escandalizó a algunos frailes y llamó la atención de otros fumando aquellas hojas secas que liaba con mucho cuidado y luego prendía fuego. Se consumían lentamente mientras él aspiraba el humo, que luego expulsaba. Muchos detestaban el olor que generaba y decían que aquello era cosa demoníaca. Uno de los que más se quejaban era el hermano barbero:

—¡Lucifer tiene que estar detrás! ¡Habrase visto: tragar humo!

Fray Lucas, sin embargo, le pidió que lo dejara probar. La experiencia no fue satisfactoria.

—¡Nada, nada, un asco! —protestó sin dejar de toser—. ¿Cómo es que vuestra paternidad no tose?

—Se requiere cierta costumbre. Sus efectos son beneficiosos para el cuerpo y también se dice que tranquiliza el ánimo. En Castilla conocí a algún médico que lo recomendaba a los hombres y lo prohibía a las mujeres. Ellas no deben fumar porque les es dañino.

—Pues he oído que en las Indias las mujeres fuman tabaco lo mismo que los hombres —afirmó fray Lucas.

—¡Las indias tienen costumbres muy raras! —exclamó el barbero, y bajando la voz añadió—: Tengo entendido que van en cueros, tal y como su madre las trajo al mundo.

Fray Gaspar lo corroboró. Recordó que en sus tiempos de estudiante en Salamanca esa fue una de las razones por las que pensó embarcarse para las Indias.

Era la caída de la tarde cuando Alonso y el dominico daban un paseo por los alrededores del monasterio y el fraile dijo:

—He consultado vuestro caso con el prior. Es un fino teólogo y un avezado moralista. Vienen a plantearle cuestiones muy delicadas.

—¿Qué os ha comentado?

—Que el asunto requiere mucha reflexión. Como os dije, él también sostiene que el cumplimiento de un voto o promesa es obligado para quien lo formula. Pero que no lo tiene tan claro cuando afecta a otros…

—¿Eso… eso significa que doña Leonor no está obligada a cumplirlo?

—¡No tan deprisa, no tan deprisa! Porque, si fray Humberto no tiene claro que el voto de alguien pueda obligar a otro a cumplirlo, el cuarto de los mandamientos de la ley de Dios es que has de honrar a tu padre y a tu madre. Necesitaría conocer la clase de promesa que se hizo.

—Podría mostrar al padre prior el papel que me entregó la dueña.

—¡Cierto! ¡Acompañadme!

Aguardaron en una salita amueblada con austeridad la llegada de fray Humberto de la Encarnación. Cuando apareció le dieron a leer la carta. Después de una lectura reposada, se la devolvió a Alonso.

—¿Decís que os la entregó una dueña de esa señora?

—Fue ella, sí. El padre se encontraba en una situación complicada. Las comadronas le plantearon elegir entre la vida de su esposa o la de su criatura.

—La doctrina de Nuestra Santa Madre Iglesia tiene resuelta esa cuestión.

—¿Cómo la resuelve?

—En caso de que sea necesario elegir entre una madre y el hijo que viene al mundo, ha de salvarse al hijo. Esa era la obligación de las comadronas, pero eludieron su responsabilidad y dejaron la decisión en manos del esposo. ¿Vuesa merced sabe qué piensa la joven respecto a… vuestras intenciones y deseos?

La pregunta desconcertó a Alonso.

—Creo… creo que era sensible a mis requerimientos…

—¡Dadlo por seguro! —intervino fray Gaspar—. ¡Soy su director espiritual! Ella está enamorada de vos y desea convertirse en vuestra esposa.

—¿No tenía noticia de la promesa que hizo su padre cuando nació?

—Jamás me dijo nada al respecto. Supongo que si lo hubiera sabido no me habría hablado de sus sentimientos hacia don Alonso.

—Doña Leonor…

—¿Se llama así, como su madre? —lo interrumpió fray Humberto.

—Ese es su nombre, reverencia. Me citó a la puerta del convento donde va a profesar y me contó que su padre se lo había anunciado la víspera. También me explicó que para ella se trataba de un deber inexcusable y que era una pérdida de tiempo que fuera a hablar con él para hablarle de mi deseo de desposarla. Está dispuesta a entrar en el convento por honrar a su padre, pero lloró cuando me lo dijo.

—Como ya os comenté cuando vuestra paternidad me planteó esta cuestión, es un caso que requiere de mucha reflexión. ¿Cuándo se marchan vuesas mercedes?

—Mañana —respondió fray Gaspar.

—Pero si fuera necesario permanecer un día más… Fray Lucas dice que las heridas necesitan reposo —añadió Alonso.

—Consultaré algunos textos. Tal vez tenga una respuesta mañana.

Capítulo XVII

AQUELLA noche Alonso dijo a fray Gaspar que estaba dispuesto a permanecer en el convento el tiempo que fuera necesario hasta que fray Humberto emitiera una opinión.

—No me marcharé sin ese dictamen. Si vuestra paternidad desea ponerse en camino mañana mismo, hágalo.

El dominico frunció el ceño.

—No sé cómo vuesa merced piensa eso.

—Tal vez vuestra ausencia de Lisboa no deba prolongarse demasiado. Tiene vuestra paternidad otras obligaciones.

—Mi principal obligación en este momento es poder aconsejar al padre de doña Leonor y también a ella de la forma más correcta.

—¿No es para vuestra paternidad un gozo que una mujer como doña Leonor profese?

Fray Gaspar dejó escapar un suspiro.

—Pese a que os he contado cosas de mi vida que pocas personas saben, estáis muy lejos de conocerme. Me consta que doña Leonor está enamorada de vos y que su mayor deseo es formar una familia con vuesa merced, pero honrar a su padre es cuestión principal y pesa mucho en su ánimo. Sé de la importancia que mis consejos tienen sobre ella, cómo influirá lo que le diga, y no puedo engañarla. Para formarme una opinión es primordial para mí el criterio de fray Humberto. Por eso también yo esperaré el tiempo necesario.

Había terminado el rezo del ángelus cuando un fraile se acercó al banco donde el dominico y Alonso tomaban el tibio sol de la mañana, que apenas espantaba el frío propio del mes de noviembre y que se intensificaba conforme pasaban los días.

—El padre Humberto desea hablar con vuestra paternidad y también con vos.

Los condujo a la misma sala donde habían estado la víspera con el prior. Allí aguardaron hasta que apareció.

—La paz de Dios os acompañe —los saludó, con las manos bajo el escapulario.

—También a vuestra paternidad —respondió fray Gaspar.

—He consultado escritos de nuestros hermanos Tomás de Aquino y Vicente Ferrer, y también, aunque son franciscanos, de Guillermo de Ockham y Duns Escoto. Sus opiniones sobre la voluntad y el libre albedrío a la hora de tomar decisiones deben ser tenidas en cuenta.

—¿Ha llegado vuestra paternidad a una conclusión? —preguntó Alonso.

—Sosegaos, que por mucho que se madrugue el sol no sale antes. Después de esas consultas, de muchas reflexiones y algunas dudas, mi criterio es, en primer lugar, que la decisión final ha de quedar en manos de doña Leonor, que es quien se ve afectada en su vida por una decisión que no fue tomada por ella. En segundo lugar, he de señalar que su padre no debió prometer algo cuya obligación recayera sobre otra persona, aunque se tratase de su hija. También ha de tenerse en cuenta que a lo largo de muchos años no la informó en momento alguno del compromiso que había contraído. Es algo por lo que ha de amonestársele. Aguardar a hacerlo cuando, según lo que vuestra paternidad y vuesa merced me han dicho, la joven había albergado ciertos sentimientos con respecto a vos no es lo correcto. Por todo ello, considero que se debe dejar al libre albedrío de doña Leonor la decisión de tomar los hábitos o contraer matrimonio con don Alonso.

—Pero la promesa quedaría incumplida.

—Cierto, aunque también lo es que la Iglesia puede eximir a ese caballero de su compromiso, dadas las circunstancias que concurren.

—Fray Humberto sacó sus manos, que todo aquel tiempo había mantenido ocultas bajo el escapulario. Sostenía unos pliegos en ellas y se los entregó a fray Gaspar—. Aquí tenéis puestas por escrito mis reflexiones, que según mi parecer son ajustadas al caso que nos ocupa.

—No sé cómo podré pagar a vuestra paternidad sus desvelos. —Alonso no ocultaba su alegría.

—Me doy por sobradamente pagado con vuestra presencia en esta casa, que es la de fray Gaspar.

Decidieron ponerse en camino después del almuerzo.

Antes de marcharse, Alonso dejó en el monasterio una generosa limosna hasta donde le permitían sus recursos. El informe del prior había hecho que renacieran sus esperanzas.

En A Casa dos Passarinhos las conversaciones giraban en torno al juicio donde comparecían el escribano Brito, el aguador Sousa y el herrero Gomes. Las pruebas eran abrumadoras. Se pedía pena de horca para cada uno de ellos y que los cadáveres permanecieran en el cadalso durante veinticuatro horas para escarmiento general.

—¡Esa pena es una infamia! —clamó Couto.

—Los han tratado como lo que son: ¡unos traidores! —le replicó Pereira—. Esos tres estaban conchabados con un relojero que tenía taller en un callejón cerca de aquí y que vino hace cerca de dos años con el cuento de que era católico y había tenido que huir de Inglaterra. ¡Menudo rufián!

—¿Qué sabéis de eso, don Luís? —preguntó don Bastián, que acababa de pedir al posadero que llenase de vino las jarrillas y les trajese algún acompañamiento.

—Lo que me ha comentado el oficial que acudió al taller de ese relojero. Fue allí donde encontraron la prensa en la que se habían impreso los famosos pasquines.

—He oído decir que era el cabecilla de los que han alterado la vida de la ciudad. ¡Menuda caterva!

—¡No llaméis así a quienes luchan por nuestro rey! —exclamó Couto, empinando el codo hasta apurar el poco vino que quedaba en su jarrilla.

—Don Antonio no es nuestro rey. Tampoco merece que nadie se juegue la vida por él.

—¡Es nuestro rey!

—¡No lo es! —Don Bastián también había alzado la voz—. Como os he dicho en más de una ocasión, un rey no se comporta como lo hace él. En Alcántara fue el primero en huir, y también desapareció a las primeras de cambio en la Terceira. ¡Se largó sin llegar siquiera a entrar en combate! Sé de buena tinta que el ofrecimiento que hizo a Catalina de Médicis para conseguir el apoyo de la armada de Francia fue entregarle Brasil.

—¡Esa es una mentira de los castellanos! —protestó Couto.

—Quien me lo dijo fue *monsieur* Lafitte, el segundo de la escuadra francesa que fue derrotada por el marqués de Santa Cruz y que cayó prisionero. Lo conocí hace muchos años, casi veinte, cuando yo mandaba el *San Bartolomé* y me encontraba en Madeira. Recaló allí con su barco, que había sufrido grandes desperfectos, y lo ayudamos a repararlo. Cuando supe que fue prendido en las Azores y lo habían traído a Lisboa, acudí a visitarlo y me permitieron verlo. Me contó cosas de don Antonio que callo. Siento tanta vergüenza que mejor es no mentarlas.

El posadero llegó con una cántara de vino para llenar las jarrillas y con una fuente rebosante de costillas de cerdo adobadas.

Don Bastián miró a Pereira.

—Pido disculpas a vuestra paternidad, ¿nos estabais diciendo que en el taller de ese relojero habían encontrado la prensa donde fueron impresos los pasquines?

—Así es. Después de las explosiones ha desaparecido, pero en su taller se hallaron la prensa y alguno de los libelos. Parece ser que huyó con los dos ingleses que, según la confesión del escribano Brito y que confirmaron el aguador y el herrero, habían traído la pólvora que provocó el desaguisado de la Ribeira y que buscan embarcar en Peniche.

—¿Cómo es posible que vuestra paternidad sepa todo eso? —preguntó don Bastián.

—Porque el oficial a cargo de esas pesquisas estuvo conmigo toda la tarde de ayer. Me dijo que una tropa mandada por don Francisco de Mascarenhas trata de alcanzarlos antes de que logren embarcar.

—¡Bah! —despreció Couto—. Será uno de tantos rumores falsos que se esparcen a diario.

—¿Ponéis en duda mi palabra?

—¡En modo alguno, páter! No comparto vuestras opiniones, pero sois persona respetable.

—Pues en tal caso sabed, amigo mío, que toda esta información procede de alguien cercano a Mascarenhas que persigue a esos delincuentes.

—¡Son leales! —insistió Couto.

—¿Llamáis leales a quienes incendian barcos?

El *Dourado* buscó aquietar los ánimos.

—La armada que se apresta en los muelles de la Ribeira das Naos ya está completándose.

—Con mayores dificultades de las que el *Espanhol* esperaba. Ha tenido que traer carpinteros, calafates, maestros de lona y hasta fundidores de Castilla. ¡Aquí no los encontraba! —Couto no estaba por condescender.

—Es cierto. Pero en Inglaterra deben de andar nerviosos cuando tratan de sabotearla.

—¡Los ingleses son grandes marinos y poseen una poderosa armada!

—¿Grandes marinos? —Don Bastián arqueó las cejas—. Sólo atacan barcos aislados y saquean ciudades a las que sorprenden. Veremos si son capaces de frenar a una escuadra tan poderosa como la que están disponiendo. Si la infantería española pone pie en su isla…

—Plantarán cara. Conocen los caminos y controlan el terreno.

—¿Como conocía los caminos y controlaba el terreno don Antonio cuando la batalla de Alcántara? —ironizó don Bastián, quien llamó al posadero para ajustar la cuenta. Daba la conversación por concluida.

Fray Gaspar y Alonso avistaban Lisboa tres días después de salir de Torres Vedras. El sol se alzaba todavía un palmo sobre el horizonte y, pese a que el cielo estaba limpio, corría un viento que arreciaba por momentos y traía olor a mar. Habían ignorado la recomendación de fray Lucas de permanecer en el cenobio unos días más. En lo único que siguieron su consejo fue en hacer el camino con cierta calma. No tenían calentura y las heridas estaban bien suturadas, pero cabalgar podía abrirlas y que volvieran a sangrar. Se olvidaron de galopar e hicieron el camino al paso de los animales.

Ya tenían noticia de lo ocurrido con la *Santa María del Buen Aire* y el *San Juan Bautista*. Los partidarios de don Antonio se encargaban de exagerar lo ocurrido. En algunos lugares se rumoreaba que eran una docena los barcos que habían ardido, e incluso que se incendió la mitad de la flota amarrada en los muelles de Lisboa.

—Este viento trae lluvia.

—Entonces aligeremos el paso para no mojarnos.

—Tardará. El agua no llegará antes de esta noche. Vuestras prisas, que he tenido que refrenar estos días, tienen otro motivo.

—No se quejará vuestra paternidad. Hemos seguido los consejos que se nos dieron.

—No me quejo, don Alonso. Pero vuestro deseo está más relacionado con ciertos anhelos que con la posibilidad de mojarnos. ¿No habéis cambiado de opinión?

—Lo primero será ver a doña Leonor y hablar con su padre.

El fraile dejó escapar un suspiro.

—Sois demasiado impulsivo y no soy quién para reprochároslo, después de la vida que llevé a vuestra edad. Es algo que acompaña a los pocos años. Pero, como dijo fray Humberto, por mucho que se madrugue el sol no sale antes.

Un destello de duda asomó a los ojos de Alonso. El fraile había insistido en que no era lo mejor que fuera él quien plantease a don Francisco las conclusiones de fray Humberto.

—¿Cree vuestra paternidad que podría estropearlo todo?

—No lo sé, pero hay que preparar el terreno para sembrarlo de forma correcta…

Hasta que llegaron a las primeras casas del arrabal ambos permanecieron en silencio. Las nubes que llegaban del Atlántico lo hacían deprisa, traídas por el fuerte viento que soplaba.

—Creo que vuestra paternidad tiene razón. Mejor lo planteáis vos con la autoridad de vuestro hábito. Pero os suplico que no lo demoréis.

—Perded cuidado. Una vez esté en mi convento y vista las ropas propias de mi estado, escribiré a don Francisco.

—¿Por qué no a ella?

—Porque sería un error. A quien hay que convencer de que doña Leonor no tiene por qué entrar en religión es a su padre. Fue él quien hizo la promesa. A ella no hay que persuadirla de nada.

Capítulo XVIII

LAS RELACIONES del embajador de su Católica Majestad ante la Santa Sede seguían sin pasar por su mejor momento cuando el calendario litúrgico señalaba el fin del tiempo de Adviento, unas fechas en las que la Iglesia preparaba la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.

Los encontronazos de don Enrique de Guzmán con el papa y significados miembros de la curia no cesaban. El conde de Olivares no cejaba en exigir un trato preferencial, como correspondía al representante del rey más poderoso de la cristiandad y marcaba el estricto protocolo pontificio. Pero los cardenales franceses, que eran numerosos y respiraban según las indicaciones que les llegaban de París, buscaban menospreciarlo. Catalina de Médicis no había olvidado la severa derrota que los tercios de infantería española causaron a las tropas de su marido en San Quintín, ni la sufrida por su armada en las Azores.

Buscaban los franceses cualquier resquicio y hacían arteras interpretaciones del ceremonial, al que tanta afición había en Roma, para zaherir a don Enrique, que no era persona que se dejase avasallar.

La situación había llegado a su punto más álgido el día que el papa quiso tener una reunión con los embajadores de los príncipes cristianos y habían convocado, además de a don Enrique, al

representante del Sacro Imperio, al embajador del rey Cristianísimo —era el nombre diplomático ante la Santa Sede del embajador francés—, al de la Serenísima República de Venecia y al de Génova.

Quien actuaba de chambelán pontificio, Felipe de Lénnoncourt, trató de que el primero en presentar sus respetos a Sixto V fuera el embajador francés. Don Enrique protestó:

—La embajada de su Católica Majestad es la primera que hubo en Roma. Por lo tanto, he de cumplimentar a su santidad antes que nadie.

—Pero él cuenta con mayor antigüedad que vuestra excelencia —justificó el chambelán.

—Nunca ha sido ese el criterio. ¿Alguien duda de que su Católica Majestad es el monarca más poderoso de la cristiandad?

—*Monsieur* tiene más antigüedad que vuestra excelencia.

—En ese caso, vuestra eminencia presentará mis respetos a su santidad.

Hizo una breve reverencia, se caló el sombrero, dio media vuelta y, haciendo sonar con energía los tacones de sus botas sobre el pulido mármol, se retiró.

El camarlengo, que asistía en silencio a la disputa, alzó su sotana carmesí para ir más deprisa. Casi corrió tras los pasos del embajador español, al que alcanzó cuando llegaba al patio donde estaba su carroza.

—¡Excelencia, aguardad! ¡Aguardad un momento!

Don Enrique se detuvo y saludó besando la mano al camarlengo.

—Eminencia…

—Teneos, don Enrique.

—¿Teneos, dice vuestra eminencia, cuando se pretende con artimañas propias de un truhan ofender el honor de mi rey?

—Moderaos, excelencia. No es cristiano calificar así al cardenal de San Onofre del Janículo.

—¡Ese francés ha querido humillarme y colar de rondón al embajador de su país, rompiendo las normas que han de regir las

relaciones diplomáticas! ¡Tengo la preeminencia y no la cederé, así que saludad al papa en mi nombre!

—Sosegaos, don Enrique. Todo se debe a una confusión.

—¡No es confusión! ¡Ese francés lo hace con malas formas!

—Os presento mis disculpas y os pido que olvidéis lo ocurrido y comparezcáis ante su santidad. Vuestra excelencia será el primero.

—¡Como corresponde a mi rey! ¡Se trata de justicia, no de privilegio!

—Me encargo de que se os haga justicia y se trate a vuestra excelencia como es debido.

Una vez que los embajadores estuvieron ante el sumo pontífice, Sixto V les hizo un breve exordio en el que se refirió a la inestabilidad de los tiempos y a las dificultades a que se enfrentaba la Santa Sede.

—Estamos amenazados tanto por los infieles en el sur como por los herejes en el norte. Eso nos obliga a cerrar filas. Como quiera que hay diferencias entre los príncipes cristianos y lo que nos une son nuestras creencias y la práctica de nuestra religión, el papel de la Santa Sede es fundamental para esa unión. Por eso se os ha convocado ante nos. Hemos de hacer frente común tanto a infieles como a herejes. Los turcos están al acecho en el Mediterráneo, lo que no deja de ser una amenaza para nuestras costas, y sus avances por la cuenca del Danubio ponen en extremo peligro regiones de gran importancia. A ninguno de los presentes se escapa que su objetivo es Viena, que es la llave de amplios territorios. Si cayera en sus manos, sus hordas amenazarían Baviera, que es ejemplo de fidelidad a nos. Por eso, cualquier trato con ellos no debe realizarse sin nuestro consentimiento y aprobación.

Las últimas palabras del pontífice fueron como puñales en el costado de don Enrique. Aquella era una alusión directa a la tregua que Felipe II había renovado con la Sublime Puerta hacía poco tiempo. Sixto V continuó hablando de la herejía que se extendía por el norte de Europa y que había infestado Francia, amplias comarcas de Flandes y del Sacro Imperio, además de haberse aposentado en Inglaterra de la mano de la reina Isabel. El papa se extendió en sus

explicaciones y volvió a censurar que se llegase a acuerdos con infieles y herejes sin que se le informara.

Cuando terminó su plática sobre la necesidad de una cristiandad unida bajo su égida, don Enrique solicitó la venia para tomar la palabra. Tenía la impresión de que aquella convocatoria era una trampa para dejar en evidencia a Felipe II por los tratos que Margliani había cerrado con los turcos.

—Su Santidad, a cuyos pies me postro, ha hecho una detallada exposición de la situación en que se encuentra la cristiandad. He de daros la razón en lo que se refiere a que está rota la unidad de otro tiempo y que amplias zonas de Europa han caído en diferentes formas de herejía. Pero he echado en falta que os refirieseis a quienes pugnan por hacer frente a esa marea que se cierne sobre la mismísima Roma. Ninguna mención a los esfuerzos de su Católica Majestad ante los herejes que invaden el Sacro Imperio. Tampoco a que fueron sus tropas las que obligaron a retirarse a los turcos de Malta, cuya pérdida hubiera sido una amenaza directa a los dominios pontificios. Vuestra santidad no ha tenido a bien hacer referencia al esfuerzo que mi rey realiza en Flandes para evitar que la peste de la herejía siga ganando terreno, dedicando a ello ingentes recursos que podría destinar a otros fines. —Conforme desgranaba aquellos silencios del santo padre, la hostilidad era cada vez más patente en los semblantes del camarlengo y de la media docena de cardenales que acompañaban al papa, cuyo rostro era como una máscara—. Por último, estando presentes el embajador del rey Cristianísimo y el de la Serenísima República, no puedo dejar de recordar que ambos han cerrado en diferentes momentos acuerdos con el Gran Turco sin que se haya hecho una convocatoria como la presente, cuyo fin último, me atrevo a señalar, ha sido reconvenir a su Católica Majestad por la tregua alcanzada con la Sublime Puerta y que asegura cierta tranquilidad en las aguas del Mediterráneo, lo que incluye los territorios de su santidad.

Las últimas palabras del embajador español levantaron un murmullo entre los purpurados al que se sumaron los embajadores de Francia y Venecia, que se habían visto aludidos. Sin embargo,

ninguno de ellos solicitó la palabra. Fue el camarlengo quien se dirigió a don Enrique:

—Compruebo con mucho pesar que vuestra excelencia no tiene reparo en tratar de corregir las afirmaciones de su santidad. —El reproche sonaba con dureza—. He de deciros que es algo inadmisible y que, desde luego, está muy lejos de las formas que han de guardarse ante el vicario de Nuestro Señor Jesucristo en la tierra. El santo padre ha querido que los representantes de los príncipes cristianos tuvieran conocimiento de la gravedad de la situación que vivimos en el momento presente. No es hora de recuerdos que no han al caso. —Miró al papa antes de rematar—: Si su santidad no dispone otra cosa, la audiencia ha terminado.

El papa, que como era habitual en esas ocasiones se cubría con un camauro rojo orlado de armiño blanco, asintió con un casi imperceptible movimiento de cabeza.

—No sin que antes su santidad y sobre todo vuestra eminencia —don Enrique recalcó mucho sus últimas palabras— oigan lo que tengo que decirles porque ninguno de los presentes podría hacerlo. Sabed que su Católica Majestad es muy libre de cerrar acuerdos que vayan en beneficio de los intereses de sus reinos y señoríos. Intereses que, en más de una ocasión, ha postergado para anteponer los de la Iglesia e incluso los de la Santa Sede. Sepa su santidad… —hizo un inciso como si hubiera reparado en algo— y también vuestras eminencias que su sumisión es total y absoluta al vicario de Cristo en la tierra. Pero, cuando su santidad actúa como un príncipe terrenal y sus intereses entran en confrontación con los de mi rey y señor, mi actuación será, por mucha irritación que cause, la que corresponde al representante de su Católica Majestad ante vuestra beatitud.

Hizo una reverencia, se caló el sombrero y, como era su costumbre, se retiró pisando con fuerza para que resonasen los tacones de sus botas.

El creciente frío que traía sabañones en las orejas y en los dedos hacía que los madrileños lo combatieran, si sus posibles se lo permitían, con braseros de picón y con vino caliente y especiado, y

entre las clases más acomodadas, con jícaras llenas de chocolate caliente, que era bebida nueva llegada del otro lado del Atlántico y signo de distinción y de cierto poder económico.

La nieve caída la víspera y que la noche había congelado se convirtió en muchas zonas en hielo resbaladizo y peligroso. En las gradas de San Felipe había varios corrillos tras la salida de la misa en el convento de los agustinos. Cerca de allí, en una esquina de la calle de Carretas, unos sujetos habían prendido unas maderas viejas para hacer un fuego y cobraban la voluntad a quienes querían calentarse. Allí encontró acomodo un grupo donde había dos caballeros de hábito —un santiaguista y un calatravo— ; otros dos señores, uno de ellos muy entrado en años, un agustino y un cura —párroco de la cercana iglesia de San Ginés—, que había entregado cuatro blancas a quienes cuidaban de la lumbre.

—¿Conocen vuesas mercedes la última noticia? —preguntó el agustino.

—¿Cuál, paternidad? —planteó el calatravo—. ¿La llegada de Flandes que dice que los tercios han zurrado la badana a los herejes en La Esclusa, pese a la ayuda que les prestaron los ingleses? ¿Que en Lisboa el marqués de Santa Cruz apresta una flota como no se ha visto jamás? ¿Que la de Indias ha llegado, a Dios sean dadas gracias, a Sevilla?

—La novedad a que me refiero viene de Roma.

—¿Qué ha sucedido? Porque, con todos los respetos a vuestra paternidad, allí puede ocurrir cualquier cosa.

—¿Vais a soltar prenda? —dijo el santiaguista, que tenía fama de zumbón, siempre tirando de ironía.

—¡El conde de Olivares se ha enfrentado al papa!

—¡Eso no es una novedad! ¡Menudo es don Enrique! ¡Se trata de un Guzmán!

—¡Novedad o no, les ha dicho verdades como panes! ¡Al papa y a media curia que lo acompañaba!

—¿Cuál ha sido la causa? —preguntó el calatravo.

—Pretendían afearle que su majestad haya acordado prorrogar las treguas con los turcos. ¡El conde se despachó a gusto!

—Pues en el Alcázar hay mucho malestar —dijo el caballero de más edad—. El rey está pendiente de que la Santa Sede le otorgue una suma muy importante para los gastos de esa escuadra a la que vuesa merced ha aludido.

—¡No soltarán la mosca! —sentenció el santiaguista—. En Roma para cobrar andan siempre tan listos como remisos a la hora de pagar.

—¡Don Rodrigo, vuestra irreverencia es más que notable! —lo reconvino el agustino.

—Vuestra paternidad llama irreverencia a la verdad. ¿Acaso no es cierto lo que acabo de decir?

El párroco de San Ginés, viendo que aquello podía derivar en algo mayor, introdujo un asunto para cambiar la conversación:

—Aunque lo de la armada que se apresta en Lisboa se quiere llevar con mucha discreción, es un secreto a voces que el destino de esos barcos es llevar a bordo un ejército para invadir Inglaterra.

—¡Es lo que merecen esos herejes! —exclamó el caballero más joven—. Son piratas a los que su reina concede honores en agradecimiento a las fechorías que cometen.

—Además le cortó la cabeza a la reina de Escocia, a quien tuvo encerrada dieciocho años —añadió el de más edad.

—Cerca de diez lleva la princesa de Éboli, después de pasar por varios encierros, en su casa de Pastrana —dijo el santiaguista bajando la voz.

—¡Doña Ana de Mendoza es mujer de armas tomar! Recuerden vuesas mercedes el enfrentamiento que tuvo con sor Teresa de Jesús.

—¡Esa fue una santa, aunque Roma no lo reconozca! Llenó Castilla de conventos de carmelitas donde, verdaderamente, se llevaba una vida ordenada y de oración —apostilló el calatravo.

Capítulo XIX

ALONSO leyó con avidez la nota que fray Gaspar le había mandado. Se abrigó convenientemente y acudió a verse con él, como le decía en la misiva. Caminó tan deprisa que cuando llegó tenía el corazón desbocado y la respiración agitada. El dominico estaba confesando a una penitente, y el joven aguardó cerca de media hora que se le hizo eterna.

Al verlo salir del confesionario se dirigió a él rápidamente por si alguien se acercaba a descargar su conciencia.

—Buenos días nos dé Dios, fray Gaspar.

—Buenos días, don Alonso.

—¡Estoy sobre ascuas!

—Acompañadme.

Salieron del templo y, en lugar de dirigirse al convento, echaron a andar calle abajo.

—¿Adónde vamos?

—No hagáis preguntas y seguidme.

Llegaron hasta una casa de aspecto señorial, aunque en su fachada era visible el deterioro.

Después de mirar a ambos lados, el dominico llamó tres veces con el aldabón, una sierpe escamosa con la cola enroscada.

Como si aguardaran al otro lado, inmediatamente se abrió un postigo enrejado por donde asomó el severo rostro de una mujer

entrada en años. Tras cerciorarse de que se trataba de fray Gaspar, descorrió los cerrojos que aseguraban la puerta y la abrió lo justo para que pudieran entrar, cerrándola a toda prisa.

Miró con cierto descaro a Alonso y, después de besar la mano al fraile, dijo que la siguieran. Caminaban un par de pasos tras la mujer, que era mucho más ágil de lo que hacía pensar su apariencia. Cruzaron un jardincillo tan descuidado que las malas hierbas lo llenaban todo y llegaron hasta una puerta a la que se accedía por unos escalones de mármol.

—¿Qué sitio es este? —preguntó Alonso en voz baja—. ¿A quién pertenece?

Quien respondió fue la mujer:

—A la Orden de San Juan de Jerusalén. Don Antonio era el titular de la encomienda de Crato y se alojaba aquí cuando estaba en Lisboa, que era la mayor parte del tiempo.

Alonso se detuvo.

—¿Qué demonios hacemos en este lugar? —preguntó a fray Gaspar.

—¡No mentéis al demonio! —fue la seca respuesta del dominico.

—Disculpadme, pero es que…

—¿No quiere vuesa merced hablar con doña Leonor?

—¡Por supuesto!

—¡Callad entonces! ¡Vais a verla!

—¿Aquí?

—¿Conoce vuesa merced un sitio más discreto?

—Pero… ¿por qué ha de ser discreto?

—Porque así conviene a vuestros intereses y a los suyos.

—¡No os entiendo!

—Pues recordad lo que dice san Mateo: que no se entere tu mano izquierda de lo que hace la derecha.

Pasaron por dos salones polvorientos y, tras cruzar un patio porticado, subieron hasta una sala que, a diferencia del resto del palacio, estaba bien amueblada y alfombrada. Junto a una chimenea

se encontraba Leonor, vestida de hábito. La acompañaban su dueña y otra mujer con tocas de monja.

—¡Leonor!

—¡Alonso!

La voz de la monja detuvo a Leonor.

—¡Reportaos, señora!

Ella se detuvo, pero Alonso se acercó y, tomando su mano, la besó varias veces.

—¡Señora! —insistió la monja.

Fray Gaspar se le aproximó y susurró algo a su oído. Ella lo miró enfadada.

—Si vuestra paternidad lo ordena… ¡Acompañadme! —le dijo a Antonia, y las dos salieron de la estancia.

—Retiraos también vos —indicó fray Gaspar a la mujer que los había conducido hasta allí.

Una vez solos, el fraile les dijo antes de marcharse también:

—Sólo unos minutos.

Sin soltar la mano de la dama, Alonso le explicó lo que fray Humberto les había dicho.

—Es hombre ponderado y mucha la gente que acude a pedirle consejo. No tenéis obligación de cumplir una promesa que no es vuestra. Sólo os obliga por honrar a vuestro padre, si es que mantuviera el empeño en que cumpláis esa promesa que nunca hicisteis.

—Algo me ha adelantado fray Gaspar. Hasta que mi padre no vuelva…

—No olvidéis que deseo con toda mi alma haceros mi esposa.

—Quiero que sepáis que también ese es mi deseo. Pero habéis de comprender que hasta que mi padre no regrese…

—¿Esos hábitos…?

La sonrisa de ella fue dulce.

—No me comprometen a nada. Mi padre, en su ausencia, quería que estuviera tras los muros del convento, y la priora aceptó acogerme a condición de que vistiera de estameña.

—¿Y cómo es que habéis salido de allí para venir a este lugar?

—Porque el patio de atrás de las clarisas es medianero con el de este palacete, donde nadie vive desde hace años. Pasar de uno a otro se hace con facilidad. Hay una puertecilla que los comunica.

—En otro tiempo fue la residencia de don Antonio, el bastardo de Avís.

—Eso he oído decir. La guardesa aceptó unas monedas, la monja que me acompaña es deuda de mi familia, y cuando fray Gaspar me propuso que nos viésemos y que este era un buen lugar, Antonia habló con la guardesa y yo con sor Matilda.

—Se acabó el tiempo —dijo fray Gaspar, que entró batiendo palmas.

—¿Tan pronto?

—No debe notarse la ausencia de doña Leonor. La monja está cada vez más nerviosa.

Se cogieron de las manos y se miraron a los ojos. Alonso la besó en los labios. Fue un gesto casi fugaz, pero no robado, porque ella le respondió.

Crown, Oates y *Sailor* salieron de Óbidos sin detenerse. Querían hacer noche en Peniche y aguardar allí la llegada de la *Osa Mayor*. La distancia podía salvarse fácilmente, pero se encontraron con una lluvia que arreciaba y los caballos tenían dificultades en avanzar porque los cascos se les clavaban en el barro. Llovía sobre mojado.

—¡Maldita sea! —renegó Crown—. Ese puerto no está a más de dos leguas, pero la noche se nos echa encima y las monturas no pueden seguir. ¡Busquemos donde resguardarnos para pasarla!

Llegaron hasta una aldehuela. Eran una veintena de casas con paredes de adobe y techumbre de bálago alrededor de una iglesia cuyas dimensiones eran llamativas, labrada en piedra y cubierta de teja.

—¡Mucho dinero han sacado a estos campesinos para alzar ese templo! —comentó Crown, que se preguntaba dónde podrían encontrar acomodo para pernoctar.

—¡Estará lleno de imágenes de santos y vírgenes, que tan aficionados son a idolatrar! —comentó con desprecio *Sailor*, que era

de origen escocés y había abrazado la doctrina presbiteriana predicada por John Knox.

—¿Podríais decirnos dónde pasar la noche? —preguntó Crown a un hombrecillo que cruzaba a toda prisa, protegiéndose de la lluvia con un saco de yute colocado sobre la cabeza a modo de capucha.

—Si no los acoge el padre Agostinho… —respondió sin detenerse —. ¡Tiene su casa pegada al otro costado de la parroquia!

—¡Estamos buenos! —protestó *Sailor*— . ¡Dormir en casa de un cura papista!

—¡Mejor eso que quedarnos al raso!

El padre Agostinho era hombre enjuto y de pequeña estatura. Tenía el pelo canoso y su tonsura era natural. Abrió la puerta portando una palmatoria en la que ardía una vela medio consumida y alzó las cejas al ver a los tres ingleses.

—¿Qué desean vuesas mercedes?

—Refugio para pasar la noche —respondió Crown—. Podemos darle una buena limosna.

—¿Sois tres o hay alguno más que no veo?

—Somos tres… y los caballos.

—La cuadra es grande, hay espacio para las monturas, pero al menos una de vuesas mercedes tendrá que conformarse con dormir con los animales.

—No hay problema. Tener un techo es lo que buscamos.

—¡Un momento! —Regresó con un manojo de llaves—. Síganme.

Los condujo hasta la cuadra donde había una mula junto a un pesebre. Quitaron las sillas a los caballos y los ataron.

En aquel momento un relámpago iluminó fugazmente la cuadra y sonó un trueno durante varios segundos.

—¡Tormenta! ¡Que santa Bárbara nos ampare! —Los ingleses no hicieron comentario alguno y el padre Agostinho señaló un montón de heno que había en un rincón—. No tengo otra cosa. ¿Han cenado vuesas mercedes?

—No, apenas nos hemos detenido porque nuestro destino es Peniche.

—¡Queda muy cerca!

—Pero la noche se nos ha echado encima, y con esta lluvia…

—¿Tienen a qué hincarle el diente?

—Poca cosa —respondió Crown.

—Pues lo único que puedo ofrecerles es algo de gachas de centeno y una rebanada de pan con un tasajo de bacalao.

—Será más que suficiente. *¡Sailor*, vos os quedáis en la cuadra!

Cuando el padre Agostinho se alejó hacia la puerta, Crown le dijo:

—Así no tendréis que dormir en la casa de un cura papista.

No pudo oír que *Sailor* murmuró entre dientes:

—¡Me la pagaréis, Crown!

La tropa de Mascarenhas se refugió en el monasterio de Torres Vedras. Los frailes habían dispuesto jergones en el refectorio y alojaron a don Francisco en la enfermería, que en aquel momento estaba vacía.

—Aquí podrá descansar vuestra excelencia sin los agobios que supone compartir estancia, porque la bondad de Nuestro Señor permite que todos los miembros de la comunidad gocemos de buena salud —le dijo fray Humberto, que lo había acompañado—. Los últimos que estuvieron aquí alojados hace sólo unos días fueron un hermano de nuestra orden y un caballero llamado don Alonso de Sandoval.

Aquello lo puso sobre aviso.

—¿Habéis dicho don Alonso de Sandoval?

—Así es, excelencia, un castellano, caballero de la Orden de Santiago.

—¿Quién habéis dicho que lo acompañaba?

—Un hermano de nuestra orden, fray Gaspar de las Santas Espinas. Los dos venían heridos.

—¿Heridos?

—Sí, pero no sé qué papel tenía fray Gaspar en ese asunto. No quise preguntar ni ellos se mostraron locuaces. El hermano barbero cosió sus cortes y estuvieron aquí tres días porque aguardaron a que

les diera mi opinión sobre un asunto que preocupaba mucho al caballero. Está enamorado de una dama cuyo padre prometió en el momento de su nacimiento que entraría en religión si san Antonio obraba un milagro, y el santo lo hizo.

Mascarenhas contuvo la respiración y se volvió, simulando dejar el jubón sobre el respaldo de una silla. Se entretuvo colocando las hombreras y ocultó lo mejor que pudo su turbación. Cuando encaró a fray Humberto exclamó:

—¡Vaya situación complicada!

—Desde luego, ¡me tuvo una noche sin pegar ojo! ¡Consultando a santo Tomás y a san Vicente Ferrer, incluso a Ockham y a Escoto!

—¿Y a qué conclusión llegasteis?

—Es un asunto peliagudo porque se dan la mano dos cuestiones sumamente importantes. Por un lado, el cumplimiento de una promesa que iba acompañada de un juramento, lo que significaba poner a Dios por testigo de lo prometido, pero cuyo cumplimiento recaía sobre persona diferente a la que hacía la promesa.

—¿Eso no obliga a aquella sobre la que recae la promesa?

—Imagine vuestra excelencia que prometo mediante juramento un óbolo de mil ducados de oro si mi santo patrono me concede un deseo muy especial, y que será vuestra excelencia quien los pague.

—Podría negarme porque la promesa es de vuestra paternidad.

—Eso es lo que hizo el padre de la dama por la que se bebe los vientos don Alonso de Sandoval y de la que sólo conozco su nombre. Se llama doña Leonor y también son de amor sus sentimientos hacia el caballero.

—Entonces…, ¿considera vuestra paternidad que ese padre obró mal?

—¡En absoluto, don Francisco, en absoluto! Hizo su juramento en unas circunstancias muy especiales. Ofreció la entrada de su hija en religión en el momento en que tanto la madre como la criatura corrían peligro de muerte. Ambas se salvaron y, por lo tanto, la deuda de la promesa quedaba establecida. Lo que se puede reprender a ese padre es que nunca dijera a su hija que lo había hecho y que afectaba a su vida.

—¿Cómo sabe ese caballero que la dama corresponde a sus requerimientos?

—Porque fray Gaspar, que es su director espiritual, así lo aseguró. La única cuestión que me hace dudar en este asunto es que doña Leonor tiene obligación de honrar y respetar a sus padres.

Don Francisco se sentó en la silla, sin preocuparle ahora que su jubón tan cuidadosamente colocado se arrugara. Se acariciaba el mentón con aire pensativo. Fray Humberto, profundo conocedor del alma humana, empezaba a sospechar que aquella conversación iniciada de modo azaroso iba mucho más allá de unos comentarios sobre la obligación moral del cumplimiento de una promesa hecha en determinadas circunstancias.

—Me explico, paternidad, que la casuística de este asunto os tuviera toda la noche sin dormir.

En aquel momento la lluvia, que no había dejado de caer con fuerza, se convirtió en tormenta cuando un relámpago iluminó la enfermería con una claridad blanquecina. Al instante un trueno rompió el silencio de la noche.

—¡Que santa Bárbara nos proteja! ¡En estas tormentas cabalga una legión de diablos! Lo mejor es que me retire para que podáis descansar.

Mascarenhas se puso en pie y besó la mano del prior.

Capítulo XX

CROWN, Oates y *Sailor* abandonaron la aldehuela poco después de despuntar el día. Había dejado de llover, pero los caminos completamente embarrados dificultaban mucho el paso de los caballos. Al mismo tiempo, en el convento de Torres Vedras, la tropa de Mascarenhas también se ponía en marcha. Una hora antes había salido media docena de hombres en dirección a Peniche.

Don Francisco, que había acompañado a los frailes cuando acudieron a la iglesia para el rezo de laudes, tenía mala cara.

—Parece que vuestra excelencia no ha descansado lo suficiente —le decía fray Humberto, con quien desayunaba un tazón de leche fresca y una rebanada de hogaza recién horneada untada con manteca.

El que fuera virrey de la India dejó escapar un suspiro.

—Apenas he pegado ojo, paternidad.

—¿Tanto os agobia la misión que se os ha encomendado?

—Esa no ha sido la causa. Lo que me ha quitado el sueño es la conversación que anoche tuve con vuestra paternidad.

El prior alzó las cejas.

—¿Qué dije a vuestra excelencia que ha tenido tal consecuencia?

—¿Qué sabe vuestra paternidad de esa dama?

Aquella pregunta no sorprendió a fray Humberto.

—Sólo… sólo sé, como ya os dije, que se llama doña Leonor. ¿Qué sabéis vos?

—Se trata de mi hija y, como os relató don Alonso, está obligada a entrar en religión por una promesa que yo hice y cuyas circunstancias conoce vuestra paternidad. Ayer mi espíritu quedó turbado cuando me dijisteis que albergáis serias dudas acerca de que ella tenga obligación de cumplirla…

—Disculpadme, excelencia. No albergo dudas. No puede prometerse algo que ha de cumplir otro. Ahora os lo puedo decir con más rotundidad: no obrasteis de forma adecuada al hacer aquella promesa que obligaba a otra persona, y tampoco cuando no se lo habéis hecho saber hasta que ella había puesto sus anhelos en ser desposada por don Alonso de Sandoval.

—¡Soy su padre! —Don Francisco había alzado la voz.

—¡Pero el libre albedrío está en manos de vuestra hija, no en las de vos!

—¿No cometería acaso un grave pecado por desobedecer a su padre?

Fray Humberto dio un trago a su leche y un mordisco a su rebanada, que masticó lentamente.

—No honrar a los progenitores es grave pecado, pero… si lo que ellos piden no es conforme a la moral, no existe obligación taxativa. ¿Hasta dónde puede exigirse obediencia a los hijos cuando son los padres quienes se han excedido?

—¿Estáis diciendo que me excedí al hacer esa promesa?

—No al hacerla, pero sí cuando señalasteis quién debía cumplirla.

Don Francisco de Mascarenhas no terminó la leche de su cuenco ni la rebanada de pan. Se puso en pie, sacó una bolsilla llena de monedas de su faltriquera y se la entregó al prior.

—¡No es necesario! No cobramos a quienes acogemos.

—Es una limosna con la que va nuestro agradecimiento por vuestra hospitalidad.

Le besó la mano, se caló el sombrero hasta las cejas, se enfundó los pesados guantes y se marchó sin más palabras.

El marqués de Santa Cruz, antes de acostarse la víspera, había releído cuatro o cinco veces la carta recibida aquella tarde. Por la mañana, después del frugal desayuno con que comenzaba la jornada, una vez hechas sus abluciones —siempre con agua fría, incluso en los días más rigurosos del invierno— y oído misa, estuvo repasando los informes sobre la situación en que se encontraba la armada, los abastos que habían llegado y los hombres que ya se congregaban en Lisboa.

La misiva de Felipe II había hecho que el día anterior convocara a los jefes de escuadra, a los asentadores, a los proveedores y a los mercaderes. A todos los que se encargaban de poner la armada a punto. La reunión fue después de que las campanas de la ciudad anunciaran el ángelus.

Todos llegaron puntuales y en torno a la mesa había una veintena de personas. Don Álvaro, según era su costumbre, entró en materia sin preámbulos.

—Ayer recibí carta de su majestad, que Dios guarde. Se mostraba enojado por los últimos informes que le mandé acerca de cómo marchaban los preparativos. Considera que hay un retraso inadmisible. La invasión de Inglaterra tiene para él prioridad absoluta. ¡Hay que dar una lección a los ingleses! ¡Su reina no tiene el menor empacho en otorgar parabienes y conceder ventajas y privilegios a quienes no son más que piratas! Se añade a ello que presta ayuda a los rebeldes flamencos. Y, por si todo esto no fuera suficiente, ¡hace meses que se decapitó a la legítima reina de Escocia! Su majestad no quiere más memoriales. ¡Exige que la armada esté lista para partir en cuanto el tiempo nos sea favorable! —Paseó la vista por los reunidos para dar mayor énfasis a lo que iba a decir—: Eso significa que quiero saber con la mayor concreción el plazo que cada cual necesita para tenerlo todo a punto. Así que empiezo por vos, don Juan. ¿Cómo está el apresto de los barcos?

Recalde miró a Gómez de Medina, que tenía el mando de las urcas.

—Señor, las urcas están todas embreadas y calafateadas, salvo dos que llegaron la pasada semana procedentes de Hamburgo. La

Santiago, que se encontraba atacada de broma, está siendo reparada. En tres semanas la escuadra se hallará presta para hacerse a la mar.

A continuación, fijó la vista en Martín de Bertendona, al frente de la escuadra de Levante, compuesta por bergantines, pataches y varios galeones.

—Los barcos a mi mando están pendientes de reponer parte del maderamen. En tres semanas, día arriba, día abajo, estarán listos para navegar, salvo que se retrasen las lonas que tienen que venir de Flandes. Todo el cordaje ha sido renovado.

—¿Cómo están las galeras? —preguntó Recalde a Diego de Medrano.

—Vamos algo más rezagados. Las últimas, procedentes de Palermo, llegaron la semana pasada. Estamos reformando algunas bordas que son demasiado bajas para navegar por el Atlántico y terminando de artillarlas. Necesitaremos al menos un mes para tenerlas a punto.

—¡Al menos un mes no es una fecha concreta! —protestó don Álvaro—. Comprendo que el apresto de las galeras vaya retrasado porque han sido las últimas en llegar, pero necesito que afinéis más.

—¡Cinco semanas, señor!

—Eso significa, excelencia, que para Epifanía los barcos estarán para hacerse a la mar —señaló Recalde.

Santa Cruz paseó la mirada por sus jefes de escuadra y comprobó que hubo asentimiento general.

—Bien, decidme, ¿cómo se encuentra el abastecimiento?

El cocinero mayor se caló unas antiparras en su ganchuda nariz. Eran necesarios víveres para quince mil marinos, más los veinte mil soldados que embarcarían en la escuadra. Las instrucciones del marqués eran que las raciones se calculasen para dos meses. Aunque con buen viento sería posible llegar al canal de la Mancha en mucho menos tiempo, no quería verse falto de comida si el tiempo los obligaba a una travesía más larga.

—Excelencia, tenemos ya en los almacenes arenques y otras salazones, cuatrocientos toneles que han llegado de Alicante y de

Málaga y otros tantos de Cantabria, que permitirán cubrir las raciones tanto de la marinería como de la tropa para treinta y cinco días. En Málaga se han puesto en funcionamiento cuarenta hornos que nos abastecerán de parte del bizcocho antes de que finalice el año, según me informan los proveedores. El que completará las raciones se elaborará cuando nos acerquemos al momento de zarpar en hornos al otro lado del estuario del Tajo, en Setúbal y Coina. —Se colocó de nuevo las lentes y siguió leyendo—: El arroz ha llegado en perfectas condiciones. Se han desembarcado los seis mil quinientos quintales. La mitad, tres mil quintales, proviene del ducado de Milán, y otros tantos de los arrozales de la Albufera de Valencia. Además, ha llegado en diferentes partidas todo el queso curado que habíamos pedido. La mayor parte procede de tierras de Zamora y de la Mancha, también en orzas echado en aceite. Asimismo, han quedado almacenados ya mil quinientos quintales de bacalao seco del señorío de Vizcaya y tres mil de tasajo de carne, otros tres mil de carne escabechada de conejo y perdices y mil tinajas de aceite que vinieron desde Andalucía. El vino también está todo en los almacenes y ha llegado de los reinos de Córdoba y de Sevilla. Mucho procede de las campiñas de Montilla y de Jerez de la Frontera, y se embarcó en Sanlúcar de Barrameda. En total han sido veinte mil arrobas. También diez mil de vinagre. El aguardiente, más de tres mil arrobas, ha llegado una parte de Cazalla de la Sierra, en el reino de Sevilla, y otra de Rute, en el de Córdoba. Hay quinientos sacos de almendras y otros tantos de avellanas traídos desde Levante, y seiscientos barriles de miel.

Otra vez se quitó las antiparras.

—Quedan pendientes los alimentos frescos: los animales que se embarquen, las naranjas y los nabos, las coliflores y las coles para los guisos de lentejas, garbanzos y judías. Respecto al aparejo de los barcos diré a vuestra excelencia que se ha traído de las riberas del mar Báltico la brea para los calafates. Ya tenemos toda la madera que se contrató. También, como sabe vuestra excelencia, el esparto para la estopa y para sogas y maromas. Lo único que resta de ese ramo es la llegada de una partida de lonas que viene de Flandes.

Debería de estar aquí ya. Hace tres días recibimos de Sevilla tres mil tiendas de campaña, veinte mil mochilas, diez mil cantimploras de cuero y quince mil pares de zapatos. Sólo me queda añadir que, además de las tripulaciones, son más de doce mil los hombres que ya se encuentran en Lisboa, según las planas de los sargentos mayores. Se le da a cada uno medio real diario para su alojamiento y manutención.

—Ha llegado hasta mí noticia de que se producen con frecuencia altercados de soldados con los vecinos. —El marqués miró a Martínez de Leyva, que era el jefe de las tropas y a quien acompañaban los maestres Isla y Toledo.

—Excelencia, son conflictos puntuales y por diferencias en las obligaciones que tienen los vecinos de dar lumbre, sal, vinagre y aceite al alojarlos. Eso va incluido en los diez maravedíes de aposento, pero algunos alegan tener que proporcionar sólo jergón y alcoba.

—Lo que se me dice es que esas riñas no son tan puntuales, y que ha habido abusos con algunas mozas. ¡Eso ha de terminar! ¡Los de Lisboa son tan súbditos de su majestad como los que viven en la Villa y Corte, en Valladolid, en Granada o Barcelona!

—Se hace todo lo que se puede.

—¡Eso ha de terminar! —insistió don Álvaro—. A los violadores les serán aplicadas las penas más graves. ¡Si tienen necesidad de moza, que vayan a la mancebía!

—Así se hará, excelencia. —Martínez de Leyva miró a los dos maestres de campo.

—Faltan ocho mil hombres para completar los que han de embarcarse. ¿Qué tiene vuesa merced que decirme sobre esa cuestión?

—Se esperan para los próximos días varias compañías procedentes del señorío de Vizcaya, otras tantas de Galicia y tres más de Castilla.

—¿Qué hay de las que han de venir del reino de Granada?

—Será sólo una, excelencia, porque allí, aunque la guerra de las Alpujarras contra los moriscos sublevados se solventó

definitivamente, y pese a la renovación de las treguas con los turcos, hacen falta soldados porque los piratas berberiscos rondan aquellas costas buscando dar un golpe de mano. Donde estamos teniendo más problemas para completar las plantillas es aquí. Se pensó que serían seis mil los portugueses, pero hasta el momento no hemos llegado a los dos mil.

—En caso de que pasada la celebración de la Natividad de Nuestro Señor no esté la tropa completa, se procederá a una leva forzosa.

La avanzadilla de los hombres de Mascarenhas llegó a Peniche cuando un sol velado por las nubes daba escasa claridad. El puerto era poco más que una escollera que frenaba las olas siempre que no fueran demasiado grandes, y se habían hecho obras para asentar unos muelles que permitían a barcos de poco calado llegar hasta el pantalán. La mar estaba repuntada, por lo que una docena de barcas de pescadores se hallaban varadas en la arena y otras dos de mayor tamaño, ancladas, se movían peligrosamente.

El cabo se acercó a unos marineros que remendaban redes tras un muro que se alzaba junto al espigón, al amparo del viento.

—Buenos días nos dé Dios.

—Dios no ha querido que hoy sea un buen día —respondió uno de ellos, sin dejar de pasar el punzón para cerrar el remiendo—. ¡Vea *você* cómo está la mar! ¡No hemos podido salir! ¿Qué se os ofrece? —Ahora alzó la mirada.

—Buscamos a unos jinetes…

—¿Unos que llegaron hace poco rato? —El cabo no sabía si se trataba de los ingleses, pero asintió—. Hoy, como he dicho a *você*, es un mal día. No hay ni bacalao ni dinero para ir a la tahona.

No necesitó de explicaciones para interpretar lo que el pescador quería decir. Sacó una moneda de plata y se la mostró. Dejó de repasar la red, se puso en pie y quiso cogerla, pero el militar fue más ágil retirando la mano.

—Hay para varias hogazas y mucho bacalao, pero primero quiero oír lo que tengáis que decirme.

—Hablan una lengua extraña. Llegaron hace poco.

—¿Dónde están?

El marinero señaló una casa de una sola planta que quedaba a poco más de cincuenta pasos. Desde allí sólo se divisaba la parte alta de la fachada y el tejado.

—En aquella taberna, que sirve de lonja para el pescado.

—¿Cuántos son?

—Tres.

Le dio los cuatro reales, que el portugués mordió para comprobar su calidad y, sin decir más, volvió al remiendo de la red.

El cabo indicó a uno de sus hombres que quedase al cuidado de los caballos y ordenó a los dos que llevaban arcabuces:

—Cebadlos, prended la mecha y atentos a lo que ocurra. Los demás, seguidme.

Se acercaron a la taberna. Su aspecto no invitaba a cruzar el umbral. Parte del revoco se había caído y se veían grandes desconchones. Las ventanas que flanqueaban la puerta estaban enrejadas y tenían los postigos entornados.

—Quizá nos han visto y están preparados para recibirnos.

—¿No sería mejor esperar al grueso de los hombres? —propuso uno de los soldados, que llevaba un acero en la mano izquierda y empuñaba una misericordia con la derecha.

—Tenemos a los pájaros en la jaula. No podemos aguardar.

Entraron en tromba en la taberna. Había dos sujetos de mucha edad acomodados en una mesa, junto al fuego de la chimenea, quien parecía ser el tabernero —un sujeto malencarado y tripudo— y dos mujeres que trasegaban vino de unos odres a unas jarras de barro.

Todos permanecieron inmóviles. Como si esperasen su llegada.

—¡Los ingleses! ¿Dónde están? —El cabo se había dirigido al tabernero.

—No sé a qué se refiere vuesa merced.

—¿Dónde están? —insistió, amenazándolo con la espada.

En ese momento sonó un disparo, y segundos después otro.

—¡Vamos! ¡Están fuera!

Tres hombres corrían hacia la playa. Los marineros asomaban sus cabezas por encima del muro.

Se veía un barco fondeado a escasa distancia del pantalán. Sonó otro disparo y uno de los soldados cayó herido.

—¡Maldita sea! ¿Quién nos ha disparado?

Buscaron protegerse de aquel tirador que los había sorprendido.

—Sólo puede estar tras aquellas rocas a cuyo pie se estrellan las olas. No hay otro sitio desde el que pueda dispararnos sin ser visto.

—No sabemos si es sólo uno o son varios.

Los tres ingleses se alejaban cada vez más.

—Si permanecemos aquí, se nos escaparán —dijo el soldado más veterano al ver cómo se distanciaban—. ¡Ese es el barco que ha venido a recogerlos!

—Si avanzamos, quien ha disparado volverá a hacerlo. Ha tenido tiempo suficiente de recargar, y eso si sólo es uno. Es posible que partidarios del bastardo estén ayudándolos.

—Habrá que arriesgarse. Ordenad a los arcabuceros que disparen sobre las rocas. Si debe ponerse a cubierto podré acercarme.

—Si son varios no tendréis muchas posibilidades.

—Me acompañará Diogo.

Reptaron hasta acercarse a las rocas, protegidos por los disparos de los arcabuceros. Rodearon el pequeño promontorio y sorprendieron a Bowles, sin darle tiempo a reaccionar.

El veterano se abalanzó sobre él y le asestó una puñalada en el costado por la que se le escapaba la vida.

—¡Maldito papista! —fueron sus últimas palabras.

Salvar aquel obstáculo les llevó un tiempo precioso. Los ingleses habían desaparecido.

Un ruido de cascos se oía cada vez más nítido. Eran Mascarenhas y sus hombres, que llegaron poco después.

—¡Si no nos damos prisa, se nos escaparán! —advirtió el cabo—. Sería mejor desmontar, excelencia. Iríamos más rápido a pie.

—¡Tenéis razón!

Cuando doblaron el recodo vieron que una barca había recogido a Crown, a *Sailor* y a Oates y se dirigían hacia la *Osa Mayor*, fondeada a unas cien varas de la costa. Aunque el oleaje dificultaba el avance, el esfuerzo de los remeros los acercaba a su costado.

—¡Abrid fuego!

Los arcabuceros prendieron las mechas, echaron pólvora y atacaron las balas con las baquetas. Disparaban conforme tenían las armas dispuestas, pero, aun no siendo la distancia demasiado larga, la barca agitada por las olas era un blanco complicado.

—¡Se nos escapan, excelencia!

—¡Seguid disparando! —ordenó Mascarenhas.

A falta de efectividad, consiguieron que los remeros fueran presa de un creciente nerviosismo que se convirtió en miedo cuando uno de ellos fue alcanzado. Al soltar el remo, la barca dio un giro y estuvo a punto de volcar, lanzando al mar a *Sailor*. Los intentos de Oates por agarrarlo para subirlo a bordo se vieron frenados por Crown.

—¡Sólo conseguiréis que volquemos y vayamos todos al agua! ¡Dejadlo ya!

El movimiento de las olas los arrastraba cada vez más lejos de la costa y llegaron al costado de la *Osa Mayor*. Desde allí les lanzaron una red para que trepasen por ella y, con mucha dificultad, lograron embarcar.

La barca abandonada terminó estrellándose contra las rocas mientras el oleaje llevaba definitivamente hacia el mar el cadáver de *Sailor.*

La *Osa Mayor* se perdió en el horizonte.

Días después llegó a Lisboa una noticia procedente de La Coruña que decía que, a la altura de Estaca de Bares, junto a aquel promontorio que marcaba la separación de las aguas del mar Cantábrico y el océano Atlántico, los lugareños habían encontrado restos de un naufragio; entre ellos, tablazones de mucho valor que el fuerte oleaje había arrastrado hasta las playas. Entre esos restos se encontraba una cuaderna en la que se leía, aunque con dificultad, el nombre del barco. Era la *Osa Mayor*, una carraca que había

partido de Lisboa unas semanas antes. La noticia decía también que algunos pescadores afirmaban haber visto una barca que llegaba a la orilla con varios hombres a bordo.

Capítulo XXI

LA CELEBRACIÓN de la Nochevieja de 1587 en casa de los Mascarenhas estaba presidida por la tristeza. La cena con que se despedía el año había consistido en una comida mucho más frugal de lo que era habitual: repollo aderezado con aceite, sal y vinagre y unos lenguados. Como postre, unas rosquillas de pequeño tamaño cuya masa llevaba aguardiente y estaban emborrizadas en azúcar y polvo de canela.

Don Francisco, pese a que ya había dejado ajustada la dote de su hija para profesar, no dejaba de dar vueltas a las reflexiones del padre Humberto. Pero nada decía. Leonor, de nuevo en casa tras el regreso de su padre, también guardaba silencio, sumida en un triste mutismo. Consideraba sagrada la obediencia a su padre, pero sus sentimientos iban por otro camino.

A la cena había acudido una hermana de don Francisco, algo más joven que él, llamada doña Benedita. Estuvo con su hermano en la India, pero regresó muy pronto porque enfermó por causa del clima. Había enviudado hacía bastantes años y no tenía hijos. Residía en Évora, de donde era su marido. El difunto había hecho fortuna con el comercio de las especias, algo que fue muy criticado entre sus amistades por considerarlo inadecuado para su aristocrático linaje, pero que le había permitido acumular un gran patrimonio del que ahora disfrutaba la dama.

Fue mientras comían aquellas rosquillas, que eran una especialidad de Antonia, cuando doña Benedita rompió el silencio:

—La profesión de Leonor está dando mucho que hablar.

—Pues sabed que ya está ajustada la dote: una haza de pan sembrar de cuatro alqueires, una viña de dos alqueires y medio, mil moyos de trigo, otros tantos de cebada y seis mil reales en moneda. —Don Francisco dio un trago al vino de su copa—. Pasada la Epifanía profesará como novicia.

—No me refiero a la dote, sino a lo que se oye decir.

Mascarenhas frunció el ceño y su hija, que durante la cena apenas había levantado la vista del plato, alzó la mirada.

—Hay mucha gente que opina sobre cosas que no le conciernen —comentó don Francisco.

—Opinan sobre quienes hacen promesas que echan sobre otros hombros.

—¡Benedita!

—Lo dijo fray Gaspar de las Santas Espinas en la misa esta mañana. Al salir, la gente no hablaba de otra cosa.

—¿Fray Gaspar se refirió a mí?

—No pronunció vuestro nombre, pero quienes lo escuchamos sabíamos que aludía a vos. Los comentarios no os favorecían en nada.

Leonor trataba de no perder detalle. Había creído percibir que la duda corroía a su padre desde su regreso de la cabalgada que lo había llevado hasta Peniche. Pero sólo había sido una ilusión. Durante aquellos días pidió a Alonso no verse, pero no lograba apartarlo de su cabeza.

Don Francisco dio la cena y la breve conversación por concluidas.

—¡Abrigaos! ¡Nos vamos a la catedral! Falta poco para la medianoche. —Se puso de pie y pidió su capa.

Lisboa se hallaba iluminada. En las casas principales estaban encendidos los fanales de las fachadas y en muchas plazas se habían amontonado troncos, que ya ardían. Los augures escudriñarían las ascuas para adivinar lo que traería el año que comenzaba a

medianoche. La gente, en torno a aquellas hogueras, entonaba villancicos, bebía vino caliente y especiado y se degustaban hojaldres, pastelillos y otros dulces que sacaban los vecinos para dar la bienvenida al año que estaba a punto de comenzar.

Cuando llegaron a la catedral, con aspecto de fortaleza medieval —eran tiempos recios cuando se construyó y la frontera con el islam se encontraba cercana—, estaba abarrotada. Asistía el virrey, así como numerosos nobles y caballeros entre los que se contaban los principales títulos del reino, los llamados fidalgos. También don Álvaro de Bazán. Estaban a un lado del presbiterio, donde se habían colocado reclinatorios forrados de seda carmesí. Allí se acomodaron también don Francisco y su familia.

La misa presidida por el arzobispo, en compañía de una docena de presbíteros, se prolongó durante casi dos horas. Se predicó un largo sermón centrado en los propósitos que alentaban a todos con la llegada del nuevo año y se pidió que estuvieran presididos por la concordia, el cumplimiento de los mandamientos de la ley de Dios y los de la Iglesia. Hubo profusión de incienso, continuo sonar de campanillas y música de órgano acompañada por otros instrumentos. El maestro de capilla dirigió los villancicos del coro de niños.

A la salida, en la plazuela, donde dadas sus dimensiones y la afluencia de gente se autorizaba sólo una pequeña candela, se formaron corrillos. El virrey preguntó por su salud a don Álvaro de Bazán, que había acudido a la misa contra el criterio de su médico. A sus males habituales se había sumado un resfriado por culpa de la lluvia que soportó días antes revisando la armada. Vestía un ropón forrado de piel con cuello alto y cerrado.

—¿Cómo se encuentra vuestra excelencia?

—La gota ha remitido porque me tienen a matahambre. Pero este maldito romadizo me ha agarrado bien.

—Debería vuestra excelencia probar una tisana hecha con flores de malva, que alivia mucho, y no exponeros a estos fríos y humedades. Tenéis mucho trabajo por delante. ¡Cuidaos, marqués! —El virrey lo miró a los ojos como si de aquella manera diera más

fuerza a sus palabras—. Sois pieza fundamental para hacer realidad los deseos de su majestad.

En un corrillo próximo estaban don Francisco de Mascarenhas, su hermana y su hija con don Cristóbal de Moura y otros nobles. La conversación giraba en torno a lo que podía deparar el año nuevo. Un caballero que lucía en su pecho la cruz de la Orden de Cristo se refirió a lo que un augur había pronosticado en Nochebuena observando las ascuas:

—Parece que habrá grandes acontecimientos.

Moura, que no daba mucho crédito a aquellos vaticinios, ironizó:

—No hay que ser adivino para hacer ese pronóstico. El rey ha decidido invadir Inglaterra y la armada está casi preparada. Los ciento treinta barcos que hay anclados en la Ribeira das Naos son ya de por sí un acontecimiento.

—¿Sabéis cuándo se harán a la mar? —preguntó un caballero que se envolvía en una gruesa capa—. La presencia de tanto soldado está creando no pocos problemas.

—Eso lo saben su majestad y el marqués de Santa Cruz. Respecto a las contrariedades a que os referís, es cierto. Son muchos miles de hombres. Pero no olvidéis que también están dejando muy buenos reales. Los posaderos, los mesoneros, los comerciantes y los taberneros no desean que se marchen. Lisboa, amigo mío, bulle de actividad.

—Se habla de que embarcarán cerca de cuarenta mil hombres y que pondrán pie en las costas al norte del río que pasa por Londres.

—Compruebo que vuesa merced tiene mucha información. Os diré que yo mismo no tengo idea de la fecha en que se harán a la mar ni de las tropas que irán a bordo, y tampoco de dónde desembarcarán.

—Eso será si los ingleses se lo permiten —comentó otro de los reunidos.

Moura lo miró fijamente.

—Desde luego un desembarco nunca es fácil. Pero si los tercios del rey ponen pie en tierra…

—He oído decir —intervino otra vez el caballero de la Orden de Cristo— que el lugar elegido será en las costas de Irlanda.

—Se dicen tantas cosas… —añadió Moura—. Lo que yo he escuchado es que será en Escocia.

—Rumores y comentarios, ¡muchos de ellos interesados! —exclamó Mascarenhas.

—A propósito de rumores, don Francisco, he oído decir que vuestra hija entra en religión. ¿Es cierto?

—Eso no está decidido —se adelantó a responder doña Benedita —. Ese rumor da como cierto algo aún por resolver —insistió.

Don Francisco no rectificó lo que su hermana acababa de decir.

Antes de que el corrillo se deshiciera llegó otra noticia. La trajo un criado de don Cristóbal que había ido a dejar una limosna en la Casa da Caridade, donde se acogía a los niños abandonados a las puertas de las iglesias y los conventos. Como cada año, Moura deseaba que quedase como una donación anónima.

—¿Está hecho el encargo? —le preguntó al verlo acercarse.

—Así es, señor.

—¿Por qué habéis tardado tanto?

—El recado está hecho como me ordenó, mi señor, pero me entretuve en la plazoleta del mercado, donde un agorero que leía las ascuas de una candela anunciaba cosas terribles…

—¿Qué decía?

—Que los barcos que están en la Ribeira das Naos no… —Observó a la concurrencia, pero una mirada de su amo lo invitó a continuar—. No conseguirán lo que se proponen, sea lo que sea, porque el mar se lo impedirá.

—Eso coincide con un dato que me ha llegado de Roma —señaló el caballero de la Orden de Cristo—. Un comerciante en especias que hace pocos días ha regresado de allí dice que un ermitaño le aseguró que esa armada se convertirá en humo.

—Un maestro de astrología, que ha vuelto de Coímbra, me comentó el otro día algo que tiene que ver con eso —añadió el caballero que se arrebujaba en su capa y que tanto interés había

mostrado por conocer detalles de la Gran Armada—. Me dijo que en unas semanas se producirá una extraña conjunción en el firmamento. Se alinearán Saturno, Júpiter y Marte, algo sumamente extraordinario y que es anuncio de muchas calamidades y grandes catástrofes. También me explicó que en pocos días asistiremos a un eclipse parcial de sol que hará parecer que ha llegado el ocaso cuando estén sonando las campanas del ángelus, y que unos días después la luna, que estará en plenitud, se ocultará por completo durante cerca de una hora. Esas cosas son anuncios de desastres.

A diferencia de los agoreros, la astrología era algo que Moura, como muchos, se tomaba muy en serio. La sonrisa irónica que había apuntado en sus labios con los vaticinios anteriores había desaparecido.

—Pero… ¿se refirió a que esas calamidades y catástrofes tenían que ver con la armada?

—No lo dijo, pero estábamos hablando de la gran cantidad de barcos que hay anclados en la Ribeira das Naos cuando comentó lo de la conjunción de esos planetas.

Antes de diluirse el corrillo, Leonor se percató de que Alonso estaba a pocos pasos. También él la miraba. Se le formó un nudo en la garganta y tuvo que hacer un gran esfuerzo para que las lágrimas que asomaban a sus ojos no se convirtieran en llanto.

Felipe II había mandado llamar a Arias Montano en su condición, más que de bibliófilo, de astrólogo. Tardó tres jornadas en cubrir la distancia que separaba El Escorial de Madrid porque la fuerte nevada que había caído con la llegada del año nuevo lo obligó a detenerse dos días a mitad del camino. Conversaban ante el fuego de una chimenea donde los troncos de encina crepitaban alegremente y lograban espantar el frío que reinaba en las dependencias del viejo y laberíntico Alcázar. Ambos daban sorbos a las tazas de chocolate que acababan de servirles. Era algo inusualmente extraordinario que su majestad compartiera la bebida.

—¿Qué os parece lo que dice don Cristóbal en ese escrito?

—Majestad, no es cierto que la confluencia de Saturno, Marte y Júpiter haya de significar calamidades.

—¿Pero creéis que la posición que en semanas adoptarán esos planetas puede afectar al plan de invasión de Inglaterra?

Arias dio un sorbo a su chocolate y dejó la taza sobre una mesita.

—Vuestra majestad sabe de mi interés por todo lo relacionado con los planetas y sus movimientos. Sin embargo, la astrología judiciaria está condenada por la Iglesia. No se pueden hacer pronósticos de lo que acaecerá en el futuro con la posición de los astros. El maestro Pedro Sánchez Ciruelo en su *Reprobación de las supersticiones y hechicerías* lo dejó bien claro.

—Es cierto que la Iglesia ha condenado esas prácticas, pero hace poco leí una obra del fiscal del Consejo de Castilla, donde se decía que había dos formas de predicción. Una, la que se hace por medio de la astrología, no está prohibida a quienes son maestros en el arte de la astronomía. La que es ilícita es la practicada por hechiceros y magos que basan sus adivinaciones en el vuelo de las aves, en sus vísceras, en los posos de las infusiones, en los estornudos y otras simplezas.

—Majestad, las obras de astrología judiciaria están entre los libros expurgados por el Santo Oficio, y el papa ha hecho pública la prohibición de esas prácticas en dos bulas. Una de ellas, titulada *Contra exercentes artem astrologiae*, no deja duda alguna. En la Universidad de Salamanca se ha abolido la cátedra de esta disciplina.

—Todo eso está muy bien, pero decidme: ¿cuál es vuestra opinión?

—Majestad, estamos en manos de Dios y las cosas discurrirán de la forma en que mejor se dispongan, porque el libre albedrío es uno de los mayores dones que el Creador nos ha otorgado. Y la invasión de Inglaterra es grata a los ojos de Nuestro Señor. Ese reino se ha convertido en una cueva de herejes y su pérfida reina persigue a los buenos cristianos. Vuestra majestad busca con la… Gran Armada poner fin a tanta fechoría y tanta maldad como allí anida.

Unos días más tarde, poco después del toque del ángelus, según lo pronosticado se produjo un eclipse parcial de sol. Y a los cuatro

días la luna, que lucía en su plenitud, quedó oculta durante casi una hora.

Capítulo XXII

EN A CASA dos Passarinhos el asunto de la conversación era la epidemia sobre la que circulaban rumores inquietantes.

—¿Qué sabe vuestra paternidad de los muertos que a diario han de enterrarse? —preguntó Farinhas—. ¡Se oyen tantas cosas!

Pereira dio un trago a su vino.

—La semana pasada fueron más de un centenar, aparte de los niños, los fallecidos por esa tos que empieza como un resfriado y, pasados algunos días, se convierte en asfixia y aparecen unas calenturas que no hay forma de bajar, según apuntan los médicos.

—¿No es como los resfríos de todos los inviernos?

—Eso es lo que pretenden las autoridades que pensemos, pero esto tiene trazas de otra cosa. Dicen que la causa está en el eclipse de sol y en la desaparición de la luna la otra noche.

—¡Bobadas!

—Así lo creo yo también, don Bastián. Un médico muy versado, el doctor Matos, me ha dicho que la garganta se inflama tanto que no permite el paso de alimentos y que los enfermos apenas si pueden tragar los líquidos. Cada día son más los afectados y muy pocos de los que contraen la enfermedad logran superarla.

—He oído —intervino don Bastián— que se contagia mucho y que las autoridades no quieren declarar la epidemia… Si lo hacen, estarían obligados a cerrar la ciudad, y eso significaría que no se

podrían descargar los barcos que llegaran ni se permitiría la salida de los que están cargados. También quedarían cortadas las comunicaciones con otras poblaciones. El daño para el comercio y el trabajo de los artesanos sería muy grave.

—¡La enfermedad la han traído esos navíos que se aparejan en la Ribeira das Naos y tanto soldado como hay por todas partes! —protestó Couto.

—Es posible. Pero las epidemias brotan sin que se sepa por qué. Hace unos años también se padeció una enfermedad muy parecida y ni había tantos barcos ni tantos soldados —señaló el *Dourado.*

—El doctor Matos me dijo que uno de los enfermos es el marqués de Santa Cruz. Tiene mucha tos y no logran bajarle la calentura.

El cadalso, levantado la víspera de las ejecuciones en el centro de la plaza del Rossio, había llevado a muchos curiosos a ver cómo los carpinteros ajustaban postes y tablas.

La mañana en que se daba cumplimiento a la sentencia, el lugar amaneció fuertemente vigilado por una compañía de soldados, apostados en todas las entradas de la plaza y alrededor del patíbulo, donde también tomaron sitio una docena de tamborileros. La gente, poco a poco, fue llenando el lugar. Había corrido el rumor de que podía producirse algún alboroto.

Estaban dando las nueve en el reloj de la catedral cuando el carro con los condenados entró en la plaza. El silencio llamaba la atención tanto por su intensidad como por la muchedumbre que allí se encontraba. La mayoría eran gentes del pueblo: artesanos, comerciantes y regatones, campesinos que labraban las huertas regadas con las aguas del Tajo y que surtían de frutas y verduras a los lisboetas. Había también algunos clérigos, principalmente frailes.

Don Alonso de Sandoval, que estaba junto a la puerta del hospital de Todos los Santos, en cuyo primer patio había un retén de cincuenta hombres por si era necesario intervenir, comentó al veterano capitán que mandaba las tropas:

—¿No os escama este silencio?

—Me escama, señor, pero no me extraña. Si vuesa merced observa quiénes llenan la plaza, entenderá al menos una parte del silencio que impera.

—Si no me lo explicáis…

—En su mayor parte se trata de los que ven en el bastardo la posibilidad de rechazar a su majestad. Son partidarios suyos, gente baja donde el prior de Crato encontró apoyos para lo que pretendía. Muchos de ellos formaron parte de las tropas a las que nos enfrentamos hace más de siete años. Si esa gente supiera quién es en realidad el bastardo…

—¿Quién es?

—Quien vendió a su país para que Catalina de Médicis le prestara ayuda. Le prometió Brasil y sus riquezas a cambio de su ayuda. El marqués de Santa Cruz, cuya vida Dios conserve, ajustó las cuentas a los franceses en las Azores y en la Terceira. El bastardo, cuando nos enfrentamos a sus tropas ahí cerca, en Alcántara, se quitó de en medio a las primeras de cambio, abandonando a sus hombres. Otro tanto hizo en la Terceira: el barco donde iba largó el trapo antes de comenzar el combate, y eso que los de Francia contaban con doble número de navíos que nosotros. Permitió a los franceses que cometieran toda clase de desmanes con la población de aquellas islas; por eso nos recibieron como a salvadores. Ahora está en Inglaterra, y no me sorprendería que haya prometido a su reina toda clase de prebendas si le presta su apoyo.

—¿Por qué todo eso no se le ha explicado a esta gente?

—Porque dan crédito a lo que les dicen los frailes y párrocos. Fue necesario que el papa prohibiera que desde los púlpitos se alentaran las pretensiones del bastardo. Pero siguen teniendo el confesionario.

—No nos distraigamos. El carro donde van esos sujetos se está acercando al cadalso.

Efectivamente, había llegado al pie del patíbulo. Acompañaban a los reos dos frailes que instaban al arrepentimiento al escribano, el aguador y el herrero.

Brito, Sousa y Gomes bajaron del carro y conducidos por soldados subieron al cadalso. Tenían aspecto de lamentar sus

acciones. En aquel momento los tamborileros iniciaron un redoble continuado, que cesó cuando un sujeto enteco y de escasa estatura que vestía una loba parecida a la que gastaban los clérigos, pero mucho más corta, y que llevaba un cartapacio bajo el brazo, subió al cadalso. Tras calarse unas antiparras leyó un papel con voz campanuda que parecía imposible que saliera de un cuerpecillo tan esmirriado:

—Por mandato del virrey, su excelencia don Alberto de Habsburgo, archiduque de Austria, que gobierna este reino, y en nombre de su majestad, el rey nuestro señor, don Felipe I, cuya vida Dios guarde, se hace saber que en cumplimiento de la justicia del rey nuestro señor se procede a la ejecución de Duarte Brito, escribano del número en esta ciudad; de Diogo Sousa, aguador, y de Afonso Gomes, herrador, en cumplimiento de la sentencia que los condenó a la última pena por los graves delitos cometidos como son llamamiento a la sedición y encubrimiento de criminales, todo lo cual supone alta traición. Cúmplase el castigo y que Dios Nuestro Señor se apiade de sus almas.

Sus últimas palabras se confundieron con un grito salido de la multitud y que no ocultó el nuevo redoble de los tambores.

—¡Viva don Antonio! ¡Viva el rey!

Los frailes mostraron unas cruces a los tres reos para que las besasen antes de que el verdugo les colocara unas capuchas de lona. Después les pasó el dogal por el cuello. En el momento en que accionó una palanca que hizo desaparecer el suelo bajo sus pies, quedaron colgando de las sogas, que se agitaron al contorsionarse sus cuerpos como si de aquella forma buscasen escapar de su destino.

En cumplimiento de la sentencia, los cadáveres hubieron de permanecer veinticuatro horas colgados en los cadalsos. Al día siguiente los Hermanos de la Caridad se hicieron cargo de ellos y fueron enterrados.

Capítulo XXIII

AQUELLA noche del mes de enero, algo más de dos horas después del toque de oración, cuando las sombras habían caído sobre Lisboa y el viento ululaba con fuerza, don Francisco de Mascarenhas salía de su casa sin hacer ruido, envuelto en una larga capa que le permitía un holgado embozo y con un sombrero de alas calado hasta las cejas.

Miró a ambos lados y comprobó que todo era silencio y soledad. Echó a andar acompañado por Mateus, el criado que llevaba a su servicio más de veinte años. Se cubría de parecida guisa a su señor y portaba un farolillo de mano para caminar, en medio de la oscuridad, por calles estrechas y tortuosas. El apagado sonido de sus pasos sonaba cada vez más lejano, hasta que acabaron perdiéndose por una esquina.

No vieron que, sigilosas, dos sombras se movían tras ellos.

Llegaron a su destino en poco más de diez minutos, sin cruzarse con nadie. Era una casa de dos plantas con la portada labrada en piedra, pero sin blasón alguno que señalase nobleza en sus moradores. Mascarenhas no tuvo que llamar porque la puerta sólo estaba entornada. Un suave empujón bastó para abrirla, sin hacer ruido. Los goznes estaban bien engrasados.

—Aguardadme donde siempre —indicó al criado y se perdió en el interior.

Mateus se alejó sin percatarse de que los habían seguido. Quienes lo habían hecho se protegían del frío embozados en unas amplias capas con capucha que impedían su identificación. Se detuvieron ante la casa donde había entrado don Francisco. La puerta estaba ahora cerrada. Mascarenhas había echado la tranca.

—Como habéis podido comprobar, no se trata de un rumor. —Era una voz de mujer—. Creo que nadie más tiene conocimiento de ello.

—¡Vámonos! —Quien daba la orden era otra mujer.

Se alejaron a toda prisa. Sin una luz tenían el grave riesgo de tropezar o pisar alguna inmundicia. Tomaron dirección contraria a la del criado y cuando regresaron a la casa se desprendieron de las capas.

—Decidme, Antonia, ¿hace mucho que mi hermano mantiene esa relación? —preguntó doña Benedita.

—No sabría deciros, mi señora. Lo empecé a sospechar una noche que había olvidado llenar de agua el búcaro que tengo en mi alcoba. Tuve sed, bajé a la cocina y entonces me asusté al oír ruidos en la puerta principal. Alguien abría metiendo la llave en la cerradura y la tranca no estaba echada. Apagué la vela de la palmatoria y vi que eran el señor y Mateus. Entraban como si fueran ladrones, con mucho sigilo. Me extrañó mucho. Permanecí oculta hasta que don Francisco se encerró en su alcoba y, al poco, Mateus también se retiró. Oí como el reloj del convento de los franciscanos daba cuatro campanadas. No tenía la menor idea de qué habían ido a hacer tan a deshoras y la curiosidad me mantuvo alerta la noche siguiente. Pero no ocurrió nada. Pasaron dos más y a la tercera, poco después de la medianoche, volví a sentir ruidos. Vi cómo don Francisco bajaba y que en el zaguán lo esperaba Mateus con un fanal de mano. Salieron sin hacer ruido.

—¿Los seguisteis?

—No pude porque echaron la llave al marcharse.

—¿No hay otra llave? —se sorprendió doña Benedita.

—Sí, pero la tiene el ama de llaves. Me pregunté por la razón que los llevaba a salir a aquella hora y con tanto secreto. Era todo muy raro.

—¿Cómo descubristeis que iban a esa casa?

—Porque logré hacerme con la llave del ama. Estuve alerta y, cuando días después oí pequeños ruidos, presencié lo mismo de noches anteriores. Me asomé a la ventana para ver qué dirección tomaban y, a toda prisa, me eché la capa y salí a la calle. Recuerdo que la luna lucía, lo que me facilitaba ver con claridad, pero también podía volverse en mi contra. Fui muy cuidadosa y pude seguirlos sin ser descubierta. Los días siguientes indagué para averiguar de quién era aquella casa, y supe que pertenece a esa tal *Diamantina*.

—¡Una puta! ¡Gastará muchos lujos, pero es una puta! ¡No sé cómo mi hermano…!

—Bajad la voz, mi señora, vais a despertar a la casa.

—¡Es que no comprendo cómo…! ¡Si ha de aliviarse porque lo necesita, que se busque otra forma de refocilarse! ¡Habrá más de una dama que estaría dispuesta a solazarse con él! ¡Pero una puta!

—¿Más de una dama, mi señora?

—¡Más de una docena! ¡Que sea una puta explica tanto sigilo! ¿Quién está al tanto de esto?

—En la casa sólo yo, y de paredes afuera no creo que lo sepa nadie. ¡Van bien embozados!

—¿Mi sobrina no lo sabe?

—¡Nada le he dicho! No me parece que sea lo mejor. ¡Es… es tan cándida! ¡Tiene a su padre en un pedestal!

—¡Su padre va a hacerla una desgraciada! Está enamorada de ese don Alonso de Sandoval. Dejad esto de mi cuenta. Yo lo arreglaré.

—Por eso os lo he revelado. Sé que sois capaz de muchas cosas, y no quiero que mi niña… —A la dueña se le escapó una lágrima.

Aquel segundo día de febrero, Alonso se había quedado dormido. Apenas había podido pegar ojo durante horas y sólo de madrugada cayó rendido. Hacía un buen rato que había amanecido cuando, sobresaltado, se despertó. La claridad que entraba por los entreabiertos postigos de la ventana le indicó que era tarde, muy tarde.

Saltó de la cama soltando una maldición y, tras echarse en el rostro unas puñadas del agua de la jofaina, se vistió a toda prisa, bajó las escaleras abotonándose el jubón y pidiendo a gritos su espada, su capa y su sombrero.

Lucía y Violante asomaron la cabeza desde la cocina, donde preparaban los ingredientes de un guiso.

—¡Qué gritos, don Alonso! —casi lo reprendió su vieja aya—. ¿Qué van a pensar en la vecindad, mi señor, con tan descompuestas voces? ¿Puede saberse qué os ocurre?

—¡Llego tarde! ¡La misa hará rato que habrá concluido!

—¿Qué misa es esa?

—¡La de Santo Domingo!

El ama de llaves miró a Violante y se encogió de hombros.

—¡Mi espada! ¡Mi sombrero! ¡Mi capa!

Salió y caminó a toda prisa, sin echar a correr. No estaba bien visto en un caballero como él. A aquella hora las calles estaban llenas de gente. Fue sorteando vendedores de aceite, zapateros, esparteros, alpargateros, barberos, sastres… En la plazuela de los Afligidos el mercado había abierto hacía rato sus puestos de verduras, frutas, huevos y gallinas para abastecer las necesidades de cuantos acudían desde muy temprano.

Se encontró con una procesión. La gente llevaba en sus manos velas encendidas y pequeños ramos de romero y acompañaban a un sacerdote que, escoltado por un sacristán y varios acólitos, portaba una imagen del Niño Jesús. A su lado, un acólito llevaba una bandeja con dos pichones en recuerdo de la ofrenda que hicieron san José y la Virgen María en el Templo de Jerusalén, como lo requería la Ley de Moisés tras el nacimiento de un hijo primogénito y la purificación de la madre.

Cuando llegó a Santo Domingo se encontró con otra procesión parecida a la que ya había visto y que daba tres vueltas completas a la iglesia. Quien ahora llevaba el Niño Jesús era fray Gaspar, que entonaba un cántico en loor de la Virgen María. Sin saber muy bien por qué, Alonso se incorporó a la procesión y una mujer le entregó parte de su ramito de romero para que no fuera con las manos

vacías. Entraron en el templo y los acólitos —media docena de adolescentes—, que se habían provisto de incensarios, se convirtieron en turiferarios. Los agitaban con tanto entusiasmo que las volutas de humo, grandes y densas, llenaron muy pronto la iglesia de un intenso olor y un humo que llegaba a molestar. Los picores en la garganta provocaron toses y estornudos a muchos de los presentes. Aún hubo de aguardar media hora hasta que se completó aquel ritual con que la Iglesia celebraba la fiesta de la Candelaria.

Poco a poco, se aclaró la atmósfera, y la gente que en gran número había participado en la procesión se había marchado. Sólo entonces entró Alonso en la sacristía. Fray Gaspar, que había entregado los pichones al sacristán, estaba despojándose de sus vestiduras litúrgicas.

—¡A buenas horas! —le espetó el dominico—. Aunque no hay mal que por bien no venga.

—Os pido disculpas, pero… me he quedado dormido.

—¡Acompañadme! ¡Vamos al convento, donde nadie pueda oírnos!

—¿Tan grave es la cosa?

—No lo era tanto esta mañana, pero después… se ha complicado.

Una vez en la celda que garantizaba la confidencialidad:

—¡Me tenéis sobre ascuas! ¿Qué tiene vuestra paternidad que decirme?

—Doña Leonor ha accedido a veros antes de entrar en clausura.

—¿Os lo ha dicho ella?

—La dueña me trajo recado ayer y por eso os escribí.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—¡Os habéis quedado dormido y ahora os entran las prisas!

—¡Os he pedido disculpas!

—Ella no ha venido. Lo hará con la excusa del rezo del ángelus. Ha ocurrido algo extraordinario.

Alonso alzó las cejas.

—¿Qué ha sucedido?

—Quien ha venido a misa primera es una tía de doña Leonor. Una hermana de su padre que se llama doña Benedita. ¿Sabéis que enviudó y no tuvo hijos, y que es inmensamente acaudalada?

—Lo primero y lo segundo sí, lo tercero no.

—Pues sabed que su heredera es doña Leonor. Cuando su tía muera, vuestra dama será muy rica.

—Doña Leonor ya lo es como beneficiaria de su padre.

—No tanto, don Alonso, no tanto…, ¡que no es oro todo lo que reluce! ¿Por qué pensáis que han discutido tanto la cuantía de su dote para ingresar en las clarisas? Las monjas creen a don Francisco de Mascarenhas mucho más pudiente de lo que en realidad es. La rica de esa familia es la tía.

—Pero la dote se ha cerrado y doña Leonor va a profesar.

—¡Eso es algo que no está claro!

—¡No os entiendo!

—Su tía no quiere que sus riquezas vayan a parar a las clarisas.

—¡Qué me dice vuestra paternidad!

—Lo que doña Benedita de Mascarenhas me ha transmitido. ¡No me preguntéis la razón porque no la sé! ¡Se ha negado a decírmelo! Pero… eso no es todo.

—¿Es que hay más?

—¡Uy! ¡Mucho, muchíííísimo más, y no puedo decíroslo! Doña Benedita me lo ha expuesto en confesión. Pero, por la clase de mujer que voy vislumbrando que es, en casa de doña Leonor van a cambiar algunas cosas, y es posible que os favorezcan mucho más de lo que os podéis imaginar. Así que a la hora del ángelus deberéis estar en la iglesia. Ahora habéis de marcharos. Tengo cosas que hacer.

—No sé cómo podré agradecer a vuestra paternidad…

—Vamos, vamos…

El joven ya se marchaba cuando la voz de fray Gaspar sonó con fuerza:

—¡No vayáis a quedaros dormido!

Las campanas de la catedral, de las parroquias y de las espadañas de las iglesias en conventos y monasterios lanzaron sus bronces al aire, indicando a los lisboetas que era la hora del ángelus.

Alonso aguardaba desde hacía diez minutos en Santo Domingo. Apenas dejaron de sonar las campanadas vio entrar a Leonor, que llevaba del brazo a su tía, y un paso más atrás iba la dueña. Reparó entonces en que uno de los acólitos, que andaba limpiando los candelabros que adornaban un altar, salió corriendo hacia la sacristía y al instante apareció fray Gaspar. Saludó a las damas, buscó a Alonso con la mirada y le hizo un gesto para que se acercase.

—Doña Benedita de Mascarenhas, este caballero es don Alonso de Sandoval —los presentó fray Gaspar.

La dama le ofreció su mano sin dejar de mirarlo con cierto descaro.

—Mi señora…

—Así que vos sois el famoso don Alonso.

—Para serviros.

—El galán no parece mal mozo —dijo mirando a su sobrina.

Leonor había enrojecido visiblemente y agachó la cabeza.

—Padre, ¿disponéis de un sitio, como os pedí, donde podamos hablar con mayor comodidad?

—Tened la bondad de seguirme.

Entraron en la sacristía y llegaron hasta una puertecilla que era un trampantojo. Fray Gaspar sacó una llave y pasaron ante la mirada del sacristán, que dejó por un momento de aderezar pabilos de velas, a una cámara donde habían sido dispuestas varias sillas, arrinconando al efecto un batiburrillo de muebles y trastos.

—Será mejor que vuesas mercedes y don Alonso platiquen sobre lo que consideren oportuno. Mientras, doña Antonia y yo iremos a rezarle al Santísimo.

La dueña no disimuló su desilusión, pero no le quedó otro remedio. Fray Gaspar ordenó al sacristán:

—Traed dos docenas de velas, largas y no demasiado delgadas. Son para el oratorio de san Antonio. ¡Tomad, cuarenta *reais*!

—Termino con esto…

—¡Id a comprar esas velas! Son una limosna de esa dama. ¡Vosotros, largo también! —gritó a los acólitos.

La conversación fue más larga de lo que el fraile esperaba. Tanto que el sacristán regresó con las velas y seguían encerrados en aquel cuarto.

—Ponédselas a san Antonio.

—¿Todas?

—Todas.

—¡Son dos docenas!

—¡Todas!

Justo cuando acababa la tarea, que hacía a regañadientes, aparecieron la tía Benedita, Leonor y Alonso. Fray Gaspar y la dueña se acercaron a ellos.

—¿Todo bien?

—Todo bien, paternidad. Don Alonso parece persona de palabra. Está enamorado de mi sobrina y ella de él. Sus intenciones son honorables, y que mi hermano esté empeñado en que profese porque ella tiene que cumplir lo que él prometió y es contra su voluntad me parece un desafuero.

—Ya os dije esta mañana que…

—¡Para mi hermano eso son paparruchas! ¡No le importa lo que vos digáis ni lo que diga ese prior! Pero atenderá a otras razones. ¡Vaya si atenderá! ¿Verdad que sí, Antonia?

—Si vuesa merced lo dice…

—Lo que deseaba comprobar, comprobado está, y agradezco a vuestra paternidad la ayuda prestada. Por eso… —Sacó una bolsilla de dinero de una limosnera que llevaba prendida de la muñeca y era de la misma seda brocada del vestido—. Tomad, fray Gaspar, para vuestras caridades o para el destino que deseéis darle.

—Pero… ¿la limosna para las velas a san Antonio? —La dueña miraba al fraile sorprendida.

—Cosas mías.

—¿A qué se refiere Antonia, paternidad?

—A nada, doña Benedita, a nada de importancia. ¡Cosas mías! —Sopesó la bolsa—. Muchas gracias por vuestra generosidad.

Las mujeres se despidieron y abandonaron la iglesia. Una vez solos, fray Gaspar preguntó a Alonso:

—¿Qué tal ha ido la cosa?

—¡Todavía no le doy crédito, paternidad! Su tía, para quien doña Leonor es como si fuera su hija, ha decidido poner pie en pared en el asunto de las clarisas después de asegurarse de que mis intenciones son honorables y mi deseo es desposar a su sobrina. Ha afirmado que sólo entrará en ese convento por encima de su cadáver. ¡Lo ha dicho con un genio…! El mismo con que me ha advertido de que, si no cumplo mi palabra, me… me…

—¡Vamos! ¿Qué haría?

—Me caparía. Y lo haría ella misma. Doña Leonor estaba más roja que la grana y yo trataba de disimular el temblorcillo que me entró. ¡Parece capaz de hacer lo que dice!

—Que no os quepa la menor duda. ¡Es de armas tomar!

—Pero no será necesario. Mi mayor deseo es hacerla mi esposa.

Capítulo XXIV

LA NOTICIA se había extendido por Lisboa en pocas horas. En el Palacio da Ribeira había caído como un jarro de agua fría. También se hablaba de ello en posadas, mesones y tabernas, en las calles y en las plazas. Don Álvaro de Bazán no sólo era conocido en los ambientes marineros y cortesanos de la ciudad, sino que sus grandes victorias como marino lo habían convertido en una figura célebre, aunque para los seguidores de don Antonio, después de la severa derrota que había causado a quienes lo apoyaban, principalmente la Francia que manejaba Catalina de Médicis, era un personaje detestable.

El marqués de Santa Cruz, a quien todos consideraban el marino más importante de la monarquía hispánica y en cuyas dotes Felipe II tenía una confianza absoluta, acababa de fallecer víctima de aquellas calenturas que venía padeciendo desde finales de año. La Lisboa oficial estaba de luto. Sus combates, que habían sido muchos, se contaban por victorias pese a haber afrontado muchas batallas en inferioridad manifiesta. Derrotó en la ría de Muros a una flota francesa de veinticinco barcos con los dieciséis de su escuadra. En Gibraltar, con cinco galeras apresó siete navíos corsarios ingleses. Mandaba la flota que acudió en socorro de Malta, asediada por los otomanos, obligándolos a levantar el asedio. Mandó la retaguardia en la batalla de Lepanto, donde fue el principal mentor de don Juan de Austria. Culminó con éxito la jornada por mar y tierra que

permitió al ejército del duque de Alba cruzar el estuario del Tajo para marchar sobre Lisboa, y hacía poco que había vencido los últimos focos de resistencia en las islas Azores, donde con una flota muy inferior libró una decisiva batalla contra los franceses en la isla Terceira.

—Don Álvaro no dio importancia al resfriado que lo ha llevado a la tumba. No hacía caso a los médicos que le indicaban que guardase cama. Seguía yendo todos los días a la Ribeira das Naos para comprobar cómo iba el apresto y el abastecimiento de la armada —lamentaba el virrey.

—Su muerte supone un golpe muy duro para los planes de su majestad —señaló don Cristóbal de Moura—. La Gran Armada se queda sin su capitán general. Todo tendrá que retrasarse.

En A Casa dos Passarinhos también se hablaba sobre aquel asunto. Trajo la noticia el padre Pereira, y se dio tanta prisa que, pese a no ser lo más adecuado para su condición de eclesiástico, había corrido casi como un rapaz de los que haraganeaban en cualquier esquina de Lisboa.

—Que Dios y su Santa Madre lo acojan en su seno —dijo don Bastián, santiguándose—. ¡Era un marino extraordinario!

—¡Que Dios tenga piedad de su alma! ¡Pero nos hizo un daño muy grande en la Terceira! —exclamó Couto al tiempo que alzaba su jarrilla y daba un trago de vino—. ¡Un enemigo menos!

—¡Eso último que acabáis de decir es poco cristiano! —lo reconvino el padre Pereira.

—¡Páter, he pedido que Dios tenga piedad de su alma! ¡Pero lo que no podéis pretender es que olvide que fue nuestro enemigo!

—Fue un leal servidor de nuestro rey. Porque, aunque os pese, don Felipe es el soberano de este reino.

—¡Por la fuerza de las armas!

—¡No! —gritó don Bastián—. ¡Lo es porque fue elegido por las Cortes del reino reunidas en Tomar! ¡Allí se reconocieron sus derechos al quedar el trono vacante!

—¡Tal vez algún día vuesas mercedes se lleven una sorpresa descomunal! —exclamó Farinhas.

—¡Por el amor de Dios, don Sebastián está muerto! —protestó el padre Pereira.

—Ni lo creo yo ni lo cree mucha gente. ¡Aparecerá! ¡Ya lo creo que aparecerá y reclamará lo que legítimamente le pertenece!

Pereira resopló y dio un largo trago a su jarrilla.

La muerte del marqués de Santa Cruz también era casi el único asunto presente en las conversaciones de la Ribeira das Naos. Había un fondo de pesar e incluso desaliento entre aquellos hombres. Muchos habían servido a sus órdenes y recordaban momentos que formaban parte de su existencia:

—Cuando navegábamos hacia la Terceira, donde zurramos la badana al francés, nos sorprendió una tormenta —narraba un marinero entrado en años a unos grumetes que iban a estrenarse con la Gran Armada—. Las órdenes eran refugiarnos en la bodega y que permanecieran en cubierta sólo los hombres imprescindibles. Las olas iban a barrerla una y otra vez. Don Álvaro, en lugar de quedarse en su camarote, bajó a la bodega con nosotros. Eso nunca se olvida. ¡Con un almirante como él iría hasta esa laguna que dicen que hay antes de entrar en el infierno! Veremos a quién nos manda el rey ahora… ¡Sustituir a don Álvaro no será fácil!

En una apartada taberna, donde el olor del bacalao colgado del techo se combinaba con el de la brea y el vino picado, un grupo de soldados le daba al naipe. Estaba cerca del monasterio de los jerónimos, en un arrabal donde encontraron acomodo muchos de los que habían ido llegando a Lisboa. Fue uno de anchos hombros y que medía más de dos varas quien llevó la noticia:

—¡Don Álvaro de Bazán ha fallecido!

Por un momento todo se detuvo. Quien iba a arrojar sobre la mesa una carta ganadora mantuvo su mano en el aire, y quien decía que había llegado a Lisboa para enrolarse en la Gran Armada y evitarse males mayores se quedó con la palabra en la boca.

—¿Está confirmado? —preguntó uno de los jugadores.

—¡Toda Lisboa se hace lenguas!

—Esa es una mala cosa. El marqués era la pieza clave. Eso retrasará mucho que los barcos se hagan a la mar.

—¡Maldita sea mi estampa! —exclamó el que había dejado la carta en el aire, lanzando el as de oros sobre la mesa—. ¡Los herejes no dejarán de celebrarlo cuando se enteren!

—¡Vaya vuesa merced a saber si no han tenido arte en ello!

—¿Por qué lo decís?

—¡Porque esa gentuza es capaz de cualquier cosa!

Fue entonces cuando el soldado que acababa de decir que se enrolaba para evitarse males mayores, de aspecto un tanto atildado y que rondaría los veinticinco años, alzó su jarrilla y declamó ante el silencio que se impuso y la admiración de sus compañeros:

El fiero turco en Lepanto,
en la Tercera el francés
y en todo mar el inglés,
tuvieron de verme espanto.
Rey servido y patria honrada
dirán mejor quién he sido
por la cruz de mi apellido
y con la cruz de mi espada.

—¡Magnífico, don Lope, magnífico! Los versos de vuesa merced resonarán algún día por toda España.

—Su excelencia no se merece menos, porque todo eso es verdad. ¡Por don Álvaro! —gritó el poeta que había improvisado esas coplas, estirando el brazo para alzar más su jarrilla.

Los demás lo imitaron y gritaron al unísono:

—¡Por don Álvaro!

—Decía vuesa merced que acababa de sentar plaza por evitarse males mayores. ¿Puede saberse a qué clase de males os referís? —preguntó un soldado a Félix Lope de Vega y Carpio, que era el nombre completo del que había alabado con aquellos versos al ilustre marino que acababa de fallecer.

Lope dio un sorbo a su vino.

—Esa es una larga historia. Os cansará conocerla.

—En absoluto, amigo mío. Vuestra palabra resulta tan atractiva como vuestras rimas. ¡Deberíais dejar por escrito esa maravilla que acabáis de improvisar!

Todos los que se acomodaban en torno a la mesa reafirmaron lo dicho por su compañero.

—¡Son vuesas mercedes quienes lo han querido! —exclamó Lope —. ¡No se quejen luego! La causa está en que he tenido amores con una dama…

—¿Puede saberse cómo se llama?

—No es conveniente que conozcáis su nombre. Sólo os diré que su padre es un afamado pintor que trabaja en la corte.

—¡Parece un buen partido!

—Es muy hermosa, os lo aseguro. Conseguí convencerla de la fidelidad de mi amor y le prometí matrimonio para que se me entregase.

—¡Eso significa que vuesa merced la sedujo!

—¡Vuesa merced lo que quería era catar su virgo!

—Lo cierto es que con esa promesa fue mía. El problema vino cuando supe que, además de que su padre tenía buenas agarraderas en gente muy próxima al rey porque ha retratado a muchos de sus cortesanos, tenía cuatro hermanos. Hube de ocultarme durante semanas porque no dejaban de buscarme. ¡No podía ni asomar la nariz a la calle! Como dieran conmigo me iba en ello la vida si no me avenía a desposarla. La justicia, por influencias de su familia, estaba también dispuesta a ajustarme las cuentas. Así que decidí que lo mejor era poner tierra de por medio. Abandoné Madrid de noche sin saber muy bien adónde dirigirme y, cuando amaneciendo ya llegué a uno de los Carabancheles, me encontré con unos arrieros que traían odres de vino a Lisboa. Fue entonces cuando decidí que mi destino podía ser esta ciudad y que, si me enrolaba en el ejército, quizá ganase honores y gloria que atemperaran mi situación.

—Vuesa merced la ha metido en mal sitio. Pero Lisboa queda lejos de Madrid y ahora os encontráis a salvo. ¡Brindemos por ello!

Dos días después se celebró en la catedral el funeral *corpore insepulto* del marqués de Santa Cruz. Delante del presbiterio se alzaba el túmulo sobre el que descansaba su cadáver, que había sido llevado al templo la víspera, acompañado por los jefes de escuadra y escoltado por medio centenar de arcabuceros.

En las esquinas del túmulo los soldados montaron guardia durante la noche. No dejaron de desfilar marineros, soldados y muchas otras personas para rendirle un póstumo homenaje.

A las once de la mañana, con el templo abarrotado y una muchedumbre que se vio obligada a permanecer en el exterior, tuvieron lugar las exequias presididas por el virrey, al que acompañaban los almirantes de las escuadras y muchas otras autoridades. El arzobispo de Lisboa dedicó el sermón a la parábola de los talentos, señalando que el difunto no los había guardado en ningún momento:

—Los utilizó contra los infieles en las costas del norte de África para dar su merecido a los piratas de Berbería. Fue pieza principal en la gloriosa jornada en que se libró la batalla que frenó el poder del Gran Turco en las aguas del Mediterráneo. Su pericia llevó hasta la isla de Malta la flota que obligó a los otomanos a levantar el asedio a que sometían aquella isla. La cristiandad ha de rendir tributo al gran marino que la libró de tan graves amenazas. Su majestad, el rey nuestro señor, pierde a uno de sus más brillantes servidores en un momento de enorme importancia para tomar grandes decisiones en las cosas de la mar.

Felipe II tuvo noticia del triste suceso por la doble vía de sendas cartas que le remitían desde Lisboa el virrey y don Cristóbal de Moura. Ambos señalaban la consternación que había producido su muerte y la irreparable pérdida que suponía. El monarca habló con Idiáquez y Vázquez de Leca para conocer su opinión acerca de quién habría de hacerse cargo de la Gran Armada tras haber entregado don Álvaro su alma a Dios.

—Majestad, encontrar quien sustituya al marqués es tarea harto complicada —señaló Idiáquez—. Cierto es que vuestra majestad cuenta a su servicio con otros marinos insignes. Don Juan Martínez

de Recalde, el almirante general de la Armada podría convertirse en capitán general. Es marino experimentado y hombre muy capaz que acompañó en muchas ocasiones a don Álvaro de Bazán. También quien tiene el mando de las urcas es persona experta en el arte de la mar. Me refiero, majestad, a don Juan Gómez de Medina. Ambos se encuentran en Lisboa, lo que ahorraría tiempo y otras complicaciones.

Felipe II miró a Vázquez de Leca.

—¿Cuál es vuestra opinión?

El secretario carraspeó como si necesitara aclararse la garganta.

—Majestad, quizá la muerte de don Álvaro sea un aviso de Dios…

—¿Qué queréis decir?

—Las cosas no suceden casualmente, señor. Todo responde a los designios del Altísimo, y ello pudiera tener relación con el hecho de que, durante meses, se han barajado diferentes opciones para llevar a cabo la invasión de Inglaterra. El plan del marqués de Santa Cruz buscaba embarcar el ejército en su totalidad en Lisboa; cincuenta y cinco mil hombres irían a bordo de sus barcos. Pero el del duque de Parma abogaba por que fueran sus tercios los que irrumpiesen en Inglaterra, unos veintisiete mil hombres que sólo tendrían que cruzar el canal de la Mancha desde Flandes. ¿No ha enviado el Altísimo un recado? ¿Sería más adecuado quizá el plan de Farnesio?

—La empresa ya está en marcha —lo interrumpió el rey—. Se han reunido los barcos y se está acabando de aprestarlos. Se ha hecho acopio de municiones, armamento y bastimentos. No se cambiará. La escuadra zarpará de Lisboa y no llevará los hombres que deseaba el marqués de Santa Cruz, sino veinte mil, y recogerán a los del duque de Parma en Flandes. Ese es el plan y no se modificará. La única mudanza será la persona al mando de la Gran Armada.

Aquella tarde, una vez solo en su gabinete, Felipe II tomaba una decisión y un correo real salía del Alcázar con el sol todavía alto sobre el horizonte. Su destino era Sanlúcar de Barrameda, y las órdenes que llevaba eran ganar las horas y entregar aquella carta personalmente a su destinatario.

En la iglesia del madrileño monasterio de los jerónimos no cabía un alfiler. Sus amplias naves estaban atestadas. Felipe II ocupaba el sitial levantado en el presbiterio, y desde ahí presidía las honras fúnebres que se celebraban en honor de don Álvaro de Bazán. En lugar destacado se encontraban el hermano del marqués, don Alonso de Bazán, marino como el difunto, y el hijo del finado, de nombre don Álvaro, quien aún no había cumplido los veinte años y empezaba a curtirse en las cosas de la mar. Allí estaban los secretarios del rey, los miembros de los consejos y muchos de los nobles que prestaban servicio en la corte. Un arzobispo, tres obispos y el patriarca de las Indias iban a celebrar el funeral, acompañados de dos docenas de sacerdotes. En el coro alto del templo se hallaba la comunidad al completo.

La iglesia no había podido albergar a la masa de gente que deseaba estar presente en aquel acto que rendía honores al marino más destacado del reino, por lo que la explanada que se abría ante la fachada principal estaba llena. Se habían dado cita marinos que mandaron alguno de los navíos de sus escuadras, marineros que sirvieron a sus órdenes, viejos soldados que lucharon a bordo de sus barcos…

Frente al altar mayor se había erigido un túmulo cubierto en sus laterales por bayetas negras y en cuyas esquinas ardían cuatro gigantescos blandones de cera. En la cabecera estaba el blasón de los Bazán, y sobre el túmulo una corona de marqués y los emblemas propios de un capitán general de la Armada.

Fue el arzobispo de Toledo, don Gaspar de Quiroga, por ser no sólo el primado, sino también príncipe de la Iglesia como cardenal de Santa Balbina, quien pronunció el panegírico refiriéndose a los muchos servicios prestados por el difunto. Recordó su papel en la batalla de Lepanto a las órdenes de don Juan de Austria, donde mandó la retaguardia de la flota cristiana que frenó el avance de los otomanos por el Mediterráneo. Desgranó su participación en diferentes empresas navales en aguas de ese mar y dedicó una atención especial a la decisiva tarea que Santa Cruz había desempeñado en la incorporación de la corona de Portugal…

—Fue allí, en la Terceira, donde venció a una flota francesa cuyos barcos duplicaban en número a la que él mandaba. Allí dio una lección que todos quienes se dedican a las cosas de la mar deberían estudiar y sacar las consecuencias pertinentes. —Pese a lo sagrado del lugar, lo que comenzó por un batir de palmas de dos de los marinos que lo habían acompañado en más de una jornada se convirtió en un aplauso que concluyó en una larga ovación en la que hasta participaron quienes se encontraban en los alrededores del templo—. Su pérdida, majestad —prosiguió el arzobispo, ahora dirigiéndose directamente a Felipe II—, es irreparable, y más en un momento como el que hoy vivimos, cuando el Gran Turco vuelve a amenazar en el Mediterráneo, los herejes cometen toda clase de maldades en Flandes, donde nuestros tercios les hacen frente, en Francia los hugonotes se revuelven y la perfidia anida en la Inglaterra. Mantened con fuerza el timón, majestad, luchad contra el mal. Estoy convencido de que, con la ayuda de Dios Nuestro Señor, venceréis a todos y cada uno de nuestros enemigos, que lo son de nuestra santa religión.

Terminado el funeral fue mucha la gente que se agolpaba para ver al rey salir y dirigirse a su carroza. Un grupo de alabarderos había despejado algunas varas en derredor. Estaban atentos porque unos espías ingleses, que habían sido descubiertos, confesaron haber urdido un complot cuyo último objetivo era asesinar al monarca. Felipe II apareció en la puerta del templo acompañado por el cardenal Quiroga y por el abad de los jerónimos. Los corrillos que se habían formado se abrieron y, sin detenerse, se despidió de los eclesiásticos, se caló su sombrero de raso negro y copa alta adornado en el borde con una trenza que sustituía el ala y, en medio de reverencias y saludos, subió a la carroza.

—Una fuente digna de todo crédito —indicó el presidente de las Órdenes una vez que la portezuela de la carroza real se había cerrado— dice que su majestad ya ha decidido quién sustituirá al marqués de Santa Cruz.

—¿Podéis decir el nombre? —preguntó un caballero que lucía en el pecho la venera de Santiago.

—Lamento no satisfacer la curiosidad de vuesa merced porque se me ha dicho que la decisión está tomada, pero no sobre quién recaía tan alta responsabilidad.

Poco antes de la hora del almuerzo, en un mesón que había cerca de la puerta de la Latina, frente a la ermita de San Millán, y que se llamaba El Recreo Manchego, como todos los días iban llegando varios curtidores que tenían sus tenerías en la ribera del Guadarrama, dispuestos a meterse entre pecho y espalda unas jarrillas de vino que acompañaban con unos duelos y quebrantos. Los preparaba la mujer del mesonero, una manchega llamada Elena, de la villa toledana de Sonseca. Los hacía revolviendo los huevos con el tocino y el chorizo, aprovechando la pringue que soltaban y añadiendo al final un poco de aceite. Nadie más era capaz de hacerlos en aquella villa. Se rumoreaba, aunque no estaba confirmado y el mesonero, maese Pedro, ni negaba ni afirmaba, que el mismísimo Felipe II había acudido a degustarlos pese a la fama de asceta que lo acompañaba.

En torno a la mesa, los curtidores, además de quejarse de lo difícil que estaba la vida, de las dificultades para sacar adelante el negocio y de los muchos impuestos que habían de pagar, daban rienda suelta a sus opiniones sobre los más variados asuntos. Sus comentarios, en realidad afirmaciones propias de quien es experto en la materia, daban soluciones rápidas y efectivas para los asuntos de la corte. Allí se administraba justicia de manera pronta y eficaz: se organizaban ejércitos que mostraban su alta capacidad en el campo de batalla, y se les proporcionaban pertrechos y bastimentos con una pasmosa facilidad; se sometían a crítica implacable las decisiones del rey y sus secretarios y se arbitraban soluciones y remedios a los problemas que comentaban; también se hablaba de lo que ocurría en aquel Madrid que crecía en extensión y vecindad de forma desproporcionada y que era mitad corte de los milagros, mitad capital de la monarquía más poderosa del mundo, cuyos dominios eran tan extensos que se decía que en ellos nunca se ponía el sol. A veces había algún comentario favorable a las decisiones que se tomaban en las esferas del poder, y siempre salía

a relucir el orgullo de pertenecer a la nación que marcaba la pauta en el mundo. Por eso, cuando se sabía de una victoria de los tercios en alguno de los campos de batalla donde combatían, el júbilo era general. Asimismo, cuando llegaba noticia de que una de las muchas escuadras que surcaban los mares había conseguido acabar con el enemigo se celebraba con entusiasmo, igual que cuando se tenía conocimiento de que la flota de Indias había arribado a Sevilla, cosa que ocurría dos veces al año.

Aquel día la conversación giraba en torno a la muerte de don Álvaro de Bazán y las consecuencias que la pérdida de un marino tan experimentado podía tener para la empresa que, según se decía, se había puesto en marcha en Lisboa.

—La muerte del marqués supone un gran problema —afirmaba uno de ellos después de limpiarse unas gotas de vino de sus labios con el dorso de la mano.

—No hay otro como él —aseveró Robleda, considerado el mejor curtidor en muchas leguas a la redonda. Sus badanas eran requeridas desde Córdoba para la elaboración de los valiosísimos guadamecíes, también conocidos como cordobanes.

—He oído que el rey ya ha nombrado a quien ha de sustituirlo para que se ponga al frente de la armada que están juntado en Lisboa. —Quien aquello apuntaba era el maestro Gustavo, un ebanista que tenía su carpintería junto a un puente que salvaba el curso del Guadarrama y abría el camino hacia Toledo.

Se decía que sus muebles eran los mejores de Madrid, tenía más encargos de los que podía atender y le llegaban peticiones de numerosas casas de mucha alcurnia. Todos lo trataban con gran deferencia.

—¿Se sabe quién es? —preguntó Robleda.

—Mi sobrino Gonzalillo, el que está de mozo de recados en las covachuelas, me dijo ayer que se trata de don Alonso Pérez de Guzmán.

—¿El duque de Medina Sidonia?

—El mismo. También me contó que hay mucho revuelo en la corte con ese asunto porque no ha sentado muy bien. Algunos

piensan que el duque no es la persona más indicada para mandar una armada.

—Dicen que todo esto es porque le han cortado la cabeza a la reina de Escocia —añadió Matías el *Tuerto*, que había sido soldado del tercio de Dávila y peleando en Flandes había perdido un ojo, lo que le obligó a abandonar la milicia y encontrar trabajo en la tenería de Robleda—. El rumor que corría por tierras flamencas es que se desposaría con don Juan de Austria.

—Por lo visto llevaba presa muchos años.

—Ajusticiar a una soberana es cosa grave.

—Ha sido la reina de los ingleses…

—¡Esos son unos hideputas! —Quien había dicho aquello era maese Pedro, que acababa de acercarse con una fuente rebosante de duelos y quebrantos—. ¡Esto huele como para resucitar a un muerto! —exclamó, dejándola sobre la mesa.

—¿Dónde está el pan?

—¡Ya viene, ya viene! Vayan vuesas mercedes llenando las escudillas.

—¡Es que hay hambre!

—¡Bah! ¡Hambre, la que pasábamos en Flandes! —aseveró el *Tuerto.*

Una moza llegó con un cestillo de mimbre que contenía media hogaza troceada.

—¡Más vino!

El condumio interrumpió la conversación. Rebañaban los últimos restos cuando Robleda comentó:

—Lo de Lisboa dicen que es cosa seria.

—¿A qué se refiere con eso vuesa merced? —preguntó el *Tuerto.*

—A la armada que allí están concentrando. Un portugués que vino hace unos días con una carga de barriles de arenques en salmuera contó que nunca se han visto allí tantos barcos juntos. Que los hay de todas clases, y que para aparejarlos han llevado carpinteros de Sevilla y gentes de otros lugares del reino. Y también

que en los almacenes se amontonan cantidades inmensas de comida. Dicen que es para invadir Inglaterra.

—¡Ojalá sea así! ¡Esa gentuza ha inflado los cojones a su majestad! Además de herejes, ¡son piratas! Nunca dan la cara y sólo se atreven con los barcos que, por alguna causa, se quedan atrás y no tienen la protección de los galeones. ¡Con esos no se atreven! También atacan ciudades por sorpresa, como el año pasado un corsario cuyo nombre no recuerdo, que se lanzó sobre Cádiz y causó graves daños a los navíos que había en aquel puerto.

—Ese pirata se llama Drake —aclaró el *Tuerto*— . ¡Es el peor de todos! ¡Su reina lo recibe como si fuera un gran señor cada vez que comete una de sus fechorías!

—¡Por eso a su majestad se le han inflado los cojones y ha dicho que hasta aquí hemos llegado!

Capítulo XXV

LAS GRANDES y descompuestas voces de don Francisco de Mascarenhas debían de oírse en toda la vecindad, pese a que los dos hermanos se habían encerrado en una habitación que daba a uno de los patios interiores de la casa y que el grosor de sus paredes superaba una vara y eran de piedra.

—¡Soy un caballero y como tal me he comportado a lo largo de mi vida!

—¿Siempre ha sido así?

—¡Siempre! ¡He sido fiel a mi rey! ¡Lo he servido, asumiendo altas responsabilidades! ¿Acaso olvidáis que he sido el virrey de la India?

—Ni por un momento, hermano. Ese es un timbre de gloria del que los Mascarenhas siempre podremos blasonar. ¡Estoy muy orgullosa de ser vuestra hermana y quiero seguir estándolo!

—¡Pues entonces no digáis más sandeces!

—¡No son sandeces! —Por primera vez doña Benedita alzaba la voz.

—¡Lo son!

—¡Afecta a mi sobrina! ¡A mi única sobrina, quien además es mi heredera! Y de no poca cosa porque yo, a diferencia de vos, siendo mujer he sabido cuidar mi hacienda. Decidme, ¿qué ha ocurrido con la vuestra? Nuestro padre os primó de forma sustancial porque erais

el varón y, sin embargo, hoy tenéis problemas para entregar una dote que se ajuste a lo que se espera de un Mascarenhas.

—¡Estáis inmiscuyéndoos en algo que no es de vuestra incumbencia!

—¡Lo es porque, como os he dicho, se trata de mi heredera! ¡Además, he de velar por el buen nombre de la familia ya que vos, aunque lo afirméis con tanta contundencia, no siempre habéis actuado como un caballero…!

La ira brilló en los ojos de don Francisco.

—¿¡Qué estáis diciendo!? ¡Mentís!

—¡Si aquí alguien miente sois vos!

—¡No os consiento…! —Alzó la mano para abofetearla.

—¡Ni se os ocurra! Decidme, ¿quién es *Diamantina*?

Si un virote de ballesta hubiera alcanzado a don Francisco, no habría tenido el mismo efecto que aquella pregunta.

Empalideció y bajó la mano amenazante con mucha lentitud.

—¿Qué sabéis de eso? —El tono de su voz era muy diferente.

—No mucho, pero más de lo que pensáis. ¿Cuánto tiempo lleváis visitándola?

Los hombros de don Francisco de Mascarenhas se habían venido abajo, como si un peso insoportable hubiera caído sobre ellos.

—Primero me contaréis todo lo que sabéis.

—Está bien. Lo que sé es que la visitáis varias noches a la semana, que lo hacéis de noche y que os acompaña Mateus.

—¿Os lo ha dicho él?

—No, sabéis la fidelidad que os guarda. Se dejaría matar por vos.

—¿Quién, entonces?

—Despacio, hermano, despacio. Sé que la tal *Diamantina* es la puta más cara de Lisboa. No se abre de piernas por menos de mil *reais*. ¡Mucho dinero! Y si la visitáis varias veces a la semana necesitáis para ello sumas muy importantes. Por eso no me extraña que hayáis tenido que regatear como un pordiosero la dote de vuestra hija. Pero no estoy aquí para echaros en cara que busquéis alivio a vuestras necesidades. Estáis viudo desde hace mucho tiempo

y entiendo que esas cosas ocurren, como también entiendo que lo hayáis mantenido oculto y que no deseáis que salga a la luz. Pero ese no es el comportamiento que se espera de un caballero. ¡Al menos de un caballero como vos! Tampoco me importa que hayáis dilapidado una fortuna entre los muslos de esa *Diamantina*.

—Entonces…, ¿a qué viene todo esto?

—¡Ya os lo he dicho! ¡No puedo consentir que, por lo que vos hicisteis, que no voy a juzgar porque hay momentos llenos de dificultades que se dan en la vida y se está dispuesto a cualquier cosa por salir de ellos, convirtáis en una desgraciada a vuestra hija! ¡Quiere casarse porque está enamorada!

—¡Bah! ¡Tonterías! ¡Los matrimonios se ajustan porque así conviene a las familias! ¡Para cerrar alianzas! ¡Protegerse de enemigos! ¡Aumentar los caudales!

Doña Benedita arrugó la frente.

—¡Estoy maravillada al oíros decir eso! ¡Vos, que os casasteis con Leonor de Ataíde porque estabais enamorado de ella hasta las trancas! ¡Vos, que para salvar su vida hicisteis una promesa que dejabais caer sobre los hombros de otro! ¡¡No me vengáis con esas historias!! ¡Mi sobrina está enamorada y el caballero por el que suspira, supongo que, pese a vuestra ceguera, os habéis dado cuenta, la ama profundamente!

—¿Cómo lo sabéis? ¿Cómo estáis tan segura de eso que decís?

—Porque he estado con ambos. He visto cómo se miran, ¡cómo se desean! Pude comprobarlo hace algunos días.

—¿Dónde?

—En la iglesia del convento de los dominicos.

—¡No podía ser en otro sitio! ¡Ese fray Gaspar más que religioso parece una alcahueta! ¡Es él quien ha llenado la cabeza de locas ideas a mi hija!

—Hermano…, os equivocáis una vez más. Ese fraile conoce los sentimientos de Leonor como los conozco yo. ¡Quien los ignora sois vos! Ese santo hombre, que ha dirigido sabiamente la conciencia de vuestra hija, no le ha sugerido siquiera que os desobedezca, porque uno de los mandamientos de la ley de Dios es que os debe honrar.

Pero es conocedor de su sufrimiento y permitió que se celebrara ese encuentro.

—He empeñado mi palabra con las clarisas. El acuerdo con la abadesa está cerrado. No ha sido fácil, pero la dote ha quedado establecida. ¡Leonor profesará como monja!

—¡Será por encima de mi cadáver!

—¡Si es necesario pasaré sobre él!

Ambos hacían honor al carácter de los Mascarenhas. Don Francisco había pasado por un mal momento al comprobar que sus amoríos con *Diamantina* no eran un secreto tan bien guardado como creía. Pero se había rehecho.

Doña Benedita se marchaba cuando se volvió y dijo a su hermano:

—Habéis ocupado importantes cargos públicos y se os ha reconocido siempre vuestra habilidad a la hora de negociar. Es pública voz y fama que sois hombre sensato, aunque, por lo que he podido saber, menos de lo que se piensa. Mostrad una vez más esa habilidad en los negocios que os distingue.

El mensajero había tardado tres días y medio en salvar la distancia que separaba Madrid de Sanlúcar de Barrameda. Sólo un jinete experto, con las postas a su disposición y resuelto a reventar caballos podía conseguir una proeza como aquella.

Llegaba al castillo palacio del duque de Medina Sidonia a la caída de la tarde. Estaba agotado y sucio, pero había dado cumplimiento al mandato de su rey.

—Así no os podéis presentar ante su excelencia —le espetó el secretario.

—Pues suministradme aquello que me permita adecentarme.

Media hora después don Alonso Pérez de Guzmán, VII duque de Medina Sidonia, abría la carta que le remitía Felipe II.

Su cara fue cambiando conforme la leía. Cuando concluyó se dejó caer en un sillón ante la inquietud de su secretario, que no se atrevía a preguntarle. Pasados unos minutos habló:

—Su majestad pide que me ponga en camino de forma inmediata. Me ordena asumir el mando de la Gran Armada.

—Pero, señor…, ¿esa misión no la tenía encomendada su excelencia el marqués de Santa Cruz?

—Don Álvaro de Bazán ha muerto. El rey quiere que yo lo sustituya. ¡Es una locura! ¡Traedme papel y tinta! ¡Voy a escribir a don Juan de Idiáquez!

Medina Sidonia emborronó varias hojas hasta que quedó satisfecho con lo redactado:

Sabed que soy el más fiel servidor de Su Majestad y que su encomienda me llena de honra por la confianza que deposita en mi persona. Pero decidle que no me hallo para embarcarme, porque de lo poco que he andado en la mar tengo experiencia de que me mareo.

Es por ello que ni por mi conciencia ni por mi obligación puedo encargarme de ese servicio, pues siendo una máquina tan grande y empresa tan importante no es justo que la acepte quien no tiene experiencia alguna de mar ni de guerra. Demás de todo esto, entrar yo tan nuevo en la armada sin tener noticia de ella, de las personas que la forman, del designio que lleva, de los avisos que se tienen de Inglaterra, de sus puertos ni de la correspondencia del marqués, y ponerme a su mando de forma tan imprevista sería ir a ciegas, aunque tuviera mucha práctica.

Por todo esto os suplico que solicitéis a Su Majestad se sirva relevarme de este servicio, quedando a su disposición para cualquier otro que desee encomendarme y sea más a propósito a mis conocimientos.

Os quedo muy agradecido y a vuestro servicio para aquello que se os ofreciere.

Don Alonso, duque de Medina Sidonia

Apenas despuntaba el alba cuando un correo partía desde Sanlúcar de Barrameda con destino Madrid.

El gentilhombre de cámara informó al rey de que don Juan de Idiáquez aguardaba en la antecámara.

—Dice que ha de tratar un asunto de mucha gravedad.

—Hacedlo pasar.

—Majestad —lo saludó el secretario haciendo una reverencia.

—Decidme, ¿qué es eso de tanta gravedad?

—Señor, acabo de recibir una carta de don Alonso Pérez de Guzmán.

—¿Os ha escrito Medina Sidonia?

—Así es, señor. Me pide que os suplique que lo relevéis del mando de la Gran Armada.

Felipe II disimuló su cólera. Se contuvo, despidió a Idiáquez y bajó a la capilla del Alcázar. Estuvo en oración un largo rato, postrado de rodillas ante el Santísimo. Luego dio órdenes de que avisaran a fray Diego de Chaves.

El dominico apareció por el gabinete mucho antes de lo que era normal. Fray Diego se tomaba las cosas con gran tranquilidad, pero le había llamado la atención que el rey lo llamase cuando la víspera lo había confesado. Felipe II sabía que no aspiraba a prebenda alguna —acababa de rechazar por segunda vez el arzobispado de Sevilla porque prefería su tosco hábito de dominico— y que sus consejos no estaban contaminados por las intrigas de palacio ni por deseos malsanos.

—Agradezco a vuestra paternidad que acudáis tan presto a mi llamada. —El rey besó la mano del confesor.

—Siempre a vuestra disposición, majestad.

—¿Qué me aconsejáis acerca del nombramiento del capitán general de la Gran Armada que se apresta en Lisboa?

El confesor lo miró un tanto sorprendido.

—No os entiendo, majestad. Ayer me dijisteis que habíais decidido encomendar ese negocio al duque de Medina Sidonia. ¿Hay

algún contratiempo?

Felipe II le dio la carta de don Alonso Pérez de Guzmán que le había entregado Idiáquez.

Fray Diego la leyó detenidamente bajo la atenta mirada del monarca. Cuando se la devolvió, el rey le preguntó:

—¿Cuál es vuestra opinión? ¿Creéis, como yo lo pienso, que el duque muestra una insolencia inaceptable?

—Majestad, su excelencia hace gala de una gran sinceridad a la hora de manifestaros su escasa experiencia en las cosas que echáis sobre sus hombros. Es algo que le honra y que no me sorprende.

—¿No os sorprende?

—Señor, ese asunto de la invasión de Inglaterra es de tan enorme envergadura que resulta lógico que se vea abrumado. A ello se añade la responsabilidad que supone sustituir al mando de tan gran número de barcos al marqués de Santa Cruz, a quien Dios tenga en su gloria. Los comentarios, que siempre son de mucha alabanza cuando se dedican a quien acaba de entregar su alma y se le negaron en vida, que podían oírse a la puerta del monasterio de los padres jerónimos después del funeral de don Álvaro eran elocuentes sobre los grandes servicios prestados a vuestra majestad. Hasta ahí, señor, esa carta habla bien de quien os la escribe. —Señaló el papel que había devuelto al rey—. No veo insolencia por ninguna parte, sino más bien a alguien que llama a las cosas por su nombre y considera que hay quien puede desempeñar mejor que él esa misión. No son pocos, vuestra majestad bien lo sabe, los que darían uno de sus brazos por tener esa responsabilidad sin pararse a pensar las consecuencias de una empresa como esta.

—Vuestras palabras, fray Diego, como siempre son un bálsamo para mí. Os lo agradezco mucho.

—Majestad…

Poco después de que el confesor abandonase el Alcázar, un correo partía hacia Sanlúcar de Barrameda. Felipe II, con el ánimo más sosegado, había escrito de nuevo a don Alonso Pérez de Guzmán. Eran unas breves líneas. Le ordenaba que sin demora se

pusiera en camino hacia Lisboa y asumiera el mando de la Gran Armada porque esas eran sus órdenes.

El duque de Medina Sidonia, resignado, respondió al nuevo requerimiento del rey:

> *He recibido carta de Vuestra Majestad con respuesta a mi petición, y pues me mandáis que os sirva, habiéndome confesado con Vuestra Majestad y cumplido con mi conciencia, lo haré deseando merecer la mucha merced que me hace fiando tanto de mí.*
>
> *A veintiséis días del mes de febrero del año de mil y quinientos ochenta y ocho.*
>
> *Puesto, señor, a vuestros pies, beso la mano de Vuestra Majestad,*
>
> *Don Alonso, duque de Medina Sidonia*

Después de realizar grandes preparativos, como correspondía a la grandeza del duque, el cinco de marzo un séquito que integraban veintiséis caballos, veintinueve acémilas y mulas cargadas con fardos, sacos, arcones y baúles, amén de dos carruajes atestados de objetos para su uso personal, se puso en camino. Acompañaban a don Alonso Pérez de Guzmán sesenta personas, entre ayudantes y criados para los más variados menesteres y soldados que daban escolta a aquella comitiva.

El viaje, con numerosas paradas dado el porte de la interminable recua de animales, ganó la antigua Vía de la Plata, que según se decía había sido construida por los romanos para transportar metales preciosos de las minas del Bierzo hasta los puertos del sur. Dejaron atrás las fértiles tierras de viñedos y la localidad de Zafra, donde se detuvieron dos días. Siguieron camino hasta Badajoz y, tras cruzar el Caya, entraron en tierras de Portugal. Llegaron a Lisboa nueve días después de iniciar el viaje.

El panorama que el duque se encontró era desolador. En el largo mes transcurrido desde la muerte de don Álvaro de Bazán una parte de la comida se había malogrado y algunos trabajos pendientes iban retrasados. Muchos soldados seguían cayendo enfermos de aquellas calenturas que habían acabado con la vida de Santa Cruz, provocadas según decían los médicos por los tabardillos. Otros habían desertado.

Convocó de forma inmediata reunión de los jefes de escuadra, a la que también habrían de asistir el conde de Fuentes, que había asumido el mando desde que el marqués cayó enfermo, el proveedor general Acuña Vela y Martínez de Leyva, que tenía el mando de las tropas que habían de ser embarcadas.

Medina Sidonia, que rondaba los cuarenta años y era de elevada estatura, tenía el pelo negro y corto, en el que aparecían las primeras canas y una más que incipiente calvicie. Lucía una negra y recortada barba que le daba un aspecto serio, vestía un jubón gris de medias mangas acuchilladas y greguescos muy abombados y rodeaba su cuello una rizada y doble gorguera. En su pecho lucía una medalla de oro de más de media libra.

—Caballeros, habéis de saber de mi propia boca que el mandato que su majestad ha hecho en mi persona no era deseado por mí. Carezco de la experiencia naval que vuesas mercedes poseen. Pero deben también saber que asumo todas las competencias que supone el mando de la armada. Quiere su majestad que se haga a la mar lo antes posible, y eso significa que han de resolverse los problemas que existen al presente y que he podido comprobar. Ha de aumentarse, casi doblarse en pocas semanas, el número de soldados que serán embarcados y que, según las órdenes de su majestad, han de ser veinte mil. Los informes que obran en mi poder señalan que la cifra de hombres con que contamos a la fecha es poco más de la mitad. —Hizo un gesto a Martínez de Leyva invitándolo a tomar la palabra.

—Excelencia, trataremos de llegar a los veinte mil en tres semanas, si las reclutas puestas en marcha dan su fruto. Necesitaremos algo menos de cinco mil porque los otros cuatro mil

son el tercio que llegará de Milán en tres o cuatro días, según las noticias que tenemos. Quedarán encuadrados en cinco tercios. También puedo informar de que la pólvora que tenemos lista para ser embarcada se acerca a los cinco mil quintales…

—¿Todavía no está a bordo?

—Excelencia, es preferible mantenerla en los almacenes. Así se evita que la humedad le afecte. Podemos cargarla en setenta y dos horas.

—Está bien, proseguid.

—Se está produciendo una gran cantidad de munición. Aquí en Lisboa hay seis armerías dedicadas a ello. El objetivo es tener dispuestas unas cincuenta balas por cañón y ciento veinticinco mil para los cuatro mil arcabuces con que contamos. A ellos se añaden cinco mil picas. También bombas incendiarias, cuyo número no estoy en condiciones de decir a vuestra excelencia en este momento. Y estarán listos en pocos días una docena de cañones nuevos que salen de las fundiciones. He ordenado, para mayor rapidez, que no se adornen con las armas del rey nuestro señor porque ello requeriría de un tiempo del que ya no disponemos.

—Compruebo con satisfacción que en lo relativo al armamento está todo controlado.

—Así es, excelencia.

Medina Sidonia se dirigió al proveedor general:

—¿Cómo se encuentran los abastos? Ayer pude comprobar que una parte de las provisiones, principalmente las que han de consumirse pronto, estaban en malas condiciones. He ordenado que sean arrojadas al mar. Sólo servirán para alimento de los peces. ¿Cuál es la situación en este momento?

—Excelencia, es cierto lo que señaláis. Los sucesivos retrasos han hecho que una parte de las provisiones se hayan estropeado. Pero puedo aseguraros que las raciones para la marinería y la tropa, tal y como han quedado establecidas, podrán cumplirse.

—Habladme de esas raciones.

Acuña Vela sacó un pliego y fue desgranando las cantidades:

—Se ha previsto que cada hombre reciba diariamente dos libras de pan fresco mientras sea posible. Cuando se agote, la ración será de libra y media de galleta. Medio azumbre de vino, y si fuera de Candia, cuya fuerza es mayor, la ración será de cuartillo y medio. Tres azumbres de agua para todos los usos que necesitase. Cada dos días, media libra de carne. Esas provisiones serán acompañadas unos días por onzas de queso, de legumbres o de garbanzos, y otros por onzas de pescado: bacalao, atún o arenques. En algunas jornadas las onzas serán de tocino o de arroz. Los días que sea necesario cada hombre recibirá medio cuartillo de vinagre y medio de aceite. También se ha previsto un refuerzo de almendras e higos secos a las raciones de los remeros cuando hayan de realizar un mayor esfuerzo porque la boga lo exija.

—¿Para cuánto tiempo se han previsto esas raciones?

—Para dos meses, señor. Parece que es plazo más que sobrado para navegar hasta el canal de la Mancha, embarcar las tropas y cruzarlo para poner pie en las costas de Inglaterra.

—Un mal tiempo puede hacer variar esas previsiones.

Hubo un murmullo al oírse aquellas palabras.

—Señor, los dos meses ya suponen doblar el tiempo que podría necesitarse para llevar a cabo todas las operaciones.

—Pero un temporal…

—Excelencia…, eso queda en manos de Dios.

—Desde luego, desde luego. Por lo que he podido ver, las diferentes escuadras que conforman la armada están completas a falta de algunos barcos. —Medina Sidonia miró a Recalde—. Pero hay una cuestión que hemos de abordar sin pérdida de tiempo, y es trazar la derrota que ha de seguirse. Vuesa merced se reunirá con los pilotos que considere oportunos y me la presentarán en dos días, tres a lo sumo.

—A la orden, excelencia —respondió Recalde—. Si me permite vuestra excelencia, sería necesario algo más.

—Hablad.

—Ha de dotarse a nuestros pilotos de las cartas de marear necesarias. Ellos son expertos en las aguas del Océano. Están

hechos a cruzar el Atlántico y navegar por latitudes más bajas, pero no tan al norte.

—¡Haced el encargo! Creo que eso es todo. —El duque paseó la mirada por los presentes. Nadie pidió la palabra—. En ese caso, que cada cual cumpla con su trabajo. Ahora, si el padre Vieira que nos acompaña desea formular alguna cuestión…

—Excelencia, compruebo con alegría que la Gran Armada ha tomado forma para llevar a cabo una misión grata a los ojos de Dios, cual es volver a Inglaterra a la verdadera religión. No estaría de más que se exhortase con algún escrito el celo religioso de los hombres que participan en ella para que sean conscientes de la santa misión a que han sido llamados.

—Esa es una excelente idea. ¿Vuestra paternidad querría preparar dicho escrito para ser impreso?

—Cuente con él vuestra excelencia.

Capítulo XXVI

LOS INFORMES que llegaban a Londres generaban notable desconcierto. A ello se unía la aparición en los lugares de mayor concurrencia pública de un papel impreso en Amberes. Se titulaba *Una declaración de la sentencia y deposición de Isabel la usurpadora y supuesta reina de Inglaterra*. En ese pasquín se decía que la soberana era una bastarda concebida por una infame cortesana que había ocupado el lecho de un lujurioso. Se hacía un llamamiento a los ingleses a que la abandonasen para no convertirse en cómplices de sus muchos y graves pecados y se les pedía que se sumaran al ejército del duque de Parma, que marchaba al frente de las tropas de su Católica Majestad.

—Majestad, el sosiego es arma muy principal en estos momentos de fuerte tensión —afirmó *lord* Walsingham.

—¡Me pedís sosiego, cuando me llaman bastarda, a mi madre puta y se incita a la rebelión de mis súbditos! —gritó Isabel agitando uno de aquellos panfletos.

—El sosiego, majestad, nos permite sacar ventaja hasta de esas insidias.

—¡Explicaos, *milord*!

—Ese papel lo firma el cardenal Allen, un significado papista que huyó para instalarse en Roma y disfrutar de la corrupción que allí es

moneda de uso corriente. Sin duda ha de disponer de información abonada.

—¡Abreviad! —se impacientó la reina—. ¿Adónde queréis llegar?

—A que, según se desprende de ese papel, la invasión es incuestionable y podemos descartar las dudas que nos han atenazado acerca de si podría producirse por Irlanda e incluso por Escocia. Se exhorta a vuestros súbditos a abandonaros y sumarse a las tropas del duque de Parma. Eso sólo puede significar que serán los tercios que combaten en Flandes a las órdenes de Alejandro Farnesio los que llevarán a cabo el intento de invasión, lo cual conduce a sacar una conclusión.

—¡Cruzarán el canal de la Mancha! —exclamó la reina.

—Así es, majestad. Eso nos permitirá concentrar nuestras tropas en Dover y en las costas de Kent. ¡Nos han despejado muchas dudas!

—Vais demasiado deprisa, Walsingham —señaló William Cecil. Era este uno de los consejeros cuyas opiniones tomaba en más consideración la reina, después de haber vuelto al favor real tras meses de ostracismo como chivo expiatorio de la muerte de María Estuardo. Era *lord* tesorero y barón de Burghley, nombre por el que se dirigían a él—. Puede que todo sea una maniobra para engañarnos. Porque… ¿a qué viene la flota que se está aprestando en Lisboa? Farnesio no necesitaría tanto barco para trasladar a sus hombres. Además, en esa ciudad están reuniendo soldados y gran cantidad de pertrechos.

—¿Acaso *milord* duda que esos navíos, esos hombres y esos pertrechos tienen como destino nuestro reino? —replicó Walsingham.

—Desde luego —respondió Burghley sacando un papel que llevaba en un bolsillo interior de su ropilla—. Son noticias de París que han llegado esta misma mañana.

—¡Cómo no se me ha dado cuenta de ello! —gritó la reina.

—Majestad, no ha habido tiempo. Estaba leyendo su contenido cuando me llegó recado de que, inmediatamente, acudiera a vuestra llamada. He venido a toda prisa.

—Hablad, *milord*, ¿qué dicen esas noticias?

—Son de París; nos las envía Stafford.

—¿Qué dice el embajador? La información que llega de París suele ser de mucho valor.

—Dice, mi señora, que, efectivamente, en Lisboa se está aprestando un gran número de barcos de procedencias muy diferentes, pero que su destino es Argel.

—¿Una escuadra cuyo destino es Argel? —ironizó Walsingham—. Sería exclusivamente de galeras, y los españoles la estarían congregando en Palermo o en Cartagena, pero… ¿en Lisboa?

—¡Es un informe de nuestro embajador! —Burghley se mostró airado.

—En resumen —intervino la reina—, podemos descartar que el desembarco se vaya a realizar en Irlanda o en Escocia, por lo que se deduce de un panfleto en el que se me injuria. También dice que la escuadra que están preparando en Lisboa tiene como destino Argel, según Stafford, y que serán los tercios que combaten en Flandes los que cruzarán el canal de la Mancha. —Isabel se puso en pie, arrugó el papel que tenía en su mano y lo arrojó al suelo—. ¡No sabemos absolutamente nada! Sólo que nos atacarán, y me temo que si esos malditos españoles, a quien el diablo confunda, ponen pie en esta isla, estaremos perdidos.

—Eso es, mi señora, lo que debemos evitar a toda costa. —La voz de Howard sonó rotunda—. Esa es la razón por la que hemos construido nuevos barcos y mejorado muchos de los que están en servicio.

—*Sir* Charles tiene razón —aseveró la soberana—. Nuestros navíos son nuestra defensa más eficaz. Han de estar dispuestos, prestando especial vigilancia a los movimientos de la armada del enemigo. Si llegan al canal de la Mancha hay que evitar que logren embarcar los soldados del duque de Parma. —Una duda la invadió de repente—. ¿Podría mover sus tropas sin los barcos de esa flota?

La pregunta sorprendió a los presentes. No habían pensado en ello.

—No lo sabemos, mi señora. Quizá…

—¡Quizá todo esto de la armada en Lisboa sea una estratagema para distraernos! ¡Si el duque de Parma dispone de navíos para trasladar su ejército, el desastre sería total! ¡Tomad medidas! ¡Tomad medidas ya!

Aquella tarde la reina, como muchas otras veces, decidió olvidarse de los graves problemas de Estado. Pese a su avanzada edad había convertido en su amante al joven conde de Essex. Se sentía halagada con los requiebros y caricias de Robert Devereux, maestre de las Caballerizas Reales, una posición que respondía a la creciente influencia que empezaba a tener en la corte. Aquella íntima relación había hecho decir al deslenguado *sir* John Hawkins, hijo bastardo de un mercader de esclavos, negocio al que él también se dedicaba, que una polla bien administrada tenía más valor que un galeón de cuarenta cañones.

Al tiempo que la reina satisfacía sus apetencias carnales, se celebraba una junta en un palacete cercano a la Torre de Londres. En torno a la mesa se sentaban, además de Walsingham y Burghley, Francis Drake, Charles Howard y John Hawkins. También se encontraba Martin Frobisher, curtido marino que había intentado encontrar una ruta para pasar del Atlántico al Pacífico por el norte y competir con los españoles, que muchos años atrás habían encontrado ese paso por el sur y dado la primera vuelta al mundo.

—Caballeros, la situación es extremadamente grave. Las noticias que tenemos y que nos llegan de diferentes lugares son contradictorias —señaló Burghley, quien por orden de la reina había convocado la reunión—. No albergamos dudas de que los españoles tienen casi a punto la armada que han concentrado en Lisboa. El ataque de *sir* Francis —dijo mirando a Drake— a Cádiz la primavera del año pasado logró retrasar su formación, pero no lo ha impedido. Hemos, pues, de estar preparados para el ataque que lanzarán sobre nosotros.

—Serán las tropas que tienen en Flandes —aseveró Hawkins.

—No vayáis tan deprisa —lo corrigió Drake.

—¿Cómo que no vaya tan deprisa? ¡Son sus mejores soldados!

—¿Entonces por qué están reuniendo tropas en Lisboa?

—¡Porque, además de las tripulaciones, una armada necesita soldados! —Hawkins había alzado la voz.

—¡No me volváis a gritar! —le espetó Drake—. ¡No os lo consiento!

—¡Pues no digáis estupideces!

—¡Voto a Dios! —Drake se había levantado—. ¡Os vais a tragar vuestras palabras! ¡No sois más que un mercader!

Hawkins también se había puesto en pie y echaba mano a la daga que llevaba al cinto.

—¡Voy a destriparos como a un cerdo!

Howard se interpuso entre ellos y logró que se sentaran de nuevo. Las tensiones entre Drake y Hawkins venían de antiguo. Eran parientes, y los comienzos de *sir* Francis como marino habían sido a las órdenes de Hawkins. Se culpaban mutuamente de algunos fracasos y en la corte se decía que todo era consecuencia de que ambos se habían dedicado al corso y a sus orígenes plebeyos, pues Drake era hijo de un granjero que predicaba la nueva religión. Esas rencillas se intensificaron cuando Isabel I concedió a Drake el título de caballero y le otorgó un escudo de armas con la leyenda *Sic parvis magna*, en alusión a sus humildes orígenes.

—Si desean seguir sentados a esta mesa, han de comportarse como caballeros. —Burghley los miró y ambos asintieron con un movimiento de cabeza—. Estamos aquí para diseñar la estrategia que hemos de adoptar ante la inminencia de un peligro tan grande como el que nos acecha.

—La primera providencia que ha de tomarse es que los seis mil hombres que están en Flandes deben regresar cuanto antes —señaló Walsingham—. Son nuestros soldados más experimentados, y si los españoles llegaran a desembarcar serían lo mejor que podríamos oponerles.

—¿Estamos de acuerdo en solicitarlo a su majestad? —preguntó Burghley, y todos asintieron—. Esas tropas deberán concentrarse en el condado de Essex. Como todos los presentes saben, su majestad cuenta con treinta y cuatro barcos de guerra, que en total suman… —miró un pliego que tenía por delante— en torno a quinientos

cincuenta cañones que sirven otros tantos artilleros, a los que se añaden algo más de mil soldados.

—Son pocos navíos para hacer frente a los españoles —indicó Howard—. ¡Hay que aumentar su número!

A Burghley no le había gustado aquella interrupción.

—¡Dejadme concluir! También disponemos de una flotilla de pinazas. Pueden vigilar las costas por si las tropas del duque de Parma cruzaran el Canal. Habrá que confiscar todas las embarcaciones que se puedan artillar sin grandes problemas. Sumadas a los barcos de guerra se aproximarán al centenar. Una de esas escuadras deberá permanecer guardando nuestras riberas. Ya nos ha dicho la reina que, si Farnesio cuenta con navíos para cruzar el Canal, la situación será de extrema gravedad.

—Su majestad tiene razón —afirmó Howard—. Eso hará que algunos de nuestros barcos permanezcan en funciones de vigilancia. Encomendaremos esa misión a Seymour.

—Será necesario mayor número de soldados —señaló Walsingham—. Al menos deberán reclutarse diez mil hombres más.

En ese momento Drake, quien tras el encontronazo con Hawkins apenas había levantado la vista del mapa que había sobre la mesa, hizo un comentario señalando con su índice un punto concreto:

—¿Por qué no atacamos Lisboa? Si incendiamos su armada, habrán acabado todos los problemas. Sin barcos…

—Seguirían contando con los soldados del duque de Parma —objetó Burghley.

—Es cuestión de mantener una fuerza naval permanente en el canal de la Mancha. Antes de atacar Lisboa, prepararíamos el terreno con una insurrección a favor de don Antonio, a quien llevaríamos en la flota.

—¡Eso es una ilusión! ¡No hay tiempo para ello! Las noticias que nos llegan es que esa armada está lista para hacerse a la mar en cuanto el tiempo se lo permita.

—Tendríamos a nuestro favor no haber de enfrentarnos al marqués de Santa Cruz —apuntó Walsingham.

Por un momento se hizo un silencio absoluto en la estancia.

—¿Por qué lo decís, *milord*? ¿Don Álvaro de Bazán ha caído en desgracia?

—Ha muerto. La noticia me ha llegado esta mañana, enviada por uno de nuestros agentes en Lisboa. Falleció el nueve de febrero.

Drake no ocultó la satisfacción que una noticia como aquella le producía. Santa Cruz era un enemigo mortal.

—Eso significa que Dios acude en nuestra ayuda. ¿Quién estará entonces al mando de esa armada?

—Lo ignoro —respondió Walsingham—. Por Lisboa corren muchos rumores. Unos apuntan a Recalde y otros a Oquendo, pero nada es seguro.

Doña Benedita y don Francisco llevaban encerrados desde que su hermana había regresado de misa. Ella estaba todavía en ayunas porque había querido comulgar y, cuando volvió a casa, su hermano le había pedido hablar… a solas.

A diferencia de la vez anterior, nada se oía. Ni un solo grito.

—Me preocupa tanta calma. —Leonor y su dueña se habían instalado en la cocina, contigua a la cámara donde estaban reunidos —. A veces, los gritos son preferibles a los susurros —afirmó Antonia —. El desahogo resulta mucho mejor. No es bueno que las cosas queden dentro.

—¿Qué pensáis que está pasando?

—¡Ay, mi niña! ¡Me da mala espina!

Hora y media más tarde, salió don Francisco, cabizbajo. Sin decir palabra se dirigió a su alcoba. Después apareció doña Benedita.

—¡Estoy que desfallezco! ¡La hora que es y todavía estoy en ayunas!

—Mi señora, id al comedor. —El ama de llaves empezó a impartir órdenes—. ¡Poned a hervir la leche! ¡La quiero bien colada! ¡A la señora no le gusta la nata! ¡El bizcocho y los mojicones! ¡Calentad unas rebanadas bien gordas! ¡Aceite! ¡Los confites! ¡Venga! ¡El mantel!

Leonor siguió a su tía, que le había hecho un gesto.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó antes de que se sentara.

Doña Benedita soltó un suspiro.

—¡Qué trabajito ha costado! ¡Nos hemos peleado en voz baja, que es la peor forma de hacerlo!

—¡Tía, por el amor de Dios! —Leonor había juntado las manos en actitud implorante—. ¿Qué ha ocurrido?

—¡Que no tendréis que profesar…, al menos por ahora! —Lo dijo en voz alta para que se oyera en toda la casa.

Antonia, que permanecía a la expectativa en la puerta del comedor, batió palmas, y en la cocina, donde preparaban el desayuno, hubo silenciosas sonrisas. Habían sido días de mucha tensión desde que se había producido el fuerte enfrentamiento entre los hermanos. A alguna de las criadas se le agolparon las lágrimas en los ojos porque adoraban a doña Leonor, a quien las más viejas de la casa habían visto crecer. Permaneció en Lisboa los años que don Francisco fue virrey de la India, nombramiento que el rey le hizo a los pocos meses de quedar viudo, y ellas la cuidaron con el cariño que necesitaba aquella niña, que había perdido a su madre y veía alejarse a su padre.

La alegría no se desbordó porque no era lo más conveniente. En la casa se sabía que doña Benedita era quien había doblegado la voluntad de don Francisco, que lo había hecho a regañadientes. Quienes lo conocían eran conscientes de que no estaba dicha la última palabra.

Leonor no podía ocultar su júbilo, aunque el respeto a su padre le impedía expresarlo de una forma más ruidosa.

—¿Cómo lo habéis conseguido? —le preguntó en voz baja.

Su tía era servida como si fuera el general triunfador de una dura batalla. Sobre la mesa se había colocado un mantel de hilo y se había llenado de bandejas con bizcochos y mojicones, escudillas de peras cocidas con vino y melocotones en almíbar, mantequilla, jaleas de varios sabores, castañas bañadas en azúcar —esas castañas eran uno de los manjares preferidos de doña Benedita— e higos secos. Por último, llevaron un cesto rebosante de rebanadas de pan caliente y una gran jarra de leche.

—¿El padre Gaspar no os ha dicho alguna vez que se cuenta el milagro, pero nada se dice del santo?

—En más de una ocasión.

—Pues esta es una de ellas. No ha sido fácil, pero ha entendido que vuestra felicidad no estaba en el convento, sino en casaros con don Alonso. Ha puesto dos condiciones: la primera, que la dote acordada con las clarisas sea entregada, aunque no profeséis. Quiere que se considere una limosna. Le he dicho que sí, pero siempre que se reduzca a dinero y se retiren las fincas.

—¿Significa que el viñedo y el haza no formarán parte de la dote?

—Así es, y como la cosa no está muy boyante, seré yo quien aporte esas sumas.

—¡Tía!

—La otra condición es que, como don Alonso ha de embarcar en esa armada que está anclada en la Ribeira das Naos, no se hablará de desposorios hasta que regrese. Así que tendréis que esperar.

Capítulo XXVII

LOS TRES hombres se detuvieron en el umbral de la taberna.

Buscaban con la mirada. Cuando Lope de Vega se dio cuenta de que era demasiado tarde para zafarse.

Se acercaron lentamente, como si no tuvieran prisa. Los compañeros del poeta que días atrás había improvisado los versos en honor del marqués de Santa Cruz cruzaron una mirada. Aquello tenía trazas de pelea porque, si atacaban a su compañero, no entraba en sus planes dejarlo en la estacada. Había normas no escritas entre los soldados que los llevaban a acudir en defensa de alguno si se encontraba en apuros.

—¡Prepárense vuesas mercedes! —susurró el soldado que quedaba más cerca de Lope, quien parecía petrificado—. Esos tres no traen buenas intenciones.

—¡Don Lope! ¡Don Félix Lope de Vega y Carpio!

—¡Pardiez, qué sorpresa! —exclamó el poeta—. Jamás hubiera imaginado que nos encontraríamos en Lisboa.

—¡Madrid queda lejos! —replicó uno de los desconocidos.

—¡A ciento quince leguas! —añadió otro de los recién llegados.

El tercero, el de más edad, se acercó a la mesa.

—Tenemos que hablar.

Dos de los soldados se habían llevado la mano a las empuñaduras de sus espadas, y el tercero agarraba la misericordia.

Una palabra mal dicha desataría la pelea. Los mercaderes que ocupaban la mesa de al lado ya se habían levantado y alejado unos pasos. El tabernero, temeroso de pagar los platos rotos si había una trifulca, se acercó disimulando su miedo:

—Mi casa, que es la de vuesas mercedes, se sentiría honrada de ofrecerles unas jarrillas de mi cuenta. —Giró la cabeza y gritó—: ¡Filomena! ¡Matilde! ¡Vino para los caballeros!

—¡Dejaos de monsergas! ¡No hemos venido a beber! ¡Salgamos, don Lope!

—¡Un momento! —Un soldado, veterano de Flandes a quien todos respetaban, se levantó—. ¿Quién os creéis para dar órdenes? ¡Don Lope saldrá si ese es su deseo!

—¡Es mi deseo! —Lope de Vega se había puesto en pie.

El veterano dijo en voz alta para que todos lo oyeran:

—¡Don Lope! ¡Si nos necesitáis no tenéis más que decirlo! —Cuando hubieron salido indicó a uno de los soldados—: Tomás, a la puerta. ¡Atento y avisad si hace falta!

La conversación con aquellos sujetos se alargaba. Parecían discutir, pero sin gritos. El soldado que había salido permanecía alerta en el quicio de la puerta y no perdía detalle de lo que hablaban.

—¡Sedujisteis a mi hermana y la raptasteis!

—¡Ella fue conforme!

—¡Porque le prometisteis matrimonio! ¡Negadlo y será lo último…!

—Vuesa merced no debe…

—¡Admitidlo! ¡Cumplid vuestra palabra! Así salvaréis la honra…

—Estoy dispuesto. Pero he sentado plaza en la armada. Tenemos órdenes de no abandonar Lisboa. Ganaré honra, fama y también…

—Alabo vuestro deseo de obtener todo eso, pero desposaréis a mi hermana antes de embarcar.

—He explicado a vuesa merced que no puedo abandonar Lisboa. Me va en ello la vida y…

—Lo que dice vuesa merced es cierto. Aunque eso tiene remedio.

—¿Cómo?

—Casándoos por poderes.

Uno de los hermanos lo amenazó:

—Os va en ello la vida.

Fue entonces cuando Tomás silbó y los otros soldados salieron a toda prisa. Se acercaron. Aquello iba a acabar en una escabechina.

—Parece que tenéis problemas —aventuró el viejo soldado.

—Ninguno —respondió Lope—. Estos caballeros van a convertirse en mi familia. Voy a desposar a su hermana.

—¿Está en Lisboa?

—No, en Madrid. Por eso el casamiento será por poderes.

—Creí que eso sólo era cosa de príncipes y de reyes. ¿Cómo lo haréis?

—Dando un poder a otra persona que me represente en la boda.

Al día siguiente acudieron a la oficina de un escribano público, donde Lope dio poder a Luis de Rosicler, su cuñado, para desposar a Isabel de Alderete. Actuaron como testigos del poder que otorgaba unos soldados de la compañía del capitán Ayora, del tercio de Leyva.

Los Alderete se marcharon al día siguiente. Llevaban lo que habían venido a buscar para poner a salvo el honor de la familia.

La primavera se había asentado en Lisboa y empezaban a quedar atrás las humedades y las frías temperaturas del invierno. Los resfriados y las toses que tanta gente se llevaron por delante aquellos meses disminuían conforme pasaban los días.

Medina Sidonia había imprimido un ritmo mucho más vivo al apresto de la armada y el nueve de mayo visitaba al virrey en el Palacio da Ribeira.

—Está todo a punto, alteza. Las tripulaciones completas y los barcos aprestados. Se han elevado algunos castillos a proa y popa, mejorando las defensas. Los cañones se encuentran a bordo y se ha embarcado la totalidad de la munición y la pólvora. Ayer se cargaron en el *San Pedro* cajas con jarabes, vendas, lienzos, sacos de hierbas medicinales y colutorios. También están casi completas las plantillas de las compañías. En total, hay dieciocho mil novecientos hombres y

han quedado asignados los cupos de soldados que irán en cada navío. Los pilotos han mantenido varias reuniones y están provistos de cartas de navegar. En estos momentos el almirante general y el piloto mayor se hallan reunidos con ellos para concretar los últimos detalles de la derrota. Sólo falta una cosa.

—¿De qué se trata?

—Nos faltan capellanes. En cada barco es conveniente que vayan dos.

—Esas son, efectivamente, las órdenes de su majestad —puntualizó el virrey.

—Por esa razón he escrito a los priores de los franciscanos, los jerónimos y los dominicos para que nos provean de sacerdotes. Los más de ciento treinta barcos están en condiciones de hacerse a la mar en cuanto Dios nos conceda viento favorable.

—Su majestad se alegrará de recibir esta noticia. Los problemas se han ido amontonado y es mucho el retraso que se ha acumulado. Los ingleses habrán tenido tiempo de tomar algunas medidas, aunque, por mucho que se esfuercen, no tendrán medios para detener una armada como la que está amarrada en los muelles.

Como el duque había explicado al virrey, Recalde y los pilotos dejaban trazada la derrota y tomaban otras disposiciones:

—Una vez salgamos a mar abierta, aproaremos hacia el norte y, si el viento nos lo permite, y sin perder de vista la costa alcanzaremos Finisterre. —Recalde señalaba sobre el mapa—. Navegaremos rumbo nordeste por el golfo de Vizcaya en dirección a las costas de Bretaña. Una vez que ganemos este cabo —indicó marcando la punta de Brest— ganaremos la costa sur de Inglaterra, y de ahí al canal de la Mancha y la costa de Flandes, donde nos aguardan los tercios del duque de Parma.

—Señor, ¿cuáles serán los puntos de encuentro? —preguntó uno de los pilotos.

—Si fuera necesario, el primero, La Coruña. El capitán general de Galicia ha tomado las prevenciones para atender las necesidades de la armada. El segundo, si llegara el caso, sería este. —Recalde punteó un pequeño archipiélago—. Las Sorlingas, frente a la costa

de Cornualles. El tercero, la bahía del Monte San Miguel, a la entrada del canal de la Mancha.

—Esperemos que Dios nos dé buen viento y que no sean necesarios.

—Estas son las nuevas cartas de marear. —El almirante señaló el rimero de hojas que había en un extremo de la mesa—. Están reflejadas las costas de Bretaña, las de Normandía y las de Picardía hasta Flandes. También aparecen recogidas, por si fuera menester, las de toda Inglaterra, las del canal de San Jorge y las de Irlanda. ¿Alguna pregunta? —Nadie rompió el silencio—. ¡Entonces, luzcamos nuestras mejores galas y mostremos nuestro mejor porte en el desfile de mañana!

El diez de mayo amaneció radiante. Bajo un cielo azul inmaculado se ultimaban los preparativos para el desfile que anunciaba la partida de la Gran Armada. En la plaza, ante el Palacio da Ribeira, estaban formadas desde poco después del amanecer dos compañías de arcabuceros y otras dos de piqueros, vestidos para las grandes ocasiones: ricos jubones sobre los que lucían coseletes o brillantes armaduras, abombados greguescos acuchillados de llamativos colores y largas medias que cubrían completamente sus piernas. Todos iban tocados con sombreros de anchas alas adornados con grandes y llamativas plumas de colores variados. El desfile no comenzaría hasta pasadas las diez para llegar a la catedral al mediodía, cuando el sol estuviera en su cenit. Las bandas de tamborileros y trompeteros ensayaban los sones a cuyo compás marcharían las unidades.

A las diez salía del palacio la comitiva. Abría la marcha una escuadra de soldados escogidos, y tras ellos una banda de tambores que con sus fuertes redobles hacían que los clarines y pífanos tuvieran dificultades para ser oídos. A continuación, apareció el alférez mayor portando el estandarte de batalla. Era de seda adamascada y llevaba bordadas las armas de Felipe II, flanqueadas por la Virgen y un crucificado con la leyenda: *Exsurge Deus et vindica causam tuam*. Lo escoltaba un grupo de capitanes. Seguidamente marcharon las dos compañías de piqueros que abrían

paso al virrey y al capitán general de la armada, el archiduque Alberto de Habsburgo y don Alonso Pérez de Guzmán, respectivamente, rivalizando en lujo y a pie para hacer más lento el recorrido. Tras ellos, don Alonso Martínez de Leyva, jefe de las tropas, acompañado de los maestres de campo de los cinco tercios que embarcaban, y también los almirantes de cada una de las escuadras, a los que seguían las dos compañías restantes, las de arcabuceros. Cerraba la comitiva otro cuerpo de tamborileros y trompeteros, a los que escoltaba una escuadra de jinetes que montaban caballos negros y eran mandados por el capitán de la guardia, don Francisco de Mascarenhas.

A la misma hora en que tenía lugar el desfile, en Madrid, ante el vicario general de la Villa, Félix Lope de Vega y Carpio, representado en aquel acto por Luis de Rosicler, contraía matrimonio por poderes con Isabel de Alderete y Urbina, siendo testigos el secretario Tomás Gracián, Juan de Vallejo, Juan Pérez y Juan de Vega, todos ellos vecinos de aquella villa.

Capítulo XXVIII

AQUELLA tarde lo fue de despedidas.

Lope de Vega embarcaba en el galeón *San Juan*, mandado por Recalde. Alonso de Sandoval también iba a bordo. La despedida de Lucía fue un drama. El ama de llaves se había deshecho en lágrimas y le recordó continuamente que su padre había muerto por alistarse en una de aquellas empresas.

—Muchos nunca regresan. Pero si el rey lo manda…

—Su majestad ha decidido que ha de meterse en cintura a esos herejes. Son piratas que atacan nuestros barcos y saquean nuestras ciudades, Lucía. ¡Hemos de poner fin a eso! ¡No podemos permitir que se repita lo sucedido en Cádiz el año pasado!

—Ese es el consuelo que me queda.

—Os prometo que volveré para contaros cómo lo hemos logrado.

—Aquí estaré aguardando.

Una vez que llegaron los mozos de cuerda para llevar su equipaje al *San Juan*, Alonso indicó a Violante que cuidase de su vieja aya y que, si se agotaban los dineros que había dejado, acudiera al escribano de la plaza da Figueira.

—Os dará lo que necesitéis.

Luego estrechó entre sus brazos a Lucía y notó la fragilidad de su cuerpo, que mantuvo abrazado largo rato.

Se encaminó después a casa de Leonor. Su tía se había valido de medios para que su hermano no estuviese allí, y los dejó en una salita para que se despidieran… de forma adecuada. Don Francisco no lo habría consentido.

Doña Benedita compartía con Lucía la idea de que eran muchos los que marchaban al son de pífanos, clarines y tambores, y luego no regresaban. Las guerras empezaban con manifestaciones llenas de ardor y con festejos, mas luego ocurría lo de siempre: muertos, desaparecidos, mutilados, prisioneros… Nunca se sabía cómo podía acabar aquello que comenzaba con explosiones de un júbilo desatado. Ella lo había vivido cuando despidió al ejército que marchaba a la morería en medio de músicas, arengas y aclamaciones, y luego sucedió lo de Alcazarquivir, que todavía mantenía de luto a muchas familias después de que hubieran pasado diez años.

Transcurrido un buen rato doña Benedita llamó a la puerta, y como era mujer de larga experiencia esperó a abrirla, dando tiempo a que los enamorados se recompusieran.

—Las despedidas no deben alargarse más de lo debido —comentó con una leve sonrisa.

Ella dejó escapar un suspiro y él tomó sus manos y le reiteró su promesa.

—Os desposaré cuando regrese.

Leonor, con las lágrimas asomando a sus ojos, no pudo contestar. Se le había formado un nudo en la garganta y fue su tía la que dio respuesta:

—¡Que Dios escuche vuestras palabras!

El once de mayo algunos de los grandes barcos de la armada —los galeones, las urcas y las carracas— comenzaron el descenso por el Tajo, remolcados por galeras que, para ganar velocidad, sumaban a la fuerza de la corriente el impulso de los remeros. Buscaban el centro del cauce, donde el agua cobraba más brío. En el galeón *San Martín*, la nave capitana de la armada, Medina Sidonia aguardaba el cañonazo que marcaría la salida oficial para izar el estandarte real.

Pero a unas millas de Belém se desencadenó un temporal que obligó a echar el ancla, abortando la partida. No fue cosa de horas.

Empezó a llover con tanta fuerza que las órdenes de los contramaestres corrieron de cubierta en cubierta.

—¡A cubierto! ¡Rápido! ¡A la bodega! ¡Esto va en serio! ¡Arriba sólo se quedan el timonel, los de guardia y los arrestados!

En pocos minutos las cubiertas quedaron desiertas y las bodegas atestadas. Los hombres se apretujaban. Las ratas saltaban entre fardos, cajas y sacos buscando ocultarse en la sentina, donde se acumulaban toda clase de porquerías.

—¡Cuidado con matarlas! —advirtió un marinero a unos grumetes que se afanaban en su captura—. Podrían salvarnos si la comida llega a escasear. Recuerdo un viaje en que se pagó hasta medio ducado por una de ellas. La ración que nos daban era de un puñado de arroz y un poco de vino.

—¡Eso era en viajes de meses por mares desconocidos! —respondió un jovenzuelo con mucho descaro—. Ahora estaremos sólo dos o tres semanas.

—¡Ignorante! —El marinero lo agarró por una oreja—. Nunca aventures cuánto va a durar un viaje. ¡Eso nunca se sabe! Los vientos son caprichosos y traidores. ¡A veces levantan olas de cinco y seis varas! —Mientras decía esto le retorcía la oreja—. ¡Otras veces no hay forma de que soplen! ¡No sé qué es peor!

—¡Lo peor es una tormenta, porque se puede acabar en el fondo del mar! —exclamó otro de los rapaces.

—¡Nunca has estado tres semanas en medio del océano sin una brizna de brisa que mueva las velas! ¡No sabes lo que es una calma chicha!

La lluvia era cada vez más intensa y el agua entraba por las ranuras de la cubierta y por algunos agujeros.

—¡Veremos si no habrá que poner en marcha las bombas de achique! ¡Como siga entrando agua…!

La lluvia degeneró en una tormenta que se prolongó durante dieciocho horas. Los barcos se agitaban movidos por el oleaje y entre los hombres muchos sufrían de angustias. A los olores de lo

almacenado en las bodegas se unió el de los vómitos y el penetrante hedor del sudor a causa del miedo.

Uno de los navíos se estrelló contra la ribera y sufrió importantes desperfectos, aunque se pudo mantener a flote y sólo hubo contusionados. A otro se le rompió el palo de mesana.

Pasada la tempestad, las aguas estuvieron agitadas varios días por un viento de poniente que impedía salir a mar abierta. Las masas nubosas procedentes del océano se encadenaron sucesivamente. Aquel temporal se prolongaba una jornada tras otra, obligando a que los barcos quedaran amarrados a los muelles. Pese a que se permitían ciertos desahogos como oír músicas, entonar canciones y divertirse con danzas propias de sus comarcas de procedencia, entre la marinería y la tropa, a quienes no se permitía bajar a tierra, comenzaron a correr rumores un tanto inquietantes.

Luego vinieron varios días de calma y Alonso, que por su condición de oficial sí había podido desembarcar, se encontró con Leonor. Su tía había conseguido que don Francisco accediera a recibir al joven para disfrutar de unas jícaras de chocolate. Doña Benedita, convertida en el ángel guardián de los sentimientos de su sobrina, encontró la forma de ablandarlo entregándole el dinero en que se habían tasado el haza y el viñedo incluidos en la dote, el valor de los mil moyos de trigo, los mil de cebada y los seis mil reales adicionales. El acuerdo entre los hermanos incluía además poner fin a las visitas a *Diamantina*: Benedita había impuesto que, si tanta necesidad de hembra tenía, se buscara una amante entre las muchas damas que habían quedado viudas después de lo de Alcazarquivir.

En casa de los Mascarenhas había gran expectación por ver cómo se desarrollaba la merienda. Cuando llamaron a la puerta, Antonia acudió a abrir mientras en la sala de visitas aguardaban Leonor, su padre y su tía.

La dueña lo recibió con mucha solemnidad, y le agradó que fuera vestido con la elegancia propia de un caballero de muchos posibles, lo cual no era cierto. Alonso había tenido que echar mano de todos sus recursos y se quedó sin blanca para comprar aquel jubón y

aquellos greguescos. Se había recortado la barba y también el cabello; el sombrero era negro, de copa y forrado de seda, con una trencilla en su borde inferior, a semejanza de los que usaba Felipe II y que se habían puesto de moda en todas las cortes de Europa.

—¡Qué estampa tiene vuesa merced! —lo saludó la dueña, haciendo gala de cierta ironía—. ¡Se diría que vais a enamorar!

—¡Vamos, doña Antonia, que estoy más que nervioso!

—¡Como doña Leonor, que lleva un día…! No sé cómo a doña Benedita se le ocurren estas cosas.

Fue la dueña quien actuó de introductora:

—¡El alférez don Alonso de Sandoval! —anunció desde la puerta.

Don Francisco se levantó y, muy circunspecto, se acercó para estrecharle la mano.

—Bienvenido, don Alonso.

—Bien hallado, excelencia. Gracias por vuestra hospitalidad.

Ellas, como correspondía a unas damas, permanecieron sentadas. Alonso besó primero la mano de la tía y después la de Leonor.

Se habló de banalidades hasta que se sirvió el chocolate, que vino acompañado de pastelillos con crema y rosquillos emborrizados en azúcar y canela molida. Luego don Francisco llevó la conversación a la armada.

—Vuesa merced deberá dejarse de heroicidades para conservar la vida… —afirmó doña Benedita.

—¡Un caballero ha de hacer honor a sus principios! —la interrumpió su hermano—. ¡El valor en la batalla es lo que da timbre de honor!

—¡No quiero que mi sobrina quede desconsolada!

—¡No se puede anteponer la vida al honor!

—¡No he dicho eso! —replicó ella enojada—, sino que no se exponga por convertirse en un héroe del que traigan su espada y alguna prenda para que quien espera su regreso llore su muerte.

—Esta empresa es un asunto… harto complicado.

—Lo es, excelencia —intervino Alonso—. Pero jamás se vio una flota como la que hay anclada en el estuario. Además, contaremos con los tercios del duque de Parma, que llevarán el peso de la lucha cuando hayamos desembarcado.

—Los ingleses lo saben. Por eso tratarán de impedirlo con todo lo que tengan a su alcance. Disponen de barcos y marinos con mucha experiencia.

—No será una tarea fácil, aunque vuestra excelencia sabe que nunca se han atrevido a enfrentarse a una de las armadas de su majestad.

Al ver que la conversación volvía de nuevo al mismo asunto, doña Benedita intervino otra vez, causando mucha sorpresa.

—Como don Alonso es un caballero, nosotros —dijo mientras miraba a su hermano— deberíamos dejarlos que hablen de sus cosas.

Para evitar un choque con su hermana, don Francisco se despidió de Alonso con la misma circunspección con que lo había recibido, y antes de entornar la puerta doña Benedita les guiñó un ojo:

—No se os ocurra cerrarla.

Una vez solos no necesitaron decirse nada para abrazarse y darse un largo y apasionado beso.

—Cumplid con vuestro deber —le dijo ella—, pero haced caso a mi tía. Os estaré esperando.

—Volveré.

Se juraron amor e hicieron planes de futuro. Volvieron a besarse calurosamente y se dieron otro abrazo que interrumpió doña Benedita, quien carraspeó para hacer notar su presencia.

—Ejem, ejem… Ha costado lo suyo. —Se acercó a tomar a su sobrina por las manos—. Vuestro padre tiene la cabeza dura como el granito. ¡Es un Mascarenhas!

A mediodía del veintisiete de mayo se levantó una brisa de levante que hizo que las velas de los barcos drapearan.

—¡Por fin, viento favorable! —exclamó el capitán de *La Coronada.*

—Si se mantiene podremos largar trapo mañana —aseguró el piloto.

Aquella tarde embarcaron los capellanes, a los que se había dado permiso para estar en tierra durante aquellos días de espera. Uno de ellos era fray Gaspar. Al dominico le había sido concedido enrolarse en el *San Juan* para ir junto a Alonso. También embarcaron Medina Sidonia y los jefes de las escuadras. Al alba, el ajetreo en los muelles fue ganando en intensidad conforme clareaba el día. A las nueve tuvo lugar una reunión del estado mayor en el *San Martín.*

—Antes de partir, los capellanes dirán misa en cada barco y darán un perdón general a los pecados de todos los hombres. Después, ordenaré izar el estandarte real y un disparo será el aviso para iniciar la salida a mar abierto. ¿Alguna pregunta?

El duque paseó la mirada por los jefes de escuadra.

—Todo claro, excelencia —respondió Recalde en su condición de almirante general de la armada.

—¡Cada cual a su puesto y que Dios y Su Santa Madre nos protejan!

Los bateles los devolvieron a sus respectivos barcos: Recalde al *San Juan*, Valdés al *Nuestra Señora del Rosario*, Gómez de Medina al *Gran Grifón*, Oquendo a la *Santa Ana*, Bertendona a *La Ragazzona…*

Antes de subir al puente de mando del *San Martín*, el duque escribió al rey:

Sacra, Católica y Real Majestad:

Hoy, que se cuentan veintiocho días del mes de mayo, la escuadra zarpa con la intención de llegar a mar abierto. Tenemos buen viento para dar cumplimiento, con la ayuda de Dios Nuestro Señor, a las órdenes recibidas.

Todo lo cual tengo el honor de poner en conocimiento de Vuestra Majestad desde el San Martín, donde luce ya el estandarte real.

Besa la mano y se pone a los pies de Vuestra Majestad,

También había escrito al duque de Parma comunicándole que la armada se hacía a la mar.

En las cubiertas se improvisaron altares y formaron tripulaciones y soldados. El silencio con que se acogían los latines de los celebrantes era acompañado por el drapear de las velas. Los barcos, incluso los grandes galeones de guerra y las urcas artilladas, se mecían con la fuerza del viento. En los sermones se exhortó a la lucha por la verdadera religión, por la defensa del rey y por el honor de la patria. Se impartió el perdón general y los hombres, arrodillados, recibieron la bendición. Luego, las voces de los contramaestres dando órdenes para tener los barcos dispuestos llenaron el estuario.

En los puentes de mando se estaba pendiente del *San Martín*. En el buque insignia la emoción era patente. Medina Sidonia, con armadura de combate, tenía a un lado a Leyva, capitán general de los cinco tercios embarcados; al piloto mayor, al que acompañaban otros tres, y al capitán del galeón. El duque alzó la mano y un toque de añafil dio la orden. Una escuadra de tamborileros redobló con fuerza sus tambores. En el *San Juan* el alférez Sandoval izaba el estandarte real, como le había ordenado Recalde. Lope de Vega, apoyado en su arcabuz, trataba de retener las imágenes del momento. El silencio permitía oír el sonido del agua golpeando los cascos de los barcos y el aleteo de algunas gaviotas que sobrevolaban el cielo de Lisboa. Ese mutismo se había extendido a los muelles de la Ribeira das Naos, donde se congregaba un enorme gentío para despedir a la Gran Armada.

Con la mecha encendida en la mano al lado de un cañón cargado sólo con pólvora, un artillero colocado junto al puente de mando esperaba la indicación.

—¡Fuego! —ordenó Flores de Valdés, almirante de la escuadra de Castilla, que viajaba a bordo del *Nuestra Señora del Rosario*. El rey lo había nombrado consejero de Medina Sidonia en cuestiones navales.

La explosión se pudo oír en toda Lisboa. En las cubiertas, las voces se confundían con los gritos de entusiasmo:

—¡Levad anclas! ¡A las gavias! ¡Largad trapo! ¡Vamos, vamos! ¡Tensad cabos!

Los grandes colosos fueron arrastrados por galeras que sumaban el impulso de los remeros a la fuerza del viento que henchía sus velas. Poco a poco, ganaron el centro de la corriente, buscando el mar abierto.

El estuario del Tajo era un bosque de mástiles en los que ondeaban los gallardetes y las banderolas. La entidad de la Gran Armada era tal que los últimos barcos en levar anclas lo hicieron dos días después que el primero de ellos. El treinta de mayo la flota ganó el mar abierto y sólo se había producido un incidente digno de mención: la *David Chico*, una urca de más de mil toneladas, había perdido el palo mayor.

Felipe II, que días atrás se había retirado a El Escorial, recibió la noticia de la partida de la Gran Armada cuando, acompañado por Arias Montano, pescaba en uno de los estanques del monasterio.

—¡Loado sea Dios! ¡La Gran Armada ha partido de Lisboa! Confío en que Nuestro Señor nos dé la victoria, como cuando nos enfrentamos a los turcos.

—Majestad, si las tropas del duque de Parma ponen un pie en esa isla, dad por seguro que en pocas semanas estarán en las calles de Londres. ¡No hay soldados como esos! Los vi combatir cuando estuve en Flandes.

El rey asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—Aunque el duque de Medina Sidonia habrá escrito al de Parma para que sus hombres estén preparados, no estará de más enviarle otro correo para asegurarnos. Ese embarque es la parte más complicada. Para que este negocio llegue a buen término es necesario que una escuadra proteja los tercios en el paso del canal de la Mancha.

En aquel momento picó una trucha. El sedal se atirantó, pero Felipe II, aunque se solazaba mucho con aquella actividad, estaba

ya pensando en aquel negocio en el que tantas ilusiones había puesto y tantos recursos se habían gastado.

—¡Vayamos a la iglesia a pedir la ayuda de Dios!

Capítulo XXIX

TRAS surcar el Atlántico, españoles y portugueses habían acabado con las leyendas de que estaba poblado de terribles monstruos marinos capaces de atrapar a los barcos entre sus fauces, pero sus aguas daban grandes sorpresas. Apenas la escuadra dejó atrás la barra de San Julián para entrar en mar abierto, el viento que había permitido zarpar roló y comenzó a soplar con fuerza del norte. Los barcos se alejaban de la derrota trazada. Sus timoneles se esforzaban por mantener el rumbo, pero era imposible, y en pocas horas, dadas las diferencias de tonelaje, los barcos se habían separado. Muchos se encontraron solos en medio de la noche.

Al amanecer la Gran Armada se había dispersado.

—Excelencia, apenas se divisa una treintena de buques —informó el capitán del *San Martín* a Medina Sidonia.

—¿Sólo treinta?

—El vendaval ha durado ocho horas. Ha alejado a muchos barcos.

—Dad orden de disparar un cañonazo. Quienes lo oigan podrán acercarse.

En los días siguientes, el viento amainó un tanto, pero soplaba del norte-nordeste y no los dejaba acercarse a la costa ni poner proa al norte. A veces rolaba y venía del sur, lo que permitía alumbrar algunas esperanzas, pero pronto volvía de nuevo a soplar con fuerza

del norte, por lo que las órdenes de soltar trapo y arriar velas se repetían continuamente.

Nueve días después de haber zarpado de Lisboa, lo que en un primer momento apenas era una suave brisa que llegaba del sur y hacía pensar que se repetiría lo de jornadas anteriores fue ganando fuerza e intensidad.

Un veterano marinero que había cruzado el Atlántico en seis ocasiones y estado en la batalla de la Terceira escupió el bolo de tabaco que masticaba y dijo a un grumete con la cara llena de granos que fregaba la cubierta junto al palo mayor:

—¡Esta vez va en serio!

—¿Qué va en serio, señor?

—¡El viento del sur! ¡Y deja de meneártela tanto, que te van a reventar los carrillos!

El grito del contramaestre corroboró su pronóstico:

—¡Largad velas! ¡Tensad las vergas! ¡A las jarcias! ¡Aprisa! ¡Vamos, que es para hoy!

El viento hinchó el velamen y se tensaron cabos y calabrotes.

—¡Landaluce, a la cofa! ¡Informa de todo lo que veas!

Trepó con agilidad por la jarcia y con la mano a modo de visera oteó el horizonte.

—¡El *San Martín* a proa! ¡Va a todo trapo!

—¡Timonel, mantened el rumbo! ¡No lo perdáis de vista!

—¿Sabes que a la cofa también la nombran carajo? —preguntó el marinero al grumete, que había quedado inmóvil viendo a Landaluce trepar por la jarcia—. Algún día, si seguís vivo, treparéis como lo ha hecho ese.

La armada ganó en cuatro días la costa gallega. Se había recompuesto una parte —cerca de ochenta barcos—, pero de más de medio centenar no se tenía noticia. Se ignoraba si los vientos los habían alejado demasiado o si alguno se había hundido.

El *San Martín* avistó la ribera de Bayona el trece de junio. En el puente de mando, Medina Sidonia comentaba con el piloto mayor la

mejor forma de encarar las aguas del golfo de Vizcaya cuando el capitán del galeón se les acercó.

—No me gustan aquellas nubes. —Señaló una barra oscura que cerraba el horizonte por poniente.

El piloto asintió con un movimiento de cabeza. El duque los miró.

—¿Pueden darnos problemas?

—Apunta a que se desencadene una tormenta.

Tres horas después la preocupación del capitán era un hecho. El viento de poniente había traído aquellos nubarrones negros y espesos que empezaban a descargar con fuerza. Los barcos cabeceaban y eran zarandeados.

—¡Abandonad la cofa! ¡Bajad las vergas! ¡A medio velamen! —ordenaba el contramaestre—. ¡Esos toneles, bien sujetos! ¡Amarrad los cañones! ¡Trabad las cureñas! ¡Presto, se nos echa encima!

Medina Sidonia descendió a su camarote mientras los soldados y la tripulación —sólo quedaron en cubierta los hombres imprescindibles-bajaron a las cubiertas inferiores y a la bodega. Allí iban a refugiarse cerca de medio millar de hombres.

Las olas, cada vez mayores, barrían una y otra vez las cubiertas. Las galeras eran las que peor lo tenían, pues sus bordas eran mucho más bajas que las de los galeones y las urcas. La lluvia caía con gran fuerza y la luz del día casi había desaparecido, pintándolo todo de un gris oscuro que atemorizaba. La fuerza del mar hacía crujir los costados de los barcos. Daba la impresión de que iban a desarmarse. El temor atenazaba a los hombres, unos porque era su primera tormenta, y otros porque tenían experiencia de lo que podía ocurrir. Los capellanes iniciaron una serie de rezos que acompañaron de largas letanías donde se invocaba el auxilio de la Madre de Dios. En el *San Juan*, fray Gaspar dirigía la oración.

—Virgo Fidelis.

—Ora pro nobis.

—Stella Matutina.

—Ora pro nobis.

—Refugium Peccatorum.

—Ora pro nobis.
—Auxilium Christianorum.
—Ora pro nobis.

Una fuerte sacudida hizo cabecear el galeón de forma peligrosa. Los hombres se apiñaron apretándose unos contra otros, como si de aquella forma encontrasen protección. El olor a sudor y a vómito lo llenaba todo. Lope de Vega, pese a que no se encontraba en las mejores condiciones, improvisó unos versos en los que invocaba la ayuda de la Madre de Dios para que los sacara con bien de aquella tormenta.

En el camarote del duque, en el *San Martín*, los papeles y los adminículos que había sobre la mesa rodaron por el suelo y el fanal se dio tal golpe que se rompieron los vidrios y el cirio se apagó.

—¡Santo Dios! ¿Qué va a ser de la armada? Si un coloso como este es zarandeado así, ¿qué estará ocurriendo con los pataches y las galeras?

—Excelencia, serenaos —respondió el capitán, que se había acomodado en el camarote junto a dos criados del duque—. Las olas son muy distintas y el impacto depende de la posición del barco cuando llegan.

La falta de experiencia marinera de Medina Sidonia, que había realizado una gran labor poniendo cierto orden y concierto en el desbarajuste de los almacenes en lo tocante a bastimentos y armamento, quedaba al descubierto.

La tormenta duró cerca de diez horas. Era de noche cuando dejó de llover y el viento amainó. Poco a poco, el mar fue serenándose y las olas perdieron intensidad.

Los hombres abandonaron la bodega —su aspecto era lamentable—. El contramaestre comenzó a impartir órdenes, aunque era noche cerrada:

—¡Farolero, encended los fanales! ¡Recoged velas! ¡Comprobad maromas! ¡Quiero una lista de desperfectos! ¡Los barberos, que comprueben si tienen trabajo! ¡Vamos! ¡Vamos!

—¡Dos disparos de falconete! —mandó el capitán, que salía del camarote del duque—. ¡Atentos a las respuestas!

Mientras los hombres cumplían lo ordenado, un lombardero cargó de pólvora el falconete de popa y efectuó el primero de los disparos. Luego, con uno de los de babor, realizó el segundo. Sonaron con fuerza en un mar cada vez más apaciguado.

En los minutos siguientes llegaron algunas respuestas al tiempo que, en medio de las sombras, se veían luces moviéndose en la distancia.

—Algunos responden, pero no parece que sean muchos —indicó el capitán al duque, que había salido a cubierta.

Parte de la noche transcurrió en calma, aunque no dejaron de funcionar las bombas de achique, en las que se relevaban los hombres cada hora. Con el primer resplandor del día, pudieron comprobar que, si el viento rolaba, la tormenta volvería a ser una realidad. Apenas se veía una docena de barcos. Poco después, desde la cofa, el vigía señaló que divisaba más de veinte.

El cielo estaba encapotado. Los carpinteros cambiaban tablas y se repasaba la estopa de los intersticios. Al pie del palo mayor los cuatro pilotos a bordo del *San Martín* consultaban sus cartas y hacían mediciones. Medina Sidonia aguardaba información en su camarote mientras hojeaba las instrucciones del rey sobre cómo había de ejercer el mando.

Sonaron unos golpecitos en la puerta.

—¡Entrad!

—Con el permiso de vuestra excelencia. —Sus palabras fueron acompañadas por el chirrido de los goznes.

Eran el capitán y el piloto mayor.

—¿Qué noticias tenemos? —preguntó mirando al segundo de ellos.

—Estamos a cuarenta y dos grados y cuarenta y cinco minutos, a la altura de la ría de Muros. La costa no debe de quedar muy lejos, pero no se avista, tampoco desde la cofa. Puede que nos hayamos alejado mucho.

—¿Qué hay de la armada?

—Desperdigada, excelencia. El vigía dice que sólo ve una veintena de barcos.

—¿¡Sólo veinte!?

—Señor, la tormenta ha sido fuerte y muy larga. Casi diez horas. En ese tiempo el mar puede hacer muchas cosas. Pero esa no es la peor noticia.

—¿Qué ocurre?

—La tormenta puede desencadenarse de nuevo. Si el viento rola, y tiene trazas de hacerlo, la tempestad que ha pasado va a juntarse con la que se acerca por poniente.

—¿Otra tormenta?

—Sí, señor. En mi opinión, lo mejor que podemos hacer en estos momentos es buscar refugio en La Coruña.

—¿Cuánto tardaríamos?

El capitán miró al piloto.

—La Coruña está a tres cuartos de grado de Muros. Eso son unas cuarenta y tres o cuarenta y cuatro millas. Con buen viento, pueden salvarse en tres o cuatro horas. Pero no sabemos a qué distancia estamos de la costa. Eso puede hacerlo variar mucho. Lamento no poder daros una información más exacta. Es imposible calcular la longitud desde el barco.

—Capitán, decid al timonel que ponga rumbo a La Coruña.

—A la orden, excelencia. Lo mejor es no perder un instante.

El *San Martín* trazó la ruta nornordeste y lo siguieron los demás barcos. Tres horas después se habían sumado muchos otros. Cuando divisaron la costa coruñesa, a la altura de Camariñas, se desencadenó un vendaval, pero no terminó en tempestad, por lo que la llegada se retrasó varias horas. Cuando el *San Martín* entraba en el puerto, la tarde estaba cayendo. En las horas siguientes no dejaron de llegar barcos, muchos de ellos entrada la noche.

Al día siguiente, se celebró una reunión en el camarote del *San Martín.*

—Señor, son treinta y ocho los barcos que han arribado hasta este momento —indicó Recalde—. No tenemos noticias del *Gran*

Grifón de Gómez de Medina y tampoco del *Trinidad Valencera* de Luzón. Llevan buena parte de la artillería de campaña. Es posible que muchos barcos hayan continuado la ruta hacia las Sorlingas, que era el otro punto de encuentro. No queda otra que esperar. Sabed también que al menos doscientos tripulantes están enfermos.

—También unos cuatrocientos soldados —apostilló Leyva—. El catarro tan común en Lisboa y que parecía haber desaparecido se ha agravado estas dos semanas. Muchos enfermarán en los próximos días.

—Hay más, excelencia —señaló Acuña Vela—. Gran parte de la comida se ha echado a perder. El agua la ha estropeado. Será necesario reponer bastimentos. Alguna pólvora también se ha mojado.

Medina Sidonia se acercó a la ventana del camarote. Abrió la ventanilla y aspiró el aire del mar.

—Demasiados problemas. Escribiré al rey pidiéndole que suspenda la expedición. Quizá no sea el mejor momento para llevarla a cabo.

Hubo incredulidad en algunos de ellos. Era cierto que habían tenido que afrontar inconvenientes inesperados, pero eso era algo que entraba en los cálculos de aquellos marinos, hechos a las dificultades que suponía navegar y que dependían de factores muchas veces incontrolables.

—Excelencia, excusadme, pero no creo que sea lo mejor —dijo Recalde—. Es mucho lo que hay en juego. Las tropas del duque de Parma están avisadas. Pese a los apuros, la armada está en marcha y, si Dios y su Santa Madre nos dan buen viento cuando amaine este temporal, en poco más de una semana estaremos entrando en el canal de la Mancha.

—Almirante, no sabemos dónde se encuentran muchos de nuestros barcos, y a bordo de algunos va buena parte de nuestra artillería de campaña. Ignoramos qué ha sido de los miles de hombres que van en ellos. Nos va a faltar comida, y si no la tenemos habrá que disminuir las raciones, con lo que ello supone. Su majestad debe tener conocimiento de la situación en que nos

encontramos. Mi opinión es que la expedición debería suspenderse y así se lo haré saber.

El duque escribió a Felipe II:

Sacra, Católica y Real Majestad:

Buena parte de la armada se encuentra a resguardo en el puerto de La Coruña porque ha sido mucha la mar y el viento, con tanta cerrazón y tormenta que no se ha visto en largo tiempo, según dicen los de esta tierra. Podemos tener por gran dicha haber encontrado aquí refugio por estar cerca. Las condiciones han sido tales que puede que muchos barcos, principalmente las galeras, se hayan perdido sin remedio. Como Vuestra Majestad me mandó, salimos de Lisboa y aquí hemos llegado con la flota dividida y maltratada. Queda con tan poca fuerza que considero que es muy inferior a la del enemigo, y así crea Vuestra Majestad que esto está muy flaco y no os engañe nadie con deciros otra cosa hallándonos como a la presente nos encontramos.

Por todo ello, mi opinión es que se recojan las fuerzas y dispongamos de otra estrategia para enfrentarnos a los ingleses y afrontar este negocio de una forma más conveniente para los altos intereses de Vuestra Majestad.

Aguardo en esta ciudad de La Coruña la respuesta que tengáis a bien dar a mi planteamiento, acatando lo que dispongáis con todo el celo con que cumpliré vuestros mandatos.

En la ciudad de La Coruña, hoy, festividad del Señor San Juan, que se cuentan veinticuatro días del mes de junio del año de mil y quinientos ochenta y ocho.

Besa la mano de Vuestra Majestad su más humilde servidor,

Alonso, duque de Medina Sidonia

Capítulo XXX

LAS JORNADAS siguientes se vivieron con mucha tensión en La Coruña. Cada día llegaban nuevos barcos y noticias contradictorias. Se decía que Felipe II estudiaba hacer caso a la petición del duque, y también que rechazaba de plano aquella posibilidad. Medina Sidonia se había reunido con el capitán general de Galicia, el marqués de Cerralbo.

—En un par de semanas puedo poner a disposición de vuestra excelencia —dijo a Medina Sidonia— quinientas arrobas de queso, otras tantas de frutos secos y mil libras de tasajos de carne, todo el orujo y vino que necesitéis, el bizcocho que los hornos puedan preparar en ese tiempo y también quinientos hombres de mar que sustituyan a los enfermos.

—Lo agradezco mucho a vuestra excelencia, pero he de esperar la respuesta de su majestad. Tal y como están las cosas, mi opinión es que la armada debe regresar a Lisboa y aguardar a que el tiempo amaine.

En un mesón que había en la Pescadería, que era como se conocía el barrio bajo de La Coruña que quedaba fuera del recinto amurallado, Lope de Vega, a quien acompañaban fray Gaspar y Alonso —habían hecho buenas migas los días que llevaban embarcados—, llamó la atención de los parroquianos improvisando versos que declamaba en pie. Su inventiva y capacidad para rimar

tenían admirados a sus amigos, y había logrado, cosa harto difícil, que otras conversaciones se apagaran y todos estuvieran pendientes de su recitación.

Cuando concluyó el aplauso fue general. El mesonero pagó una ronda y cada cual volvió a lo suyo. Se les acercó un viejo marino con los ojos enrojecidos por la vejez, una larga, rala y blanca barba y cubierta la cabeza con un pañuelo de color indeterminado que anudaba en la nuca.

—Discúlpenme vuesas mercedes, pero esos versos me han emocionado y me gustaría compartir el vino, si no es molestia.

—¡Sentaos y bebed, amigo mío! —lo invitó el poeta.

Se acomodó y, tras dar un trago a su jarrilla, les comentó:

—Tengan vuesas mercedes mucho cuidado con los ingleses, y también vuestra paternidad —añadió mirando a fray Gaspar—. Son herejes y no respetan los hábitos. Buenos marinos, pero mala gente. He combatido hasta tres veces con ellos. Sólo pelean cuando se saben con la ventaja.

—¿Qué ventaja puede ser esa? —preguntó Alonso.

—Atacarán a los barcos que, por alguna circunstancia, queden alejados de la armada. Entonces se lanzarán sobre ellos. No se atreverán a cargar contra la flota mientras esta mantenga la formación de combate. La pena es que don Álvaro haya muerto y no sea él quien la mande… Sólo con oír su nombre ingleses, turcos, franceses y holandeses se largaban a todo trapo. ¡Qué gran marino! Estuve a sus órdenes en la Terceira. ¡Allí zurramos la badana a los franceses!

Los días siguientes el tiempo se presentó bonancible. El viento del sur impulsaría la Gran Armada hacia su destino.

—Excelencia, deberíamos levar anclas —indicó Recalde al duque —. Hemos repuesto las tripulaciones y las bodegas y, aunque no están completas, se han reabastecido en buena medida. La armada está casi plena. ¡Es el momento de hacernos a la mar! ¡En muy pocos días estaremos llegando al Canal!

—Aguardaré la respuesta de su majestad.

—Señor, soy de la misma opinión que el almirante general —afirmó Leyva—. Creo que es el momento de zarpar. Tenemos buen viento.

La respuesta del rey tardó tres días. El buen viento había desaparecido, pero a Medina Sidonia no le quedaron dudas.

—Su majestad me ordena que se haga la jornada. Dice: «… en recogiendo las fuerzas, porque espero que Nuestro Señor ha de trocar todas esas dificultades de las que Vuestra Excelencia me habla en ventajas que vayan a mayor gloria de su Santo Nombre». —Alzó la vista del papel—. Se cumplirá a rajatabla y se seguirá delante.

Aquel día llegaron dos barcos que habían navegado hasta las Sorlingas. Por la tarde un correo traía cartas de don Bernardino de Mendoza.

—El embajador de su majestad en París informa de que la flota inglesa se ha reunido en Plymouth y de que la componen unos cien barcos —informó Medina Sidonia a los almirantes de las escuadras, invitados a un ágape.

—¿Cien barcos? —Martín de Bertendona había fruncido el ceño.

—Eso incluye los barcos auxiliares. Su reina ha embargado más de medio centenar de mercantes y los han artillado.

—Eso habla de lo preocupados que están —apostilló Acuña Vela.

—Dice que la manda *sir* Charles Howard y lo acompañan Hawkins y Drake.

—Tengo ganas de vérmelas con ese pirata. —Recalde no dejaba de acariciarse la barba—. Si es que osa plantar cara.

Rememoraron el ataque que había perpetrado contra Cádiz hacía algo más de un año. Causó graves daños a los barcos que allí se encontraban, lo que había retardado la formación de la escuadra.

—Dice don Bernardino que Drake ha tenido una fuerte discusión con Hawkins y que hubieron de separarlos porque amenazó con destriparlo.

—No me sorprende. Ese pirata tiene mucho de fanfarrón.

—Supongo que su objetivo es buscarnos para evitar que lleguemos al Canal y embarquemos las tropas de Parma —afirmó el veedor.

—No lo creo —respondió Oquendo—. Nunca se enfrentan abiertamente a nuestras armadas. Buscarán sorprendernos con algo.

—¿Con atacar Lisboa?

—Excelencia…, si nosotros sabemos que su armada se congrega en Plymouth, quién la manda, cuántos barcos la forman e incluso la riña que tuvieron dos de sus almirantes…, ellos saben que estamos aquí —aseveró Oquendo.

—¡Maldito vendaval! —El almirante Howard farfullaba en el puente de mando del *Ark Royal* mirando cómo las olas, cada vez mayores, golpeaban el costado de estribor, y las velas, desplegadas por completo, suponían un serio problema para la estabilidad del poderoso galeón.

Los había acompañado un buen viento que soplaba del norte desde que sus barcos salieron de Plymouth hacía cinco días, pero aquella mañana, con las primeras luces del amanecer, comprobaron que había rolado. Soplaba de poniente y traía una densa capa de nubes.

—Señor, eso es el anuncio de lo que se nos viene encima. —El piloto señaló el nublado que se acercaba con mucha rapidez—. Hay que recoger el velamen o terminaremos en las costas de Aquitania.

—Que el contramaestre dé las instrucciones oportunas —indicó al capitán.

—¡A la orden, señor!

A toda prisa se recogió trapo, y se transmitía de unos barcos a otros que se hiciera lo mismo para tratar de evitar en lo posible la dispersión. Lo acordado era que, ante problemas como aquel, se regresaba a Plymouth.

Drake, a bordo del *Revenge*, soltó un puñetazo sobre la barandilla del puente de mando, acompañado de una maldición. El tiempo le jugaba una mala pasada. Había sido el principal impulsor de aquella expedición que ahora se abortaba. Su deseo era sorprender a la armada española en La Coruña y llevar a cabo algo

parecido a lo que había hecho en Cádiz el año anterior, pues consideraba que era la mejor forma de conjurar el peligro que se cernía sobre ellos. Sabía que si los tercios desembarcaban llegarían a Londres, pese a que se habían reforzado las defensas costeras.

A regañadientes ordenó que se recogieran las velas para no verse arrastrado hacia el este por la fuerza del temporal. Cuando abandonaba el puente de mando y se dirigía a su camarote, habían empezado a caer las primeras gotas de una lluvia que iba a arreciar muy pronto.

La flota inglesa logró sortear el temporal, que resultó menos grave de lo temido por Howard, aunque dispersó una parte de ella. Los barcos llegaron a puerto sin mayores problemas gracias a la pericia de sus timoneles, pero su objetivo de atacar la armada española se había esfumado.

En Londres, la reina no había ocultado su cólera al tener noticia de que la flota se había visto obligada a regresar a Plymouth. Pensaba igual que *sir* Francis Drake, a quien hacía algunos años había nombrado caballero a bordo de su barco, el *Golden Hind.*

—¡Si los papistas ponen pie en tierra, tendremos serios problemas!

—Quizá, mi señora, eso haya sido lo mejor que nos podía ocurrir. —Walsingham apenas había levantado la voz.

Isabel I lo miró con la ira brillando en sus ojos.

—¡Por Dios, que no os entiendo! ¡Hablad más alto!

—Majestad, que la flota haya regresado significa que podrá hacer frente a la armada de Felipe II cuando se acerque a nuestras costas.

—¡Lo que Howard tenía que hacer era lo mismo que Drake en Cádiz el año pasado!

—Majestad, sorprenderlos una segunda vez no… no habría resultado tan fácil.

Isabel I se levantó para acercarse hasta un mapa de grandes dimensiones que estaba colocado sobre un caballete.

—Si nuestra flota ha regresado a Plymouth, significa que la armada española podrá llegar al Canal.

—Así es, mi señora. Será ahí donde los atacaremos. Los grandes galeones del rey de España tendrán mayores dificultades para maniobrar en esas aguas. Aunque lo fundamental es que no logren embarcar a las tropas del duque de Parma que aguardan en la costa.

—Pero las noticias que tengo es que a bordo traen veinte mil soldados.

—Esa es la cifra que nos han dado nuestros agentes en Lisboa. Sin embargo, no son tropas tan experimentadas como las que tienen en Flandes, y la armada, como ya sabe vuestra majestad, no la manda don Álvaro de Bazán. Su muerte significa que Dios está con nosotros.

—¡Esa es la única buena noticia que hemos tenido desde hace meses! ¡En Londres siguen apareciendo pasquines que invitan al levantamiento y a colaborar con los papistas!

—Majestad, se han realizado numerosas detenciones y los ejecutados son más de medio centenar —se excusó Walsingham, que se había guardado la noticia recibida aquella mañana.

—¡No es suficiente! ¡El ambiente en Londres es de miedo! ¡Hay mucho temor en lugar de arrestos para afrontar lo que pueda ocurrir!

—Majestad, no está claro lo que pueda suceder…

Isabel I clavó su mirada en Walsingham.

—¿Qué clase de arcano encierran vuestras palabras?

—Esta mañana, mi señora, hemos recibido noticias de Stafford.

—¡¿Cómo… cómo no me habéis informado antes?!

—Majestad, aún no conozco el contenido de su carta.

En aquel momento, sonaron unos golpes en la puerta. Era el *lord* tesorero, Burghley.

—Majestad… —Se había quitado el bonete y hacía una reverencia.

—¿Qué ocurre?

—Majestad, en la antecámara está uno de los truchimanes de *sir* Francis. —Burghley miró a Walsingham.

—Es quien trae el texto de Stafford, desencriptado.

—¿A qué esperáis?

Salió a toda prisa del gabinete y regresó al punto.

—Majestad, lo que Stafford dice es que, en cuanto esté reabastecida, la armada enemiga zarpará de La Coruña hacia las Azores, para continuar hasta La Habana.

Burghley frunció el ceño.

—¿Esa información es de fiar? Stafford decía hace pocas semanas, cuando la armada estaba todavía en Lisboa, que el destino era el Mediterráneo y su objetivo apoderarse de Argel. Algo que no encaja con las noticias que nos llegan de Estambul, donde los representantes de Felipe II han cerrado una tregua con los otomanos. Si los españoles hubieran atacado Argel, habría sido tanto como prender la mecha a un barril de pólvora. ¡No me fío de Stafford! ¡Ahora dice que el destino de esa flota es La Habana!

—No debéis olvidar que la información que obtiene supone un riesgo muy alto para él. La consigue sonsacando a don Bernardino de Mendoza.

—¡Por eso precisamente, *sir* Francis! ¡Mendoza no es de fiar! ¡Tuvimos que expulsarlo! ¡Sus agentes estaban por todas partes! ¡No había cosa que ocurriera en Londres de la que no estuviera informado! ¡Estaba en todas las conspiraciones que se urdieron! ¡Es posible que esté dando a Stafford la información que le conviene! Majestad…, en estos momentos hay demasiados indicios que señalan que los españoles buscan hollar nuestra isla. Porque…, decidme ¿qué hacen los soldados del duque de Parma acantonados en las proximidades de Dunkerque?

La pregunta de Burghley impuso un silencio que la reina rompió:

—Han de tomarse todas las disposiciones a nuestro alcance para enfrentarnos a los papistas. La flota ha de estar dispuesta para hacer frente a los españoles. Escribid a Leicester para que sus tropas estén prestas ante lo que pueda ocurrir. ¡Nadie debe descuidarse: es mucho lo que nos jugamos! Ahora podéis retiraros.

Abandonaban la estancia cuando la voz de la reina los detuvo:

—Burghley, quedaos. He de tratar con vos un asunto.

Una vez solos, Isabel I le preguntó:

—¿Qué pensáis de que Stafford proporcione datos tan extraños?

El tesorero sopesó sus palabras. Sabía que la reina no hacía preguntas gratuitas. No perdonaba los errores, o al menos no fácilmente. Una equivocación podía suponer perder su favor e incluso la cabeza. Por el contrario, un acierto podía significar mucho. Quizá había ido demasiado lejos cuando señaló que Stafford tal vez fuera víctima de un engaño, aunque ahora estaba convencido de que era un juguete en manos de don Bernardino de Mendoza, que era hombre curtido, hábil y muy enredador.

Decidió arriesgarse:

—Majestad, don Bernardino de Mendoza es muy hábil. Es posible que Stafford haya caído en sus redes…

—¿Estáis diciéndome que podría estar traicionándonos?

—Mi señora, eso es algo de mucha gravedad…, pero no descartaría la posibilidad.

—Averiguadlo, Burghley, averiguadlo.

Poco después, dos jinetes abandonaban Londres. Su destino era la capital de Francia.

Capítulo XXXI

LA GRAN ARMADA estaba en condiciones de hacerse a la mar. Habían llegado a La Coruña todos los grandes barcos, incluidos los que se desviaron hacia las Sorlingas, y podían partir salvo cuatro galeras que se perdieron y varias carabelas que sufrieron tales desperfectos que aguardar a su reparación hubiera retrasado la salida varias semanas más. Se desecharon los alimentos que estaban en malas condiciones, pero el marqués de Cerralbo había cumplido su compromiso de reabastecerlos adecuadamente. También consiguió que desde diferentes puertos de Galicia llegaran marineros para suplir las bajas, e incluso se habían incorporado tres compañías para cumplir el número de veinte mil soldados embarcados.

La tarde del veintidós de julio el viento era favorable. Medina Sidonia escribió al rey informándole de que, superadas las vicisitudes, al día siguiente, si Dios no disponía otra cosa, saldrían a mar abierto.

También redactó una carta dirigida al duque de Parma, que se impacientaba en Dunkerque. La última noticia que había tenido de la armada se la llevó el capitán Moresín, enviado por Medina Sidonia, quien no había llegado a su campamento hasta el veintidós de junio. Le decía que le despachaba aquel mensaje para que tuviera conocimiento de que había zarpado de Lisboa y que trataría de

juntar los hombres que llevaba a bordo con los suyos, además de no modificar un ápice las órdenes del rey. También que volvería a avisarlo cuando llegase a la costa de Inglaterra, y que tuviera dispuestos sus tercios para embarcar y cruzar el Canal.

En su carta decía a Alejandro Farnesio:

… sepa V. E. que soy el primero en lamentar los problemas que este retraso ha provocado y las dificultades a las que V. E. habrá tenido que hacer frente para mantener cerca de los lugares de embarque a tan elevado número de hombres como los que están bajo el mando de V. E. y aguardan impacientes nuestra llegada. Pero si el viento continúa favoreciendo nuestra empresa, mañana, que se contarán veintitrés días del mes de julio, nos haremos a la mar desde este puerto de La Coruña. Con la ayuda de Dios, siempre necesaria, espero poder estrechar la mano de V. E. en poco más de una semana. Por ello Vuestra Excelencia deberá estar presto para embarcar en un plazo no superior a diez días, si Dios Nuestro Señor no dispusiera otra cosa, lo que no espero por ser esta empresa tan de su servicio.

Presento mis respetos a V. E.

La Coruña, a veintidós días del mes de julio del año de mil y quinientos ochenta y ocho.

Alonso, duque de Medina Sidonia

Luego mantuvo un encuentro con los jefes de escuadras y señaló dos cuestiones:

—Caballeros, hemos afrontado graves dificultades, pero gracias a los trabajos de vuestra excelencia —miró al marqués de Cerralbo— la armada se encuentra en condiciones de hacerse a la mar, y con el buen viento que Dios nos ha concedido podremos zarpar mañana. El punto de reunión, caso de que resultase necesario, serán de nuevo

las Sorlingas. Eso significa que las instrucciones de los pilotos a timoneles y contramaestres serán proa al norte hasta avistar ese archipiélago. En la medida de lo posible, dadas las grandes diferencias que hay entre nuestros barcos, se habrá de mantener una formación en cuerno con las carracas y las galeazas en vanguardia. Tras ellas los galeones de Portugal con el *San Martín* en el centro. Ellos constituirán la vanguardia, seguidos por las naos y las galeras de don Diego de Medrano, que protegerán una escuadra de urcas. En los extremos de las alas irán el *San Juan* de Recalde y el *San Marcos* de Peñafiel, y tras ellos los galeones de Castilla protegiendo las zabras, las pinazas, los pataches y otras embarcaciones menores que formarán en retaguardia. ¿Alguna duda?

Recalde alzó la mano.

—Decid, almirante.

—Excelencia, queda claro que nuestro objetivo es embarcar y dar protección a los tercios del duque de Parma. Pero si destruyéramos la flota inglesa habríamos eliminado el principal obstáculo para llevar a cabo esa operación, que plantea serias dificultades por la poca profundidad de las aguas.

—¿Vuesa merced insiste en atacar a la flota inglesa?

—Así es, excelencia. Si logramos saber que están en Plymouth, deberíamos atacarlos porque ellos solos se han metido en una ratonera. Tendrán problemas para hacer frente a nuestros galeones.

—Esas, almirante, no son las órdenes del rey.

—Señor, las órdenes del rey son que llevemos a nuestros soldados a pisar suelo inglés. Si destruimos su flota, la labor que nos ha encomendado se podrá cumplir.

—Soy de la misma opinión, excelencia —dijo Gómez de Medina.

También se sumó Oquendo a esa idea.

—Seguiremos las órdenes del rey —respondió Medina Sidonia—. Nuestro objetivo es llegar a la costa de Flandes. Pondremos proa a las Sorlingas y viraremos hacia levante, sin alejarnos de la costa inglesa, hasta entrar en el Canal. No es enfrentarnos a la flota

enemiga, sino llegar hasta la costa flamenca para embarcar las tropas del duque de Parma.

Al día siguiente, poco después del amanecer, los capellanes celebraron misa en todos los barcos de la armada. Se impartió una bendición general y acto seguido en el *San Martín* se izó el estandarte real. Muchos hombres procedían de una leva obligatoria, pero otros tantos tenían deseos de ajustar cuentas con aquellos herejes ingleses.

El estampido de un cañonazo indicó que se iniciaba la marcha. Por la bocana del puerto salieron los navíos de dos en dos y hasta de tres en tres, dirigidos por prácticos que conocían aquellas aguas como la palma de su mano. Únicamente cuando uno de los poderosos galeones o una de las grandes urcas enfilaba la bocana, se lo dejaba solo para evitar que se produjera algún accidente. Desde que los primeros barcos salieron hasta que las últimas urcas abandonaron el puerto de La Coruña pasaron más de diez horas.

Los pilotos habían dado instrucciones a los timoneles de que el rumbo marcado era alcanzar las Sorlingas, en la costa suroeste de Inglaterra, frente a la península de Cornualles. Ese, además, volvería a ser el punto de reunión caso de que se desatase una tormenta o los vientos no fueran favorables. Luego enfilarían la ribera del mediodía inglés en dirección al canal de la Mancha.

El viento se mantuvo de componente sur durante tres días impulsando la armada hacia su destino, pero al cuarto se desató un temporal que dispersó parte de los barcos. No fue particularmente grave, pero cuatro galeras sufrieron desperfectos y quedaron descolgadas, por lo que optaron por regresar a La Coruña. Una nao perdió el palo mayor y parte del velamen, que no había sido recogido a tiempo, y quedó a merced del viento, que la empujó hacia las costas de Francia.

Poco después del amanecer del veintinueve de julio el vigía del *San Juan*, encaramado a la cofa, avistaba en el horizonte un número creciente de velas.

—¡Barcos a la vista! ¡A levante y a babor!

Muchos hombres corrieron a la borda, pero todavía no se distinguían las velas. Recalde subió al castillete de proa y, con un catalejo, oteó el horizonte.

—¡Ahí los tenemos! ¡Han salido de Plymouth! —dijo a su ayudante.

Alonso, que también estaba en el castillete, apretó con fuerza el puño de su espada.

—¡Alférez, izad el estandarte de combate!

—¡A la orden, señor!

—¡Estandarte de combate! ¡Todos a sus puestos!

Los contramaestres comenzaron a impartir órdenes. Todos se movían rápidamente. En los costados del *San Juan* se abrieron las escotillas y aparecieron las bocas de sus poderosos cañones: treinta y dos —dieciséis en cada banda—, a los que se sumaban cuatro bombardas y seis falconetes. Se ajustaron las cureñas y los artilleros se prepararon. Al tiempo que la tripulación cumplía las órdenes, los soldados se disponían para el combate. Los arcabuceros se colgaban los saquillos de pólvora, comprobaban las balas y prendían las mechas. Cerca de la proa, en la borda de estribor, a Lope de Vega lo invadía la tensión que en aquellos momentos se apoderaba de todos los hombres.

En el *San Martín*, cuya potencia de fuego era similar a la del *San Juan*, también se había izado el estandarte de combate y Medina Sidonia, desde el puente de mando, asistía a los preparativos. Las dos compañías de infantes que iban a bordo, más de cuatrocientos hombres entre arcabuceros, mosqueteros, piqueros y algunos ballesteros, se aprestaban a luchar. Los cañones estaban listos.

La Ragazzona de Bertendona y *La Rata Encoronada* que mandaba Martínez de Leyva, dos carracas gigantescas que iban en vanguardia, serían las primeras en entrar en combate. Se dispusieron los garfios para abordar al enemigo.

La tensión era máxima. Se habían soportado muchas dificultades: problemas con el avituallamiento y aparejo de los barcos; la muerte de don Álvaro de Bazán y el cambio en la capitanía de la armada, tormentas que la habían desbaratado y el hacer frente a malos

vientos que entorpecieron gravemente alcanzar aquel instante: tener al enemigo a la vista. Ahora, con las dos armadas frente a frente, llegaba el gran momento que habían esperado y temido.

Los capellanes se apresuraban a impartir bendiciones, implorar por el perdón de los pecados y rezar por la salvación de las almas.

Fray Gaspar, empuñando un crucifijo, se subió al castillete de popa para impartir desde allí su bendición. El movimiento en cubierta se había paralizado al oírse el redoble de tambor que sonaba junto al dominico. Los hombres se destocaron de morriones, sombreros y gorros. El silencio, sólo roto por el oleaje del mar, el ondear del velamen y de los estandartes y banderas, impresionaba. Su voz sonó ronca y potente:

—Sois soldados de Cristo porque vuestra lucha, más allá de la defensa del rey, lo es contra unos herejes que, separados de la verdadera religión, incendian iglesias donde realizan toda clase de inmundicias, destrozan imágenes y se burlan de lo más sagrado. Han colmado la paciencia de su majestad y lo han llevado a enfrentarse a su arpía reina. Sois el brazo ejecutor de la justicia divina. Por todo ello —dijo mientras alzaba el crucifijo y los hombres se postraban de hinojos—, *benedicat vos omnipotens Deus: Pater, et Filius, et Spiritus Sanctus.*

Los hombres respondieron con un amén y se incorporaron.

Otro redoble de tambor, ahora desde el puente de mando, hizo que todos se volvieran. Las palabras del almirante fueron concisas:

—¡Ahí están los ingleses! ¡Demostradles quiénes somos y cómo combatimos! ¡Por Santiago y por el rey!

—¡España, España! ¡Por Santiago! ¡Por el rey! —Las voces atronaron en el aire y se mezclaron con las de otros muchos barcos, donde se habían vivido momentos parecidos.

Poco después…

—¡Se retiran! ¡Los ingleses se retiran! —El grito se repetía desde las cofas de los navíos que formaban la vanguardia.

Con el catalejo, Recalde comprobaba que las velas inglesas desaparecían del horizonte. Le pareció identificar al *Revenge* y farfulló:

—¡Ese pirata pone agua de por medio! ¡Lo suyo es atacar naves aisladas! ¡Ahora larga velas!

Medina Sidonia había llamado a en el *San Martín.*

—Los ingleses se han retirado. Eso nos facilita el camino hacia el canal de la Mancha y las costas de Flandes…

—Disculpad, excelencia —intervino Gómez de Medina—. No creo que hayan dejado el campo libre. Han querido comprobar que hemos llegado.

Hubo un largo debate que acabó el duque dando la palabra al almirante general:

—En esta costa tienen varios puertos, pero los informes que poseemos indican que los dos capaces de albergar el centenar de barcos que forman su flota son Plymouth, que queda cerca, y Portsmouth, un poco más alejado. Mantengo mi opinión de que deberíamos atacarlos en cualquiera de ellos. Podemos derrotarlos. Tienen dificultades para enfrentarse a nuestros galeones de guerra. Han armado mercantes, como nosotros hemos hecho con las urcas.

La propuesta de Martínez de Recalde dio lugar a otro debate. En las armadas de la monarquía hispánica, la decisión final la tomaba el máximo responsable, pero siempre tras haber oído las opiniones de quienes estaban bajo su mando.

Medina Sidonia se encontró con que casi todos opinaban igual que Recalde. Pero él, en su condición de capitán general, se mantuvo en que se seguirían a rajatabla las órdenes del rey, que eran llegar a la costa flamenca para embarcar a los tercios de Farnesio.

Cuando Recalde regresó al *San Juan* ya estaban encendidos los fanales del galeón. En su camarote, adonde había llamado al capitán Santurce, al alférez Sandoval y a fray Gaspar, se desahogó:

—Su excelencia el duque no es un marino. Ha sido muy eficaz a la hora de aprestar la armada, resolvió los problemas de suministros cuando llegó y también el reabastecimiento en La Coruña. Pero no es marino. Los ingleses, al resguardarse en uno de sus puertos, están metidos en una ratonera. Podríamos aniquilarlos.

Su criado había servido vino y dispuesto sobre la mesa unas escudillas con aceitunas encurtidas, frutos secos, tacos de queso en aceite, largas tiras de bacalao seco y embutidos cortados en gruesas rodajas; aquello era casi un banquete, dadas las raciones que se daban a la marinería y la tropa.

—Señor, su excelencia no quiere asumir responsabilidades más allá del cumplimiento de las órdenes de su majestad —indicó Alonso —. Ha aceptado el mando de la armada contra su voluntad. Así se lo expuso al rey cuando recibió el mandato y la indicación de que no pasase por Madrid.

—¿El duque quiso ir a la corte? —preguntó el almirante.

—Pero el rey no se lo permitió.

—¿Cómo sabéis eso?

—Porque nos lo ha dicho un soldado que llegó de Madrid poco antes de que embarcásemos. Se llama Lope de Vega y es un reconocido poeta.

—Ha dedicado unos hermosos versos al marqués de Santa Cruz —apostilló fray Gaspar.

—Un poeta empuñando un arcabuz… Armas y letras han sido siempre una gallarda combinación. En fin, su excelencia realizó un gran trabajo en Lisboa poniendo orden en el desbarajuste que había en el avituallamiento y apresto de la armada. Pero no es un marino —insistió por tercera vez Recalde—. Si por él hubiera sido, nos habríamos quedado en La Coruña. No nos queda más que obedecer, pero podríamos asestar un duro golpe a los ingleses y devolverles lo que Drake nos hizo en Cádiz.

Dos días más tarde, cuando navegaban a la altura de Plymouth sin perder la formación de combate, cruzaron algunos disparos con unos barcos ingleses. Podía ser el preludio de la batalla que los españoles esperaban. Pero el viento, que había favorecido a los ingleses para sacar sus navíos de Plymouth, les permitió seguir a la armada, de la que se descolgaron el *Nuestra Señora del Rosario* y el *San Salvador*. Los rivales los avistaron y, con el viento a favor, lo que impedía a otros navíos españoles acudir en su ayuda, los atacaron. El combate iba a ser muy desigual.

Antes de que se cruzaran los primeros disparos, una explosión hizo saltar por los aires toda la arboladura del *San Salvador*. Desde el *Nuestra Señora del Rosario*, Valdés golpeó la barandilla del puente de mando.

—¿Qué demonios ha pasado?

—¡Es muy raro, señor!

Las llamas se elevaron sobre la cubierta del barco español que quedaba fuera de combate y los ingleses se centraron en el *Nuestra Señora del Rosario*, que parecía una presa fácil. El *Margareth and John* encabezó el ataque, pero se encontró con una andanada de balas desde la banda de babor que le causó numerosas bajas. Por la banda de estribor los españoles vieron que una chalupa y dos bateles llegaban llenos de hombres.

—¡Es la gente del *San Salvador*! ¡Han abandonado el barco!

La situación se complicó. Había que auxiliar a quienes se acercaban y al mismo tiempo combatir a los ingleses.

—¡Hay que mantener a esos herejes a distancia! ¡Preparados para abrir fuego de nuevo! —ordenó Valdés—. ¡Lanzad las escalas y ayudadlos! ¡Eso es prioritario!

En medio de la confusión, el contramaestre, que era un veterano experimentado, logró que los hombres del *San Salvador* fueran izados al *Nuestra Señora del Rosario*. Luego, sin esperar órdenes de arriba, mandó que colocaran barrilillos de pólvora en las chalupas y los bateles, al no ser posible subirlos a bordo, y con unos cañonazos los mandó al fondo del mar.

Aquella operación había distraído parte de los efectivos de la lucha contra los ingleses. Estos aprovecharon para dañar la arboladura del *Nuestra Señora del Rosario*, que sin embargo fue capaz de mantenerlos a distancia. Pese a que había perdido el palo de mesana y tenía tocado el mayor, el *Margareth and John* no se atrevió a abordarlo. Se retiró y los demás buques de su flota siguieron su ejemplo.

—¡Se retiran! ¡A esos herejes les faltan cojones para enfrentarse a nosotros!

—¡Acercaos, cabrones! ¡No os escondáis bajo las faldas de vuestra puta madre!

—¡Sólo servís para piratas! ¡Maricones!

Pese a aquellos desahogos, la situación en el *Nuestra Señora del Rosario* era difícil. Tenía destrozada gran parte de la arboladura, problemas con el timón y, lo que era peor, había perdido el contacto con la armada. Estaba aislado y con serias dificultades para navegar.

Valdés bajó del puente de mando con el rostro ennegrecido.

—¡Si vuelven, lo pasaremos mal!

El capitán del *San Salvador* se acercó y le agradeció haberlos salvado. Mientras, varios de sus soldados se esforzaban por proteger a un hombre maniatado al que otros trataban de agredir.

—¿Qué demonios ocurre?

—Una extraña historia, señor. —Valdés arqueó las cejas—. El *San Salvador* ha explotado por un acto sedicioso.

—¡¿Qué estáis diciéndome?!

—Un artillero ha provocado el estallido. Es aquel, el de las manos atadas. —Señaló a un sujeto barbudo y corpulento que estaba arrodillado junto al pie del trinquete, vigilado por varios hombres.

—¿Por qué lo ha hecho?

—Por un asunto de cuernos.

Aquellas palabras provocaron murmullos y cierta hilaridad que relajaron momentáneamente la seriedad del momento.

—¿Os importaría explicaros?

—Lo que he podido averiguar, que no ha sido mucho, es que la esposa de ese artillero, que es alemán, se las entiende con uno de los marineros del barco. Todo lo que se le ha ocurrido para vengarse ha sido prender un barril de pólvora en la santabárbara. Cuando lo vimos era demasiado tarde y…

—¿Había una mujer en ese barco?

—No, señor, la historia viene de lejos. Parece ser que se enteró de que su mujer le ponía los cuernos estando en Lisboa. La explosión ha costado la vida a más de treinta hombres.

—¡Ese alemán es un cabrón!

El juicio fue sumarísimo y los testimonios contra él abrumadores.

—¡Hans Günde!, ¿tenéis algo que decir?!

El silencio era total en el *Nuestra Señora del Rosario.*

El artillero, cuya inclinada cabeza caía sobre su pecho, no contestó.

Fue preguntado una segunda vez:

—Hans Günde, ¿tenéis algo que decir en vuestra defensa?

Tampoco respondió.

Preguntado una tercera vez con idéntico resultado, se dictó sentencia:

—Dada la magnitud de los crímenes cometidos, por la autoridad que me otorgó su majestad, os condeno a ser colgado por el cuello hasta morir y a que vuestro cuerpo sea arrojado al mar. ¡Cúmplase la sentencia sin demora!

—¡Un momento! —Aquel grito acalló insultos contra el alemán.

—¿Páter? —preguntó Valdés.

—Hasta un criminal como él tiene derecho a confesarse.

—¡Cinco minutos, padre Diego! ¡Ni uno más! Además de cabrón, ¡ese tudesco es un asesino!

El sacerdote intentó inútilmente que se arrepintiera.

—¡Mil veces volvería a hacerlo! ¡Sólo lamento que esa puta no estuviera a bordo!

Minutos después era colgado de la verga entre improperios. Tras una serie de convulsiones el cuerpo quedó inmóvil. Entonces se hizo el silencio. La muerte siempre produce un respeto.

El cadáver fue bajado, puesto sobre una tabla y arrojado al mar sin ser lastrado.

Los hombres volvieron a sus tarea; entre ellas, arreglar hasta donde fuera posible los desperfectos del *Nuestra Señora del Rosario*. Valdés intentó que virase para acercarlo a la costa y encallar, pero la noche se echó encima sin conseguir apenas moverlo. Era una presa fácil. Cuando amaneció al día siguiente se encontró cercado por media docena de barcos ingleses. Como su artillería estaba intacta, se defendió durante cuatro horas de los que lo atacaban por estribor.

Eso le dio una pequeña ventaja y el viento lo acercó a la ribera. Valdés aprovechó para echar los bateles y que una parte de sus hombres se alejase mientras la artillería del galeón mantenía a raya a los enemigos. Cuando agotaron la munición, los bateles se habían distanciado lo suficiente como para ganar la costa. Pero antes de eso apareció el *San Juan* y los recogió. No pudo llegar para salvar al *Nuestra Señora del Rosario*, ya rendido al *Revenge* de Drake y saqueado por los ingleses, que con el viento a favor largaron velas y pusieron mar de por medio para no tener que vérselas con el barco que mandaba Recalde.

Capítulo XXXII

HABÍA alguna protesta silenciosa porque las raciones habían sido reducidas en un quinto y se vigilaba el estricto cumplimiento de los mandatos del rey respecto a la conducta de los hombres.

Estaba severamente castigado blasfemar —más de uno había sentido en su espalda haber dicho alguna inconveniencia—, y la bebida se limitaba al aguardiente de la ración primera de la mañana y al vino del almuerzo. Nada de licores obtenidos mediante destilaciones, como el extraído de la caña de azúcar, muy común entre las gentes del mar. También, por orden expresa de Felipe II, se habían prohibido los juegos tanto de naipes como de dados porque excitaban mucho y se producían graves ofensas a Dios. Eran numerosos los que perdían el seso buscando ganancias fáciles y se encontraban con pérdidas importantes, siendo las deudas de juego algo muy respetado. Las peleas, a veces por nimiedades, que eran moneda corriente en las tripulaciones, se consideraban falta grave y se castigaban con diez latigazos.

Lope de Vega distraía los ratos de holganza leyendo *Los cuatro libros del virtuoso caballero Amadís de Gaula*, que alternaba con *La Galatea* de un tal Cervantes y dos volúmenes que había comprado en Lisboa: uno de poemas editado en esa ciudad, sin pie de imprenta, titulado *Las obras de Boscán y algunas de Garcilaso de la Vega*, y un poema épico escrito en portugués: *Os Lusíadas*, cuyo

autor, Luis de Camoens, había fallecido hacía pocos años. Se acomodaba pegando la espalda a la borda junto a la toldilla, donde el movimiento era más suave, y se embebía en los libros. Muchos —la mayor parte de los hombres embarcados eran iletrados— lo miraban con curiosidad. No era habitual que los ocios se distrajeran así. Lope combinaba las lecturas con charlas con fray Gaspar, que era otro de los que leían, pero en el capellán no llamaba tanto la atención como en un simple arcabucero. Entre aquellas gentes de mar saber latín era algo muy considerado, y conllevaba un respeto añadido al que proporcionaban los hábitos. Lo que la mayoría ignoraba era que, en muchas ocasiones, el latín de los clérigos se limitaba a recitar de memoria las frases que se decían en la misa y poco más. No era el caso de fray Gaspar.

—Hace tiempo leí el *Amadís de Gaula*. ¿Qué le parece a vuesa merced?

—Este Montalvo tiene una gran imaginación, páter, algo muy importante para quienes quieren ver sus escritos en letras de molde. Pero las cosas han cambiado mucho desde que se publicó. Hoy se buscan otras formas de contar las cosas.

—Pero es mucha la gente que disfruta con esas historias. Pese a los años transcurridos, siguen leyéndose. Vuesa merced es un ejemplo.

—No le quito mérito. Pero hoy las cosas van por otros caminos. La que me parece magnífica es la obra de Camoens. —Sacó del morral el ejemplar de *Os Lusíadas*— . Es capaz de dar a sus palabras un tono de épica. Esto es una epopeya dedicada a las grandes hazañas que los marinos de Portugal han realizado.

—He oído hablar de ella, aunque no la he leído.

—Haré una cosa que no debe hacerse…

—¿Qué pensáis hacer?

—Prestársela a vuestra paternidad.

Fray Gaspar arrugó la frente.

—¿Por qué no debe hacerse?

—Porque los libros no deben prestarse, páter.

—Dadme, al menos, una razón para que digáis eso.

—Porque son muchos más quienes se los quedan que quienes los devuelven. Conocí a un canónigo que poseía una magnífica biblioteca, ¡más de quinientos volúmenes! Me enseñó dos baldas repletas de interesantes obras y me dijo: «Todos esos libros me los han prestado». ¡El muy bribón alardeaba de no haber devuelto ninguno!

—¿Qué os parece esa… *Galatea*?

—Cervantes es amigo mío y esa novela promete cosas mayores. Es lo primero que ha dado a la estampa, pero en sus páginas adivino uno de los grandes ingenios de nuestro tiempo…

Los alertó un cañonazo. Desde la cofa, el vigía gritaba:

—¡Enemigo a babor!

Recalde salió de su camarote, subió a la toldilla y enfocó con su catalejo. Efectivamente, se trataba de los ingleses.

—¡Ahí los tenemos otra vez! —le dijo a Alonso, que había acudido a su lado—. Veremos si no salen corriendo como el otro día. Alférez, izad el estandarte de combate. ¡Como sopla el viento, les tenemos ganado el barlovento! Sólo quieren enseñarnos los dientes para que sepamos que están ahí. Si mantenemos la formación cerrada, no se atreverán a atacar.

Poco después sonaron los primeros cañonazos. Se oían lejanos, a mucha distancia.

La voz de fray Gaspar los puso en alerta:

—¡En la popa! ¡Los tenemos aproximándose por la popa!

Una docena de barcos ingleses habían aparecido a retaguardia.

—¡Timonel, noventa grados a estribor! ¡Preparad los cañones!

El capitán Santurce impartía órdenes a sus soldados:

—¡Arcabuceros, a la borda de estribor! ¡Las armas dispuestas!

Mientras el contramaestre mandaba disponer el velamen para la maniobra, medio centenar de arcabuceros se colocaban en la borda, y tras ellos, otro medio centenar se preparaba para darles el relevo cuando se lo ordenaran. Les llegaron los primeros impactos y dos hombres cayeron muertos. Los heridos fueron el doble.

—¡Vamos, vamos! ¡Más deprisa! ¡Nos va la vida en ello!

El poderoso *San Juan*, que había abierto las troneras por donde ya asomaban las bocas de sus cañones, buscaba la posición para entrar en combate. Varios galeones más, con el *Gran Grifón* a la cabeza, también maniobraban para encarar la batalla.

—¡Preparad los garfios! —urgió Santurce—. ¡Atentos los piqueros! ¡Intentaremos abordarlos!

Una segunda lluvia de proyectiles cayó sobre la cubierta del *San Juan*, pero el movimiento se había completado. La orden fue inmediata.

—¡Fuego!

Docena y media de cañones dispararon casi al unísono. El estruendo y el fuerte olor a pólvora estimularon a quienes se preparaban para la refriega. El humo lo llenaba todo y apenas permitía ver a unos pocos pasos. Pese a ello se indicó a los arcabuceros:

—¡Fuego!

Los hombres dispararon a ciegas. Sabían que los ingleses estaban al otro lado de la humareda.

—¡Atrás! ¡Segunda fila, al frente!

Como si fueran un solo hombre, la siguiente línea de arcabuceros estaba dispuesta para abrir fuego.

Los cañonazos se escuchaban ahora mucho más cerca. El *Gran Grifón* también había entrado en combate. Pero cuando la humareda se levantó lo suficiente para ver qué estaba ocurriendo, la sorpresa fue general.

Los ingleses se alejaban a todo trapo salvo una nao, la *Dawn*, seriamente dañada por la andanada del *San Juan*. Había perdido el palo mayor y el de mesana, y por los boquetes abiertos en el casco entraba tanta agua que la tripulación la había abandonado en unos bateles y se alejaba para no ser engullida por el remolino cuando se hundiera.

—¡Esos herejes se han llevado lo suyo! —exclamó un arcabucero que sostenía la mecha en la mano.

—Creyeron que nos sorprendían, pero al ver que no les salió la estratagema… —se ufanaba Alonso.

—Esto sólo ha sido una escaramuza —dijo Recalde, comprobando que el rugir de los cañones se apagaba poco a poco—. Buscan tantearnos y ver si rompemos la formación.

El duque de Parma tenía sus tropas asentadas en la costa de Dunkerque, de Amberes y de La Esclusa, los sitios donde los galeones podían acercarse sin temor a encallar. Disponía de medio centenar de barcos de pequeña envergadura en los que podía embarcar parte importante de sus hombres, pero sus escasas defensas los harían presa fácil para los ingleses durante la travesía del canal de la Mancha. Necesitaba la protección de los colosos de la Gran Armada para poder embarcar a sus hombres con garantías de llegar a las costas de Inglaterra.

El principal inconveniente era que sus tropas llevaban demasiado tiempo acantonadas y empezaba a tener serios problemas de avituallamiento. Medina Sidonia le había escrito desde Lisboa hacía ya más de dos meses. Dar diariamente raciones a veintisiete mil hombres no era cosa fácil.

En los campamentos de Farnesio el ocio era el peor de los pecados. Los soldados mataban el tiempo afilando sus espadas y misericordias, pasándolas una y otra vez sobre la piedra de amolar. Aguzaban las puntas de las picas y examinaban las pértigas. Limpiaban los arcabuces y comprobaban que los mecanismos funcionaban sin trabas. Engrasaban los coletos y, quienes los tenían, sacaban brillo a sus morriones y petos. También se lustraban con grasa y, si era posible con aceite, los cintos, las vainas y los tahalíes porque no era cosa menor el aspecto que ofrecían, aunque una vez comenzado el combate, el humo, la sangre y el polvo…

Aquellos soldados eran veteranos, forjados en numerosas batallas. Habían luchado en campo abierto y vencido a enemigos superiores en número, asediado en condiciones extremas ciudades que habían terminado rindiéndose, y asaltado fortalezas consideradas inexpugnables. Conocían su oficio y, más allá del dinero que cobraban, luchaban también por su rey y su religión, que consideraban ofendida por aquellos herejes que destrozaban imágenes e incendiaban las iglesias, como habían hecho aquellos

calvinistas, aprovechando su retirada pactada en un acuerdo, a sus campamentos del norte de Italia.

—Ese Orange era el mayor de los traidores —decía un arcabucero entrado en años, que pasaba una y otra vez la baqueta por el cañón, a un compañero mucho más joven que daba lustre con grasa de caballo a su tahalí—. Lo llamábamos el *Taciturno* porque parecía estar siempre con dolor de muelas. ¡Menudo felón! Engañó a don Juan cuando firmaron aquel acuerdo que nos obligó a marcharnos. ¡Le faltó tiempo al muy bellaco para desdecirse de lo que había firmado! Ahora que cuando volvimos…

—¿Es cierto que recorristeis más de doscientas leguas en un mes?

—¡No es cierto! ¡Lo hicimos en veintiocho días! Cuando llegamos a Luxemburgo, los herejes, que creían que todavía estábamos en Italia, temblaban como si tuvieran el mal de san Vito. ¡Les dimos bien en Glembloux!

—Dicen que los ingleses están asustados.

—Hacen bien. ¡Si ponemos pie en su isla, que se vayan preparando!

—Se oye que la armada en la que cruzaremos el Canal está ya cerca.

El veterano se encogió de hombros.

—También lo he oído decir. Pero nunca me he fiado de los barcos. No sé cómo flotan llevando tanta gente encima y con el peso de los cañones. El viento que los impulsa es el mismo que mueve las veletas, y a esas las he visto cambiar de dirección tantas veces…

—Alvareda, que estuvo en la armada que luchó contra los franceses en la Terceira, dice que los galeones son tan grandes que no pueden acercarse a la costa porque la profundidad del agua es muy poca y encallarían.

—Es cierto, son enormes. Algunos llevan a bordo un millar de hombres. No me explico cómo no se hunden con tanto peso. En la Terceira les dimos lo suyo a los franceses. Vi partir aquella armada de Lisboa.

—¿Estabais entonces allí? Pero… ¿no se encontraba vuesa merced aquí?

—Después de Glembloux el tercio de Dávila, en el que yo estaba, y el de Moncada, marchamos a Badajoz. Allí se juntó un ejército para entrar en Portugal. Nos mandaba el duque de Alba. Aquello fue un paseo hasta llegar a Lisboa, donde como a una legua, en un sitio llamado Alcántara, los portugueses presentaron batalla. La resolvimos en un par de horas.

—¿Es Lisboa tan grande como dicen?

—Es enorme, pero más chica que Sevilla. Dicen que allí viven más de cien mil personas. Su puerto tiene cabida para cientos de barcos. Por entonces en Madrid andaban preocupados con que su majestad pusiera allí la capital.

—¿Vos conocisteis al duque de Alba y al marqués de Santa Cruz?

—A los dos. Con don Fernando estuve aquí, en Flandes, cuando era gobernador de estas tierras. Los herejes, que esparcen de él mentiras sin cuento, no le perdonan tantas veces como les hizo morder el polvo. Era muy exigente y mantenía una disciplina férrea, pero un gran general. Delgado y muy alto, tenía el pelo negro y la barba le llegaba hasta el pecho, la cara alargada y los ojos grandes y muy negros. Cuando estuve a sus órdenes en Portugal había envejecido mucho, pero sin perder energía.

—¿Cómo era el marqués de Santa Cruz?

—Don Álvaro era más menudo. Tenía el pelo completamente blanco y llamaban la atención los mostachos. Sus hombres estaban dispuestos a ir con él hasta el infierno si fuera necesario. ¡Ha sido una pérdida muy grave que haya muerto!

Capítulo XXXIII

—¡No presentan batalla! —se quejaba Medina Sidonia en la reunión del alto mando que se celebraba en el *San Martín*— . Amagan, intercambian disparos, pero no se acercan para entablar combate. Así llevamos cuatro días.

—Saben que mientras nuestros barcos mantengan la formación… —comentó Bertendona—. Tienen claro que un combate en estas condiciones sería para ellos un suicidio.

—No les interesa aproximarse porque llegaríamos al abordaje y eso supone una lucha cuerpo a cuerpo —recalcó Oquendo—. Su infantería no es comparable, aunque muchos de los nuestros sean bisoños.

—Eso deben saberlo —dijo Recalde—. Sus espías en Lisboa no habrán dejado de mandarles información. También los portugueses, que siguen pensando que su rey tiene que ser don Antonio. Atacarán los barcos que queden descolgados y pierdan la protección que pueden dispensarles los demás.

En aquel momento se sucedieron una serie de cañonazos.

—Parece que hay novedades. Cada cual a su puesto —ordenó el duque.

Los bateles se movieron por las aguas que protegían los grandes galeones y dejaban cercadas en un espacio interior las embarcaciones más vulnerables. Cuando Recalde llegó al *San Juan*

comprobó que sus cañones disparaban contra otro galeón inglés que guardaba la distancia. Algunas balas habían alcanzado el casco, pero los daños eran menores y las bombas de achique sacaban el agua sin problemas.

Subió al puente de mando y oteó el horizonte con su catalejo. La armada formaba un amplio arco que resultaba inabordable. El galeón que tenía enfrente era el *Leicester*, y pudo ver que había perdido el palo de mesana. En esas condiciones podía atacarlo, pero eso significaría romper la formación. Fue entonces cuando Alonso le gritó:

—¡Señor, señor, a sotavento! ¡El *Gran Grifón* se descuelga! ¡Puede tener problemas si queda aislado!

El alférez estaba en lo cierto. Por alguna razón la urca perdía contacto.

—¡Si queda aislado, los ingleses se lanzarán a por él! ¡Timonel, todo a babor! ¡Hacia el *Gran Grifón*! ¡No podemos dejarlo solo!

Recalde no se equivocaba. Dos galeones y tres barcos menores iban rectos hacia el barco español, dispuestos a cobrarse la presa. Al *San Juan* lo siguieron una urca y dos naos.

—¡Vamos a ver de qué madera están hechos estos herejes!

Los artilleros prepararon de nuevo los cañones y los arcabuceros cebaron sus armas. También se dispusieron los ganchos de abordaje. Cuando los ingleses se percataron de su llegada abandonaron la caza. No respondieron a los insultos que les lanzaban desde los barcos españoles.

—¡Cagones! ¡Esperad para que os veamos las caras!

—¡No corráis como ratas!

—¡Plantad cara, cobardes!

El *Gran Grifón* pudo ser remolcado al centro de la armada.

—¡Sólo buscan presas fáciles! —comentó Lope al piquero que estaba a su lado con el gancho de abordaje—. Esto hay que contarlo. ¡Vaya clase de marinos!

Mientras se libraban estos escarceos, Farnesio se desesperaba ante la falta de noticias. Había dispuesto que tres de los navíos de

mayor porte hicieran una descubierta, por si era posible que le trajeran alguna información.

Los barcos regresaron sin noticia alguna.

Unos días más tarde le llegó correo real. El mensajero, después de pasar los controles —en el campamento se tenía idea de que los holandeses buscaban asesinar al duque de Parma—, entregó la carta a Alejandro Farnesio.

—¡Por fin sabemos algo más! Un temporal obligó a Medina Sidonia a refugiarse en La Coruña en vísperas del Día de San Juan.

—¿Se sabe dónde está en estos momentos?

—No, su majestad sólo me dice que todo se ha retrasado.

Pocos días más tarde arribó otro correo. Aquella carta, que llegaba con mucho retraso, era de Medina Sidonia, y en ella le decía que había partido de La Coruña. Sólo cuatro días después, aparecía en el campamento un nuevo mensajero.

—Señor… —lo saludó al tiempo que le entregaba el pliego—, carta de su excelencia el duque de Medina Sidonia.

Alejandro Farnesio rompió los lacres sin prestarles atención.

—¡Por fin!

—¿Qué nos dice, excelencia?

—Medina Sidonia me comunica que llegara muy pronto —informó a sus maestres de campo—. Me pide que estemos dispuestos para embarcar.

—Llevamos más de un mes dispuestos, excelencia.

—Está junto a la isla de Wight. —Señaló el lugar en un mapa.

—¿Los ingleses no han presentado batalla?

—Dice que hasta ahora apenas han cruzado con ellos algunos cañonazos. Solicita una respuesta para saber exactamente dónde nos encontramos. Hemos de disponer los paquebotes, las lanchas y los lanchones para embarcar, porque el calado de los galeones no les permite acercarse a la costa todo lo que sería necesario. También me informa de que tiene serias dificultades para avanzar dado el hostigamiento de los barcos ingleses, con más movilidad que los suyos, pero que no presentan batalla. Me solicita que tenga

preparada provisión de pólvora y de balas en la mayor cantidad posible porque anda escaso, dado el gran gasto de munición que ha realizado.

En el *Ark Royal*, Howard impartía órdenes desde su camarote, donde tenía extendido un mapa de la costa sur de Inglaterra y del canal de la Mancha.

—Mantened la distancia. Nada de entrar en el cuerpo a cuerpo. Disponemos de más munición y tenemos la posibilidad de reabastecernos, cosa que ellos no pueden hacer. Cuando les falte, llegará nuestro momento. Por eso nos conviene el intercambio de disparos. Hay que dejarlos sin pertrechos. Sólo atacaremos si alguno de sus barcos pierde la formación.

—Es posible que los españoles busquen un lugar donde fondear para avituallarse. Necesitarán agua y quizá comida —señaló Hawkins —. Quizá lo hagan aquí. —Puso el dedo sobre la isla de Wight.

Howard se acariciaba la barba, meditabundo.

—Tal vez, porque ese canal tiene buenos fondeaderos y en la isla podrían conseguir lo que necesitan. Hay que impedírselo.

—¿Cómo, señor?

—Dividiendo nuestras fuerzas.

—¡Señor! ¡Seremos una presa fácil para los papistas!

—No lo creáis, Hawkins. Su objetivo no es tanto destruir nuestras naves como llegar a la costa de Flandes. Si controlamos las bocas de ese canal no podrán entrar y tampoco reabastecerse. Los barcos de Frobisher, aquí. —Howard señaló un punto en el mapa—. Los vuestros, aquí, y que los de Drake vigilen esta costa.

Las escuadras inglesas tomaron posiciones.

El almirante Howard había acertado. La Gran Armada no logró acceder a aquel canal, donde podía quedar a resguardo, para conseguir agua y vituallas.

Frente a las costas de Wight se libraron varias escaramuzas.

Medina Sidonia, que se acercaba a la costa de Calais, envió al duque de Parma a su propio secretario con un nuevo mensaje en términos muy duros.

Cuando lo leyó, su destinatario montó en cólera, si bien al capitán general de la armada no le faltaba un punto de razón cuando le decía:

He escrito a Vuestra Excelencia avisando de dónde me hallo y no solamente no he tenido respuesta de Vuestra Excelencia, tampoco aviso de haberla recibido, lo que me tiene desconcertado como Vuestra Excelencia podrá comprender, y para sacarme de las dudas en que me encuentro os envío este mensaje con mi secretario personal…

Aquellos párrafos habían despertado su ira.

—¡Llevamos semanas esperando noticias! ¡Ahora se queja su excelencia! ¡Sólo hace unos días hemos sabido que abandonó el puerto de La Coruña! ¡Estuvo allí más de un mes y nosotros aguardando nuevas que únicamente nos dio su majestad! ¡Voy a responderle! ¡Traed recado de escribir!

Farnesio pergeñó unas líneas en las que se quejó de la falta de información.

—¡Embarcad en la pinaza! ¡Está lista para hacerse a la mar! —ordenó al mensajero—. Entregad al duque de Medina Sidonia este pliego.

—A la orden de vuestra excelencia.

Con viento favorable, la embarcación avistó pronto la armada, pero la confundieron con un barco enemigo y abrieron fuego.

El primer cañonazo pasó a pocas varas del casco.

—¡Santo Dios! ¡Nos disparan los nuestros!

Una nueva descarga cayó tan cerca que levantó una cortina de agua que barrió la cubierta de la pinaza.

—¡Un disparo con pólvora para advertirles! ¡Izad bien la enseña! ¡Si siguen disparando nos echarán a pique!

El vigía del *San Mateo*, desde donde disparaban, vio la enseña.

—¡Son de los nuestros! ¡Son de los nuestros! —gritó una y otra vez.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! —Las voces se repetían.

Cuando el mensajero dio cuenta de su misión pudo llegar hasta el *San Martín* y entregar el mensaje al duque.

En aquellas líneas Farnesio decía que no le sería posible tener sus tropas preparadas para embarcar hasta pasados seis días.

—¡Seis días! —se quejó Medina Sidonia—. ¡Aquí no podemos permanecer tanto tiempo! Nuestra posición es muy débil y los ingleses, que no han atacado hasta ahora, es posible que se decidan a hacerlo. Aguardad a que responda al duque de Parma. ¡Vos le llevaréis mi respuesta!

Medina Sidonia pidió a Farnesio que se diera toda la prisa posible para reducir aquel tiempo y que le indicase un puerto a propósito para que, sin riesgo de encallar, pudieran entrar sus grandes barcos.

En aquel momento la descoordinación ya era total: el duque de Parma se quejaba de la tardanza con que le llegaba la información, y el duque de Medina Sidonia, de la falta de noticias que tenía, y a ello se sumaba la inexperiencia náutica del capitán general. Pese a que se dejaba aconsejar por Gómez de Medina, Oquendo o Recalde, se atenía de forma estricta a las órdenes dadas por el rey. Cualquier hombre con horas de mar sabía que en muchas ocasiones era necesario cambiar de criterio como mudaba de dirección el viento del que dependía gran parte de la navegación.

Los ingleses contaban con barcos más ligeros, pero no estaban mejor artillados que los españoles. Tenían mucho respeto a los grandes galeones de guerra, fundamentales en la formación de combate de la Gran Armada, y no se habían atrevido a presentar batalla más allá de las escaramuzas que se libraban con intercambios artilleros a mucha distancia, o de atacar algún navío español que, por alguna circunstancia, quedaba descolgado. Cuando eso había sucedido, bastaba la llegada de auxilio para que los ingleses pusieran agua de por medio.

La armada se movió para anclar en aguas de Calais, cuya profundidad superior a las treinta varas evitaba los temidos encallamientos. Los ingleses se habían situado a una distancia donde el combate era imposible, salvo que un cambio súbito de viento permitiera un ataque a los españoles.

Un batel se acercó a la borda del *Ark Royal.*

—¡Mensaje del almirante Seymour para *sir* Charles!

El mensajero trepó por una escala con gran habilidad.

La carta era escueta, pero su contenido muy valioso.

A Howard se le iluminaron los ojos.

—Seymour dice que Farnesio no podrá cruzar el Canal con los medios que tiene —dijo a Frobisher y Hawkins, que lo acompañaban —. Los holandeses afirman que sólo cuenta con zabras, paquebotes y lanchas, y aseguran que los harán astillas si se atreven a abandonar los puertos donde se encuentran. Necesita los barcos que tenemos enfrente. Me pide autorización para abandonar la vigilancia de la costa de Dover y venir con sus barcos. ¿Cuál es vuestra opinión?

Frobisher fue el primero en responder:

—Seymour cuenta con treinta barcos. Sus galeones nos serían muy útiles en caso de entrar en combate con los papistas.

—¿Los holandeses aseguran que se encargan de que los soldados del duque de Parma no crucen el Canal? —preguntó Hawkins.

—Seymour dice —respondió Howard mostrándole la carta— que se lo han garantizado. ¿Cuál es vuestra opinión? —*Sir* Charles lo miraba fijamente con sus fríos ojos grises.

No tenía la mejor de las relaciones con John Hawkins, pero sabía que era un avezado navegante hecho a sí mismo, con una larga experiencia acumulada con el paso de los años y sus ataques a los barcos españoles en el Atlántico.

Hawkins, que tenía más de pirata que de almirante, se acariciaba la puntiaguda barba. Parecía meditar una respuesta.

—Los holandeses son buenos marinos y tienen navíos suficientes para llevar a cabo lo que dicen. Si añadimos que odian a los españoles tanto o más que nosotros, soy de la misma opinión que Frobisher. En las circunstancias actuales, lo que ocurra va a tener lugar aquí. Si las tropas que tienen aguardando en Flandes no pueden ser embarcadas, habrán fracasado.

—Le ordenaré a Seymour que deje la vigilancia de la costa y traiga sus barcos.

Dos días después se habían producido algunos intercambios artilleros, pero ahora la flota inglesa contaba con cerca de ciento cincuenta naves. La Gran Armada no llegaba a las ciento treinta.

Capítulo XXXIV

PESE a esa superioridad, los ingleses no se atrevían a atacar. La armada española, que mantenía su formación de combate, aparecía como una muralla inabordable. Era necesario mantenerla para que los poderosos galeones protegieran las embarcaciones menores y los mercantes que habían artillado.

Recalde lo comentaba con el piloto del *San Juan.*

—Si mantenemos la formación no osarán atacarnos. Como se acerquen lo suficiente para que vayamos al abordaje, saben que llevan las de perder.

—Supongo, señor, que tratarán de romper nuestra formación.

—Es lo que van a intentar. Pero si el viento nos fuera favorable, les crearemos problemas muy serios. Lo importante es que ninguno de nuestros barcos se separe. Entonces se lanzarán sobre él.

—Puede acudirse en su ayuda.

—Eso nos obligaría a abrir algunas brechas. Si lográramos atacarlos desde el centro y el viento no les permitiera replegarse, los envolveríamos desde babor y estribor y lo pasarían mal, muy mal.

—Esta situación podría prolongarse durante días —comentó el piloto.

—No lo creo. Los vientos en esta zona son cambiantes. Si soplan a nuestro favor y ganamos el barlovento están perdidos. Pero si los

favorecen y son ellos quienes lo ganan, el barlovento nos creará problemas.

Anocheció con algún intercambio artillero. Se guardaba la distancia. Los arcabuces y mosquetes no tenían alcance para hacer daño. La suave brisa que había predominado los días anteriores se hizo cada vez más intensa. Al amanecer el viento era fuerte y soplaba en ayuda de la posición inglesa.

Los vigías españoles oteaban el horizonte desde las cofas y comprobaron que había mucho movimiento.

—¡Algo pasa! ¡El enemigo no está quieto! —gritó el del *San Juan.*

Alonso, que era el oficial de guardia y pasaba buena parte del tiempo disfrutando con los grandes viajes de los marinos portugueses gracias a la lectura de *Os Lusíadas*, que le había prestado Lope, después de que se la devolviera fray Gaspar, acudió al camarote de Recalde.

—¡Señor, señor! —exclamó al tiempo que llamaba a la puerta.

—¡Adelante!

El camarote estaba bien amueblado, pero sin lujos. La cama, adosada a uno de los mamparos, era amplia. En el centro, una mesa con las patas bien ancladas al suelo donde había instrumentos de navegación y un mapa desplegado. En otro mamparo, baldas con reborde para que los objetos no se cayeran con el movimiento del barco. Podían verse allí varios libros, unas botellas y la espada del almirante, una ropera con gavilanes en la empuñadura y cazoleta labrada.

Recalde estaba en mangas de camisa, con una pluma en la mano.

—Disculpadme, señor. El vigía ha detectado movimiento en el enemigo.

—Veamos qué ocurre. —Su tranquilidad y sosiego sorprendieron al alférez.

Subieron al puente de mando, el almirante sacó su catalejo y lo movió de un lado a otro, escudriñando los barcos enemigos. Hubo un momento en que se detuvo, fijó su mirada en un punto y farfulló entre dientes:

—¡Santo Dios! Si es lo que me imagino…

Bajó del puente y trepó por la jarcia ante miradas de sorpresa, aunque quienes lo conocían sabían que aquello no era raro. Subió a la cofa con más agilidad de la que se suponía a un hombre de su edad, apuntó con el catalejo y observó detenidamente. Bajó a toda prisa y ordenó al contramaestre:

—¡Que bajen el batel!

Se puso un jubón, calzó unos zapatos de tafilete y recompuso su figura. Subió al bote que impulsaron media docena de remeros y poco después estaba a bordo del *San Martín.*

—Excelencia, están preparando brulotes. Han llenado de estopa varios barcos, y los cargarán con barriles de brea para que cuando ardan el fuego no se consuma rápidamente. Me llama la atención que lo hagan con barcos de su escuadra.

—¿Por qué?

—Porque se suelen utilizar embarcaciones viejas destinadas al desguace, barcazas a las que queda poca vida. El viento sopla a su favor y no quieren perder la oportunidad que se les presenta. Por lo que he visto son ocho. —Recalde no se equivocaba. Los barcos que estaban convirtiendo en brulotes eran el *Thomas*, de la escuadra de Drake, el *Hope*, de la de Hawkins, también el *Bear Yonge*, el *Bark Talbot…*—. Pretenden incendiar algunos de nuestros navíos o que rompamos la formación.

—¿Cómo podemos contrarrestarlos?

—Colocando en vanguardia unidades pequeñas: lanchas, botes o pinazas, que se mueven con facilidad. Que vayan piqueros y utilicen sus largas picas para desviar los brulotes y no romper la formación, pero dejando espacio suficiente para que pasen de largo y se estrellen contra la costa. Los lanzarán aprovechando que el viento les favorece y sopla en nuestra contra.

Al tiempo que los ingleses preparaban los brulotes, en la armada se tomaban las contramedidas. La tensión era máxima. Las tripulaciones estaban atentas a las órdenes para realizar los movimientos necesarios.

Si un barco se incendiaba y alcanzaba la santabárbara, la explosión sería terrible y afectaría a otras naves. Se habían dado casos de estallidos en cadena que habían destruido buena parte de una flota.

Recalde, desde el puente de mando, volvía a otear el horizonte.

—Atento a mis órdenes —indicó al timonel que agarraba con fuerza la caña del timón.

—Sí, señor.

—Es cuestión de esperar.

Todos los ojos estaban puestos en lo que podía venírseles encima. Se oía cómo las olas rompían contra la proa del *San Juan*, que tenía el ancla echada. Era posible que hubiera necesidad de levarla a toda prisa.

La tarde caía y los brulotes debían de estar preparados, pero los ingleses no los lanzaban.

—Están aguardando a que caiga la noche.

—Eso, señor, nos permitirá verlos mejor.

—Pero entorpecerá nuestras maniobras. Puede haber choques y los piqueros que traten de desviarlos tendrán más dificultades. ¡Son astutos!

La noche avanzaba, la tensión aumentaba y todos esperaban. Hacía rato que los fanales de los barcos se habían encendido, aunque era muy poco lo que se veía. La oscuridad era impenetrable y el sonido de las olas inquietaba al más bragado.

Cerca de la medianoche aparecieron unas luminarias en la lejanía: los ingleses habían prendido finalmente los brulotes. En los barcos españoles nadie dormía. Se dieron las primeras órdenes, y las lanchas, los botes y las pinazas ocuparon posiciones en vanguardia. Los piqueros iban a utilizar sus armas como bicheros para desviar los brulotes. Que no causaran daño o lo limitasen al mínimo dependía de su habilidad a la hora de hacer su trabajo.

Poco a poco, impulsados por el viento, los brulotes se fueron acercando. En medio de la oscuridad resultaban fantasmagóricos. Un sueño irreal.

En el *San Juan*, fray Gaspar, acodado en una de las bordas, hablaba con Lope sobre los ingleses:

—Persiguen con saña a los católicos, a los que llaman, despectivamente, papistas. Muchos han huido y muchos otros se ven obligados a ocultar sus creencias.

—Podrían sernos de gran ayuda cuando pongamos pie en su isla.

—Desde luego, pero ahora tenemos delante un serio problema. —El dominico señaló los brulotes, que estaban cada vez más cerca.

Aquello no parecía preocupar demasiado a Lope, que preguntó:

—¿Conoce vuestra paternidad por qué los ingleses se separaron de Roma? Lo que he oído me resulta increíble y nada tiene que ver con los deseos de reforma de los herejes calvinistas y luteranos.

—¿Qué ha escuchado vuesa merced?

—Que fue por la lujuria de su rey, que se había vuelto loco con los encantos de una de las damas de la reina y quería casarse con ella, para lo que necesitaba que el papa le concediera la separación y se deshiciera su matrimonio con Catalina de Aragón. El papa no se lo concedió y entonces el monarca se separó de Roma, se proclamó jefe de la Iglesia en Inglaterra y se dio a sí mismo el divorcio.

—Esa fue, efectivamente, la razón principal.

—¡Esa dama debía de ser algo fuera de lo común en la cama! —ironizó Lope.

—Se llamaba Ana Bolena y sólo le duró tres años. La acusaron de adulterio y el rey ordenó cortarle la cabeza. En realidad, ya se había enamorado de otra mujer. Lo que quería era cambios en la cama. Se casó otras cuatro veces.

—¡Vaya con el inglés! ¡Era todo un garañón!

Los brulotes estaban muy cerca.

—¡Levad anclas! —ordenó el contramaestre.

Desde las pinazas y las lanchas se luchaba ya contra los brulotes en un intento de desviarlos antes de que llegasen a los grandes galeones y las urcas.

—¡Esos bicheros! ¡Mantened con fuerza las picas!

En medio de la oscuridad, en sus pequeños y ligeros barcos, los hombres luchaban contra aquellos artefactos infernales.

Desde el *Nuestra Señora de Atocha* lograron parar a uno y, tras engancharlo, lo desviaron. Un grito de júbilo acompañó la maniobra.

—¡Ese ya no será un problema! —exclamó el piquero que lo había apartado.

A poca distancia, en un bote bautizado como *Corrochano*, también estallaron de alegría cuando controlaron otro de los brulotes.

—¡Que se jodan esos herejes!

No fue posible interceptar los seis restantes, pero en la armada seguían atentos y las anclas estaban levadas. Si los timoneles podían desplazar sus barcos algunas varas, lograrían esquivarlos. En medio de las tinieblas los hombres apretaban los dientes.

Pese a la oscuridad imperante, la habilidad de los timoneles y unas órdenes precisas lograron lo que parecía imposible. Los seis brulotes que no habían podido ser interceptados pasaron de largo y fueron a consumirse a la playa de Calais. Todo ello en medio del jolgorio que se extendía por la armada que se había convertido en una fiesta, pese a haberse producido varios choques que causaron algunos desperfectos. Los capellanes entonaban cánticos de alabanza a la Virgen que en algún caso estuvieron acompañados de sones de vihuelas, guitarras y panderos.

Sin embargo, la formación de combate que convertía la Gran Armada en una fortaleza de madera poco menos que inabordable se había descompuesto. El viento en contra y el oleaje impedían reagruparla.

Antes del amanecer del ocho de agosto, Howard convocó una reunión en el *Ark Royal.*

—*Sir* Charles, los brulotes no han incendiado ningún barco enemigo —afirmó Seymour—. Pero media docena ha llegado a la playa, según las señales que nos han hecho nuestros agentes. Si han arribado allí es que el enemigo ha tenido que moverse para esquivarlos. Eso significa que han conseguido algo muy importante. ¡Han roto su formación!

Hawkins, que no dejaba de acariciar su puntiaguda barba, asentía en silencio.

—¿Qué pensáis vos?

—Soy de la misma opinión que Seymour. Si han perdido su formación son más vulnerables. Pero sus galeones tienen una poderosa artillería. Yo atacaría a los barcos que hayan quedado aislados. Son presas fáciles. Lo haría sin perder un instante. Si los papistas logran recomponer la formación habríamos perdido una magnífica oportunidad.

—El viento sopla a nuestro favor. Tendrán problemas para reordenarse —matizó Drake, que daba por hecho que los barcos españoles se habían desperdigado.

Estaba molesto con que el máximo responsable de la armada no le hubiera pedido su opinión, pese a que era poco más lo que podía añadir. Buscaba decir algo que contradijera a Hawkins, que le respondió:

—El viento puede cambiar en un momento.

La mirada que ambos cruzaron era poco amistosa.

—Está bien —cortó Howard para que la reunión no se le fuera de las manos—. Aguardaremos a que amanezca y entonces atacaremos los que se encuentren más aislados, si todo ha sucedido como esperamos. ¡Cada cual a su puesto y atentos a mis órdenes!

Hora y media después, cuando la claridad del amanecer anunciaba que el sol despuntaría por el este en pocos minutos, los ojeadores ingleses pudieron comprobar que, efectivamente, la formación de combate de la armada española había desaparecido. Muchos barcos estaban aislados y algunos habían sufrido desperfectos al no haber podido evitar choques en la oscuridad de la noche. La flota inglesa tenía el viento a su favor y era superior en número. Además, habían repuesto la pólvora y los proyectiles gastados en los cañoneos, mientras que los españoles no habían podido pertrecharse de munición y el viento y el oleaje los impulsaba hacia los bajos fondos de la costa, donde sus grandes galeones quedarían encallados y serían una presa fácil para los ingleses. Lo que a los españoles se les venía encima en las horas siguientes

podía convertirse en un desastre de grandes proporciones y las pérdidas serían irreparables.

En aquel momento, el objetivo de Medina Sidonia no era conectar con el duque de Parma, sino salvar la armada de la amenaza que se cernía sobre ella.

La galeaza *San Lorenzo* tenía el timón averiado y estaba desarbolada al haber perdido el palo de mesana. Su capitán había ordenado la boga de los remeros para llevarla hasta el puerto de Calais, que era sitio neutral. Los ingleses, considerándola una presa fácil, lanzaron contra ella una veintena de barcos que, con el viento a favor, navegaban mucho más rápido que los bogantes.

Desde el puente de mando del *San Martín*, Medina Sidonia impartió órdenes. Cuatro de los grandes galeones de guerra, el *San Juan*, el *San Mateo*, el *San Felipe* y el *San Marcos*, formaron una barrera defensiva para proteger a naves más pequeñas. Mientras, las pinazas se movían rápidamente para remolcar navíos e ir reagrupándolos. El intercambio de disparos era cada vez más intenso.

Recalde vio que se acercaban varios barcos encabezados por el *Revenge* de Drake.

—¡Ahí tenemos a ese maldito pirata! ¡Vamos a vengar al *Nuestra Señora del Rosario*! ¡Timonel, una cuarta a babor! ¡Que los mosqueteros y los arcabuceros se preparen! ¡Ojalá podamos vernos las caras!

El galeón español giró lentamente para encarar al *Revenge*. Pero otros tres barcos ingleses atacaron por estribor. En el puente de mando del *San Martín* vieron que su situación podía complicarse mucho. Con una hábil maniobra se acercaron al *Revenge* para que el *San Juan* se las entendiera con los que se acercaban por la derecha.

Recalde vio clara la intención del *San Martín* y ordenó virar de nuevo.

—¡Vamos a verles el blanco de los ojos a esos herejes!

Por todas partes se oía el tronar de los cañones y la humareda era cada vez más intensa. Las galeazas, las naos y las urcas se aprestaban para luchar, se reagrupaban y se recuperaba la

formación de combate. Howard se había equivocado al mandar una parte importante de sus barcos sobre la *San Lorenzo* —una presa de mucha categoría, pero que no explicaba el despliegue inglés—, que logró llegar a la costa francesa y quedó allí encallada. La proa se alzaba media docena de varas sobre el mar. Los ingleses se lanzaron sobre ella y los españoles se aprestaron a defenderla. Sus arcabuces y mosquetes eran eficaces a la distancia en que se combatía. Por primera vez desde que ambas armadas se habían avistado, los ingleses se lanzaban al abordaje. La cerrada descarga con que fueron recibidos por los arcabuceros españoles los obligó a retirarse, con gran pérdida de hombres. Un segundo intento se saldó con resultado parecido. Les estaba costando más de lo que pensaban hacerse con aquella captura.

El tercer abordaje tuvo consecuencias negativas para los españoles. Un disparo inglés alcanzó al capitán, que se desplomó sin vida sobre el puente de mando. Hasta aquel momento había sido el alma de la defensa, organizándola de forma efectiva. El alférez asumió el mando y logró rechazar de nuevo a los atacantes, pero se estaban quedando sin municiones.

—¡Tenemos que abandonar el barco! —ordenó—. ¡Arriad los bateles por babor y utilizad escalas! ¡Buscaremos refugio en el puerto! Primero la marinería. Los soldados tratarán de contener el nuevo asalto.

Los soldados resistieron casi una hora más, hasta agotar las balas y la pólvora. Las bajas españolas se acercaban al centenar, pero más de cuatrocientos hombres se pusieron a salvo. Cuando los ingleses entraron en la *San Lorenzo* pudieron saquearla a gusto.

—¡Nos la llevamos! ¡Esta presa merece la pena!

Pero en el aire tronó un disparo desde las defensas del puerto. Era un aviso.

—¡Los franceses nos disparan!

—¡Consideran que la galeaza es suya porque está en su costa! ¡Pero la hemos cobrado nosotros! ¡Nos la llevaremos! ¡Apretad esos garfios! ¡Vamos!

Un segundo disparo llegó muy cerca.

—¡Maldita sea! ¡Eso ya no es un aviso!

—¡Van a achicharrarnos! ¡Nos vamos!

A menos de una milla continuaba el combate. La muralla formada por el *San Juan*, el *San Mateo*, el *San Felipe* y el *San Marcos* había conseguido su objetivo y protegía a los barcos menores.

El *San Martín* se enfrentaba no sólo al *Revenge*, sino a una docena de navíos que lo asediaban por babor y estribor. La presa merecía el enconado ataque inglés, pues se trataba del buque insignia español. Fue entonces cuando el *San Felipe* viró para acudir en su ayuda y atrajo a parte de los barcos que lo atacaban. También acudieron el *San Mateo* y las urcas *San Juan Bautista* y *La Rata Encoronada*. La superioridad inglesa se desvanecía pese a que se sumaron varias unidades de la escuadra de Frobisher.

La confusión era total, la visión muy limitada y Drake fue consciente de que había perdido la oportunidad de hacerse con el *San Martín* al atacarlo cuando quedó aislado. Ahora se iba a combatir a toca penoles. Los españoles cebaban sus mosquetes y arcabuces, preparándose para la lucha. La artillería más ligera entraba en funcionamiento dada la cercanía. La humareda dificultaba el enfoque y el olor a pólvora lo llenaba todo. El ruido era ensordecedor.

Entonces ocurrió lo inesperado.

Capítulo XXXV

EN LISBOA llevaban demasiados días sin noticias de la Gran Armada. Lo último que se sabía era que el veintitrés de julio había zarpado de La Coruña, pero se ignoraba qué había ocurrido después, si se había avistado la armada inglesa o si habían entrado en combate. Tampoco se tenían nuevas de si habían logrado llegar a la costa flamenca y embarcado las tropas del duque de Parma ni de si habían puesto pie en Inglaterra y marchaban sobre Londres.

Corrían muchos rumores. Hacía ya setenta días que zarparon de aquel puerto, y los agentes ingleses buscaban crear desánimo y seguir alentando a quienes esperaban que don Antonio regresara.

Leonor acudía todas las mañanas a la iglesia de los dominicos. Después de oír misa permanecía largo rato arrodillada en oración mientras doña Benedita y Antonia aguardaban. Aquel día su tía se impacientaba. Tenían prevista una visita, y quizá esa era la razón por la que su sobrina seguía bisbiseando oraciones.

Dieron las nueve y doña Benedita no aguantó más.

—Acercaos y decidle que no podemos entretenernos. ¡Ya han dado las nueve! Después de lo que me ha costado que nos reciba…

La dueña, que cubría su cabeza con un manto algo más ligero que el habitual porque el calor en Lisboa castigaba desde las primeras horas de la mañana, se acercó y le susurró al oído:

—Vuestra tía se impacienta. Hay que irse. Han dado las nueve.

—Sólo un momento.

Pasaron varios minutos y se puso en pie, con su tía a punto de estallar. Cuando Leonor se acercó, la reprendió sin miramientos.

—¿Tenía que ser hoy el día de tantos rezos? ¡Vamos!

La joven dama no dijo nada y se limitó a seguirla.

La casa de la astróloga llamada Petra, a la que conocían por el mal nombre de la *Agorera*, quedaba lejos, por lo que un carruaje las aguardaba en la puerta de la iglesia. Al verlas salir, el cochero y el criado, que mataban el tiempo de espera fumando unas apestosas hojas de tabaco reclinados contra la pared, se levantaron del suelo como impulsados por un resorte.

Una vez acomodadas, la tía ordenó:

—Al arrabal de Restelo, a la espalda del monasterio de los jerónimos.

El cochero arreó los caballos y, tras haber preguntado un par de veces porque las calles del arrabal formaban un complicado vericueto, el carruaje se detuvo en una plazoleta que era poco más que un ensanche de la calleja por la que habían entrado.

Permanecieron en el coche mientras el criado llamaba a una casa, la que tenía mejor aspecto. La puerta era recia y la aldaba una bola de hierro. Su llamada no obtenía respuesta. Doña Benedita se impacientaba y no dejaba de abanicarse.

—Mi señora, nadie responde. He llamado cinco veces.

—¡Llama de nuevo! —respondió mal templada.

—Calmaos, tía. ¡Os va a dar un síncope!

El criado lo intentó dos veces más, sin resultado. Se acercó al carruaje y se encogió de hombros.

—¡Llama otra vez!

El hombre resopló con aire de resignación y se acercó de nuevo a la puerta. Iba a golpearla otra vez cuando una voz que sonó a su espalda lo detuvo. Era una mujer alta y un tanto desgarbada que se había acercado al carruaje. Llevaba una garrafilla de las que se usaban para el orujo.

—¿Doña Benedita de Mascarenhas?

—¿Quién sois vos? —preguntó malhumorada.

—Quien habéis venido a buscar.

—¿Sois… Petra la *Agorera*?

—Para serviros.

—¿No sabíais que iba a venir? —Era una reconvención.

—Os habéis retrasado mucho. Tenía otras cosas que hacer y estaba en ello cuando me han dicho que alguien andaba aporreando mi puerta. Si vuesa merced lo tiene a bien…

Dio media vuelta y, sacando una pesada llave, abrió la puerta y se hizo a un lado en señal de que franqueaba la entrada.

Las damas bajaron del carruaje ayudadas por los criados, pero cuando iban a pasar Petra la *Agorera* se interpuso:

—Sólo dos. Es lo que me decíais en vuestra petición.

—Ella viene con nosotras. —Doña Benedita había torcido el gesto.

—Sólo dos. —La adivina no cedió.

—Está bien. ¡Antonia, aguardad en el carruaje!

La visita no podía empezar peor. Tía y sobrina entraron en la casa, que ofrecía un aspecto más destartalado de lo que podía pensarse por la fachada.

—Miren dónde ponen los pies —les dijo Petra después de echar dos vueltas de llave, atrancar la puerta y tomar un candil.

Bajaron unos empinados peldaños hasta un descansillo y la *Agorera* descorrió una ajada cortina que mostró una estancia sumida en la penumbra. Apenas recibía luz por una trampilla abierta en el techo. Encendió dos gruesos cirios situados en rincones opuestos y varias velas. Las paredes estaban cubiertas con bayetas negras donde podían verse pintadas figuras que representaban el zodíaco y un firmamento con estrellas, planetas y otros astros.

Invitó a las señoras a sentarse en unas banquetas con respaldo y ella lo hizo al otro lado de una mesa redonda cubierta por un tapete rojo rematado con borlones rojos, sobre el que había un voluminoso cartapacio lleno de papeles. La astróloga echó en un pequeño

pebetero un puñado de incienso que desprendió mucho humo. El olor, que recordaba al de las iglesias, les resultó agradable.

La *Agorera*, después de inspirar con fuerza varias veces, bisbiseó unas palabras ininteligibles que parecían un extraño rezo. Leonor empezaba a arrepentirse de haber ido allí.

—Comencemos por vos —se dirigió a la tía—. ¿Qué deseáis saber?

Doña Benedita carraspeó varias veces. El incienso estaba agarrándosele a la garganta.

—Saber qué le deparará el futuro —respondió mirando a su sobrina.

—¿No deseáis saber nada sobre lo que os aguarda a vos?

—Sé que me aguarda la muerte y tengo años sobrados para que ande rondándome. Mi deseo es saber el porvenir de ella.

Petra cogió uno de los mazos de naipes.

—Decidme, ¿cuántos años tenéis?

—He cumplido dieciocho.

—¿Cuándo?

—El pasado año.

—¿Podríais ser más concreta?

—Nací el Día de Todos los Santos.

—¿Sabéis la hora?

Fue su tía quien respondió:

—A medianoche, y fue un milagro.

La astróloga arrugó la frente.

—¿Por qué decís eso?

—Porque las comadronas decían que si la salvaban moriría la madre, y si salvaban a la madre sería ella quien moriría.

—¿Sobrevivieron las dos?

—Su madre murió siete años después, pero ya no pudo tener más hijos.

La astróloga guardó silencio. Parecía calibrar aquella información. Después miró a Leonor fijamente.

—¿Por qué habéis venido? ¿Qué es lo que deseáis saber?

—En realidad…

Dubitativa, miraba a su tía, quien se hizo cargo de la situación.

—Soy yo quien desea conocer qué le depara el futuro.

En la boca de la adivina se dibujó una sonrisa.

—¿Vos creéis que puedo adivinarlo?

—Si no fuera así, no habríamos venido. He sido testigo de cosas que incluso a vos os sorprenderían. Sé de la influencia de los astros en la vida de las personas, y que hay quien puede adivinar lo que va a ocurrir. Os podría contar cosas hechas por gentes con poderes sobrenaturales. También he oído hablar muy bien de vuestras… habilidades.

Ahora el rostro de la astróloga reflejaba sorpresa.

—¿Qué podríais contarme?

—No hemos venido a eso…

—Ha sido vuesa merced quien ha dicho que me podría contar…

—Está bien. Lo haré. —Dio a su voz un tono de gravedad propio de la situación—: En la India, donde estuve varios años, conocí a un brahmán…

—¿Cómo habéis dicho?

—Es como allí se llama a los sabios que viven retirados del mundo, dedicados a la meditación y la oración. Alcanzan poderes extraordinarios, impropios del género humano. Vi cómo levitaban, cómo leían hasta los más ocultos pensamientos o curaban enfermedades poniendo las manos sobre la cabeza de quienes sanaban. En una ocasión observé cómo le sacaban a una mujer, que no podía vivir con los dolores que tenía, grandes raspas de pescado de la frente sin que saliera una sola gota de sangre. Lo más grande que presencié, en un viaje de Goa a Bombay, fue al brahmán de una aldea hacer lo que aquí llamaríamos un milagro.

—¿Qué fue aquello?

—Tuvo una visión de la llegada de un grave peligro que se abatiría sobre aquellos lugares a la caída de la tarde. Un terremoto que surgiría de la profundidad de las aguas de aquella costa y que haría que el mar arrasara todo lo que encontrase a su paso. Las

gentes lo creyeron y, sin dudar un momento, cogieron lo imprescindible y se refugiaron en lugares elevados. Nosotros también aguardamos la llegada de aquella marejada. No encuentro palabras para describir lo que ocurrió. Una ola gigantesca, como jamás había visto y espero no volver a ver, lo arrasó todo, llevándose por delante casas, árboles, sembrados… Los caminos desaparecieron bajo las aguas, que después se retiraron mansamente dejando un terrible rastro de destrucción. Pero se salvaron muchas vidas, también la mía, gracias al aviso del brahmán. Por eso creo que vos, aunque no seáis como esos brahmanes, podéis predecir el futuro y a ello hemos venido.

—¿Qué deseáis saber?

—Varias cosas.

—Decidme la primera.

—¿Qué ha sido de la armada que partió de la Ribeira das Naos a finales de mayo?

La *Agorera* seleccionó una docena de cartas y las echó sobre el tapete.

—Coged una y mostrádmela.

Doña Benedita eligió una donde aparecía una pareja de jóvenes.

—Veo que os interesa el destino de esa armada porque en ella va un caballero por el que la joven dama —dijo mirando a Leonor, a quien una oleada de calor le recorría el cuerpo y notaba cómo su estómago se encogía— siente algo muy especial. Lo acechan grandes peligros.

—¿Cuáles?

—Coged otra carta y mostrádmela.

El nuevo naipe contenía la imagen de un joven que aparecía bocabajo y colgado por una pierna. La astróloga frunció el ceño.

—No son las mejores noticias.

—¿Qué significado tiene esa carta? —exigió doña Benedita.

—La llaman el ahorcado y no anuncia nada bueno. Es posible que se refiera al destino de esa armada o al del hombre que ocupa el corazón de ella.

Leonor se llevó una mano a la boca, como si quisiera controlar el gemido que se le había escapado.

—¿Podéis ser más precisa?

—¿Cómo se llama ese joven?

—Don Alonso… don Alonso de Sandoval —respondió Leonor.

—¿Qué podéis decirme de él?

Ella dudó y miró a su tía, que fue quien respondió:

—Poca cosa… Es español, como de veinte años, quizá alguno más. Ha venido a Lisboa para servir al rey, por lo que va embarcado en la armada.

—¿Nada más?

La tía miró a su sobrina por si ella podía añadir algo.

—Sé que es natural de Trujillo, un pueblo de la Extremadura de Castilla. Nació allí porque de esa localidad es la familia de su madre, pero ha vivido en un lugar llamado Plasencia, que es donde su padre prestaba servicio al rey. El solar de su linaje paterno está en Galicia.

—Eso no es suficiente. Con esos datos no puedo levantar una carta astral de don Alonso.

Leonor se sentía cada vez más angustiada. Tenía el estómago más apretado y había empezado a sudar. Deseaba irse de allí cuanto antes.

La astróloga recogió los naipes del tapete y, sacando otro mazo de cartas —era de la llamada baraja española—, lo barajó con mucha habilidad y sacó una de él. Era el siete de espadas.

—A esta carta se le atribuyen dos situaciones. Una es que la persona de la que hablamos es inteligente, decidida y capaz de superar situaciones difíciles. También representa cualidades como la astucia y la estrategia; incluso está unida al engaño…

—¿Qué queréis decirnos con ello? —la interrumpió doña Benedita.

—Que don Alonso de Sandoval es persona con grandes cualidades, pero que lo acechan peligros muy graves. Habrá de actuar con mucha astucia para salir con bien de donde está…

—¿Saldrá con bien? —Leonor estaba angustiada.

—¿Sabéis a bordo de qué barco va?

—En el galeón *San Juan*. —Su respuesta fue inmediata.

La astróloga levantó otra carta, consultó un mapa donde aparecían extrañas figuras, con un compás trazó arcos en él e hizo unas anotaciones en un papel. Su rostro se había ensombrecido, pero guardaba silencio.

—¿Qué podéis decirnos?

—Un momento. —Al terminar miró a Leonor—. El *San Juan* no regresará a Lisboa.

Capítulo XXXVI

—¡ALMIRANTE! ¡Almirante! —gritaba Alonso desde la popa del *San Juan*, donde mandaba un grupo de arcabuceros que ya tenían preparadas sus armas porque la cercanía del enemigo señalaba que se iba a combatir mucho más cerca de lo que se había hecho hasta entonces.

Recalde, que estaba en el puente de mando, se volvió sorprendido. No era habitual que lo llamasen a gritos desde el otro extremo del galeón.

—¿Qué ocurre?

—¡El *Revenge* está virando, señor! ¡Se retira! ¡También los demás barcos que lo acompañaban!

El almirante corrió hasta la popa y comprobó que era cierto.

—¡Se aleja!

Con el catalejo enfocó el barco de Drake. Pese al humo pudo ver que en el intercambio de cañonazos con el *San Martín* había recibido varios impactos.

—¡Se ha llevado lo suyo! Tiene el casco agujereado y tocada la mayor. Pero ese palo todavía puede aguantar… —Golpeó con el puño la borda—. ¡Es incapaz de luchar como un verdadero marino!

—¡Señor, a enemigo que huye puente de plata!

—Cierto, alférez. Pero un caballero no rehúye el combate como lo está haciendo ese maldito inglés.

—Lo suyo es atacar barcos aislados, como ahora pretendía hacer con el *San Martín*. Pero se ha dado cuenta de que esa no era una presa fácil.

La retirada de la escuadra de Drake, que había sido la primera en acercarse a los galeones españoles, hizo aumentar la confusión. Llegaron a la zona de combate nuevos barcos ingleses pertenecientes a las escuadras de Frobisher y de Hawkins. Se intensificó el intercambio de disparos y la humareda volvió a dificultar la visión y crear problemas en ambas armadas para maniobrar. Se produjeron choques entre los propios barcos de la misma armada, tanto ingleses como españoles, causando en algún caso desperfectos importantes.

Pasado el mediodía, a la línea de combate que habían formado los galeones españoles se habían sumado nuevas unidades. Ahora el muro defensivo que formaban estaba integrado por docena y media de barcos, algo infranqueable para los ingleses, pese a que habían entrado en combate barcos de las escuadras de Seymour y de Howard. El intercambio de disparos estaba haciendo que en algunos navíos disminuyera de forma preocupante la munición disponible. Los españoles lo tenían peor que los ingleses, que disponían de mayores posibilidades de reabastecimiento en diferentes puntos de la costa, donde tenían almacenadas pólvora y municiones. Pese a ello, las órdenes de Medina Sidonia habían sido no escatimar disparos.

En el puente de mando del *Ark Royal*, Howard lanzaba órdenes:

—¡Que se mantenga la distancia! ¡Vigilad los barcos que quedan aislados! ¡Esos son nuestro objetivo! ¡Evitad el abordaje!

Eso último era lo que los españoles buscaban.

—¡Acercaos un poco más! ¡Sólo un poco más! ¡Si es que tenéis pelotas!

—¡Vamos, herejes, que nos veamos el blanco de los ojos!

—¡Cobardes! ¡Asustaviejas! ¡No os alejéis! ¡Os faltan cojones para acercaros!

Los mosqueteros y arcabuceros españoles los insultaban desde las bordas, acompañando sus gritos de muecas.

Los ingleses respondían con gestos igual de soeces. Algunos incluso se bajaban los calzones para mostrarles el culo y les chillaban obscenidades.

La batalla, además de librarse con pólvora y balas, incluía el insultar al enemigo y tratar de amedrentarlo con los gritos.

Aquellas injurias y gestos se mezclaban con el rugir de los cañones, el de las armas menores y con los gritos de los heridos. En las cubiertas de los barcos corría la sangre, se apilaban los muertos y se retiraba a los heridos para ser atendidos a mayor resguardo, aunque no había sitios seguros. Los proyectiles podían entrar por cualquier parte.

En el fragor de la lucha, a Howard le llegó un mensaje de Frobisher.

> *Sir Charles, me veo en la obligación de informaros de que la escuadra de Drake, con el Revenge a la cabeza, que había entrado en combate adelantándose a todos, ha orzado y se ha retirado de la pelea con los españoles. No se explica su actitud porque el castigo recibido de los cañones del enemigo no había sido tan grave como para abandonar. Ignoro las razones que ha tenido para actuar así, lo cual es gravemente perjudicial para nuestros propósitos. Es todo lo que, por el momento, he de comunicaros.*
>
> *Martin Frobisher*

Howard soltó una maldición. Frobisher llevaba razón.

A lo largo de aquel combate que se libraba frente a la localidad de Gravelinas y se prolongaba ya nueve horas, con la cerrada defensa de sus galeones de guerra, los españoles habían conseguido formar una barrera para proteger a sus barcos menores, reorganizarse y, sobre todo, evitar que el oleaje los lanzara contra los arenales de la playa y encallaran, lo que habría supuesto una gran catástrofe. Los ingleses habían logrado que los españoles se

alejaran de su objetivo de acercarse adonde aguardaba el duque de Parma con sus tropas.

A las cuatro de la tarde se seguía combatiendo. Las bajas y los daños en ambas escuadras eran importantes. Fue entonces cuando el viento roló, las nubes se adensaron y descargaron una fuerte lluvia sobre las ensangrentadas cubiertas, arrastrando la sangre. Las dos armadas se separaron. Aquel enfrentamiento, que no llegó a generalizarse, había terminado.

Era el momento de cuantificar los resultados de la batalla: los galeones de guerra españoles se habían llevado la peor parte, pero ninguno había sido hundido. Tendrían que repararlos, pero eso era algo habitual después de un combate donde la artillería había tenido el papel principal. Los ingleses evitaron el abordaje; sólo hubo un conato entre el *San Mateo* y el *Grand Mistery*: los ingleses pensaron que les resultaría rentable apoderarse del barco por ese procedimiento, pero cuando los primeros hombres que abordaron el galeón español fueron muertos de inmediato, viraron y se alejaron.

Al acercarse la puesta de sol, a Medina Sidonia le llegaba información sobre lo ocurrido. Él mismo había sido herido en un brazo como consecuencia de una astilla de las que saltaban cuando un proyectil alcanzaba las bordas o la cubierta.

—Excelencia, los buzos están reparando tres vías de agua en la obra viva, que son las que más preocupan —le informaba el primer contramaestre—. Dos de ellas son importantes. Por ahora, las bombas de achique sacan tanta agua como entra. Hay más de una docena de impactos en la arboladura y varios sobre la obra muerta.

—¡Las bajas, quiero información de las bajas!

—Es muy pronto, señor —respondió el capitán Venegas—. Lo que puedo decir a su excelencia es que los muertos en el *San Martín* son treinta y cuatro, y que se cuentan más de cien heridos, algunos de poca consideración y otros mucho más graves, lo que elevará el número de fallecidos de forma considerable. Los médicos y los cirujanos están haciendo todo lo que pueden. ¡Menos mal que el barco hospital no ha sufrido!

No sólo los cirujanos barberos estaban amputando pies y piernas, brazos y manos, o suturando heridas de muy diversa índole mientras los médicos administraban pócimas aletargantes y medicinas a los heridos, sino que los capellanes asistían a los moribundos para confortarlos en aquellos momentos finales. Oían confesiones, ungían con los santos óleos y signaban en la frente a los que, agonizantes, perecían con algo de paz.

Poco a poco, fueron llegando noticias de lo ocurrido en otros buques. Antes de la medianoche el duque tenía un conocimiento bastante aproximado de las bajas sufridas y los desperfectos habidos.

—Excelencia —le informaba el veedor general de la armada, Jorge Manrique—, con los datos que poseo, aunque variarán en las horas próximas, los muertos son quinientos doce y los heridos, de muy diversa consideración, más de ochocientos. En los próximos días, la mitad de ellos habrán entregado sus almas al Creador.

Medina Sidonia, con el semblante serio, asintió con un ligero movimiento de cabeza. Las bajas eran importantes, pero no alcanzaban la cifra que en un primer momento había temido, después de tantas horas de combate y tanto disparo de artillería.

—¿Cómo estamos de municiones y de pólvora?

—Mal, señor. Hay barcos que casi han agotado lo que llevaban. Hemos hecho más de cien mil disparos. Cuando salimos de Lisboa llevábamos a bordo —dijo mirando un papel donde tenía toda la información que había recopilado— ciento veintitrés mil setecientas noventa balas. Nos queda menos de un veinte por ciento, no llegan a veinte mil. Y hemos gastado cerca de cuatro mil quintales de pólvora de los cinco mil que se embarcaron.

—¿Tanto hemos disparado? —El duque parecía sorprendido.

—Señor, nuestros artilleros son buenos. Han disparado más que los ingleses, pese a que sabían que ellos podían reponer más fácilmente.

—Proseguid, don Jorge, proseguid.

—Estamos mejor en munición de mosquetes y arcabuces porque los ingleses han mantenido la distancia para evitar abordajes. Pero,

como he dicho a vuestra excelencia, la pólvora con que contamos es poca.

—Agradezco a vuesa merced toda la información. —Medina Sidonia miró a Bertendona, a quien había encargado lo referente a la situación de los barcos.

—¿Qué sabemos de los daños?

—Se están reponiendo jarcias, que en algunos barcos han sido muy castigadas. Aunque eso no representa mayores problemas: hay cabos y cabuyería suficiente y los cordeleros ya están en ello. Muchas velas han quedado tan agujereadas que el viento las puede pasar, y tampoco hay dificultades para su reposición. Se preparan maderas para restituir algunas que han sido dañadas. Eso es más complicado, pero los carpinteros, que tienen mucho trabajo, podrán colocar los repuestos en un par de días. Lo más grave son las vías de agua en las que trabajan buzos y calafates.

—Parece que todos los desaguisados tienen arreglo.

—Así es, excelencia. Los más afectados, además del *San Martín*, son el *San Felipe* y el *San Mateo*. Me temo que hemos de darlos por perdidos.

En aquel momento un oficial pidió permiso para entrar en el camarote. Tenía la respiración agitada.

—¿Qué ocurre? —preguntó el duque.

—Disculpadme, excelencia, pero es que… acaba de llegar.

—¡Por todos los santos! ¿Qué dice ese papel?

—El *San Felipe*, excelencia, ha encallado en los arenales de la costa holandesa, cerca de Flesinga.

—¿Qué ha sido de la tripulación?

—Al saberse que encallaría, la tripulación fue evacuada a la *Doncella*, pero el maestre don Francisco de Toledo y sus oficiales permanecieron a bordo. No sabemos qué ha sido de ellos. Es posible que hayan caído prisioneros porque seis barcos ingleses se lanzaron sobre el *San Felipe* al ver que no podía defenderse. Lo han saqueado a placer.

—¿Qué se sabe de la *María Juan*? —preguntó a Bertendona—. Vi cómo la atacaban varios barcos enemigos.

—Señor, quedó desarbolada por un encontronazo con una de nuestras galeazas. A la pérdida del velamen hay que añadir que el timón se averió, por lo que quedó a merced de las olas. Una docena de barcos enemigos se lanzaron sobre ella. Se defendieron durante horas, hasta que se quedaron sin munición y estaban a punto de hundirse. Sólo entonces el capitán ordenó evacuarla.

—¿Alguna pérdida más?

—No, señor. No tenemos noticia de ninguna otra, aunque hay media docena de barcos de los que todavía no se sabe nada.

—¿Los ingleses sólo han hundido uno?

—Así es, señor.

—¿Sabemos qué les ha ocurrido a ellos?

—Muy poco, excelencia. Pero han perdido al menos tres navíos. Uno es el *Margareth and John*. Cometieron la imprudencia de atacar al *San Juan* de frente. Le lanzamos alcancías y una de ellas llegó a la santabárbara. Voló por los aires y se hundió en pocos minutos. No sabemos cuántos hombres iban a bordo, pero no hubo supervivientes. Otro barco hundido es el *Eagle*, una embarcación pequeña que el *San Felipe* mandó a pique tras abrirle varias vías de agua en el casco que no fueron capaces de reparar. Un tercero fue hundido por el *Gran Grifón*, pero no puedo daros más noticias, salvo que el *Revenge*, de Drake, ha quedado bastante dañado.

Aquella fue una noche muy larga, en la que falleció medio centenar de los heridos. Los buzos, los carpinteros y los calafates no tuvieron un momento de descanso. Se habían encendido, además de los fanales de popa, una gran cantidad de farolillos de mano para continuar trabajando toda la madrugada. También estuvieron funcionando las bombas de achique con relevos cada media hora para que el ritmo de la salida de agua no decayese y crease problemas añadidos. Muchos de los heridos, en los casos en que fue posible, fueron trasladados en lanchas al barco hospital, que había salido indemne de la batalla.

Cuando las primeras luces del alba empezaron a disipar la oscuridad, pese a las dificultades de una noche tan agitada se habían hecho ya numerosas reparaciones, aunque quedaban muchas otras pendientes. Algunos de los barcos, que se habían reagrupado antes del anochecer, se movieron para cerrar una formación de combate, y apenas apuntaba el sol cuando se celebró reunión en el *San Martín*. En torno a la mesa estaban Recalde Oquendo, Valdés, Bertendona, Gómez de Medina, Martínez de Leyva y el veedor Manrique. También el piloto mayor de la escuadra, muy abatido porque habían muerto varios de sus iguales; entre ellos, dos de los cuatro que iban a bordo del *San Martín.*

El duque, que no había pegado ojo, ofreció aguardiente de Cazalla.

—¿Cuál es la situación en este momento? —preguntó a Manrique.

—Los muertos, según las últimas noticias, se elevan a algo más de seiscientos, excelencia. El número de heridos ha disminuido. Parte de ellos se encuentran ya fuera de peligro.

—¿El estado de los barcos? —Miró a Bertendona.

—Se han podido realizar numerosas reparaciones, señor. Los buzos han hecho parte de su trabajo y los calafates y carpinteros también.

—Caballeros, hasta donde sabemos, la escuadra ha sufrido el desgaste propio de una batalla, pero sigue en condiciones de combatir —dijo Medina Sidonia—. Antes de tomar alguna decisión quiero conocer opiniones.

Dirigió la mirada al almirante general.

Recalde dio un último trago a su aguardiente y carraspeó.

—Excelencia, es cierto que estamos en condiciones de combatir. Hemos recibido un castigo aceptable y, aunque desconocemos la situación del enemigo, puedo afirmar que se han llevado lo suyo. Andarán tan escasos de municiones y de pólvora como nosotros, han perdido algunos barcos y muchos de ellos estaban tan dañados como los nuestros. Hemos eludido la principal amenaza: encallar en

los fondos arenosos de la costa. Pero eso nos ha creado un problema…

—¿A qué os referís?

—A que, según las cartas de navegación, estamos entrando en el mar del Norte. Nos encontramos a cincuenta y tres grados de latitud. Hemos dejado atrás Dunkerque. —El duque miró al piloto mayor, quien asintió con un leve movimiento de cabeza.

—¿Eso significa que tendríamos que virar al sur?

—Así es, excelencia, y enfrentarnos a los ingleses, que tratarán de evitar que embarquemos a los tercios.

—¿Pensáis que esa es la mejor de las opciones?

—Siempre que el viento nos lo permita.

—¿Quién es de la misma opinión?

—Yo, excelencia. —Gómez de Medina había alzado el brazo.

—Yo también —afirmó Leyva.

—Es la única forma de cumplir el mandato de su majestad —dijo Bertendona.

—¿Qué otras opciones tenemos?

—Regresar a España —repuso el veedor.

—Don Jorge, ¿estáis seguro de que eso sería del agrado de su majestad?

—Casi sin pólvora y municiones, entablar combate sería suicida.

—Los ingleses no están mejor que nosotros. También ellos han disparado mucho —replicó Gómez de Medina.

—Pero pueden reabastecerse y nosotros no.

—Habría otra posibilidad.

Todos miraron a Oquendo.

—Hablad, don Miguel.

—Excelencia, podríamos buscar un puerto donde resguardarnos, terminar todos los trabajos que quedan por hacer y reabastecernos, además de enviar un correo al duque de Parma para que tenga conocimiento de ello y actúe en consecuencia. Eso nos obligaría a navegar hacia el norte y buscar un fondeadero accesible en

Dinamarca o en Noruega, que no están en guerra con nosotros y nos reabastecerían pagándoles lo que pidieran.

Se levantó un murmullo entre los presentes.

—Esos no son de fiar —comentó Bertendona—. Son tan herejes como los ingleses. Incumpliríamos el mandato de su majestad.

El piloto mayor pidió la palabra.

—Decid.

—Esas aguas suponen un problema. No disponemos de cartas que nos permitan navegar por ellas con un mínimo de seguridad. Las dificultades son grandes.

El debate se prolongó durante una hora. Medina Sidonia, oídos todos los pareceres, tomó la decisión.

—Como con la ayuda del Altísimo hemos logrado recomponer la formación de combate, buscaremos al enemigo si Dios nos concede buen viento. —Se puso en pie dando por concluida la reunión—. Así daremos cumplimiento al mandato de su majestad. Que en cada barco se rinda honores a los hombres caídos.

Se vivieron horas de mucha tristeza. Desde el amanecer se había trabajado sin descanso. Los cadáveres de quienes cayeron la víspera y no fueron tragados por las aguas reposaban sobre las cubiertas envueltos en recias lonas, atados y convenientemente lastrados. Se había dispuesto todo para decir misas por su eterno descanso. En silencio, soldados y marineros formaban para despedir a sus compañeros. Sólo se oía algún grito desesperado que venía del sollado, donde se seguía atendiendo a algunos heridos. Las banderas y gallardetes de los barcos estaban a media asta en señal de duelo.

Los capellanes oficiaron los funerales y, terminadas las ceremonias religiosas, los capitanes pronunciaron breves discursos ponderando el sacrificio de aquellos hombres en defensa de la religión y del rey.

A bordo del *San Juan*, sobre cuya cubierta se alineaba una veintena de cadáveres, Recalde presidía las exequias que oficiaba fray Gaspar, quien tuvo unas sentidas frases para aquellos que iban a encontrar en el mar su sepultura:

—… hasta que al final de los tiempos sus cuerpos resuciten gloriosos y disfruten de la vida eterna en presencia de Dios Nuestro Señor.

Al concluir la misa tomó la palabra el almirante. Subido en el puente de mando, Martínez de Recalde paseó la mirada por los hombres que permanecían inmóviles, destocados como era costumbre en momentos como aquellos.

—¡Han luchado contra quienes ultrajan los templos y las imágenes! ¡Persiguen a los buenos cristianos y ofenden a Dios con sus perversas acciones! Por eso y porque es la orden que nuestro rey nos dio, buscaremos la manera de hacer justicia. Nos enfrentaremos a ellos, si les quedan agallas para combatir contra nosotros. Espero que todos y cada uno cumplan con su deber. Esa será la mejor manera de hacer justicia a quienes hoy sepultamos en las aguas de este mar adonde nos ha traído la defensa de nuestras creencias, atacadas por unas gentes que han convertido el pillaje y la piratería en formas de vida para perjudicar nuestros legítimos derechos. Que Dios acoja sus almas y las nuestras cuando nos llegue el día como a quienes hoy honramos. ¡Por España! —gritó.

—¡Por España! —respondió un coro de recias voces.

—¡Por el rey!

—¡Por el rey, por el rey! —bramaron los hombres.

Cuando se hizo el silencio, fray Gaspar fue aspergiendo con agua bendita los cadáveres que, uno tras otro, fueron deslizados al mar por las tablas que a tal efecto se habían colocado en una de las bordas.

Al tiempo que las aguas se convertían en la tumba de aquellos hombres, en el cielo atronaban las salvas de los arcabuces y de los cañonazos con que eran despedidos. El olor a pólvora impregnó el ambiente. Era un buen olor para despedir a aquellos hombres que tendrían como lugar de reposo el fondo del mar.

Capítulo XXXVII

AL MEDIODÍA del nueve de agosto la Gran Armada avistó la flota inglesa. Había recompuesto su formación de combate pese a haber perdido dos de sus grandes galeones. No se tenía noticia del *San Mateo* y se temía que, al resultar dañada parte de su arboladura, el viento y el oleaje lo hubieran arrastrado hasta la costa, donde habría encallado.

Medina Sidonia divisó desde el puente de mando los barcos ingleses, que llenaban el horizonte.

—¡Izad el estandarte de combate! ¡Cañonazo de atención!

Al tiempo que en el palo mayor empezaba a ondear el estandarte, sonó el cañonazo que advertía a la armada de que se preparasen para combatir. Los contramaestres daban órdenes sin cesar:

—¡Esos cabos más tensos! ¡Arriba las vergas!

Los hombres tensaban los cabos para que el velamen aprovechara hasta la más pequeña ráfaga de viento.

Los arcabuceros prendían las mechas, vaciaban pólvora del primero de los apóstoles y cargaban las balas. Los mosqueteros también preparaban sus armas.

Se abrieron las portezuelas de la artillería y asomaron por ellas las bocas de los cañones, convenientemente cargados. Los artilleros, en sus puestos.

En el *San Juan*, Lope, que tenía prendida la mecha de su arcabuz, trataba de no perder detalle. Fray Gaspar se le acercó por detrás:

—Sé poco de mar, pero todo apunta a que no quieren pelea.

—Eso parece, y sólo puede explicarse de una forma.

—¿Cuál?

—Que les hemos zurrado bien la badana. Nosotros hemos sufrido, pero ellos también. Puede que tengan más muertos y estén también escasos de municiones.

—Nunca lo reconocerán.

—¿Cómo decís?

—Que jamás admitirán sus pérdidas, a diferencia de nosotros. La batalla de ayer quedó en tablas y por lo que he oído decir sólo perdimos un barco, aunque uno de los galeones, el *San Felipe*, encalló, y cuando lo evacuaron fue saqueado por los ingleses.

—¡Sólo sirven para eso! Algún día escribiré sobre esto.

—Tampoco se tienen noticias del *San Mateo*. Lo que el alférez Sandoval ha oído decir al almirante es que tenía problemas con la arboladura y que el oleaje lo empujó hacia el norte. También me ha dicho que don Francisco de Toledo, que iba en el *San Felipe*, quizá esté preso, en poder de los ingleses.

—¡Maldita sea! —Recalde, en el castillete de proa del *San Juan*, que formaba la vanguardia junto al *San Martín*, el *Gran Grifón* y *La Rata Encoronada*, estaba irritado.

—¿Ocurre algo, señor? —preguntó Alonso.

—Se mantienen al pairo. No se mueven y el viento no nos favorece.

—¿Significa que rehúyen otra vez el combate?

—Así es, y el viento nos lleva hacia el norte. No podremos llegar hasta el duque de Parma y sus tropas. ¡Esto está saliendo mal!

A bordo del *Ark Royal*, en el camarote de *sir* Charles Howard se celebraba una reunión de los jefes de escuadra.

—Después de la batalla de ayer no nos interesa un nuevo enfrentamiento con los papistas.

—Ellos están, al menos, tan mal como nosotros —indicó Seymour, cuya escuadra, desde la retaguardia, apenas había participado en el combate—. Añadid, *milord*, que la pérdida de un barco como el galeón que tuvieron que abandonar les ha tenido que hacer daño.

—Sumad a ese galeón otro, el *San Mateo*, que quedó tan acribillado que no podían gobernarlo, y arrastrado por el oleaje habrá tenido que encallar, si es que no está hundido —indicó Frobisher.

—Observo que lo decís muy seguro. —Drake estaba muy pagado de sí mismo desde que había saqueado el *Nuestra Señora del Rosario.*

Frobisher lo miró de soslayo. Era conocida la rivalidad que mantenían. Él pertenecía a la vieja nobleza y consideraba a Drake un advenedizo pese al nombramiento de caballero, con título de *sir*, que la reina le había concedido. La competencia se había acrecentado cuando Drake logró navegar por el estrecho que sesenta años antes habían cruzado Magallanes y Elcano, mientras que Frobisher había fracasado en sus intentos de encontrar un paso del Atlántico al Pacífico por el norte.

—¿Acaso lo sabéis vos, que abandonasteis la batalla apenas comenzada?

—Que yo sepa no habéis conseguido ninguna pieza.

—Porque lo mío es combatir, no dedicarme al pillaje. Esto os viene demasiado largo. No sois grande, aunque lo diga vuestro escudo de armas, donde la única verdad se encuentra en que habéis sido pequeño desde vuestros comienzos.

—¡Voy a hacer que os traguéis vuestras palabras! —Drake había echado mano a la daga que llevaba al cinto.

—¡Teneos, caballeros! ¡Esos no son comportamientos! ¡No lo consentiré en mi presencia! —Howard se había encarado a Drake, a pesar de que era el ofendido.

Tampoco a él le había gustado la forma en que había actuado la víspera, cuando se alejó de la zona de combate permitiendo a los

españoles rehacer sus posiciones y evitando que la lucha se decantase a su favor.

—Señor, he sido ofendido —replicó Drake.

—Lo que he dicho es cierto —insistió Frobisher.

—¡Basta! ¡Centrémonos en lo que tenemos por delante! ¡Guardad vuestras diferencias para otra ocasión!

—*Sir* Charles —intervino Hawkins—, no debemos arriesgarnos a un combate, salvo que el enemigo se acerque a las costas de Flandes, donde aguarda su infantería. En ese caso tendríamos que jugárnoslo todo. Pero la situación presente nos favorece. Si se ven obligados a entrar en aguas más al norte, lo único que tendríamos que hacer sería vigilarlos hasta que estén lo suficientemente alejados como para que les resulte imposible navegar hacia el sur.

—¿Cuál es vuestra opinión? —Howard se dirigió a Seymour.

—La misma que la de *sir* John. Nuestro mayor logro, aunque no hayamos conseguido la victoria, ha sido impedir que se acerquen a la costa flamenca, y ahora están demasiado al norte.

Howard observó alternativamente a Drake y a Frobisher. Este último se limitó a decir:

—Id cambiando el palo mayor de vuestro *Revenge*, que buena falta le hace.

—¡Basta ya! Vigilaremos a los españoles, pero evitaremos cualquier enfrentamiento. Vuestros barcos —indicó Howard mirando a Seymour— se encargarán de guardar nuestra costa. Los demás, pendientes de cómo evolucionan los acontecimientos y de que los daños se reparen con el mayor sigilo posible. Nada hay que decir de las pérdidas sufridas.

Una vez solo en su camarote escribió a la reina diciéndole que habían obtenido una gran victoria, pues sabía cuál podía ser la reacción de la soberana ante un resultado como el conseguido. Lo único cierto que decía en aquella carta era que habían logrado empujar a la armada española hacia el norte.

Cosa bien distinta era lo que había escrito a *lord* Walsingham la noche anterior:

Siendo las seis horas de la fecha en que se cuentan veintinueve días del mes de julio[2] del año de mil y quinientos ochenta y ocho, a bordo del Ark Royal hago saber a milord que, pese a que el enemigo había perdido la formación de combate gracias a los brulotes que lanzamos sobre ellos y que los obligaron a levar anclas, sólo puedo calificar la situación de ambigua. Hemos gastado mucha munición, por lo que os ruego que, a la mayor brevedad posible, me enviéis toda cuanta tengáis a mano. Gracias a los brulotes hemos puesto al rival en grandes aprietos, aunque lograron recomponer la formación de combate. Pero su flota está compuesta de barcos espaciosos y de mucha potencia, y es muy poderosa. Poco a poco, muy lentamente, les vamos quitando algunas plumas.

Lord *Charles Howard de Effingham*

En Dunkerque, Alejandro Farnesio tenía noticia de que la armada había pasado de largo. Quien le había llevado la nueva añadía otra más, referida al destino del *San Mateo.*

—Así es, excelencia. Encalló entre Ostende y La Esclusa. No pudieron defenderse y se rindió a los rebeldes, que lo remolcaron hasta Flesinga. Después de saquear todo lo que había de valor en él lo hundieron porque estaba tan castigado que no era posible repararlo.

—¿Qué ha sido de su tripulación y de los soldados embarcados?

—Hechos prisioneros. También don Diego Pimentel, el maestre del tercio de Sicilia. Lo que se oye decir es que el *San Mateo* se batió con mucho coraje y fue uno de los que sostuvieron la batalla, librada hace dos días y que quedó en tablas. Lo peor de todo es que los nuestros se alejaron de estas costas y se adentraron en el mar del Norte.

Farnesio miró un mapa que tenía desplegado sobre la mesa.

—Si el *San Mateo* encalló aquí —señaló Ostende—, significa que están muy al norte.

—Así es, señor. Les resultará difícil volver. Ahí los vientos los empujarán todavía más hacia el septentrión.

Se hizo el silencio entre los presentes. Lo que acababan de oír era lo que todos temían: si la armada había alcanzado aquellas latitudes tendría que continuar hacia el norte. Todo el plan trazado se había desmoronado.

—Era el peor de los planes posibles. Así se lo hice saber a su majestad. Podríamos haber cruzado el Canal en doce horas, aprovechando un momento adecuado, pese al riesgo que suponía no tener la protección de una escuadra y estar los rebeldes al acecho. ¿Cómo estamos de bastimentos? —preguntó al asentador general.

—Mal, excelencia. El pan empieza a escasear y resulta cada vez más difícil conseguirlo. Lo mismo ocurre con otras viandas. Sólo disponemos de agua y de tasajos de bacalao. Aun ajustando las raciones, no podremos aguantar más de seis días.

Farnesio asintió con leves movimientos de cabeza. No era fácil dar de comer a los miles de hombres acantonados en aquellas playas.

—Aguardaremos una semana. Ajustad las raciones para que duren hasta entonces. Si transcurrido ese plazo no tenemos noticias de que estén cerca, nos retiraremos.

Aquella misma tarde el duque de Parma escribía al rey, informándole del enfrentamiento a la altura de Gravelinas y de cómo la Gran Armada, sin grandes pérdidas, había sido empujada hacia el norte, lo que hacía muy difícil el embarque de sus hombres para cruzar el canal de la Mancha.

En Londres, donde se había contenido la respiración durante muchos días, se esperaban con ansiedad noticias de lo que estaba ocurriendo en el mar. El temor a que los temibles tercios españoles aparecieran remontando el Támesis había hecho que se tomaran muchas disposiciones para defender la ciudad. Todos los que habían podido marcharse y acomodarse en alguna de las poblaciones de la campiña lo habían hecho.

Cuando llegaron las primeras noticias de lo que sucedía ante las costas de Flandes aumentó la preocupación. Se decía que *lord*

Howard no se había atrevido a hacer frente a la armada enemiga por temor a los poderosos galeones de guerra enemigos.

Desde que las dos flotas se avistaron, los rumores llenaban posadas, tabernas y mesones. Circulaban de mesa en mesa, mientras se trasegaban grandes cantidades de cerveza, y eran de lo más variado:

—Puedo deciros, porque viene de gente que tiene mucha mano en las alturas —afirmaba un viejo y desdentado marino—, que se han respetado y no se ha entablado un verdadero combate. Los duelos han sido artilleros y a gran distancia, por lo que los daños no son importantes.

—Pues lo que ha llegado a mis oídos es que la batalla ha sido dura y que muchos barcos, junto con el grueso de sus tripulaciones, están en el fondo del Canal —replicó un sujeto que por su indumentaria tenía trazas de mercader—. ¡Los muertos se cuentan por miles!

—¿Se sabe algo de los españoles que aguardaban a ser embarcados en Flandes? —preguntó un hombre entrado en años, con una cuidada barba blanca que vestía un ropón negro hasta los pies, y a quien llamaban *mister* Thomas—. ¡Si esos demonios, que Satán confunda, ponen pie en esta tierra, lo pasaremos mal!

—¡*Mister* Thomas, eso será si logran pasar de Tilbury! —le contestó un fornido sujeto que adornaba los lóbulos de sus orejas con unos grandes aros—. Allí está Leicester con sus hombres. ¡Veríamos si no manda a esos… demonios directamente al infierno!

—¿Los habéis visto pelear?

—¿Acaso los habéis visto vos?

—No sólo eso, sino que he combatido contra ellos y he tenido la suerte de vivir para poder contarlo. Cuando forman en cuadro, nunca rompen el orden de batalla. Luchan codo con codo y, si cae uno, otro ocupa su puesto de inmediato. ¡Mejor no tener que luchar con ellos!

—No habrá necesidad —afirmó con rotundidad un sujeto con la nariz amoratada y los ojos vidriosos por efecto de la bebida.

—Lo decís muy seguro.

—Lo digo porque no pondrán pie en esta tierra. *Sir* Francis se encargará de ello, tenedlo por seguro, *mister* Thomas. —Alzó su jarra de cerveza e hizo una propuesta—: ¡Tres hurras por *sir* Francis Drake!

—¡Hip, hip, hurra! —gritaron todos a coro por tres veces.

Los presentes, incluidos los de las demás mesas que se habían sumado y también alzado sus jarras, bebieron por Drake.

En aquel momento entró un sujeto con la respiración agitada. Había corrido para traer la noticia:

—¡Dicen que la reina se ha marchado de Londres!

—¿Queréis repetir eso? —El semblante de *mister* Thomas se había ensombrecido.

—¡Que la reina ha abandonado Londres!

—Mala noticia. —*Mister* Thomas golpeó la mesa con el puño.

—¿Os importaría explicaros?

—Puede ser que su majestad haya querido poner tierra de por medio ante una derrota de nuestra armada…

—Ha marchado a Tilbury, donde está el conde de Leicester con sus tropas —añadió el que había ejercido de mensajero.

—Quizá desee infundirles ánimos ante lo que se avecina.

—También se oye decir que la batalla ha quedado en tablas. Al parecer han gastado casi toda la munición que llevaban, pero los daños son escasos, y los españoles no han podido llegar hasta donde estaban los soldados que tenían que embarcar.

—¡Esa es la mejor noticia que podíamos tener! —exclamó *mister* Thomas.

En los días siguientes Londres seguía hirviendo de rumores. Ahora se sabía que Drake había conseguido capturar un galeón español que quedó con el timón inutilizado al chocar con otro barco de su armada; también que dos galeones más habían encallado en la costa flamenca. Lo que parecía haberse convertido en un secreto eran las pérdidas sufridas.

—Ayer comentaban unos jueces en una taberna de Fleet Street que nos han hundido tres barcos. Pero que se ha ordenado, bajo

graves penas, que nada de esto se diga —afirmaba un sujeto de nariz ganchuda sobre la que descansaban unas antiparras de gruesas lentes.

—También lo he oído yo —corroboró otro que estaba en la mesa de al lado. Vestía una toga negra, no dejaba de hojear papeles y tenía una blanca, rizada y ridícula peluca junto al cartapacio.

—¿A quién defendéis hoy?

—A un tonelero que dejó malherido a un sujeto al que sorprendió en la cama con su mujer.

—Ese es un caso ganado, señor Richardson.

—No es tan fácil como podéis pensar. El sujeto dice que pagó a la mujer cuatro peniques para que se abriera de piernas. Pero, volviendo a la lucha contra los españoles, puedo deciros que no está muy claro quién ha ganado y que se va a difundir sólo una parte de la verdad.

—¿Qué parte?

—Que los españoles no han logrado embarcar a los soldados que esperaban en la costa de Flandes. Eso se transmitirá como una gran victoria.

Dos días más tarde varias imprentas de Londres habían paralizado los trabajos en marcha para imprimir unos pasquines donde se contaba la derrota sufrida por los españoles en el canal de la Mancha: docenas de barcos hundidos, sin haber sufrido pérdida alguna. Se ponderaba asimismo la riqueza conseguida en los barcos abandonados por los españoles antes de ir a parar al fondo del mar, y todo ello regado de frases irónicas sobre la supuesta grandeza de la armada española y satanizando a Felipe II. El libelo terminaba con una detallada relación del acto que Isabel I había protagonizado en Tilbury, donde pasó revista a sus tropas flanqueada por los condes de Leicester y de Essex, y con *sir* John Norris cerrando la marcha. Se recogía parte del discurso de la reina, quien afirmaba:

Ha sido una gran victoria la obtenida sobre la armada enemiga, muchos de cuyos barcos están en el fondo del Canal. El valor y la habilidad de nuestros marinos han impedido que los papistas pusieran un pie en el reino, donde vosotros los aguardabais para, en

caso de haber sido necesario, darles su merecido. Dios ha estado con nosotros y nos ha otorgado un gran triunfo que será celebrado por los siglos de los siglos. Su orgullosa armada, a la que consideraban invencible, está en lo más hondo del mar. Hemos humillado a su rey, ese Demonio del Mediodía, cuyos barcos han dejado de ser una amenaza para nuestra patria.

Aquel pasquín se divulgó hasta los más apartados rincones del reino y fue de obligada lectura en las misas dominicales durante cuatro semanas. Se enviaron ejemplares a Escocia, a Flandes y a Francia. Por media Europa se hablaba de que una poderosa armada de Felipe II, cuyos barcos surcaban el Mediterráneo para mantener a raya a los turcos, cruzaban el Atlántico en ambas direcciones, bordeaban la costa del continente africano hasta el Índico y navegaban por aguas del océano Pacífico, había sido derrotada por la marina inglesa y mandada al fondo del mar. Se referían a ella, jocosamente, como la Invencible.

La única verdad que había en aquel pasquín era que Medina Sidonia no había conseguido conectar con el duque de Parma y sus tropas.

Los españoles no pudieron regresar a latitudes más bajas ni enfrentarse a la flota enemiga. La Gran Armada buscó la batalla hasta en tres ocasiones, pero los ingleses se limitaban a vigilarla de lejos, mientras se adentraba en el mar del Norte empujada por los vientos.

Capítulo XXXVIII

A LISBOA llegaban noticias confusas. Todo eran rumores, y muchos de ellos interesados para estimular los sentimientos de los partidarios de don Antonio de Avís. Había gran incertidumbre, que en casa de don Francisco de Mascarenhas se vivía con particular intensidad. Leonor, desde que Petra la *Agorera* le había vaticinado que el *San Juan* no regresaría a Lisboa, estaba angustiada. Todas las mañanas acudía a la iglesia de los dominicos y allí se postraba a los pies de la Virgen del Rosario para implorarle que Alonso volviera sano y salvo. Era cierto que también iba con el propósito de hablar con el padre Vasconcelos, por si en el convento habían tenido alguna nueva que no fuera una de las habladurías que circulaban por plazas y mercados. Había días que no era posible y otros lo conseguía, tras esperar a que el dominico terminase de atender la larga fila de penitentes que se formaba ante su confesionario.

El padre Vasconcelos, que era muy apreciado por sus feligreses, había cumplido los sesenta, pero mantenía un vigor impropio de una edad a la que muchos habían bajado a la sepultura. Eran muy tenidas en cuenta sus opiniones y guardaba como un tesoro el secreto de ser partidario de don Antonio. Prefería un bastardo portugués a un legítimo castellano para ocupar el trono.

Cada vez que Leonor le preguntaba si se había recibido en el convento alguna noticia de fray Gaspar, Vasconcelos dejaba escapar

un suspiro negando con la cabeza. Las más de las veces solía añadir algún comentario que en nada aliviaba las inquietudes y angustias de la joven dama.

Conforme pasaban los días, crecía la expectación. En dos ocasiones, sin que el virrey hubiera logrado descubrir dónde se imprimían aquellos papeles, aparecieron por Lisboa y por otras ciudades importantes, como Oporto y Évora, pasquines en los que se decía que la armada había sufrido una gravísima derrota.

En A Casa dos Passarinhos también se comentaban aquellos rumores, a los que Diogo Couto daba crédito y lo reafirmaba dejando un papel sobre la mesa en torno a la que aquel día se sentaban Farinhas, don Bastián y el clérigo Pereira. En el libelo que había aparecido aquella mañana se daban detalles concretos de lo ocurrido:

En la gran batalla librada, ocho de cada diez de los barcos que zarparon de Lisboa están hoy en el fondo del mar, y los que no han sido hundidos por los ingleses están tan maltratados que difícilmente lograrán llegar a puerto. Los muertos se cuentan por muchos miles y también los prisioneros. La poderosa flota inglesa, que apenas ha sufrido algunos rasguños y que ya está amarrada a puerto, se prepara para atacar como respuesta a esta desastrosa empresa que anuncia el principio del fin de quien ha usurpado el trono de Portugal. Don Antonio de Avís, nuestro legítimo soberano, regresará a bordo de uno de esos barcos que tienen como misión recuperar el trono que le ha sido arrebatado y dar el golpe de gracia a Castilla.

¡Por la libertad de Portugal! ¡Por don Antonio, nuestro legítimo soberano! ¡Patriotas, tomad las armas cuando llegue el momento! ¡Fuera el invasor y muerte a sus secuaces!

—¡Aquí está la prueba! ¡La derrota de los españoles ha sido total!

—¿Eso… eso es una prueba? —Don Bastián señaló con su índice el pasquín—. ¡Lo mejor que podéis hacer con él sería guardarlo para

evitaros algún problema y darle uso en el retrete!

—Lo que don Bastián os recomienda —dijo el padre Pereira— me ha traído a la mente una estrofa con la que mi padre respondió al escrito anónimo de un enemigo. Decía así:

El papelucho indecente
que tú mandado me has
ahora lo tengo delante,
pronto lo tendré detrás.

Farinhas golpeó varias veces sobre la mesa con la palma de la mano.

—¡Eso merece otra ronda! ¡Corre de mi cuenta!

—A propósito, don Luís, hablando de estrofas, ¿qué tal marcha vuestro poema sobre Alcazarquivir?

—Muy avanzado, don Bastián. Una vez que dejé frente a frente a nuestro ejército encarado al de la morisma, he descrito el curso de la batalla. ¡Un desastre, un verdadero desastre! Pero he querido dar tono mayor a la heroicidad con que luchamos. Por supuesto he dado la relevancia que merece a la muerte de don Sebastián como un héroe.

—¡Muy seguro os veo de esa afirmación! —protestó Couto.

—¡Es que don Sebastián murió en Alcazarquivir!

—¿Visteis su cadáver?

—¡Ya os he dicho alguna vez que no lo vi! ¡Combatía en otro lugar del campo de batalla! Pero estando preso fueron varios los que contaron que sí lo vieron.

—¡Bah! ¡Puede que el día menos pensado…!

—No me explico esa tozudez —le recriminó don Bastián—. ¡Hace diez años de Alcazarquivir! ¿Acaso vos y quienes piensan como vos no creéis que ha pasado tiempo más que suficiente para que, en caso de que hubiera sobrevivido don Sebastián, que fue quien nos condujo a aquel desastre, ya habría aparecido?

—¡Vos lo habéis dicho! ¡Fue el propio don Sebastián quien condujo al ejército al desastre! ¡Por eso la penitencia, antes de

regresar, ha de ser larga! ¡Acorde con la magnitud de la catástrofe!

Pese al tiempo transcurrido, la idea de que don Sebastián había logrado salir con vida de Alcazarquivir se mantenía viva entre un buen número de portugueses. Algunos decían que expiaba la gravedad de su pecado en un apartado monasterio y que no aparecería reclamando su trono hasta haber cumplido aquella penitencia.

—A quienes sostenéis que don Antonio debe ocupar el trono no os conviene haceros eco de eso. —Farinhas se dirigía a Couto—. Si don Sebastián apareciera…

—¡Sería el rey! ¡Quien no debe serlo es el *Espanhol*!

En El Escorial, Felipe II también se mostraba inquieto. Pasaba gran parte del día rezando en la iglesia del monasterio. Imploraba a Dios la victoria porque ese sería el primer paso para acabar con la herejía en Inglaterra y devolverla a la verdadera religión, de donde la había sacado la lujuria de un rey y los intereses de una nobleza que se había enriquecido apoderándose de los bienes de la Iglesia, principalmente los de los monasterios que habían quedado abandonados.

Aquella tarde, después de haber despachado numerosos asuntos con Vázquez de Leca, visitó la biblioteca con Benito Arias Montano y Ambrosio de Morales. Este último había acudido a El Escorial desde su monasterio de San Jerónimo de Valparaíso, en su Córdoba natal, para presentarle los últimos resultados de las respuestas a los cuestionarios en que se solicitaban a todos los pueblos de la corona de Castilla datos sobre la topografía, la arqueología y la historia de ellos, a los que había dado el nombre de *Relaciones.*

Charlaban relajadamente sobre ello cuando unos golpes en la puerta del real gabinete los interrumpieron. Era el gentilhombre de cámara.

—Majestad, disculpadme, pero…

Felipe II no lo dejó terminar.

—¿Qué ocurre, conde?

—Señor, correo de Flandes. Acaba de llegar y no he perdido un instante en traerlo a vuestra majestad. —Mostraba la carta en su

mano.

—Dádmela, dádmela.

Era de Alejandro Farnesio.

El rey leyó con avidez aquellas líneas al tiempo que quienes lo acompañaban estaban pendientes de algún gesto. Felipe II llevaba días esperando. Pudieron ver que su semblante se ensombrecía, y cuando concluyó parecía tan cansado como si hubiera hecho un titánico esfuerzo.

—El duque de Medina Sidonia no ha podido llegar adonde lo aguardaba el duque de Parma. Este negocio que, sin duda, era grato a los ojos de Dios, no ha podido consumarse.

—¿Qué ha ocurrido con la Gran Armada, majestad?

—No se da noticia de ello en este papel. Sólo que no ha sido posible que se dieran la mano.

—Señor, quizá más adelante…

En Madrid también corrían rumores. En las gradas de San Felipe un corrillo formado por unos caballeros y un par de eclesiásticos comentaba los acontecimientos:

—Las últimas noticias señalan que el combate ha sido tremendo y que muchos barcos han ido a parar al fondo del mar.

—¿Nuestros o de los ingleses? —preguntó uno de los presentes, que lucía la cruz de Santiago en su pecho.

—Tanto de unos como de otros. Se han dado tal tunda que los cañones se quedaron sin municiones, por lo que se peleó cuerpo a cuerpo. Ahí los nuestros han tenido ventaja sobre ese hatajo de herejes.

—¿Han logrado embarcar a las tropas de Flandes?

—A eso no puedo contestar a vuesa merced —contestó el agustino, que presumía de tener más información.

—¿La noticia de ese combate en el que se llegó al cuerpo a cuerpo es abonada? —Quien ahora preguntaba había sido piloto en la carrera de Indias.

—¡Desde luego, señor! —El piloto hizo un gesto de duda—. ¿Acaso ponéis en cuestión mis palabras?

—¡Dios me libre, paternidad! Pero me sorprende mucho que los ingleses hayan entrado en combate de esa forma. Los conozco bien.

—¿Acaso vuesa merced ha combatido alguna vez contra ellos? —le preguntó el coadjutor de San Ginés.

—En más de una ocasión.

—¿Cuál es vuestro nombre? —El santiaguista lo medía con la mirada.

—Juan de Menchaca, para servir a vuesa merced. He sido piloto en la flota que cruza el Atlántico de Sevilla a La Habana y luego prosigue hasta la Villa Rica de la Vera Cruz, en el virreinato de Nueva España. He navegado durante más de dos décadas.

—Don Juan informa ahora sobre ciertos asuntos de la mar cuando lo requieren en el Consejo de Indias —añadió el otro caballero.

—¿Y vos sois?

—Fernando de Arbizu, capitán retirado. Mandé una compañía del tercio de Figueroa en mi última campaña, cuando ocupamos Portugal en el ochenta.

—¿Sirvió vuesa merced a las órdenes del duque de Alba?

—¡Para mi honra y a mayor gloria de Dios! —respondió atusándose los mostachos—. ¡Ha sido el mayor honor de mi vida!

—Si vuesa merced ha combatido con los ingleses —dijo el agustino dirigiéndose al piloto—, ¿qué pensáis de ese combate del que se nos ha dado noticia?

—Lo más probable es que se trate de un rumor de los muchos que se esparcen estos días. Los ingleses no osarían enfrentarse a la Gran Armada. Es demasiado poderosa. Jamás han atacado las flotas de Indias, protegidas por galeones de guerra. Han buscado barcos que quedaban descolgados de la flota y eran una presa fácil al quedar aislados. Pero hacer frente en combate a una armada, y mucho menos llegar al abordaje cuando sus navíos llevan a nuestra infantería a bordo…

—Pues la noticia viene de lugar que suele tener información abonada —se defendió el agustino.

—No pongo en duda que vuestra paternidad diga la verdad de lo que os han contado. Mis dudas se refieren a la veracidad de lo que os han dicho.

Unos días después a El Recreo Manchego iban llegando los curtidores de la ribera del Guadarrama conforme se acercaba la hora del almuerzo. El guiso del día era de nabos con garbanzos y tocino, y de precio un cornado. Si se quería que Elena añadiera algo de morcilla, subía a media blanca. El precio de los guisos había subido unas semanas antes y las protestas fueron numerosas, pero ninguno de los clientes dejó de almorzar en el mesón. La razón se encontraba en que siempre podían pedirse duelos y quebrantos y que el vino no estaba bendecido y era asequible el precio de la jarrilla. Lo traían de Sonseca unos parientes de la tabernera que venían a Madrid dos veces por mes.

—¡Venga ese guiso, Elena! ¡Pero añadidle un buen trozo de morcilla! ¡Estoy hambriento! —gritó Robleda.

Tres más se inclinaron por el guiso. Pero dos de ellos prefirieron los duelos y quebrantos.

—¡No sé si su majestad vino o no vino a probarlos! —exclamó uno de ellos—. Aunque pague media blanca, ¡me quedo como si yo fuera el rey cuando los como!

El mesonero les sirvió el vino y le hicieron la pregunta que ya era habitual:

—Pedro, ¿cuándo vais a decirnos si, como cuentan, Felipe II se dejó caer por aquí para catar vuestra comida?

—Eso es algo de lo que no se puede hablar. ¡Pero sepa vuesa merced que hay un refrán que dice…!

—¡Cuando el río suena, agua lleva! —corearon todos a la vez golpeando con la palma de la mano sobre la mesa, porque esa era la respuesta que siempre daba el mesonero para no afirmar ni negar.

Bebían, charlaban y daban cuenta de la comida cuando Robleda, que había curtido medio centenar de pieles de cabra para mandarlas a Córdoba, hizo el comentario:

—Se oye decir que los ingleses nos han dado en la cresta y que se ríen de nosotros refiriéndose a la armada como la Invencible.

—Pues lo que yo he oído es que eso se lo han inventado. ¡Que les han faltado cojones para enfrentarse a nuestros barcos!

—¡Son unos piratas! —aseveró Matías el *Tuerto.*

Se iniciaba una discusión, en la que también intervenía el mesonero y hasta Elena hizo algún comentario, cuando llegó el maestro Gustavo. Se apretaron para hacerle sitio en la mesa.

La conversación derivó hacia el negocio que había hecho Robleda con las pieles de las cabras porque el maestro Gustavo le preguntó por ello, pero poco después volvieron a los rumores de lo que había ocurrido con la Gran Armada. Fue el maestro ebanista quien puso fin a la discusión.

—Los ingleses, por lo que me han dicho…

—¿Dónde ha sido, maestro? —lo interrumpió el *Tuerto.*

—Muy arriba, Matías, donde se tiene noticia abonada de estos asuntos.

—¿No va a decírnoslo vuesa merced?

—¡Dejad de interrumpir al maestro Gustavo! —le ordenó Robleda —. ¿Quiere proseguir vuesa merced?

—Decía que los ingleses no se han atrevido a enfrentarse a nuestra armada. Pero que no ha podido llegar a las costas donde aguardaba el duque de Parma. Los vientos han impulsado nuestros barcos hacia el norte.

—¿Cómo saben todo eso? —preguntó el mesonero, que no se había apartado de allí.

—Por las informaciones que les llegan a quienes han de estar al tanto de todo ello.

Cuando los parroquianos se marcharon para volver a sus trabajos, Elena, que había cogido retazos de lo que contó el maestro ebanista, dijo a su marido:

—Hace unos días, cuando venía del mercado, vi en el taller del maestro Gustavo a unos criados de uno de los secretarios del rey. Me dijeron que se llama Idiáquez. Se llevaban una arqueta de las que tienen varias cerraduras.

—Lo que se oye decir es que ese Idiáquez es quien está al corriente de más cosas en todo el reino.

Capítulo XXXIX

EL FUERTE viento que soplaba del suroeste había impulsado la armada hacia el norte. Aquello complicaba mucho la situación. Dar la vuelta a Inglaterra por el septentrión para luego enfilar el viaje de retorno a España podía alargarse durante varias semanas, y las vituallas de que se disponía en las bodegas planteaban problemas para un periplo tan largo.

Medina Sidonia, una vez convencido de que los ingleses no presentarían batalla —hacía más de veinticuatro horas que sus velas habían desaparecido del horizonte—, convocó en el *San Martín* a los jefes de escuadra que habían logrado reagruparse. Eran poco más de sesenta barcos y eso significaba que otros tantos navegaban alejados del núcleo principal.

—Excelencia, las cartas que poseemos no nos dan toda la información que sería necesaria para surcar con más seguridad estas aguas —decía el único piloto que quedaba en el *San Martín*, pues el piloto mayor había fallecido dos días atrás víctima de unas calenturas—. Deberíamos navegar hacia el norte empujados por los vientos del sur y llegar a la punta septentrional de Escocia, que está a algo más de cincuenta y ocho grados, o incluso hasta aquí. —El piloto apuntó a un archipiélago en el mapa—. Son las Shetland, a casi tres grados más al norte, a sesenta y uno. Supone viajar algunas millas más, pero lo que sabemos es que aquí la dirección del

viento suele cambiar y nos arrastraría al oeste. Hacia las aguas más abiertas del océano, donde buscaríamos la corriente y los vientos que nos lleven hacia el sur.

—Aunque hemos perdido cientos de hombres, nuestro mayor problema es la falta de alimentos —indicó el duque, cuya herida en el brazo lo obligaba a llevarlo en cabestrillo—. La comida al salir de La Coruña era para seis semanas. Han pasado tres y tendríamos para otras tres, algunos días más. Pero nadie puede asegurarnos que en ese tiempo hayamos llegado a puerto. Será necesario reducir las raciones una vez más.

—Eso provocará un gran malestar —señaló Recalde.

—¿Tenéis vos otra solución?

—Quizá, excelencia, podríamos retrasar esa decisión.

—Tal vez cuando la tomemos sea demasiado tarde.

—Podemos sacrificar algunos animales. Los mulos que debían tirar del tren de artillería una vez desembarcado ya no son necesarios. Con la carne de esos animales tendríamos comida para varios días. Eso retrasaría la disminución de las raciones.

Varios de los presentes asintieron con movimientos de cabeza.

—En ese caso —señaló Medina Sidonia—, haremos lo que el almirante general propone. Seguiremos rumbo norte hasta llegar al extremo septentrional de la isla, como ha expuesto el piloto.

—¿Puede vuesa merced aventurar el tiempo que nos llevaría completar esa derrota? —preguntó Gómez de Medina, cuyo barco, el *Gran Grifón*, que combatió en primera línea, tenía importantes desperfectos que no habían podido ser totalmente reparados.

—Vuesa merced sabe que eso es muy complicado. Nos encontramos en aguas por las que no solemos navegar, y nuestro desconocimiento es muy grande. Estamos al albur del viento e ignoramos lo que nos aguarda. No parece probable que hayamos de soportar calmas como ocurre en zonas de latitudes muy bajas. Los vientos pueden jugar a nuestro favor o en nuestra contra. Eso… sólo Dios lo sabe. En cualquier caso, no avistaremos las costas de Castilla antes de tres semanas, aunque podría ser que ese tiempo fuera el doble o incluso más.

—O que nunca lleguemos —aventuró Bertendona, cuya *Ragazzona*, con sus poderosos cañones, había mantenido alejados de los barcos menores de su escuadra a los ingleses y obligado al *Revenge* a abandonar la lucha.

—Eso es algo con lo que siempre hay que contar cuando estamos a bordo y todo queda en manos de Dios —afirmó Medina Sidonia—. Seguiremos hacia el norte. Mañana se sacrificarán tres docenas de mulas y las demás serán arrojadas al mar.

Al día siguiente, degollar a los animales en las cubiertas de los barcos donde iban fue harto complicado. Por todas partes corría la sangre, cuyo olor excitaba tanto a los brutos que aguardaban su turno como a los que iban a correr otra suerte. Los mulos y acémilas parecían gemir más que rebuznar, y los hombres encargados de ejecutar aquella tarea estaban compungidos y hacían su trabajo en medio de un silencio poco habitual entre la marinería.

Las cabezas, las patas, la piel y el mondongo se recogían en grandes espuertas llevadas entre varios hombres, que se cubrían con pañuelos la nariz y la boca para soportar el hedor, y arrojaban los desechos por la borda. Serían un festín para los bacalaos y los tiburones, que muy pronto nadaban alrededor de los navíos y seguían su estela. La sangre que discurría en regueros por las cubiertas era rápidamente enjuagada por los grumetes.

Concluido el sacrificio se procedió a arrojar al mar cerca de medio centenar de animales vivos. Fue una labor quizá aún más penosa. Se pusieron en funcionamiento los cabrestantes con que habían sido izados desde tierra para embarcarlos, pero ahora el proceso era inverso. Las bestias pateaban, se agitaban y estiraban sus cuellos buscando desesperadamente que no las cubriera el agua.

Poco a poco, iban quedando atrás y el chapoteo perdía la intensidad de los primeros momentos conforme decaían sus fuerzas, hasta que quedaban a merced del oleaje.

Al atardecer se había completado aquella operación que dejó un mal sabor de boca entre los hombres, principalmente a sus cuidadores: habían limpiado, dado el pienso y mantenido a esos animales desde que embarcaron en Lisboa.

Los días siguientes el viento siguió soplando con fuerza, hinchando las velas y empujando la armada hacia el norte.

La mañana del dieciocho de agosto, en el puente de mando del *San Juan*, Recalde, acompañado por el capitán Santurce y el alférez Sandoval, oteaba el horizonte con el catalejo.

—Parece niebla, señor —dijo Sandoval.

—No lo parece, alférez. Es niebla. El piloto me dijo que es muy común en estas latitudes incluso en esta época del año. Decid al contramaestre que se enciendan los fanales. Aunque servirán de poco conforme nos adentremos en ella y se espese. Habrá que utilizar la campana para tratar de evitar algún choque.

Hasta el puente de mando llegó el sonido de las órdenes:

—¡Prended los fanales! ¡Toque de campana! ¡Veinte por ampolleta pequeña!

Poco después, los puntos luminosos señalaban que los fanales de otros barcos también se habían encendido. Pero conforme se adentraron en la bruma apenas se distinguían. El toque de las campanas, sin embargo, se oía con mucha nitidez. Pronto se confundió con los sones de otros navíos en los que se había dado la misma indicación: era necesario bajar la velocidad para disminuir los efectos de un choque, si llegaba a producirse.

—¡Cargad por alto la vela para bajar a tres nudos! ¡Timonel, mantened el rumbo! ¡Todos atentos!

En la cubierta se había impuesto el silencio. Se oía cómo la proa rompía las olas que se agitaban por los costados, a lo que se unía el viento, que agitaba con fuerza el velamen a medio recoger, y el crujir de las cuadernas. La mayor o menor intensidad del sonido de las campanas de otros barcos daba una idea de la distancia a la que se encontraban. De cuando en cuando sonaba la voz del marinero encargado de la corredera:

—¡Cuatro nudos y bajando!

Lope, que llevaba colgado un cuerno con tinta del ancho cinturón con que sujetaba sus calzones, no dejaba de escribir en un cuaderno de ajadas tapas, apoyándose en la borda.

—¿Se puede saber qué escribe vuesa merced? —le preguntó fray Gaspar, que se acercaba con una manta sobre los hombros para protegerse de un frío cada vez más intenso.

—Tomo notas, páter. ¡Hay que dejar constancia de estas cosas, y lo mejor es hacerlo cuando se están viviendo! ¡La memoria se vuelve borrosa con el paso del tiempo!

—¡Cierto es! Incluso las imágenes pierden fuerza con el paso de los años. Cada vez me cuesta más recordar el rostro de mi madre… ¿Habéis tomado nota de que esos herejes, que hace días desaparecieron, han rehuido el combate hasta por tres veces?

—¡Y tanto que lo he anotado! Ni siquiera han querido pelear cuando los hemos insultado llamándolos cabrones, cornudos e hijos de la gran puta.

—Quizá no se hayan enterado. Su lengua es diferente a la nuestra.

—¡Pero les hemos enseñado unos cuernos enormes que sacaron de la bodega para mostrárselos una y otra vez!

Aquella noche se durmió poco. La velocidad del *San Juan* bajó hasta los dos nudos porque antes del toque de oración se recogió por completo el velamen. Se oían las campanas, el crujir de las maderas, el ulular del viento y los gritos de los centinelas cada media hora, el tiempo en que pasaba la arena por la ampolla de un reloj y había que voltearlo.

La bruma acompañó a la armada durante dos días. Recalde no sabía dónde estaban los demás barcos. Quizá andaban muy dispersos. El sonido de las campanas ya casi había desaparecido; apenas se oía alguna en la distancia.

Al amanecer del veinte de agosto la niebla quedó atrás y pudieron distinguirse algunos barcos. Se reagrupó algo más de una veintena. Recalde, desde el puente de mando, oteó el horizonte. La mañana no era la de un día despejado con menos luz y menos fuerza en el sol que se veía en latitudes más bajas. La humedad lo empapaba todo y el frío en pleno verano lo obligó a alzarse el cuello del capote con que se protegía. Pero la bruma que tantos problemas había creado al fin quedaba a sus espaldas.

—Contramaestre, que se larguen velas.

—A la orden, señor.

Inmediatamente los silbidos y las voces llenaron la cubierta:

—¡A todo trapo! ¡Largad la mayor! ¡Tirad de esos cabos!

—¡Vamos, vamos! ¡Izad con fuerza! ¡Quiero esa verga en la cofa!

—¡Largad el trinquete! ¡Rápido, que es para hoy!

El *San Juan* fue ganando velocidad. El viento había hinchado las velas y el galeón cortaba el agua levantando olas coronadas de espuma.

—¡Navegamos a seis nudos, señor! —informó el marinero encargado de la corredera.

El piloto, con una carta de marear, se acercó al almirante.

—Nos aproximamos a los cincuenta y ocho grados, señor. Esa es la latitud de las islas Orcadas, que tenemos a babor. A esta velocidad, si se mantiene el viento, dejaremos atrás ese archipiélago antes del atardecer. Si la carta está afinada, nos encontramos a unas setenta millas.

Recalde alzó una mano.

—Parece que el viento empieza a rolar al este. Eso significa que tendremos que orzar. No será fácil.

—Será difícil encarar hacia el oeste en el estrecho que separa las Orcadas de este otro archipiélago, el de las Shetland, que era la primera de las opciones que se nos dio, señor. Mejor sería rodearlas por el norte y navegar hasta los sesenta y un grados, como señalaban las instrucciones que nos llegaron del *San Martín.*

—Lo importante es que podamos salir al océano.

En aquel momento se acercó fray Gaspar.

—Dios guarde a vuestra paternidad —lo saludó el almirante.

—Que Dios os guarde a vos, señor.

—¿Alguna novedad?

—Han muerto otros tres hombres. El espacio de la bodega que se ha habilitado como enfermería parece más bien la antesala de un cementerio. He podido asistirlos en la agonía y darles la extremaunción.

—Me temo, páter, que no serán los últimos. Hace demasiado frío, tenemos escasez de comida y dos problemas graves en la tablazón que está costando taponar. Nos costará mucho arribar a puerto, si es que Dios así lo tuviera a bien. Disponedlo todo para despedirlos como es debido.

En el buque insignia la situación era muy parecida. Los desperfectos en el poderoso galeón no le impedían navegar, pero dificultaban en gran medida el trabajo de los hombres. El mayor problema en el *San Martín* era el estado del agua almacenada en la bodega: varios toneles se habían corrompido, y beber de ellos creaba más problemas de los que aliviaba. La sed se convirtió en otra dificultad a añadir al frío y el navegar por aquellas aguas.

—Excelencia, la situación es complicada —informaba el médico a Medina Sidonia—. Han muerto cinco hombres y muchos tienen calenturas y dolores de ijada. Temo que su estado empeore en los próximos días.

El duque tomó una decisión drástica: arrojar al mar el agua de esos toneles y reducir la ración a un tercio, lo que se añadía a que la comida era la mitad de la ración establecida cuando zarpó la armada. Los hombres murmuraban, pero asumían con entereza las crecientes dificultades que todo aquello suponía.

El frío también causaba estragos. Muchos hombres no estaban equipados para protegerse. No había suficientes pellizas y capotes, y la sola protección de las camisas, o en el mejor de los casos un coleto o un juboncillo, era poco abrigo en medio de aquellas gélidas humedades.

Un día, algo después del amanecer, apareció muerto de frío en el *Gran Grifón* uno de los hombres que hacían la tercera guardia. Se había dormido, y cuando fueron a darle el relevo se lo encontraron congelado. Tenía la barba llena de escarcha y las manos contraídas y agarrotadas.

—¡Maldito tiempo el de estas aguas! —protestaba el contramaestre cuando acudió a comunicar el suceso a Gómez de Medina, que había salido a cubierta. Se acercó al cadáver y luego

miró hacia arriba. El sol apenas lograba traspasar la gruesa capa de nubes que cubría el cielo.

—Preparadlo todo para sepultarlo en el mar. Avisad al páter para el responso.

—¡A la orden, señor!

Alrededor del difunto se había ido juntando un número creciente de hombres que se santiguaban y comentaban lo ocurrido en voz baja. El contramaestre susurró algo al oído del almirante, que asintió con la cabeza.

El cadáver, envuelto en una lona y convenientemente lastrado, fue arrojado por la borda después de que el capellán rezase unas oraciones y salmodiase unas jaculatorias mientras lo aspergía con agua bendita.

Antes del mediodía se habían cortado lonas de los costales y el esparto de los sacos guardados en la bodega para confeccionar burdamente una especie de capotes para los hombres que necesitaban aquel abrigo nocturno. Eran poca cosa, pero aliviaban en algo el frío que tenían metido en los huesos.

Capítulo XL

OTRA muerte por congelación se había producido en el *San Juan*. En este caso había sido distinta la tesitura. El finado era un marinero borracho después de haberse bebido la ración de vino correspondiente a todos los compañeros que habían participado en una partida de naipes, donde se la habían jugado. Organizaron la timba en el sollado, aunque el juego de cartas y dados estaba prohibido y era severamente castigado.

Terminó ebrio y en medio de la noche había subido a cubierta para dirigirse a la proa, donde estaba la cabeza para hacer las necesidades. Tropezó con un rollo de cabo, que no vio en la oscuridad, y al caer se golpeó la cabeza y perdió el sentido. Allí permaneció hasta que lo encontraron sin vida.

El médico señaló en su informe que la causa de la muerte no había sido el golpe recibido, sino el frío. Había perecido por congelación.

Recalde, informado de las desgraciadas circunstancias de aquella muerte, ordenó castigar a quienes habían participado en la partida.

—Veinte latigazos y una semana sin el vino de la ración —indicó al contramaestre, y cuando ya se retiraba añadió—: Utilizad las mantas y todo lo que pueda servir para que los hombres estén lo más abrigados posible, incluso lona de velamen para confeccionar capotes. ¡Este maldito frío…!

La desaparición de las brumas hizo que cada vez se reagrupasen más barcos. Eran cerca de un centenar. El *San Martín*, el *San Juan* y *La Ragazzona* formaban la vanguardia de la armada. Habían alcanzado el norte de las Shetland, y si lograban virar a poniente hasta dejar Irlanda a babor habrían alcanzado las aguas del Océano. Los pilotos tratarían de ganar el barlovento para navegar hacia el sur, en dirección a las costas del Cantábrico.

El duque convocó reunión de almirantes para estudiar la situación.

—La comida de que disponemos es escasa, excelencia, incluso habiendo reducido las raciones, lo que unido al frío ha debilitado mucho a los hombres. El mayor problema lo tenemos con el agua. ¡Menos mal que el sol no aprieta! Si pudiéramos conseguir más, y también víveres en algún punto de la costa… —decía el proveedor Acuña Vela.

—Tocar tierra no es lo mejor —replicó Bertendona—. Los ingleses saben que hemos de navegar por esas aguas. Han tenido tiempo de dar la alerta y nos estarán esperando. En las condiciones en que nos encontramos…

—Mi parecer coincide con el de Bertendona, señor —apostilló Oquendo, cuyo galeón, el *Santa Ana*, avanzaba con las bombas de achique funcionando las veinticuatro horas.

Medina Sidonia miró a Recalde. Consideraba muy importante la opinión del almirante general.

—Excelencia, desembarcar en Irlanda no sería una idea acertada. Los ingleses controlan buena parte de la isla, y, aunque los naturales se mantienen en la obediencia a Roma, no sabemos si nos recibirían con los brazos abiertos o temerían represalias. Mi criterio es que esa decisión sólo la tomen aquellos barcos cuya situación sea desesperada, o porque sus condiciones aconsejen algún tipo de ayuda para poder proseguir la ruta. Cada capitán habría de resolver en función de las circunstancias en que se encuentre.

—Así se hará. Tendrán libertad para tomar las decisiones. Ahora decidme, ¿cuál es el estado de las tripulaciones y de los soldados?

—Lamentable, señor —respondió el médico principal de la armada—. Han fallecido la mitad de los heridos. Los menos han mejorado, pero morirán bastantes más. Y he de decir a su excelencia que eso no es lo peor…

—¿Cómo que no es lo peor?

—El frío, señor. Está causando estragos. Los hombres no se hallan equipados para estas bajas temperaturas. Tenemos contabilizados por esa causa docena y media de muertos, y serán muchos más. Con las raciones tan limitadas están débiles, y problemas que en otras condiciones no serían graves lo son en las presentes. Muchos empiezan a tener las encías tan hinchadas que apenas se les ven los dientes. Tienen calenturas acompañadas de diarreas.

—¡Estamos en manos de Dios! —Aquella exclamación del capitán general manifestaba su estado de ánimo—. En estos momentos nuestro objetivo principal será salvar el mayor número de vidas y que los barcos puedan llegar a puerto. ¡Esas son mis órdenes! ¡Señores, que cada cual cumpla con su deber como caballero y como cristiano!

En los días siguientes la armada buscó dejar atrás las Shetland, alejarse de sus costas y alcanzar las aguas abiertas del Atlántico. No resultó fácil. Los vientos de poniente eran dominantes y apenas permitían avanzar. Lo que se conseguía con mucho esfuerzo quedaba desbaratado poco después.

Sir Charles Howard estaba reunido con *sir* Francis Walsingham. Las noticias que habían llegado de Lisboa decían que el ambiente en Portugal era propicio a un levantamiento en favor de don Antonio de Avís.

—La derrota sufrida por la armada de Felipe II…

—¿Derrota? —Howard frunció el ceño—. ¿*Milord* cree lo que dicen esos papeles que se han repartido y pueden encontrarse en todas las tabernas de Londres?

—¿Acaso no es verdad?

—¡No lo es! ¡La cosa no fue como se cuenta ahí, sino como os dije en la carta que os escribí! Es cierto que conseguimos que no

pudieran embarcar a los hombres del duque de Parma. Si eso hubiera sido así, vos y yo no estaríamos ahora aquí, ¡puedo asegurároslo!

Walsingham lo miró a los ojos.

—Derrota, *sir* Charles, ¡han sufrido una derrota! ¿Sostenéis que la victoria que habéis conseguido no es tal? —Alzó las cejas al lanzarle aquella pregunta envenenada.

—No… no es eso. —Howard había bajado el tono. Era posible que estuviese cometiendo un error irreparable. Si aquello llegaba a oídos de la reina…—. Lo que quiero decir es que Drake no fue tan importante como se está publicando y que la armada española no ha sufrido tanto como se dice en ese papel. Pero *milord* está en lo cierto cuando afirma que fue una victoria porque conseguimos que no alcanzaran el objetivo que se proponían.

—¡Esa es la victoria, *sir* Charles! ¡Ese ha sido vuestro éxito! Lo demás… son cuestiones menores, detalles a los que no debemos dar importancia. Hemos ganado y eso debe saberse en todas partes. Esa armada no era tan invencible como los españoles creían… ¡Nos referiremos a ella como la Invencible!

—Ese… no es mal nombre para una armada que ha fracasado.

—Y cuyos barcos en buena parte están en el fondo del canal de la Mancha —añadió Walsingham.

Ahora Howard se limitó a decir:

—Sabed, *milord*, que los barcos que… escaparon navegaban hacia el norte. Tendrán que bajar por la costa oeste de Irlanda o por el canal de San Jorge. No se debiera perder la ocasión de acosarlos.

—En ello estamos, *sir* Charles, en ello estamos.

En las plazas, en los mesones, en las tabernas y en las posadas de Londres se celebraba la gran victoria obtenida. La cerveza corría alegremente porque los vecinos se habían sacudido la angustia de los días precedentes, cuando se temía que los españoles pusieran el pie en la isla.

—¡Los papistas se han llevado lo suyo! ¡Un brindis por *sir* Francis!

Entre los londinenses, Drake era el mayor de sus héroes. Había ascendido desde los escalones de la plebe hasta el lugar donde se

encontraba por sus propios méritos. Era uno de ellos, como demostraba el hecho de que frecuentaba las tabernas de los bajos fondos de la ciudad y se sentaba a la mesa de gentes que quienes procedían de la alta alcurnia ignoraban. Allí fanfarroneaba, exageraba lo conseguido y llenaba de fantasías sus singladuras, como cuando afirmaba haber sido el primer hombre en dar la vuelta al globo terráqueo en el viaje que había llevado a cabo unos años atrás. Entre 1577 y 1580 circunnavegó la tierra a bordo del *Golden Hind*, aprovechando para saquear algunos lugares del Imperio español.

—¡Los que ahora están con los peces en el fondo del Canal decían que eran invencibles! —gritó un sujeto con la cabeza monda y que bebía con tal desafuero que la mayor parte de la cerveza no entraba en su boca, sino que se derramaba sobre su pechera.

—Se oye que los pocos barcos de los papistas que lograron escapar del desastre tratan de regresar a sus puertos. ¡Menuda paliza les hemos dado! —comentaba a un anciano un joven en una mesa apartada.

El primero se había quitado las antiparras después de leer uno de los pasquines donde se ensalzaba la gran victoria obtenida por la flota inglesa.

—He visto tantas cosas a lo largo de mis años, que ya son muchos y me pesan como si fueran de plomo…

—¿Qué queréis decir con eso?

—Que en Whitechapel, en Spitalfields y sobre todo al otro lado del puente, en Southwark, son muchas las familias que lloran la pérdida de alguno de sus miembros. Parece que no hicimos tanto daño a los españoles y que ellos nos infligieron más del que difunde la propaganda.

El joven, que había acudido con un cartapacio donde llevaba un mazo de papeles para que el anciano les diera el visto bueno, se quedó un momento en suspenso, como si estuviera digiriendo lo que acababa de escuchar.

—¿Creéis que se exagera la victoria?

—Marlowe, sois muy joven y tenéis despierta la inteligencia. Sois muy capaz, pero os falta algo que sólo proporciona el paso de los años, algo que únicamente da la vida. No os dejéis deslumbrar por las alharacas. Hemos conseguido algo muy importante, que los españoles no embarcaran al ejército que aguardaba en Flandes, pero lo que he oído decir es que no hemos derrotado a su armada. Ellos han perdido algunos barcos, muchos menos de los que se dicen en ese papel, y nosotros también. Aunque vayamos a lo que nos ha traído hasta aquí. ¿Habéis corregido esos párrafos y hecho las modificaciones que os indiqué?

—Sí, todas, y he modificado la escena final como me sugeristeis.

El anciano volvió a calarse las antiparras y hojeó aquellos papeles, deteniéndose en algunas páginas. Cuando concluyó, bajo la atenta mirada de Marlowe, su rostro rebosaba satisfacción.

—Ahora está mucho mejor. Esa escena de noche, cuando suenan esos gritos en la oscuridad, es… magistral. Debéis pensar en un título que resulte atractivo para vuestro drama.

—Dudo entre varios. Antes de tomar una decisión os lo consultaré.

En aquel momento, pese al jolgorio que reinaba en la taberna, donde se sucedían los brindis, se pudieron oír las campanadas del reloj de la iglesia vecina.

—Eso… ¿son las doce?

—Las doce, efectivamente.

—¡Santo Dios! ¡Se me ha hecho muy tarde!

Marlowe lo vio alejarse a toda prisa después de colocarse el bonete. Miró el cartapacio donde estaba aquel drama que tanto le había costado concluir. Sabía que era una obra de mucha enjundia, pero temía que, tras los problemas que había tenido —fue acusado de haberse hecho católico—, las dificultades para representarla serían importantes. Dudó si pedir ayuda para ello a *lord* Walsingham, para quien había realizado algunos trabajos relacionados con facilitarle información comprometida que había conseguido en París o, por el contrario, malvenderla para que otro con menos dificultades pudiera estrenarla como si la hubiera escrito.

Recalde miraba la barra de nubes que había aparecido por el oeste. Era un trazo negro que llenaba todo el horizonte.

—En un par de horas ese va a ser un problema mucho mayor que todos aquellos a los que nos hemos enfrentado hasta ahora. Esa tormenta…

—¿Tan grande va a ser, señor? —preguntó Alonso.

El almirante asintió y llamó al contramaestre.

—A vuestras órdenes, señor. ¡Parece que vamos a tener fiesta! ¿Os habéis fijado en esa negrura?

—Sí, señor. A la velocidad que sopla el viento, la tendremos encima en dos horas.

—Tomad las disposiciones sin pérdida de tiempo.

—¡Sí, señor! ¡Bajad de la cofa! —gritó al grumete que ocupaba el puesto de vigía. Luego gritó con fuerza—: ¡Todos a sus puestos! ¡Arriad la cangreja! ¡Bajad la verga mayor! ¡También la del trinquete! ¡El velamen a medio palo! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Despertad o lo sentirán vuestras espaldas!

El *San Juan* se convirtió en un hervidero. Los marinos más experimentados sabían que se acercaban problemas y trabajaban en silencio.

—¡Tensad esos cabos! ¡Bajad a la bodega todo lo que no pueda quedar bien sujeto!

Lope de Vega, que tiraba de uno de los cabos de la mesana junto a varios soldados que se habían sumado a los trabajos de la tripulación, preguntaba a un marino con el que en ocasiones conversaba en los ratos de ocio y que le había contado fantásticas historias de monstruos marinos, especies increíbles y tierras ignotas, de todo lo cual había tomado buena nota.

—Vuesa merced, que tiene experiencia, ¿ha vivido muchas como esta tormenta que tantos nervios ha desatado?

—¡Claro que las he vivido! ¡No sé si como esta o peores, pero hay algo que me escama!

—¿Qué es ello?

—¡Que nunca he notado tan preocupado al almirante! He cruzado con don Juan dos veces el Atlántico y estuve cuando en Madeira hizo frente con un solo galeón al ataque de cuatro barcos de esos herejes, que se las prometían muy felices y daban por hecho que se apoderarían del oro que traía el otro galeón al que dábamos escolta. Hundió dos y puso en fuga a los otros dos. Hemos soportado tormentas muy gruesas, pero jamás lo había visto así.

—¡Dejaos de cháchara! ¡Que se nos va a echar encima! ¡Viene más deprisa de lo que creía! —les gritó el contramaestre.

Efectivamente, la tormenta se acercaba a toda velocidad. Las olas habían ganado en intensidad y el *San Juan* empezaba a cabecear.

—¡Que aten al timonel! —ordenó Recalde, acercándose al marino que manejaba el barco—. Mantenedlo cuanto os sea posible encarando la tormenta. Nuestra vida y la vuestra dependen de ello.

La tormenta se acercaba, la luz disminuía y el contramaestre impartía las últimas órdenes:

—¡Esos cabos! ¡Esos nudos! ¡Todo bien amarrado! ¡Esa nos va a zarandear más de lo que pensáis! —advirtió alzando la vista.

—¡Todos al sollado y a la bodega! ¡En cubierta sólo quienes sean imprescindibles, y bien sujetos! —mandó Recalde—. ¡Contramaestre, que enciendan los fanales! ¡Cada vez se ve menos!

Empezaban a caer las primeras gotas cuando el almirante, el capitán Santurce, que tenía un hombro dislocado, el alférez Sandoval y el piloto se acomodaron junto al pañol de municiones, que se había habilitado como refugio —estaba casi vacío: apenas quedaban algunas balas—. El cabeceo del *San Juan* se convirtió en un zarandeo con la intensidad de las olas. Las cuadernas crujían cada vez más.

Las olas ganaban bravura y las primeras que barrieron la cubierta lo hicieron con tal fuerza que el agua comenzó a chorrear por varios sitios. La luz de los relámpagos, que se colaba por las hendiduras, iluminaba fugazmente el sollado y la bodega. El miedo deformaba los rostros de aquellos hombres enfermos, hambrientos y agotados. El rugido de los truenos parecía anunciar el fin de los tiempos.

El silencio entre los hombres permitía oír los bisbiseos de quienes se encomendaban a los santos de su devoción. Fray Gaspar entonó la *Salve Regina* y quienes conocían la oración lo secundaron. Alonso no podía apartar de su mente a Leonor. Si su vida acababa allí, quería que su último pensamiento fuera para ella. Lope de Vega trataba de distraer sus miedos buscando rimas para palabras con raras terminaciones, y prometió poner cuatro cirios de tres libras cada uno, dos a la Virgen y dos a san Telmo, el protector de los navegantes.

Un golpe de mar hizo que el galeón se balancease peligrosamente. Una de las vías de agua que había en el casco, causada por un impacto inglés, se abrió de nuevo. El agua entró como un torrente desbocado.

—¡Las bombas de achique, a todo ritmo!

La bodega comenzó a inundarse enseguida. Por mucha fuerza que se aplicaba en las bombas, el agua que entraba era más de la que echaban fuera, y ya mojaba los pies de los hombres situados en las partes más bajas.

Las olas seguían barriendo la cubierta y ahora el tiempo que separaba el fogonazo del relámpago del rugido del trueno había desaparecido.

—¡La tenemos encima, señor! —gritó el piloto al almirante.

Recalde temía que el *San Juan*, muy castigado, no resistiera aquellos embates y aquel fuera el final para todos ellos.

Durante horas el mar siguió rugiendo, y las olas azotaban una y otra vez la nave. Una de ellas se llevó el palo de trinquete y arrancó la cebadera. En el sollado, el ruido hizo temer lo peor y fueron muchos los que pensaron que el barco se desencuadernaba y terminaría deshecho a merced de la furia del océano. Fueron momentos de gran inquietud. Numerosos hombres habían vomitado la escasa comida que habían tomado. Al fétido olor de los vómitos, tan malo como el de la sentina, se sumaba el del terror.

Poco a poco, la tormenta amainó. Primero aumentó el tiempo entre la luz del relámpago y el ruido del trueno. Luego dejaron de verse los primeros y de oírse los segundos.

—La tormenta nos ha pasado. Se está alejando —dijo el piloto en voz muy baja, como si temiera despertar a alguna furia dormida.

El zarandeo se redujo y el agua que caía de la cubierta disminuyó. Se había abierto una nueva vía, y gracias al esfuerzo de los hombres que, relevados cada veinte minutos, trabajaban en las bombas de achique, se consiguió que el agua que se había acumulado no llegase a las rodillas de los hombres situados en las zonas más bajas. El rugido del mar también se atenuaba, y eso significaba que la fuerza de las olas remitía. Doce horas después el barco se había estabilizado.

—No sé si Dios permitirá que lleguemos a puerto, pero esta podemos contarla —confirmó Recalde al piloto.

El contramaestre ordenó abrir las dos escotillas por las que los hombres, algunos contusionados, fueron saliendo. La entrada de aire fresco fue un alivio. El primero que asomó la cabeza, un soldado que era la primera vez que embarcaba, quedó deslumbrado al mirar hacia arriba.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡El barco está ardiendo!

El contramaestre lo apartó bruscamente y estiró el cuello.

—¡Nada de fuego!

—¡Contramaestre, está ardiendo la cofa! —insistió el soldado—. ¡Hay llamas en el palo mayor! ¡Un rayo…!

—¡Deja de decir sandeces! ¡Es el fuego de san Telmo!

Hubo risas y exclamaciones de alivio. Los marineros explicaban que aquel fenómeno a veces aparecía cuando una tormenta había terminado.

Recalde se dirigió a la popa. Allí se encontraba el timonel, atado y con la cabeza caída sobre el pecho. Estaba muerto.

—Honores de ordenanza para este hombre —indicó al contramaestre. Luego se dirigió a fray Gaspar, que tenía el rostro descompuesto—: Nada de un responso, páter. Un funeral con misa completa.

Subió al puente de mando. El cielo estaba despejado y con el catalejo oteó en todas direcciones. No alcanzó a ver ningún otro barco.

—La tormenta nos ha dispersado por completo. —Miró al piloto y le ordenó—: Haced los cálculos para saber dónde estamos, y vos —indicó al contramaestre— encargaos de que se tapen esas vías de agua y se haga recuento de desperfectos.

Capítulo XLI

DURANTE varios días el *San Juan* navegó en solitario. Dejaba atrás las costas del norte de Irlanda, pero no lograba enfilar hacia el sur porque el viento seguía soplando del meridión. La principal preocupación de Recalde era que la comida, ya muy racionada, seguía disminuyendo, y el agua empezaba a escasear. El desánimo cundía entre los hombres pese a la confianza que tenían en el almirante.

El diez de septiembre el vigía gritó desde la cofa:

—¡Barco a babor!

Los hombres se abalanzaron sobre la borda, pero no se veía nada. Recalde subió al puente de mando y con el catalejo escudriñó a poniente.

Otra vez se oyó el grito del vigía:

—¡Son dos velas! ¡No, tres!

Aquel anuncio hizo temer que fueran ingleses que se lanzaban a la caza de barcos aislados.

—Parecen nuestros —comentó el almirante a Alonso, que estaba a su lado.

—¡Otra vela más! —vociferó el vigía—. ¡No, no! ¡Muchas más!

—¡Son nuestros! —exclamó Recalde poco después.

—¡Son nuestros! ¡Son nuestros! —En medio de las dificultades hubo una explosión de alegría. Que aquellos barcos pertenecieran a

la armada significaba que no había que luchar y, si llegaba el caso, contarían con su ayuda.

Era el *San Martín*, al que acompañaban muchos otros. En total cerca de sesenta. Entre ellos el *Trinidad Valencera* y el *Gran Grifón*, adonde habían acomodado a los supervivientes de la *Barca de Hamburgo*, que se había estrellado contra unos arrecifes. También llegó el *Santa Ana* de Bertendona.

Medina Sidonia convocó una reunión. Se supo que había numerosos barcos dispersos por aquella zona y que su situación era muy complicada. Las órdenes eran evitar los bajíos de la costa irlandesa, cuyas aguas no eran conocidas, y sobre las cuales las cartas que poseían los pilotos apenas daban información, y navegar siempre que fuera posible en dirección sur, hacia España.

—Acercarse a la costa nos podría proporcionar ayuda de los irlandeses, pero a riesgo de caer en manos del enemigo. Sabemos que los ingleses no controlan toda la isla, aunque pueden estar en cualquier parte.

—Excelencia, en el *Gran Grifón* tenemos problemas serios de agua, necesitaremos acercarnos a tierra con algún batel o con una barca. Hemos de arriesgarnos… Las raciones, al llevar a bordo muchos de los hombres de la *Barca de Hamburgo*, se han disminuido aún más —indicó Gómez de Medina.

—En el *Santa Ana* la escasez de agua es el mayor problema —señaló Bertendona—. No andamos sobrados de comida, pero tenemos bacalao para quienes se encuentren en peores circunstancias.

—Nos vendría bien algo de ese bacalao —dijo Gómez de Medina.

Durante dos días el viento del sur apenas les permitió avanzar hacia latitudes más bajas, aunque el mar se mantuvo en cierta calma. Pero a la tercera jornada, negras nubes aparecieron en el horizonte anunciando una nueva tormenta con un viento que arreciaba desde el suroeste. Los barcos se aprestaron para hacer frente a lo que se les venía encima.

En el *San Juan*, Recalde impartió las órdenes.

—Hay que tratar de que no nos arrastre hacia la costa.

Fueron dos días de lucha denodada contra las aguas. La tormenta, más duradera que la que habían padecido días atrás, resultó empero de menor intensidad. El galeón aguantó los embates del oleaje y la habilidad del timonel evitó que el *San Juan* fuera hacia los acantilados de la costa irlandesa.

No corrió la misma suerte el *Trinidad Valencera*, que arrastrado primero hacia el norte y después hacia levante terminó embarrancando en unos arrecifes. La tripulación y los hombres que iban a bordo, cerca de quinientos, lograron llegar a tierra y habían podido salvar parte de su armamento: picas, ballestas, arcabuces y mosquetes. Eran una fuerza considerable, aunque las condiciones en que se encontraban mermaban mucho su capacidad de combate.

Gracias a un pastor, mediante señas y lo que pudo entender el capellán, que había tenido trato con unos clérigos irlandeses que encontraron acomodo en Madrid, supieron que patrullas inglesas recorrían el territorio.

Apenas se habían enterado cuando un centenar de jinetes apareció en la cresta de una loma que cerraba el horizonte hacia tierra adentro.

—¡Los ingleses!

Los capitanes dieron órdenes y se dispusieron a la batalla.

—¡Formación en cuadro! ¡Alférez, bandera desplegada! ¡La pólvora en el centro! ¡Quienes no dispongan de armas, preparando munición! ¡Los piqueros al frente! ¡En segunda línea arcabuceros y ballesteros! ¡Nadie dispara hasta que se dé la orden!

Los ingleses observaban el movimiento. No iba a ser fácil domeñar a aquellos andrajosos y desgreñados españoles. Estaban dispuestos a combatir.

Dos jinetes, portando una bandera blanca, descendieron por la ladera.

—Parece que quieren parlamentar —comentó uno de los capitanes.

—No me fío de esos herejes.

Los ingleses ofrecieron salvar la vida a cambio de entregar las armas. Les suministrarían bastimentos y ropa y quedarían

prisioneros hasta que se pagaran rescates y se organizara su viaje a España. El inglés que hacía la oferta y que chapurreaba español miró al cielo. Las nubes aparecían entrecortadas, permitiendo que un débil resplandor asomara entre ellas.

—El plazo cumple cuando el sol esté en todo lo alto.

—Responderemos antes —fue la contestación del capitán que se había adelantado junto al alférez que portaba la bandera con la cruz aspada de San Andrés.

Las opiniones estaban divididas: unos se mostraban dispuestos a resistir y vender caras sus vidas, mientras que otros consideraban que la oferta no era mala. Sobre los rescates, algunos pensaban que con el dinero que llevaban en dos arquetas que habían logrado salvar habría suficiente.

—Tenemos armas, pero la mitad de los hombres están enfermos o heridos, y los que no, agotados y hambrientos. Mi opinión es aceptar las condiciones.

—No son malas —opinaba otro oficial.

—¡Siempre que las cumplan! ¡No me fío de esa gente!

—Si nos entregamos respetarán nuestras vidas.

—Ya veremos. Son menos que nosotros. No superan el centenar.

—Pero tienen las de ganar, y si dispusieran de artillería nos destrozarían en poco rato.

—Si la tuvieran ya nos la habrían enseñado. Son un escuadrón.

La decisión fue aceptar las condiciones pese a las reticencias de muchos, que finalmente la admitieron a regañadientes. Los ingleses no aceptaron hablar de rescate, argumentando que primero habrían de conocer la calidad de los prisioneros. Entregaron las armas al tiempo que recibían unas mantas para combatir el frío que los tenía ateridos. Luego formaron en fila de a dos y, escoltados en los flancos por jinetes, subieron la loma hasta alcanzar la cresta. Al otro lado se extendía una amplia llanura cubierta por una capa de hierba en la que pastaban algunos rebaños. Al fondo se veían las casas de una pequeña aldea hacia donde se dirigieron, pero los españoles nunca llegaron.

A una orden del oficial que mandaba aquel escuadrón, los jinetes ingleses desenvainaron sus espadas y acometieron a los españoles que, indefensos, trataban de protegerse con los brazos de la escabechina que acabó cuando cayó el último de ellos.

Daban cumplimiento a las órdenes del gobernador Richard Bingham.

En los días siguientes, la situación para los barcos españoles fue dramática. Un rosario de borrascas impulsadas por un fuerte viento, en ocasiones un desatado vendaval, arrastró a numerosos navíos contra los arrecifes y cantiles rocosos. Muchos, al perder el timón, resultaban imposibles de manejar para tratar de alejarlos de los peligros de la costa.

Contra las rocas, junto a una playa arenosa, se estrellaba el *San Marcos*. Antes de hundirse, muchos de sus hombres ganaron la costa agarrados a maderos que flotaban y el oleaje acercaba a la costa. Algunos lo consiguieron a nado. Allí los esperaba un contingente de soldados ingleses que los ayudaba a salir del agua y los conducía a los cadalsos que habían levantado a poca distancia. Así acabaron más de medio centenar de hombres. Los vecinos de la aldea cercana, cuando los ingleses se marcharon, los descolgaron y les dieron sepultura.

La Rata Encoronada encalló en una playa. La tripulación sacó todo lo aprovechable antes de incendiarla y lo trasladó al *Duquesa de Santa Ana*, que era mucho más marinero y había sorteado los peligros de las borrascas. Su capitán ordenó embarcar a todos aquellos hombres. Iban a bordo más de seiscientas almas. Apenas quedaba espacio para moverse, pero había decidido no abandonar una sola persona a su suerte.

—¿Creéis que volveremos a España? —preguntó el capitán de *La Rata Encoronada.*

—El *Duquesa de Santa Ana* puede con lo que le echen. Llegar sólo depende de Dios. Es cierto que va a faltar comida, pero no tenemos problema de agua con la que hemos recogido de la lluvia y, si agarramos un buen viento del norte, en una semana podríamos entrar en puerto.

—¡Que Dios os oiga! ¿Qué pensáis del tiempo?

El capitán se encogió de hombros.

—No sé si hemos dejado lo peor atrás o si nos espera más peligro. Esa, señor, es la vida en la mar.

—¡Barco a estribor! ¡A estribor! —gritó el vigía de la cofa.

Desde el puente de mando, el capitán miró a su derecha.

—¡Es una galeaza!

—¡La *Gerona*, mi capitán! ¡Es la *Gerona*! ¡He servido en ella!

—Capitán, se nos ha abierto otra vía de agua. ¡Es muy peligrosa! ¡Está cerca de la proa!

—¡Que la arreglen los calafates!

—No es posible, señor. No nos queda esparto y la brea se ha acabado.

—Haced señales a la *Gerona*. Quizá nos puedan ayudar.

Media hora después…

—La *Gerona* está algo mejor que nosotros.

—¿Qué pensáis hacer?

—Encallar el barco, no queda otro remedio, y que sea lo que Dios quiera. ¡Timonel, todo a babor!

—¡Señor, embarrancaremos!

—Eso es lo que vamos a hacer antes de hundirnos. ¡Hacia aquellos arenales! ¡Allí será más fácil!

En la galeaza comprendieron lo que pretendía el *Duquesa de Santa Ana*. Recogieron velas y echaron anclas, pendientes de sus movimientos.

Hicieron falta varias horas, pero se sacó del galeón todo lo que tenía valor y ocupaba poco espacio y con los botes se llevó a la *Gerona*, en la que se embarcaron sus tripulantes junto a los que habían recogido de *La Rata Encoronada*. Lo último fue pegar fuego al galeón para que no pasara a manos de los ingleses, que podrían repararlo.

En silencio, algunos con un nudo en la garganta, vieron cómo el *Duquesa de Santa Ana* era devorado por las llamas, a las que

acompañaron algunas explosiones. Habían dejado algunos barriles de pólvora para que la destrucción fuera completa.

Concluido todo, el capitán de la *Gerona*, que llevaba más de mil trescientos hombres a bordo, indicó al contramaestre que se reanudaba la marcha.

—¡Levad anclas! ¡Arriba las vergas! ¡Largad velas! ¡Hay que aprovechar este viento!

Después de aquellas tormentas parte de la armada había logrado reunirse en torno al *San Martín.*

Entre ellos no estaba el *San Juan*, que navegaba en solitario. Cuando bordearon una estrecha y alargada península se encontraron con el *Nuestra Señora de la Asunción*, que tenía problemas con el timón y a duras penas podía mantener el rumbo.

—¡Tenemos que ayudarlos, están a punto de irse a pique! —exclamó Alonso, que pese a no tener experiencia náutica había aprendido mucho en aquellas semanas.

—¡Todo a babor, timonel! —El mismo Recalde dio la orden—. ¡El alférez tiene razón! ¡Están a punto de zozobrar o de estrellarse contra los arrecifes! ¡Vamos, moveos! ¡Hay que tenerlo todo dispuesto!

Con mucho riesgo porque el peligro era grande, el *San Juan* se acercó y logró abordar al *Nuestra Señora de la Asunción.*

—¡Hay que remolcarlo hasta aquellos arenales!

La maniobra era complicada y el *San Juan* corría riesgo de encallar también. La pericia del timonel logró que fuera un éxito.

—Señor, si los embarcamos no tendremos comida. ¡Vamos muy ajustados! —dijo uno de los cocineros al almirante.

Recalde lo miró a los ojos tan fijamente que bajó la vista.

—¿Proponéis acaso que los abandonemos a su suerte?

—Señor, sólo quiero informaros. La despensa está casi vacía.

—En ese caso cazaremos las ratas de la bodega y las que haya en la sentina, y cuando se acaben os comeremos a vos y a los que piensan igual. ¡Retiraos de mi vista!

—Señor, podríamos intentar hacernos con alguna comida —propuso Alonso—. Quizá nos la vendan.

—El riesgo es grave, Sandoval. Podría costar la vida a quienes lo intenten.

—Como la propuesta ha sido mía, permitidme que mande esa expedición si vos la aprobáis, señor.

Recalde lo observó y asintió dedicándole un amago de sonrisa, algo muy raro en quien no solía esbozarlas.

—Está bien, alférez. Escoged diez hombres.

Una hora después, por el costado del *San Juan*, al tiempo que se buscaba acomodo para los trescientos hombres del *Nuestra Señora de la Asunción*, se bajó uno de los bateles. Alonso y sus hombres, entre los que iban Lope y fray Gaspar, se dirigieron a la costa. Los remeros tardaron menos de diez minutos en dejar varado el bote en la playa.

—¡Desplegad la bandera! ¡Vamos allá!

Atentos a cualquier movimiento, se acercaron a una tupida arboleda que se alzaba a poco más de cien varas de la orilla. Tenían la sensación de que ojos ocultos los vigilaban.

Al llegar a los primeros árboles sonó un silbido. Era como el canto de un pájaro, y la respuesta fue la aparición de numerosos hombres armados con palos, bieldas, hoces, hachas y un par de ellos con mosquetes. Parecían haberse materializado de la nada. Un sujeto corpulento con una larga cabellera cobriza de la que salían varias trenzas y unas descomunales barbas también rojizas, y que empuñaba una espada de ancha hoja, era el jefe. Sus gritos, acompañados de gestos fácilmente identificables, los instaban a detenerse.

—¡No os entiendo! ¡No hablo vuestra lengua! —le decía Alonso.

—Yo os entiendo a vos —dijo un sujeto enteco que vestía ropa talar.

—¿Quién sois?

—Mi nombre es Jack O'Sullivan. He estado en Roma y he servido en la casa del embajador de su Católica Majestad el rey Felipe II.

—¿Habéis estado al servicio de don Enrique de Guzmán?

—Sí, he sido uno de sus capellanes.

—¿Sois sacerdote?

—Jesuita.

—¡Jesuita! —exclamó fray Gaspar, y O'Sullivan lo miró—. ¡Yo soy dominico!

—¡Oh!

El ambiente se había relajado algo. Pero la tensión no había desaparecido del todo.

—Buscamos abastecernos de comida.

—¿Ese es uno de los barcos de su Católica Majestad?

—Sí, es un galeón de esa armada. También el que está encallado.

—Se oye decir que vuestra flota ha sufrido una gran derrota en el canal de la Mancha.

—¿Una gran derrota? —Alonso negó con la cabeza—. ¿Quién dice eso?

—Los ingleses. Recorren estas costas a caballo buscando españoles. Hace una semana en Kilrush, al otro lado del Shannon, apresaron a un grupo de náufragos y los degollaron. No hubo cuartel pese a que se habían rendido.

—¡Canallas! —A Lope le había salido del alma.

—No nos derrotaron —explicó Alonso—. Hundimos varios de sus barcos. Nosotros sólo perdimos uno, aunque dos de nuestros galeones encallaron en la costa de Flandes y se encargaron de saquearlos. Hemos navegado hacia el norte y rebasado su isla. Ahora regresamos a España, pero estamos teniendo serias dificultades. Las tormentas se suceden y nuestros navíos están muy castigados. Tenemos muchos hombres enfermos y apenas nos queda comida. Por eso hemos desembarcado: necesitamos víveres y pagaremos por ellos.

O'Sullivan se dirigió al hombretón e iniciaron una conversación en aquella lengua que era un arcano para los españoles. Alguno más participó en ella. Era lo más parecido a una discusión.

—Parece que no se ponen de acuerdo. Quizá se están planteando entregarnos a los ingleses.

La discusión se prolongaba y fray Gaspar se acercó al jesuita.

—No queremos crear problemas. Si no se nos puede socorrer…

—¡Claro que se os socorrerá!

—Entonces…

—No se ponen de acuerdo en si os regalan los víveres o si se os pedirá algo por ello.

—¡Loado sea Dios!

—Es conveniente que no aguardemos más. Si aparecieran los ingleses… —aventuró Alonso.

Cruzaron el espeso bosque por unos senderos que los lugareños conocían y que para un extraño resultaría imposible encontrar, y unos cientos de varas más allá vieron un extenso valle donde se alzaba una aldea —eran poco más de un centenar de casas con las paredes de piedra y los techos de bálago—. Bastante más alejado, coronando la más elevada de las lomas que cerraban el valle, se alzaba un castillo roquedo cuya torre principal, cuadrada y con estrechas y alargadas ventanas, ascendía más de veinte varas.

—Aquel es el castillo de los Mac Suibhne —les informó el jesuita, y señaló con la mirada al gigantón de pelo cobrizo—, y O'Connor es el jefe de su guardia.

—¿Hace mucho que los ingleses no aparecen por aquí?

—Apenas se les ve por esta ribera. Recorren las tierras al otro lado del estuario y tienen una guarnición en Inis.

Cruzaron un puentecillo para salvar un arroyo que atravesaba el valle de un extremo a otro y se perdía por el bosque, en dirección al mar.

Fue fray Gaspar quien preguntó a O'Sullivan:

—Páter, ¿qué podríamos comprar? Necesitamos algo que aguante algunas jornadas. No sabemos cuánto tardaremos en llegar a puerto, si es que Dios no dispone otra cosa.

—Es mejor que, antes de hacer algún trato, visitéis al señor.

—¡Eso nos llevaría demasiado tiempo!

—Creedme, es lo más conveniente.

Alonso receló. Podría tratarse de una trampa y que los apresaran para entregarlos a los ingleses.

—¿Por qué habríamos de visitarlo?

—Porque en estas tierras no se mueve la hoja de un árbol sin que él lo sepa. Es lo mejor —insistió.

—Está bien. Iremos fray Gaspar y yo a presentarle nuestros respetos.

—Parece que no será posible. —El dominico señaló un pequeño grupo de jinetes por el sendero que cruzaba el valle hasta la fortaleza.

—¿Ingleses? —Alonso miró al jesuita, apretando la empuñadura de su espada.

—No, quien se acerca es Suibhne de Boghaineach.

Los españoles aguardaron expectantes, los tres arcabuceros con las armas dispuestas y Alonso pendiente de cualquier movimiento extraño.

El señor de aquellas tierras era un hombre joven y fornido, tan corpulento como O'Connor. Su larga cabellera era de un rubio tan claro que parecía blanca. Sin desmontar, después de echar una ojeada a los españoles que se habían agrupado por si tenían que luchar, sostuvo una breve conversación con el sacerdote y con el jefe de su guardia. Luego se apeó y se acercó a Alonso, al que abrazó e hizo un largo comentario que el jesuita le tradujo.

—Os da la bienvenida, se ofrece a ayudaros en todo lo que pueda y añade que los ingleses no son de fiar.

—Dadle las gracias y decidle que necesitamos comida, toda la que pueda vendernos.

La tensión se relajó y con O'Sullivan haciendo de truchimán ajustaron trescientas libras de queso curado, cerca de cien arrobas de arenques y otras tantas de bacalao seco, más diez toneles de mediano tamaño de un recio licor que elaboraban allí. Se sacrificaron a toda prisa una docena de ovejas y dos vacas —lo que supondría carne fresca durante un par de días para los mil trescientos hombres que iban a bordo del *San Juan*— y se aportaron todas las hogazas

de pan que había en la aldea. También se llenaron de agua los odres que llevaban.

Al tiempo que se preparaban los bastimentos, Lope se deshacía en requiebros a una joven que no entendía nada de lo que el poeta le decía, pero parecía satisfecha.

—Decidle a…, bueno, a vuestro señor si podría facilitarnos algunas tablas bien secas, esparto y brea. Nos serían de mucha ayuda para reparar daños en nuestro barco.

La conversación fue breve y poco después llegaron varios hombres con unos calderos con alquitrán y dos enormes rollos de esparto.

—Os podrán proporcionar algunas tablas de buen roble, del que usan para los barriles de *uisce beatha*, pero han de traerlas de la destilería que está en una dependencia del castillo.

—*¿Beatha* es como se llama el orujo de esos toneles? —preguntó fray Gaspar.

—*Uisce beatha*. Su traducción sería «agua de vida». Lo destilan de una pulpa que obtienen de la cebada cuando ha sido fermentada. Dicen que trajo la fórmula un escocés que llegó hace muchos años huyendo de los ingleses.

—Tendremos que hacer varios viajes para llevar todo esto. —Alonso paseaba la mirada por los bastimentos que se habían ido reuniendo.

—No os preocupéis, os ayudaremos. Sabed también que las tablas, el esparto y la brea son regalo de mi señor. Tampoco os cobrará por las ovejas ni por las dos vacas que son de su propiedad. El *uisce beatha* también es obsequio suyo. Se os cobrará sólo por el pan, el queso, el bacalao y los arenques, que son de estas gentes y no tienen mucho más, aunque algunos me han dicho que si es necesario lo harán de caridad porque sois católicos como ellos y porque vuestro rey es un gran monarca, enemigo de los ingleses y de su reina, que son herejes.

—Decid a estas buenas personas que pagaremos lo que nos pidan y que agradecemos mucho su ayuda, y a vuestro señor…

En aquel momento vieron cómo se acercaba corriendo un hombre que gritaba algo. Sólo cuando estuvo a pocos pasos…

—Tha na sasannaich a'tighinn! Tha na sasannaich a'tighinn! Tha iad a'tighinn faisg air taobh eile a'chnuic!

—¿Qué dice? —preguntó fray Gaspar—. Parece muy alterado.

—Que los ingleses se acercan por el otro lado de la loma. Debéis marcharos rápidamente. Si alcanzáis el bosque antes de que os vean podréis llegar a la playa y embarcar todo esto. Os ayudaremos a llevarlo hasta allí.

Los lugareños se organizaron para transportar los suministros. Antes de marcharse, Alonso entregó a Suibhne de Boghaineach una bolsa repleta de ducados y se quitó la medalla de la Virgen María que llevaba colgada al cuello. Miró al jesuita.

—Decidle que la he llevado desde que era un niño. Que me la dio mi madre y que para mí será un gran honor que la tenga él.

O'Sullivan se lo dijo en gaélico y Suibhne estrechó a Alonso otra vez entre sus brazos al tiempo que decía:

—Go raibh maith agat, is onóir dom é. Tha mi a 'toirt a-steach neachtionnsgain agus gun chomas.

—Mi señor os da las gracias y dice que el honor es haberos conocido. Que llevará la medalla con orgullo y que se encargará de entretener a los ingleses. Ahora habéis de iros.

Los últimos hombres penetraban en el bosque cuando los primeros jinetes ingleses aparecieron en la cresta de la loma. Tendrían que darse prisa si querían llegar a la playa y embarcar todo aquello antes de que los alcanzasen.

Capítulo XLII

DON BERNARDINO de Mendoza estaba de un humor de perros. Un fuerte chaparrón, eran frecuentes en París, había estropeado su paseo en barca por el Sena. Llegó empapado. El ama de llaves, cuyo mal genio era conocido en la vecindad, y que había sido su ama de cría en Guadalajara, entró protestando en su cámara con la ropa seca que sustituiría la mojada que vestía el embajador.

—¡Ya os lo dije! ¡No era día de paseos en barca! ¡Pero vos, ni caso!

—Vamos, Aldonza, vamos…

—Claro…, vuestra excelencia tenía que impresionar a esa… esa…

—No digas lo que estás pensando. ¡Es una dama!

—Una dama…, ¡ya, ya! Poneos esta camisa, estas calzas y este jubón. ¡Vais a acatarraros! ¡Estáis hecho una sopa!

Ningún otro miembro de la servidumbre osaba entrar en su aposento de aquella forma ni se atrevía a decirle aquellas cosas. Era privilegio de quien lo había amamantado a sus pechos. Aldonza era alguien muy especial para don Bernardino. Incluso lo había acompañado —no podía dejarlo solo— cuando estuvo combatiendo en Flandes.

—Vamos, Aldonza… Estos chaparrones son repentinos.

—¡Vaya sorpresa! Raro es el día que amaneciendo con un sol espléndido no acaba nublándose y cae agua a manta. ¡En

Guadalajara eso pasa en febrero, no en esta época del año!

Lo ayudó a cambiarse y ya se marchaba cuando le dijo:

—He ordenado que enciendan la chimenea de vuestro gabinete para que se caldee un poco.

—Aldonza, que estamos en verano…

—¡Aquí no hay verano! Para veranos, los de la Alcarria. Mucho calor y muchas moscas, ¡no esto! ¡Aquí hace frío hasta por Santiago!

El embajador se encerró en su gabinete y continuó escribiendo aquellas memorias en que recogía los acontecimientos acaecidos en Flandes y en los que había participado entre los años que iban de 1567 a 1577. A lo largo de aquella década luchó a las órdenes del duque de Alba. Escribía de memoria, y aquella tarde trataba de recordar lo ocurrido en Mook, a orillas del Mosa, donde los tercios alcanzaron una gran victoria sobre los rebeldes flamencos. Estaba narrando la muerte de Luis de Nassau, acaecida en aquel combate, cuando unos golpecitos en la puerta estorbaron su trabajo.

—¡Adelante! —respondió malhumorado.

No le gustaban aquellas interrupciones. Sus órdenes eran que sólo se produjesen por algo grave.

El criado asomó la cabeza por la puerta entornada.

—Disculpad, excelencia, pero…

—¡¿Qué ocurre?!

—Correo de Londres, excelencia…

—¡Dádmelo! ¡Dádmelo!

Era una carta de *David*. Un texto encriptado. Sacó de la arqueta, dotada con un mecanismo de seguridad, la clave para descifrar el mensaje.

Con la habilidad que daba su frecuente uso fue anotando, y lo que era el galimatías recibido cobró forma:

> *Es mi deseo que al recibo de esta V. E. se encuentre recuperado del catarro del que hablaba en su última carta y que Dios Nuestro Señor le haya otorgado la salud.*

Sabed que apenas he tenido noticia de lo que va a continuación he tomado papel y pluma para hacéroslo llegar. Aquí las cosas suceden a gran velocidad, tanta que un suceso de relevancia es tapado por otro del que se tiene noticia al día siguiente. La plebe, como conoce V. E., es muy dada a las novedades. Se han distribuido pasquines en Londres bajo el título The Copie of a Letter Sent Out of England to don Bernardino de Mendoza, y se dice que el autor es lord Burghley. Se afirma que la derrota de la Gran Armada ha sido total, y que la mayor parte de sus barcos han sido hundidos y se encuentran bajo las aguas del Canal. En tabernas y lugares de concurrencia pública se celebra tan rotunda victoria. Se asegura que el poder naval de Su Majestad ha sufrido un serio quebranto. Se refieren, con mucha sorna, a la armada del rey como la Invencible y sostienen que Dios ha estado con ellos para que David venciera a Goliat.

Diré también a V. E. que no todos creen que lo que se dice en ese papel sea cierto. Hay luto en barrios como Southwark, Spitalfields y Whitechapel, que es de donde habían enrolado a buena parte de los marineros. Están de luto porque hay muchos muertos. Esto no concuerda con lo que se proclama desde Whitehall. Lo que he podido averiguar, aunque no resulta fácil confirmarlo, es que la armada de Su Majestad apenas sufrió daños, aunque algunos barcos embarrancaron en las costas de Flandes y fueron saqueados por los ingleses. Puedo aseguraros, porque la información es abonada, que la armada no logró su objetivo de embarcar las tropas del duque de Parma y que puso rumbo al norte, empujada por los vientos del Canal en esta época del año. Se dice que han navegado hasta el norte de esta isla y que buscan salir a aguas del Océano para intentar dirigirse al sur.

Entre los católicos, que estaban esperanzados con la llegada del ejército de Su Majestad a esta ciudad, cunde ahora el desánimo. Son muchos los que mantienen sus

creencias en la fe verdadera, pero han de hacerlo de forma oculta y con mucho disimulo, como V. E. bien sabe. En las últimas semanas han sido ejecutados, después de atormentarlos con variadas sevicias, al menos una docena de sacerdotes. Sus cuerpos han sido descuartizados, y los cuartos, expuestos en diferentes lugares públicos durante días. Hay muchos más encarcelados y son objeto de toda clase de escarnios.

También se comenta en ciertos círculos de la corte que la reina baraja la posibilidad de devolver el golpe a S. M. atacando puertos españoles y que se muestra dispuesta a apoyar las pretensiones del prior de Crato en Portugal. A cambio, el prior estaría dispuesto a entregar una porción de Brasil que podrían utilizarla como base desde la que atacar las posesiones de S. M. en aquellas tierras.

Urge que V. E. me envíe dos o tres cientos de ducados, necesarios para soltar algunas lenguas cuya información es de suma importancia.

Hoy que se cuentan cinco días del mes de septiembre del año de Nuestro Señor de mil y quinientos ochenta y ocho.

Besa la mano de V. E. su más fiel servidor,

David

El embajador no perdió un instante. Archivada la carta y su transcripción, escribió a Felipe II dándole cuenta de lo que allí se le informaba y que venía a confirmar lo que Stafford le había dicho la víspera acerca de que en Londres estaban divulgando la noticia de un gran triunfo frente a la costa de Gravelinas y que se referían jocosamente a la armada como la Invencible. Don Bernardino puso

mucho énfasis en todo lo referente al posible ataque a los puertos de España y al apoyo a las pretensiones de don Antonio de Avís.

Una semana después el mensaje llegaba a manos del rey, que lo leyó con gran detenimiento. Las cartas del embajador en París tenían siempre mucha sustancia. Luego llamó a Vázquez de Leca y a Juan de Idiáquez.

—En su carta dice que en Londres celebran una gran victoria. Afirman que la mayor parte de nuestros barcos han ido a parar al fondo del mar. Se burlan de nuestro poder naval y se refieren a la Gran Armada, que aseguran haber destruido, como la Invencible. Están gozosos y, al parecer, dispuestos a prestar su apoyo a don Antonio. Habrá que tomar algunas medidas.

—Majestad, esas noticias no están confirmadas —respondió Idiáquez—. Las que vienen de Flandes dicen algo muy diferente.

—¿Cuándo han llegado esas nuevas de Flandes? —Felipe II había fruncido el ceño.

—Anoche, majestad.

—¿Os ha escrito el duque de Parma?

—No, majestad. Son de uno de nuestros agentes destacados en Zelanda. Confirma lo que ya dijo a vuestra majestad la carta del duque de Parma: que no han podido embarcarse sus tropas y que la Gran Armada navega hacia el norte. Afirma que los combates librados no han sido decisivos y que los barcos hundidos son muy pocos, sólo uno de los nuestros, y que los galeones *San Felipe* y *San Mateo* quedaron muy maltratados y encallaron.

—¿Cuántos navíos han perdido los ingleses?

—Parece que fueron hundidos al menos tres, aunque no lo asegura. Dice que sobre eso hay corrido un tupido velo. Supongo que no quieren revelar sus pérdidas para dar mayor entidad a la victoria que pregonan. Se propala por esas provincias rebeldes que el triunfo inglés ha sido total. Es una forma de atacarnos mediante la siembra de falsedades. Quieren conseguir con papeles impresos lo que no obtienen en los campos de batalla ni en los mares.

—Lo peor de todo esto es que muchos creerán esas mentiras que tanto daño hacen a nuestra reputación.

—¿A qué se refiere vuestra majestad? —preguntó Vázquez de Leca.

—A que esas falsedades contienen una verdad. Eso hará que muchos ingenuos las tengan por ciertas. Esta empresa, porque Dios lo ha querido así, ha sido un fracaso. El objetivo de la Gran Armada era embarcar las tropas del duque de Parma y llevarlas a Inglaterra, y no ha sido posible.

—Eso es cierto, majestad, pero si las pérdidas no han sido tan grandes como pregonan los ingleses podrá organizarse otra armada, y con la experiencia adquirida…

—Dejémoslo estar, don Mateo, y veamos en qué para todo esto. Si es cierto que pretenden soliviantar Portugal tendremos que concentrarnos en evitar que sus pretensiones vayan más allá de una vana ilusión.

En Lisboa corrían rumores inquietantes. En las plazas de la ciudad los vendedores pregonaban en alta voz sus mercancías mientras se susurraban las habladurías que se habían extendido desde los palacios de la aristocracia y las sacristías de las parroquias más opulentas hasta los mercados y las tabernas de la Ribeira das Naos.

Un fraile agustino del convento de Gracia, acompañado de otro hermano de la orden con una urna de cristal que protegía una pequeña imagen de san Antonio, hablaba con un grupo de variopinta gente que escuchaba sus palabras en un silencio casi reverencial.

—La noticia viene de arriba y no quieren que se conozca porque el daño es grande y sus consecuencias de tal gravedad que resultan incalculables.

—¿Qué nueva es esa, paternidad? ¡Nos tenéis sobre ascuas! —dijo un hombre que llevaba un par de gallinas cogidas por las patas.

—Que los galeones que zarparon en primavera han sido derrotados por los ingleses. Que los hundidos son más de la mitad, y la misma suerte han corrido las otras embarcaciones que formaban aquella armada. —Bajando la voz, como si fuera algo inconfesable, añadió—: Nuestro rey, don Antonio, llegará pasado el invierno en

una flota inglesa de más de cien barcos y con veinte mil soldados a bordo.

—¿Está seguro vuestra paternidad?

—Ya os he dicho de dónde viene la información. Está todo escrito en una carta que ha recibido el virrey. ¡Pongo a esta por testigo! —Hizo una cruz con el pulgar y el índice y se la llevó a la boca.

Antes del mediodía las novedades se habían extendido hasta por los más apartados rincones de Lisboa. Mostraban algunos añadidos y contenían nuevas aportaciones. Los galeones hundidos eran ocho de cada diez, y los que habían escapado estaban tan maltrechos que era difícil que pudieran regresar. La flota inglesa que traía a don Antonio ya había zarpado de Plymouth y navegaba a todo trapo hacia Lisboa, adonde llegaría, si el buen viento la acompañaba, en ocho o diez días. Estaba formada por cerca de doscientos barcos y traía a bordo a cincuenta mil hombres.

Antonia llevó la noticia.

—En el mercado del Rossio ha habido gritos en favor de don Antonio. ¡La gente está muy alterada! Muchos, tristes porque alguno de su familia iba en la armada.

—¿Estáis segura de que casi todos los barcos han sido hundidos? —El rostro de Leonor era la viva imagen de la angustia.

—También dicen que quienes iban a bordo de los pocos barcos que han escapado del desastre han sido apresados por los ingleses, que los han ajusticiado, salvo a los de mayor relieve, por quienes esperan cobrar grandes rescates. Eso… eso nos permite alentar esperanzas —añadió la dueña.

—¡Qué esperanzas ni qué niño muerto! —explotó doña Benedita —. ¡Todo eso son infundios! Los partidarios de ese bastardo, a quien el diablo confunda, no dejan de esparcir mentiras para crear mal ambiente.

—Pero, tía, eso encaja con lo que nos dijo la astróloga acerca de que el *San Juan* no regresaría a Lisboa.

En aquel momento llegó don Francisco. Se había quitado el sombrero y los guantes. Estaba sudando y tenía la respiración agitada.

—¡Ya no estoy para estos trotes! —exclamó dejándose caer en un sillón.

—¿Qué trotes son esos? —le preguntó su hermana.

—He venido a toda prisa desde palacio. ¿Tenéis noticia del rumor que se ha extendido esta mañana?

—¿El de que la mayor parte de la armada está en el fondo del mar y los ingleses traen a don Antonio para proclamarlo rey?

Don Francisco volvió a secarse el sudor y asintió con la cabeza. Miró a Antonia.

—Que me traigan un poco de agua.

—¿Qué se dice en palacio?

—Que es otro bulo extendido por los partidarios del bastardo. No saben de dónde ha salido, pero se sospecha de algún fraile.

—De modo que eso de que la armada ha ido a parar al fondo del mar…

—¡Es mentira! Las noticias que han llegado de Madrid esta misma mañana apuntan a que los ingleses apenas la han dañado. Aunque no ha podido embarcar a los soldados que aguardaban en la costa de Flandes.

—¿Dónde están entonces los barcos?

—No se sabe. La última información que tenemos es que, tras un fuerte intercambio de disparos, el viento los empujó hacia el norte.

Después del almuerzo don Francisco se encerró en su gabinete. Lo hacía con frecuencia. No dejaba de dar vueltas a la profesión de su hija. No tenía claro lo acordado con su hermana, pero se cuidaba mucho de hacer comentario alguno. No deseaba tener otro choque con ella. Aquella tarde alejaba de su mente un pensamiento que no era de buen cristiano. Si aquellos rumores malhadados llevaban razón y el *San Juan* no regresaba… En ese caso volvería a plantear la entrada de Leonor en el convento. No cumplir la promesa que había hecho poniendo a Dios por testigo lo corroía, aunque fray Humberto le hubiera dicho que se había excedido al ser otra la persona que había de cumplir el voto hecho por él, y pese a haber aceptado aquel acuerdo con doña Benedita. Y volvería a visitar a

Diamantina, a la que no veía por imposición de su hermana, pero la echaba tanto de menos…

Capítulo XLIII

LOS JINETES ingleses atravesaron el valle al galope y, cuando llegaron adonde se encontraban Suibhne de Boghaineach y los lugareños, el capitán que mandaba el medio centenar de hombres, sin molestarse en saludar, pidió información:

—Hay dos barcos en esta ribera del Shannon. ¿Habéis visto por aquí a algunos de sus tripulantes?

—Estos vecinos me han informado de su existencia, pero no han visto a nadie. Si han desembarcado, estarán al otro lado del bosque. ¿Acaso se trata de españoles?

—¡Son españoles! ¡Estarán buscando ayuda! ¡Si la piden, habéis de negársela!

En aquel momento la brisa que llegaba del mar trajo un fuerte olor a quemado. Uno de los lugareños señaló con el brazo en dirección a la costa. Se alzaba una columna de humo negro que iba ganando en intensidad.

—¡Algo está ardiendo en la playa!

—¡Los españoles han prendido ese fuego! ¡Vamos hacia allí!

—Con los caballos no os será fácil cruzar el bosque —les advirtió Suibhne—. Sería mejor que lo rodeaseis.

—¡Eso nos haría perder mucho tiempo!

—Os aseguro, capitán, que lo ganaréis. Si cabalgáis hacia el sur lo podréis salvar fácilmente.

—¡Pero esos barcos están en el estuario! ¡Eso queda al norte!

—Es cierto que por ahí también podéis dar el rodeo, pero ese camino es escarpado y muy peligroso por algunos sitios.

—Por el sur nos demoraríamos.

—Sólo pretendo ayudaros.

El capitán inglés desconfió y no hizo caso a la advertencia. Aquellos irlandeses también eran papistas. No veían con buenos ojos que ocupasen sus tierras y los consideraban invasores a quienes había que expulsar.

—¡En marcha! —gritó el oficial, alzando una mano para que sus tropas lo siguieran.

Cuando los jinetes se hubieron alejado, el jesuita dijo a Suibhne:

—Señor, hacia el norte el bosque llega hasta la misma ribera del Shannon. Tendrán muy difícil cruzarlo por ahí. Habrán de cabalgar en fila de a uno.

Una pícara sonrisa se dibujó en los labios del señor de aquellas tierras.

—No será porque no se lo he advertido. —Los presentes estallaron en una carcajada—. Supuse que ese capitán no confiaría en mí. Mi única duda era si creería que tendrían más dificultades cruzando el bosque. Cuando me di cuenta de que caía en la trampa…

—Perderán mucho tiempo.

—Espero que sea suficiente para que los españoles lleguen a la playa y embarquen la comida. Ahora, cada uno a sus tareas. ¡Esos ingleses volverán, y mejor estar lejos! ¡No vendrán con buen humor!

La estratagema de Suibhne de Boghaineach permitió a Alonso y sus hombres disponer del tiempo necesario para alcanzar la playa y cargar los bastimentos en el batel, al que se añadió una barca que pusieron a su disposición los lugareños que se habían acercado adonde estaba encallado el *Nuestra Señora de la Asunción*. Después de llevarse todo lo que consideraron les podía ser de utilidad, los españoles le habían prendido fuego.

El barco ardía como una tea a pesar de que las maderas de su casco estaban empapadas. El velamen ayudó a avivar las llamas, y sobre todo el aceite de varios odres utilizado como combustible.

Cuando los jinetes aparecieron por la ribera del Shannon, Alonso y sus hombres ya habían subido al *San Juan* su preciosa carga y ellos también estaban a bordo. Los ingleses sólo fueron espectadores impotentes de que el galeón permanecía como a media milla de la costa mientras el oleaje lo mecía suavemente. Aquella situación se prolongó durante un par de horas hasta que un vientecillo de levante cada vez más fuerte le permitió largar sus velas, levar anclas y alejarse hacia las aguas abiertas del Atlántico.

El disparo de un cañón del *San Juan* sonó a despedida al tiempo que el *Nuestra Señora de la Asunción* se consumía devorado por el fuego.

El viento roló horas después impulsando al *San Juan* hacia el sur durante más de veinticuatro horas y alejándolo de la nueva tormenta, traída por vientos huracanados de poniente, que sí hubo de afrontar la armada. Con el velamen en malas condiciones y, lo que era peor, con el timón roto, varios barcos se vieron arrastrados hasta la costa y se estrellaron contra los acantilados. Muchos de los hombres que iban a bordo perecieron, siendo muy pocos los que lograban llegar a la ribera. Otros, por el contrario, encallaron, y la mayor parte de la tripulación pudo llegar a tierra. Parte de ellos estaban heridos, otros se encontraban enfermos y todos muy débiles como consecuencia de unas raciones que llevaban varias semanas siendo escasas y de los muy duros trabajos que habían tenido que afrontar.

En tierra corrían diversa suerte. Se vieron atacados por las patrullas inglesas que recorrían la costa sin cesar, se enfrentaron a ellas con el escaso armamento que poseían y murieron luchando. Los que cayeron prisioneros fueron ejecutados. Hubo grupos que se entregaron sin resistencia a condición de que sus vidas fueran respetadas. Los ingleses no cumplieron con lo acordado y los asesinaron, degollándolos o conduciéndolos a la horca. Sólo grupos muy reducidos lograron cruzar la isla y, con ayuda de los irlandeses,

llegar hasta Escocia, desde donde consiguieron embarcar con destino a algún puerto español. Otros, protegidos y camuflados por los naturales de la tierra para evitar que los ingleses descubrieran su presencia, se establecieron en algunos pueblos de la costa oeste de Irlanda y formaron una familia.

Los barcos que pudieron soportar los embates del temporal continuaron navegando hacia el sur con grandes dificultades. Todos tenían vías de agua que obligaban a mantener en continuo funcionamiento las bombas de achique, y muchos habían perdido el trinquete o la mesana. Únicamente la habilidad de los timoneles, la capacidad de los contramaestres impartiendo las órdenes y el denodado esfuerzo de sus tripulaciones lograron mantenerlos a flote.

Cuando al fin dejaron atrás los acantilados, los arrecifes y las peligrosas corrientes que se formaban en las costas de Irlanda, la situación mejoró y una parte de ellos logró reagruparse en torno a la nave capitana. Pese a las dificultades, cerca de cuarenta navíos seguían al *San Martín.*

El capitán Venegas y el piloto visitaron a Medina Sidonia en su camarote. Estaba postrado en la cama, enfermo y con la herida del brazo algo mejor, pero muy lejos de sanar.

—Excelencia, nos encontramos a poco más de cincuenta y un grados —lo informó el piloto—. Hace un par de horas hemos dejado atrás las costas de Irlanda. Mi criterio es que se trace un rumbo sur sudeste y busquemos las Sorlingas…

—¿Navegar hacia Inglaterra?

—Sí, señor.

—Eso supone correr un riesgo grande. Si nos acercamos a la costa inglesa, será haber salido de Escila para caer en manos de Caribdis.

—Excelencia, debemos evitar en lo posible las corrientes que nos empujen de nuevo hacia el norte. Si hemos dejado atrás los temporales deberíamos dirigirnos hacia el sur. Podríamos llegar a La Coruña.

—Si los ingleses nos encuentran no estamos en condiciones de combatir. Seríamos una presa fácil para ellos. —El duque miró a

Venegas.

—Mi criterio, señor, coincide con el del piloto, aunque como bien afirmáis no estamos en situación de presentar batalla.

—¿Estáis seguro de que esa es la mejor ruta? —Medina Sidonia se dirigía otra vez al piloto.

—Excelencia, si dejamos atrás esas islas tendremos muchas más posibilidades de llegar a puerto.

—Está bien, sea como decís y pongámonos en manos de Dios.

Subieron a cubierta y mientras el piloto dejaba instrucciones al timonel y explicaba al contramaestre el nuevo rumbo, Venegas ordenaba al primer lombardero que tuviera los cañones preparados.

—Mi capitán, apenas contamos con unas docenas de balas.

—Pues preparad esas.

—A la orden.

Después se reunió con los oficiales y mandó que los arcabuceros y mosqueteros tuvieran sus armas dispuestas.

—¿Vamos a combatir en estas condiciones? —preguntó el alférez.

—Pasaremos cerca de la costa inglesa rumbo al sur y podría ser que tuviéramos que vérnoslas con ellos, si nos descubren. No buscaremos el combate y, si podemos, lo rehuiremos. Pero si llega el momento de pelear, lo haremos con lo que nos queda.

—Que Dios nos proteja —murmuró uno de los oficiales, pero no tan bajo como para que el capitán Venegas no lo oyera.

—Si se da esa circunstancia necesitaremos algo más que su ayuda.

Al atardecer el vigía anunció desde la cofa:

—¡Tierra! ¡Tierra a la vista! ¡A proa y a babor!

El piloto, que estaba al pie del castillete de popa, consultó sus cartas.

—Son las Sorlingas —dijo a Venegas—. Estamos a menos de cincuenta grados. Eso significa que… —añadió haciendo cálculos mentalmente— nos encontramos a algo menos de ochocientas millas de los puertos adonde vamos.

—En menos de una hora será de noche. Lo mejor será no encender los fanales. Así pasaremos inadvertidos.

—Es una medida prudente. Pero, capitán, sabed que, si nosotros hemos visto tierra, es posible que desde allí nos hayan avistado a nosotros. Nuestra ventaja es que no hay ningún puerto de entidad en esas islas, y mientras lo comunican las habremos dejado atrás.

—Que Dios así lo disponga.

El piloto se acercó al marino que medía la velocidad.

—¿Qué nos dice la corredera?

—Desde hace tres horas navegamos a seis nudos, señor.

El piloto asintió.

—Si el viento se mantiene y no surgen problemas, pasado mañana, bastante antes de la puesta de sol, entraremos en puerto.

Sin embargo, las cosas no sucedieron así. Otro temporal se desencadenó aquella noche, que se hizo particularmente larga. Algunos golpes de mar abrieron nuevas vías de agua en varias embarcaciones. Otras perdieron alguno de los mástiles, y con ellos parte del velamen. Al amanecer, cuando el viento y el oleaje se calmaron, la armada había vuelto a dispersarse. El vigía que subió a la cofa del *San Martín* oteó el horizonte.

—¡Sólo cuento once barcos!

—¡Mirad bien! —le gritó el contramaestre—. ¡La tormenta no ha sido tan fuerte como para alejar tantos a gran distancia!

El vigía contó de nuevo.

—¡Once barcos! ¡Alguno está desarbolado!

En las horas siguientes se agruparon cerca de veinte.

El veintiuno de septiembre, dos horas después del amanecer, el vigía del *San Martín* dio la alerta:

—¡Tierra a la vista!

—Deben de ser las Sisargas —dijo un marinero al capitán Venegas. El último de los pilotos del *San Martín* estaba tan enfermo que no podía cumplir sus funciones y él lo suplía—. Unas millas al oeste ha de estar La Coruña.

—No parece que sean unas islas, sino tierra firme.

—¡Estamos a cuarenta y tres grados y medio! —insistió el marinero, consultando un cuaderno donde estaba anotada la posición del sol cada día y midiendo su altura con el astrolabio.

—¡Carabela a la vista! ¡Se acerca por estribor! —advirtió el vigía.

Muchos hombres se acercaron al costado del barco.

—¿Qué tierra es esa? —preguntó el contramaestre al oficial de la carabela.

—¡Es el cabo Mayor! —Y señalando a su espalda añadió—: ¡Ahí queda Santander!

—¡Santa Madre de Dios! —exclamó el marinero—. Santander está a la misma latitud que La Coruña, pero casi cinco grados al este. ¡El viento de poniente ha debido de desplazarnos durante la noche!

—Hay que avisar a su excelencia.

Venegas llamó a la puerta del camarote.

—¡Entre quien sea!

—A vuestras órdenes, excelencia. Estamos llegando a puerto.

—¿Tenemos La Coruña a la vista?

—No, señor, estamos llegando a Santander.

—¿A Santander?

—Así es, excelencia, nos hemos desviado unos cinco grados a levante.

Medina Sidonia, cuyo aspecto era lamentable, le dio las gracias y Venegas se retiró.

El duque se levantó, se echó unas puñadas de agua en el rostro y un criado lo ayudó a adecentarse y a vestir la mejor ropa que le quedaba. Al subir al puente de mando divisó una pequeña isla y también una reducida península rocosa en cuyos cantiles se estrellaban las olas.

El marinero que había hecho los cálculos, después de varias consultas y medidas, señaló un islote.

—Esa, excelencia, tiene que ser la isla del Moro, y la península que se alza detrás, la que nombran de la Magdalena.

En aquel momento se levantó inesperadamente un fuerte viento del sudeste que empujó el galeón aguas adentro.

—¡Maldita sea! —protestó el contramaestre—. ¡Arriad el trinquete, aprisa! ¡El mar se está picando!

—Señor, volved al camarote —suplicó Venegas al duque—. La cosa se está poniendo fea. Debéis resguardaros. Vuestra salud…

Medina Sidonia se negó y en ese instante una gran ola batió en el costado del barco, barrió la cubierta y empapó a ambos.

—Excelencia, nos sois más útil vivo. Por favor, señor.

El duque iba a responder cuando un acceso de tos se lo impidió. Parecía que iba a ahogarse. Tuvieron que ayudarlo a llegar a su camarote.

Anocheció sin que el *San Martín* pudiera cruzar la barra para entrar en la bahía y fondear. A medianoche la intensidad del viento levantaba olas de hasta cuatro varas.

—Después de todo lo que hemos pasado, irnos al fondo estando a vista de tierra sería un gran dolor.

Fue una noche de lucha contra el mar, con las bombas de achique sacando toda el agua que podían porque un golpe en el costado había abierto otra vía. Era preciso accionarlas con tanta fuerza que se relevaba a los hombres cada cuarto de hora, y aun así acababan extenuados. Al amanecer el viento amainó y el mar poco a poco fue calmándose.

Medina Sidonia dejó el lecho apenas vislumbró las primeras luces del alba. En cubierta le dieron novedades:

—Excelencia, tenemos otra vía de agua que los calafates no pueden controlar. Se achica toda la que se puede, pero cada vez estamos peor. Sólo se cuentan nueve barcos. Los demás suponemos que han sido arrastrados hacia poniente. No sabemos la suerte que han corrido. La mejor noticia es que el mar está calmado y podemos acercarnos al fondeadero.

El duque subió al puente de mando, oteó el horizonte —el sol ya se alzaba medio palmo por levante— y ordenó izar el estandarte real.

—Dad tres cañonazos de aviso para que algún práctico nos conduzca a puerto y no tengamos problema con los arenales.

En Santander la presencia de aquellos barcos había dado lugar a toda clase de comentarios y rumores. El aspecto que ofrecían vistos desde lejos no era el mejor. A algunos les faltaban mástiles y todos tenían el velamen destrozado.

En respuesta a los cañonazos, dos lanchas aparejadas a toda prisa y con prácticos a bordo salieron al encuentro de la flotilla, y siguiendo su estela entraron en la bahía. En el puerto se reunía un creciente número de personas, y también a lo largo de una playa que llamaban el Sardinero.

La multitud podía ahora apreciar las roturas en las bordas y los remiendos en los cascos para salvar vías de agua. En el palo mayor del *San Martín* ondeaba el estandarte real, y junto a él seguía izada la bandera de combate. La heterogénea flotilla —había tres galeones, dos urcas, una nao, una zabra y un patache, además de una carabela— maniobró siguiendo las órdenes de los contramaestres y por fin fondeó.

—He oído decir que son barcos de la jornada de Inglaterra —dijo un hombre tripudo y entrado en años.

—Eso confirma los rumores que han corrido estos días de que la derrota ha sido total —afirmó otro más joven que adornaba sus orejas con unos aretes.

Fue una mujer la que reparó en el aspecto de los que venían a bordo.

—Mirad a esos pobres… ¡Están casi desnudos! Y tan delgaduchos… ¡El hambre que habrán pasado!

A la mujer, pendiente de detalles más humanos, no le faltaba razón. Aquellos hombres estaban demacrados y famélicos, y las greñas y los andrajos que vestían completaban su lamentable aspecto. Muchos se hallaban enfermos y en la bodega había varias docenas de heridos.

El corregidor, que acudió al puerto acompañado de algunos capitulares, supo que era necesario tomar medidas ante la situación que se le venía encima.

—Hay que disponer alojamientos y comida. Dad aviso a los médicos, a los barberos y a los hospitales. ¡Y que vengan

sacerdotes!

Se bajaron los bateles y se inició el desembarco. Medina Sidonia, que permanecía en el puente de mando, ordenó que primero descendiesen los heridos. En tierra se habían preparado angarillas, y conforme llegaban eran trasladados al hospital de la Misericordia, adonde se había mandado noticia.

Era casi mediodía cuando el duque llegó a tierra. El corregidor se acercó, se destocó e hizo media reverencia.

—Excelencia, es un honor recibiros…

—¡Vienen más barcos! —El grito que anunciaba la presencia de nuevas unidades de la armada interrumpió la bienvenida.

—Es probable que a lo largo de los próximos días continúen llegando. Espero que la tormenta de esta noche no haya hecho naufragar a alguno de los que nos acompañaban.

Un regidor se acercó.

—Señor, tenemos noticias de Laredo. Allí ha llegado una veintena de barcos y una galeaza que manda don Diego Flores de Valdés.

—¡Loado sea Dios!

Medina Sidonia fue acomodado en el palacete de don Fernando de la Riva, que tenía unas espléndidas vistas a la playa y al puerto, donde el médico lo atendió.

—La comida ha de ser suave para acomodar el estómago: algo de caldo de ave, pechuga de gallina y pescado asado. Será necesario haceros una sangría con sanguijuelas para eliminar los malos humores que provocan las calenturas que os consumen. Después se administrará a vuestra excelencia un baño con agua templada, y dos veces al día tomaréis una infusión de albahaca, jengibre, menta, malva y corteza de sauce.

Al día siguiente el duque escribió al rey dándole cuenta de su llegada:

Sacra, Católica y Real Majestad:

Puesto a los reales pies de Vuestra Majestad, hoy que se cuentan veintitrés días de septiembre, en la villa de

Santander, escribo a V. M. para daros cuenta de lo acaecido desde la última vez que escribía a V. M. Sabed, señor, que hasta que se contaron dieciocho días de este mes seguían a la capitana, habiendo dejado atrás los acantilados de las costas de Irlanda, sesenta naves. Ese día, en que navegábamos a los cuarenta y cinco grados de latitud, nos sobrevino una fortísima tormenta, tan grande que pensábamos que había llegado nuestra última hora. Con la ayuda de Dios salimos adelante y avanzamos con viento del oeste, pero sólo quedó la compañía de once barcos, cantidad a la que luego se fueron sumando algunos más.

Navegamos en busca del cabo Finisterre y el veintiuno llegamos a los cuarenta y tres grados y creímos que a las islas Sisargas. Pero una carabela que salió a nuestro encuentro nos dijo que estábamos mucho más a levante, frente a Santander, y con grandes dificultades, porque la mar se enojó, pudimos fondear después de que se lanzasen varios disparos para advertir de nuestra presencia. Me hallo, majestad, con mucha fatiga, ya que arrastro calenturas desde hace veinticinco días y estoy muy enflaquecido. Al mando de la armada ha quedado don Diego de Valdés.

Han seguido entrando barcos en este puerto, todos ellos muy castigados, y he ordenado que aquellos que por diversas circunstancias han llegado a otros puertos de esta costa vengan aquí en cuanto el tiempo se lo permita. Es todo cuanto puedo informar a Vuestra Majestad, a cuyos reales pies me postro.

Alonso Pérez de Guzmán, Medina Sidonia, dux

Capítulo XLIV

A BORDO del *San Juan* la situación era muy complicada. Había navegado en solitario porque el haber buscado víveres los retrasó, y el estado de su velamen era lamentable, así que no podía aprovechar todo el viento que lo impulsaba hacia el sur. Al haber embarcado a los hombres del *Nuestra Señora de la Asunción* llevaba a bordo mil trescientas almas, y a pesar de la comida que habían conseguido, las raciones estaban muy reducidas. A esas dificultades se sumaban las dos vías de agua que no habían podido cerrarse, por lo que el deterioro del galeón era cada vez mayor. Sólo la pericia del timonel y la experiencia de Recalde hacían que se mantuviera a flote. El almirante, consciente de que en las condiciones en que se encontraban era prioritario ganar tiempo, decidió arriesgarse a que las corrientes los arrastrasen hacia el norte y dio orden de navegar alejados de la costa.

Hacía unos días que junto al *San Juan* iban dos pataches, el *Isabela* y el *San Esteban.*

Recalde, muy desmejorado, pues era presa de fuertes calenturas desde una semana atrás, subió al puente de mando. A falta de otros cuidados lo aliviaba el que la brisa le diera en el rostro. Disimulaba la preocupación que lo embargaba porque se retrasaba avistar tierra. Preguntó a Alonso, que estaba a su lado y que en aquellos meses había aprendido algunas cosas acerca del manejo de un barco:

—Alférez, ¿a qué día estamos?

—Señor, si no estoy equivocado, hoy es siete de octubre.

Fray Gaspar, que se había acercado, añadió:

—Festividad de Nuestra Señora del Rosario.

—Hace… —Recalde echó cuentas— diecisiete años vencimos a los otomanos en Lepanto. ¡Cuántas cosas desde aquella fecha! Hoy ni don Juan ni don Álvaro, artífices de aquella grandiosa jornada, están entre nosotros.

El vigía se desgañitó anunciando desde la cofa:

—¡Tierra a estribor! ¡Tierra! ¡Tierra! ¡Tierra a estribor!

Recalde, Alonso y fray Gaspar miraban, sin verla todavía. El piloto subió al castillete de proa y, tras medir la altura del sol con el astrolabio, consultó las tablas.

—Nos encontramos a poco más de cuarenta y tres grados, señor. Significa que estamos llegando a puerto.

Recalde, que no dejaba de otear con el catalejo, se detuvo un momento.

—¡Esas son las Sisargas! Finisterre nos queda a babor, y también La Coruña. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, son las Sisargas, como desde luego también yo creo, señor.

El contramaestre impartía órdenes:

—¡Viramos por avante! ¡Timón a babor! ¡Noventa grados! ¡La mayor a babor! ¡Vamos, vamos!

—¿Qué velocidad tenemos? —preguntó el almirante al marino que la medía.

—Cuatro nudos, señor.

—Si este viento se mantiene avistaremos La Coruña en una hora.

Justo ese tiempo después el vigía gritaba de nuevo:

—¡Tierra a proa! ¡Tierra a proa!

Recalde usó otra vez el catalejo.

—Esa torre está en un montículo cercano a La Coruña. ¡Vedla!

Se lo entregó al piloto, que centró su mirada en el punto señalado.

—Esa atalaya medio derruida es la que llaman Torre de Hércules. Estamos llegando a La Coruña. —Devolviendo el catalejo, añadió—: Si la reconstruyeran sería un magnífico faro que guiaría a tanto barco como navega por estas latitudes.

El *San Juan* no era el único integrante de la armada que llegaba a aquel puerto. En los días anteriores habían entrado varios. El primero fue la *San Bartolomé*, cuyo capitán había informado al marqués de Cerralbo de la peripecia de la flota. A bordo venían tres compañías, que se acomodaron una en La Coruña, otra en Betanzos y otra en Bayona.

Al día siguiente entró la urca *Sansón*, y las dos compañías que traía fueron destinadas a Ferrol y Puentedeume. El gobernador de Galicia no sólo aligeraba la presión que sobre La Coruña suponía la llegada de tantos hombres, sino que tomaba medidas para defender aquel reino si los ingleses realizaban una incursión en sus costas. Allí quedaban los que necesitaban ser hospitalizados, y no eran pocos. Había escrito al rey informándolo de que la gente de aquellos barcos venía enferma y necesitada, que no traía con qué vestirse y que el frío había causado estragos. Los enfermos de aquellos dos navíos, según apuntaban los médicos, pasaban de cien.

Tres días después aparecía el galeón *San Bernardo* con una compañía cuyos hombres fueron destinados a las guarniciones de Ferrol y Puentedeume.

En La Coruña ya se sabía que gran parte de la armada había fondeado en Santander, y lo que el capitán del *San Bernardo* decía es que ellos eran los últimos en llegar. Por eso la noticia de que el *San Juan* estaba a vista de puerto corrió por la ciudad como un reguero de pólvora e hizo que estallase una explosión de alegría. Mucha gente había acudido para verlo fondear, dirigido por los prácticos.

La tripulación y los cientos de hombres que iban a bordo se apretujaban en la amura de estribor. Algunos no pudieron contener las lágrimas ante aquel recibimiento. Era su forma de manifestar los miedos contenidos durante días. Muchos de quienes no podían asomar por las bordas habían caído de hinojos, y con los dedos

entrelazados daban gracias a la Virgen por haberlos salvado. Hubo momentos en que estaban convencidos de que no rendirían viaje. Las penalidades habían sido numerosas, pero llegaban al destino que se habían propuesto. En tierra tendrían que dar cumplimiento a las promesas hechas de ofrecer algunas libras de cera a Dios, a la advocación de la Virgen de la que eran devotos o a algún santo al que profesaran especial veneración.

Fray Gaspar se subió al castillete de proa y entonó una canción en loor de Nuestra Señora del Rosario. Muchos hombres lo acompañaron en aquel canto de acción de gracias.

Conforme el *San Juan* se acercaba al puerto, en el barrio de la Pescadería se juntaba una muchedumbre. Unos gritaban y otros saltaban dando rienda suelta a su alegría. Algunos se habían destocado y saludaban agitando los gorros, otros agradecían a Dios bisbiseando una oración y todos fijaban la vista en el impresionante galeón, sobrecogidos por su aspecto. El *San Juan* parecía a punto de hundirse de un momento a otro. En sus bordas centenares de hombres andrajosos, desgreñados, famélicos, agitaban la mano en señal de saludo. Las voces de la multitud arreciaban conforme el barco se acercaba.

El marqués de Cerralbo, que había acudido a la playa acompañado por el corregidor y varios oidores, miró hacia el puente de mando.

—Es el *San Juan*. Lo manda el almirante general —le dijo su secretario.

—Así es. Veo a Martínez de Recalde. Sólo un marino con su experiencia es capaz de traer de vuelta un barco en esas condiciones.

El galeón se acercó hasta sesenta varas de los pantalanes del puerto. No podía aproximarse más sin encallar.

—¡Fondead las anclas!

Las pesadas áncoras, de más de mil quinientas libras cada una, afirmaron el barco.

—¡Arriad velas! ¡Abajo la verga! ¡Cuidado con el trinquete! ¡La mesana, la mesana!

Las sucias lonas, agujereadas y llenas de desgarros, quedaron recogidas y sujetas, con los cabos apretándolas con fuerza.

Desde el puente de mando, Recalde observaba los trabajos. Era un milagro que los tres mástiles hubieran aguantado, enhiestos, los terribles embates de las olas.

—Maniobras concluidas, mi capitán. —El contramaestre se había cuadrado ante Santurce.

—Señor, atraque concluido —informó al almirante.

—Gracias, capitán. Que formen los hombres.

—¡Formación! —ordenó Santurce.

Rápidamente se organizaron sobre la cubierta: la tripulación en su lugar, los soldados en el suyo. Eran tantos que sólo hombro con hombro era posible. Impresionaba ver sobre la cubierta a mil trescientos hombres cubiertos por harapos, greñudos y hambrientos, pero marciales y disciplinados. El silencio que imperaba en el *San Juan* se había extendido a la muchedumbre que se apiñaba en la playa de la Pescadería. Podían oírse el movimiento del mar y las órdenes que se impartían en el galeón.

El cañón, que se había cargado con pólvora, estaba dispuesto para el disparo. El lombardero esperaba la señal con la mecha encendida en la mano.

—Disparo de respeto —indicó el almirante.

—¡Fuego! —gritó Santurce.

La descarga se oyó en todos los alrededores. Por encima de la cofa ondeaba la bandera de combate. El blanco lienzo sobre el que estaba la roja y aspada cruz de San Andrés flameaba con la fuerza del viento.

—¡Hemos cumplido con nuestro deber! —Fueron las primeras palabras del almirante—. Dios ha querido que la encomienda que nos hizo su majestad, cuando hace más de cuatro meses zarpamos del puerto de Lisboa y más de dos lo hicimos de este, no haya sido posible de llevar a cabo. No era una empresa fácil, pero eso nunca nos arredró. Hemos luchado con honor y nuestro valor hizo que el enemigo no se atreviera a presentar combate pese a que lo incitamos a ello en numerosas ocasiones. Los malos vientos nos

arrastraron a una aventura de la que era difícil salir con bien. Los temporales pusieron a prueba nuestra capacidad de resistencia y nuestra valentía. Hoy estamos aquí porque tuvimos la voluntad necesaria para sobreponernos a todos los obstáculos que nos han sacudido durante estas semanas. Ni el frío ni el hambre ni muchas otras dificultades lograron doblegarnos. Tampoco las tempestades pudieron con el *San Juan*. Mi agradecimiento a todos y muy principalmente mi recuerdo a quienes quedaron en el mar y hoy recordamos. —Miró a fray Gaspar, cuya melena había crecido y caía sobre sus hombros. Había perdido la tonsura y una negra barba cubría su rostro—. ¡Páter, una oración por quienes murieron y una bendición para estos valientes!

El dominico entonó un *Pater noster* que fue seguido por los hombres e impartió una bendición haciendo una cruz con su mano.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.*

—Amén —respondieron todos.

—¡Alférez, recoged la bandera de combate!

En medio del silencio y de una emoción contenida —las lágrimas asomaron a los ojos de muchos de aquellos que habían hecho frente a toda clase de obstáculos—, se arrió la bandera.

Se inició el desembarco después de bajar los botes.

—¡Primero los heridos! ¡Luego los enfermos!

La toma de tierra se prolongó durante más de tres horas a pesar de que a los bateles del *San Juan* se sumaron varias lanchas. Los heridos y enfermos, que eran más de doscientos, fueron llevados a los hospitales, y como no había camas suficientes se habilitaron otras en el convento de los dominicos y, fuera de la clausura, en el de las clarisas. Las boticas de la ciudad aportaron remedios de todas clases y los médicos ayudaron a los dos colegas que habían llegado a bordo del galeón y que estaban extenuados. El cabildo municipal preparó grandes cestas con pan recién horneado, ristras de chorizos, morcillas, quesos de una forma que recordaba el pecho de una mujer —lo llamaban de tetilla—, miel, mermeladas, manzanas en sazón, melones…

En los días siguientes llegaron otros dos barcos cuyas condiciones eran similares. Todos tenían vías de agua, algunos debían cambiar los mástiles, el velamen estaba en muy malas condiciones y necesitaban reparaciones diversas. Acudieron numerosos carpinteros de ribera, calafates y otros oficiales que se sumaron a los que había en La Coruña porque había trabajo de sobra.

Los hospitales estaban desbordados y el marqués de Cerralbo dio órdenes de la obligación, por un real cada día, de que la población alojara a los hombres para los que no había asilo en los mesones, posadas y dependencias habilitados para ello. Habían de suministrar catre y fuego, y la comida corría a cuenta del cabildo y de las aportaciones que hicieron muchos particulares, así como de las cocinas de los conventos, donde se preparaban grandes calderos con sopas de grelos. También se facilitaba vino de las bodegas conventuales y recios aguardientes que elaboraban muchas familias en cuyas casas había alambiques y otros aparatos de destilación.

A los hombres, que arrastraban carestía de semanas, les parecían manjares exquisitos, y conforme el hambre era satisfecha, buscaban colmar los deseos carnales acumulados durante ese tiempo. Las pupilas de la mancebía no daban abasto. Se formaban largas filas de espera pese a que para aquellos menesteres habían acudido rameras de toda la comarca y hasta de Santiago.

El padre de la mancebía había llegado a un acuerdo con el cabildo para ajustar los precios y se cobraría real y medio —casi la mitad de la tarifa habitual salvo que se fornicara con la *Malagueña* o con la *Mañica*, las de más tronío del lupanar, cuyos costos eran más elevados porque hacían servicios especiales—. Además, se había tasado el tiempo: no más de media hora de fornicio, incluidos los preliminares.

Recalde, que había sido alojado en casa de Juan de Otalora, oidor de la Real Audiencia, explicó al marqués de Cerralbo con mucho detalle la aventura que habían vivido y cómo transcurrió el enfrentamiento con los ingleses.

—Nunca aceptaron el combate, pero lograron que no pudiéramos llegar donde estaba el duque de Parma con sus tropas.

—Por aquí han corrido toda clase de rumores —le comentó el marqués—, y muchos de ellos señalaban que los ingleses nos habían causado una gran derrota.

—No es cierto. Hemos perdido algún barco, principalmente porque encallaron. Es lo que ocurrió con el *San Mateo* y el *San Felipe*, que después de luchar bravamente, con el timón averiado y desarbolados, no pudieron seguir navegando y quedaron a merced de las corrientes y el viento. Donde hemos sufrido ha sido al tener que rodear la isla por el norte, con los temporales que se han desencadenado. No sé cuántos hombres han muerto y cuántos barcos se han perdido. En el enfrentamiento que tuvimos con los ingleses después de que nos lanzaran los brulotes, como os he contado, nuestras bajas fueron de unos seiscientos muertos más ochocientos heridos. Muchas tripulaciones se han perdido. Nosotros hemos traído a bordo a los de una galeaza y una urca que fue necesario abandonar.

A pesar de que las órdenes del marqués de Cerralbo habían sido distribuir parte de los soldados en las plazas de mayor valor estratégico, la presión sobre el vecindario de La Coruña era muy fuerte, pues habían arribado cerca de cuatro mil, casi tantos como habitantes tenía la ciudad. Por eso en los días siguientes algunos hombres que eran padres de familia obtuvieron permisos para ausentarse y recibieron gran alegría de ello.

El marqués había escrito a Felipe II dando cuenta pormenorizada de todo, al tiempo que le pedía víveres y bastimentos. También al arzobispo de Santiago, que había hecho llegar veinte carretas cargadas de pescado en salazón, queso, aceite, vino y vinagre, sal, frutos secos y la carne también en salazón de diez reses y medio centenar de cerdos. Otras dos carretas iban llenas de sábanas, paños, vendas, gasas y apósitos, así como pomadas, jarabes, pócimas y sacos de hierbas necesarias para los emplastos.

Al alférez Sandoval, con el mandato de llevar a Lisboa una carta al virrey, a fray Gaspar de las Santas Espinas, porque los servicios

religiosos estaban sobradamente atendidos, y a Lope de Vega, que tenía numerosos papeles llenos de notas con detalles de lo acaecido y era hombre casado, se les dio permiso para partir. Embarcaron en una urca que había salido de Hamburgo e hizo escala allí antes de llegar a su destino, que era Lisboa, adonde llevaba madera, aceite de ballena, vino del Rin y arenques en salazón. Si el buen viento que soplaba cuando dejaron atrás La Coruña los acompañaba, en dos días, tres a lo sumo, llegarían a puerto.

Capítulo XLV

FELIPE II recibía noticias desde diferentes sitios. Además de la carta de Medina Sidonia le llegaban correos de los puertos del Cantábrico donde habían arribado algunos barcos aislados que no pudieron mantener el rumbo hacia La Coruña, lugar al que en principio se dirigía el *San Martín* y había llegado el *San Juan*. También le escribieron el marqués de Cerralbo y el arzobispo de Santiago.

Toda la información que afluía a El Escorial coincidía en tres cuestiones, aunque expresadas de forma diferente: que la Gran Armada no había logrado su objetivo de llegar adonde aguardaba el duque de Parma; que los combates con los ingleses habían sido escasos y se perdió sólo un barco en ellos, al que se añadía la pérdida de tres más —dos galeones que habían encallado en la costa flamenca y otro en Calais—, y que la flota navegó en difíciles condiciones hasta superar la latitud mayor de Inglaterra y que rodearon por poniente Irlanda, donde tuvieron que hacer frente a tormentas y temporales en los que hallaron su fin numerosos barcos y miles de hombres, sin que se pudiera precisar hasta dónde alcanzaban esos quebrantos.

El rey releía una y otra vez aquellas cartas en las que también se le daba cuenta de los navíos que, seriamente dañados, iban llegando a puerto, para empaparse de su contenido. Hacía rato que Juan de

Idiáquez y Mateo Vázquez de Leca, convocados la víspera, aguardaban la llegada de Gabriel de Zayas. El monarca lo había mandado llamar a su casa de Madrid para que estuviera presente en la reunión, pese a los achaques que sufría y que lo obligaron a dejar sus responsabilidades en los asuntos del norte, quedando sólo al cargo de la secretaría del Consejo de Italia.

Zayas llegó poco antes del mediodía, pero hubieron de esperar a que las campanas del monasterio anunciasen la hora del ángelus y su majestad cumpliera con el rezo en que el ángel del Señor anunciaba a María que iba a ser la madre de Dios.

En el gabinete, Felipe II los puso al corriente de las últimas noticias. Idiáquez tenía información de parte de lo que les contaba, pues le había llegado a través de algunos de los confidentes en Flandes, París y Londres.

—La derrota de la que tanto han alardeado los ingleses no ha sido tal, si bien es cierto que la empresa no ha salido como deseábamos y que los daños han sido grandes por causa de los temporales. Si Dios así lo ha dispuesto, acatemos su voluntad, pero yo mandé mis barcos a luchar contra Inglaterra, no a enfrentarse a los elementos.

—Majestad, ¿se conoce el alcance de las pérdidas? —preguntó Zayas.

—El número de muertos y desaparecidos, en torno a los diez mil.

—¡Santo Dios! —exclamó el secretario.

—En combate las bajas fueron seiscientas y los heridos unos ochocientos. No tengo aún noticia de cuántos de ellos han fallecido. Los barcos perdidos son alrededor de treinta, y en batalla sólo uno. Otro, el *Nuestra Señora del Rosario*, hubo de ser abandonado porque un mal movimiento lo deterioró gravemente, y tres más, dañados en refriega, terminaron encallados y también abandonados. Las demás pérdidas han sido por causa de las tormentas y los temporales. A Santander han arribado más de cincuenta navíos y todavía siguen entrando. La información que tengo del gobernador de Galicia es que a La Coruña han llegado cerca de una docena, y hay más aislados que se encuentran en otros puertos como los de

Laredo, Vivero, Gijón… Os he mandado llamar porque han de tomarse disposiciones para afrontar esta situación. La mayor parte de esas naves están en malas condiciones y necesitan ser reparadas. Hacen falta calafates, carpinteros de ribera, veleros, cordeleros y también han de llevarse bastimentos y víveres en grandes cantidades, así como medicinas y dinero para asistir a miles de hombres, muchos de los cuales están enfermos. Ya se están atendiendo los asuntos más urgentes, pero el trabajo restante es muy grande, y cuantiosos los caudales que habremos de emplear.

—Majestad, todo eso ha de cumplirse con la mayor urgencia, porque las noticias que llegan de Londres…

—¿Qué noticias son esas? —Felipe II clavó su mirada en Idiáquez.

La urca que había zarpado del puerto de La Coruña llevando a bordo a fray Gaspar de las Santas Espinas, a Alonso de Sandoval y a Lope de Vega entró en el estuario del Tajo, tras dejar atrás la punta de Cascaes.

Alonso, acodado en la borda cerca de la proa y con el viento azotando su rostro rasurado por un barbero la víspera de embarcar, hablaba con el dominico. Este también se había afeitado y cortado el pelo, haciéndose la tonsura, y vestía el hábito de su orden, que guardó durante todo aquel tiempo para que le fuera puesto en caso de muerte y se conservaba en muy buenas condiciones. Lope estaba sentado sobre unos tablones que había en la cubierta, junto a unos fardos, y no dejaba de escribir.

—Han pasado más de cuatro meses desde que navegamos estas aguas para salir a mar abierto. Sin embargo, tengo la sensación de que ha sido mucho mayor el periodo transcurrido.

—Eso es algo más habitual de lo que vuesa merced cree. El tiempo es algo muy relativo. A veces nos parece que corre muy deprisa, y otras que discurre con lentitud desesperante. Influye en ello nuestro estado de ánimo y las circunstancias que concurren. Hemos pasado en estos meses por tantas vicisitudes… Y si a ello añadimos que tenéis perdido el seso por doña Leonor de Mascarenhas…

—¡Estoy ansioso por verla!

—Refrenad vuestros ímpetus.

—¡Eso es como pedir peras al olmo! —exclamó Lope, que había guardado sus papeles y el cuerno con la tinta y se había acercado a ellos.

—¡Don Lope! —lo saludó fray Gaspar, quien añadió con cierta ironía, conocedor de cómo se había llevado a cabo su casamiento—: También vos estaréis con deseos de llegar a Madrid, donde os aguarda vuestra esposa.

—Permitidme, páter, que os diga que esa comparación queda lejos de ser adecuada. Don Alonso espera catar las mieles del himeneo, y por lo que sé, doña Leonor es dama virtuosa y recatada que antes de entregar lo suyo querrá pasar por el altar. Yo, pobre de mí, había catado ya ese placer y sin duda mis ansias son menores, ¡aunque cuatro meses de abstinencia…! —Miró a Alonso y esbozando una sonrisa llena de picardía agregó—: Tan larga continencia y vuestros pocos años quizá aconsejen, para evitar algún mal que pudiera derivarse de ello, que os paséis por la mancebía a desfogar vuestros deseos.

—¡Sois un demonio, don Lope! —lo amonestó fray Gaspar.

—¿Por recomendar una visita al lupanar me moteja vuestra paternidad de ser un discípulo de Lucifer? ¿Acaso no son muchas de las mancebías propiedad de cofradías, parroquias y conventos, y sesudos teólogos señalan la necesidad de tales sitios como escudo protector del honor y la honra de doncellas y damas?

El fraile sabía perfectamente de qué hablaba Lope de Vega. Por eso se limitó a emitir un par de carraspeos.

La urca dejó a babor la Torre de Belém y poco después el monasterio de los jerónimos. El contramaestre comenzó a impartir órdenes para recoger el velamen y disminuir la velocidad. La nave se detuvo poco antes de llegar a la Ribeira das Naos y fue remolcada por dos lanchas que habían salido en su busca hasta que dejaron su costado pegado al pantalán. Entonces fondearon las anclas.

Los funcionarios del puerto, que habían estado pendientes del atraque, subieron a bordo para comprobar la carga y tomar nota de

todo ello para cobrar las tasas y las alcabalas de los productos que la urca transportaba.

Fray Gaspar, cuyo hábito era una especie de salvoconducto, Alonso y Lope desembarcaron. En el puerto había mucha actividad, pues se estaban descargando dos carracas que traían trigo de Sicilia y un galeón mercante que la víspera había llegado de las Azores. A ellos se sumaban los pataches que cruzaban el estuario para traer verduras, pescado y pan a los lisboetas desde las poblaciones de Almada, Seixal y Moita. Eran numerosos los cargadores, mozos de cuerda, regatones, comerciantes y mercaderes, y también los desocupados que mataban las horas viendo cómo fluía la vida en aquellos pantalanes.

Echaron a andar cargando con sus pertenencias. Eran tan escasas que rechazaron el ofrecimiento de varios mozos de cuerda. Dejaron atrás el arrabal de la Ribeira y cruzaron la muralla por la puerta de Santa Catalina. Fray Gaspar se encaminó a su convento, que quedaba cerca, mientras Alonso y Lope se dirigieron a la rúa dos Confeiteiros, detrás de la Alfandega.

—Podéis quedaros conmigo hasta que encontréis la forma de viajar a Madrid. Como os he dicho, vivo con mi ama de llaves, Lucía, aunque pocas llaves tiene. Está muy mayor, apenas ve y vino conmigo a Lisboa desde Plasencia. Espero que Violante, la moza que contraté para ayudarla en las tareas de la casa, haya cuidado de ella en mi ausencia, como le encomendé.

La ceguera de la anciana había dado pasos de gigante en aquellos meses. Un presentimiento le había advertido de la llegada de su niño, por lo que Violante tuvo que acicalarla especialmente aquella mañana, más allá del cotidiano aseo.

—Hoy tendremos importantes novedades, Violante. Me lo dice el corazón, y ese nunca me ha engañado. Ni siquiera cuando el malandrín de mi Gerardo me la pegaba con las pelanduscas de la mancebía o se beneficiaba a la vecina del final de la calle donde vivíamos, y que le costó la vida porque el marido de la Leandra lo abrió en canal cuando los pilló en la cama. Me dejó viuda y acosada por las trampas porque, además de gustarle las putas, era

aficionado a darle al naipe. ¡Menos mal que mi señora doña María me acogió en su casa y puso fin a mis tribulaciones! Los Sandoval, como te he dicho en más de una ocasión, son gente de mucha alcurnia. El tío de mi niño es el confesor de su majestad. ¡Imagínate, confesor de Felipe II! ¡El rey se arrodilla ante él!

Los golpes de aldabón interrumpieron la conversación.

—Llaman a la puerta —dijo Violante.

—Ya lo he oído. ¡Estoy ciega, pero no sorda! Anda, ve a abrir. ¡Pero antes recógeme el moño!

Llamaron a la puerta otra vez.

—¡Contesta, Violante, contesta!

—¡Va! ¡Ya va!

El encuentro resultó emotivo. Lucía, que palpaba el rostro de Alonso, exclamó:

—¡Estáis hecho un esqueleto! ¿Habéis pasado hambre? Por aquí han corrido toda clase de rumores, ¡algunos terribles!

—Las cosas han sido muy complicadas, ama. Pero no tan malas como los ingleses se han encargado de divulgar.

—¡Esos herejes son mala gente! —Lope de Vega, que no había quitado la vista de Violante, tosió y alertó a Lucía—. ¿Habéis venido con alguien?

—Sí, me acompaña un amigo. ¡Es escritor!

—Nunca me ha gustado la gente de pluma, pero si es vuestro amigo…

—Se llama Lope de Vega. También iba embarcado en el galeón donde hemos estado estos meses.

—Bienvenido, don Lope.

—Señora… —Se acercó y, tomando su mano, depositó un beso en ella.

—¡Oooh! ¡Me ha llamado señora!

—Como os he dicho, es escritor…

—… y por lo que puedo comprobar, cortesano —completó Lucía —, aunque tampoco oléis demasiado bien. ¡Violante, prepara la tina! ¡Mi olfato me dice que estos caballeros necesitan una fregadura! No

podéis presentaros ante doña Leonor apestando como apestáis, y tampoco vuesa merced.

Violante calentó dos calderos de agua. El primero sirvió para remojar a Alonso y después a Lope. El segundo y un tercero que puso después al fuego, para lavarlos.

Alonso vistió su más fina camisa, su mejor jubón y sus más lujosos greguescos —todas aquellas prendas le quedaban grandes— y se dirigió al Palacio da Ribeira para entregar al virrey la carta que el marqués de Cerralbo le había encomendado. Mientras, Violante frotaba la espalda de Lope, que le había dicho que a él le resultaba muy difícil hacerlo. Allí, junto a la tina, cuya agua había tomado un color parduzco, tuvieron lugar los primeros escarceos entre el escritor y la moza, y que anunciaban algo más, dada la querencia del escritor para la seducción.

Una vez aseado, Violante le dijo dónde había una cerería.

—He de comprar cuatro cirios y cumplir una promesa.

Aquella misma tarde Lope acudió a una capilla que había a la espalda de la Alfandega y los encendió. Dos eran para la Virgen y otros dos para san Telmo.

En palacio, Alonso hubo de aguardar un buen rato hasta que fue recibido por el virrey. Aquello lo impacientó porque la tarde declinaba, y, si la obligación lo había llevado a posponer su visita a Leonor, su mayor deseo era, si tenía ocasión, estrecharla entre sus brazos. Don Alberto de Habsburgo lo recibió con palabras de agradecimiento, y en su presencia rompió los lacres y leyó aquel texto en que el gobernador de Galicia le informaba de lo acaecido en la ciudad, le comentaba las disposiciones que había tomado ante la posibilidad de que los ingleses aparecieran por aquellas costas y le aconsejaba estar prevenido.

—No anda desencaminado su excelencia cuando me dice que estemos alerta ante lo que pudiera ocurrir. Sus nuevas, que vienen a confirmar las que nos han llegado por otros conductos, son sabios consejos. Ahora no quiero entreteneros más porque sé que estáis impaciente por ver a alguien que os aguarda con tanta impaciencia como vos mostráis. —El virrey había tenido noticia de que el ingreso

de la hija de don Francisco de Mascarenhas estaba en suspenso—. ¿Sabéis si doña Leonor tiene noticia de vuestra llegada?

—Lo ignoro, excelencia. No he encontrado ocasión de mandarle recado.

—Marchad, pues, en buena hora, don Alonso.

El atardecer declinaba y pronto el crepúsculo anunciaría la entrada de la noche. Alonso apretó el paso para visitar a Leonor antes de que la puesta de sol fuera un hecho. No era de buena nota aparecer en una casa pasado el ocaso.

Cuando llegó, Mateus encendía los faroles que flanqueaban la puerta.

—Vos… vos sois… ¡don Alonso de Sandoval!

—¿Tanto he cambiado en estos meses?

—Disculpadme, señor, pero la poca luz… ¿Mi señora sabe que habéis vuelto?

—Nada le he dicho…

—¡Menuda va a ser la sorpresa! ¡Pasad, don Alonso, pasad y os anuncio!

—¿Está en la casa don Francisco?

—Sí, señor, y también doña Benedita.

Mateus acudió a la sala donde estaban Leonor, su tía y también su padre, que disfrutaba de una novela de caballerías, su lectura preferida. Ellas bisbiseaban las avemarías del rosario.

—Dispensadme, señor, pero tenéis visita.

Don Francisco miró el reloj y frunció el ceño.

—¿A estas horas y sin anunciarse?

Leonor y su tía interrumpieron el rezo.

—Se trata de don Alonso de Sandoval.

—¡Santo Dios! —exclamó Mascarenhas.

—¡Alonso! —Leonor no había podido ocultar su emoción. Se levantó y miró a su padre, quien asintió con la cabeza y cerró el libro. Se alegraba del regreso de don Alonso y de que su hija, muy mustia desde hacía semanas, hubiera tenido esa manifestación de júbilo.

Aquellas exclamaciones habían alertado a Antonia, que aparecía por el vestíbulo al tiempo que Leonor, seguida por su tía. Don Francisco prefirió permanecer sentado. Aunque se había entregado al convento el dinero de la dote, el incumplimiento de su promesa lo inquietaba, y algunos días estaba tan desasosegado que dudaba si obligar a su hija a entrar en religión. Tras los rumores que circularon por Lisboa acerca de la grave derrota sufrida por la armada, que afirmaban que la mayor parte de sus barcos habían ido a parar al fondo del mar, pensó que la muerte de don Alonso, que estaba lejos de desear, podría poner fin a aquella zozobra que le corroía las entrañas.

Cuando Leonor y Alonso se vieron hubo un momento de duda. Se detuvieron, mirándose. La presencia de Antonia, y sobre todo de doña Benedita, los coartaba… Pero esta los conminó:

—¡Abrazaos!

Aquella incitación escandalizó a la dueña, que se llevó una mano a la boca. Ellos no necesitaron una nueva invitación.

Se fundieron en un abrazo tan prolongado que la propia doña Benedita consideró que debía terminarse.

—¡Vamos, vamos! ¡Tiempo tendréis! Esto se toma con ahínco tal que parece que se gasta en poco tiempo. Ha de durar para toda la vida, y os aseguro que para muchos se hace demasiado larga. Además —añadió bajando la voz—, es conveniente que cumplimentéis a mi hermano.

Entraron en el salón y Alonso saludó:

—Don Francisco…

El padre de Leonor se levantó y le ofreció la mano.

—Me alegra volver a veros, don Alonso.

—Señor, también yo me alegro de poder saludaros.

Explicó que había llegado aquel mismo día y que también había regresado fray Gaspar. Durante un largo rato estuvo respondiendo preguntas y contando muchos de los avatares vividos. Doña Benedita le relató la visita a la astróloga y lo que había pronosticado.

—No se equivocó. El *San Juan* no ha vuelto a Lisboa.

Cuando Alonso se despidió era noche cerrada. A doña Benedita le extrañó que su hermano, tan cuidadoso con las formas, no lo hubiera invitado a sentarse a la mesa y compartir con ellos la cena. Aquello no le gustó, pero nada dijo para no empañar la alegría del momento. Leonor estaba tan feliz que no echó cuentas a aquel detalle.

Capítulo XLVI

A LA reunión de aquella mañana estaban convocados *lord* Burghley, *sir* Francis Walsingham y el *lord* canciller, *sir* Cristopher Hatton. Pasaba más de una hora de la fijada y los ministros aguardaban en la antecámara.

—Su majestad parece no tener prisa —comentó Burghley.

—Estará recuperándose de la agitada noche que ha tenido —respondió Walsingham, cuyos agentes también estaban en palacio.

—¿Qué es eso de agitada, *milord*? —preguntó *sir* Cristopher.

—La reina ya tiene quien sustituye a Leicester en la cama.

—¡Válgame el Cielo! ¡Si lo enterramos hace una semana!

Walsingham se encogió de hombros, como si se sacudiera aquella responsabilidad.

—Han visto salir al conde de Essex de la real alcoba, donde ha pasado toda la noche.

La conversación fue interrumpida por el chambelán, que apareció en aquel momento:

—Caballeros, la reina aguarda en su gabinete.

Isabel I estaba exultante, confirmando la afirmación de Walsingham.

—Majestad… —El *lord* canciller hizo una reverencia, seguida por las de Burghley y *sir* Francis.

—El sol que luce hoy en Londres es… espléndido —respondió la reina.

—Así es, mi señora, una mañana diáfana y soleada —corroboró el canciller.

—Os he convocado no para hablar del sol que hoy nos calienta, sino para conocer vuestra opinión acerca del que considero ha de ser nuestro próximo movimiento. Hemos de aprovechar la grave derrota sufrida por los españoles. Tenemos el Atlántico expedito, pues Felipe II se ha quedado sin barcos. Nuestra armada debería partir hacia las Azores y aguardar la llegada de la flota de Indias. Eso supondría llenar nuestras arcas y daríamos el golpe definitivo al Imperio español. La prontitud con que actuemos será la mejor garantía de nuestro éxito.

Las palabras de la reina encontraron un silencio que resultaba incómodo. Fue Walsingham quien tomó la palabra:

—Majestad, la armada española sufrió un severo correctivo, pero sabemos que una parte… importante de sus barcos ha logrado llegar a puerto. Están tan castigados que no pueden hacerse a la mar porque necesitan grandes reparaciones…

—¿Habéis dicho… una parte importante? ¿Qué significa eso?

—Mi señora, nuestra victoria ha sido total. Se ha evitado que su flota pudiera embarcar las tropas que aguardaban al otro lado del Canal. Pero no fueron hundidos tantos navíos como se ha dicho. Las noticias de algunos de mis confidentes así lo aseguran. Más de medio centenar de barcos han llegado al puerto de Santander.

—¡Esas no son las nuevas que se me dieron! —Isabel I había fruncido el ceño.

—Pero, majestad, la armada española no logró su objetivo. No pudieron poner pie en nuestra isla. Ese era su fin último.

—¡Se me aseguró que su flota había quedado destruida!

—Mi señora —intervino Burghley—, fue necesario presentarlo al pueblo de esa manera. Era lo que más convenía a los intereses de vuestra majestad, una gran victoria que apiñase al pueblo en torno a su reina y dejase claro que Dios había estado con nosotros y vuelto

la espalda a los papistas. Si me lo permitís, hemos hecho patria y asentado vuestro reinado.

Isabel I guardó silencio. El sonriente semblante que ofrecía cuando recibió a sus ministros había desaparecido. Temían que se desatase su cólera. Miró a Walsingham y le preguntó:

—Habéis dicho que los barcos de Felipe están dañados y que no pueden navegar. ¡Continuad!

—Sí, majestad. Necesitarán muchos meses para estar en condiciones de hacerse de nuevo a la mar. La mayor parte de ellos los están reparando en Santander.

—¿Eso dónde queda?

—En la costa norte, entre Francia y La Coruña.

—En ese caso, en lugar de en las Azores, les daremos el golpe de gracia en Santander.

—Mi señora, para que nuestra flota se ponga en movimiento se necesita dinero, mucho dinero —apuntó Burghley—. Los gastos que hemos hecho para enfrentarnos a los españoles han superado los cuatro millones de libras. Lamento deciros que las arcas del tesoro están vacías.

—¡Discurrid un plan sobre cómo golpearlos! ¡No os he llamado para que me amargarais el día! ¡Retiraos!

Dos semanas más tarde Burghley, que había coordinado los trabajos, mantenía un encuentro con Walsingham y Hatton. Tras recabar datos, tenía información sobre cómo se encontraban las cosas en aquel momento:

—Howard afirma que la situación de los soldados y las tripulaciones es lamentable. Haber mantenido la movilización cuando la enfermedad hizo su aparición ha causado estragos. Muchos de nuestros barcos también se encuentran en pésimas condiciones. Según algunas noticias, en Dover se entierran a diario hasta tres y cuatro docenas de hombres. En una de sus cartas me dice que… —Burghley buscó uno de los papeles que tenía sobre la mesa y se caló las antiparras— «la infección se está propagando con suma rapidez y los que enferman un día fallecen al siguiente». —Miró por encima de las lentes y prosiguió leyendo—: «Destrozaría el corazón de

cualquiera ver morir tan miserablemente a hombres que han servido con tanto valor». —Dejó la carta sobre la mesa y cogió otra—. Esta es de Hawkins y viene a narrar lo mismo: «Muchos hombres enferman a diario. No encuentro razón para que no se dejen los barcos anclados y se les despida. No albergo dudas acerca de que la flota española vaya a volver al ataque. Sus barcos quedaron tan castigados como están los nuestros, que se encuentran tan deteriorados que no pueden hacerse a la mar para acometer cualquier empresa sin ser reparados, sustituido el velamen y calafateados, y embarcados hombres de refresco porque en Dover, en Margate y en los Downs mueren a diario muchos, víctimas de la epidemia que padecemos».

Al tiempo que aquel conciliábulo tenía lugar, en Whitehall la reina recibía a don Antonio de Avís.

Isabel I, sentada en el trono, le ofreció su mano al portugués, que se la acercó a los labios sin llegar a besarla.

—Majestad…, siempre a vuestros pies.

—Es un placer recibiros, don Antonio.

—También para mí, y permitid que mis primeras palabras sean de felicitación por vuestra victoria sobre el usurpador de la corona de Portugal.

—Dios ha estado con nosotros y hemos dado un escarmiento al orgullo español.

—Majestad, sería posible que ese escarmiento fuese aún mayor.

La reina esbozó una leve sonrisa.

—Eso que decís, ¿cómo podría llevarse a cabo?

—Mi señora, como bien sabéis, mis derechos al trono de Portugal fueron conculcados por Felipe II. Logró apoderarse con la fuerza de su ejército, ahora quebrantado por las tropas de vuestra majestad, de lo que legítimamente me pertenece como nieto del rey don Manuel. Sabed que cuento con el apoyo de una parte importante de la nobleza y de casi la totalidad del clero y del pueblo lusitano. Con el soporte de vuestro ejército y vuestra flota, es el momento de aprovechar las dificultades por las que pasa el usurpador de mis derechos para asestarle el golpe definitivo.

—Esa empresa requiere de mucho esfuerzo y un importante desembolso por nuestra parte. ¿Qué ofrecéis a cambio?

—Majestad, antes de ello he de comunicaros que el sultán de Fez, Muley Ahmed, ha comprometido su ayuda para llevar a cabo este negocio. Distraerá una parte importante de las tropas enemigas con acciones en la costa mediterránea. Eso asegura nuestro éxito. —Don Antonio sacó de uno de sus bolsillos un pliego que iba a entregar al conde de Essex, que se mantenía de pie junto al estrado donde estaba la reina—. Y esta es nuestra propuesta…

—Leedla, don Antonio. Hacedlo vos mismo.

Se aclaró la garganta y dio lectura a su contenido:

—«Vuestra majestad aportará a la empresa una flota de ciento veinte barcos que llevarán a bordo, además de sus tripulaciones, quince mil soldados con sus equipamientos de guerra. A cambio de esa asistencia nos comprometemos a garantizar que, en un plazo no mayor a una semana, contado a partir de que la dicha armada llegue a Portugal, el reino se someterá a nuestra obediencia como me han prometido sus principales familias. Llegadas las tropas a Lisboa se pasará a cuchillo a todos los castellanos y a quienes hayan colaborado con ellos en estos años. Una vez en el trono daré a vuestra majestad, en el plazo de sesenta días, cinco millones de ducados de oro para compensar los gastos de la expedición. Asimismo, cada año se os facilitará la suma de trescientos mil ducados de oro. Dicha entrega se realizará en Londres o en el lugar que designéis. Añadid a todo ello que se otorgarán, una vez esté en Lisboa, doce pagas a todos los soldados bajo la condición de que no se hará daño a ningún portugués que nos haya sido fiel, ni se profanará ningún monasterio ni tampoco iglesia, ni se violentará a doncella ni dama alguna. Esta empresa establecerá una paz perpetua entre las dos coronas, ayudándose la una a la otra tantas veces como fuera necesario sin excusa de ningún género». —Don Antonio alzó la vista—. Este, majestad, es nuestro ofrecimiento.

—¿Eso es todo?

—Es mucho, mi señora.

—Sin duda, don Antonio, sin duda. Entregad ese pliego al conde y aguardad mi respuesta, que no se demorará.

—Majestad, esa es…

—Podéis retiraros, don Antonio.

Essex, que había cogido el escrito, extendió el brazo indicando la puerta a quien había sido prior de la encomienda de Crato.

Aquella misma tarde Isabel I reunía a su gabinete. Indicó a Burghley que leyera la propuesta de don Antonio de Avís y después preguntó:

—¿Cuál es vuestra opinión?

—Majestad —respondió Walsingham—, es generosa en cuanto al dinero que está dispuesto a satisfacer, pero ¿qué garantías tenemos de que, llegado el caso, podrá hacerlo efectivo? Si ese negocio se pone en marcha deberá serlo porque asestemos un serio golpe al Imperio y la hegemonía españoles. Por otro lado, no sé hasta dónde la fidelidad de los portugueses hacia la persona de don Antonio es tan grande como se asegura en ese papel. Las Cortes del reino, donde está representada la nobleza, el clero y las ciudades, eligieron rey a don Felipe.

La reina miró a Burghley.

—*Sir* William…

—Mi señora, me sumo a lo que acaba de decir *lord* Walsingham. Echo de menos en este ofrecimiento algo que nos resultaría más beneficioso.

—¿A qué os referís?

—A ejercer libremente el comercio en sus dominios de ultramar y permitírsenos asentarnos en Brasil. También poder disponer del puerto de Lisboa en caso de que nos fuera necesario y contar con algún otro punto manteniendo una guarnición con tropas nuestras.

—Esas peticiones me parecen excesivas —intervino el *lord* canciller.

—Siempre tendremos la opción de reducir alguna —replicó Burghley.

—Concretadlo todo y no lo demoréis. Ah, *sir* Francis, dadme toda la información que tengamos de Berbería. Debemos saber si el sultán cerraría una alianza con nosotros para este asunto. Podéis retiraros.

Lo que Idiáquez le había comunicado hizo que Felipe II se pusiera en pie y se asomase a la ventana que daba a aquel patio interior. Cuando se volvió dijo al secretario:

—Don Bernardino no suele exagerar. Eso significa que todo ha de hacerse con la mayor rapidez. Si los ingleses nos atacan…

Aquella misma tarde el rey había pedido relación de cómo se encontraban los barcos y cuáles eran las necesidades para dejarlos en condiciones de navegar. Recibidos los informes encargó la supervisión de los trabajos al proveedor Bernabé de Pedroso, quien inició de forma inmediata su labor.

En Santander, además de los calafates y los carpinteros de ribera que allí había, llegaron procedentes del señorío de Vizcaya más de medio centenar, a los que se sumaron otros venidos de Laredo y de San Vicente de la Barquera. Los grandes navíos se llevaron a los astilleros de Guarnizo, y las zabras y los pataches se reparaban en la playa de la Magdalena. Se habían instalado veinte sierras para trabajar la madera traída de San Sebastián.

—Esa cantidad no será suficiente. Es mucha la tablazón que ha de renovarse —decía Pedroso al capataz—. ¿No se va a traer más de estos montes?

—Sí, señor, pero no se cortará hasta que tengamos luna menguante en el mes de noviembre.

—Eso retrasará demasiado los trabajos.

—Se puede traer de Asturias. Allí tienen buena madera y estará lo suficientemente seca.

—Me encargaré de ello.

—También necesitaremos más lonas.

—¡Se han comprado mil piezas! ¡Aquí no se encontrarán muchas más!

—Es necesario reponer el velamen de todos los barcos. Harán falta otras mil piezas más.

Pedroso dejó escapar un suspiro. Cada día que pasaba aumentaba el costo que se había calculado inicialmente.

—Enviaré recado a Béjar para que traigan toda la lona que allí tengan, y buscaremos también en Bilbao.

—No olvidéis los mástiles y los palos para las arboladuras. Aquí no se encuentran los mayores.

—Están pedidos a Andalucía. Se ha fletado un barco para ello. El otro día me dijisteis que el cáñamo está por las nubes.

—Sí, señor, piden cien reales por un quintal.

—¡Qué barbaridad!

—Hay quien quiere aprovecharse. Hasta hace poco se compraba por sesenta reales y además venía encordado y embreado.

—Habrá que buscarlo en otro sitio.

—Sé de un maestro cordelero con taller en Rentería que podría ofrecerlo a un precio más asequible —informó el capataz.

—La brea y el alquitrán llegarán en pocos días. Hemos conseguido resina de los pinares de Valsaín y de varios lugares de Ávila. Llegará lista para usarla.

Nunca en Santander, pese a la tradición marinera de la villa, se habían visto tantos calafates ni tantos carpinteros de ribera. El dinero fluía con mucha facilidad porque la flota de Indias, que había llegado a Sevilla a primeros de septiembre, traía en sus bodegas más de doce mil arrobas de plata y trescientas cincuenta de oro. El quinto pertenecía a la corona y las cecas de Sevilla habían comenzado a amonedar aquella fortuna de la que, no obstante, había que detraer importantes sumas para pagar a los banqueros préstamos y réditos.

El duque de Medina Sidonia, con los cuidados recibidos, había mejorado notablemente, como muchos enfermos. Pero recibió un duro golpe con la carta que le llegaba entrado el mes de octubre, donde el rey le agradecía los servicios prestados y le decía que se retirase a sus estados para reponerse de forma adecuada.

—Su majestad, a quien he servido como mejor me ha sido posible y a quien en su día dije que no era el más indicado para ejercer de capitán general de la armada, dado que era lego en las

cosas de la mar, me indica que me retire a mis dominios, sin ninguna otra consideración —comentaba al capitán Venegas y a don Diego de Valdés.

—Excelencia, el rey nuestro señor desea que allí recibáis los mejores cuidados y atenciones.

—Don Diego, vos, que sois hombre de larga experiencia, sabéis que su majestad me está diciendo que no aparezca por la corte. Lo que he de agradecer es que me lo comunique de la forma en que lo hace. Su carta habría sido muy diferente si hubiéramos regresado de otra manera.

—Señor —dijo el capitán Venegas tras dar un sorbo al vino de su vaso—, he sido testigo de vuestra actuación, en todo momento la que cabía esperar de vuestra excelencia. Habéis combatido con honor, nada se os puede reprochar. Acudisteis a los lugares de mayor peligro y nunca abandonasteis a nadie. No son todos los que pueden decir lo mismo. Habéis hecho gala de una gran honradez pidiendo consejo a quienes tenían mayor experiencia que vos en asuntos de la mar, y cumplisteis las instrucciones que su majestad os dio. Vuestra excelencia no es culpable de nada de lo ocurrido. Es más, vuestro valor ha permitido que se haya salvado gran parte de la armada.

Medina Sidonia soltó un suspiro y dio un trago a su vino siguiendo las recomendaciones del médico, que le había prescrito un cuarto de azumbre diario porque ayudaba a hacer sangre, fortalecía el cuerpo y mejoraba la salud.

—Sabe Dios que no quise esta carga sobre mis hombros, como sabe igualmente que he procurado desempeñarla lo mejor que he podido.

Capítulo XLVII

DON BERNARDINO de Mendoza tomó la pluma. Aquella noticia tenía que llegar cuanto antes a Felipe II. La carta de *David* que acababa de desencriptar confirmaba lo que el embajador inglés en París, *mister* Stafford, le había comentado dos días antes. En Londres se estaba preparando un contraataque. Lo que se sabía era un tanto confuso: no quedaba claro si el objetivo era Lisboa, destruir los barcos que hubiera en la Ribeira das Naos y saquear la ciudad, o apoderarse de ella y proclamar rey a don Antonio. Se decía que, de ser cierto esto último y los ingleses alcanzaban su objetivo, Portugal se convertiría en un satélite de Inglaterra y en una plataforma para atacar los intereses ultramarinos de la monarquía hispánica. Stafford le decía que se negociaba una alianza con el sultán de Fez para atacar simultáneamente. Por último, y era *David* quien informaba de ello, en Londres se consideraba la posibilidad de atacar Santander primero y La Coruña después porque, según las nuevas que se tenían, era en esos puertos donde estaba la mayor parte de los barcos de la armada y se trabajaba, sin descanso, para dejarlos en condiciones de navegar y combatir en el menor tiempo posible.

> *… sepa Vuestra Majestad que este cúmulo de noticias me tiene confundido porque todas no pueden ser verdad, si bien Vuestra Majestad ha de estar informado de todas ellas para que disponga cuáles son las medidas más convenientes por si*

llega a ponerse en marcha alguno de estos planes. También puedo decir a Vuestra Majestad que la flota inglesa necesita de importantes reparaciones, dado el daño que recibieron muchos de sus barcos. Necesitarán tiempo para dejarlos en condiciones de hacerse a la mar. Ha llegado a mi conocimiento que una epidemia afecta a sus tripulaciones y soldados, por lo que se verán obligados a reclutar nuevos hombres para llevar a cabo alguna de las operaciones señaladas.

Es todo lo que, por el momento, he de comunicar a Vuestra Majestad, a cuyos pies me pongo.

Don Bernardino de Mendoza

La información recibida por don Bernardino también había llegado a Lisboa, y los partidarios de don Antonio le añadían detalles. En A Casa dos Passarinhos se hablaba de ello con mucha pasión:

—¡Ha llegado la hora! —proclamaba Couto, entusiasmado.

—¿Qué hora? —preguntó don Bastián con cierta sorna.

—¡La de los buenos portugueses! ¡La de echar a los castellanos!

—Vamos, don Diogo, vamos… Los rumores de hace algunas semanas se han desinflado.

—¿Qué rumores?

—Los de que los barcos de su majestad estaban en el fondo del mar. Era una mentira interesada.

—¿Mentira, decís? ¡No pudieron poner pie en Inglaterra! ¡Se quedaron con tres cuartas de narices!

—Eso es cierto, pero buena parte de los navíos que vimos partir, sobre todo los grandes galeones de guerra, han llegado a puerto.

—¡Tampoco es cierto! Un comerciante flamenco, de Brujas para más señas, que vino a cargar la lana, me dijo que el *San Mateo* y el *San Felipe* quedaron varados en la playa y que los ingleses los saquearon a placer.

—Como dice don Bastián —intervino Farinhas—, la mayor parte de los galeones están en Santander. La derrota de la que tanto se ha hablado no ha sido tal.

—No hubo derrota o, al menos, no como se ha dicho —comentó Pereira, que acababa de decir misa y se había acercado a la posada —, pero los ingleses preparan su venganza.

Don Bastián se limpió el vino de las barbas y lo miró sorprendido.

—¿Dónde ha oído vuestra paternidad tal cosa?

Pereira dio un sorbo a su jarrilla, como si tratase de ganar tiempo para armar una respuesta. Se había ido de la lengua y ahora se arrepentía.

—En el Rossio lo comentaba un caballero de Cristo con dos capuchinos. Es persona de mucho crédito. No habla de oídas ni hace comentarios vanos.

—¿Qué clase de venganza?

—Los ingleses preparan una armada tan grande o incluso mayor que la que de aquí partió en primavera, y vendrán a Lisboa.

—¡Lo sabía! —exclamó Couto—. ¡Posadero, más vino! ¡Rellenad las jarras! ¡Corre de mi cuenta!

—¿Qué más decía ese… caballero? —Don Bastián sospechaba que la información de Pereira había llegado por otro lado.

—Que en esa flota viene don Antonio. Los ingleses apoyan sus deseos de convertirse en rey…

—¿Qué le exigen a cambio? —lo interrumpió don Bastián.

—Eso no lo dijo.

—¡Da igual lo que tenga que entregarles! ¡Lo importante es echar al *Espanhol*! —saltó Couto.

—¡No se puede aspirar a ser rey a cualquier precio! —replicó don Bastián—. Don Antonio, que huyó en Alcántara, ha demostrado que para él el honor es una bagatela. Ofreció Brasil a Catalina de Médicis a cambio de su ayuda, pero la cosa naufragó en la Terceira. Los franceses quedaron tan escarmentados que se desentendieron de sus ansias de ser rey. Por eso está pordioseando en Londres la ayuda de aquel reino. Si todo eso que decís es cierto —añadió

mirando a Pereira—, habrá que ver lo que ha prometido a esos herejes.

Las campanas de los templos de La Coruña no dejaban de sonar: tocaban a difunto desde que habían llegado los primeros barcos de la Gran Armada. Muchos de los enfermos que habían sido acogidos entregaban su alma a Dios pese a los cuidados que se les dispensaban.

En una alcoba de la casa del oidor don Juan de Otalora, Recalde, agotado por el tifus que roía las últimas fuerzas que le quedaban, había pedido recado de escribir. Con mucha dificultad —lo incorporaron sobre unos grandes almohadones para que pudiera garabatear unas líneas— compuso una carta a Idiáquez, donde le decía que estaba en la antesala de la muerte:

… Sé que me queda poco para comparecer ante Nuestro Señor, si es que Él no dispone otra cosa. Quiero en esta hora encomendaros a mi esposa e hijos para que reciban el dinero que me adeuda la Real Hacienda. No se me ha pagado ni por el monto de mi oficio ni por los gajes que lo acompañan desde hace más de diez años. Es suma importante con la que se podrá hacer frente a mis deudas y dejar un honesto pasar a mi esposa, que queda desamparada, al igual que mis hijos.

Es por ello por lo que me veo sin dinero para pagar mi entierro ni para que mis restos se trasladen, como es mi deseo, a la iglesia de San Antón, en la villa de Bilbao. Ruego a vuesa merced traslade a Su Majestad mi necesidad, así como que mi ánimo y mi seso fueron siempre el servirlo allí donde se me ordenase, que no fue siempre el lugar donde podía ser de mayor utilidad a sus intereses y de acuerdo con mis merecimientos.

Pongo fin a estas líneas pidiendo disculpas a vuesa merced por la encomienda que le hago y por la mala letra de este papel, porque mi mano no deja de temblar. Lo que no

consiguieron los enemigos hace realidad esta maldita enfermedad que me lleva al sepulcro.

En La Coruña, hoy que se cuentan veintidós días del mes de octubre del año del nacimiento de Nuestro Señor de mil y quinientos ochenta y ocho.

Juan Martínez de Recalde

La llegada del franciscano que iba a oírlo en confesión llevó a que el capitán Santurce y las criadas que lo acompañaban abandonasen la alcoba.

Cuando el sacerdote salió tenía los ojos enrojecidos.

—¿Ha descargado don Juan su conciencia?

—No ha necesitado mucho tiempo… y lo ha hecho bien. Es hombre de mucha valía. A veces, Dios se lleva a los mejores.

Santurce lo veló toda la noche. Cuando amaneció el veintitrés de octubre, el marino agonizaba. Su último gesto, a eso de las diez de la mañana, fue apretar la mano del capitán.

En la casa del oidor se produjo un gran revuelo. Otalora mandó recado de su fallecimiento y hablaba con Santurce mientras el almirante era amortajado con un jubón donde lucía la cruz de Santiago, por ser caballero de dicha orden.

—No pudo ver cumplido su anhelo, como pidió a su majestad, de haber mandado la Gran Armada —comentó Otalora.

—Si hubiera sido así, tal vez otro gallo nos hubiera cantado. Aunque… eso sólo Dios lo sabe.

Las campanas de la parroquial empezaron a doblar. Muy pronto se sumaron las del convento de San Francisco, adonde se llevaría el cadáver para celebrar el funeral. Caía una fina lluvia desde la víspera que no había permitido salir a pescar ni trabajar en la reparación de los barcos.

Aquella tarde quedó instalado ante el presbiterio de la iglesia monacal un túmulo sobre el que se dispuso el cadáver. El templo permaneció abierto toda la noche y Recalde fue velado por

numerosos hombres que habían servido a sus órdenes. Largas filas de marineros, soldados y vecinos de La Coruña desfilaron ante el difunto. Muchos habían viajado a bordo del *San Juan* y sorteado los graves peligros vividos durante aquellas difíciles semanas, que el conocimiento y la pericia del almirante lograron solventar para llevarlos a puerto.

Al día siguiente, el funeral fue oficiado por el guardián del convento y presidido por el marqués de Cerralbo, a quien acompañaban el oidor Otalora y el capitán Santurce. Estaban casi todos los oidores de la Real Audiencia, los capitanes de las compañías que estaban acantonadas en la ciudad. Representantes del clero, también de la nobleza local y, en gran número, soldados marineros y muchos coruñeses. Eran tantos que no habían cabido en el templo y se apiñaban en la calle.

El guardián, en su sermón fúnebre, hizo un panegírico del almirante refiriéndose a él como un hombre que había hecho del honor su divisa, como un marino sin igual y como un soldado ejemplar que dedicó su vida a la defensa de la religión y al servicio de su majestad.

Fue enterrado en la cripta del convento, pero al día siguiente el capitán Santurce visitó al guardián de los franciscanos:

—Paternidad, su voluntad era reposar en la iglesia de San Antón, en Bilbao.

—Habrá de sacarse de la cripta, y para un traslado tan largo hará falta una caja mortuoria que quede convenientemente sellada. ¿Sois consciente de que se necesitarán muchos ducados? Os lo digo porque el almirante no tenía blanca… Su excelencia el señor marqués ha pagado los gastos del funeral. Habréis de recurrir a él.

—No será necesario.

Al guardián lo sorprendieron aquellas palabras, pero nada dijo.

El capitán, que se protegía de la fina pero persistente lluvia con un tabardo engrasado, encaminó sus pasos hacia la Pescadería. Llegó hasta una casona de dos plantas, la mayor construcción no religiosa de aquel populoso barrio de pescadores y artesanos, a la que llamaban La Bola. En ella se servían comidas y podía

encontrarse alojamiento. También era un garito donde cada día, a la caída de la tarde, se organizaban grandes timbas de naipes, se jugaba a los dados y se fornicaba con las mozas que allí tenían su asiento. Las autoridades hacían la vista gorda.

Alrededor de la primera de las mesas se acomodaban unos carpinteros de ribera que daban cuenta de un guiso de garbanzos con bacalao. La lluvia los había dejado aquel día sin trabajo y recalaron allí. Más al fondo, cerca de una enorme chimenea donde crepitaban los leños, había varias mesas en torno a las cuales se sentaban marineros y soldados. Muchos de ellos habían servido en el *San Juan* y se encontraban alojados allí. Bebían vino caliente y especiado para combatir el frío. Más que hablar, los soldados gritaban, y recibieron a otros que acababan de entrar y a los que la lluvia había calado. Pidieron bebida y se acercaron a la chimenea.

—¡Unas tazas de vino especiado! ¡Hay que calentar las tripas!

El capitán Santurce observó el panorama y se acercó a ellos —muchos lo conocían y lo respetaban porque nunca desdeñaba el peligro—. Los gritos disminuyeron hasta hacerse un silencio sólo roto por algunos murmullos. Algo que en un lugar como aquel resultaba llamativo, tanto como que un capitán se dejase caer por allí. Incluso los calafates y carpinteros callaron, sorprendidos.

—He venido porque necesito la ayuda de vuesas mercedes. —Santurce tenía la voz ronca y autoritaria.

—Decid, señor capitán.

—El almirante Recalde, poco antes de morir, me dijo que su deseo era ser enterrado en Bilbao, donde nació. Llevar su cuerpo hasta allí cuesta mucho dinero, algo de lo que no disponía porque nada tenía. Considero un deber sagrado cumplir con su voluntad y empeñé mi palabra en que allí sería donde descansaría definitivamente. Por eso… necesito vuestro favor.

—¿Qué clase de favor, mi capitán? —El soldado se había puesto en pie.

—El que me permita reunir los ducados para cumplir su voluntad.

—¿Cuánto hace falta? —preguntó otro.

—No lo sé, pero habrá que encargar un nuevo ataúd forrado de plomo por dentro, sacarlo de la cripta de San Francisco, llevarlo al puerto, fletar un barco y algunos dineros más para desembarcarlo en Bilbao y pagar unas nuevas exequias.

Los murmullos ganaron en intensidad. Los hombres hablaban en voz baja mientras Santurce esperaba una respuesta.

—Mi capitán, alguno de esos gastos podría ahorrarse. —Quien se dirigía a él era un cabo con unos descomunales mostachos, el pelo muy corto y una cicatriz en la sien derecha—. Nosotros lo llevaremos a puerto sobre nuestros hombros. Será un honor. En cuanto a lo demás, cuantificadlo.

Sonó con fuerza una voz que provenía del fondo, donde se hallaban un par de hombres acompañados por sendas mozas.

—Capitán, disculpad por entrometerme en vuestro asunto, pero creo que puedo ayudar. Soy propietario de la *Santísima Trinidad*, una nao de tres palos que está fondeada en la bahía. Salimos para Bilbao en cuanto tengamos completada y estibada la carga…; en cuatro o cinco días, a lo sumo una semana. —Se había levantado y se acercaba a Santurce—. Si el almirante Recalde deseaba descansar en Bilbao, lo llevaremos a bordo.

—¿Cuánto queréis?

—Nada, señor. La *Santísima Trinidad* estuvo en la batalla de la Terceira y luego bajo el mando de don Juan en la expedición que se hizo a Irlanda para reconocer aquellas costas y calibrar las posibilidades de ayudar a sus gentes contra los herejes. Mis pecados son muchos y grandes, pero no soy un miserable, y lo sería si os pidiera dinero por llevar su cuerpo a bordo. ¡Será un honor poder contribuir a que se cumpla su última voluntad!

La Bola se llenó de exclamaciones de apoyo y gritos de alegría.

—¡Nosotros pagaremos lo que cueste ese nuevo ataúd! —afirmó el cabo, y dirigiéndose a soldados y marineros les preguntó—: ¿Estamos de acuerdo?

Los hombres respondieron golpeando con sus jarras sobre la mesa. Era su forma de decir que sí.

—¡Ahí va el medio ducado que iba a gastarme esta noche con la *Malagueña*! —exclamó uno de los soldados poniéndose en pie—. ¡Echaré de menos lo que tiene entre los muslos y sus tetas, pero me ahorraré guardar turno! —Se quitó el bonete y echó el dinero en él —. ¡Vamos, esculcad bolsas y faltriqueras!

Todos buscaban en sus bolsillos. Hubo quien echó un ducado. Cuando contaron se habían recogido doce ducados, seis reales y ocho maravedíes.

La noticia se extendió a lo largo de la jornada y muchos otros marineros y soldados aportaron las pequeñas cantidades que les permitían sus escasos medios. Se dispuso el ataúd y el marqués de Cerralbo, al tener noticia de aquello, dijo que pondría todo lo que faltaba.

—Lo siento, excelencia —le dijo Santurce—, pero quienes estuvieron bajo sus órdenes ya pagaron todos los gastos.

—En ese caso la despedida será la que le corresponde. Se le rendirán los honores que son obligados a un hombre con sus méritos.

La víspera del Día de Todos los Santos varias docenas de soldados y marineros, que habían sido elegidos por sorteo metiendo cedulillas con los nombres en un gran cántaro, de donde fueron sacadas por la mano de un niño, se encargaron de llevar el ataúd sobre sus hombros. Se harían tres relevos desde el convento hasta la playa, donde sería subido a un bote para llevarlo a la *Santísima Trinidad.*

Cuando el féretro salía de la iglesia, las campanas de San Francisco iniciaron un doblar que fue seguido por todos los bronces de los templos coruñeses. La gente, pese a la llovizna que no cesaba, se apiñaba a lo largo del recorrido. Los hombres se destocaban a su paso. El silencio era total, sólo roto por los graznidos de las gaviotas. Tras el ataúd, cubierto de bayetas negras, dos tambores enlutados marcaban el paso de la comitiva que encabezaba el marqués de Cerralbo, a quien acompañaban varios clérigos, revestidos con capas pluviales, los oidores de la Real Audiencia y el capitán Santurce. A aquel cortejo se sumaban quienes

lo iban viendo pasar. En la playa de la Pescadería se agolpaba una muchedumbre, y junto al embarcadero donde aguardaba el bote, una veintena de arcabuceros con las mechas prendidas y las armas preparadas esperaban para rendirle honores.

Cuando llegó el féretro, un oficial impartió órdenes:

—¡Apresten armas!

Los arcabuceros apuntaron al cielo.

—¡Fuego!

Las mechas prendieron la pólvora y el estruendo de los disparos se oyó en las localidades próximas y dispersó las gaviotas que sobrevolaban la playa. Luego el vicario rezó una plegaria y aspergió el féretro con agua bendita antes de ser embarcado para subirlo a la *Santísima Trinidad.*

La nao, con el capitán Santurce a bordo, largó velas, levó anclas y salió de la bahía a mar abierto. La fuerte brisa, que soplaba de poniente, la impulsaba hacia el noroeste.

Cerralbo comentó con el oidor Otalora y el guardián de los franciscanos:

—El almirante ha tenido la despedida que merece quien ha servido a su rey y a su patria como él lo ha hecho.

—Cierto, excelencia, pero no somos muy dados a rendir honores a quienes son dignos de ellos, y si lo hacemos, es cuando han dejado este mundo. Su majestad debería haberle encomendado el mando de la Gran Armada. Tal vez las cosas hubieran discurrido de modo diferente. Le sobraban méritos y conocimientos, pero a los ojos del rey no tenía ascendientes para ocupar tal cargo.

Capítulo XLVIII

DRAKE había acudido al palacio de Whitehall y la soberana lo recibió con una puntualidad que no era habitual en ella. La acompañaban *lord* Burghley y Walsingham, además de dos secretarios y un amanuense, por si era necesario escribir algo. Isabel I quería saber lo que se había hablado con el portugués para considerar cuáles serían los términos finales con los que se cerraría el acuerdo que negociaban.

—Majestad —besó la mano de la reina.

—*Sir* Francis, es un placer recibiros. No dispongo de todo el tiempo que me gustaría, así que id directamente al asunto.

—Seré breve, majestad. Don Antonio está deseoso de llegar a un acuerdo y dispuesto a pagar un precio que incluso me ha parecido oneroso.

—¿Seguisteis mis instrucciones?

—Al pie de la letra, mi señora.

—Contadme.

—Acepta que podamos comerciar libremente con Brasil, incluso cedernos una parte de aquel territorio…

—¿Qué parte?

—No la hemos concretado, majestad.

—¿Estáis seguro de que don Antonio aceptaría que controlásemos una parte de Brasil? —La reina dudaba.

—Con toda seguridad, majestad —respondió Drake—. Su anhelo por verse en el trono es muy grande. Para ello ya ha cerrado un acuerdo con el sultán de Fez, que le ofrece su ayuda para llevar a buen puerto esta empresa.

La reina preguntó a Walsingham:

—¿Qué información tenéis sobre ese asunto?

—Mi señora, el sultán está en la mejor disposición. Don Antonio ha enviado a su hijo a Fez como garantía de que le entregará las plazas de Ceuta y Tánger a cambio de su asistencia.

—Me cuesta trabajo creer que esté dispuesto a renunciar a todo eso.

—Majestad —intervino Drake—, quizá se podrán conseguir más prebendas, pero eso quedaría en vuestras manos. Don Antonio vive tan obsesionado con hacerse con el trono que estaría dispuesto a… a cualquier cosa. Considero que también es mi obligación deciros que nuestras mayores dificultades no están en el arreglo que alcancemos con él ni en la participación del moro, sino en organizar una armada para acometer ese negocio.

—¡La armada está disponible! —replicó la reina, poniéndose en pie.

Drake miró a Walsingham y Burghley.

—Mi señora, no contamos con hombres suficientes —respondió, sin querer aludir a la situación en que se encontraban muchos barcos.

—¡No tenía conocimiento de tal cosa! —lo interrumpió la soberana.

—Es necesario enrolar hombres para completar las tripulaciones. Cuando salí de Plymouth, cada día se enterraban diez o doce.

Isabel I se puso en pie y miró a sus ministros.

—¡No sabía que la situación hubiera llegado a esos extremos! —Su antes risueño semblante, que había desbordado satisfacción al tener noticia de hasta dónde era capaz de llegar don Antonio de Avís, ahora se había endurecido—. ¡Los españoles tendrán tiempo sobrado para reparar sus barcos! —La reina se sentó de nuevo. Su

silencio podía ser el anuncio de una tormenta, como bien sabían sus consejeros y el propio Drake.

Burghley buscó acabar con el mutismo:

—Majestad, la situación que describe el almirante no nos parece tan grave como la ha pintado.

—¡¿Pone *milord* en duda mi palabra?! —Drake no toleraba ser cuestionado ante la soberana.

—En absoluto, *sir* Francis, en absoluto. Pero deseo que su majestad sepa que, habiendo necesidad de hombres, incluso de nuevos barcos…

—¡Basta! —Isabel I había alzado la voz—. ¡Las arcas del tesoro están exhaustas! ¡Fuisteis vos quien me dijo que los gastos han sido más de cuatro millones de libras! ¡No hay de dónde sacar más dinero!

—Majestad —intervino Drake—, *sir* John Norris y yo hemos trazado un plan que, si cuenta con vuestra aprobación…

—¡Hablad!

—Mi señora, esta empresa podría ser financiada por particulares si se planteara como un negocio del que pueden obtener grandes ganancias.

—Humm…, proseguid, *sir* Francis.

—Si don Antonio ofrece cinco millones de ducados, podrían considerarse como beneficio para los inversores. *Sir* John y yo nos encargaríamos de encontrar a quienes estén dispuestos a costear como armadores una flota tan grande como se necesite. Se plantearía como una expedición cuyo principal propósito es obtener un cuantioso botín…

—¡Lo más importante es asestar el golpe final a los españoles! ¡Atacar Santander! ¡Incendiar ese puerto y destruir sus barcos! ¡Hacer lo mismo en La Coruña, donde también se están reparando!

—Majestad, esos serían los primeros objetivos, pero no los únicos. Una vez destruidas sus naves entraríamos en Lisboa y don Antonio sería proclamado rey. Logrado esto, nos haríamos con las Azores y allí aguardaríamos la llegada de la flota de Indias. Nos apoderaríamos de sus tesoros y sería el final del imperio de Felipe II.

Walsingham y Burghley escuchaban atónitos la propuesta de Drake, aunque no debería sorprenderlos. Quien ahora tenía el título de *sir* había demostrado ser habilidoso en acciones de aquel tipo. Su historial de ataques a ciudades, saqueos y robo de las riquezas de los barcos que asaltaba era difícilmente superable.

La reina no había perdido detalle.

—Ante una empresa de esas características, ¿cuál sería la participación de la Corona?

—Mi señora, más allá de privar a España de Portugal y de todas sus posesiones de ultramar, de establecer bases en Portugal y en Brasil y de acabar con el poder naval de nuestro mayor enemigo, que se encontraría en serias dificultades para mantener sus territorios al otro lado del Atlántico, vuestra majestad podría intervenir en la formación de esa armada con un determinado número de galeones de guerra que no requieran grandes reparaciones, por lo que la flota podría estar preparada en poco tiempo.

—¿A qué llamáis poco tiempo?

—Disponer de más de un centenar de barcos, con sus tripulaciones y tropas, sería cosa de tres o cuatro meses. Para febrero, a más tardar en marzo, estaría en condiciones de zarpar. No creo que en ese plazo los españoles hayan podido reparar sus navíos.

La reina calibró las posibilidades del plan. Lo esbozado por Drake no era ninguna locura, y la consecuencia podía ser, si todo salía como lo proponía, el colapso del imperio de Felipe II.

—Aportaré a esa expedición seis galeones. Vos, *sir* Francis, estaréis al mando de la flota. *Sir* John capitaneará el ejército. Tenéis mi autorización para ponerlo todo en marcha. Vos —añadió mirando a Walsingham— os encargaréis de cerrar los detalles de un acuerdo con el sultán de Fez, y vos, Burghley, como *lord* tesorero, reuníos con don Antonio y ultimad todo lo concerniente al dinero que ha de poner a nuestra disposición.

—Podríamos conseguir que nos entregara una suma importante a modo de… anticipo —indicó Walsingham.

Isabel I frunció el ceño.

—¿Está en condiciones de hacerlo?

—Majestad, he podido saber que tiene en su poder las joyas de la Corona de Portugal. Ha pignorado algunas piezas menores a un platero de Whitehall, y ha tasado alguna de las piezas mayores en doscientas mil libras.

—¿Hay algo que se escape a vuestro ojo?

—Mi señora, la información es más valiosa que el oro, y toda la que poseo está a vuestro servicio.

Las iglesias de Lisboa estaban llenas de fieles desde las primeras horas de la mañana. La celebración del Día de los Difuntos revestía aquella fecha de un significado especial. En las capillas se decía una misa tras otra por el alma de los fallecidos de la familia que pagaba el óbolo cobrado por el oficiante. Muchos sacerdotes encadenaban hasta cinco y seis ceremonias aquella mañana. Desde que abrían sus puertas, en las cererías se formaban largas colas para comprar velas, que se llevaban a los templos en cuyas criptas reposaban los restos de los familiares. En las chimeneas de muchas casas, la víspera se habían quemado ramas de tejo y preparado unos pasteles llamados el Pão por Deus, que los niños pedían de puerta en puerta:

—*Você me dá um bolinho*?

Los Mascarenhas acudieron como siempre a los dominicos. Los acompañaban Antonia y toda la servidumbre de la casa, y aquel año también Alonso de Sandoval y Lope de Vega, quien no parecía tener prisa por irse a Madrid, retenido por los encantos de Violante, con la que compartía alcoba y vivía noches apasionadas según deducía Alonso de los gemidos y otros ruidos que salían de ella.

La iglesia de Santo Domingo estaba abarrotada y había tantos cirios encendidos que todo resplandecía. Parecía un ascua incandescente. Los asistentes prendieron sus velas y aguardaron a que fray Gaspar oficiara la misa. A Lope le llamó la atención la solemnidad del dominico después de haber compartido con él tantos momentos, algunos particularmente difíciles, en los que sólo lo había visto como a un hombre.

Cuando terminó la ceremonia, los Mascarenhas permanecieron en la iglesia rezando el rosario y unas letanías por las almas de sus difuntos. Eso permitió a fray Gaspar desprenderse de los ornamentos y acompañarlos en sus oraciones. Luego departieron junto al cancel donde muchos otros se saludaban y comentaban algunas cuestiones.

En ese momento entró a la iglesia un sujeto enteco y larguirucho cuya cabeza sobresalía sobre las de los demás. Se quitó el bonete y miraba en todas direcciones como si buscara algo. Cuando vio a los Mascarenhas se acercó a don Francisco:

—Señor, disculpad que os aborde de esta manera, pero os traigo recado de su alteza. El virrey me ha dicho que es… muy urgente que acudáis a palacio, y que os acompañe.

Mascarenhas había torcido el gesto. Aquello se salía de lo habitual.

—¿Tenéis alguna carta?

—No, la orden de buscaros me la ha dado de viva voz.

—¿Una cédula que os acredite?

—Tampoco, señor.

Don Francisco dudaba. No conocía a aquel sujeto y el procedimiento resultaba impropio. El virrey era persona muy protocolaria. Podía tratarse de un engaño, o tal vez hubiera ocurrido algo tan grave que se habían olvidado las formas.

En aquel momento sonaron en la calle varios disparos y unos gritos:

—¡Viva la casa de Avís! ¡Viva don Antonio!

El larguirucho sacó una daga y agredió a don Francisco. La rápida intervención de Alonso, a quien también extrañaba aquella ausencia de protocolo, logró que la cuchillada, que buscaba el corazón, solamente hiriera al padre de Leonor en un brazo.

—¡Maldito! —aulló Mateus, sacando un puñalillo que le clavó en el costado.

La gente gritaba y muchos buscaban protección tras las columnas o en las capillas, donde se interrumpieron las misas. Las

puertas del cancel quedaron bloqueadas porque la gente se había agolpado en ellas en su deseo de salir.

—¿Quién sois? —Alonso había logrado derribar a aquel individuo, al que la sangre salía a chorros por el costado, y lo inmovilizaba con una rodilla sobre el pecho—. ¿Quién os manda?

En lugar de responder…

—¡Confesión! ¡Por el amor de Dios, confesión!

Sus ojos, ya vidriosos, anunciaban la muerte.

Leonor, pálida, estaba paralizada. Doña Benedita atendía a su hermano apretándole el brazo con la mano.

—¡Antonia, dadme un pañuelo! ¡Hay que hacer un torniquete!

Fray Gaspar se había arrodillado para oír a aquel sujeto, que apenas podía hablar. No pudo confesarlo y se limitó a bendecir el cadáver. En la calle los gritos se habían apagado.

Mateus, que había ido a la casa con otro de los criados, trajo el carruaje, al que subieron don Francisco, su hija y su hermana. Alonso se quedó en la iglesia hasta que llegaron unos alguaciles a los que el fraile y él explicaron lo ocurrido.

—Nos haremos cargo del cadáver, que quedará depositado en la morgue unos días por si alguien lo reclama —les dijo el jefe.

Cuando Alonso llegó a casa de Leonor, un barbero cosía el brazo a don Francisco. Antes de vendarlo le aplicó un emplasto de hierbas.

Capítulo XLIX

DRAKE y Norris buscaban recursos para fletar barcos, enrolar tripulaciones y alistar soldados. Aquella tarde, en The Devil Tavern, *sir* Francis estaba reunido en un reservado con dos síndicos del gremio de armadores: *mister* Simpson y *mister* Goodman.

Habían pedido unas jarras de buen vino, un lujo al alcance de pocos.

—Que vengan acompañadas de algo a lo que hincarle el diente —indicó uno de los armadores.

El tabernero llegó con una fuente con finas rodajas de carne asada en salsa.

—Mi esposa hizo este rosbif ayer.

—¡Cerrad esa puerta y que nadie nos moleste! —le ordenó Drake cuando se marchaba.

—Decíais, *sir* Francis, que la armada española ha sufrido un serio descalabro…

—Ha perdido gran parte de su fuerza de combate. Los barcos que escaparon del Canal tuvieron que hacer frente a duros temporales, y muchos se estrellaron en los acantilados de la costa de Irlanda.

—Según se oye, también ellos causaron importantes daños a los nuestros. Tengo entendido que vuestro *Revenge* quedó muy maltratado.

—Es cierto —concedió Drake, quien despachó rápidamente aquel asunto—, pero no es comparable al que nosotros les hicimos. Os he citado porque necesitamos nuevos navíos para dejar configurada una flota que permita entronizar en Portugal a la dinastía legítima y expulsar al rey de España. Don Antonio de Avís nos ha ofrecido cinco millones de ducados de oro para sufragar la empresa.

—¡Cinco millones! ¡Es mucho dinero! —exclamó uno de los síndicos.

—Además, ocuparíamos las Azores para estar al aguardo del regreso de la flota que viene a Sevilla y que allí hace escala —añadió Drake.

—¿Para apoderarnos de los tesoros que traiga a bordo?

—En efecto.

—¿Cuánto supondría eso?

—No lo sabemos. Pero, si trae tanto oro y plata como la última que llegó a Sevilla, estaríamos hablando de una cantidad que casi triplicaría los cinco millones de ducados.

—¡Eso son cifras fabulosas! —La codicia brillaba en las pupilas de *mister* Simpson.

Drake los había llevado al terreno que quería. Lo importante era centrar la conversación en el extraordinario negocio que suponía aquella empresa y para nada referirse a la destrucción de los barcos de la Gran Armada que habían llegado a puerto ni derrotar a los papistas o entronizar a los Avís de nuevo en Portugal. Si había comentado que don Antonio ocuparía el trono era por la suma que había ofrecido.

—Pero eso no es lo más importante —señaló.

—¿Hay algo aún más importante? —Los armadores se miraron—. ¡Explicaos, *sir* Francis!

—Don Antonio ha ofrecido, además de la suma señalada, una parte del Brasil. ¿Saben lo que ello significa?

—¡Eso es abrir las puertas de América! —exclamó *mister* Goodman.

—¡Exacto! ¡Tendrán preferencia quienes aporten recursos!

Drake tenía la boca seca. Había hablado mucho. Dio un largo trago a su vino y después cazó una loncha de rosbif. Los armadores la tenían hecha agua con el negocio que se les ofrecía: rentabilidad alta y riesgos bajos, aunque en las cosas de la mar nada podía asegurarse hasta que los barcos estaban atracados de vuelta en el puerto.

—¿Cuántos navíos habría que armar? —preguntó *mister* Simpson.

—Un centenar cuanto menos. Pero si podemos doblar esa cifra… En este momento contamos con cincuenta. Una tercera parte son galeones de guerra que artillan en torno a treinta cañones cada uno.

—¿Cuánto dinero? —preguntó *mister* Goodman.

—Un millón de libras.

—¡Eso es mucho!

—Los barcos han de aprestarse. Se necesitan víveres al menos para dos meses, aunque lo más conveniente sería embarcar alimentos para diez semanas. Miles de docenas de balas, cientos de quintales de pólvora, arcabuces, mosquetes, espadas, rodelas… También morriones, coseletes y dinero para los alistamientos. Los hombres, cuando se enrolan, quieren una parte de su paga por adelantado. Quizá me he quedado corto. Pero… sólo la cantidad que aporte el futuro rey de Portugal quintuplicará esa cifra. Su majestad aportará cien mil libras, y otro tanto, de forma mancomunada, *sir* John Norris y yo. Hay ya comprometidas unas doscientas mil libras más.

Drake cogió con los dedos otra rodaja de rosbif. La salsa se escurría por su barba. Los síndicos se miraron. Eran avezados hombres de negocios, pero nunca se les había hecho un planteamiento como aquel.

—Será necesario echar números.

—Desde luego, pero el tiempo apremia. Hay que aprovechar que los españoles están anonadados con la derrota sufrida y que el acuerdo con don Antonio está muy avanzado. Sólo quedan por concretar algunos detalles.

—No necesitaremos más de una semana para daros una respuesta.

Drake se acarició la barba.

—Tres días. Ni uno más. Preparar esa armada llevará su tiempo y no podemos malgastarlo. Sólo necesitamos un sí o un no y, en el primer caso, señalar el número de barcos y la cuantía de la inversión.

—Tres días, *sir* Francis —respondió Goodman.

—Ha de tenerse en cuenta que las ganancias, deducida la parte que corresponde a la Corona, se repartirán a proporción.

Drake se levantó, dando la reunión por terminada.

—Caballeros…, esto corre de mi cuenta. Acaben con ese rosbif. Nos vemos en este mismo sitio el viernes. —Cuando estaba a punto de salir se volvió y dijo a los armadores—: Olvidaba comentar que el sultán de Fez también está con nosotros.

Felipe II había alargado su estancia en El Escorial hasta la celebración de Todos los Santos. Al día siguiente, dedicado a los difuntos, se puso en camino. Partió después de las misas que se dijeron ante las tumbas de sus padres y de tres de sus esposas, cuyos restos mortales ya habían sido trasladados al monasterio. Tras cruzar las dehesas y El Campillo, donde quedaban restos de la nieve que había caído tres días antes, hizo noche en Collado Villalba y a la jornada siguiente se dirigió por el camino de Torrelodones hasta Madrid, entrando en la villa por la puerta que llamaban de los Pozos de Nieve, y se instaló en el Alcázar, donde cada vez se sentía menos a gusto.

—Mendoza me dice en su última carta —comentó a Vázquez de Leca— que los ingleses preparan su armada a toda prisa. Lisboa es su destino final, pero el primero es Santander, para destruir las atarazanas y los barcos que allí se reparan. Después buscan hacer lo mismo con La Coruña, y finalmente atacarán Lisboa, donde pretenden entronizar a don Antonio.

—Majestad, lo que parece claro es que desean acabar con los navíos que regresaron a puerto.

—Esa es la parte inicial de su plan. Don Bernardino también me comunica que don Antonio está obcecado con su retorno y que ha aceptado condiciones muy duras a cambio del apoyo de la reina Isabel. ¡Les permitirá a los ingleses instalarse en Brasil! Si en pocos meses tienen la armada dispuesta y el tiempo les es favorable, tendremos serios problemas.

—Señor, si Portugal cayera en sus manos, las Azores estarían en poder de Inglaterra. Hay que dar aviso a Santander y a La Coruña, y escribir a su alteza el archiduque Alberto.

—Para eso os he llamado. He tomado varias decisiones. La primera es que redactéis los borradores de una carta al corregidor de las Cuatro Villas. Además de en Santander, han de estar muy pendientes en Laredo, en Castro Urdiales y en San Vicente de la Barquera. Se reforzarán sus castillos y fortalezas con soldados de los que han llegado en la Gran Armada, se harán las obras de emergencia que se consideren necesarias en sus murallas y se aprovisionarán convenientemente.

—Majestad, para eso hacen falta numerosos recursos.

—Oquendo, que se encuentra en San Sebastián, adonde han llegado la *Santa Ana* y otra docena de barcos, dispone de cincuenta y cinco mil ducados. Escribidle diciendo que mande la mitad de ese dinero a Santander para que quede a disposición de don Diego de Valdés, a quien encomiendo la guarda de las naves y la vigilancia de ese litoral. Oquendo permanecerá en San Sebastián por si los enemigos aparecen por allí. Con el dinero que le queda, que destine dos tercios a anticipos para los doce galeones que he mandado construir con el fin de suplir las pérdidas que hemos tenido.

El secretario, que tomaba nota muy deprisa de todo aquello, comprobando cómo su majestad lo tenía todo previsto y calculado, se quedó por un momento en suspenso. Nada sabía de aquel importante encargo.

—¿Doce nuevos galeones?

—Serán doce, sí, y he decidido que sean conocidos como los Doce Apóstoles, ya que se bautizarán con sus nombres. Lo dejé todo dispuesto antes de salir de El Escorial: cuatro se construirán en

Bilbao, otros cuatro en San Sebastián y los cuatro restantes en Guarnizo. El plazo que he dado a quienes he hecho la encomienda es de seis años.

—Esa es una excelente noticia, majestad.

—También preparad borradores destinados a los cabildos eclesiásticos y municipales de Valladolid, Burgos y Logroño para que envíen medicinas, trigo y todas las vituallas que puedan proporcionar. En Santander hay que dar de comer a más de siete mil hombres y atender a los cerca de mil enfermos que allí se encuentran. Ahora no perdáis un instante, que esto urge mucho.

—Señor, también habrá que mandar despacho a La Coruña.

—Lo haré yo. Escribiré al arzobispo de Santiago y al marqués de Cerralbo, y también a Lisboa. Es posible que allí se decida todo este negocio, si es que los ingleses llevan a cabo lo que esperamos.

Felipe II no salió en todo el día de su gabinete —allí le llevaron el almuerzo: un muslo de capón, un poco de queso y un panecillo— y no dejó de escribir hasta mediada la tarde, cuando apareció Vázquez de Leca con los borradores de las cartas. El rey les hizo algunas correcciones y pequeños añadidos y las firmó al filo de la medianoche.

Al amanecer partían del Alcázar varios correos con la escarapela que les daba preferencia en las casas de postas para el relevo de las mejores monturas, y tendrían paso franco en portazgos y montazgos.

En Whitehall, la reina recibía a don Antonio. Este había aceptado, a cambio del apoyo de una poderosa armada, que Portugal fuera un satélite de Inglaterra. Pero quedaban algunos detalles por concretar, e Isabel I, después de haber hablado con Burghley y Walsingham, quería ver si podía llevar sus exigencias mucho más allá de lo planteado por Drake.

En diferentes puntos de Londres se habían instalado mesas de alistamiento, sobre todo en los barrios de la zona este, conocida como el East End: Whitechapel, Shadwell, Spitalfields…, donde vivían marineros, se ejercía sin control la prostitución y en sus oscuros callejones, muchos días invadidos por la niebla que surgía

del Támesis, se cometía algún asesinato. Allí habitaba bastante gente originaria del medio rural, atraída por las oportunidades que ofrecía una gran urbe como Londres, cuya población crecía a tal ritmo que se acercaba a las doscientas mil almas.

Uno de aquellos puntos de enganche estaba en el mercado de Smithfield. Se había plantado una bandera y, en torno a dos mesas, unos soldados lujosamente vestidos hablaban de las ventajas de alistarse:

—¡Media libra sólo por enrolarte! —ofrecían a quienes se acercaban—. ¡A eso se añade la paga todas las semanas!

—¿De cuánto es? —preguntaba un sujeto harapiento y desdentado.

—De veinte peniques. Pero no pasarías el examen del médico.

La burla del soldado levantó las risas entre los concurrentes.

—¡Ánimo! ¡Se trata de mandar papistas a los infiernos! La paga es buena, y el botín…

—¡Ah, el botín! ¡Ese no tiene precio! —ponderaba otro soldado—. ¡Tendréis todo el vino que queráis y que aquí no podéis pagar! ¡Los tesoros de las Indias estarán a vuestro alcance!

—¡También mujeres! —añadía un tercero, con los pulgares metidos en el ancho cinturón que sujetaba sus calzas.

Las reticencias de los primeros días fueron desapareciendo. En las mesas empezaban a formarse largas filas de hombres dispuestos a enrolarse. Habían influido las prédicas de los clérigos en las iglesias: los españoles eran gentes perversas con las que había que acabar, y se contaban terribles historias de las maldades que cometían con los nativos de sus dominios ultramarinos.

—¡Los convierten en sus esclavos y ultrajan a sus mujeres, con las que fornican como las bestias! —proclamaba desde el púlpito el párroco de Saint Paul—. ¡Los someten a crueles torturas para que acepten al papa como su pastor espiritual!

Aquel año el último día de noviembre, festividad de San Andrés —que marcaba el comienzo del Adviento en la Iglesia de Inglaterra, y quienes tenían posibles festejaban con una comida especial a base de pasteles de carne y dulces—, se celebró un desfile militar

encabezado por *sir* John Norris y medio centenar de caballeros, todos lujosamente vestidos, que recorrió las calles del centro de Londres y terminó en la puerta de la abadía de Westminster, donde fueron recibidos por la reina y el arzobispo de Canterbury.

A lo largo del trayecto se había congregado una muchedumbre para ver a los soldados desfilar al son de pífanos y tambores. La gente los aclamaba, y quienes estaban en las tabernas salían con las jarras de cerveza en la mano y brindaban por ellos.

Londres, con la mente de sus habitantes puesta en la reciente victoria obtenida sobre los españoles, estallaba de amor a la patria. La alegría se desbordaba tras las semanas de angustia en que se temía que el enemigo pusiera pie en su isla, se presentara en la capital y la sometiese a un terrible saqueo. Ahora eran esos bárbaros, como los llamaban en las iglesias, quienes debían estar atemorizados ante lo que se les venía encima porque Dios —lo había dicho el arzobispo de Canterbury— estaba con Inglaterra.

Al día siguiente las filas de hombres dispuestos a formar parte de aquel ejército no dejaron de crecer. Una vez que pasaban un examen médico —unos barberos comprobaban que no estaban mutilados y que eran capaces de levantar un bolardo de cuarenta libras—, daban su nombre y señas, firmaban el compromiso —la mayoría ponía una cruz o hacía un garabato con el cálamo— y se les entregaban diez chelines.

En los muelles del Támesis se alistaban las tripulaciones. Allí las condiciones eran parecidas, pero si quien era reclutado tenía algunos conocimientos se añadían cuatro chelines al estipendio del enganche, y la paga semanal eran dos chelines.

Los marineros se jactaban de la derrota sufrida por la Invencible y brindaban con sus jarras de cerveza por Drake, considerado un héroe.

—¡*Sir* Francis sabe cómo tratarlos! ¡Tiene tomada la medida a esos papistas! —proclamaba subido en una mesa uno que presumía de haber navegado en el *Golden Hind* junto a él—. ¡Cómo disfrutamos en Valparaíso! ¡Y en Acapulco! ¡Por primera vez se daba la vuelta al mundo! Conseguimos tales riquezas que han pasado

ocho años de aquello y todavía queda alguna libra en mis bolsillos. La reina hizo muy bien dándole el título de caballero. Nadie lo merece más que él. ¡Un brindis por *sir* Francis!

Los presentes alzaron sus jarras y corearon su nombre.

Estaba mediado el mes de diciembre cuando Drake y Norris acudieron a Whitehall. Isabel I deseaba conocer cómo marchaba la organización de aquella empresa concebida para dar el golpe final al Imperio español.

Sir John y *sir* Francis fueron introducidos por el chambelán en el gabinete real. Acompañaban a la reina Burghley, Walsingham, el canciller Hatton y Robert Devereux, lo que suponía toda una novedad.

—Majestad… —se adelantó Norris, como caballero más antiguo, haciendo una reverencia.

Drake lo imitó. No llevaba demasiado bien aquellos asuntos protocolarios. En realidad, se consideraba con mejores méritos que Norris. Él se había ganado el título con sus hazañas, mientras que *sir* John lo había heredado porque alguien en otro tiempo hizo algo que lo mereció.

—La información que tenemos es que todo marcha como es debido.

—Mi señora, yo añadiría algo más —se anticipó Drake.

—Hablad. —A la reina no le había gustado que corrigiera sus palabras.

—Majestad, se han superado todas las previsiones. Se había pensado en tripulaciones para unos cien barcos, pero los enrolados permitirían el manejo de muchos más y…

—¿Cuántos son… muchos más? —lo interrumpió la soberana.

—Setenta, tal vez ochenta, mi señora. Dependería de la clase de naves y de su tonelaje.

—¿Podrían disponerse tantos navíos?

—Los síndicos de los armadores están entusiasmados. Aportarán lo que se les pida. Sumad a ello, majestad, que los barcos que se reparan estarán listos en pocas semanas. Se congregan en Plymouth

y Southampton. El alborozo es tal que en estos momentos nada parece imposible. Los armadores me han asegurado que contribuirán con el dinero que sea necesario.

Aunque el disimulo era norma en todas las cortes, la reina mostraba su satisfacción y preguntó a *sir* John:

—¿La recluta de soldados?

—Mi señora, las reticencias iniciales han desaparecido. El desfile del día de San Andrés, el haber divulgado vuestro discurso en Tilbury y la labor realizada en los templos han avivado los ánimos. A las mesas de reclutamiento ha llegado gente procedente de los más apartados lugares del reino. Habíamos previsto embarcar unos diez mil hombres, y los últimos datos señalan que los alistados son más de quince mil. Es probable que lleguemos a los veinte mil, lo que supone una fuerza formidable.

—¿Cuándo estará la armada lista para hacerse a la mar?

Hubo un silencio momentáneo. Norris y Drake sabían que una serie de factores complicaban mucho dar una fecha. *Sir* John buscó dejar a *sir* Francis aquella espinosa cuestión al decir que sus tropas estarían dispuestas para finales de enero:

—A lo sumo, majestad, en la primera mitad de febrero.

La reina se dirigió directamente a Drake.

—*Sir* Francis, ¿para cuándo la armada?

Midió muy bien su respuesta:

—Mi señora, las cosas de la mar son más complicadas que las de tierra. *Sir* John no duda en ofreceros una fecha concreta. Eso es mucho más complicado en el caso de lo que vuestra generosidad ha puesto bajo mi responsabilidad. Los barcos que están en reparación, como he dicho a vuestra majestad, estarán listos en pocas semanas, pero dependerá de cuándo lleguen la lona para el velamen, la madera para los cascos, los mástiles que han de reponerse, el cáñamo para los cabos y maromas —Drake alargaba las necesidades —, la brea y el alquitrán para el calafateo, la pólvora y las balas para los cañones…

—¡Basta, *sir* Francis! ¡Os he pedido una fecha, no un memorial! ¡Sé lo que requieren los navíos! ¡Dadme un plazo!

—Tres meses, majestad.

—¿Estamos hablando de marzo?

—En ese mes —respondió sin concretar más— la armada estará lista. Luego, cuando el viento nos permita zarpar.

—¡Estamos dando demasiado margen a los españoles! Su rey toma disposiciones para prevenir nuestro ataque, que da como seguro. El tiempo es cuestión principal en esta empresa. Sabed que el acuerdo con don Antonio quedará cerrado antes de que finalice el año. —La reina se levantó y les ofreció su mano—. ¡Caballeros, podéis retiraros!

Capítulo L

EN LISBOA, el veinte de diciembre era el primer día en que, después de dos semanas de aguaceros, lucía el sol. Los mercados estaban muy concurridos y muchos vendedores, que se habían abstenido durante tanto tiempo de montar sus puestos por causa de la lluvia, ofrecían ahora sus productos a voz en grito.

Se hablaba de lo caro que estaba el bacalao porque los pescadores no habían podido faenar durante muchos días. El precio de la carne se había puesto por las nubes, sobre todo la de vaca, porque había entrado muy poco ganado. También se afirmaba que los ingleses atacarían la ciudad. Nadie albergaba dudas: las cábalas se hacían sobre si entrarían por el estuario o desembarcarían en algún lugar para llegar desde tierra. En voz más baja se decía que con ellos venía don Antonio de Avís para proclamarse rey. Que volviera de la mano de unos herejes había dado lugar a numerosos comentarios.

—Soy partidario del prior. Luché contra los españoles en Alcántara, donde recibí esta herida de la que me siento orgulloso —afirmaba un recovero mientras señalaba a los clientes, que buscaban huevos o alguna gallina, la cicatriz de su mano izquierda, en la que había perdido un dedo—. Pero que venga con esos renegados no me gusta.

Una mujer que llevaba al brazo un cesto de mimbre de forma ovalada y con tapaderas le dio la razón.

—Pienso lo mismo que *você*. Esos herejes se dedican a robar en las iglesias y a destruir las imágenes.

—¡Eso es falso y vil propaganda de los castellanos! ¡Don Antonio es nuestro legítimo rey!

—¿Legítimo un bastardo? —ironizó la mujer.

—¡Mejor que ocupe el trono un bastardo que un castellano!

—¡Eso decídselo a los ingleses cuando lleguen!

Los gritos de una verdulera que tenía su puesto enfrente pusieron fin a la disputa.

—¡Espinacas a un *dinheiro* la libra! ¡Coles a tres *dinheiros*! ¡Nabos a un *dinheiro* la libra!

—¡Es lo único que está barato! —exclamó una mujer, a la que siguieron otros, y fueron en busca de alguna de aquellas verduras.

—¡Estará todo podrido! —protestó el recovero al ver cómo su clientela se marchaba al puesto de la verdulera.

La herida de don Francisco de Mascarenhas había cerrado sin problemas y cicatrizaba perfectamente. El barbero, que había acudido un par de veces, le había retirado hacía días los emplastos.

—Es mejor que esté al aire. Sólo os quedará una pequeña señal.

Aquella tarde acudió al Palacio da Ribeira, adonde había sido convocado. Asistían también el arzobispo de Lisboa, los priores de los dominicos, los jerónimos, los franciscanos, los jesuitas y los conocidos como obregones, el conde de Fuentes, como capitán general de la caballería, don Cristóbal de Moura —quien acababa de regresar hacía pocos días de Madrid—, Lope Suárez, responsable de la infantería, y los maestres Castelblanco y Pérez de Távora. Estaba también el secretario del virrey, Nuno da Silva, que era su mano derecha.

—Caballeros, más allá de rumores, mentiras interesadas y palabrería vana, su majestad tiene noticia cierta de que los ingleses preparan una armada para atacarnos en diferentes puntos. Dirigirán primeramente sus asaltos a Santander y La Coruña porque en sus

puertos se repara un número importante de barcos que pretenden destruir.

—¿Se tiene relación, al menos aproximada, de cuántos navíos han regresado? —preguntó Lope Suárez.

El archiduque miró a Moura.

—En torno a un centenar. En Santander está la mayor parte, más de sesenta. Hay otros en San Sebastián y en La Coruña.

—¿Significa que los perdidos son algo más de una treintena?

—Así es, don Lope. Es una merma significativa, pero dista mucho del desastre que cuentan los ingleses. La pérdida de vidas estaría en torno a los diez mil hombres.

El virrey no deseaba que la reunión derivase por aquellos derroteros.

—Como he dicho, el ataque inglés se espera en Santander y en La Coruña, donde se están tomando las medidas correspondientes. Pero la razón por la que nos encontramos reunidos es que el tercero de sus objetivos es Lisboa. Está confirmado que en esa armada viene don Antonio. Ha llegado a un acuerdo con los ingleses, muy perjudicial para los intereses del reino.

—¿Se conocen sus términos? —preguntó el conde de Fuentes.

—Están pendientes de concretar algunos detalles, pero sabemos que ha prometido entregarles cinco millones de ducados como compensación por los gastos a los que han de hacer frente.

—¡Cinco millones de ducados! —El arzobispo no ocultó su sorpresa—. Para satisfacer esa suma tendrá que esquilar al pueblo como si fueran ovejas.

—Pero eso no es lo peor… —indicó Moura—. Les cederá una parte de Brasil.

—¡Santo Cielo! —exclamó el arzobispo, y algún prior se santiguaba.

—Todo esto significa que hemos de prepararnos para lo que se nos echa encima —retomó la palabra el archiduque—. Por eso necesitaremos todos los apoyos. Su majestad enviará tropas, pero lo esencial de la defensa hemos de aportarlo nosotros. Debemos

buscar recursos para reforzar las murallas, pólvora y balas para abastecer los cañones de las fortalezas y bastiones que protegen el estuario y tener dispuesta la artillería del castillo de San Jorge.

—¿Significa que la defensa se ceñirá al recinto que protegen las murallas? ¿Qué será de los arrabales? —inquirió el arzobispo.

—No podemos defenderlos. Su población habrá de refugiarse tras las murallas o poner tierra de por medio.

—¿Y los conventos de extramuros? —quiso saber el prior de los obregones—. ¡Los ingleses no respetan las imágenes!

—Habrá que ponerlas a salvo si se quiere evitar que las ultrajen.

—Tendremos que hacer acopio de alimentos —intervino de nuevo don Cristóbal de Moura.

—También habrá que trazar un plan de defensa —apuntó el conde de Fuentes.

—Para la actuación de la caballería os coordinaréis con don Francisco. —El virrey miró a Mascarenhas—. Y que don Lope y los maestres establezcan el plan de defensa de la ciudad.

—Disculpadme, alteza. —La voz del prior de los carmelitas era poco más que un susurro.

—¿Sí…?

—¿Por qué razón nos habéis convocado? —preguntó mirando a los priores de las demás órdenes.

—Paternidad, es necesario que ni desde el púlpito ni desde otros sitios se lancen proclamas en favor de don Antonio —respondió con la vista fija en el arzobispo—. Es algo que prohibió el papa hace algunos años, pero tengo noticia de que no se cumple. Sabed que actuaremos con severidad.

Terminada la reunión, el archiduque se interesó por la herida de don Francisco.

—Fue una pena que muriese aquel sujeto. Pudo habernos dado valiosa información, porque su intento formaba parte de un plan más amplio promovido por los partidarios de don Antonio.

—Lo intentó don Alonso de Sandoval, pero aquel miserable sólo pedía confesión.

—Por cierto, don Francisco, ¿me confirmáis el rumor que ha llegado a mis oídos acerca de los desposorios de vuestra hija con don Alonso?

Mascarenhas se asombró al ver que el virrey tenía tiempo para asuntos de menor entidad cuando la situación del reino era de tanta gravedad. No le resultaba agradable hablar de ello. La duda seguía corroyéndolo.

—Alteza, don Alonso es todo un caballero, pero no parece el mejor tiempo para bodas. Lo que tenemos por delante supone un problema tal que lo más adecuado es ver qué depara este turbión que se nos viene encima.

—Sabias palabras, don Francisco. Recuerdo haber leído en algún escrito de Ignacio de Loyola que no se debe hacer mudanza en tiempos de dificultades.

Capítulo LI

LA CELEBRACIÓN de la Navidad llevó a Felipe II a El Escorial. Al monarca le gustaba apartarse de la corte en ciertas celebraciones religiosas. En el tiempo de Semana Santa solía encerrarse en un monasterio y acompañar a la comunidad en sus rituales y penitencias, y en la celebración de la natividad de Jesús también se retiraba y, por unos días, se olvidaba de los asuntos terrenales. Ante la amenaza del ataque de la armada inglesa dejó precisas instrucciones la víspera de tomar el camino de la sierra madrileña.

En Lisboa, don Francisco de Mascarenhas había accedido a los deseos de su hija de que Alonso compartiera con ellos la cena de Nochebuena. Eran muchas las familias que después de cenar acudían a las iglesias para asistir a la misa del gallo al filo de la medianoche.

Los rapaces recorrían las calles de la vecindad —muchas estaban iluminadas con lámparas y fanales en las puertas—, cantaban y pedían dulces y aguinaldos. Como era costumbre, en algunas plazas se congregaba la gente en torno a las luminarias, se entonaban villancicos, se bebía un recio orujo para combatir el frío y se comían empanadas de carne y dulces elaborados con miel, harina y manteca. Algunos miraban cómo se quemaban los troncos cuyas cenizas permitirían, a quienes sabían, hacer vaticinios sobre los sucesos del año venidero.

Como el Día de los Difuntos, los Mascarenhas acudían acompañados por su servidumbre, y en esta ocasión también por Alonso de Sandoval, a la misa que se celebraba en la catedral. Don Francisco tenía reservado un sitio preferente por su condición de capitán de la guardia.

Concluida la ceremonia, unos sacerdotes tomaban la imagen de un Niño Jesús y la ofrecían a los fieles para que besasen su pie. El virrey cumplió con el rito y, después de cumplimentar al arzobispo, salió a la plazuela que se abría delante de la catedral. Allí se formó un corrillo con el conde de Fuentes, don Francisco y los maestres de campo. Cuando se acercó un criado, que se mantuvo a cierta distancia, Nuno da Silva se aproximó a él y le preguntó:

—¿Ya está en palacio?

—Sí, señor. He venido en cuanto ha llegado.

El secretario susurró algo al virrey que hizo cundir la curiosidad, porque felicitó a todos por las pascuas y pidió su carruaje.

El conde de Fuentes comentó a Mascarenhas:

—Está cociéndose algo muy importante. ¿Tenéis noticia?

—Ninguna.

—He oído decir que el virrey pretende la mano de una de las hijas de su majestad. Es el rumor que corría por Madrid cuando me vine para Lisboa.

—Es extraño.

—¿Por qué lo decís?

—Porque aquí se dice que su pretensión es un capelo cardenalicio.

—¿El archiduque aspira a ser cardenal?

—Es lo que se comenta.

Petra la *Agorera* aguardaba en el cuerpo de guardia.

—Acompañadla hasta el gabinete —indicó don Alberto al secretario cuando llegaron a palacio—. Que espere allí.

Al virrey le llamó la atención el desaliñado aspecto que ofrecía aquella mujer. Era desgarbada y parecía una pordiosera. La recibía

porque había insistido Nuno da Silva, quien creía a pies juntillas en aquellos augurios que tanta tradición tenían en Portugal.

—Felices pascuas —la saludó el virrey.

—*Feliz Natal a vossa alteza* —respondió Petra.

—¿Deseáis un vino caliente?

—*Sim, está muito frio.*

—Nuno, dos copas de vino.

—Enseguida, alteza.

Petra nunca había probado un vino como aquel. Lo paladeó antes de dar un vaticinio sobre los acontecimientos del año entrante. Da Silva fue traduciendo porque hablaba de una forma que al archiduque le costaba entender:

—Dice que el año viene preñado de acontecimientos. También, que volverá a haber guerra tanto en el mar como en tierra…

—¡Para eso no es necesario consultar el fuego y las ascuas!

—Ahora dice que unas tenazas amenazan Lisboa y que acecha una terrible enfermedad que causará muchas muertes. Añade que vos debéis tener mucho cuidado con un lobo, que es animal peligroso y traicionero. También dice… algo muy extraño.

—¿Qué?

—Que os guardéis de la Santísima Trinidad porque es la amenaza más seria.

—¿Qué clase de tontería es esa?

—Alteza, insiste en ello. Afirma que es una de las cosas que ha visto con mayor claridad y que ha de vigilarse San Roque.

—¡Un lobo, la Santísima Trinidad, San Roque…! —Miró a la agorera, que ahora repetía una y otra vez lo mismo—. ¿Qué es lo que dice?

—Más de cuatro pasarán, pero a seis no llegarán.

—¿A qué se refiere con eso?

—No lo aclara, señor. Es como si hubiera entrado en trance. No responde a mi pregunta y sigue recalcando esa frase.

—¿Quiénes son los que pasarán? ¿Quiénes son esos cuatro? ¿Adónde pasarán? Si son más de cuatro y a seis no llegarán, son

cinco. ¡Vaya una forma de decirlo!

Da Silva tampoco entendía aquello. Estaba cada vez más nervioso, al haber sido quien insistió al virrey en que recibiera a la *Agorera.*

—Excelencia, a veces quienes vaticinan se expresan de forma tan extraña que sus palabras resultan un arcano. Ocurre con los almanaques en los que se hacen pronósticos y a los que muchos conceden gran valor. Los campesinos se guían por ellos para hacer sus trabajos porque anuncian cuándo lloverá, si las sequías serán largas… También se guían por las cabañuelas.

—Dadle lo que le hubierais prometido y que se marche.

El secretario le entregó una bolsilla con dinero y llamó a un criado para que la acompañara a la calle.

Antes de marcharse Petra miró al archiduque y dijo:

—Tenha muito cuidado, excelência, morrerá muito mais gente do que você imagina.

Lo pronunció con cierta solemnidad, muy despacio. El virrey no necesitó que Da Silva se lo tradujera.

Una vez que Petra se hubo marchado…

—¡Hablaba de forma endemoniada! ¡No me enteraba de nada! ¿Qué querría decir con la amenaza de los lobos, de la Santísima Trinidad y de San Roque? ¿Y eso de que pasarán más de cuatro y no llegarán a seis? Tengo la impresión de que se ha reído de nosotros.

—Señor, es la agorera más reputada de Lisboa. Aquellos que quieren tener alguna información sobre lo venidero van a visitarla, y sus vaticinios suelen cumplirse. Si no fuera así, la gente le habría dado de lado. Acuden de lugares muy apartados. Don Francisco de Mascarenhas me comentó hace tiempo que su hija pasó semanas de angustia porque le dijo que el barco donde iba don Alonso de Sandoval no regresaría a Lisboa.

—¡El alférez ha retornado!

—Pero el *San Juan* no ha vuelto a la ciudad. Llegó a La Coruña.

El archiduque dio un trago a su vino caliente, que se había enfriado.

—Tal vez no somos capaces de interpretar sus palabras.

Los Mascarenhas también habían regresado a casa. Antes de entrar, don Francisco se despidió atentamente de Alonso en la puerta. Habían comentado las últimas noticias y los preparativos para la defensa de la ciudad. El alférez había sido asignado a la compañía del capitán Mateos, que tenía encomendada la protección de uno de los lienzos de la muralla oeste de la ciudad.

—Mi hermano ha entrado para dejaros solos y que… os deseéis unas felices pascuas —se despidió la tía, dedicándoles una sonrisa picarona.

También se retiraron los criados, pero la dueña se hizo la remolona y, aprovechando las sombras del portal, permaneció allí, pendiente de la despedida.

A Antonia le parecía que doña Benedita era demasiado permisiva; se estaban olvidando los modos en que había de realizarse el cortejo y las formas antes del casamiento. Aquello de irse a la cama sin haberse desposado, teniendo sólo la palabra de matrimonio, era considerado por la dueña una manera de fornicar, un pecado grave que faltaba a uno de los mandamientos de la ley de Dios. Bien claro lo dejaban los sacerdotes, que repetían una y otra vez que las relaciones en el lecho únicamente podían mantenerse después de desposarse y para cumplir con el mandato divino de poblar la tierra, no para el goce de los sentidos. Para eso estaban las mancebías y las putas.

La dueña tenía que velar por la honra de su señora, porque lo que empezaba con un beso y unas caricias… Cuando consideró que empezaban a propasarse, siseó desde la oscuridad.

Alonso caminó de regreso hasta la rúa dos Confeiteiros. Las sombras de la noche quedaban matizadas por la luz de las farolas que alumbraban las puertas de las casas principales y por el resplandor de las candelas que había en algunas plazas, alrededor de las cuales todavía quedaba gente que seguía con sus cánticos. En el reloj de la catedral sonaron dos campanadas cuando entraba en la casa, guiado por la luz de un cirio al pie de una estampa de san Antonio. El silencio quedaba roto por un ruido que llegaba de la

planta de arriba, donde estaban las alcobas. Se desprendió del tabardo y del bonete y subió con cuidado. Al llegar a la antesala, a los sonidos se sumaron gemidos de placer. Violante y Lope celebraban la Nochebuena.

Capítulo LII

EN WHITEHALL la reina había agasajado a sus ministros y otros cortesanos con un banquete para celebrar la Navidad. Los comensales disfrutaron de hojaldres rellenos de carne picada, pechugas y muslos de pavo, lomos de salmón y otras delicias acompañadas de vino caliente especiado.

A los postres, Isabel I se dirigió a sus invitados. Recordó la gran victoria obtenida en el canal de la Mancha y dedicó unas palabras de alabanza a los almirantes de las escuadras con una mención especial a *sir* Charles Howard, que estaba mohíno porque algunos habían criticado su actuación al dejar escapar demasiados barcos de la armada española. Pero sobre todo lo desanimaba que el mando de la flota que estaba organizándose no había recaído sobre él: la soberana se lo había entregado a Drake.

—Ahora suenan las trompetas de nuestro desquite. Hemos de aprovechar la difícil situación en que se encuentran para asestarles el golpe definitivo y dar un escarmiento a su orgullo. En el canal de la Mancha Dios no estuvo con ellos, sino con nosotros. Ahora invocamos su ayuda para que nos dispense la victoria. Hay que destruir los barcos que quedan a su arrogante rey y expulsarlo del trono de Portugal para que en él se siente su verdadero dueño —dijo mirando a don Antonio de Avís, que se encontraba entre los invitados—, a quien vamos a prestar toda la ayuda que necesita para

hacerlo realidad. —Aquellas palabras fueron respondidas con un sonoro aplauso que llevó al aludido a levantarse y saludar con una sonrisa en los labios y unas inclinaciones de cabeza en señal de agradecimiento—. ¡Dios está con nosotros! —proclamó la reina alzando su copa.

—¡Dios está con nosotros! —respondieron todos los asistentes poniéndose en pie.

En las calles de Londres y de otras ciudades del reino las plazas estaban adornadas con ramas de acebo y de hiedra, que también colocaban en los dinteles y en el interior de las casas. Las creencias populares las relacionaban con la fertilidad de campos, ganados y personas, y con la vida eterna. Se preparaban *mince pies*, pasteles de carne picada con almendras y pasas, y se colgaban calcetines en las repisas de las chimeneas para llenarlos de pequeños regalos que hacían las delicias de los niños. Las gentes acudían a las celebraciones religiosas, donde se cantaban villancicos.

Las fiestas, que comenzaban en Nochebuena y se prolongaban hasta la Epifanía, detuvieron el apresto y aparejo de los barcos y las reparaciones que muchos necesitaban. También se había parado el enrolamiento de tripulaciones y el alistamiento de soldados. Aquello no había gustado a la reina, que había llamado a Drake.

—¡Cada día que pasa es un poco de aire para el enfermo! ¡No podemos darle tregua! ¡Si nosotros bajamos la guardia, los papistas disponen de tiempo para organizarse! ¡En sus atarazanas se trabaja sin descanso!

—Majestad, el ritmo de las labores apenas ha bajado. La armada estará dispuesta para hacerse a la mar en la fecha que habíamos previsto —insistía Drake—. Estamos en enero, y nuestro compromiso…

—¡Vuestro compromiso es satisfacer los deseos de vuestra reina!

—Desde luego, mi señora.

—Pues no lo parece, *sir* Francis. ¡Se me daba como excusa la falta de dinero! ¿No se os entregaron las cien mil libras que pedíais?

—Es cierto, majestad. Pero algunas maderas tienen que venir de muy lejos. Otro tanto ocurre con los cabos y los calabrotes. La

pólvora no se encuentra en las cantidades necesarias pese a que se está pagando a precios desorbitados. Estamos esperando que lleguen de Flandes dos paquebotes con ochocientos barriles, que suman cincuenta mil libras, y cuatro mil balas de diferentes calibres.

—Excusas, *sir* Francis, excusas. Sabed que conseguí que se os entregase esa cantidad presionando al portugués para que adelantara el dinero. ¿Sabéis cómo lo ha logrado?

—Lo ignoro, mi señora —mintió Drake, que tenía cumplida información de ello.

—¡Ha vendido dos valiosas piezas del tesoro real de Portugal!

—Majestad, también los armadores que participan en la empresa han aportado ya otras ciento cincuenta mil libras, además de los barcos.

—¡Con tales cantidades no me explico cómo no está todo a punto!

—Mi señora, conseguir comida para alimentar durante tres meses a más de veinticinco mil hombres es complicado.

—¿Habéis dicho más de veinticinco mil hombres?

—Así es, majestad. Se acercarán a los veintisiete mil, entre tripulaciones y soldados. Se han desbordado todas las expectativas que teníamos. No ha sido necesario acudir a una recluta obligatoria.

El semblante de la reina se relajó. Equipar una expedición como aquella bien valía algún retraso. Los españoles iban a recibir un buen escarmiento.

—Está bien, *sir* Francis. Pero tened presente que lo primero será destruir los barcos que se encuentran en Santander. Después hay que hacer lo mismo en La Coruña y, si podemos, adueñarnos de ella… Conseguido eso, entronizar a don Antonio resultará mucho más fácil.

—Mi señora, les asestaremos tal golpe que tardarán muchos años en recuperarse, si es que lo logran.

—Podéis retiraros. Mantenedme informada de todo.

—Majestad…

Isabel I le ofreció la mano y Drake la rozó con los labios.

Hizo una reverencia y se alejó del trono sin volver la espalda hasta que casi alcanzó la puerta.

En La Coruña se preparaban para el ataque inglés. No había duda de que se produciría antes o después. Los principales esfuerzos se centraban en abastecerse de pólvora y munición y en mejorar las defensas.

—Los puntos clave —indicaba Cerralbo sobre un mapa— serán el fuerte de San Antón, que ha sido reforzado con obras en sus baluartes y ocho cañones más, y la artillería del *San Juan*, el *San Bartolomé*, el *San Bernardo* y el *Sansón*. Formarán una cortina de fuego para proteger la Pescadería. Si los ingleses logran desembarcar, nos refugiaremos tras las murallas de la ciudad.

—¿Cuánto tiempo podríamos resistir? —preguntó uno de los capitanes.

El marqués dejó escapar un suspiro.

—Sólo Dios lo sabe. Tenemos pólvora, balas, mechas y arcabuces para armar a unos mil quinientos hombres.

—Excelencia, apenas llegamos a mil —dijo otro de los capitanes.

—No contáis con que he ordenado que se arme a la milicia local. Son algo más de quinientos, todos los mayores de dieciocho años en condiciones de luchar. Se distribuirán en cuatro compañías.

—Supongo que muchos de ellos jamás han empuñado un arma.

—Cierto, se trata de carpinteros, pescadores, esparteros, alfareros, alarifes, zapateros, sastres…, pero van a defender a sus familias, sus casas, sus negocios. ¡Saben que, si llega el caso, pelearán por sus vidas!

Las palabras de Cerralbo dieron lugar a un silencio que tenía algo de solemne.

—Contamos también con dos galeras, la *Princesa* y la *Diana*. Su misión será mantenernos en contacto con las localidades del entorno donde hay guarniciones, por si fuera necesario que acudieran en nuestra ayuda.

—Vuestra excelencia no ha contestado a mi cuestión acerca de cuánto podríamos resistir un asedio.

—He respondido a vuesa merced que sólo Dios lo sabe. Pero si preguntáis por los víveres de que disponemos, aguantaríamos un par de semanas. Racionándolos podríamos llegar a veinte días. Sumad que el arzobispo de Santiago ha prometido enviar alimentos. Los cañones están ya bien pertrechados y hay munición suficiente para responder a varias embestidas. Se están reforzando las partes más débiles de la muralla. No sé de cuánto tiempo dispondremos…

En Santander las disposiciones eran parecidas a las que se tomaban en La Coruña, con la diferencia de que todo se hacía a escala superior. El número de soldados de que disponían era mucho mayor al haber fondeado en su bahía casi la mitad de los barcos que habían formado parte de la Gran Armada. Los ocho mil soldados que arribaron ya eran un ejército. Llegaron en muy malas condiciones después de la infernal travesía soportada, pero los meses transcurridos habían cambiado radicalmente la situación: las compañías estaban organizadas en dos tercios y disponían de abundante armamento. Se habían reforzado las guarniciones de los castillos que protegían la bahía, y las troneras del fuerte de San Salvador de Hano, cuyas murallas coronaban la península de la Magdalena, estaban erizadas de cañones.

Si la armada inglesa aparecía, a pesar de que la mayor parte de los navíos aún no estaban en condiciones de combatir, la batalla sería encarnizada.

Capítulo LIII

LA IMPACIENCIA de Isabel I crecía con el paso de los días, pero el joven conde de Essex aliviaba en la cama su ansiedad. La reina, pese a haber cumplido cincuenta y cinco años, se mostraba deseosa de unos placeres carnales que Robert Devereux complacía, pero que le suponían una pesada carga.

Aquel día de abril había amanecido en Londres con un sol radiante. La soberana, después del desayuno, decidió dar un paseo a caballo por las afueras de la ciudad. El conde se había tomado tres yemas de huevo batidas en un vaso de leche para recuperarse de una noche agotadora. Los médicos decían a Isabel I que no eran convenientes para su salud «ciertos excesos», sin atreverse a señalarlos de forma más específica porque tal osadía podía hacerles caer en desgracia. Aunque tenía poco más de veinte años, Devereux hacía tiempo que aderezaba sus comidas con un polvo que le habían asegurado le proporcionaría el vigor suficiente para dar satisfacción a las pasiones sin tasa de su majestad. Lo llamaban «la mosca española».

Se dio aviso a los palafreneros y, como maestre de las Caballerizas Reales, Devereux lo dispuso todo para el paseo, incluida una carroza por si la reina tenía necesidad de ella a la hora de retornar.

—Conde, vos me acompañaréis.

Era lo último que Essex deseaba. Necesitaba dormir.

Isabel I y su amante cabalgaron por la ribera del Támesis hasta llegar a campo abierto. La mañana era espléndida y las vistas extraordinarias. Entre el verde que dominaba el paisaje aparecían salpicadas las viviendas de los campesinos y, de cuando en cuando, la mansión de un noble, de un armador o de un hombre de negocios.

Habían recorrido algo más de una legua cuando se percataron de que tras ellos galopaba un jinete que acortaba distancias. El capitán de la guardia que, a prudente distancia escoltaba a su majestad, alertó a sus hombres. En los intentos para asesinar a la reina se habían utilizado fórmulas muy diversas, desde conjuras que implicaban a muchas personas hasta aquellas que fueron obra de un hombre solo.

—¡Atentos!

El jinete estaba a poco más de cien yardas cuando vio que los soldados preparaban sus armas. Tiró de las riendas para refrenar la carrera. Se acercó al trote y, alzando un brazo, mostró una misiva.

—¡Correo real! ¡Carta para su majestad!

—¡Entregádmela! ¡Se la daré yo! Aproximaos, y con cuidado. Nada de movimientos extraños.

El mensajero se cuidó de hacer algo que pudiera crearle problemas.

El capitán se acercó a la soberana.

—Carta para vuestra majestad. El mensajero…

Era Drake quien escribía, y apenas la reina pasó la vista por el papel exclamó alborozada:

—¡Por fin!

—¿Buenas noticias, mi señora?

—*Sir* Francis me comunica que la armada está a punto. Dice que sólo queda embarcar algunos caballos, comida fresca y esperar viento favorable para hacerse a la mar. ¡Ya era hora!

En aquel momento apareció otro jinete. Espoleaba con furia el caballo.

El capitán alertó de nuevo a sus hombres, y al verse amenazado por los soldados también frenó su cabalgadura.

—¡Correo para su majestad!

El anuncio hizo recelar al capitán. Aquello no era normal. No que llegaran dos correos reales, sino que no lo hiciesen a Whitehall y que trataran de acceder a la reina en aquellas circunstancias.

—¡Entregádmelo!

El mensajero tampoco lo dudó. Al ver al otro correo farfulló una maldición.

La carta era de Norris. Decía lo mismo que Drake, aunque ponía el acento en el número de soldados que se habían alistado.

—Hay rivalidad entre *sir* Francis y *sir* John —comentó Isabel I, sin ocultar la satisfacción que le producía—. Es hora de regresar a palacio.

Decidió hacerlo en la carroza, y antes de llegar a Whitehall dijo a Devereux:

—Os aguardo en mi cámara después de la cena. No os retraséis.

—Como disponga vuestra majestad.

Aquella tarde, con el sol todavía brillando, un jinete con el sombrero calado hasta las cejas y protegido por un recio capote dejaba atrás las murallas que protegían la City, cruzaba el puente sobre el Támesis y enfilaba Southwark. Detuvo su caballo en la puerta de The Tabard, donde aguardaban dos hombres que se levantaron al verlo entrar.

—¿Está todo dispuesto?

—Todo, señor.

—¡Vámonos!

Un mozo aparejó sus caballos y los sacó de la cuadra. Cabalgaron cerca de tres horas, hasta el crepúsculo. Se habían alejado casi quince millas.

En Whitehall, Isabel I aguardaba desde hacía una hora. Hizo sonar la campanilla que advertía a *lady* Parry que acudiera. Esta entró en la alcoba real por la puerta que conectaba con la que ocupaban sus damas para prestar servicio a la reina.

—¿Habéis llamado, majestad?

—Preguntad por el conde de Essex. Hace demasiado que lo espero.

—Indagaré, majestad. —Blanche Parry se retiró tan silenciosamente como había entrado.

Regresó minutos más tarde.

—Mi señora, el conde no se encuentra en palacio.

La soberana frunció el ceño.

—¿Dónde está?

—Lo he preguntado, pero nadie lo sabe.

Al día siguiente la reina inquirió de nuevo por Devereux.

—Majestad, se desconoce su paradero.

—¡No ha podido tragárselo la tierra! ¡Decid a Walsingham que venga!

El hombre mejor informado de Inglaterra no pudo dar razón a Isabel I sobre dónde se encontraba su amante.

—¡Dad orden de que sea localizado! ¡Inmediatamente!

—Como desee vuestra majestad.

En los dos días siguientes los enviados de Walsingham indagaron, preguntaron, ofrecieron dinero, amenazaron y recorrieron Londres de norte a sur y de este a oeste. Apenas consiguieron nada. Los únicos que aportaron algo fueron los guardias de la puerta cercana al puente que llevaba a la otra orilla del Támesis. Dijeron que tres días atrás un jinete, al cual era difícil identificar, había cruzado en dirección a Southwark.

La reina estaba fuera de sí. Se sentía poco menos que ultrajada ante la desaparición de Devereux.

—¡Encontradlo, *milord*! ¡Encontradlo al precio que sea!

Mientras Isabel I daba aquellas órdenes, los tres jinetes, que no habían dejado de cabalgar, llegaban a Plymouth. El conde de Essex, que mantenía oculta su identidad, entró en una de las tabernas del puerto, donde reinaba gran actividad, y se sentó en la mesa más apartada de la puerta.

—Localizad el *Swiftsure*. Esta nota es para su capitán. Se llama Williams. Sólo se la entregaréis a él.

—Bien, señor.

La espera se prolongó cerca de dos horas. Robert Devereux estaba cada vez más impaciente, consciente de que alejarse de la cama de la reina podía costarle el cuello. Pero no soportaba darle satisfacción todas las noches… varias veces. Estaba agotado y aquellas coyundas no eran plato de gusto por muy soberana que fuera.

Al entrar por la puerta, Roger Williams se le iluminó el rostro. Se conocieron en Cambridge, en el Trinity College, donde Williams, mucho mayor que él, daba clases como *bachelor* cuando el *magister* no podía impartirlas, dadas sus múltiples obligaciones. Allí supo que la verdadera pasión de Williams era la mar, y el jovencísimo Robert había convencido a su padrastro, el conde de Leicester, para que Williams pudiera hacer realidad su sueño. Ahora mandaba el *Swiftsure*. Cuando vio el billete que le enviaba el conde de Essex no dudó en acudir a su llamada.

—¡Devereux! Aunque… no sé si he de llamaros excelencia.

—¡Roger Williams! ¡Almirante de toda una escuadra!

—¿Qué buen viento os ha traído hasta Plymouth?

—Quiero embarcar en el *Swiftsure.*

—Será todo un honor teneros a bordo.

—Hay un problema y debéis saberlo.

—¿Cuál?

—El *Swiftsure* habrá de hacerse a la mar en cuanto el tiempo lo permita.

—Pero… se trata de la nave capitana de la escuadra que *sir* Francis ha puesto bajo mi mando.

—Zarpará con permiso de *sir* Francis.

—¡No lo permitirá!

—Oídme atentamente.

Essex lo puso al corriente de lo que acababa de hacer.

—¡Dios mío!

—Su majestad es… infatigable en el lecho.

—¿Es por eso por lo que os veo tan demacrado?

—No me interrumpáis, Williams, os lo suplico. He de poner tierra de por medio. Hace dos…, no, tres días que me marché de Londres. La reina estará enfadada y barrunto que a estas alturas andarán buscándome.

—¿Me estáis pidiendo que me convierta en cómplice de vuestra huida? —Williams ignoraba la súplica del conde.

—Si no embarco, no tardarán mucho en localizarme. Walsingham habrá recibido órdenes, y en el reino no se mueve un pelo sin que él lo sepa. Necesito vuestra ayuda.

—Pero *sir* Francis… —volvió a objetar Williams.

—Drake se apuntará un tanto a los ojos de su majestad.

—No os entiendo.

—Ofrecedle la posibilidad de que sea él quien informe a la reina de mi paradero a cambio de que autorice sin que se sepa la salida del *Swiftsure*. Os apuesto doble contra sencillo a que aceptará. Presentádselo como una oportunidad. Si no accediera, vos quedaréis al margen de todo.

—¡Este embrollo no puede salir bien!

—No conocéis a Drake…

Aquella tarde, aprovechando que la brisa hinchó las velas del *Swiftsure*, el galeón se hacía a la mar llevando a bordo al conde de Essex. Todavía no se había perdido en el horizonte cuando *sir* Francis escribía a Isabel I y dos palomas mensajeras de las que usaba para enviar mensajes urgentes levantaron el vuelo desde el puente de mando del *Revenge*. En un primer momento una de ellas aleteó, como si titubeara, y luego emprendió el trayecto en dirección nordeste. Tendrían que hacer noche a medio camino. Si no había problemas de que se vieran atacadas por un halcón o un gavilán —esa era la razón por la que Drake enviaba el mismo mensaje con dos palomas distintas—, la reina tendría esa información al día siguiente.

El palomero real, que por orden de la soberana había facilitado una docena de aves a *sir* Francis, recibió el recado por partida doble. Las dos palomas habían llegado a su destino.

Isabel I supo que su amante navegaba a bordo del *Swiftsure*, y una hora después le entregaban una carta que Devereux le había dejado con indicación de no dársela hasta pasados tres días:

Majestad, vuestro más humilde servidor no ha podido resistir el deber a que le obliga ser conde de Essex. No participar en esta empresa, que supone engastar la piedra más valiosa en vuestra corona, era un oprobio que constreñía mi corazón, que sólo es de Vuestra Majestad. Tal vez debido a mis pocos años no haya actuado de la forma más adecuada a vuestros ojos, algo por lo que os pido perdón. Es mi deseo regresar a vuestro lado para ofreceros los laureles de la victoria.

A vuestros pies, majestad.

Robert Devereux, conde de Essex

La reina estuvo a punto de hacer trizas aquel papel, pero se contuvo y lo guardó.

Capítulo LIV

LA BRISA que se había levantado al anochecer del veintisiete de abril fue cobrando intensidad a lo largo de la madrugada. Cuando amaneció el cielo estaba cubierto, pero aquellas nubes no anunciaban lluvia.

Impresionaba el movimiento de mástiles que llenaba la ensenada y el puerto de Plymouth. Jamás se había visto una armada como aquella. *Sir* Francis Drake se había levantado con los resplandores del amanecer para subir al puente de mando del *Revenge*. El poderoso galeón estaba remozado y sus más de cuarenta cañones lo convertían en un arma formidable.

—Que icen el estandarte real y ordenad que formen los hombres en cubierta —indicó a su segundo.

Se sentía henchido de satisfacción y deseaba disfrutar de aquel momento. Jamás un almirante inglés había estado al frente de una flota igual ni se le había encomendado una misión como aquella. Ahora el hijo de un granjero, que comenzó su relación con el mar ayudando a un barquero, iba a dirigir una armada de ciento noventa barcos en la que iban cerca de veintiocho mil hombres. La reina y los armadores londinenses habían invertido fuertes sumas en aquella empresa, que pusieron en sus manos con el objetivo de acabar con el poderoso Imperio español. El mando de las tropas quedaba en

manos de *sir* John Norris, pero era él, *sir* Francis Drake, quien gobernaba aquella flota organizada en cinco escuadras.

Como deseaba aprovechar el buen viento que había esperado durante días, las palabras que dirigió a sus hombres fueron breves:

—La misión que nos ha encomendado su majestad es grandiosa, tanto que su objetivo es acabar con el poder de España. Si en el Canal les asestamos un duro golpe, ahora acabaremos con ellos. Lo conseguiremos con la ayuda de Dios. Lucharemos como sabemos hacerlo y tendremos la mayor de las recompensas. ¡Por san Jorge y por la reina!

—¡Por san Jorge y por la reina! —gritaron a coro sus hombres, y las voces de júbilo se multiplicaron en los barcos.

—¡Disparad el cañón!

Era la señal de aviso para que la armada se pusiera en marcha, según lo acordado en el consejo naval que Drake había presidido.

La bombarda que lanzó el estallido fue replicada desde los galeones donde estaban los jefes de las escuadras. A bordo del *Nonpareil* iba Norris, a quien acompañaba don Antonio de Avís, que durante meses había soñado con aquel momento. William Fenner, que era el segundo de Norris, mandaba el *Aid*, un galeón mucho más pequeño que se había hecho cargo de la escuadra cuya nave capitana, el *Swiftsure*, había largado trapo hacía varios días.

Los contramaestres comenzaron a impartir órdenes:

—¡Levad anclas! ¡Adelante! ¡Ajustad esos cabos!

—¡Largad velas! ¡Esa verga! ¡Vamos, vamos!

—¡Timonel, mantened el rumbo!

—¡Todo a estribor!

Poco a poco aquella inmensa flota se puso en movimiento.

En el puerto una muchedumbre despedía los barcos y decía adiós a aquellos hombres. La ciudad había hervido de actividad durante semanas: acudieron vendedores desde puntos muy alejados llevando toda clase de productos. En las tabernas los galones de cerveza eran consumidos como nunca se había visto, y en cualquier callejón se podían encontrar mujeres dispuestas a fornicar por

cuatro peniques. En la mancebía había que aguardar turno durante horas para poder disfrutar de un coito de veinte minutos escrupulosamente medidos con unas ampolletas de arena que controlaba el encargado del negocio. Allí había que pagar medio chelín, y la mitad más si se le iba a pedir a la moza algún servicio especial. Muchos disfrutaban ofreciendo sus nalgas para que se las azotasen, aunque aquello se hacía de tapadillo porque estaba castigado. Era un vicio muy extendido contra el que clamaban los clérigos, aunque alguno había sido sorprendido disfrutando de unos buenos azotes.

La mayor parte de la gente gritaba entusiasmada, deseándoles un victorioso regreso. Otros lamentaban su marcha porque significaba el final de su negocio, y algunos no podían contener las lágrimas, al ser conocedores de que el mar era misterioso. Se sabía cuándo se partía, pero no cuándo se volvía y si ello era posible.

Un sujeto entrado en años y al que le faltaba un brazo comentaba a una moza con una criatura en el regazo:

—He navegado mucho y nunca he visto una armada como esta. ¡Jamás tantos barcos juntos! Dicen que es mayor que la que traían los españoles…

—¡Van a ajustarles las cuentas a esos papistas!

—¡Ay! —exclamó el hombre con la duda brillando en los ojos—. Los barcos de los españoles están en el fondo del mar. Esperemos que no ocurra lo mismo con los nuestros.

—¡Una armada como esa es invencible! —Aquella afirmación había sonado a su espalda.

El hombre se volvió. Quien había dicho aquello era un sujeto orondo, de baja estatura, que vestía ropas que no estaban al alcance de todos.

—Invencible decían que era la armada de los españoles. No mentéis esa palabra.

Cerca de tres días se necesitaron para que todos los barcos salieran a mar abierto. El *Revenge* marcaba el rumbo:

—Timonel, quince grados a babor —ordenó Drake desde el puente de mando.

El piloto miró a *sir* Francis.

—Señor, ¿quince grados a babor?

—Quince grados —ratificó.

—Significa que nos desviamos de la ruta.

—Nuestro primer destino es Santander.

Al anochecer la armada inglesa seguía impulsada por un viento favorable. Las cosas marchaban bien, incluso mejor de lo previsto. Drake, que se abrigaba con un tabardo forrado de piel, observó desde la proa los últimos y anaranjados destellos de un sol que se hundía en el horizonte. Los días se habían alargado mucho.

Sin embargo, aquella noche el viento roló a levante, soplando con fuerza y levantando un oleaje cada vez mayor. Al amanecer la situación era muy diferente.

—Señor, nos hemos desviado mucho. No es posible mantener la ruta. Si lo hacemos, podemos tener serios problemas.

—¿A qué latitud estamos?

—A cuarenta y siete grados y medio.

En aquel momento llegaron señales desde el barco de Norris.

—Señor, hay aviso desde el *Nonpareil.*

Norris quería una reunión de los jefes de escuadra. Drake y él sostuvieron un pulso sobre dónde tendría lugar. Norris, como jefe del ejército, deseaba que acudieran a su galeón, mas Drake sostuvo que sería en el *Revenge*, y finalmente allí se celebró.

A su camarote llegaron William Fenner y su pariente Thomas Fenner, que era el segundo en el mando de la armada, Edward Norris, hermano de *sir* John, y también acudieron Walter Raleigh y don Antonio de Avís.

—Estamos a poco más de cuarenta y siete grados —indicó Drake, señalando un punto en el mapa—. El viento no nos permite acercarnos a Santander…

—¿A Santander? —El portugués estaba sorprendido.

—Nos dirigimos a ese puerto para asestar un golpe a los barcos que quedaron de la Invencible. La mayor parte están fondeados allí y en sus atarazanas.

—Pero… nuestro destino es Lisboa.

—Destruirlos dejaría indefenso a Felipe II y en Portugal todo resultaría más fácil —respondió Drake y don Antonio asintió, pero había torcido el gesto. Aquello no era lo acordado—. Sin embargo, llegar a Santander no es posible. El viento sopla de levante y nos aleja cada vez más de ese objetivo. Hay que decidir lo que hacemos. Santander está a la misma latitud que La Coruña.

—Si el viento sopla del este —dijo Norris—, lo lógico es poner rumbo a ese puerto. Allí, según la información que poseemos, también ha recalado cierto número de navíos de… la Invencible.

—¿Cuántos barcos españoles regresaron a puerto? —Don Antonio miraba a los reunidos, extrañado de lo que estaba oyendo—. ¿Esa armada no había ido a parar al fondo del Canal?

Entre los marinos ingleses hubo un intercambio de miradas y fue Raleigh quien le dio respuesta:

—Alteza, los españoles no perdieron tantas naves como se ha dicho. Nuestra flota dejó de avistar la suya después de algunos combates donde les hicimos daño. Pero muchos de sus barcos lograron regresar…

—¿La derrota no fue como se ha divulgado?

—Exacto —respondió Drake—. Vuestra alteza sabe que una de las batallas que han de ganarse es la de la propaganda. Derrotar al enemigo en la creencia de que así ha sido ayuda a la victoria. ¡El ánimo en el combate es tan importante como los medios de que se dispone! Pero no nos perdamos en disquisiciones; estamos aquí para decidir lo que hemos de hacer.

Todos, incluido un sombrío don Antonio, votaron navegar a favor del viento. Eso significaba trazar la ruta hacia La Coruña.

—Una vez que hayamos ganado el barlovento, podremos llegar en tres días a nuestro objetivo —pronosticó Drake antes de dar por concluida la reunión.

Acertó de pleno, porque el tres de mayo la armada inglesa fue divisada en Estaca de Bares por los vigilantes del faro. El número de velas que fueron apareciendo por el oeste no se podía contar.

—¡Santo Dios! ¡Toda Inglaterra se nos viene encima!

Encendieron la hoguera e hicieron las señales convenidas al tiempo que enviaban una paloma mensajera con un texto que decía: «Avistadas incontables velas de una flota inglesa. Navega hacia poniente».

Una hora después el marqués de Cerralbo había recibido aquella información.

—Tenemos a los ingleses cerca. Hay que dar aviso a Ferrol, a Muros y a Betanzos. También a Bayona y a Santiago. Todas las guarniciones han de permanecer en estado de alerta. Lo único que no sabemos es dónde asestarán el golpe.

—Excelencia, nosotros estamos preparados —respondió el maestre Toledo—. Quizá sería conveniente situar una compañía aquí. —Señaló el promontorio de Santa Lucía—. Desde ahí entorpecerían mucho el desembarco en toda esta zona.

—Que se dirija allí la compañía del capitán Troncoso.

El día estuvo en La Coruña cargado de tensiones. Se había dispuesto todo para que, llegado el momento, la población se refugiase tras las murallas, en la Ciudad Vieja.

Al amanecer de la jornada siguiente aparecieron las primeras velas en el horizonte. Dos navíos ingleses, que se adelantaron para entrar en la bahía, cometieron la imprudencia de acercarse demasiado a las defensas artilleras de la isla de San Antón y, al tener que retirarse a toda prisa, encallaron en la playa de levante.

Los ingleses aprendieron la lección: se alejaron de los cañones españoles, fondearon lejos de su alcance y con bateles y lanchones comenzaron a desembarcar gente. A media tarde había en tierra más de cuatro mil hombres. La compañía de Troncoso, desde el alto de Santa Lucía, logró frenar momentáneamente su avance causándoles numerosas bajas.

Poco después caía la noche.

Los ingleses habían conseguido desembarcar, pero sufrieron numerosas pérdidas y dos de sus barcos habían encallado.

—Hemos de aprovechar la oscuridad para cerrar el cerco —aventuró uno de los capitanes al coronel que había dirigido el desembarco—. Si logramos aislarlos, la plaza es nuestra.

Aquella madrugada los ingleses se movieron sin obstáculo alguno, pero no pudieron impedir que dos compañías de veteranos que habían llegado desde Betanzos entraran en la ciudad. Al amanecer del día siguiente La Coruña estaba aislada por tierra. Por mar, la poderosa armada inglesa cerraba el paso a cualquier ayuda. El primer obstáculo que tenían por delante era una tapia de mampostería de poco más de tres varas de altura que delimitaba el barrio de la Pescadería.

Por la mañana Cerralbo decidió abandonar ese barrio extramuros, sacando de él todo lo que hubiera de valor. A la Ciudad Vieja llegaron cientos de vecinos de la Pescadería. Quienes tenían familiares se acomodaron en sus casas, y para los demás se habilitaron en las iglesias, en los conventos y en la Audiencia sitios donde alojarlos. Los gremios llamaron a filas a sus miembros y se repartieron arcabuces y mosquetes a todos los que tenían algunas nociones de su manejo, y espadas, rodelas y picas al resto. Aquellos vecinos armados se intercalarían entre los soldados, que serían los encargados de defender los puntos estratégicos de la muralla. Se acumularon grandes cantidades de piedra en los adarves y a las mujeres se les encomendaron los suministros de pólvora y la recarga de los arcabuces. A los ancianos y a los niños se les buscó refugio en las bodegas y en los sótanos de los conventos. Cerralbo ordenó dejar una compañía en la Pescadería, al mando de los capitanes Troncoso y Monsalve, para hostigar a los ingleses.

—Protegerla es una locura —protestó uno de los maestres de campo—. Ellos son muchos más. Debemos concentrar nuestra defensa tras los muros de la ciudad.

—Entorpeceremos su avance. Luego esos hombres se retirarán.

—Excelencia, ¿qué haremos con el *San Bernardo*? Se encuentra en la playa, lo están carenando.

—Lo incendiaremos. Así no podrán aprovechar nada.

Gracias a la artillería de uno de los fuertes que protegían la muralla, que no dejó de disparar manteniendo al enemigo a resguardo, se le prendió fuego. Desde las murallas los coruñeses veían arder el galeón.

En la bahía, aunque manteniendo la distancia, hubo intercambio artillero entre los navíos españoles y la armada inglesa. A pesar de la oposición, los ingleses pudieron avanzar sobre el muro de la Pescadería. Nada podían hacer los grandes galeones españoles, pero sí la *Diana* y la *Princesa*. Las dos galeras se acercaron, pero incomprensiblemente, después de realizar algunos disparos, se retiraron aproando hacia la salida de la bahía.

—¿Qué demonios están haciendo? —Cerralbo no comprendía aquel movimiento—. ¿Adónde van?

—Se retiran, señor.

—No me extraña. Quienes las mandan no tienen agallas —dijo un sargento de frondosos mostachos que empuñaba un arcabuz—. Esas galeras formaban parte de la Gran Armada y regresaron a puerto a los pocos días de haber zarpado. Sus capitanes dijeron que habían perdido la estela de la flota.

—¡A Pantoja y a Palomino habrá que pedirles cuentas en su momento!

Poco antes del anochecer llegó una pésima noticia:

—Excelencia, el *San Juan* no resistirá otro día. Ha recibido tres docenas de impactos y el agua entra a raudales. Podrían taponarse, pero apenas le queda munición. Se ha batido durante todo el día con cinco barcos enemigos a los que ha mantenido a raya. Parece que los ingleses tienen fijación con él.

—Drake sabe que ese era el galeón del almirante Recalde, que en dos ocasiones lo obligó a huir con el rabo entre las piernas —dijo el maestre Mexía—. Apoderarse del *San Juan* y saquearlo a placer supondría un gran triunfo para ese pirata.

Al día siguiente, muy de mañana, los españoles sacaron todo lo que pudieron del galeón. El capitán que dirigió los trabajos dio luego órdenes muy precisas antes de arriar la bandera de combate. Drake fue advertido de aquello y subió a toda prisa al puente de mando del *Revenge*. No daba crédito a lo que veían sus ojos. Los españoles habían arriado la enseña de batalla y los últimos hombres abandonaban el barco.

—¡Hay que apoderarse de él! ¡Es el mejor trofeo que podemos tener!

Cuatro bateles cargados de hombres se dirigieron hacia el *San Juan*. Desde las troneras del castillo de San Antón se hicieron algunos disparos, que no impidieron a los ingleses subir a bordo. Instantes después sonaba la explosión inicial. La mecha se había consumido y estallaba el primero de los barriles de pólvora, al que siguieron, uno tras otro, una docena más, colocados estratégicamente.

Al tiempo que el *San Juan* saltaba por los aires, los ingleses volaban despedazados.

Drake, desde el *Revenge*, asistía impotente a los resplandores que llenaban la bahía coruñesa.

—¡Era una trampa! ¡Malditos españoles!

Desde las murallas, Cerralbo comentó al maestre Toledo:

—El *San Juan* no podía caer en sus manos. El almirante Recalde, después de muerto, le ha ganado a ese pirata su última batalla.

Los ingleses, encorajinados, prepararon el ataque a la Pescadería. Norris trazaba la estrategia:

—Atacaremos con tropas que llegarán a la playa en lanchas al mismo tiempo que acometemos el muro. Será simultáneamente. También arremeteremos contra este castillo. —Señaló en un mapa la fortaleza de San Antón—. Desde él nos están haciendo mucho daño. Si cae, la ciudad será nuestra. ¿Alguna duda?

—Señor, ¿desembarcamos algunas culebrinas para batir el muro antes del asalto?

—Desde luego.

Aquella tarde los ingleses pusieron en marcha su plan.

Los defensores de San Antón hicieron frente a cuatro barcos que descargaban sobre él su artillería. Desde la fortaleza se respondía a la embestida.

Apostados en las murallas de La Coruña, los españoles observaban el ataque.

—Quieren apoderarse a toda costa de San Antón.

—Si lo consiguen estamos perdidos. Desde allí podrían bombardearnos a placer.

Mientras tanto se desplegaba la otra parte de la estrategia trazada por Norris. Una docena de barcas atestadas de soldados armados hasta los dientes se acercaba a la playa. Lograron poner pie en tierra junto a la iglesia de San Jorge, donde establecieron una cabeza de puente. En el muro, los primeros intentos de asalto fueron repelidos por los españoles, pero estos se dieron cuenta muy pronto de que estaban cayendo en una tenaza mortal.

Troncoso y Monsalve ordenaron la retirada. Pero antes, tres jóvenes soldados corrieron hacia un humilladero y recogieron, para ponerla a salvo, la imagen de un crucificado del que los coruñeses eran muy devotos.

—Esos herejes son capaces de quemarlo.

La caída de la noche estuvo llena de angustias. Los españoles se retiraban hacia las murallas atravesando callejas y callejones en medio de la oscuridad sólo rota por los destellos de los disparos, al tiempo que combatían contra los ingleses que ya habían saltado el muro. El capitán Monsalve con algunos de sus hombres protegió la retirada del resto y lucharon cuerpo a cuerpo. Muchos, incluido el capitán, pagaron con su vida, pero lograron que el repliegue se hiciera ordenadamente.

La lucha en la Pescadería, cuya defensa era muy complicada, había supuesto un alto precio. Entre muertos, heridos —muchos fueron rematados por los ingleses— y prisioneros, las bajas eran más de trescientas, incluidos los vecinos que no habían logrado ponerse a salvo.

Fue una noche triste. En La Coruña se derramaron muchas lágrimas. Ahora todo dependía de la resistencia del castillo de San Antón, de sus murallas y de la fortaleza que mostraran sus defensores.

En plena noche el marqués de Cerralbo organizó, con los maestres Mexía y Toledo, la defensa de las murallas. Hasta la sala de juntas de la Real Audiencia donde estaban reunidos llegaban los lamentos. Muchos hombres lloraban la muerte de algún hijo o de su

anciano padre, que no había podido llegar al resguardo de aquellos muros, y también las mujeres que habían perdido esposos o hijos.

—Encomendaremos la defensa de este sector a las compañías llegadas de Betanzos. Aquí intercalaremos vecinos y soldados para proteger este lienzo de muralla. En esta zona, que es la parte más débil, se situará lo que queda de las compañías de Troncoso y Monsalve.

—Habrá que tomar medidas contra las minas —indicó el maestre Toledo—. Buscarán abrir un boquete por donde entrar en la ciudad.

—¿Dónde creéis que lo harán?

—No lo sé, excelencia. Habrá que vigilar sus movimientos para saber dónde trabajan sus zapadores. Terraplenaremos esa zona. Si la muralla se derrumba estamos perdidos porque nos superan en número.

—Por lo que he podido observar —señaló Mexía— no bajan de cinco o seis mil los hombres que han desembarcado. Son cuatro veces superiores a nosotros. Nuestra única ventaja son las murallas. Si abren brecha…

—Cuando amanezca tomaremos nuevas disposiciones.

A continuación, Cerralbo se reunió con los oidores y sus familias y les ofreció marcharse en un patache.

—Excelencia, agradecemos vuestra propuesta —respondió el oidor más antiguo—. Sólo se marcharán nuestras familias y las que puedan embarcar. Nosotros hemos decidido que nuestro sitio está en la muralla.

Capítulo LV

LOS ÁNIMOS estaban decaídos, pero los ingleses no aprovecharon aquel momento de debilidad porque prefirieron aplicarse al saqueo de la Pescadería. Estaban cobrándose cumplida venganza de lo ocurrido en el *San Juan.*

Dedicaron aquella noche a descerrajar puertas y robar todo lo que encontraban. Las barcas en las que habían llegado regresaban a sus naves cargadas con las cosas más variadas y que no habían podido ser retiradas. Desvalijaban las viviendas y a muchas les prendían fuego. Los templos tampoco escaparon a su furia. Quemaron imágenes que les sirvieron, después de trocearlas, como combustible para las hogueras que encendieron.

En una casa de la calle Real, la del canónigo Laborda, en el corazón de la Pescadería, Drake y Norris celebraban el éxito. Brindaban con el vino de la bodega del canónigo y daban cuenta de sus viandas.

—¡Esto es cosa hecha! —proclamó Drake alzando su copa.

—¡Mañana La Coruña será nuestra! —vaticinó Norris.

Los oficiales que los acompañaban también alzaron sus copas.

En muchas casas los soldados ingleses se bebían el vino y el orujo que encontraban y daban cuenta de todo lo que había en despensas y alacenas. La mayoría acabaron borrachos.

El marqués de Cerralbo, acompañado de los oidores y los maestres de campo, buscó calmar el desaliento. Corría el rumor de que el enemigo se había apoderado de una parte de la muralla y esperaba el amanecer para entrar en la ciudad. Lo logró a medias. Fue importante ver a los oidores de la Audiencia, porque otra de las historias que circulaban era que habían abandonado La Coruña.

Dieron las siete en el reloj de la Audiencia y el sol empezaba a despuntar. Con el amanecer muchos coruñeses se agolparon en las murallas y contemplaron un espectáculo desolador: unas casas de la Pescadería ardían, otras eran saqueadas, y algunos vieron cómo su hogar era derribado para construir trincheras con los cascotes, piedras y maderos. El único consuelo que les quedaba era que muchas viviendas de la Ciudad Vieja habían abierto sus puertas para acogerlos y procurarles calor.

El marqués de Cerralbo observaba el estado de las cosas con la amargura reflejada en el rostro. El maestre Mexía se había equivocado en sus cálculos: allí no había cinco o seis mil hombres. Calculando por lo bajo serían cerca de diez mil y habían cortado todos los accesos, por lo que no podrían recibir refuerzos.

Llevaban unos minutos sonando las campanas de la Colegiata, la principal iglesia de la ciudad, cuando llegó el capitán Troncoso —gracias a la valerosa actuación de sus hombres en la Pescadería se habían salvado muchas vidas—, lo saludó militarmente y le comunicó:

—Excelencia, requieren vuestra presencia en las casas del cabildo.

—¿Qué ocurre?

—Os traigo el mensaje que me han dado.

Cerralbo se temió lo peor. Aquel aviso y el continuo sonar de las campanas no anunciaban nada bueno. Era posible que el corregidor, viendo lo nefasto de la situación, hubiera decidido que lo mejor sería entregar la ciudad.

Se le unieron en el trayecto los dos maestres de campo, quienes habían estado en la muralla organizando la defensa, y varios oidores. Cuando llegaron a la plaza que se abría ante las casas del

cabildo, la encontraron abarrotada de gente. Vieron rostros serios, ojos enrojecidos por el llanto o por una noche de vela. Allí estaban los vecinos: toneleros, esparteros, alfareros, tejedores, zapateros, curtidores, sastres… Había maestros, oficiales, aprendices y viejos soldados dispensados, por su edad, de apostarse en la muralla, empuñando viejas espadas, antiguas rodelas y armados con coseletes. Alguno se había calado un morrión. También mujeres, muchas mujeres, unas con la cabeza cubierta con un pañuelo anudado a la barbilla y otras con la melena suelta. Algunas aferraban cuchillos de los que tenían en sus casas, manos de almireces y los rodillos con que extendían la masa de las empanadas.

Al llegar a la puerta del cabildo encontraron al corregidor. Estaban los regidores, los párrocos, los priores de los monasterios, los síndicos de los gremios… y los responsables de la milicia vecinal. Un alférez empuñaba la enseña de La Coruña y otro el estandarte real.

Allí estaba la ciudad toda, y se habían reunido porque estaban dispuestos a resistir.

—Excelencia, mientras nos quede un hálito de vida, aguantaremos —le dijo el corregidor sin preámbulos—. Ese es el acuerdo del cabildo.

El deán de la colegiata de Santa María añadió:

—Ese es también el del cabildo eclesiástico y de los monasterios.

El síndico mayor, que representaba a los gremios de la ciudad, declaró que los suyos se sumaban a aquella decisión.

El miedo vivido aquella noche había mutado en una voluntad de resistencia, influida por lo que contaban los vecinos de la Pescadería refugiados allí.

El grito de un soldado hizo que cesasen los murmullos de la muchedumbre allí congregada.

—¡Están llegando! ¡Son muchos!

Hubo un momento de duda. El temor a que fueran los ingleses… El soldado se abría paso como podía entre el gentío. Cuando llegó finalmente donde estaba Cerralbo, jadeaba sudoroso.

—¡Están al otro lado del istmo!

—¿Quiénes?

—¡Los nuestros! ¡Son muchos!

La noticia despertó el entusiasmo. Era el conde de Altamira al frente de varias compañías organizadas a toda prisa en Santiago —donde se habían alistado muchos estudiantes de su universidad—, en Betanzos, en Muros… Se trataba de soldados veteranos y vecinos. Más de mil. El arzobispo de Santiago había pagado la pólvora, las municiones y todo el armamento que se encontró: Galicia no se había olvidado de La Coruña. No podrían entrar en la ciudad porque los ingleses habían cerrado el cerco, pero hostigarían al enemigo, que se vería obligado a atender ese frente.

El domingo siete de mayo comenzó el asedio. Los ingleses habían logrado instalar un cañón en el campanario del convento de los dominicos, que estaba extramuros. Desde allí podían hacer mucho daño. El maestre Mexía ordenó terraplenar un bastión próximo para emplazar dos cañones.

—¡Que Dios y santo Domingo nos perdonen!

El artillero a cuyo cargo quedaron las dos piezas fue ajustando el disparo hasta centrarlo en el objetivo: destruir el campanario del convento.

Poco después logró que volara por los aires.

Entonces los ingleses cavaron una trinchera y plantaron una batería frente a la muralla. Aquellos cañones, de mucho más calibre que el subido al campanario, eran capaces de hacer un gran destrozo. El cerco se estrechaba y las dificultades de los defensores aumentaban.

El sonido del redoble de un tambor llegó hasta las murallas y poco después aparecieron unos soldados ingleses. Junto al tamborilero, uno empuñaba una bandera blanca y otro llevaba un pliego.

En medio de un silencio que sólo rompía el graznido de las aves, el inglés intimó a que la ciudad se entregase. Valiéndose de un embudo para aumentar la potencia de su voz dio lectura a la propuesta:

—«*Sir* Francis Drake y *sir* John Norris, generales de la armada y el ejército, conminan a las autoridades de esta ciudad a que la entreguen para que pase a ser dominio de nuestra reina. Prometiendo que, si tal cosa se cumpliera, usarán de la mayor clemencia, sin tener en cuenta la grave afrenta que le hicieron lanzando una armada contra su reino el pasado año. Y que, no queriendo entregar la plaza, usarán de todo el rigor de la guerra, y que la habrán de tomar en el plazo de dos días».

La respuesta fue un disparo de arcabuz.

Una hora después se desató un intenso cañoneo entre atacantes y defensores. Era más el ruido que el daño.

Lo que no sabían en la ciudad era que los zapadores ingleses llevaban veinticuatro horas cavando un subterráneo. Lo habían comenzado a muchas varas de la muralla para que no se descubriera el artificio, con el propósito de colocar doscientas libras de pólvora en el pie de uno de los cubos del muro. Sus ingenieros calculaban que volaría el torreón, y su artillería completaría la brecha por la que entraría la infantería.

—Excelencia, el cañoneo a que someten la puerta del Aire señala que han practicado una mina en esa zona —advirtió un capitán de zapadores a Cerralbo—. Habría que terraplenar esa parte de la muralla.

Tres días después el trabajo estaba hecho.

—Demasiada calma. No es normal —comentaba el capitán Troncoso—. ¡Esos herejes traman algo gordo!

—Es posible que estén terminando de preparar la galería.

—Habrá que redoblar la vigilancia. Aunque se ha terraplenado bien toda esta parte, la muralla quedará muy debilitada.

Al amanecer del día siguiente proseguía la quietud. Por la ciudad había empezado a correr un rumor:

—Los ingleses tienen terminado el subterráneo y lo explotarán hoy —decía un alfarero con cuyas ollas se habían hecho alcancías de fuego.

—También se lo he oído decir a un alférez de la compañía de Troncoso —corroboró un mosquetero del tercio de Mexía.

Uno de los centinelas dio la alarma poco después del mediodía.

El maestre Toledo acudió a toda prisa.

—Señor, hay mucho movimiento. Se están congregando en Santo Domingo.

—Preparan el asalto. ¡Capitán, todo el mundo sobre las armas! ¡Van a hacer estallar la mina!

La tensión era máxima. Quienes no estaban en la muralla o en otras misiones se habían refugiado en los templos, donde se rezaba continuamente.

Por un momento la agitación en la Pescadería cesó. Era la calma que solía preceder a las tormentas.

Poco después una fuerte explosión sacudió la ciudad. Las piedras volaron, pero la mayor parte cayó fuera de la muralla. Cuando se disipó la tremenda humareda, los gritos de júbilo estallaron con fuerza.

—¡La mina les ha reventado en las narices!

El temido asalto no se produjo. Entre los ingleses aquel fallo fue un mazazo. Muchas de las piedras que volaron cayeron sobre ellos y las bajas fueron numerosas.

Aquella noche logró penetrar en la ciudad un soldado enviado por el conde de Andrade, que había sustituido al de Altamira al mando de las tropas que se encontraban al otro lado del istmo y dominaban el alto de Zapateira.

Andrade proponía a Cerralbo introducir varias compañías en la ciudad desembarcando en la ensenada de las Lapas, que no controlaban los ingleses.

—Si la respuesta de vuestra excelencia es afirmativa, que enciendan dos fuegos con una diferencia de media hora en la Torre de Hércules.

Así se hizo y Andrade preparó dos galeras para el transporte de los hombres aquella misma noche. Se aprovecharía la oscuridad —la luna apenas era una delgada línea que crecería los días siguientes— y la ayuda de unos prácticos conocedores de los arrecifes y los peligrosos bancos de arena. Entre la una y las tres de la madrugada, en la pequeña ensenada de las Lapas, aguardaría medio centenar de

hombres para ayudar al desembarco. La espera resultó inútil: las galeras no aparecieron y el deseado refuerzo no se produjo.

Los zapadores ingleses continuaron su trabajo. Achacaban el fracaso a que se había rematado la mina demasiado lejos de la base del cubo que se pensaba derrumbar. Ahora aproximarían el subterráneo hasta su base y colocarían una cantidad de pólvora mucho mayor. Mientras hacían su labor, Norris ordenó que todos sus cañones batieran otro punto de la muralla. Aquel castigo lograba que se desmoronase poco a poco. Los muros perdían altura y hacían que su defensa fuera cada vez más difícil.

—Van a lanzar el asalto simultáneamente por dos sitios —aventuraba el maestre Mexía sobre un plano de la ciudad—. Atacarán por aquí, donde están debilitando nuestras defensas con su artillería, y por aquí. —Señaló el lugar, junto a la puerta del Aire, donde había explotado la mina.

—¿Creéis que prosiguen con su intento? —Cerralbo se acariciaba el mentón.

—Sin duda, excelencia. Han invertido mucho esfuerzo y les ha fallado porque colocaron las cargas demasiado lejos de la torre. Es lo que me ha dicho el capitán Dávila, que ha dirigido compañías de zapadores. Está convencido de que alargarán el túnel hasta llegar a la base de la muralla.

—No podemos estorbarlo porque trabajan bajo el suelo —indicó el marqués, que parecía resignado con las consecuencias de aquello.

—La única contramedida es terraplenar más esa parte de la muralla.

—¿Servirá para algo?

—Es lo único que podemos hacer, además de acudir a la brecha con nuestros mejores hombres después de que todo vuele por los aires.

El marqués soltó un suspiro. Sus ojeras señalaban el peso de la responsabilidad y la falta de sueño. Hacía diez días que aparecieron los ingleses y apenas había tenido un descanso, como gran parte de los hombres que defendían la muralla y de las mujeres que no habían dejado de acarrear tierra, piedras y fajinas. Hicieron un gran

trabajo para reforzar la muralla, buscando que la brecha de la explosión permitiera seguir defendiéndola. Esto fue encomendado a las compañías de Troncoso y Manrique.

Los capitanes trazaron la estrategia:

—En la muralla sólo quedarán los hombres de vigilancia. El resto, a cubierto en las casas de la calle Herrerías, con las armas prevenidas y las mechas encendidas —indicaba Troncoso a los cabos — para ocupar su puesto en cuanto cese la lluvia de tierra y piedras.

—A la orden, mi capitán.

—¡Sin perder un instante! —añadió Manrique.

Poco después del mediodía cesaron los disparos de la artillería inglesa.

El silencio que se hizo incluyó a los pájaros que sobrevolaban el lugar, como si intuyeran lo que se venía encima.

La explosión sacudió toda la ciudad. Las casas temblaron, las paredes se resquebrajaron y volaron las tejas. La polvareda no permitía ver lo ocurrido, pero se sabía que el cubo de la muralla que había junto a la puerta del Aire y el lienzo de aquella parte se habían derrumbado. Los cabos llamaban a los hombres a la zona en medio de la nube de polvo. Cuando este se hubo asentado, el espectáculo que apareció ante sus ojos era infernal.

—¡Santo Dios! —exclamó Troncoso.

Docenas de cadáveres de soldados ingleses yacían entre los escombros. Los heridos, que eran muchos, estaban atrapados entre los cascotes. Sus lamentos helaban la sangre.

—¡Dávila tenía razón! ¡El terraplén ha derrumbado la muralla, pero lo ha hecho hacia fuera! ¡La lluvia de piedras ha caído sobre ellos!

Los ingleses eran víctimas de su propia mina. Enfurecidos, se lanzaron al asalto. Los soldados españoles habían tomado posiciones entre las ruinas. El ataque buscaba penetrar por la brecha abierta, pero los arcabuceros españoles no dejaban de disparar, causándoles numerosas bajas. Mientras tanto las mujeres decidieron por su cuenta acudir con fajinas a taponar el boquete para dificultar la entrada del enemigo.

Dos horas después los ingleses se retiraban. Habían dejado más de cuatrocientos cadáveres entre los restos de aquella parte de la muralla. Las pérdidas españolas eran muy inferiores: doce muertos y veintiséis heridos.

Aquella victoria compensaba la pérdida de la Pescadería y levantaba los ánimos de los defensores.

Capítulo LVI

LA NOTICIA del ataque a La Coruña había llegado a El Escorial.

A Felipe II le produjo gran preocupación. Si los ingleses se apoderaban de ella, tendrían una magnífica base para lanzar desde allí ataques a las flotas de Indias, que quedarían al alcance de sus acciones.

Había escrito al presidente del Consejo de Castilla indicándole que se enviaran ocho compañías:

> *Vuestra Excelencia dará orden de que se dirijan sin pérdida alguna de tiempo, para asistir en la defensa de la ciudad de La Coruña, atacada por los ingleses, las compañías que hay de reserva en Salamanca, Ciudad Rodrigo, Toro y Zamora. Se les asistirá con los gajes de costumbre y se dará una ayuda de costa de dos ducados a cada hombre.*

El rey acababa de recibir a fray Ambrosio de Morales, que le traía unos papeles que Felipe II recibiera en aquellas circunstancias al historiador cordobés, que había terminado de escribir la continuación de la *Crónica General de España* que dejó inconclusa Florián de Ocampo, señalaba que el interés del monarca por la historia y los libros no quedaba olvidado. Dos días antes Arias Montano, que seguía a cargo de la biblioteca monacal, le había mostrado dos obras extraordinarias llegadas de Venecia. Se trataba de dos manuscritos

griegos: el *Timeo* de Platón y una copia de un texto de Aristóteles comentada por Juan Argirópulo. El rey se los mostró al jerónimo cordobés, que los hojeó con verdadera devoción. Pasaba las páginas con mucho cuidado, como si temiera dañarlas al oír el crujir del pergamino.

—Majestad, ¡el *Timeo* de Platón, del que sólo se tenían referencias y se consideraba perdido!

La visita de fray Ambrosio de Morales se prolongó durante más de una hora. Al monarca le gustaba hablar de libros, de grabados, de pinturas y de reliquias con quienes eran eruditos. Además, ello lo ayudaba a olvidarse por un rato de los graves problemas a los que debía hacer frente.

En Lisboa ya se habían reforzado las guarniciones de las fortalezas que custodiaban el estuario del Tajo. A San Julián de la Barra y a Belém se llevaron más cañones y grandes cantidades de balas y pólvora. En la capital se colocaron planchas de hierro en las puertas de la muralla y se aseguraban algunos lienzos. Se procedió a la limpieza del exterior de los muros, convertidos en estercoleros a causa de la acumulación de las grandes cantidades de basura que muchos vecinos arrojaban allí. Por algunos sitios había más de dos varas de porquerías. La muralla ganó en altura de forma considerable al sacar de allí cientos de carretadas. Pero lo más importante se llevó a cabo en el castillo de San Jorge, donde se colocó una docena más de cañones, llevados de dos de los barcos surtos en la Ribeira das Naos. Por las troneras de aquella fortaleza, que era la principal defensa de Lisboa, asomaban amenazantes sus bocas.

Se había dispensado el cobro de las alcabalas a todos los alimentos que entraran a la ciudad. Aprovechando el ahorro que suponía no tener que pagarlas entraron numerosos carros cargados con sacos de harina, recuas con odres de vino y de aceite, serones rebosantes de quesos, sacos de almendras, barriles de arenques en salazón y una cantidad de bacalao seco como jamás se había visto.

Los rumores que se esparcían habían llevado a multitud de vecinos a abandonar la ciudad. Algunos fueron a las quintas que

poseían en el campo, y muchos a otras localidades donde vivían parientes. Casi todo el que podía puso tierra de por medio por temor al ejército inglés, del que se decía formaban más de cincuenta mil hombres.

El desastre que supuso la explosión de la mina y el intento de asalto había animado a los defensores de La Coruña. Pero la muralla tenía abiertas dos brechas y sería complicado defenderlas cuando llegara el siguiente ataque.

Cerralbo decidió dar descanso a los hombres del capitán Troncoso que con tanto ardor habían protegido la puerta del Aire. Un servicio de guardia daría la alarma en cuanto viera movimiento en el campo inglés.

—Lo más preocupante, excelencia, son las condiciones en que se encuentra la muralla oriental —indicó el maestre Toledo—. Si nos atacan por allí, además podrán utilizar el convento de los franciscanos como cuartel.

—Habrá que cuidar mucho la vigilancia de esa parte.

—Pero la clave está en la puerta del Aire —señaló el capitán Troncoso—. Su artillería vuelve a batirla. Han desaparecido los pocos merlones que la mina había dejado en pie. ¡Están desmochándola poco a poco sin que podamos hacer nada por evitarlo!

—¿Lanzarán por ahí el siguiente asalto? —preguntó Cerralbo.

—Es casi seguro, excelencia. Debemos colocar a nuestros mejores hombres y esperar un milagro.

La noche estuvo cargada de tensiones y trabajos. Se arrimó toda la fajina que se pudo a la brecha de la puerta del Aire. Las mujeres no descansaron un solo instante. Con sus manos arrancaban piedras de las casas que habían sufrido las consecuencias del bombardeo enemigo. Llevaron montones al adarve, y también vigas de las viviendas destruidas. Todo lo que podía utilizarse para la defensa era bueno.

En las iglesias, abarrotadas de gente, se rezaba sin cesar. Muchos pedían el milagro del que había hablado el capitán Troncoso.

Poco después del amanecer del catorce de mayo los centinelas observaron mucho movimiento en la Pescadería. Dos horas más

tarde estaban formadas siete compañías con las banderas desplegadas, dispuestas para acometer la muralla. El redoble de los tambores anunció que el momento había llegado. Los arcabuceros españoles se acodaron entre las piedras con sus armas preparadas.

Los ingleses se lanzaron al asalto con furia y los recibió una rociada de disparos que causó numerosas bajas, pero no cejaron en su empeño. Continuaban ascendiendo por la pendiente, a costa de grandes pérdidas, hasta llegar al cuerpo a cuerpo con los españoles, que, sabedores de que no podían ceder un paso, aguantaban. La carnicería era grande.

Sonó el redoble de un tambor inglés que mandaba replegarse.

—¡Retirada! ¡Retirada!

Cerca de doscientos cadáveres de los atacantes sembraban el talud. Los heridos eran muchos más.

Las bajas españolas eran también numerosas. Cada hombre que caía no tenía repuesto. Los heridos, más de una cincuentena, fueron llevados a la Colegiata, cuyo claustro se había convertido en un improvisado hospital de campaña.

—Lanzarán la siguiente oleada con tropas de refresco en pocos minutos para no darnos descanso —decía el capitán Troncoso, sosteniendo su acero ensangrentado que goteaba por la punta.

—A ver si podemos resistirla —respondió un cabo con la cara tiznada por los disparos de su arcabuz.

Los soldados españoles ofrecían un aspecto lastimoso. Tenían la ropa llena de rotos, los coseletes abollados, los coletos ensangrentados… Estaban desgreñados y con los rostros ennegrecidos, como salidos del averno.

Los ingleses tardaban en lanzar el ataque. Troncoso sospechaba.

—Están tramando algo. Esto no es normal.

—¡Allí, mi capitán! ¡Mirad allí! —El arcabucero señalaba los bateles que se acercaban al islote de San Antón.

—Eso era lo que estaban preparando. ¡Quieren conquistar el castillo! Si se apoderan de él estamos perdidos.

—¡Son por lo menos veinte barcazas! —exclamó otro soldado.

—¡Son más, muchas más de veinte! ¡Ved las que aparecen detrás de aquellos barcos!

Efectivamente, cuarenta barcazas llenas de soldados ingleses armados hasta los dientes atacaban el islote. Después de las graves pérdidas que había sufrido en el asalto anterior, Norris sabía que, si se apropiaba de San Antón, La Coruña caería en sus manos. También lo sabían los españoles, por lo que se aprestaron a defenderlo con todo lo que tenían.

Minutos después les llegó el sonido del redoble de los tambores. Otra oleada de ingleses, protegidos por los disparos de sus cañones y por los arcabuceros que apuntaban desde las ventanas de Santo Domingo, se lanzaba al ataque. Los españoles se disponían a resistir y, llegado el momento, a vender caras sus vidas. Tenían el apoyo de sus dos cañones, pero ahora no contaban con la importante ayuda que suponían los del fuerte de San Antón, que bastante tenían con hacer frente a los barcos que lo atacaban.

El combate empezaba a librarse en los dos frentes.

La falta de hombres en la muralla fue suplida por algunas mujeres, que comenzaron a arrojar piedras sobre los soldados ingleses, mientras que otras habían decidido por su cuenta permanecer en lo que quedaba del adarve. Recargaban arcabuces y mosquetes para que los defensores no dejaran de disparar.

Cerralbo, ante el ataque masivo que se desencadenaba sobre la puerta del Aire, había ordenado que parte de los hombres apostados en la muralla de levante se desplazaran para defenderla. Sin embargo, cuando se disponían a marchar comprobaron que por aquella zona, muy estrecha porque la muralla quedaba a poca distancia del acantilado, salvo en un rellano donde se alzaba el convento de San Francisco, avanzaban dos compañías de ingleses.

—Puede que sea sólo un movimiento de distracción, pero si desprotegemos la muralla podrían colarse por aquí.

El refuerzo a los defensores de la puerta del Aire no se materializó. Los ingleses, aunque sufrieron algunas bajas, llegaron al convento de los franciscanos.

En la puerta del Aire el enemigo trepaba por el talud a costa de sembrarlo de muertos. Los arcabuceros españoles no dejaban de disparar gracias a la ayuda prestada por las mujeres. Un cañonazo alcanzó la batería de la derecha, que se había montado sobre lo que quedaba del torreón volado por la mina. Destruyó los dos cañones y acabó con la vida de los artilleros. Un grupo de atacantes se percató de que aquella zona se había quedado sin defensores.

—¡Por allí! ¡Suben por allí! —gritó una de las mujeres que recargaban los arcabuces, señalando la parte del talud que había quedado desprotegida y por donde varios soldados ingleses, dirigidos por un alférez que empuñaba la bandera de su unidad, trepaban a toda prisa para coronar la muralla.

La advertencia llegó a unas mujeres que amontonaban piedras y acumulaban fajina.

—¡Vamos a por ellos! —gritó una con la melena suelta y la decisión brillando en los ojos—. ¡Esos herejes no entrarán en La Coruña!

Agarró una espada que estaba en el suelo, corrió hacia donde llegaban los ingleses y, cuando el alférez iba a plantar la bandera —lo que significaría que habían alcanzado la muralla—, le tiró una estocada que lo atravesó de parte a parte.

—¡En La Coruña no se entra así! ¡Primero se pide permiso! —Al tiempo que gritaba aquello tiró de la espada.

El alférez, que se agarraba al mástil de la bandera, miraba a la mujer con ojos desencajados mientras las fuerzas se le escapaban por la herida. Soltó la bandera, hincó las rodillas y cayó de bruces, sin vida.

Hubo un momento de duda a un lado y otro de la muralla. Los soldados ingleses, al ver caer a su alférez, quedaron paralizados. Las mujeres miraban a quien había acabado con el inglés.

—¡¿Es que vamos a quedarnos mirando a María?! —gritó una que sostenía una piedra en cada mano—. ¡Vamos a por ellos!

Se lanzaron en tromba, como si su grito fuera una orden de zafarrancho. Agarrando lo que tenían a mano se precipitaron sobre los ingleses, que sorprendidos se retiraban entre los escombros. Los

que trepaban talud arriba dudaron al ver que sus compañeros retrocedían, y la confusión se apoderó de los asaltantes. Bajo el fuego de los arcabuceros, que parecían muchos más porque no dejaban de disparar, y gracias a la labor de las mujeres, el enemigo se replegó de nuevo entre los gritos de júbilo de los españoles.

El capitán Troncoso, que una vez más había dirigido la defensa de aquel bastión, miró a la mujer que empuñaba en una mano una espada y en la otra sostenía la bandera que el alférez inglés había querido colocar en todo lo alto.

—¿Quién es? —preguntó al alférez que estaba a su lado, con una herida en el hombro de la que manaba un hilillo de sangre.

—No lo sé, señor.

Esquivando los cascotes y las piedras que habían constituido los merlones de la muralla, se acercó a ella.

—¿A quién tengo el honor de saludar? ¿Cuál es vuestro nombre?

—Me llamo María, María Pita. Soy vendedora de pescado en el mercado de la plaza Mayor.

—Sois toda una señora. La Coruña os debe mucho.

En la bahía se combatía con furia. Desde los barcos ingleses se disparaban los cañones sobre San Antón buscando abrir brecha para que los soldados pudieran poner pie a tierra. La artillería del castillo respondía al fuego mientras los arcabuceros, veteranos muy curtidos, disparaban sobre las barcazas para impedir que el enemigo desembarcara. Cuando los cañones de la parte alta de La Coruña, que no batían la Pescadería para evitar daños mayores en las viviendas y los almacenes, abrieron también fuego contra las barcazas, los ingleses supieron que la conquista de San Antón debía quedar para otro día.

Aquella noche el general Norris recibía los partes de sus oficiales.

—Señor, las bajas son numerosas —le informaba el coronel Sidney, que había mandado el ataque a la puerta del Aire.

—¿Cuántos hombres hemos perdido?

—Están contabilizados cuatrocientos doce, incluyendo los desaparecidos. Algunas compañías han quedado muy mermadas.

Los heridos, de consideración muy diversa, se elevan a setecientos. Entre los muertos, señor, está el coronel Spencer.

Sir John Norris golpeó la mesa con el puño.

—¡No creí que fueran a resistir! ¡Malditos españoles!

—Incluid también a sus mujeres, señor. Tienen al menos tantas agallas como sus hombres.

—Esto empieza a cobrar dimensiones de desastre —dijo Drake, que no dejaba de beber—. Hemos perdido nueve barcazas frente a los peñascos de ese islote. El único consuelo —añadió dando otro trago— es que ocho eran de las que habíamos cogido en la playa.

—Pero los hombres que iban en ellas, señor, eran soldados nuestros. Quizá ha llegado el momento de levar anclas y marchar sobre Lisboa.

—¡Ni hablar! —replicó Drake, cuyas diferencias con Norris eran cada vez mayores.

—¿Qué proponéis?

—Si no podemos entrar en La Coruña marcharemos sobre Santiago. La ciudad carece de las murallas que esta tiene y los tesoros que allí se guardan son incalculables.

Norris pensó que no era mala idea. Sobre todo, porque apoderarse de la ciudad donde los españoles decían que estaba la tumba del apóstol Santiago podía suponer un golpe mortal para ellos, que entraban en combate invocando su nombre.

Capítulo LVII

EN SANTIAGO se tenían noticias de la resistencia de La Coruña y se temía que los ingleses buscaran resarcirse del fracaso cosechado atacando la ciudad santa. El arzobispo, Juan de Sanclemente, había tomado algunas disposiciones y mantenía contacto con el rey, a quien escribía a diario para darle cuenta de lo que ocurría en Galicia. El conde de Altamira había regresado a Santiago, dejando al de Andrade el mando de las tropas que ocupaban el alto de Zapateira y un puente que quedaba al otro lado del istmo que controlaban los ingleses desde que habían desembarcado, y que llevaba al camino que conducía hasta Compostela, a poco más de trece leguas.

Si el enemigo decidía marchar sobre Santiago como había propuesto Drake y Norris no descartaba, se plantaría a sus puertas en un par de días.

Las tropas de Andrade no eran las mejores. Contaba con una compañía de veteranos, soldados profesionales, pero la mayor parte de su ejército estaba formada por artesanos y campesinos reclutados a toda prisa, a los que se habían sumado más de un centenar de estudiantes, a quienes había entregado un arma. Muchos de ellos era la primera vez que tenían un arcabuz o una espada y una rodela en las manos. Aunque eso no lo sabían los ingleses.

Norris decidió llevar a cabo un último intento sobre La Coruña, pero en lugar de atacar el talud de la puerta del Aire, cuyas consecuencias habían sido tan desastrosas, decidió hacerlo por la muralla de levante. Había conseguido información de que era la parte más débil del baluarte, y además contaba con la protección que podía dispensar a sus hombres el convento de los franciscanos.

El capitán Troncoso, que también tenía encomendada la defensa de aquella parte de la muralla, envió recado a Cerralbo cuando unos vigías destacados en un apostadero dieron noticia de que allí se congregaba un contingente inglés.

El marqués acudió presto.

—Excelencia, parece que van a lanzar un ataque por esta zona.

—¿Estáis seguro?

—Es la información que envían los hombres que tengo en un apostadero. Allí hay mucho movimiento.

—Reforzaremos las defensas.

—Eso está bien, pero… —Al capitán le costaba trabajo decir lo que pasaba por su cabeza.

—Hablad sin tapujos.

—Señor, os propongo prenderle fuego al convento de San Francisco.

—¿Quemarlo? —Cerralbo parecía escandalizado.

—Excelencia, si los ingleses no tienen donde protegerse, la estrechez del terreno hará que queden a nuestra merced.

El marqués dudaba. Incendiar un convento era cosa de aquellos herejes…

—Hacedlo. Pero antes han de sacarse las imágenes.

Mientras se retiraban las que allí se veneraban y varios frailes ponían a buen recaudo los ornamentos litúrgicos y objetos de culto, se llevó también madera seca, puertas viejas y varios odres de aceite.

—Es una pena, pero ese artesonado ayudará a que todo se inflame.

El propio capitán prendió fuego por varios lugares. Las llamas fueron cobrando fuerza, y muy pronto el convento ardía por los cuatro costados. Cuando los enemigos vieron la humareda que envolvía el edificio, y después las lenguas abrasadoras que salían por el tejado, no daban crédito.

—¡Lo han incendiado!

Aquello decantó la decisión.

—¡Marcharemos sobre Santiago!

Los ingleses, que hasta entonces no habían prestado gran atención al puente que había al otro lado del istmo, centrados en su objetivo de apoderarse de La Coruña, se dispusieron a desalojar las tropas de Andrade.

Su infantería avanzó sin problemas hasta llegar al puente, donde se encontró con el fuego cruzado de los arcabuceros españoles. Eran los veteranos, que conocían su oficio.

Los ingleses se replegaron para preparar un nuevo ataque. Andrade sabía que un combate sería mortal para la mayor parte de sus hombres. Antes de tomar una decisión se vio sorprendido por otra oleada de tropas enemigas, y a duras penas los arcabuceros lograron detenerla.

Norris, militar experimentado, se dio cuenta de que la capacidad de respuesta de los españoles era cada vez más limitada, por lo que resolvió dar el golpe definitivo con una carga de caballería. Tomarían parte en ella los jinetes que habían embarcado. Aquello necesitó de algún tiempo, por lo que Andrade decidió que los campesinos y artesanos, que habían servido para fustigar a los ingleses durante aquellos días, se retiraran a sus pueblos.

—Marchaos y proteged como podáis a vuestras familias y vuestras casas.

Aquellos hombres, gentes sencillas de los pueblos de la zona, entregaron las armas y se fueron a toda prisa. Era lo mejor que podían hacer. Si se hubieran enfrentado a aquella caballería…

Andrade, con los veteranos, preparó la estrategia: emboscó a los arcabuceros formando pequeños grupos que no sostendrían un combate contra los jinetes. Ocultos entre la maleza, tras los árboles

o aprovechando alguna construcción, dispararían contra ellos sin hacerles frente.

La caballería se enseñoreó del puente. Hacían caracolear sus monturas y lanzaban gritos y pullas a los españoles, que se mantenían agazapados. Cuando los ingleses avanzaron, abrieron fuego. Los jinetes acabaron por retirarse, proclamando su victoria. Aquella acción fue una especie de desahogo, tras las dos semanas que llevaban ante los muros de La Coruña lanzando infructuosos ataques.

Aquella noche velaron los cuerpos de varios jinetes caídos en su acometida sobre el puente, que celebraban como un gran triunfo. Tenían que conformarse con aquello.

Drake y Norris decidieron que levarían anclas al día siguiente y marcharían sobre Lisboa, que, tras no haber podido llegar a Santander y con el fracaso ante los muros de La Coruña, ahora se presentaba como el gran objetivo para no regresar a Inglaterra con las manos vacías.

Poco después del amanecer los centinelas de la muralla vieron que el movimiento en la Pescadería era mucho mayor que otros días.

—Será mejor que demos la alarma. Podríamos llevarnos una sorpresa.

—¡Aguardad un momento! ¡Mirad! —El otro centinela señalaba la densa columna de humo que se elevaba junto al muro.

—Parece que hay un fuego… ¡Y veo una humarada más!

—¡Otra allí!

Un miembro de la milicia municipal exclamó:

—¡Esos cabrones han pegado fuego al hospital! ¡Está ardiendo San Andrés!

Algunos vecinos se acercaron, atraídos por el humo y el fuerte olor a quemado.

—¡Están incendiando lo que queda de la Pescadería! ¡Hijos de puta!

Las campanas de los templos coruñeses iniciaron un toque a rebato que llevó a la población hasta las murallas. Los adarves se

abarrotaron de gente que asistía impotente al nefasto recuerdo que los ingleses estaban dejando.

Cuando Cerralbo llegó acompañado por los maestres Mexía y Toledo, varios oidores de la Audiencia, el corregidor y algunos regidores y jurados, la Pescadería era una tea.

—¡Preparad los cañones! ¡Fuego a discreción!

El olor a pólvora de los disparos se mezcló con el del incendio.

Desde San Antón comenzaron también a descargar sobre la Pescadería. Aquello entorpeció la tarea a los ingleses, que se vieron obligados a retirarse y no pudieron completar la quema de las barcas varadas en la playa.

La armada inglesa levaba anclas. Sus barcos salían de la bahía en medio de los gritos y los insultos de los coruñeses, que vivían aquel diecinueve de mayo con sentimientos encontrados: felices porque la escuadra enemiga largaba trapo, pero entristecidos por las muertes de muchos vecinos y soldados, que se habían batido con bravura frente a un rival muy superior en número y en medios. También lamentaban los destrozos sufridos, que para muchas familias coruñesas significaban la ruina y el empezar de nuevo.

Las campanas de los templos que se habían salvado de la destrucción no dejaban de repicar. Era una forma de manifestar la alegría de la ciudad, que había resistido en su casco viejo y evitado las terribles consecuencias que se hubieran derivado si los ingleses entraban en ella.

Aquel mismo día, mientras Cerralbo escribía a Felipe II y al arzobispo de Santiago, se rescataba lo que se había salvado del incendio, que era poco. También las imágenes que los ingleses habían ultrajado, vejado de diferentes formas y mutilado. A media tarde, en la colegiata de Santa María se celebró un solemne tedeum.

Entre los ingleses, el sabor a derrota era general. Habían dejado más de mil quinientos muertos, y los heridos que llevaban a bordo superaban los dos mil. Un precio demasiado elevado para haber conseguido un magro botín —lo más importante era que el *San Juan* estaba en el fondo del mar— que no compensaba su fracaso ante los muros de La Coruña.

Las diferencias entre Drake y Norris, que apuntaban desde el principio, habían aumentado. Se culpaban mutuamente del fracaso. En el fondo estaba el temor a que los prometidos beneficios a los inversores no se hicieran realidad. Ni habían logrado llegar a Santander, que era el primero y principal de sus objetivos, ni podían ofrecer a su reina la conquista de un punto tan estratégico como La Coruña.

La armada inglesa navegó, con muchas dificultades por lo cambiante de los vientos, primero hacia poniente, y dos días después, con fuertes rachas soplando del norte, pudieron aproar hacia el sur en busca de su nuevo objetivo.

El capitán general de Galicia escribió a muchos lugares de aquel reino dando cuenta de lo sucedido y ordenando que en toda la costa se mantuvieran las alarmas «por si el enemigo buscare resarcirse del fracaso». También envió una misiva al arzobispo de Santiago, indicándole:

> *Cuán conveniente sería que vuestra ilustrísima, para la mayor tranquilidad de esa ciudad y protección de sus muchos tesoros, cuyo valor es tentación grande para el enemigo y mucho el ultraje que podría realizar a nuestra sagrada religión, enviase todos los refuerzos posibles, tanto en hombres como en medios, a las localidades de Muros y de Noya, por cuanto son los bastiones principales para obstaculizar el acceso del enemigo por la ría, que es entrada al principal camino que conduce hasta esa ciudad, a la que se llegaría en poco tiempo.*

A El Escorial no dejaban de llegar correos. Al rey habían escrito, además del marqués de Cerralbo, que como capitán general de Galicia era quien había de dar noticia del suceso al monarca, el arzobispo de Santiago, el corregidor de La Coruña y los condes de Altamira y de Andrade.

Todos coincidían en la briosa defensa que había protagonizado La Coruña, en que el reino de Galicia se mantenía en alerta y sobre las

armas por temor a un ataque sorpresa y en que el próximo objetivo de los ingleses sería Lisboa.

Cerralbo decía en su carta:

Puesto a los pies de V. M., hoy que se cuentan diecinueve días del mes de mayo, tengo la satisfacción de poner en vuestro real conocimiento que la armada enemiga se ha retirado de esta bahía, sin que haya podido apoderarse de esta. La ciudad de La Coruña ha sufrido mucho, pero ha resistido con valor y energía. El enemigo se retira derrotado, dejando más de mil y quinientos cadáveres, muchos de ellos insepultos.

No distraeré la atención de V. M. relatando las maldades, blasfemias y ultrajes cometidos por esos herejes en los templos y contra las sagradas imágenes que son veneradas por estos vecinos. Esas vilezas, lejos de amedrentarnos, han exaltado la valentía de estas gentes, que se ha visto recompensada con una victoria costosa por los daños que nos han hecho, pero grandiosa por el resultado obtenido.

Mantenemos la vigilancia en todas las costas de este reino por si el enemigo tratara de llevar a cabo algún otro intento.

Besa la mano de Vuestra Majestad su más humilde servidor,

Juan Pacheco y Osorio, marqués de Cerralbo,
capitán general de Galicia por mandato vuestro

Navegaba la armada inglesa a la altura del cabo Finisterre cuando el vigía gritó desde la cofa del *Revenge*:

—¡Una vela en el horizonte! ¡Por estribor!

Drake estaba seguro de que ese barco se alejaría a todo trapo a la vista de su flota.

Minutos después…

—¡Sigue acercándose! —gritó, poco después, el vigía.

Se dio orden de cargar los cañones de aquella banda por si era necesario, aunque seguía convencido de que aquel navío corregiría el rumbo.

No fue así.

—¡Abrid las troneras! ¡Preparados para abrir fuego!

La nave continuaba su marcha.

—¡Están locos! ¡Un disparo de advertencia!

La bombarda de popa disparó sólo con pólvora.

Fue el vigía quien hizo la advertencia, y la sorpresa fue general.

—¡Es de los nuestros! ¡En su mástil ondea la bandera de san Jorge! ¡Es el *Swiftsure*!

Drake subió al puente de mando y utilizando un catalejo confirmó el anuncio del vigía. Era el poderoso galeón que había zarpado de Plymouth antes de que lo hiciera la armada llevando a bordo, como si fuera un polizón, al conde de Essex. Recordó que, cuando los enviados de la reina aparecieron por aquel puerto preguntando por Robert Devereux dijo no saber nada de aquel barco, que había zarpado días antes sin su autorización.

El inesperado encuentro —Drake se había preguntado más de una vez dónde podía estar el *Swiftsure*— fue muy celebrado. Aquel galeón era uno de los barcos mejor equipados de la armada, y sus potentes cañones, una ayuda considerable.

—Su majestad estará preguntándose dónde se ha metido vuestra excelencia —fue el saludo que Drake dedicó a Essex—. ¡Os echa mucho de menos!

—Todos sabemos lo que la reina echa de menos… —ironizó Roger Williams.

—Cuidado, Williams. Comentarios como ese pueden costaros la cabeza —le advirtió Norris con una sonrisa en los labios.

—Ninguno ignora lo que su majestad extraña —sentenció Drake —. ¿Dónde habéis estado todo este tiempo? Hace un mes que zarpasteis de Plymouth.

—Apenas salimos a mar abierta tuvimos problemas. El viento nos obligó a regresar a puerto. Pudimos dirigirnos a Falmouth y allí estuvimos atracados más de una semana.

—Sabed que estuvisteis en peligro.

—En grave peligro —añadió Norris—. Cuando no os encontraron y regresaron a Londres con las manos vacías, la ira de la reina… Envió a Plymouth a *sir* Henry Hastings.

—¿Al conde de Huntington? —preguntó Devereux, sorprendido—. ¡Pero si Hastings es un puritano!

—Fue a quien mandó su majestad. Quizá sospechaba que os habíais marchado en el *Swiftsure*. La orden era que se os prendiera a vos y a Williams, acusados de graves faltas. A Hastings le hubiera encantado deteneros. Al menos a vos —dijo mirando a Essex— os considera un gran pecador por fornicar.

—¡Lo hago con la reina!

—Por eso precisamente, porque yacéis con su majestad.

—Le escribí desde Falmouth, aunque ya le había pedido perdón por ausentarme. Puse como excusa mi honor. ¡No podía permanecer ajeno a una empresa como esta!

—¿Cuándo salisteis de Falmouth? —inquirió Drake.

—En cuanto pudimos largar trapo —respondió Williams—. Pese a la carta de *sir* Robert, sabíamos que la cólera de la reina sería grande.

—¡Y tan grande! —apostilló Norris.

—El viento no nos permitió aproar a Santander y decidimos acercarnos a estas costas. Hemos hecho un par de presas: un filibote flamenco con paños y una nao danesa que traía arenques, ¡poca cosa!

Con el *Swiftsure* incorporado a la armada continuaron costeando hacia el sur. Al día siguiente el viento del norte empezó a soplar con fuerza y eso permitió que dos jornadas más tarde avistaran las islas Berlengas.

Capítulo LVIII

AQUELLA discusión no era una novedad, pero sí la violencia con que se desarrollaba. Todos los reunidos en el camarote de Norris estaban sorprendidos.

—¡Entrar por el estuario y desembarcar las tropas en la ribera nos dará muchas ventajas! —gritaba Drake.

—Las ventajas serían mucho mayores desembarcando las tropas lejos de Lisboa y avanzando por tierra —replicó Norris—. La primera, que durante esa marcha los partidarios de don Antonio se sumarían a nosotros y nuestro ejército sería mucho más numeroso. La segunda, que evitaríamos todas las fortalezas que protegen el estuario del Tajo y que podrían crearnos serios problemas. La tercera y última, que daríamos tiempo a quienes han de organizarse en Lisboa para iniciar el levantamiento contra los españoles.

—*Sir* John olvida que nuestra principal fuerza son los cañones de nuestros barcos. Según se nos ha informado, la artillería de esas fortalezas es poca cosa para ellos. ¡El poder naval español está destruido y…!

—¿Destruido su poderío naval? ¡No son esas las noticias que yo tengo! —Norris golpeó la mesa con el puño—. Lo que se afirma en voz baja es que lo ocurrido en el Canal nada tiene que ver con lo que se cacarea. ¡Su armada apenas fue arañada! Donde

verdaderamente sufrió fue en los acantilados de Irlanda. ¡Las tormentas le hicieron mucho más daño que nuestros cañones!

—¿Ponéis en duda nuestra victoria? —La mirada de Drake era torva.

—¡En absoluto! ¡Los españoles no lograron poner pie en nuestra isla! Por eso podemos decir que vencimos. —Norris se aclaró la garganta con unos tragos de vino en medio del silencio que sus palabras habían provocado. Lo que estaba diciendo a viva voz era lo mismo que se susurraba en Londres—. ¡Pero no es cierto que hundimos sus barcos en el Canal!

—¡Eso es lo que dice Howard! ¡No soporta que la reina me haya entregado el mando de la armada a mí, el hijo de un granjero, como tampoco lo soportáis vos!

—¡Lo que Howard no soporta es vuestra fanfarronería, como tampoco la soporto yo! ¡Con la excusa de que vuestro *Revenge* estaba desarbolado abandonasteis la lucha! ¡Temíais enfrentaros al *San Juan*!

—¡Os vais a tragar esa infamia! —Drake se llevó la mano a la daga para acometer a Norris, quien de un manotazo había despejado la mesa y también se ponía en pie.

—¡Caballeros, así no se sirve a su majestad ni a Inglaterra! —se interpuso Hawkins.

—¡Ni a los objetivos que tenemos encomendados! —Don Antonio de Avís trató de que las aguas, a punto de desbordarse, volvieran a su cauce—: Señores, no es el momento de las diferencias, sino de la unidad, que es nuestra mayor fuerza. *Sir* Francis tiene sus razones y *sir* John las suyas. Nuestra fortaleza radica en el poder de la armada, aunque los beneficios de desembarcar en el sitio adecuado son muy importantes.

Los ánimos se aplacaron, pero quedaba abierta una profunda brecha.

Se sometió a la consideración de los jefes de escuadra y de los mandos del ejército la estrategia que debía seguirse y quedó acordado que las tropas desembarcarían en Peniche, una pequeña localidad costera a unas diez leguas al norte del estuario del Tajo.

Era una empresa complicada: se necesitarían varios días para dejar en tierra a miles de hombres, era mucha la impedimenta y los barcos no podían acercarse demasiado a las escolleras que formaban el reducido puerto pesquero porque corrían riesgo de embarrancar. A ello se sumaba el gran enfado de Drake, que había visto rechazada su propuesta.

Cuando llegaron a Peniche, los galeones y las urcas fondearon a un cuarto de milla de la costa. Los filibotes y las barcazas tendrían que ir una y otra vez para dejar en tierra hombres, armamento, fardos y lo que resultaría más complicado: algunos caballos. Era un momento difícil; si los españoles se presentaban mientras se llevaba a cabo, podría resultar un desastre, y después del fiasco de La Coruña…

Norris estaba en su camarote, levantado desde muy temprano. Había que organizar el desembarco. Hojeaba unos papeles relacionados con una visita y estudiaba los mapas para ver cuál podía ser el mejor itinerario para llegar a Lisboa.

Unos golpes sonaron en la puerta, que abrió su ayudante.

—Señor…, la visita que esperabais.

—Que pase.

El sujeto que entró llamaba la atención por lo limpio de su atuendo, muy diferente al aspecto que ofrecían los marineros y soldados tras tantos días embarcados.

—¿Sois vos aquel al que conocían como el relojero de Alfama?

—Así es, señor. Me ocultaba bajo la apariencia de un relojero, pero mi misión era alentar a los partidarios de don Antonio.

—He sabido que lograsteis destruir dos barcos en el puerto de Lisboa.

—Estuve en ello, general.

Norris miró uno de los papeles que tenía sobre la mesa.

—Aquí dice que os marchasteis embarcando en la *Osa Mayor.*

—En efecto.

Norris asintió.

—Pero… hay algo que no encaja. —Golpeó con el índice aquellos papeles.

—¿Qué no encaja, señor?

—La *Osa Mayor* nunca llegó a puerto.

—Es cierto. Se hundió con su carga de maderas preciosas, tintes, cochinilla… Pero algunos logramos salvarnos. Llegamos a un lugar llamado Gijón, y allí subimos a una urca que iba a Flandes. Hizo escala en Bournemouth, donde desembarqué. Pagué mi pasaje haciendo de grumete y pasando muchas horas subido en la cofa. Después he estado al servicio de *sir* Robert Devereux, cuya pasión por los relojes, heredada de su padre, no conoce límites.

—¿Lo acompañasteis en el viaje de Londres a Plymouth?

—Así es, señor.

—Habla muy bien de vos…

—Lo sirvo lo mejor que puedo.

—¿Qué podéis contarme de Peniche? Si no me han informado mal, aquí fue donde embarcasteis en la *Osa Mayor.*

—Con los españoles pisándome los talones.

Alexander Crown le explicó, añadiendo algunos detalles y ocultando otros, según su conveniencia, cómo fue aquello. Cuando terminó, Norris le preguntó:

—¿Podríais conseguir que esos pescadores nos hablaran sobre la situación en esta zona? Necesito saber si hay tropas españolas, si en este castillo —señaló el de Peniche que estaba reflejado en el mapa — y si hay alguna guarnición y cuáles son los mejores lugares para desembarcar.

El relojero hizo un leve movimiento de hombros.

—Intentaré traeros toda esa información lo antes posible.

—Entonces id a tierra. Necesito esa información cuanto antes.

—Como vos dispongáis, general.

—¡Ah! ¿Cuál diríais que es el mejor camino para ir a Lisboa?

Crown trazó un recorrido con el dedo y añadió:

—Ese fue el que yo hice, en sentido contrario. No sé si será la mejor vía para un ejército.

A media mañana el relojero de Alfama había regresado al *Nonpareil*. Norris estaba con uno de sus capitanes, estudiando el itinerario.

—Señor, hay una guarnición española en Peniche. Unos doscientos hombres y varias partidas patrullan la costa.

—¿Cuál es la playa donde deberíamos desembarcar?

—Esta, general. —Crown la señaló en el mapa.

—¿Dónde resultaría más complicado, más difícil?

—¿Más difícil, señor?

—Sí, más difícil —insistió Norris.

—Me han dicho que esta playa, que se llama de la Consolación, ofrece muchos problemas por los arrecifes y porque el mar bate con más fuerza.

Norris miró al capitán.

—Llamad a *sir* Edward. ¡Rápido!

—A la orden, señor.

—¿Me llamabais?

—Desembarcaremos en esta playa. La llaman de la Consolación —indicó a su hermano.

—¡Pero, señor…! —La mirada del general hizo que Crown enmudeciera.

Norris se dirigió de nuevo a su hermano:

—He sabido que los españoles están al acecho. No son muchos, pero un desembarco siempre es complicado. Nos esperarán aquí. Por eso, aunque resulte más complicado, lo llevaremos a cabo aquí. Si este mapa está bien hecho, calculo que hay más de media legua. Eso nos dará tiempo a establecer una primera cabeza de puente. ¡Ponedlo en marcha sin pérdida de tiempo! ¡Usad todo lo que tenemos! ¡Sin perder tiempo!

Una hora después una treintena de barcazas llenas de hombres se dirigían a la rocosa playa. El mar estaba embravecido, pero se cumplieron las órdenes a rajatabla. Resultó difícil, porque naufragaron cuatro embarcaciones y dos se estrellaron contra los cantiles. Más de veinte hombres murieron ahogados, aunque otros

tantos lograron llegar a tierra nadando. Fue un precio alto, pero antes del mediodía habían desembarcado más de mil ochocientos soldados y quedaba establecida la cabeza de puente.

—¡El enemigo está desembarcando! ¡Lo está haciendo en la playa de la Consolación! —anunció uno de los jinetes que vigilaban la costa.

—¡Están locos, esos ingleses! —exclamó el capitán Ataide—. ¡Van a estrellarse!

—Han perdido algunos hombres, pero han logrado desembarcar.

—Hay que intentar detenerlos. ¡Cuéllar, acudid con vuestra compañía y hostigadlos cuanto podáis!

—A la orden.

—Nosotros trataremos de cerrarles el paso por el sur.

Media hora más tarde los primeros disparos anunciaban que se habían iniciado los combates, y una carabela partía hacia Lisboa con noticias de que el enemigo estaba desembarcando en Peniche.

Los ingleses, consolidada la cabeza de puente, continuaron llevando hombres a tierra sin muchas dificultades. A media tarde eran más de ocho mil. Los españoles decidieron retirarse. Era imposible frenar aquella avalancha.

—Mantenernos aquí es suicidarnos. Nos replegamos hacia el interior —decidió Ataide.

Aquella noche circulaban ya muchos rumores. Unos respondían a lo que estaba ocurriendo y otros eran fruto del miedo y la imaginación.

—Los ingleses son más de veinte mil —afirmaba en voz baja un carnicero de Óbidos a unos vecinos—. Me lo ha dicho uno de Peniche. Son tantos que no caben en las playas.

—Me han contado —decía otro— que don Antonio ya está aquí.

Esto último hacía referencia a lo sucedido aquella tarde en Peniche: don Antonio había desembarcado con la última oleada de barcazas. Lo hizo en el puerto, una vez que los españoles se hubieron retirado. Lo acompañaba un centenar de alabarderos y se dejó aclamar por los habitantes del lugar. Un contingente inglés se

dirigió al castillo, abandonado por los españoles, donde había quedado un oficial portugués al mando de media docena de hombres.

—¡Entregad la fortaleza y se os perdonará la vida! —lo conminó el capitán que mandaba la tropa.

—¡Lo haré de buen grado, pero será a don Antonio, el rey de Portugal!

Aquella noticia venía a avalar sus afirmaciones de que el reino se levantaría cuando se presentara reclamando el trono. Las puertas de la fortaleza se abrieron de par en par y tomó posesión de ella después de que el oficial le rindiera su espada. Don Antonio aprovechó para proclamarse rey en un acto que tuvo lugar en la plaza de Peniche: sentado en un trono improvisado y bajo un dosel recibió el homenaje de los vecinos, que desfilaron ante él besándole la mano.

La proclamación se divulgó por la comarca y muchas gentes de aquellas localidades acudieron a rendirle pleitesía al día siguiente.

—Lo mejor será retirarnos a Louriña —señalaba el capitán Ataide — y dar aviso a Lisboa de lo que está ocurriendo. Aquí la defensa es imposible.

El repliegue de los españoles, que visto lo ocurrido no se fiaban de los portugueses, permitió a los ingleses organizarse para iniciar la marcha sobre Lisboa.

Capítulo LIX

EL VEINTIOCHO de mayo, después de descargar algunos cañones, los caballos y la impedimenta necesaria, catorce mil hombres del ejército inglés se ponían en movimiento. A ellos se sumaban más de dos centenares de nobles: unos habían aportado dinero para obtener beneficios de la empresa y otros buscaban ganar prestigio a los ojos de la reina, que era una de las inversoras más importantes.

Al tiempo que se iniciaba la marcha por el camino que Crown había indicado y que los enviados de don Antonio, recién proclamado rey en Peniche, habían corroborado como el más idóneo, la armada levaba anclas, largaba trapo y, con unos tres mil soldados a bordo, se dirigía al estuario del Tajo con el objetivo de bloquear cualquier tipo de ayuda que llegara por mar y atacar por el puerto.

El ejército de Norris y la armada de Drake suponían un peligro que se acercaba a Lisboa en forma de tenaza. Si los ingleses lograban cerrarla, la capital portuguesa caería en sus manos y don Antonio de Avís vería cumplido su sueño, aunque el reino quedase hipotecado y le costara una parte de Brasil y otras concesiones a Inglaterra. El virrey, advertido ya de la presencia del enemigo en Peniche, tomaba disposiciones para evitar la encerrona que se cernía sobre Lisboa.

—Alteza, hay que reforzar San Julián de la Barra —señalaba el maestre Niño de Zúñiga—. Si cae en poder del enemigo nos tendrán cogidos por el cuello.

—¿Qué proponéis?

—Aumentar su guarnición con tres compañías de veteranos y que las galeras de don Alonso de Bazán se sitúen junto a Cascaes.

El archiduque Alberto de Habsburgo miró al conde de Fuentes.

—Soy del mismo parecer. Incluso situaría dos compañías en Oeiras para hostigar el avance del enemigo.

—No sé de dónde podemos sacarlas. La muralla ha de estar protegida.

—La muralla, alteza, debe ser nuestra última línea de defensa. Hemos de desgastar al enemigo antes de que llegue a Lisboa.

—Eso, conde, significaría arriesgar tropas que son necesarias para la guarda de la ciudad —respondió el virrey.

Fuentes era un militar curtido en la dura escuela que suponía luchar en el hostil ambiente de Flandes, y que el archiduque estaba lejos de conocer.

—Señor, soy consciente de que su majestad nos ha ordenado la defensa a ultranza de Lisboa, y para ello creo que lo mejor que podemos hacer es desgastar al enemigo antes de que se plante ante nuestros muros.

—Dadme al menos una razón para que acepte lo que proponéis.

—Alteza, defender una ciudad sin saber si se cuenta con el apoyo de la población supone un riesgo. El problema no está sólo fuera, sino también dentro.

A las palabras del conde siguió un prolongado silencio. Había puesto el dedo en la llaga. Todos eran conscientes de que podía producirse una rebelión en favor de don Antonio. Tenía numerosos partidarios en Lisboa que se habían movido y provocado algunos conatos de revuelta. Ahora, con su presencia y el apoyo del ejército inglés, podían convertirse en un problema muy serio.

Fue don Francisco de Mascarenhas quien rompió aquel mutismo:

—Señor, su excelencia tiene razón. Si tal cosa ocurriera, y es algo que está dentro de lo probable, estaríamos perdidos. La ciudad se halla alborotada y quienes viven en los arrabales están entrando, como vuestra alteza sabe.

—Si fueran partidarios de don Antonio lo recibirían y se sumarían a los ingleses en lugar de buscar la protección de las murallas —replicó el virrey.

—Es posible, pero también lo es que entren como hicieron los griegos para apoderarse de Troya. Serían su caballo.

El archiduque consultó a los presentes y comprobó que había coincidencia con el planteamiento del conde de Fuentes.

—Está bien. Destacaremos varias compañías fuera de las murallas. Si dejamos desguarnecida la ciudad…

—Señor, Lisboa no quedará sin protección. Con dos compañías de infantería y dos escuadrones de caballería trataremos de desgastar al enemigo. Tienen pocos jinetes, nosotros conocemos mejor el terreno y nuestros arcabuceros dominan bien su oficio. Son veteranos muy curtidos.

—Póngase ese plan en marcha. ¿Cómo defenderíais la muralla?

—Congregando la infantería aquí y aquí. —Fuentes señaló el lienzo norte y el que escudaba la ciudad por la ribera del río—. Taparía portillos y puertas, salvo las que necesite la caballería para sus descubiertas. Subiría todas las piedras posibles a los adarves y reforzaría todavía más la artillería de San Jorge.

—¿Qué pensáis vos, don Francisco? —preguntó a Mascarenhas.

—Alteza, tomaría esas mismas medidas. Me parecen muy acertadas. Sólo añadiría que, si la ciudad ha de soportar un asedio que puede ser largo, sería conveniente aumentar el abastecimiento. Hay mucha comida en los arrabales y allí están los almacenes. Publicaría, sin pérdida de tiempo, que quienes necesiten alimentos podrán recogerlos en esos mismos almacenes…, si llevan piedras a los adarves. Así introduciríamos gran cantidad de provisiones, porque serían muchos quienes acudirían a esa llamada.

El virrey asintió dando su visto bueno.

—Caballeros, que esto no quede en palabras. ¡Manos a la obra!

—Alteza, disculpadme.

—Hablad, Bazán.

—¿Qué papel tendrán los galeones que hay en la Ribeira das Naos?

—Permanecerán ahí. Tendremos necesidad de ellos. Lo más importante va a decidirse aquí.

Horas después Lisboa era una ciudad en ebullición. Se habían impreso a toda prisa pasquines que ya habían sido colocados en los lugares de mayor concurrencia: en las puertas de parroquias y conventos, en plazas y mercados y en el Rossio. También se había divulgado por voz de pregonero. La gente no acababa de dar crédito a aquello.

—¿Podemos ir a coger hasta quince raciones de comida?

—Se dará una cedulilla a quienes suban a los adarves seis esportillas de cuarenta libras llenas de piedras.

Una muchedumbre de lisboetas acarreó cantos para después, provistos de las cedulillas, acudir a los almacenes situados a la espalda del monasterio de los jerónimos. Podían llevarse, según su elección, cantidades tasadas de garbanzos, harina, quesos, bacalao seco, arenques en salmuera, miel, higos secos, uvas pasas, almendras, pellejillos de vino y de vinagre, aceite, cirios de sebo, manteca de cerdo, badanas de tocino… Nadie pudo contabilizar la cantidad de comida que ingresó aquella jornada en Lisboa. Las puertas por las que cada día entraban los víveres, sometidas al control de los alcabaleros, estaban libres. Era lo nunca visto. Gran parte de las provisiones almacenadas que habían ido llegando durante las semanas anteriores, cuando se tuvieron las primeras noticias de que una armada inglesa atacaría Lisboa, pasaron a manos de los vecinos. La mayoría de ellos jamás habían tenido tan guarnecidas sus despensas.

Era la hora del crepúsculo y todavía muchos lisboetas iban y venían, tras llevar las correspondientes piedras a los lugares señalados del adarve.

El ejército de Norris se puso en marcha y, pese a que habían de tirar de los bagajes, salvaron en una jornada las seis leguas que

separaban Peniche de Torres Vedras, adonde llegaron antes del anochecer.

Don Antonio decidió hacer una entrada triunfal y en una casona de las afueras cambió su indumentaria. Vestía una brillante armadura de combate adornada con arabescos y detalles de oro, sobre sus hombros una capa de terciopelo rojo forrada de seda blanca y con ribetes de armiño, y se cubría con un casco emplumado. Por delante, abriendo paso, marchaba un cuerpo de tamborileros que precedían a una docena de alabarderos, revestidos con unas vestes en cuyo pecho estaban bordadas las armas de la casa de Avís. Estos daban paso a tres jinetes que montaban hermosos caballos, los tres de capa negra brillante, y que hacían sonar largas trompetas de fanfarria. Tras ellos, un joven portaba una espada que mantenía enhiesta sujetándola por la punta, como símbolo del poder real. Inmediatamente después iba don Antonio, a quien escoltaban dos caballeros que marchaban a ambos lados, un paso por detrás. Tras él un escuadrón de jinetes con relucientes armaduras y cascos empenachados. Cerraba el cortejo otra fila de tamborileros como la que abría la marcha. Fue recibido con muestras de regocijo y vitoreado desde los balcones. Norris y sus oficiales guardaban una distancia de respeto y observaban.

—Todos son campesinos y artesanos, *sir* John —susurró al oído de Norris uno de sus coroneles.

—Lo estoy comprobando.

—¿Dónde está la nobleza que lo acogería como su rey?

Norris decidió mostrarse prudente.

—¿Quizá más adelante…?

—Señor, esto me da mala espina —insistió el coronel.

Al llegar a la plaza Mayor las campanas de la parroquia comenzaron a sonar.

—Parece que el clero le da la bienvenida.

Efectivamente, el párroco apareció en la puerta de la iglesia, acompañado por otros dos sacerdotes y varios sacristanes. Le dieron la paz y lo invitaron a entrar.

Don Antonio, muy pagado de aquel ofrecimiento, se postró ante el altar mayor y estuvo orando unos minutos. Aquella acción era de gran importancia, pues sus aliados tenían fama de herejes y de ultrajar templos.

Aquella noche la comitiva se hospedó en el convento de los dominicos. Fray Humberto de la Encarnación se mostró hospitalario, pero seco. No así una parte de su comunidad, que se sintió halagada de poder acoger a quien consideraban su legítimo rey. Durante la cena don Antonio preguntó por los nobles del lugar, y le dijeron que la víspera se habían ausentado. Esto alertó a Norris y sus oficiales.

Al día siguiente, poco después del amanecer, los ingleses se prepararon para la marcha hacia Loures. Antes de partir Norris mandó ahorcar a dos hombres que habían mancillado a una mujer y a otro por robar un pellejillo de vino. La muerte de este último pareció excesiva a muchos de sus soldados. Se trataba de castigos ejemplarizantes para evitar que aquellas conductas se generalizasen, ya que la orden era no maltratar a los vecinos.

No habían llegado a la aldea de Enjara, donde tenían prevista una breve parada, cuando en las lomas que cerraban el horizonte por su izquierda apareció una partida de jinetes.

—¡Enemigos en esos cerros! —advirtieron los que vigilaban aquel costado.

—No son muchos, poco más de una docena —indicó un cabo—. Pero dad aviso. No queremos sorpresas.

Recibieron orden de hostigar a aquella partida. Hubo una escaramuza junto a un bosquecillo de álamos que crecía en la ribera de un riachuelo. Los ingleses mataron a dos españoles y tuvieron una baja, más otros dos que fueron apresados. Los españoles, que habían conseguido lo que buscaban —capturar algún inglés para obtener información—, desaparecieron rápidamente y se encaminaron hacia Lisboa, que quedaba a menos de tres leguas. Cuando dejaron atrás aquellas lomas cundió la alarma entre ellos:

—¡Mirad, señor! —El soldado señalaba una columna de negro humo.

—¡Por todos los santos! —exclamó Alonso de Sandoval, que mandaba a los hombres—. ¡Esa humareda sale de Lisboa!

—¡Puede que la ciudad esté ardiendo!

—Quizá la armada inglesa…

Después de un momento de duda se lanzaron al galope. Conforme se acercaban aumentaba aquella densa y oscura nube.

—¡Mi alférez! —gritó otro soldado—. ¡Por allí otra columna de humo!

Más al oeste se elevaba otra humareda. Alonso pensó que Lisboa estaba ardiendo por los cuatro costados. Quizá la flota enemiga había entrado por el estuario. Pero algo no encajaba. No había escuchado el tronar de los cañones y, si don Antonio de Avís había venido con los ingleses para ocupar el trono, incendiar Lisboa… Tal vez la temida revuelta de los lisboetas partidarios de don Antonio se había hecho realidad.

Capítulo LX

ESTABAN a menos de una legua cuando Alonso y sus hombres se encontraron con otra patrulla de jinetes.

—A sus órdenes, mi capitán —saludó el alférez al oficial que la mandaba—. ¿Qué está ocurriendo en Lisboa? Esas humaredas…

—Se han incendiado los almacenes que hay en el arrabal de poniente.

—¿Se… han incendiado?

—Como estaba previsto. Todo se ha hecho de forma controlada.

—No… no os entiendo.

—Hemos sido nosotros quienes los hemos quemado.

—¿No es cosa del enemigo? —Alonso no disimulaba su sorpresa.

—No, se han incendiado con los víveres que quedaban después de haber sacado todo lo que ha sido posible. ¡No deben quedar al alcance del enemigo! Dar de comer a diario a tantos miles de hombres ha de ser uno de sus principales problemas. Eso los obligará a buscar comida sobre el terreno y quitará apoyos a don Antonio cuando tenga que exigírselos a los lugares por donde pasen. Veo que habéis localizado al enemigo. —Miró a los prisioneros ingleses—. ¿Por dónde anda?

—Muy cerca de Enjara. Tienen propósito de hacer noche en Loures.

—Están más cerca de lo que creíamos. No os detengáis y llevad esa noticia a Lisboa.

—A sus órdenes, mi capitán.

Habían cabalgado poco más de media legua cuando toparon con otro contingente de soldados españoles. Era una avanzadilla de las tropas que habían salido de Lisboa.

—¿Es cierto que los ingleses son tantos como dicen?

—Son muchos. Serán los catorce mil de que se habla. Lo que no hemos visto son cañones, y su caballería es muy reducida. Casi todo es infantería.

—¡Pues se han movido con gran rapidez!

Poco más adelante Alonso y sus hombres se encontraron con el grueso de las tropas españolas: no llegaban a mil hombres. Rápidamente interrogaron a los prisioneros ingleses que, aunque a bastantes preguntas del truchimán respondían que no lo sabían, dieron mucha información. El conde de Fuentes tuvo así una idea aproximada de a lo que se enfrentaba.

Alonso dejó allí a los prisioneros y continuó con sus hombres hacia Lisboa, adonde mediada la tarde entraron por la puerta de Santa Clara. Se dirigió directamente al Palacio da Ribeira e informó al virrey, a quien acompañaban el maestre Niño de Zúñiga, don Francisco de Mascarenhas, don Cristóbal de Moura y otros dos fidalgos portugueses.

—Según vos, estarán esta noche en Loures.

—Eso creo, alteza. Los localizamos a media mañana en una aldea llamada Enjara. Eran muchos miles y venían algunos caballeros, calculo que en torno a doscientos.

—Si hoy acampan en Loures, mañana a mediodía tendremos sus avanzadillas ante las murallas… —comentó el maestre observando un mapa.

Unos golpecitos en la puerta interrumpieron la conversación.

—¡Adelante!

—Os pido disculpas, alteza, pero es grave…

—¿Qué?

—Por Lisboa corre el rumor de que los ingleses han entrado por la puerta de Santa Clara y que allí se lucha sin cuartel. ¡La gente corre de un sitio para otro! ¡Huye aterrorizada!

El virrey miró a Alonso.

—¿Vos… habéis entrado por esa puerta?

—Sí, alteza, he pasado por Santa Clara y he venido directamente a palacio. Se trata de un infundio de los que esparcen los partidarios de don Antonio. Señor, lo máximo que han podido avanzar los ingleses es hasta Loures.

En aquel momento apareció en la puerta del gabinete un capitán.

—Alteza, ¿dais vuestro permiso?

Que el secretario Nuno da Silva no estuviera en la antecámara —había ido a oír las quejas de asentadores y comerciantes que se sentían perjudicados por la entrega gratis de los víveres de los almacenes— daba lugar a situaciones como aquellas.

—¿Qué ocurre?

—Señor, se dice que habéis abandonado la ciudad. La gente está muy inquieta. Se oyen… gritos de «viva don Antonio». También se afirma que mañana, festividad del Corpus Christi, será cuando los ingleses lancen el asalto para que él entre en día tan señalado en la ciudad. Los ánimos están muy alterados desde que se prendió fuego a los almacenes.

—Hay que tranquilizar a la población. ¡Vamos a dar un paseo!

Poco después el virrey y los allí presentes, incluido Alonso, salían de palacio montados a caballo. La gente los miraba. Las monturas iban al paso. El archiduque saludaba a diestro y siniestro. Por la ribera se dirigieron hacia Alfama y pasearon por algunas de sus callejas para luego subir hacia Santa Ana y recorrer la muralla. Su avance era acogido con un silencio que resultaba difícil de interpretar. Muchas tiendas y talleres estaban cerrados. En algunos casos, sus dueños se habían marchado, poniendo tierra de por medio. Lisboa era una ciudad asustada y se palpaba el miedo.

Al llegar a la puerta de Santa Ana el cabo encargado de su custodia informó al virrey de que todo estaba tranquilo.

—¿Se ha avistado alguna avanzadilla del enemigo?

—Nada, alteza. Las últimas tropas que hemos visto eran las de nuestro ejército, que iba en busca de los ingleses.

Recorrieron el exterior y bajaron al arrabal que se extendía a la espalda del monasterio de los jerónimos. Las llamas del incendio de los grandes almacenes se habían apagado, pero los restos carbonizados humeaban. Luego cabalgaron por la Ribeira das Naos. Allí Mascarenhas, al pasar ante el *San Pablo*, el *San Andrés* y el *Santísima Trinidad*, los galeones de guerra, comentó al virrey:

—Alteza, las galeras que protegen San Julián cumplen una misión importante, pero temo que poco logren frente a una armada como la del enemigo. Son ciento ochenta barcos, una veintena de ellos, galeones.

—¿Qué más podemos hacer? Hemos reforzado la guarnición…

—Señor, disculpad mi atrevimiento, pero esos tres galeones supondrían un refuerzo muy importante para las galeras.

—Eso no equilibrará nada.

—Cierto, alteza, pero si los galeones acompañan a las galeras, los ingleses lo tendrán más difícil. Drake se lo pensará.

El archiduque espoleó su caballo como si diera por concluida la conversación. Se detuvo ante el monasterio de los jerónimos, tan ligado a lo que habían sido las grandes empresas marítimas de Portugal, como ponían de relieve muchos de sus elementos decorativos. Allí estaban las tumbas de varios reyes; entre ellos, el sobrino de Felipe II, el rey don Sebastián.

—Entremos.

La sorpresa de los monjes fue mayúscula. Era lo último que esperaban.

—Alteza… —lo recibió el prior, dándole a besar su mano.

—Vivimos tiempos difíciles, paternidad, muy difíciles, y el monasterio puede sufrir las consecuencias. Un numeroso ejército inglés avanza por tierra desde el norte y su armada, más poderosa que la que partió de este puerto el año pasado, fondea a la entrada del estuario. Como sabéis, Inglaterra se separó de Roma por intereses de su rey, y allí los católicos son perseguidos con saña. Sus ultrajes a templos y a imágenes son conocidos por su salvajismo y

ferocidad. Sería conveniente que vuestra paternidad tomase algunas disposiciones ante esa terrible amenaza. Aquí el riesgo es grande. Poned a salvo todo cuanto sea posible.

El prior se encogió de hombros.

—Señor, no abandonaremos esta casa. Es nuestra responsabilidad y quizá…, si llegara ese momento, podremos hacer más por protegerla estando aquí que abandonándola. Si la voluntad de Dios es que entreguemos nuestras vidas…

Quien ahora encogió los hombros fue el virrey.

—Si ese es vuestro deseo…

—… y la voluntad de Dios, alteza, y la voluntad de Dios —lo corrigió el prior.

—Por supuesto, por supuesto…, y la voluntad de Dios.

Regresaron a palacio cuando el sol estaba a punto de perderse por el horizonte. Sus últimas luces daban una tonalidad anaranjada a las piedras de la muralla. Podían oírse los graznidos de las gaviotas que sobrevolaban el cielo dando vueltas, como si buscasen algo. Los sonidos propios de los muelles del embarcadero apenas se escuchaban y era muy poca la gente que había por las calles. La mayor parte de las puertas de las casas estaban cerradas a cal y canto.

Cuando quienes lo habían acompañado se retiraban, el virrey indicó a Mascarenhas:

—Aguardad un momento, don Francisco, he de hablar con vos.

La armada de Drake había llegado a la altura de Cascaes. Impresionaba aquel mar de mástiles que lo llenaba todo. La potencia de fuego de aquellos ciento ochenta barcos, aunque algunos sólo llevaban un par de culebrinas, producía pavor.

Era poco lo que podía hacer don Alonso de Bazán con su docena de galeras, pero no se arredró. La movilidad de sus barcos y la protección que desde la costa le daban los cañones de la fortaleza de San Julián de la Barra era su carta para jugar. Únicamente tocaba resistir ante la acometida de una fuerza muy superior. Si se entablaba combate, el resultado estaba cantado, aunque el daño que eran capaces de causar al enemigo podía ser considerable. El

desequilibrio resultaba tan grande que sólo un milagro evitaría que fueran arrollados. Y ese milagro estaba en que los galeones que aguardaban en las Azores con la misión de proteger la flota de Indias, cuya llegada se esperaba de un momento a otro, aparecieran en el horizonte. Si eso ocurría, cosa poco probable, el devenir de los acontecimientos podría ser muy otro.

—Tenemos que intentar hacerles el mayor daño posible antes de que rebasen la barra —decía a los capitanes de las galeras reunidos en la nave capitana, la *Atrevida*— . Si entran en el estuario, en Lisboa lo pasarán mal.

—Señor, todos los cañones están artillados y las alcancías de fuego preparadas.

El vigía de la galera ancorada más a levante lanzó el grito:

—¡Dos velas! ¡Dos velas a popa!

La noticia llegó a la *Atrevida*. Bazán y sus capitanes, que estaban en el camarote, corrieron hacia el puente de mando.

—Son dos galeones de la escuadra de Portugal —indicó uno de los oficiales.

Los dos barcos, con las velas henchidas luciendo las rojas cruces de la Orden de Cristo, se acercaban por el centro del estuario.

—¡Alabado sea Dios! —don Alonso de Bazán había alzado la mirada al cielo—. ¡Alguien ha convencido al virrey!

El capitán Olavarrieta, que también había subido al puente de mando, exclamó en alta voz:

—¡Viene otro! —Señaló una tercera vela que aparecía poco más atrás.

El comentario de don Francisco de Mascarenhas había surtido efecto. No era mucho lo que, llegado el caso, aquellos galeones podían aportar a la defensa de Lisboa, y al permanecer allí quedaban metidos en una ratonera de la que no conseguirían escapar si los ingleses entraban en el estuario. Sin embargo, unidos a las galeras de Bazán, el *San Pablo*, el *San Andrés* y el *Santísima Trinidad* significaban un importante refuerzo si había que enfrentarse a la armada enemiga, cuya superioridad seguía siendo abrumadora, pero la artillería de aquel trío de galeones…

—¡Gracias, Dios mío! ¡Esos tres cuentan con más de cien cañones! Los ingleses no lo tendrán tan fácil.

—¡Desde luego que no, señor!

Capítulo LXI

EL CONDE de Fuentes dio por concluida la reunión con las últimas instrucciones a sus capitanes. Habían estado buena parte de la noche preparando la acción.

—¿Cuánto se necesitará para que los hombres estén listos?

—Poco más de lo que tardemos en repartir las camisas.

—Entonces, caballeros, dispongámonos para el ataque.

Era noche cerrada cuando los soldados se pusieron en marcha. Llevaban las armas preparadas: unos arcabuces y otros dagas y espadas cortas, que eran lo más útil para aquella clase de negocio. Se trataba de veteranos aguerridos y muy experimentados. Vestían camisas blancas de lienzo sobre sus petos, armaduras y coletos.

Se acercaron adonde acampaban los ingleses sin hacer ruido. Estaban a pocas varas y entonces el conde de Fuentes ordenó a su ayudante dar el aviso. Por dos veces, el ulular de un búho sonó en medio de la noche. Quedaba media hora para que amaneciera y las primeras luces del día empezasen a disipar la oscuridad. Varios soldados, que se habían acercado reptando hasta los centinelas enemigos para degollarlos, fueron los primeros en gritar:

—¡Viva don Antonio! ¡Viva nuestro rey!

Muchos ingleses despertaron al oír las voces.

—¡Malditos portugueses! ¡Gritar a estas horas!

Pensaron que se trataba de partidarios del bastardo que se sumaban a ellos. Lo siguiente que vieron fue soldados con camisas blancas que se les echaban encima. Comenzó una degollina general. Los hombres morían en medio de estertores que los convulsionaban, sin darse cuenta de lo que ocurría.

Sonaron disparos de arcabuz. Los ingleses, sorprendidos y desconcertados en la madrugada, corrían en todas direcciones. Los españoles cumplían su cometido con precisión, y cuando en el campamento rival se iniciaba una reacción desaparecieron con la misma rapidez con que habían llegado, sólo que ahora gritaban:

—¡Santiago! ¡Santiago!

La encamisada había sido ejecutada tal y como se había preparado. Cuando amaneció, en Loures el panorama era siniestro. Había más de doscientos cadáveres. Los heridos, de diversa consideración, eran más de trescientos y no dejaban de oírse sus lamentos.

Los españoles entraban en Lisboa con el sol levantando dos palmos sobre el horizonte aquel primer día de junio, en que se celebraba una de las festividades religiosas más importantes del cristianismo. Sus compañeros, que vigilaban las murallas y habían vivido una noche llena de tensiones porque se esperaba que el ataque inglés se produjera de un momento a otro, los recibieron con grandes muestras de alegría que se convirtieron en una fiesta cuando supieron cómo habían llevado a cabo su misión.

—¡Los ingleses ya tienen con qué entretenerse! ¡Hoy, al menos, no entrarán en Lisboa!

La noticia de la encamisada corrió por Lisboa.

—¡Bah! ¡Eso, que no habrá sido tanto como dicen, sólo retrasará un día la entrada de don Antonio! —aseguró Couto en A Casa dos Passarinhos.

—No sé cómo habrá sido —replicó don Bastián—. Pero creo que todo eso que proclamabais para tapar las fechorías de esos herejes con las imágenes, de que don Antonio había escogido el Corpus para entrar en la ciudad, se ha esfumado.

En Lisboa se vivió otra noche en vela después de una jornada agotadora. Se habían terraplenado los lugares más débiles de la muralla por si los ingleses cavaban una mina, ya que tendrían información detallada de esos puntos que don Antonio conocía a la perfección. Además de una gran cantidad de piedras y tierra se acumularon montones de fajina hechos con ramas de árboles y maderos que se buscaron por todas partes.

Al alba del día siguiente, desde las murallas vieron aparecer las primeras avanzadillas del ejército inglés. Antes de que completasen el cerco, un grupo de jinetes estaba preparado para salir. Eran cerca de un centenar.

—Que nada os distraiga de vuestra misión, capitán.

—Perded cuidado, excelencia. No pasarán ni las moscas.

A aquellos hombres, buenos jinetes y mejores conocedores del terreno, se les había encomendado interceptar las comunicaciones entre Drake y Norris. Intentaban evitar que se cerrara la tenaza sobre Lisboa.

A media mañana Norris llegó al arrabal de Santa Clara. Coincidió con varios disparos de los poderosos cañones del castillo de San Jorge, que dada su posición eran capaces de descargar por encima de las murallas.

—Esa artillería puede hacernos mucho daño. No tiene problemas para batir toda esta zona.

—Por eso, *sir* John —respondió don Antonio—, lo mejor será preparar el ataque por el lienzo de poniente. Entre las puertas de San Roque y de Santa Catalina. Allí contamos con otras ventajas…

—Mejor será, porque mis hombres están fatigados y hambrientos. No llegan los víveres prometidos. ¡Hoy sólo han comido miel! ¡Y también están sedientos! El agua que conseguimos sólo cubre la tercera parte de las necesidades. Este maldito calor hace que estén bebiendo la que hay encharcada. ¡Enfermarán!

No le faltaba razón al general inglés: para sus soldados aquellos calores, que anunciaban la llegada del verano, eran demasiado. La sed y el hambre empezaban a ser sus mayores problemas.

Los españoles no habían tenido tiempo de destruir muchas de las casas pegadas a aquel lienzo de la muralla, que servirían de parapeto al enemigo. También el convento de los trinitarios estaba adosado al muro. Los ingleses cerraron aquella tarde el cerco por tierra. Nadie podía ya entrar o salir de Lisboa salvo por la Ribeira das Naos. Norris esperaba noticias de Drake para lanzar el asalto al mismo tiempo que sus barcos penetraran en el estuario. Los españoles no podrían defender los dos frentes a la vez.

Era la hora del crepúsculo y las nuevas no llegaban. *Sir* John se impacientaba porque empezaba a haber un creciente número de hombres afectados por unas calenturas y disentería, que ya se habían llevado a los primeros a la tumba. A diferencia del entierro organizado aquella mañana a los muertos en la encamisada de los españoles, que se hizo con servicio religioso, sermón y una compañía que rindió honores a los cadáveres antes de ser inhumados, estos fueron enterrados a toda prisa. Esas muertes poco gloriosas se ocultaban cuanto era posible, ya que afectaban a la moral de la tropa.

—¡Maldita sea! ¿Qué estará haciendo ese hijo de granjero? —protestaba un malhumorado Norris—. ¡Seguimos sin noticias!

—Tampoco ha regresado ningún mensajero de los que hemos enviado.

Los ingleses habían congregado varias compañías a la altura del convento de los trinitarios. La enorme construcción les proporcionaba protección contra los tiradores españoles apostados en la muralla. Desde mediodía los tambores no dejaban de redoblar y el toque de trompetería era continuo.

—¡Esos herejes no paran de tocar! —decía un soldado, llevándose las manos a los oídos.

—Quizá esperan que aquí pase lo que la Biblia dice que ocurrió en Jericó —respondió otro a quien respetaban por ser hombre muy leído, capaz de componer versos y relatar historias que a todos entretenían, y que se llamaba Lope de Vega.

—¿Qué dice la Biblia, don Lope? —preguntó el cabo al mando de aquella escuadra, que en poco rato sería relevada.

El poeta había sido incorporado a una de las compañías. No quiso abandonar Lisboa cuando aún era posible porque adoraba los muslos de Violante y lo que guardaba entre ellos. En un poema los había comparado con columnas dignas del templo de Salomón.

—Jericó era un lugar de fuertes murallas y los israelitas no disponían de maquinaria para asaltarlas. Dios ordenó a su caudillo, de nombre Josué, que durante siete días se dieran siete vueltas cada día alrededor de la ciudad y que luego los sacerdotes tocaran sus trompetas.

—¿Y qué pasó?

—Que las murallas se desmoronaron.

Las risas acompañaron las palabras de Lope y por todo el baluarte corrió aquella historia como un cuento del maestro.

—¡Tiene imaginación ese Lope! Si los ingleses no acaban con él, ¡llegará lejos!

—¿Lo cree vuesa merced?

—¡Por supuesto! Su ingenio para construir fábulas es poco común.

La cólera de Norris estalló cuando uno de los tres mensajeros que había enviado a Drake fue llevado a su presencia. Se sujetaba con unas muletas, llevaba una pierna entablillada y un brazo en cabestrillo.

Había escapado gracias a que pudo espolear su caballo, aunque resultó herido por varios arcabuzazos.

—Es complicado llegar a Cascaes, señor —se excusaba—. Patrullas de jinetes españoles controlan los caminos.

—¡No podemos coordinar nuestro ataque! No sé a qué está aguardando Drake para enviarnos una señal. ¡La reina tendrá conocimiento de esto! Cuando Lisboa caiga en nuestras manos fanfarroneará y presumirá como si fuera cosa suya. ¡Estará entretenido saqueando algún barco capturado!

No le faltaba razón. Drake mantenía la armada fondeada en una amplia ensenada entre Cascaes y San Julián de la Barra, sin apenas cruzar algunos disparos con las defensas costeras. Había apresado varios barcos: dos urcas, una flamenca y otra de Hamburgo,

cargadas de grano con el que llenó las bodegas de varios de sus navíos, y también una nao francesa y una carraca genovesa para apoderarse de sus mercaderías. Aquello era lo que siempre se le había dado mejor.

A las diez de la noche fray Gaspar, que había recibido una noticia bajo secreto de confesión, decidió ir al Palacio da Ribeira. Si aquello se llevaba a cabo… Llegó a uno de los puestos de guardia.

—¡Santo y seña! —exigió uno de los soldados.

—No… no lo sé. Pero… tengo que ir a palacio.

El soldado amartilló su arcabuz y el cabo se acercó. A la luz de una tea comprobó que era un fraile. Otros dos lo apuntaban con sus armas.

—Puede que haya robado los hábitos —dijo uno de ellos—. ¿Disparo?

—Un momento. ¿Qué busca tan a deshora vuestra paternidad? —preguntó el cabo.

—Una puta que le alivie los ardores —murmuró uno de los soldados.

—He de ver a su alteza. El virrey debe tener conocimiento de lo que se trama.

—¡Estáis loco! ¡¿Ver al virrey?!

—¡Marchaos antes de que os achicharremos! —le ordenó el cabo.

—Tengo información valiosa para su alteza —insistió fray Gaspar.

—¿Información valiosa? ¿Cómo de valiosa?

—¡Franqueadme el paso! ¡Es urgente!

—¡Estos frailes son todos partidarios del bastardo! —protestó el soldado que le había pedido el santo y seña.

El cabo, un veterano con muchas guardias y larga experiencia, pensó que un fraile solo… Podía ser verdad que tuviera una información de interés.

—Avisaré al alférez. ¡No le quitéis la vista de encima!

Minutos después el cabo daba una explicación a Alonso de Sandoval.

—Tal vez sea una añagaza, mi alférez. ¿A estas horas? Pero no he querido despacharlo sin ponerlo en conocimiento de vuesa merced.

—¿Algún movimiento extraño?

—No, mi alférez. Parece que sólo se trata de un fraile. Dice que es muy importante, pero que sólo hablará con su alteza.

Cuando Alonso se acercó y vio al dominico…

—¡Fray Gaspar!

—¡Don Alonso!

—¡Dejadle paso!

—¡Paso franco! ¡Bajad las armas!

—¿Por qué queréis ver al virrey a estas horas? —preguntó Alonso.

—Porque me he enterado de algo… muy grave. No se puede perder un instante. ¡Menos mal que habéis aparecido! Esos soldados…

—Es que querer ver a su alteza en plena noche y en estas circunstancias…

—El tiempo apremia y el virrey debe saber lo que va a ocurrir… ¡a medianoche! Si no se pone remedio la ciudad está perdida. ¡Esos herejes…!

Aquello le parecía extraño…, pero Alonso conocía a fray Gaspar y la situación en que se encontraban también era excepcional.

—Muy pendientes de todo, cabo. ¡La noche va a ser larga!

—Perded cuidado, mi alférez.

—Paternidad, acompañadme.

El Palacio da Ribeira quedaba cerca. Las calles estaban desiertas y eran recorridas por patrullas de soldados, atentos a cualquier incidencia. Había temor a que se produjera un alboroto cuando los ingleses se lanzaran al asalto a la muralla, algo que podía ocurrir en cualquier momento. En el cuerpo de guardia Alonso y fray Gaspar aguardaron. Los soldados habían dejado de tirar los dados y darle al naipe, hacían comentarios en voz baja y miraban al dominico con recelo.

Poco después llegó un ayudante del virrey.

—¡Sandoval! ¿No os encontrabais de guardia en la zona de Santa Catalina?

—Por eso estoy aquí, mi capitán.

El ayudante miró a fray Gaspar.

—¿Qué ocurre?

Alonso hizo un aparte con el oficial.

—Pero su alteza…

—Mi acompañante dice que si no se toman medidas la ciudad está perdida.

—¿No os parece extraño?

—Mucho, mi capitán. Pero lo conozco y salgo fiador. Debe hablar con su alteza.

En aquel momento sonaron las campanadas que señalaban las once.

El fraile se les acercó.

—No queda mucho tiempo.

El ayudante, suspicaz, lo miró una vez más.

—Está bien. Acompañadme.

Interrumpió la reunión del virrey con el conde de Fuentes, el maestre Niño de Zúñiga, el alcaide del castillo de San Jorge y el segundo de don Alonso de Bazán, que había llegado aquella tarde a la Ribeira das Naos con cuatro galeras que habían logrado penetrar por el estuario, burlando a la armada inglesa. Había sido cuatralbo de las de Cartagena y se llamaba Ochando.

Lo que fray Gaspar les comunicó los dejó asombrados.

—¿Cómo os habéis enterado?

—Secreto de confesión. Puedo daros la noticia, pero no quién me la ha proporcionado.

—Si eso que dice vuestra paternidad es cierto…

—Lo es. En confesión no se miente.

—¿Cómo es posible que no lo hayamos descubierto? Derribar a pico y pala el muro…

—Han aprovechado que al otro lado está el convento de los trinitarios y que la muralla sirve de pared a varias celdas monacales.

—A este lado queda la casa de Ruy Lobo, y es por ahí por donde van a entrar —señaló el dominico—. Luego abrirán la puerta de San Roque.

El virrey contuvo la respiración. Se acordó del vaticinio de Petra la *Agorera*. Había dicho que se cuidara de un lobo, que se guardase de la Santísima Trinidad y que vigilara a San Roque. Afirmaba que pasarían cuatro, pero no llegarían a seis. Pensó si se referiría al tiempo transcurrido desde su pronóstico. Hacía más de cuatro meses, pero no llegaba a seis.

—¡Santo cielo! ¿Ese Ruy Lobo es partidario de don Antonio?

—Lo es, alteza —respondió fray Gaspar—. Se me ha dicho que allí aguardan tres docenas de hombres fuertemente armados para abrir paso a las tropas que entrarán por el agujero. Todo se ha llevado con el mayor sigilo y se pondrá en marcha cuando suenen las campanadas de la medianoche…

—¡Antes de una hora!

—Esa es la hora prevista, señor. Se apoderarán de la puerta de San Roque y la abrirán a más de un centenar de hombres que están prevenidos.

—¡Por eso han hecho redoblar los tambores todo el día! —exclamó Alonso—. ¡Para que no escucháramos el derribo!

—No podemos perder un momento. —El virrey empezó a impartir órdenes. Miró a Alonso—. Vos tomad cincuenta hombres o los que sean necesarios y detened a Ruy Lobo y a los que aguardan en su casa.

El maestre Niño de Zúñiga se encargó de que varias compañías reforzaran la muralla de poniente.

Faltaban veinte minutos para las doce cuando un aldabonazo en la puerta de la casa de Ruy Lobo rompió el silencio de la noche.

—¿Quién va? —respondieron desde el interior.

—¡Abrid, en nombre del rey!

La respuesta fue un disparo que astilló la puerta.

—¡Descerrajadla! —ordenó Alonso.

Varios tiros volaron la cerradura, la puerta giró sobre sus goznes y hubo una rociada de disparos de los arcabuceros que estaban preparados. El estruendo alentó a la vecindad, a los hombres que protegían los adarves adonde no paraban de llegar refuerzos y también al otro lado de la muralla.

—Algo ha ocurrido —señaló un oficial inglés que estaba en el claustro de los trinitarios.

Los españoles ya habían asaltado la casa de Ruy Lobo y llegaban al cuerpo a cuerpo.

Al tiempo que los disparos llenaban la noche lisboeta, en el convento de los trinitarios también había comenzado una lucha y con no poca furia. Los frailes peleaban entre ellos utilizando los puños, palos, alguna sartén…, y varios empuñaban cuchillos. La mayor parte, encabezados por el prior y por un inglés que había sido pieza clave en aquella trama, gritaban vivas a don Antonio. A ellos se enfrentaban algunos hermanos, que eran partidarios de Felipe II.

Los arcabuceros fueron venciendo la resistencia de quienes se atrincheraban en la casa de Ruy Lobo. Primero se adueñaron de la planta baja, pero la oposición continuaba en las habitaciones de arriba. La vivienda se iba llenando de cadáveres y heridos de diversa consideración. El último en morir fue Ruy Lobo, que espada en mano se lanzó escalera abajo soltando mandobles. Al llegar a la planta baja un soldado le descerrajó un disparo a bocajarro con un pistolete.

—¡Pasemos al convento! —ordenó Alonso.

Derribaron unos tablones que sustituían al muro destruido. Allí, quienes apoyaban a Felipe II se encontraban en clara desventaja. Algunos habían reculado hasta refugiarse en el refectorio, donde se protegían tras una mesa que habían volcado, y otros defendían con denuedo la puerta del convento para evitar que la abrieran y entrasen los ingleses que desde la calle no dejaban de aporrearla. La llegada de Alonso y sus hombres dio la vuelta a la situación. El prior, viendo que todo se complicaba, gritó al inglés, que empuñaba una pistola:

—*¡Mister* Crown! ¡Al campanario!

El relojero de Alfama, que gracias a los contactos tejidos durante su estancia en Lisboa había sido el muñidor de todo aquello, se lanzó escaleras arriba, evitando el disparo de un arcabucero, para ganar lo alto del campanario. Cuando Alonso se deshizo del fraile que lo acometía golpeándolo con el pomo de su espada, subió los escalones a toda prisa. La campana tocaba a rebato. Era la señal convenida para que las compañías de ingleses que aguardaban en las calles próximas se lanzaran al ataque.

Mientras centenares de enemigos avanzaban pensando que a través del convento entrarían en Lisboa, la muralla se había llenado con las compañías de refuerzo. Comenzó un cruce de disparos, porque las puertas de los trinitarios permanecían cerradas.

Los fogonazos de los arcabuces y los mosquetes alumbraban la noche lisboeta y el sonido de los disparos se escuchaba en toda la ciudad. En las zonas más próximas a la refriega se oían los chillidos e insultos que se lanzaban unos a otros, a los que se sumaban los primeros lamentos de los heridos. La gente se despertaba sobresaltada, aunque eran muchos quienes estaban en vela. La confusión era cada vez mayor y muy pronto, desde balcones y ventanas, se lanzaban gritos. Los lisboetas creían que había comenzado el asalto a la ciudad, para alegría de unos y temor de otros.

En el campanario se resolvía una lucha más personal. Eran dos sombras las que se movían en la penumbra de aquel reducido espacio iluminado por los destellos de los disparos. Habían dado un par de vueltas a la gran campana, que ya había dejado de sonar, en busca de un punto débil en el contrario. Manteniéndose fuera del alcance de la espada del alférez, Crown tenía la ventaja de disponer del disparo de su pistolete, pero si erraba…

—Así que vos sois el relojero de Alfama.

—¿Cómo lo habéis adivinado?

—El prior os ha llamado Crown.

—¿Y vuesa merced es…?

—Quien va a acabar con vos. No lo logré cuando os seguí hasta Peniche, pero ahora…

El inglés pensó que había llegado el momento de disparar.

Apretó el gatillo, se oyó un fuerte sonido metálico y saltaron cientos de chispas: la campana había servido como un escudo. Crown desenvainó entonces su afilada daga y, dando un salto, se lanzó con furia sobre Alonso, pero no llegó hasta él. El largo acero del alférez lo ensartó. El peso del relojero, que se desplomó por el hueco de la escalera, no permitió a Alonso tirar de la espada con que lo había atravesado de parte a parte.

En varios puntos de la ciudad se iniciaban los conatos de desorden que los partidarios de don Antonio habían previsto:

—¡Viva don Antonio! ¡Fuera los castellanos! ¡Viva nuestro rey!

Las patrullas que recorrían los barrios en prevención de que aquello pudiera ocurrir se enfrentaban a los alborotadores. Todo era confusión.

En la muralla de poniente se resistía la embestida inglesa gracias a los refuerzos y las medidas que a toda prisa se habían tomado, y en el convento de la Trinidad tenía lugar un enconado combate. Un grupo de españoles había logrado llegar hasta las puertas y ayudar a los frailes a mantenerlas cerradas.

La falta de escalas —los asaltantes estaban preparados para entrar por el agujero practicado en la muralla y por la puerta de San Roque— hizo que pronto se replegaran, abandonando su intento. En la iglesia del convento, donde se habían atrincherado algunos, la pelea se prolongó durante más de dos horas. No concluyó hasta que hubo caído el último inglés.

En las calles las algaradas se saldaron con dos docenas de muertos, cuatro de ellos soldados. Había más de medio centenar de heridos que llenaron el hospital de Todos los Santos, donde trabajaban sin descanso médicos y cirujanos barberos. El número de prisioneros superaba el centenar. Estaban maniatados en la plaza del Rossio y en el llano que se extendía por detrás de la Alfandega, muy cerca de donde vivía Alonso.

En el Palacio da Ribeira se celebraba una reunión poco antes del amanecer.

—Ha sido una noche muy complicada —decía el virrey, una vez recibida toda la información—. Cantamos victoria porque hemos tenido suerte. Pero esto podía haber acabado mal.

—Muy mal —corroboró el conde de Fuentes.

El ayudante de Alberto de Habsburgo tenía un vendaje en la cabeza con una mancha de sangre. Un disparo de pistola le había rozado la sien cuando participaba en las luchas callejeras con una parte de los soldados de la guardia.

—Podría volver a ocurrir. ¿Quién nos garantiza que en otro lugar no están desmontando la muralla? Tiene más de cuatro mil varas y son muchas las edificaciones pegadas a ella que controlan los ingleses. Esta noche hemos logrado salvar la situación, pero si ese fraile no nos hubiera advertido… ¿Qué podemos hacer en esta situación? —preguntó el virrey.

—Tomar la iniciativa, alteza.

El archiduque miró a Fuentes.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Que no aguardemos a que nos vuelvan a atacar. ¡Hagámoslo nosotros!

—¡Nos aventajan en una proporción de cuatro a uno!

—También nos superaban la madrugada de la encamisada. La sorpresa jugó entonces a nuestro favor y ahora también, porque no se lo esperan.

—¿Proponéis una salida? —preguntó Niño de Zúñiga.

—No, maestre. Propongo un ataque en toda regla. Desalojarlos de las posiciones que ocupan. ¡Enseñarles los dientes! ¡Decirles que estamos sobrados!

Capítulo LXII

LA PROPUESTA del conde de Fuentes dio lugar a un largo y tenso debate.

El virrey consideraba que encerraba demasiados riesgos y no daba cumplimiento a lo que su majestad le había encomendado. Para Felipe II el asunto principal era la defensa de Lisboa. Si el enemigo se apoderaba de ella podía darse todo por perdido.

—Lo que vuestra excelencia propone supone dejar la ciudad sin gran parte de sus defensores. ¿Os imagináis que esas tropas sufrieran un descalabro? Las consecuencias serían una catástrofe no sólo porque nos dejaría sin nuestros mejores hombres, sino porque alentaría a que los partidarios de don Antonio intentaran otra vez lo que han buscado esta noche.

—Alteza, la mejor forma de defender Lisboa es atacando al enemigo. Lo que planteo es arriesgado, desde luego, pero… ¿una guerra no supone exponerse?

—¡No deberíamos correr riesgos que no podamos asumir!

—Señor, si están horadando la muralla por otro sitio, será mucho peor que esta noche. Sabemos que el enemigo está también dentro de los muros.

—¿Cuál es vuestra opinión? —preguntó el virrey al maestre de campo.

Niño de Zúñiga se acarició la barba. Era un soldado con larga experiencia, y sus opiniones eran muy valoradas por su alteza.

—Señor, yo también soy de la opinión de que la mejor defensa es un ataque. Tendríamos la sorpresa a nuestro favor. Me habéis encomendado la protección de las murallas y esa es mi responsabilidad, pero tras lo visto esta noche atacaría a los ingleses sin demora. Tenemos numerosos hombres que han combatido duramente en las últimas horas, pero muchos más están frescos. Los ingleses no esperan que respondamos de esta manera.

—¿Me permite vuestra alteza?

—Hablad, Ochando.

—Señor, en la guerra, a veces, hay que jugárselo todo a una carta.

—¿A una carta? ¿Qué queréis decir?

—Que las galeras bajo mi mando podrían participar en ese ataque.

—Significaría arriesgarlas. Si Drake ataca… ¡tiene más de ciento ochenta barcos!

—Cierto, alteza, pero… ¿de qué les han servido hasta ahora? No sé los problemas que acusan, pero todo apunta a que Norris y él no… tienen buenas relaciones. Drake se ha dedicado a apoderarse de los barcos que aparecen por la entrada del estuario. Si nosotros atacamos al ejército inglés por tierra y por mar, quienes temerán caer en una tenaza serán ellos. Habríamos cambiado las tornas.

—¿Qué decís, don Francisco?

—Los acometería por ambas partes. Permanecer de brazos cruzados no es la mejor de las estrategias.

—Pero vos me dijisteis que los galeones debían reforzar las galeras de Bazán. ¡Por eso están ahora en San Julián!

—Señor, desde entonces han pasado muchas cosas, y en la guerra las situaciones cambian continuamente.

—¿Cuántos hombres necesitaríais?

Con aquella pregunta el virrey entreabría la puerta a considerar aquella posibilidad.

—Mil doscientos infantes y ciento cincuenta caballos.

—¡Eso es un tercio de las tropas de que disponemos!

—¿Quiere vuestra alteza que demos una lección a los ingleses?

—¡Desde luego!

—Entonces, señor, actuemos sin melindres.

Los primeros rayos del sol entraban ya por las cristaleras del salón.

—Está bien. Disponedlo todo y que Dios os acompañe.

Se necesitaron dos días, en que hubo por diferentes sitios ataques de tanteo de los ingleses, para tenerlo todo a punto. Al amanecer del tercer día en la explanada que se abría ante la fachada del Palacio da Ribeira se fueron reuniendo hombres. Eran las mejores tropas de que disponían. Habían peleado en condiciones muy difíciles, y tenían ganas de dar en la cresta al gallo inglés. Al tiempo que los soldados disponían su armamento —muchos sacaron las pequeñas piedras de afilar que llevaban siempre consigo y pasaban por ellas una y otra vez sus misericordias—, el alcaide de San Jorge recibía una carta lacrada. Después de leer el mensaje esbozó media sonrisa.

—¡Esto va a ponerse al rojo vivo!

Cuando llegaron los jinetes que iba a mandar don Francisco de Mascarenhas, el conde de Fuentes, subido a una improvisada tarima, se dirigió a sus tropas:

—¡Soldados! El enemigo está al otro lado de esos muros. El rey, nuestro señor, nos ha encomendado la misión de defender Lisboa, protegerla de robos, saqueos y violaciones, y también de no permitir que profanen los templos y ultrajen las imágenes. ¡Esta es una lucha por Dios y por su majestad! No vamos a aguardar tras las murallas a que nos acosen y ataquen. ¡Seremos nosotros quienes acometamos! ¡Vamos a enseñar a esos herejes cómo luchamos!

El silencio con que los soldados escucharon la arenga sólo quedó roto por el flamear de las blancas banderas sobre las que lucían las rojas cruces aspadas que identificaban a los tercios de infantería española.

El conde sacó su espada y alzó el brazo para mostrarla.

—¡Por Dios y por el rey!

—¡Por Dios y por el rey! —respondieron todos con un grito unánime.

—¡Santiago y cierra España!

—¡Santiago, Santiago! ¡Cierra España!

Los tambores comenzaron a redoblar. Sus roncos sones se mezclaban con el vocerío con que los soldados españoles entraban en combate.

Lisboa retumbaba.

Muchos vecinos que habían acudido se sorprendieron al ver cómo se abrían las puertas de la muralla.

El conde de Fuentes espoleó su caballo y, tras él, don Francisco de Mascarenhas, a cuyo lado iba el alférez Sandoval empuñando la enseña de la caballería. Apenas los primeros jinetes cruzaban la puerta de San Roque los cañones del castillo de San Jorge rugieron.

Desde el balcón principal de palacio el virrey se santiguaba y bisbiseaba una oración antes de decir a Niño de Zúñiga:

—Maestre, nuestro sitio está en la muralla.

Las primeras bombas cayeron sobre los atrincheramientos ingleses. Los artilleros de San Jorge sabían que disponían de poco tiempo antes de que los españoles llegaran a las posiciones del enemigo.

Inesperadamente, las fuerzas inglesas se vieron atacadas desde el estuario. Las galeras que mandaba Ochando también abrían fuego.

Norris, que estaba alojado a las afueras del arrabal, en la llamada Quinta de Santa Ana por la imagen que albergaba una hornacina que había en su fachada, dejó de estudiar el mapa desplegado sobre la mesa.

—¿Qué es eso?

—Dispara la artillería del castillo de San Jorge, *sir* John, y también lo hacen desde el estuario algunas de sus galeras.

—¡¿Cómo decís?!

—Varias galeras que lograron llegar a Lisboa. Nos disparan desde ellas.

—¡¿Dónde están los barcos de Drake?! ¡¿Qué diablos está haciendo el hijo del granjero?!

Llegó, jadeante, un jinete.

—Señor, los españoles atacan nuestras posiciones.

—No necesito que me lo digáis. Oigo cómo rugen sus cañones.

—Disculpadme, general, pero me refiero a su infantería.

—¡Por todos los demonios! ¡Mi armadura! ¡Mi caballo!

Los cañones de San Jorge disparaban y los soldados españoles que permanecían en las murallas lanzaban gritos de ánimo a sus compañeros que, en aquel momento, irrumpían en el arrabal al grito de «¡Santiago y cierra España!».

La batalla había comenzado.

Los jinetes españoles llegaron muy pronto a las primeras líneas enemigas, y tras ellos los arcabuceros, escupiendo fuego a diestro y siniestro, abrían paso a los piqueros y rodeleros. Los ingleses, que estaban en el interior de las casas, empezaban a reaccionar. Apuntaban desde las ventanas, pero sin precisión, porque en las calles se peleaba ya cuerpo a cuerpo. Sorprendidos ante la avalancha que se les había venido encima, llevaban la peor parte.

En medio de los disparos apenas se oían las voces de los oficiales, los gritos y los lamentos. No había cuartel. Los ingleses caían atravesados por una espada o una pica, o degollados se ahogaban en su propia sangre.

—¡Esto es por lo de Cádiz!

Aquello duró dos horas. En torno al mediodía don Francisco de Mascarenhas, sobre su montura y en un pequeño altozano, vio que numerosas tropas inglesas se acercaban al campo de batalla. Si no se replegaban rápidamente, lo conseguido hasta aquel momento podía terminar en desastre. No era posible hacerles frente.

—¡Corneta! ¡Toque de retirada!

La señal fue replicada inmediatamente por los tamborileros.

Los infantes, protegidos en las alas por los jinetes, iniciaron un ordenado repliegue. Algunos se habían echado sobre sus hombros a los muertos, otros no dejaban de disparar. Se llevaban a todos los heridos. Muchos ya estaban puestos a salvo, pero algunos, con dificultades para caminar, habían quedado en la retaguardia. Eso retardaba el paso y los ingleses cada vez estaban más cerca. Los disparos de su vanguardia silbaban cerca. Muy pronto estarían a su alcance.

—¡Más deprisa, más deprisa! ¡Se nos echan encima!

—¡Los heridos no pueden ir tan rápido, mi capitán! —respondió un soldado que, con el arcabuz en bandolera, ayudaba a otro que cojeaba, casi imposibilitado.

Varios eran llevados en parihuelas improvisadas con picas y ramas, y dos más iban a hombros de compañeros. Algunos rezagados marchaban casi a rastras.

—¡Nos van a alcanzar! ¡No nos da tiempo a llegar a las murallas!

El capitán comprobó que la distancia a la que se encontraban los ingleses se acortaba muy deprisa. No había margen para formar una línea de combate y tratar de frenar su avance. Fue entonces cuando, por las calles laterales que llevaban a la Ribeira das Naos, aparecieron docenas de soldados abriendo fuego contra los ingleses. Una compañía de infantes de marina del Tercio Viejo de Nápoles que estaba en las galeras mandadas por Ochando había desembarcado y se lanzaba al ataque. Lograron detener la acometida enemiga dando un respiro a la retaguardia española.

Estaban próximos a las murallas cuando las culebrinas de las galeras abrieron fuego sobre los ingleses. Hacían poco daño, pero fue como un aviso para que en el castillo de San Jorge supieran que podían disparar de nuevo. Sus poderosos cañones frenaron en seco el avance inglés, cuya vanguardia, atacada por los infantes de marina españoles, estaba ya cerca del alcance de los arcabuceros de la muralla, que con sus descargas permitieron completar la retirada.

Quienes habían librado la batalla se congregaban en la plaza de Palacio. A diferencia del orden que pocas horas antes había marcado su salida, el caos era ahora la nota dominante. En el centro se

encontraban alineados y ya cubiertos por mantas tres docenas de cadáveres, y en torno a ellos quedaba libre un espacio de respeto. Algo más alejados, corrillos de hombres comentaban lo ocurrido. Muchos tenían desgarros en las vestiduras y manchas de sangre. Camilleros deambulaban de un lado a otro para retirar a los heridos más graves y llevarlos a Todos los Santos. Había jinetes que permanecían sobre sus monturas y otros que habían descabalgado. Algunos animales tenían lesiones en las ancas o en el cuello, o mantenían una de sus patas encogida y levantada.

En los rostros de todos se pintaba la satisfacción: habían cumplido con su cometido. También un destello de tristeza aparecía en las miradas de algunos por los compañeros que no podrían festejar el triunfo, pero los ingleses habían sufrido un duro golpe. Frente a menos de medio centenar de muertos españoles y un número algo superior de heridos, las bajas inglesas se acercaban al millar: más de cuatrocientos muertos y cerca de seiscientos heridos. Los capitanes paseaban entre los corrillos. Era la hermandad que caracterizaba a los tercios.

Un toque de corneta hizo que cesaran los comentarios. Sobre la tarima desde la que había arengado a sus hombres antes del ataque, estaba otra vez el conde de Fuentes:

—¡Soldados! Si los ingleses creían que esperaríamos agazapados tras las murallas, les hemos enseñado cómo se defiende una ciudad. Ahora sabrán que no están a salvo en sus posiciones, y que sus trincheras no son tan seguras como piensan. ¡Honor a quienes no pueden celebrar nuestra victoria! Sabed que esta tarde en la catedral será el funeral por ellos. ¡Santiago y cierra España!

—¡Santiago y cierra España! —fue el grito de respuesta.

Aquel día hubo ración doble en el almuerzo y se añadió media libra de carne para exaltar el buen suceso.

Don Francisco, antes de retirarse a su casa, miró de arriba abajo a Alonso. Tenía un desgarro en la ropa y estaba manchado de sangre. Todavía empuñaba la bandera.

—Alférez, esa enseña ha estado en las mejores manos. Ha sido un honor combatir a vuestro lado.

—El honor ha sido mío, señor.

—¿Dónde almorzaréis?

La pregunta lo sorprendió. El padre de Leonor mantenía con él una actitud correcta, pero guardaba las distancias. Además, se había negado a hablar de la boda de su hija mientras se mantuviera aquella situación. Podía ocurrir cualquier cosa.

—Se nos ha dado día libre… Comeré en mi casa.

—¿Aceptáis hacerlo en la mía?

—Señor, no sé si…

—¡Es una orden, alférez!

En el Palacio da Ribeira se sacaban conclusiones.

—Alteza, en un primer momento —señalaba el conde de Fuentes — me llamó la atención que su artillería no nos respondiera. Ahora sé por qué no lo han hecho. —El virrey lo interrogó alzando las cejas —. Siguen sin ella.

—¿No tienen cañones?

—Ni han castigado las murallas ni respondido a los disparos de San Jorge ni de nuestras galeras. Sabíamos que no los traían cuando desembarcaron en Peniche, pero que sigan sin ellos… Algo no funciona en el campo enemigo. Pensamos que no los bajaron en Peniche para no tener que transportarlos y ganar en rapidez para llegar hasta aquí, pero lo que sucede es que carecen de ellos.

—¡Por eso han buscado otra forma de entrar en la ciudad! — exclamó el archiduque.

—Hay otra cuestión que me parece de gran importancia, señor. Andan escasos de bastimentos.

—¿Cómo lo sabéis?

—No hemos encontrado víveres en sus trincheras ni tampoco depósitos. Sólo hemos visto hombres enfermos, demasiados, alteza.

—Resulta llamativa la pasividad de su armada —intervino Niño de Zúñiga—. ¿Qué hace fondeada frente a Cascaes? Su superioridad es abrumadora. ¿Por qué no entran en el estuario? Sus espías les habrán dado noticia de que la ribera del Tajo es uno de nuestros puntos débiles.

La victoria lograda, además del varapalo asestado a los ingleses, tenía esa otra cara: la importante información obtenida sobre la situación en que se encontraba el rival.

Capítulo LXIII

LEONOR celebraba que Alonso compartiera con ellos la comida. Lo de Nochebuena había sido algo excepcional. Aumentaba su ya inmensa alegría ver que su padre y él hubieran regresado con vida de la batalla, que la había tenido rezando toda la mañana.

Cuando a media tarde el alférez entró en su casa de la rúa dos Confeiteiros vio a Lope cálamo en mano. El escritor alzó la vista y le dedicó una sonrisa.

—¡Enhorabuena, don Alonso! ¡Habéis zurrado la badana al inglés!

—¿Acaso escribís para dejar memoria de lo ocurrido?

—No, amigo mío. Es para cumplir algo a lo que me había comprometido.

—¿Puede saberse qué compromiso es ese?

—Oíd lo que acabo de terminar.

Lope se puso en pie para dar mayor énfasis a sus versos:

Un soneto me manda hacer Violante,
que en mi vida me he visto en tanto aprieto;
catorce versos dicen que es soneto:
burla burlando van los tres delante.
Yo pensé que no hallara consonante
y estoy a la mitad de otro cuarteto,
mas si me veo en el primer terceto,

no hay cosa en los cuartetos que me espante.
Por el primer terceto voy entrando
y parece que entré con pie derecho,
pues fin con este verso le voy dando.
a estoy en el segundo, y aún sospecho
que voy los trece versos acabando;
contad si son catorce, y está hecho.

—¡Increíble, Lope, increíble! ¡Sois único!

—Me ha costado lo suyo. Lo he escrito para leerlo delante de Lucía. Para la intimidad con Violante he escrito… otra cosa.

—¡Es extraordinario! En las circunstancias en que nos hallamos, con el enemigo a las puertas, encontráis inspiración para componer unos versos como esos.

—Quizá haya influido que el enemigo está hoy menos a las puertas.

Las palabras de Lope habían sido una excusa ante las alabanzas de Alonso. La razón principal era que las noches con Violante, que no eran todas por razones del servicio en la muralla, lo enloquecían de placer. En sus correrías amorosas por el Madrid que Felipe II había convertido en la capital de la monarquía nunca conoció una moza tan retozona como aquella.

Los efectos de la batalla librada en el arrabal fueron demoledores para los ingleses.

—¡¿Cómo ha sido posible?! —Norris había regresado a la Quinta de Santa Ana—. ¡¿Cómo no se previno lo que se nos venía encima?!

—Nadie, señor, podía imaginar que iban a llevar a cabo algo así.

Norris descargó un puñetazo en la mesa.

—¡De esos demonios puede esperarse cualquier cosa! ¡Mil bajas! ¡Entre muertos y heridos hemos perdido mil hombres! ¡Un desastre! ¡Y, además, esto…! —Dio un manotazo a los papeles que había ante él.

—Eso, *sir* John, es peor que lo ocurrido esta mañana.

La mirada de Norris era tan fría que cortaba.

—No os equivoquéis, coronel. El ánimo de los españoles ha crecido tanto que se considerarán capaces de las acciones más increíbles.

—Señor, lo que dicen esos papeles es que las bajas que tenemos por calenturas y disentería son cada día más. Ese portugués no está cumpliendo ninguna de sus promesas. Son pocos los que se suman a su causa, y los víveres tan escasos que sólo permiten dar de comer a un tercio de nuestras tropas.

Aquella realidad pesaba más cada jornada en el ánimo de los ingleses. Don Antonio conseguía el aplauso de la plebe, pero ninguno de los grandes títulos había aparecido para rendirle pleitesía y el abastecimiento era insuficiente. El número de soldados enfermos crecía y las bajas aumentaban. Los entierros se hacían de forma discreta para no desmoralizar más a la tropa. Entrar en Lisboa, donde se les había dicho que se acumulaban grandes riquezas y se les prometieron veinticuatro horas de saqueo a los bienes de los partidarios de Felipe II, no era tan fácil como se había creído.

Todo ello, junto a la inexplicable pasividad de la flota de Drake, que era la principal arma con que contaban, hizo que aquella tarde Norris tomara una drástica decisión que comunicó a su estado mayor:

—Caballeros, dadas las condiciones en que nos encontramos, he decidido retirarnos hacia Cascaes.

—*¡Sir* John, eso significa admitir la derrota!

—¡Eso significa asumir la realidad! No contamos con el apoyo portugués que nos permita entrar en Lisboa, ni disponemos de artillería para batir sus murallas. Los planes previstos han fracasado. Muchos de nuestros hombres están enfermos, y sobre la capacidad de lucha de los españoles me ahorro los comentarios. Permanecer aquí sólo sería agrandar el desastre. Lo mejor es retirarnos, ordenada y sigilosamente, para no advertir de ello al enemigo. Mañana se desarrollarán las actividades habituales, pero se evacuará a enfermos y heridos. Para ello se requisarán todos los transportes que sean necesarios. Una vez haya anochecido, iniciaremos el

repliegue hacia Cascaes. Son apenas cinco leguas, y al amanecer estaremos llegando. Allí se tomarán las decisiones más convenientes.

Poco después don Antonio, que había instalado un remedo de corte en un pabellón de caza mandado construir por don Manuel el Afortunado, apareció por la Quinta de Santa Ana. Apenas enterado de la reunión que Norris había mantenido con su estado mayor —en Santa Ana varios criados eran sus ojos y oídos— había montado a caballo y salvado la media legua que separaba ambas residencias.

Norris lo recibió de mala gana. Daba cuenta de unas pechugas de capón, estaba en mangas de camisa y no se molestó en levantarse cuando apareció. Aquella no era la mejor forma de recibir a un rey.

—No os molestéis, *sir* John —ironizó don Antonio.

—¿Quiere… vuestra majestad un poco de vino?

—Sabed que no he venido a beber con vos, sino a que me informéis de cierta noticia que me ha llegado.

—Y… ¿qué noticia es esa?

—¿Habéis dado orden de que nuestro ejército se retire a Cascaes?

—¿«Nuestro ejército»? ¿Dónde están vuestras tropas? ¿Dónde la nobleza que se alzaría en el momento en que pusierais pie en el reino? Decidme, ¡¿dónde están?!

—¡Decidme vos! ¿Os parecen poco cinco millones de ducados? ¿Quién financia ese ejército? ¿Brasil os parece una menudencia?

—¿Dónde están esos cinco millones? Habláis de lo que no tenéis. ¡Ni siquiera habéis sido capaz de suministrarnos víveres! Mis hombres están hambrientos y sedientos, ¡muchos, enfermos por esa causa! No hemos visto un ducado ni tenéis poder alguno sobre este territorio. A duras penas he mantenido la disciplina de mis hombres para que no saqueen esta tierra. ¡Es cierto! ¡He dado órdenes de retirarnos hacia Cascaes!

Don Antonio se vino abajo. Aquellas acusaciones del general inglés eran un relato de realidades para las que no tenía respuesta.

Se limitó, bajando mucho el tono de voz, a hacerle una recriminación:

—Podríais haberme dado cuenta de ello.

—Pensaba hacerlo mañana, pero he comprobado que hay quien os informa. Ahora, majestad —dijo con desdén—, quiero terminar de cenar.

Don Antonio abandonó la Quinta de Santa Ana. Al montar en el caballo miró hacia la imagen cobijada en la hornacina y farfulló:

—¡Al menos no la han ultrajado!

Aquella noche los centinelas de la muralla estaban escamados.

—¿No os extraña el silencio? No llegan los ruidos de otras noches.

—Se ven las fogatas en los mismos sitios. Pero tenéis razón, apenas se escuchan ruidos.

—Será mejor dar aviso antes de llevarnos una sorpresa.

Advertido el cabo, opinó igual. Aquella quietud no era normal.

—¡Estarán preparando algo!

El oficial a cuyo cargo estaba el lienzo de muralla que se extendía entre las puertas de Santa Catalina y San Andrés fue informado y decidió tomar algunas medidas, aunque sin dar la alarma.

Los hombres de retén fueron llamados a los adarves. Muchos estaban convencidos de que el enemigo buscaría la revancha del severo castigo recibido.

Sin embargo, las horas fueron transcurriendo sin alteración alguna. Las campanas del reloj de la catedral y del Palacio da Ribeira rompían periódicamente el silencio, anunciando el discurrir de la noche. Nada había ocurrido cuando el alborear proclamó la llegada de un nuevo día.

Primero fue una sorpresa. Y luego se consideró necesario confirmar lo que parecía haber sucedido.

Una patrulla de reconocimiento salió por la puerta de San Roque. Cuando poco después regresaron, su información produjo desconcierto.

—No se ven por ninguna parte.

—¿Estáis seguros?

—Han abandonado sus trincheras. Hemos entrado en muchas casas, donde sólo quedan restos de su presencia. Llegamos hasta el límite del arrabal, mi capitán. Allí se ven numerosas huellas.

—Mejor será confirmarlo. ¡Puede que hayan urdido alguna trampa!

Ahora, en lugar de los cuatro hombres que habían formado la patrulla, se trataba de un destacamento. Una veintena de soldados entraron en muchas casas y en los conventos, cuyas comunidades se habían marchado por temor a la fama de herejes de los ingleses. Recorrieron las trincheras que los españoles habían asaltado el día anterior.

No había rastro del enemigo.

Quien les dio la noticia fue un hortelano que arreaba un borriquillo con un serón lleno de melones.

—¿De dónde venís?

—De Restelo. ¿Quieren vuesas mercedes noticia de los ingleses?

—¿Los habéis visto?

—Van camino de Cascaes. Son muchos.

—Proseguid la marcha.

Aquella noticia desató la euforia.

—¡Los ingleses se han ido! ¡Van camino de Cascaes!

La buena nueva fue celebrada en el Palacio da Ribeira y se extendió por Lisboa entera, primero como un rumor y después por voz de pregonero.

—¡Los ingleses se retiran hacia Cascaes!

—¡Levantan el sitio!

—¿Qué sitio? ¡No han sido capaces de cercar la ciudad!

—¡Parece que han tenido bastante con la que se llevaron el otro día!

La información se divulgaba en los habituales mercados, que estaban poco provistos. Hacía muchos días que no entraban en la ciudad las frutas ni las verduras que se cultivaban en las huertas de los alrededores. Los precios de la carne, que empezaba a escasear,

habían subido no porque faltaran animales para sacrificar, sino porque algunos carniceros se aprovechaban de la situación.

En A Casa dos Passarinhos fue el padre Pereira quien lo anunció:

—¡Los ingleses se marchan!

—¿Pero qué es lo que decís?

—¡Que se largan, don Bastián! Me ha dicho un jesuita, muy reservadamente, que tienen graves problemas. Sus jefes no se entienden…

—Desde luego no se explica que su armada no haya entrado en el estuario —apostilló don Bastián.

—También me ha dicho que andan cortos de comida y que muchos soldados están enfermos. Tienen calenturas, vómitos, diarreas…

—¡Se cagarán por las patas abajo después de la que les dieron! —proclamó Farinhas.

Couto no había aparecido por allí.

Si aquella noticia se confirmaba, significaría que se esfumaban las posibilidades de que don Antonio entrara en Lisboa y ocupase el trono.

Poco después de que se hubiera dado la orden de hostigar la retaguardia enemiga y las galeras de Ochando se dirigiesen a San Julián de la Barra para reforzar los barcos de Bazán, un jinete llegaba al Palacio da Ribeira. El mensaje era escueto:

A su alteza real, archiduque Alberto de Habsburgo, virrey de Portugal:

Os escribo por mandato de su majestad, el rey nuestro señor, para daros a conocer que hoy, que se cuentan seis días del mes de junio, las tropas bajo mi mando, que se componen de diez compañías de infantería de los tercios de Sande y de Dávila, que suman mil ochocientos cincuenta hombres, más seis escuadrones de caballos del tercio de Figueroa, que suman doscientos cuarenta y cuatro, hemos llegado a la ciudad de Évora, en este reino de Portugal, en nuestro

camino hacia Lisboa. Si Dios no dispusiera lo contrario, en cuatro días llegaremos a esa ciudad para ponernos a vuestras órdenes y defender los legítimos derechos de nuestro soberano.

Besa la mano de vuestra alteza,

Don Diego Ponce,
comendador de la Orden de Santiago

—Parece, ilustrísima, que los hados se han confabulado para que el día de hoy sea como mejor podíamos haberlo imaginado —comentó el virrey al arzobispo, al que visitaba en la sacristía después de haber orado largo rato en la catedral dando gracias a Dios por tan faustas noticias.

Capítulo LXIV

LOS HERIDOS y un número creciente de enfermos —eran tantos que apenas cabían en los carros— retrasaban la marcha del ejército de Norris. Eso dio tiempo a los jinetes que formaban la vanguardia de las tropas españolas a darles alcance cuando habían recorrido poco más de tres leguas.

A las puertas de Oeiras se produjo la primera escaramuza.

Norris dio órdenes a uno de sus coroneles de atrincherarse allí.

—Habéis de evitar que se nos echen encima. Dadnos margen para llegar a Cascaes.

—A la orden, *sir* John.

Los ingleses se aprestaron a resistir los envites de los españoles. A costa de numerosas bajas consiguieron detener su avance y dar tiempo a Norris para llegar a Cascaes y apoderarse de ella. El castillo, bien pertrechado, disponía de una guarnición de medio centenar de hombres. Sus cañones eran una amenaza y sus tropas no estaban en condiciones de tomarlo al asalto. Fueron los franciscanos del convento de San Antonio quienes sugirieron al general inglés una treta para hacerse con él.

Don Antonio, cuyo aspecto era lastimoso porque la retirada de Lisboa y el desprecio con que era tratado lo tenían desalentado, dio su visto bueno. Aquellos frailes le habían mostrado fidelidad y dos de ellos, portando una bandera blanca, se acercaron a la fortaleza.

—¿Quién va? —les gritó el centinela.

—Traemos un mensaje para vuestro capitán.

Avisado, el oficial dio orden de que se abriera la poterna que había al pie de una de las torres. Los franciscanos fueron conducidos a su presencia.

—¿Qué recado traen vuestras paternidades?

—Sabed, señor capitán, que lo hacemos en cumplimiento de nuestro sagrado ministerio, que nos obliga a hacer cuanto esté en nuestra mano para evitar muertes innecesarias…

—Paternidad, todo eso está muy bien, pero ¿cuál es el mensaje? ¡En las presentes circunstancias no estamos para sermones!

—Debéis saber lo inútil que resulta ya la resistencia de este castillo, cuya guarda os tienen encomendada.

—¿Inútil? ¿Qué razón tiene vuestra paternidad para decir tal cosa?

—Lisboa ha proclamado como rey a don Antonio de Avís.

El capitán frunció el ceño.

—¿Los ingleses han entrado en Lisboa?

—Así es.

—En ese caso, ¿qué hacen sus tropas en Cascaes? Por lo que podemos ver desde nuestros adarves son muchos miles.

—¿Es que acaso dudáis de nuestra palabra? ¡Somos hombres de Dios! —replicó uno de los frailes mostrando mucha irritación—. Sólo pretendemos salvar a los que, sin duda, serán sacrificados si os empeñáis en resistir. Vuestra causa está perdida. El virrey ha huido de Lisboa. Sabed que Dios castiga severamente a quienes arriesgan inútilmente vidas de cristianos.

—Me ata un juramento.

—¿Para defender este castillo en nombre de un rey que ha dejado de serlo?

—El compromiso de ese juramento deja de serlo cuando carece de sentido —añadió el otro fraile—. ¡Pensad en vuestros hombres! ¡En las mujeres y los niños!

Aquel era un argumento de mucho peso.

—Si lo que vuestras paternidades me están proponiendo es que entregue este castillo, ¿cuáles serían las condiciones?

—Díganoslas *você* y las transmitiremos al general inglés.

—Salida de todos quienes aquí estamos con garantía de la vida y de poder trasladarnos adonde deseemos. La guarnición con sus armas, al son de tambor y con bandera desplegada. Y llevarnos todos los enseres que podamos transportar en dos carros.

Una hora después la capitulación estaba firmada y la fortaleza de Cascaes era entregada. Cuando el capitán se enteró de que había sido víctima de un engaño y que Lisboa no estaba tomada por los ingleses, que se encontraban en una situación desesperada, se quitó la vida.

La ocupación de aquel castillo mejoraba poco la realidad del ejército inglés. Tenía un gran valor estratégico, pero en las circunstancias en que se hallaban no les servía de mucho. Las tropas estaban muy mermadas y desmoralizadas.

En la reunión con Drake, quien se negó a desembarcar, por lo que Norris tuvo que subir a bordo del *Revenge*, ninguno de ellos se mordió la lengua. Estaban presentes el conde de Essex y John Hawkins.

—¿Puede saberse qué habéis estado haciendo todo este tiempo? —recriminaba Norris a Drake—. ¡Ni siquiera he tenido noticias vuestras!

—¡Apoderarme de tres urcas, una nao y una carraca! Y, por lo que respecta a nuevas, ¡tampoco yo las he tenido de vos!

—¡Eso es lo vuestro! ¡El robo y la piratería! ¡No sois capaz de dirigir una armada!

—¡Ni vos un ejército! He vigilado la entrada hacia Lisboa para facilitar que vuestros hombres, que multiplicaban por cinco a los españoles, no tuvieran problemas para apoderarse de la ciudad.

—¡Vuestro cinismo es mayor que vuestra incompetencia!

—¡No hay incompetencia mayor que la vuestra! He sabido que habéis necesitado la ayuda de unos frailes para haceros con el castillo de Cascaes.

—¡Sois un cobarde!

Estaban a punto de llegar a las manos.

—Calmaos, caballeros. —Essex trataba de sosegarlos.

—¡Fuera de mi barco! —gritaba Drake.

—¡Este barco no es vuestro, sino de su majestad! ¡Miserable!

Hawkins sacó a Norris del camarote y trató de aplacarlo. Por su parte, Essex intentaba serenar a Drake.

Norris volvió a tierra y tuvo noticia de que había perdido otro centenar de hombres y de que los vecinos se negaban a darles víveres.

—¡Dad una lección a estos patanes! ¡Lo que no os traigáis, destruidlo!

Robaron a mansalva y destrozaron lo que no podían llevarse. Incluso pegaron fuego a los molinos harineros.

—¡¿Que los han incendiado?! —Drake no podía creerlo.

—*Sir* John ordenó destruir todo lo que no pudieran traerse.

—¡Estúpido! ¿Dónde moleremos ahora el trigo?

La harina que salía de aquellos molinos, procedente de las urcas saqueadas, les permitía hacer unas tortas que eran el principal alimento de sus tripulaciones.

Al día siguiente la harina ya escaseaba y en los alrededores no había víveres suficientes para dar de comer a tantos hombres. Los cocineros no encontraban una solución para hacer frente al hambre.

—Disponemos de trigo, pero no podemos molerlo. Así no puede comerse —decían al coronel responsable de los bastimentos.

—Quizá haya una solución… —intervino uno de los pinches.

—¿Cuál?

—Si hervimos el trigo, se ablandaría y…

Uno de los cocineros, un hombre entrado en años, negó con la cabeza.

—Señor, no creo que esa sea la solución. El trigo hervido…

El coronel no lo dejó concluir.

—¡Hervid el trigo! ¡Media libra por hombre y día!

Dos jornadas después la noticia que llegó al campamento inglés, donde Norris analizaba la situación con su estado mayor, modificó

todos los planteamientos que se barajaban.

—En un par de días, si tienen buen viento, pueden estar aquí. La información señala que han sido vistos en Sagres y que buscaban ganar el cabo de San Vicente.

—¿Cuántos habéis dicho que son?

—Dieciocho galeras.

—Sumadas a las que tienen fondeadas en San Julián, más los galeones, constituyen una importante fuerza de combate —dijo Norris.

—Cierto, *sir* John. Además, no estamos en las mejores condiciones para combatir. El número de enfermos es cada vez mayor.

Ese problema era más grave que la llegada de una flota enemiga. Los partes que recibía señalaban que se enterraban cada día en torno a cuarenta hombres. Eran muchas bajas, que se sumaban a las habidas en combate con los españoles.

Al día siguiente Norris y Drake dejaron a un lado sus diferencias. La situación los obligaba a buscar una solución.

—Marchar de nuevo sobre Lisboa no es posible —señaló Norris—, ni siquiera disponiendo de artillería. Ayer me llegó noticia de que el duque de Braganza entró en Lisboa con más de mil hombres para ponerse a las órdenes del virrey. Nada del levantamiento prometido por don Antonio…

—¡Ese mequetrefe! —lo despreció Drake.

Norris pensaba igual, pero guardó silencio para añadir a continuación:

—Los hombres de Braganza se suman a los más de dos mil que han llegado de refuerzo. Han podido retirarlos de la guarda de las costas del sur porque los moros no han atacado por ese lado, como se había convenido.

—Si lo que proponéis es que las tropas embarquen y levemos anclas, estoy de acuerdo —concluyó Drake—. Muchos de nuestros hombres están enfermos y no pueden combatir. La superioridad numérica que teníamos ha desaparecido. Así que embarcaremos.

Drake necesitaba viento de levante lo suficientemente fuerte para impulsar la armada hacia el mar abierto, pero transcurrieron varios días sin que soplase. El más de centenar y medio de barcos que formaban ahora la flota —desertó cerca de una veintena y habían largado velas las embarcaciones menores que formaban el contingente holandés— permanecían en la boca del estuario.

Norris, ante el gran fracaso cosechado frente a los muros de Lisboa, que se sumaba al de La Coruña, dio libertad a sus tropas para saquear lo que estuviera a su alcance. No se sentía obligado a respetar a los que había considerado súbditos de don Antonio. Las aldeas cercanas sufrieron la ira que no pudo descargar contra el enemigo.

Las preocupaciones de Norris y Drake en aquellos días de espera eran numerosas. Una, las graves consecuencias del fracaso de la expedición. Los cinco millones de ducados prometidos por don Antonio, motivo principal por el que los armadores habían invertido en la empresa esperando obtener grandes beneficios, se habían esfumado. También se desvanecía la posibilidad de poner pie en Brasil. Portugal no sería el satélite de Inglaterra, sino que seguiría formando parte de la monarquía española. Y a todo ello se añadía que la obsesión de la reina por destruir los barcos de Felipe II no había sido satisfecha.

—No tengo claro que pongamos proa a Inglaterra. —Drake había chasqueado la lengua después de dar un largo trago al vino que compartía con los jefes de las diferentes escuadras.

—No… no comprendo.

—La ira de la reina no tendrá límite. La única forma de sosegarla sería… dirigirnos a las Azores y apoderarnos del oro y la plata de la flota de Indias.

—¿Pensáis que estamos en condiciones de atacarla?

—¿Se os ocurre otra solución? ¡Norris no ha logrado hacerse con Lisboa! ¡Eso habría resuelto parte del problema que ahora tenemos!

El hermano de Norris, que estaba presente, no se contuvo.

—¿Qué habéis hecho vos para tomar Lisboa? Además de ser incapaz de llevar la armada a Santander. *Sir* John contaba con

vuestra colaboración. También con las promesas de don Antonio. ¡No ha tenido ni una ni otra cosa!

—¡No os permito poner en cuestión mi autoridad!

—¡Ni yo a vos que habléis mal de quien no está presente! ¡Lo que ha ocurrido tiene muchos culpables!

Asimismo, preocupaba el número de hombres que padecían calenturas y disentería. Casi la mitad de ellos estaban enfermos y a muchos empezaba a hinchárseles la barriga.

—¡Es este maldito trigo hervido! —protestaba el cocinero que había desaprobado aquello mientras se calentaba en grandes calderos el agua a la que se echarían las fanegas del cereal.

Se servía a cada hombre media libra de aquel grano hinchado y reblandecido y una medida del agua en que se había cocido.

—¿No creéis que sería peor el hambre?

—El hambre es mala cosa, pero no mataría a tantos. —El cocinero bajó la voz para añadir—: Llevan muy en secreto las muertes, pero entierran cada día cerca de cincuenta.

Capítulo LXV

AL AMANECER del dieciocho de junio una brisa que soplaba de levante fue el inicio de un viento cada vez más fuerte.

Era lo que Drake estaba esperando.

—¡Hay que aprovecharlo! ¡Que den la orden de embarque!

Muchas tropas que permanecían en Cascaes o asentadas en la playa fueron las primeras en subir a bordo. Todo se hizo con gran concierto.

Norris sabía que los momentos de desembarco y embarque eran los más complicados. Si el enemigo atacaba podría producirles graves pérdidas. Por eso había dispuesto que cuatro compañías cerrasen la zona. Sin embargo, las instrucciones que los españoles tenían eran sólo hostigar al enemigo y fue lo que siguieron haciendo, pese a que entre los capitanes había diferencias de criterio:

—Si atacamos con todo lo que tenemos, los pondremos en serios aprietos.

—Es cierto que tendrían mayores dificultades para defenderse, pero también lo es que ahora disponen de artillería. Cuentan con los cañones de la fortaleza de Cascaes y con los de la armada. Lo mejor es seguir la máxima de… a enemigo que huye, puente de plata.

—¡Bastante llevan con las pérdidas que han tenido! El camino está sembrado de cadáveres y no a todos los hemos quitado nosotros de en medio.

—¡Será mejor que se vayan con el rabo entre las patas!

Ese fue el criterio que se impuso.

La cantidad de bajas en el enemigo era mucho mayor de la que creían los españoles. A lo largo de aquella jornada en que no dejaban de embarcar hombres se afinaba el número de muertos. Algunas compañías habían perdido cerca de la mitad de sus efectivos, y de la otra mitad, parte importante estaban enfermos o heridos.

Más de un centenar de embarcaciones, entre lanchas, barcazas y filibotes, iban y venían llevando soldados. A la caída de la tarde el embarque había concluido.

Drake, en el *Revenge*, dudaba. Parecía no importarle que los médicos advirtieran que la situación era muy complicada. En los últimos días habían muerto cerca de cuatrocientos hombres a causa de aquellas calenturas que afectaban a muchos otros, aunque habían dejado de suministrar trigo hervido y embarcado los víveres producto de sus recientes rapiñas: todas las gallinas, conejos, cerdos y lechones que habían podido encontrar en casas y granjas. Aquellos días, mientras aguardaban para hacerse a la mar, su único objetivo había sido aprovisionarse de comida. No era suficiente, pero racionando la escasez podrían salvar la situación.

Los españoles se limitaban a hostigarlos, pendientes de cualquier movimiento del orgulloso ejército que pocos días atrás se plantaba ante los muros de Lisboa dispuesto a apoderarse de ella. Les llenaba de satisfacción contemplar cómo lo disponían todo para marcharse vencidos y humillados.

Una vez completado el embarco, Norris, a bordo del *Nonpareil*, tenía información de que habían muerto más de cinco mil ochocientos hombres: cuatro de cada diez de los que habían desembarcado en Peniche.

Unos golpecitos en la puerta de su camarote interrumpieron sus cavilaciones.

—Señor, *sir* Francis os ha convocado junto a los jefes de escuadra a una reunión en el *Revenge.*

A esa hora llegaban a Lisboa los tres jinetes que llevaban la noticia de la marcha de los ingleses. Informado el virrey, se divulgó con extraordinaria rapidez.

—¡Se marchan! ¡Los ingleses se marchan! ¡Están embarcando en Cascaes!

En la fachada de la catedral, en la del Palacio da Ribeira, en las murallas del castillo de San Jorge, en las de las principales casas, incluso en las puertas de algunas parroquias y conventos, se pusieron luminarias. También se llevaron troncos a las plazas y se encendieron grandes hogueras. Por orden del virrey se dispararon desde San Jorge salvas de pólvora.

Ahora la ciudad parecía celebrar la marcha de los ingleses. El miedo de los días anteriores daba paso a una fiesta a la que eran pocos los que no se sumaban. Desde la muralla los centinelas, con la tranquilidad de saber que el enemigo se había marchado, comentaban el espectáculo que ofrecía aquella Lisboa sobre la que había caído la noche, pero relucía como un ascua, alumbrada por numerosas candelas, fanales y antorchas.

—¡Cuántos devotos tiene la victoria! ¡Todo el mundo lo festeja!

—Muchos celebrarían con el mismo entusiasmo que los ingleses se hubieran apoderado de la ciudad.

Por la mañana se hizo pública la nueva de que al día siguiente en la catedral se celebraría un solemne tedeum. Lo ofició el arzobispo acompañado por el cabildo de canónigos, con el deán al frente. Junto al virrey estaban el conde de Fuentes, don Francisco de Mascarenhas, don Cristóbal de Moura y los maestres de campo. También el duque de Braganza, encabezando a muchos nobles lusitanos que acudían a la ceremonia. La asistencia fue tan numerosa que, atestadas las naves del templo, se dejaron abiertas las puertas de los canceles ante la multitud que se agolpaba fuera. La mayor parte de los presentes iban, más que a asistir a la función religiosa, a ser vistos y dejar constancia de su alegría por la derrota inglesa y el fracaso de las pretensiones de don Antonio.

En Londres no se tenía aún cumplida noticia de lo que estaba aconteciendo en Portugal, pero la reina sabía ya dos cosas y ambas

habían desatado su cólera. Una vez que tuvo información de que su joven amante embarcó en la armada y, pese a su malhumor, ordenó que un navío se dirigiera a La Coruña para que lo trajese de inmediato a Londres, tal era su deseo de tenerlo en el lecho. El problema fue que, cuando llegó a La Coruña el barco enviado, una embarcación menor pero muy marinera, la flota inglesa había zarpado ya rumbo a Lisboa, y unos vientos que le impedían navegar hacia el sur obligaron al capitán a regresar a Plymouth cuando se vio en peligro de ser arrastrado hacia la costa francesa de Aquitania.

La segunda era que la armada no se había dirigido hacia el puerto de Santander, sino al de La Coruña, donde recalaban muchos menos barcos de la Invencible, como gustaba de llamar a la Gran Armada de Felipe II, y que el intento de apoderarse de aquella ciudad había terminado en un fracaso.

Algunos cortesanos, a espaldas de Isabel I —podían perder el cuello si esas murmuraciones llegaban a sus oídos—, debatían sobre cuál de aquellos dos asuntos encolerizaba más a la soberana.

—Drake y Norris saben lo que les aguarda si las cosas se tuercen definitivamente —decía el conde de Huntington—. En Lisboa están jugándose una carta muy peligrosa.

—Eso tiene su importancia —replicó *sir* Cecil Bowles—, pero les costará más caro haber encubierto la fuga de Essex. La reina echa mucho de menos su compañía.

—Sois muy considerado, *sir* Cecil, al decirlo de esa manera. Su majestad echa de menos la polla del conde.

—Teneos, Huntington, si en algo apreciáis vuestra cabeza. A mis años he visto morir más hombres por irse de la lengua que por otras muchas causas.

El ambiente en Londres era de ansiedad. Las nuevas que se tenían no eran buenas, pero quedaba la que para algunos era mayor de aquellas apuestas: si lograban apoderarse de Lisboa se colmarían buena parte de las expectativas de aquella empresa. Sus objetivos iban desde hacer un gran negocio, por lo que habían apostado los armadores e incluso la reina había hecho su inversión, hasta colocar

como rey de Portugal a don Antonio de Avís, un títere cuyos hilos se manejarían desde Londres.

En Whitehall reinaba el pesimismo. El principal objetivo de Isabel I era aniquilar los barcos de Felipe II en Santander. Ese era el golpe que ella quería asestar a quien llamaba Demonio Negro del Mediodía. Destruyendo lo que quedaba de su poder naval, todo caería después en cascada. Pero lo que en mayor medida la encolerizaba era que Essex hubiera huido. Se sentía humillada como mujer y eso era más doloroso que todas las derrotas políticas y militares.

—No estabais equivocado —decía la reina a Walsingham— cuando afirmabais que el mando de una armada como esa vendría grande a Drake.

—Majestad, *sir* Francis, que considero un avezado marino, es más ducho con los ataques sorpresa: abordar barcos y conseguir ganancias con esas actividades.

—Él y *sir* John Norris tendrán que explicar algunas cosas cuando regresen.

«Si es que regresan», pensó Walsingham.

Era un viejo zorro y un profundo conocedor de las muchas aristas que habían de tenerse presentes en los oscuros recovecos que rodeaban el poder. Nada dijo de lo que pasaba por su mente. Se había cuidado mucho de comunicar a la reina la última información facilitada por sus espías: sabía que las tropas de Norris tenían serias dificultades para entrar en Lisboa y que el prometido levantamiento portugués en favor de don Antonio no había tenido lugar. Todavía no tenía datos de su retirada hacia Cascaes ni de la magnitud de la catástrofe que se había abatido sobre el ejército después.

Felipe II recibió el correo a media tarde. El jinete había hecho el camino entre Lisboa y El Escorial en menos de cuatro días, cuando lo normal era entre cinco y seis. Se le había dado total preferencia en las postas y eso lo había ayudado a recorrerlo en tan poco tiempo. Apenas el rey supo que los ingleses se habían retirado de Lisboa y que su flota levaba anclas, llamó al prior del monasterio. El riesgo no había concluido, pero la noticia bien merecía dar gracias a Dios

porque Lisboa, que era la pieza principal en aquel tablero donde se estaban jugando tantos intereses, quedaba a salvo.

—¡Fray Miguel! —El monarca lo recibió besando su mano—. ¡Loado sea Dios! ¡Los ingleses se retiran! Aunque la amenaza no ha pasado, ¡Lisboa ya no corre peligro!

—Alabado sea, majestad. Permitid que os felicite por tan grata nueva.

—¡Esos herejes no se han salido con la suya!

—Eso es magnífico, señor.

—Lo es, fray Miguel, lo es, aunque sea pronto para echar las campanas al vuelo y todavía pueden ocurrir muchas cosas, hemos de dar gracias a Dios. Por eso os he llamado. Disponedlo todo para celebrar una misa en acción de gracias.

—¿Hoy mismo?

—¿No le parece adecuado a vuestra paternidad?

—Desde luego, majestad.

—Entonces disponedlo todo para dentro de una hora.

Cuando Felipe II, a quien acompañaba un elevado número de cortesanos, llegó a la iglesia, el templo brillaba como si el sol entrara por los ventanales. Habían encendido quinientos cirios, por lo que, sumado a los cantos de los jerónimos, el ambiente estaba cargado de solemnidad.

El rey, vestido completamente de negro como era uso en él, mantuvo una actitud de recogimiento. Dios, que por sus incomprensibles designios para los mortales permitió que no se llevase a cabo la invasión de Inglaterra, había estado a su lado en este difícil trance. Los ingleses habían fracasado ante los muros de La Coruña y también ante los de Lisboa. Doble derrota. Si a ello se sumaban las noticias que desde París le había suministrado don Bernardino de Mendoza acerca de que el principal objetivo de aquella armada era atacar Santander para destruir las docenas de barcos que allí se reparaban, el desastre inglés era completo.

Gran satisfacción le producía que el levantamiento en favor de don Antonio no hubiera tenido lugar. Eso suponía desbaratar definitivamente aquella amenaza. Quien fue prior de la Orden de

San Juan de Jerusalén en Portugal, ni primero con la ayuda de la Francia de Catalina de Médicis ni después con la de Isabel Tudor había logrado cumplir sus ambiciones.

Era cierto, y así se lo decía el virrey en su carta, que la armada inglesa seguía en las costas de Portugal, pero la capital quedaba libre de peligros. Aquella noche grandes luminarias resplandecieron en el cielo de El Escorial. Felipe II quería que en la sierra madrileña se supiera lo ocurrido en Lisboa.

Capítulo LXVI

—¡Es una locura! —gritó Norris—. ¡Sin comida y con tantos hombres enfermos no sé cómo osáis hacer una propuesta como esa!

Drake, en el cónclave convocado en el *Revenge*, seguía insistiendo en ir a las Azores y aguardar allí la llegada de la flota de Indias. En lugar de responder a Norris se dirigió a los jefes de escuadra:

—*Sir* John parece olvidar que en Inglaterra puede esperarnos el hacha del verdugo. ¡Todo ha salido mal!

—¡Por vuestra culpa! —le espetó Norris.

—¿Mi culpa?

—¡Sí, vuestra culpa! ¡Mandar una armada os viene demasiado grande! ¡Lo vuestro es… otra cosa!

—¡Habéis sido vos quien se ha estrellado ante los muros de Lisboa!

—¡Por vuestra culpa! —insistió Norris—. ¡Miserable!

Drake se levantó y Norris también.

—¡Os vais a tragar vuestras palabras!

Varios de los presentes se interpusieron. La ira brillaba en las pupilas de ambos. Se acusaban mutuamente del desastre.

Drake se sentó, dio un trago a su vino y trató de serenarse. También Norris, a quien embargaba la indignación. Aquel bribón se comportaba como un patán incapaz de afrontar las consecuencias de

un fracaso, buscando algo que lo redimiera a los ojos de la reina. Isabel I le había dado un poder extraordinario, la mayor flota que hasta entonces se había armado en Inglaterra, y ninguna de las expectativas se había materializado. Los cinco millones de ducados prometidos por don Antonio nunca llegarían a los bolsillos de quienes habían invertido grandes caudales. El portugués no tenía de dónde sacarlos. No pondrían los pies en Brasil. El poder naval de España, que las tormentas habían dañado mucho, no estaba tan mermado como se había pregonado.

—Caballeros, la única forma de no regresar con las manos vacías es apoderarnos del oro y la plata que vienen de Indias. Si sorprendemos a la flota cuando llegue a las Azores…

—¿Vos plantaréis cara a los españoles? —Norris le lanzó aquella pulla—. ¿Como habéis hecho aquí? ¡No os habéis enterado de que he perdido más de cinco mil hombres! ¡Un tercio de los que sobreviven, hambrientos, están enfermos! ¡Algo parecido ocurre a vuestros marineros! ¡Ellos también han comido ese maldito trigo hervido! ¿Es con eso con lo que pensáis enfrentaros a los galeones de guerra españoles que vienen protegiendo su flota? ¡Maldita sea! —Norris golpeó la mesa con el puño—. ¡Este fracaso no tiene enmienda! ¡Si hemos de ofrecer nuestro cuello al verdugo, hagámoslo con dignidad!

Drake paseó la mirada por los presentes. Sus rostros eran inescrutables.

—Caballeros, esto es cosa de todos. ¿Cuál es vuestra opinión?

La respuesta fue un espeso silencio. Lo rompió el conde de Essex:

—*Sir* John ha mencionado el hacha del verdugo. El enojo de su majestad por mi marcha es grande, muy grande. Pedirá mi cabeza en primer lugar.

—La reina echa mucho de menos vuestro rabo, *sir* Robert. —Fenner, con aquel comentario, trataba de relajar la tensión—. Quizá eso os salve.

—Estoy dispuesto a arrostrar las consecuencias de mis actos y las del fracaso. Coincido con *sir* John. No estamos en condiciones de

aventurarnos. No disponemos de víveres, muchos hombres están enfermos y su número aumentará conforme pasen los días.

Edward Norris se sumó rápidamente al criterio de Essex y también lo hizo Roger Williams, sabedor de que la suerte de Devereux podía cambiar por el capricho de la reina, pero que la suya ofrecía tintes muy negros al haber sido quien le proporcionó la posibilidad de abandonar Plymouth a bordo del *Swiftsure.*

Sólo Fenner, en su condición de segundo de Drake al frente de la armada, se mostró partidario de la propuesta de su superior:

—En las Azores puede estar la tabla de salvación a la que agarrarnos.

A Drake no le quedó otra opción que asumir el criterio de la mayoría. Había creído que el conde de Essex, quien sin duda había influido en el voto de Williams, se habría pronunciado a favor de lavar el desastre, dado lo mucho que se jugaba.

La armada levó anclas. El panorama que dejaban atrás era desolador, desde la punta del cabo Raso hasta cerca de San Julián de la Barra. Incendiaron las granjas después de que los soldados robaran todo lo que podía servirles o venderse. Destruyeron los molinos y envenenaron numerosos pozos, que quedarían inutilizados durante mucho tiempo. Saquearon las parroquias y las ermitas y ultrajaron las imágenes, a las que mutilaron y dispararon, usándolas como blanco de sus diversiones.

Los días siguientes la flota inglesa tuvo que luchar duramente con vientos que le eran desfavorables. Navegó hacia el sur hasta los treinta y ocho grados de latitud, avistando el cabo Espichel. Aquellos días de viento adverso, que estuvieron acompañados de mala mar, habían dispersado muchos barcos, aunque el núcleo principal seguía la estela del *Revenge*. Algunos tenían dificultades para navegar. Faltaban brazos por el número de marineros fallecidos, a lo que se añadían los que estaban enfermos y no podían realizar los trabajos. Se habían reducido de forma drástica las tripulaciones.

A esos aprietos se sumó la aparición en el horizonte de una escuadra española formada por docena y media de galeras que mandaba el adelantado de Castilla, a las que al día siguiente se

sumaron otras nueve de la flota de Bazán, que habían seguido el rastro de la armada inglesa para no perderla de vista y, en lo posible, hostigarla. Los españoles se dedicaron entonces a atacar los barcos que quedaban descolgados. Liberaron dos de las urcas de las que Drake se había apoderado y hundieron otras dos de la flota inglesa. Incendiaron un patache y obligaron a dos embarcaciones pequeñas a ceñirse tanto a la costa que terminaron embarrancando. Fueron saqueadas e incendiadas, y los miembros de sus tripulaciones, además de los cincuenta soldados que iban en una de ellas, apresados y ahorcados, todos ellos sin juicio.

Otro día avistaron al *Gregory*, un poderoso galeón fuertemente artillado que había perdido contacto. Pese a que se trataba de una temeridad, lo atacaron. No pudieron apoderarse de él, pero le causaron serios daños.

—Le hemos hecho por lo menos cuatro agujeros —señalaba un artillero de la *Peregrina*, la galera que más se le había acercado.

—El timón no le responde —señaló un marino desde el castillete de proa—. Tienen dificultades para gobernarlo, y si no llevan repuesto para la mesana, el viento y el oleaje lo arrastrarán mar adentro. ¡Van a pasarlo mal!

La *Concepción*, la *Florida* y la *Trinidad* lograron aislar al *William*, otro potente galeón de guerra. Los disparos de las galeras españolas provocaron un incendio que los ingleses lograron apagar, pero la nave quedó tan castigada que ellos mismos acabaron hundiéndola después de abandonarla. Sus tripulantes no llegaban a veinte. La *Trinidad* los persiguió y todos los que iban a bordo de los dos bateles acabaron pereciendo en el fondo del mar.

En los días siguientes fueron apresados más de cien soldados y marineros ingleses al ser capturados varios barcos. Llamaba la atención de los españoles que los navíos aislados quedaban a su suerte. El alférez que daba el parte a Bazán le manifestaba su preocupación:

—Señor, son más de doscientos prisioneros. No tenemos comida para tantos. Las informaciones que dan nos sirven de poco; no

sacamos nada en limpio, y mantenerlos y vigilarlos supone un serio inconveniente.

Bazán asentía, aunque su segundo no llevaba toda la razón.

—Es cierto lo que decís, pero también nos han revelado cosas de valor. Sabemos que andan escasos de víveres y que por eso tienen las raciones muy limitadas. También que son muchos los que están enfermos y sufren de cámaras.

En lo que el alférez no estaba tan errado era en que el número de prisioneros se había convertido en un problema. Los mantenían a bordo mayormente porque buscaban información sobre los planes de la armada inglesa, pero se contradecían entre ellos: unos afirmaban que el objetivo ahora era atacar Cádiz; otros, que Drake, con cuarenta de sus mejores barcos, se dirigía a las Azores para apoderarse de ellas, y los demás, que regresaban a Inglaterra.

—Los dejaremos en tierra.

Bazán escribió al duque de Aveiro —aunque la titular del ducado era su esposa y sobrina, doña Juliana de Lencastre—, que mantenía en alerta la costa por si los ingleses llevaban a cabo algún desembarco. Controlaba una serie de fortalezas y castillos donde los prisioneros podrían quedar custodiados.

La guarnición que los ingleses habían dejado en Peniche se elevaba a cerca de medio millar de hombres. Estaban allí desde que el ejército había desembarcado hacía casi cuatro semanas.

—Alteza, el enemigo dejó en Peniche una dotación —insistía el maestre Toledo—. Mis tropas están refrescadas, y como la defensa de Lisboa ya no es una prioridad…

—¡Lisboa siempre es una prioridad! ¡Se trata de la cabeza de este reino! ¡Lo que ocurra aquí resulta determinante!

—Disculpadme, señor. Lo que he querido decir es que la presión ha disminuido. Las compañías que tengo bajo mi mando podrían atacarla. Si conseguimos desalojarlos ya no podrán tomar aquella costa como punto de desembarco.

Al día siguiente ocho compañías de infantería y dos cuerpos de arcabuceros a caballo tomaban el camino de Peniche. Los jinetes, después de recorrer quince leguas, hicieron noche muy cerca. Los

infantes llegaron de anochecida a Torres Vedras. La guarnición inglesa, advertida de la presencia de las tropas españolas, decidió poner pies en polvorosa. Poco después del amanecer dispusieron varios bateles para subir a una nave pequeña fondeada cerca de la costa. Unos exploradores españoles vieron lo que estaba ocurriendo.

—¡Los ingleses están embarcando! ¡Se nos escapan!

El capitán que mandaba aquel centenar y medio de jinetes decidió atacar sin esperar la llegada de la infantería. Cuando el sol ya se alzaba sobre el horizonte llegaron a Peniche. Los ingleses trataban de embarcar, pero el mar, muy agitado, lo dificultaba.

—¡Santiago y cierra España! —gritó el capitán al tiempo que desenvainaba su espada—. ¡A la carga!

Los ingleses, nerviosos, pugnaban por subir a los botes, pero muchos no lo consiguieron. En la playa los jinetes españoles no dieron cuartel y se produjo una escabechina.

Los bateles se alejaban medio vacíos. Los que no pudieron abordarlos corrieron a refugiarse de nuevo tras los muros del castillo. Pidieron capitulación, pero los españoles no aceptaron las condiciones y aguardaron a que llegase la infantería, cuya vanguardia arribó a marchas forzadas antes de la puesta de sol.

Al día siguiente los lugareños, que habían recibido a los ingleses con los brazos abiertos, ahora los detestaban: habían ultrajado la imagen de Nuestra Señora de los Remedios, a la que se tenía gran devoción en toda la comarca. Aquellos herejes no merecían vivir.

Facilitaron a los españoles una valiosa información llevándolos a la casa de un viejo soldado, ciego y tullido, que había servido en el castillo:

—Hay una entrada por los cantiles de la playa de la Consolación. Está oculta y se encuentra al pie de la torre sur. La entrada es visible cuando baja la marea. Hay que seguir por una galería, con el agua hasta la cintura, y recorrer el subterráneo que lleva a la cripta de la capilla.

—Al amanecer tendremos bajamar —añadió uno de los vecinos que los habían llevado hasta el veterano soldado.

Con la marea baja, al despuntar el día las aguas se retiraron dos docenas de varas. Los españoles comprobaron que había un hueco en la roca, labrado por la erosión, y que daba acceso a una galería que permitía llegar a un subterráneo. Pero quedaba cerrado con una reja de gruesos barrotes.

—¡Con esto no contábamos!

—¡Habrá que volarla! Que venga Diéguez, que sabe de esto —ordenó el capitán.

Se dieron prisa. En pocas horas el nivel del agua subiría y con la pleamar el agua inundaría aquello.

—Con cincuenta libras será suficiente —indicó Diéguez.

La explosión alertó a los ingleses. No sabían de dónde procedía y los desconcertó ver aparecer a los arcabuceros españoles por la puerta de la capilla. La lucha fue breve pese a que eran más de doscientos. Los que no murieron fueron ahorcados en el patio de armas, donde se levantó un cadalso.

En una de las cámaras de la fortaleza —la cama de labrado cabecero y dosel de seda indicaba que era el dormitorio del alcaide— encontraron un arcón lleno de papeles.

—Vaya, vaya… —señaló el capitán al leer uno de ellos—. Esto es muy interesante. ¡Cargadlos, nos los llevamos a Lisboa! Ya dirán qué ha de hacerse cuando los vean.

Capítulo LXVII

DRAKE logró reagrupar gran parte de la armada. Más de un centenar de barcos seguían al *Revenge*. Pero faltaban muchos. Los españoles habían hundido seis, quemado cuatro y al menos había una veintena de los que no se tenía noticia.

Con viento del sur-suroeste en dos días avistaron la costa gallega, donde se sabía del fracaso que habían sufrido en Lisboa y temían que buscasen desquitarse. La presencia de los navíos ingleses despertó todas las alarmas. El marqués de Cerralbo tomó algunas disposiciones, convencido de que atacarían de nuevo La Coruña. Pocos días antes habían sido juzgados los capitanes Pantoja y Palomino, acusados de huir ante el enemigo. Fueron condenados a muerte, al ser juzgados en la Real Audiencia. Serían decapitados en el momento en que llegara la autorización real. Sin embargo, la decisión real fue conmutarles la pena por prisión.

—Hay que reforzar la guarnición de la ciudad.

—Excelencia, parte de las tropas de que disponemos están en Bayona. Allí hay dos compañías que son muy necesarias para defenderla. En Pontevedra hay cuatro y…

—Dos de ellas vendrán aquí.

—Señor…

—Dos de ellas vendrán aquí.

—Sí, excelencia. Hay otras dos en Villagarcía y tres en Noya.

—Traed las dos de Villagarcía y mantendremos las de Noya, que es el puerto de Santiago. Con esas cuatro compañías tendremos suficiente.

Las órdenes del marqués se cumplieron sin demora.

La armada inglesa disparó algunos tiros a la altura de Bayona, pero la respuesta que dieron los cañones de su fortaleza y el viento que impulsaba las velas hizo que pasasen de largo. Justo entonces el viento roló.

—*Sir* Francis, sopla de poniente cada vez con más fuerza —lo informó el piloto del *Revenge*— . Si arrecia, tendremos problemas.

Drake consultó el mapa y señaló una ría:

—Aquí podemos encontrar refugio, y de paso…

—También puede ser una ratonera, señor. Las galeras españolas no nos pierden de vista; quizá nos atacarían.

—Correremos ese riesgo.

Drake pensaba ya en saquear aquella comarca y apoderarse de todo lo que pudiera caer en sus manos.

Desde el castillo de Bayona vieron cómo la armada inglesa viraba y dieron aviso a los de Vigo, una pequeña aldea de pescadores, del peligro que los acechaba. No tenían un miserable muro tras el que protegerse. A la caída de la tarde la flota enemiga fondeaba en la ría.

Los vigueses, ayudados por un contingente de soldados, se alejaron para buscar a sus familias un refugio en el interior, se llevaron sus pertenencias más valiosas y toda la comida que pudieron. La aldea quedó despoblada, aunque un retén de hombres armados permaneció en el monasterio de los franciscanos aprovechando sus gruesos muros y su posición, en la cima de un altozano. Al amanecer del día siguiente los ingleses iniciaron el desembarco por sitios diferentes. Su objetivo era dejar Vigo aislado para que nadie tuviera salida. Eran más de mil hombres los que pusieron pie en tierra, y su sorpresa fue en aumento al comprobar que allí no había nadie y tampoco se encontraba nada que mereciera la pena robar.

Quizá más al interior…

Mientras unos prendían fuego y Vigo ardía por los cuatro costados, otros se movían tierra adentro, abriéndose en abanico. Era lo que los españoles, puestas sus familias a salvo y ocultos por la vegetación, esperaban para atacarlos.

Los disparos, aislados en un primer momento, fueron ganando en intensidad. Los ingleses no sabían de dónde les llegaban las balas que silbaban desde la espesura. Siguieron la línea de la ría hacia dentro y en Teis prendieron fuego a la iglesia después de ultrajar las imágenes y saquear el templo. Luego avanzaron hacia Chapela, donde se habían congregado los soldados españoles, pero estos últimos llevaban la peor parte y se retiraron tras un breve combate.

Los ingleses saquearon, a lo largo del día, todo lo que encontraban a su paso. Cuando cayó la noche estaban lejos de sus barcos y se dispusieron a dormir en tierra. Fue una mala decisión, porque dos compañías de veteranos que había en Pontevedra llegaron muy cerca de Chapela, prepararon una encamisada con una de ellas y atacaron antes del amanecer. La otra, formada por arcabuceros y mosqueteros, había tomado posiciones para disparar sobre los que buscaran la salvación en la huida. La batalla duró poco más de una hora. En el campo quedaron los cuerpos de doscientos cincuenta ingleses, la mayor parte de ellos muertos. Los heridos fueron rematados sin compasión. El número de prisioneros se elevaba a cerca de doscientos, muchos de ellos enfermos. Con dogales al cuello y maniatados fueron llevados a Vigo.

El panorama que los españoles encontraron era desolador. Apenas quedaba un puñado de casas en pie. Todo eran muros renegridos, vigas quemadas, montones de cascotes por todas partes… Los restos de algunas casas todavía humeaban. La villa necesitaría de mucho esfuerzo para resurgir de sus cenizas.

La parroquia había sido también pasto de las llamas, pero antes los ingleses robaron la sillería del coro y se llevaron las campanas. El único edificio que se mantenía erguido era el convento de los franciscanos, que fue defendido por los hombres que había en su interior con furia parecida a la que el enemigo había empleado en destruir.

Sólo unos trescientos ingleses lograron reembarcar: un desastre. Cuando Drake supo del elevado número de prisioneros en poder de los españoles, mantuvo una reunión con Norris y acordaron hacer un ofrecimiento.

Portando bandera blanca, un alférez se acercó a la orilla y, sin tomar tierra, gritó:

—En nombre de *sir* Francis Drake, por mandato de nuestra reina, el almirante de esta armada brinda un acuerdo a quien corresponda.

—¿Qué clase de acuerdo? —preguntó un cabo.

—Lo explicaré a quien tenga el mando.

Poco después apareció el conde de Salvatierra.

—Decidme, ¿cuál es la propuesta?

—*Sir* Francis ofrece levar anclas y largar trapo sin causar mayores daños si se libera a los prisioneros.

La respuesta del conde, después de ver los desmanes de los ingleses, fue brutal:

—Decid a vuestro almirante que no hay acuerdo. ¡No hay perdón para quienes han hecho esto! Que no pierda de vista lo que voy a ordenar… ¡Levantad una docena de horcas! ¡Varios cadalsos! ¡Bien a la vista! Decidle también que lo mismo haré con quienes pongan pie en esta tierra.

Los ahorcamientos se sucedieron a lo largo de dos horas. Los cerca de doscientos prisioneros pagaron con sus vidas el incendio de Vigo.

Desde las bordas de sus barcos los ingleses asistieron al espectáculo, horrorizados. A Norris no se le pasó por la mente que desembarcaran más hombres y Drake mandó levar anclas. Sin embargo, antes de que toda la armada abandonara la ría, un viento huracanado obligó a una treintena de navíos a echar las anclas y dispersó a los que habían ganado mar abierto. El viento hizo encallar una urca en la playa de las islas Cíes y allí tuvo que ser abandonada.

No pudieron salir de la ría hasta pasados tres días y perdieron otros dos barcos, que se estrellaron contra los cantiles de las Cíes. Una vez ganado el mar abierto lograron poner proa hacia las costas del sur de Inglaterra.

Cuatro galeras de la flota del adelantado de Castilla seguían la estela del *Vanguard*, que tenía problemas para navegar. Sólo llevaba once hombres a bordo y seis estaban enfermos. Lo alcanzaron a la altura de Estaca de Bares y fue intimado a rendirse, cosa que no hizo. Entonces fue cañoneado y le abrieron tres vías de agua que terminaron hundiéndolo. No había quien accionara las bombas de achique ni taponase los boquetes. Sólo se salvaron dos hombres, que fueron recogidos por los españoles.

Dos días después, pasado Gijón, el vigía de la galera capitana anunciaba desde la cofa:

—¡Vela a proa! ¡Por estribor!

Las galeras aumentaron el ritmo de boga y se acercaron a un patache que estaba con las velas caídas y apenas movimiento en cubierta. Fue abordado y encontraron en él únicamente dos hombres enfermos que no podían manejarlo. El resto de la tripulación había muerto. La embarcación fue remolcada hasta Santander. Los dos ingleses fallecieron en el trayecto.

El seis de julio, desde diferentes lugares de la costa norte de Galicia se avistaban por última vez las velas inglesas que habían aparecido dos meses antes. Llevó la confirmación definitiva a La Coruña un barco portugués, con la noticia de haberlos encontrado a más de ochenta millas al norte. Cuando dicho barco zarpó de allí, dos jornadas después, trasladó la información a Lisboa. Fue entonces cuando al virrey no le pareció suficiente el tedeum celebrado días atrás:

—Se hará un alarde en la plaza de Palacio.

—Podría disponerse todo, si su alteza lo tiene a bien, para el día del señor Santiago —indicó el maestre Niño de Zúñiga.

—Esa es una buena fecha para festejar una victoria militar. Una vez realizado el alarde, las tropas desfilarán hacia el arco que da paso a la Ribeira das Naos y marcharán hasta el monasterio de los jerónimos. Se dispararán salvas de artillería desde el castillo de San Jorge y desde las galeras ancladas en el puerto.

—Eso, alteza, completaría la celebración.

Muy pronto corrió por la ciudad la nueva de que en la festividad de Santiago tendría lugar un alarde y un desfile posterior para ensalzar la victoria sobre los ingleses. Se invitaba a los dueños de las casas por donde discurriría a que adornasen sus balcones con reposteros, tapices y paños para dar el mayor realce al acontecimiento. Se conminó expresamente a las familias nobles para que sacasen los escudos donde se reflejaba su hidalguía.

—¡Eso son fanfarronadas! —protestaba Couto, que había estado varios días desaparecido de A Casa dos Passarinhos—. ¡Es algo que a los españoles se les da de maravilla!

—¡Vamos, Couto! Es cierto que son presuntuosos —admitió don Bastián—, pero si *você* se refiere al alarde, le diré que tienen motivos. Han obligado a los ingleses a levantar el vuelo. ¿Pensáis que esos herejes no habrían desfilado, caso de apoderarse de la ciudad? ¡Lo habrían hecho, después de saquearla!

—¡Bah! ¡Sabéis que los españoles son por naturaleza fanfarrones!

—Quizá tengan motivos para ello.

—Don Antonio evitó los desmanes de los soldados ingleses —terció el padre Pereira.

—Pero las noticias que llegan de Cascaes y sus alrededores son terribles —dijo el *Dourado*— . Los ingleses han robado todo lo que tenían a su alcance y han pegado fuego a muchas granjas y molinos.

—¡Esos herejes han ultrajado también las imágenes! —añadió el padre Pereira, cuyas simpatías por don Antonio, que había mantenido ocultas, empezaban a desvanecerse.

—Esos saqueos señalan algo muy importante —comentó don Bastián.

—¿Puede saberse qué? —Era Couto quien preguntaba.

—Que la influencia de don Antonio, después de sus promesas a los ingleses, se ha esfumado. Es ya un donnadie.

Capítulo LXVIII

POCO a poco, arribaban a Plymouth, Bournemouth y Portsmouth los barcos de la armada que había partido del primero de esos puertos casi tres meses antes.

El *Dreadnought*, uno de los grandes galeones de guerra, llegaba a Plymouth con sólo una veintena de hombres a bordo. Cuando se hizo a la mar llevaba embarcados más de trescientos. La urca *Griffin* entraba en puerto tras haber perdido tres cuartas partes de los soldados que iban en ella cuando zarpó. El diez de julio apareció el *Revenge*, y tres días después lo hacían varios navíos con el *Nonpareil* al frente, donde iba don Antonio. El horror crecía ante lo que contaban los supervivientes, aunque guardaban silencio sobre las peores experiencias que habían sufrido.

Los dos síndicos de los armadores, que, en representación del gremio, acudieron desde Londres al tener noticia de la llegada de los barcos, estaban desolados.

—¿Cómo ha sido posible semejante desastre? —Reunidos en una dependencia municipal preguntaban a un Drake dispuesto a descargar las culpas en Norris y don Antonio de Avís.

—*Sir* John no ha sido capaz de apoderarse de Lisboa, que era la clave de la empresa. Tampoco las promesas de don Antonio, que no es más que un botarate, se han hecho realidad.

Drake ya había escrito a la reina incriminando a Norris, quien a su vez lo había hecho a *sir* Francis Walsingham dándole cuenta de lo ocurrido y responsabilizando a Drake. Admitía el fracaso, pero le decía que por el honor de la soberana y la reputación del país no debía divulgarse aquella catástrofe.

Al igual que con lo acaecido con la Gran Armada de Felipe II, a la que no se atrevieron a enfrentarse, aunque propagaron la idea de haber obtenido una gran victoria militar, ahora buscaban esconder el fracaso. Sin embargo, no era posible ocultar lo ocurrido en los puertos, adonde seguían arribando barcos con escasos tripulantes enfermos, hambrientos y agotados.

Mientras Drake descargaba sobre los hombros de su antagonista la culpa del desastre, los denuestos llegaron a los oídos de este, que acompañado por varios de sus hombres decidió ajustar cuentas antes de partir hacia Londres. Encontró a *sir* Francis reunido con los armadores que le pedían explicaciones.

Al abrir la puerta de un empellón, a Drake se le iluminaron los ojos.

—¡Aquí tienen a quien las puede dar mucho mejor que yo! ¡Fueron sus soldados los que no pudieron entrar en Lisboa!

—¡Miserable! ¡Fueron vuestros barcos los que se mantuvieron alejados del peligro! ¡No os atrevisteis a entrar en el estuario! ¡Si lo hubierais hecho no estaríamos aquí! ¡Cobarde!

Dos de quienes lo acompañaban agarraron a *sir* John para evitar que se abalanzase sobre Drake, que se había puesto en pie llevándose la mano a su daga. Otros dos hombres se interpusieron entre ambos. Los armadores también se habían levantado y apartado hasta pegar las espaldas a la pared. No daban crédito a lo que veían.

—¡No me culpéis de vuestra derrota! —le gritó Drake, alzando la cabeza por encima del hombro de uno de los que trataban de contenerlo.

—Caballeros, caballeros…, sosegaos. —Uno de los armadores, recuperado de la primera impresión, trataba de calmar los ánimos—. Los gritos no conducen a nada.

El escándalo había llevado a que alguna gente se acercase a la puerta de aquella estancia, en la que apareció *mister* Ashley, persona de autoridad en Plymouth y miembro del Parlamento.

—¡Este no es un buen ejemplo! ¡En estos momentos es cuando más unidos hemos de estar!

Ashley logró aquietar las tensiones. Lo que no pudo controlar fue que la noticia de aquella pelea se extendiera por la ciudad y terminase llegando a Londres.

David, que se encontraba en Plymouth recogiendo información sobre el descalabro de aquella expedición, añadió alguna pincelada del suceso en la carta que al día siguiente le enviaba a don Bernardino de Mendoza:

> *Sepa Vuestra Excelencia que aquí, como a otros puertos de esta costa, siguen arribando, aislados, algunos barcos de la armada de Drake. Ayer llegó el Nonpareil de Norris con seis navíos más. Venía muy desmadejado y se ha corrido la voz de que ha faltado poco para que llegase a las manos con Drake. Los dos se culpan mutuamente del fracaso, que buscan ocultar. Lo cierto es que han perdido muchos barcos y ha perecido gran número de hombres. Se espera que lleguen todavía algunos navíos más, pero las cifras que se rumorean producen escalofríos. Se dan por perdidos más de cincuenta entre los que han hundido los nuestros, los que encallaron y tuvieron que ser abandonados y los abatidos por los temporales. No baja de treinta el número de aquellos de los que no se tiene noticia.*
>
> *Por lo que se refiere a las bajas, hay quienes afirman que de los más de veintisiete mil hombres que partieron a finales del mes de abril ha regresado en torno a la décima parte. Eso significaría que han perecido bastantes más de veinte mil, muchos de ellos por la enfermedad que padecen. Esa cifra debe de acercarse bastante a la realidad, ya que los barcos que han recalado en este puerto traían escasos hombres a bordo porque los demás habían muerto. De los que llegan, muchos están tan enfermos que han fallecido en tierra. Otros*

rebajan la cifra, pero dad por seguro que las bajas se elevan a dieciocho mil.

Como he dicho a Vuestra Excelencia, buscan ocultarlo, y por aquí hasta se han dado a la estampa algunos panfletos en los que se pondera la gran victoria obtenida, tratando de convertir lo negro en claro. En eso estas gentes, como ya sabéis, se diferencian mucho de gran parte de los españoles, que tienen tendencia a ver muchas cosas oscuras en lo que es su historia y hasta abominan de hechos de los que en otros países se sentirían orgullosos.

También ha llegado don Antonio de Avís. Vino a bordo del Nonpareil con Norris. Anda muy apenado. Nadie le echa cuentas porque no se ha cumplido ninguna de sus promesas. Se le ve muy solo. Lo acompañan apenas media docena de los suyos, ya que muchos de los que antes le bailaban el agua le han dado la espalda. Es lo que suele ocurrir cuando las cosas vienen mal dadas, y porque esa es la condición de muchos que sólo buscan medrar adorando la peana de quienes pueden otorgar prebendas.

Asimismo, ha vuelto el conde de Essex, que ha mandado a toda prisa a su hermano a Londres para que trate de calmar la cólera de la reina, que sigue muy enojada con la fuga que protagonizó. Puede que lo arregle si le proporciona las noches de amor que le dispensaba cuando se marchó. Sir Robert tiene mucho trabajo por delante, si logra conservar la cabeza sobre los hombros.

Entre los soldados y los marineros que han sobrevivido hay mucho malestar. Ha habido algún alboroto y protestas. Han ejecutado a varios de ellos colgándolos por el cuello. Todo eso lo ha ocasionado el que quieren pagar a razón de una libra para cada cuatro, lo que les supone cinco chelines, que es una miseria y sólo les daría para algunas jarras de cerveza y poco más, después de tantos trabajos.

Es lo que, por ahora, puedo comunicar a Vuestra Excelencia, a quien beso la mano, a catorce días del mes de julio de este año de gracia de mil y quinientos ochenta y nueve.

David

Don Bernardino escribió a Felipe II una vez descifrada la carta, cuyo contenido valía mucho más que los ducados que costaba mantener aquel canal de información. Aquella era la mejor noticia que podía proporcionar al monarca desde hacía muchos meses.

Una hora después salía de París, por la puerta de Orleans, un jinete que llevaba una de las copias de aquella carta, mientras que otro, con otra copia, tomaba el camino del bosque de Boulogne y, siguiendo el trayecto que discurría en muchos tramos paralelo al Sena, pretendía llegar cuanto antes al puerto de Honfleur. Si el primero tenía que recorrer doscientas cuarenta leguas para llegar a Madrid, lo que suponía un largo esfuerzo lleno de peligros y no menos de diez días de viaje, el segundo en dos jornadas podría llegar a su destino y ahí tomar una embarcación para arribar, si el viento soplaba a favor, en otros dos o tres días, a uno de los puertos de la costa norte de España y allí emprender el camino por tierra. Quizá tardase un par de jornadas menos, si todo marchaba bien. Pero lo que don Bernardino buscaba era que al menos uno de ellos llegase a su destino.

En Lisboa había amanecido un día espléndido. La brisa, que soplaba del mar, aliviaría algo el calor que se anunciaba aquel veinticinco de julio, festividad de Santiago apóstol.

Los días anteriores todo se había preparado con mucho cuidado. Se ensayaron las formaciones que se ejecutarían y se había prestado atención al desfile. Se alzaron tres arcos de triunfo con lemas donde se alababa el buen gobierno, se aludía a las virtudes que habían de acompañar a los soldados y se ensalzaba la defensa de la religión.

Las casas de la nobleza por donde pasarían las tropas estaban ricamente ornamentadas, luciendo en sus balcones tapices donde aparecían bordados los blasones de sus familias. Mucho menos dispuestos se habían mostrado otros vecinos, y algunas viviendas mantenían las puertas y los postigos de balcones y ventanas cerrados.

Los soldados, con la paga extraordinaria que habían recibido —tres ducados de oro los infantes y cuatro los jinetes— se compraron camisas nuevas, se hicieron con lujosos greguescos forrados de seda de colores llamativos y adquirieron sombreros o algunas plumas tintadas de rojo para adornarlos. Enceraron los correajes, los tahalíes y las vainas, y lustraron arcabuces y mosquetes, a los que sacaron tal brillo que parecían recién salidos de las fábricas de armas.

Su alteza don Alberto de Habsburgo, acompañado de los jefes del ejército, pasó revista a los hombres en un acto emotivo donde se tuvo un recuerdo para los que habían perdido la vida en defensa de la ciudad. Terminada la revista, cerca de tres mil hombres desfilaron al son de los tambores que marcaban el ritmo de marcha, aunque se olvidaron de la marcialidad. Saludaban a la gente, que en esta ocasión había acudido en gran número a presenciar la parada.

La celebración se completó con el tronar de los cañones del castillo de San Jorge, que fue respondido por las culebrinas de las galeras. Aquellos disparos extendieron un olor a pólvora por todas partes.

Por la tarde continuó el programa de festejos. En la plaza de Palacio, que se había acondicionado para ello, caballeros portugueses y castellanos rompieron lanzas en honor de las damas y jugaron cañas. En la plaza del Rossio hubo fiesta de alcancías y se quemó un muñeco que simbolizaba el mal: era una arpía coronada con una cartela donde podía leerse *Vera imago perfidae reginae Angliae.*

También la festividad de Santiago apóstol se celebró con gran solemnidad en el monasterio de San Lorenzo. La víspera, Felipe II había ordenado que se colocaran grandes luminarias en la fachada y

que hubiese una función de fuegos artificiales. Después de la misa —con canto de coro, plática y comunión general— se repartieron grandes cantidades de pan y otras viandas para quienes tenían cédula de pobres de solemnidad.

Después del almuerzo el rey —mantuvo la frugalidad de que hacía gala—, acompañado por Arias Montano, había dado un paseo por un camino intrincado que llevaba hasta un lugar desde el que se tenía una espléndida vista del monasterio. A Felipe II le gustaba sentarse en una piedra que parecía labrada como si fuera un asiento y contemplar aquel gigantesco edificio que reflejaba el poder de la monarquía desde la que se gobernaba gran parte del mundo conocido.

Don Benito le comentaba que el conde de Olivares le había enviado unos libros adquiridos a un poeta romano adelantándose al papa, que deseaba hacerse con ellos.

—Dice el embajador que el enfado de su santidad ha sido tan grande que canceló todas las audiencias alegando que había de guardar cama.

En los labios del rey apuntó una sonrisa. Su relación con el pontífice no era buena, y había empeorado mucho tras haberse negado a desembolsar los ducados comprometidos para apoyar la empresa de Inglaterra. Alegaba que la invasión no se había producido y ello lo eximía del pago.

—El conde de Olivares me proporciona una gran alegría. Si eran tan deseados por el papa, han de tener un valor muy grande.

—Son veintitrés, majestad. Trece de ellos manuscritos, cinco de los cuales son los únicos ejemplares que se conocen de la obra.

La conversación se vio interrumpida por la llegada del gentilhombre de guardia, a quien acompañaban dos monteros de Espinosa.

—Mis disculpas, señor, pero el mensajero que la ha traído dice que es… muy urgente. Viene de París. —Le mostraba una carta.

Felipe II rompió los lacres y la leyó. Arias y el gentilhombre estaban pendientes de su rostro. Pero era inescrutable.

Al fin sonrió y exclamó:

—¡Alabado sea Dios! ¡No podían ser mejores noticias en un día como este!

—Majestad…, nos tenéis sobre ascuas.

—Don Bernardino me comunica que la armada inglesa ha sufrido pérdidas muy graves. Los muertos pueden superar los veinte mil y los barcos desaparecidos medio centenar. Hay muchos otros de los que no se tiene noticia, y los que han llegado a puerto lo han hecho con tan pocos hombres que apenas podían manejarlos.

—Señor, esas pérdidas son mucho mayores que las nuestras del pasado año.

—¡Más del doble, mi buen don Benito! Volvamos al monasterio. El apóstol ha querido que llegue esta noticia el día en que celebramos su nombre. Démosle gracias.

Paradójicamente, en Londres la reina mostraba su satisfacción. Tenía varias razones. La más importante, que *sir* Robert se había conducido aquella noche como un amante fogoso, pasional y dispuesto a satisfacer todos sus caprichos. Aunque no olvidaba su fuga, decidió posponer un posible castigo. Aquellas horas habían sido tan placenteras como recordaba muy pocas.

Otro motivo de complacencia era la salida de imprenta de un opúsculo titulado *A True Coppie of a Discourse*. Sin alusión al fracaso y ocultando las acciones militares donde tan malparados resultaron, se exaltaba el valor de sus compatriotas y se mostraba un rechazo, rayano en el desprecio, de sus enemigos. Inglaterra era, gracias al tesón y valentía de sus gentes, una patria excelsa, al tiempo que en el Imperio español tenían asiento todas las maldades.

La única mancha que hacía sombra a aquella doble satisfacción era que no vería un solo ducado de los cinco millones prometidos por don Antonio de Avís, a quien se había negado a recibir. Se le había comunicado que las puertas de Whitehall no volverían a abrírsele y que su presencia en el reino no era vista con buenos ojos. La reina de Inglaterra tampoco podría poner pie en Brasil para disponer de un imperio ultramarino ni había logrado acabar con el poderío naval español. Se le había ocultado la noticia de que gran

parte de los barcos que se reparaban en Santander estaban en condiciones de hacerse de nuevo a la mar.

En la corte se corrió un tupido velo sobre lo sucedido y se mostraba un ambiente festivo para enmarañar la verdad y ponderar las virtudes de la nación, que los españoles habían humillado de forma tan grave.

Aquello contrastaba con lo que se oía en torno a las mesas de las tabernas de Southwark o de Spitalfields. Se hablaba de los que no habían vuelto de aquella empresa que se había presentado como una gran oportunidad para enriquecerse. En un tugurio cercano al puente sobre el Támesis se protestaba con gran malestar:

—¡Cinco chelines! Sólo les han dado cinco chelines, y eso que eran muy pocos a repartir.

—Tan pocos que se oye decir que apenas ha vuelto uno de cada diez.

—Un pariente de Plymouth dice que los barcos venían casi vacíos y que muchos de los que desembarcaban morían a los pocos días.

Un sujeto entrado en años, de gruesas cejas y unos ojos cuyas pupilas denotaban escasa vista, y que no soltaba el asa de su jarra de cerveza, no había abierto la boca salvo para dar de cuando en cuando un sorbo.

—¿No decís nada? —le preguntó alguien.

Dio otro trago y se pasó el dorso de la mano por una boca desdentada.

—He vivido los años suficientes como para dedicar más tiempo a escuchar lo que otros hablan. Si es verdad eso de que sólo han dado cinco chelines, mal ha ido la cosa. Pero si quienes mandan afirman que ha ido bien, lo mejor es callar o repetir lo que ellos dicen.

Capítulo LXIX

EL VIRREY, después de leer los papeles de Peniche que su secretario consideraba de interés, le dio órdenes muy estrictas.

—Son cosas muy graves y la prudencia dice que deben mantenerse en secreto, salvo que su majestad disponga otra cosa. Sacad copia de esos —indicó señalando uno de los dos montones que había sobre la mesa— y guardadlos todos en la misma arca donde vinieron para enviárselos al rey. Mandad también recado al duque de Braganza para que venga a palacio con la mayor urgencia posible.

Apenas recibió la carta, don Teodosio de Braganza envió una nota diciendo que, pasado el rigor de la tarde, acudiría con sumo gusto.

A la hora señalada llegó la carroza del duque, y el virrey, después de saludarlo como correspondía…

—Quiero que vuestra excelencia los lea antes de enviarlos a su majestad —le dijo entregándole varios pliegos—. Tomaos el tiempo que deseéis.

Alberto de Habsburgo aguardó dando pequeños sorbos al refresco que les habían servido. Comprobó cómo el rostro de Braganza se endurecía conforme leía. Cuando concluyó miró fijamente al virrey.

—¿Dice vuestra alteza que estos papeles estaban en Peniche?

—En el aposento que ocupó don Antonio en aquel castillo cuando desembarcó junto a los ingleses. Allí fueron encontrados.

—¿Cómo ha podido hacer una cosa así?

—Sólo puede explicarse porque está ofuscado por el poder.

—Hay quienes están dispuestos incluso a vender su alma al diablo. Me cuesta creer que haya llegado a tal extremo. ¡Habría sido necesario esquilmar a medio mundo para pagar esa suma! ¡Les habría entregado buena parte de Brasil! ¡Incluso estaba dispuesto a confiar el reino a los ingleses! Si hubieran controlado esas plazas fuertes…

—Por eso mismo he querido que vuestra excelencia viera esos papeles, de los que he mandado hacer copia, antes de enviárselos al rey para que disponga lo que ha de hacerse con ellos. También se lo comunicaré al arzobispo y a don Cristóbal de Moura.

—Os lo agradezco, alteza. Os lo agradezco mucho. Vivimos un tiempo en que se quieren vender mentiras por verdades y las falsedades corren de boca en boca por plazas y mercados como los conejos por los sembrados.

—Y hay quienes con la astucia de los zorros buscan hacerse dueños de los gallineros para ser amos y señores de lo que no les corresponde.

Al día siguiente el arca viajaba hacia España en un carruaje protegido por una fuerte escolta.

Alonso había sido invitado por doña Benedita a la comida preparada en aquella casa para celebrar la victoria. Don Francisco tenía noticia, pese al cuidado del virrey en que todo se mantuviera en secreto, de lo que ya empezaba a conocerse como «los papeles de don Antonio». Su alteza estaba de mal humor, pero tenía difícil averiguar quién había divulgado lo que se decía en aquellos pliegos. Además del capitán que los había encontrado en Peniche, eran conocedores del asunto su secretario, quienes habían hecho copias de los originales, don Cristóbal de Moura, el duque de Braganza y el arzobispo. Un secreto compartido entre tantos era imposible de mantener.

Desde la víspera, doña Benedita no había dejado de impartir instrucciones. Mandó a Antonia al mercado de la plaza del Rossio a comprar dos capones bien cebados, que serían el plato principal. Su hermano ignoraba que la invitación a Alonso era porque, siguiendo indicaciones de fray Gaspar, iba a pedirle permiso para desposar a Leonor.

—Estoy muy nerviosa, tía. ¿Creéis que mi padre dejará de poner obstáculos?

—Tiene la cabeza tan dura como el pedernal. Cuando se le mete entre ceja y ceja algo… Ya fue mucho que aceptara que no entrases en las clarisas, aunque sigue recelando. Cree que no cumplir el juramento que hizo es una falta muy grave. Se ha valido de toda clase de ardides para retrasar tu casamiento. Por eso he dispuesto que se celebre esta comida. Las cosas suelen verse de color diferente ante los manteles, pero, como tengo dudas…, ¿sabéis quién más vendrá?

—¿Además de don Alonso?

—Fray Gaspar.

—¿Aceptó venir a un banquete?

Doña Benedita se cuidó mucho de revelarle que el organizador de aquella comida había sido el propio fraile cuando Leonor le dijo que Alonso pensaba pedirla a su padre en matrimonio, y se limitó a sonreír.

Poco antes de la hora del almuerzo llegó el dominico, sorprendiendo a don Francisco.

—Ignoraba que vuestra paternidad fuera a compartir con nosotros la mesa.

—Excelencia, celebro como el que más que los ingleses hayan largado velas.

—Vuestro aviso fue providencial, paternidad. Si aquella noche los ingleses se hubiesen colado… Lo tenían todo bien preparado. ¡Nunca se os agradecerá bastante!

La campanilla de la puerta anunció la llegada de Alonso. Vestía un jubón negro y en el pecho lucía la cruz de la Orden de Cristo, de la que ya era caballero. El virrey, en nombre de Felipe I de Portugal,

que era maestre de la orden, le había otorgado aquel honor. Las calzas blancas, al igual que los abombados greguescos, realzaban su figura. Se destocó el bonete cuando saludó a doña Benedita, que le susurró al oído que nada planteara a su hermano hasta los postres. Cruzó una mirada con Leonor antes de pasar al gabinete donde don Francisco departía con fray Gaspar.

—¡Ha llegado don Alonso! Enseguida pasaremos al comedor, donde se está acabando de disponer todo.

En la mesa no faltaba detalle: mantel de hilo, platos de porcelana de Macao, finas copas de cristal veneciano y cubiertos de plata incluyendo tenedores, que ya empezaban a ser comunes en las mesas más selectas.

Se sirvieron unos entrantes —hojaldres rellenos de carne, pequeños trozos de bacalao enharinados y fritos, empanadillas y huevos de codorniz sobre rebanadas de pan—, y los platos principales eran hermosos lomos de lenguado con salsa de almendras y gruesas lonchas de capón asado al horno con hierbas aromáticas, todo ello regado con un excelente vino. Los postres eran finísimos barquillos de canela rellenos de crema y unos mazapanes espolvoreados de azúcar finamente triturada y pasada por el tamiz.

Se habló de los papeles de don Antonio, a quien don Francisco tachó de felón y dedicó duros improperios:

—¡No disimula que es un bastardo ni que por sus venas corre la sangre de su madre! ¡La de una judía!

Mascarenhas se mostraba satisfecho como anfitrión, aunque el alma de aquella celebración había sido la tía de Leonor. Degustaban un cordial obtenido de la destilación de diferentes hierbas maceradas cuando doña Benedita hizo a Alonso la señal convenida.

—Excelencia, quiero agradeceros el poder haberme sentado a vuestra mesa para festejar la derrota de los ingleses. Celebrar las victorias es tan importante como saber asumir las derrotas…

—Medidas palabras, alférez. —Don Francisco casi siempre se dirigía a Alonso por su grado militar.

—Deseo pediros algo que las circunstancias han pospuesto más de lo que hubiera sido mi deseo. Solicito a vuestra excelencia poder

desposar a vuestra hija, dado que el peligro que se cernía sobre nosotros ha pasado.

Mascarenhas iba a responder cuando fray Gaspar exclamó:

—¡Alabado sea el Santísimo! ¡La felicidad llenará esta casa!

Doña Benedita, según el plan trazado por el dominico, también intervino:

—Querido hermano, si mi sobrina acepta, estoy convencida de que no tendréis inconveniente en que un caballero como don Alonso se convierta en miembro de la familia. —Para rematar añadió—: Yo correré con todos los gastos, incluida la dote de mi sobrina.

—No… no tengo claro si Leonor… —Mascarenhas estaba desconcertado—. Hice un juramento y eso es algo que liga de por vida. No he dejado de dar vueltas a ese compromiso en todo este tiempo.

—Tampoco yo, don Francisco —dijo fray Gaspar.

—¡No sois vos quien ha de tomar esa decisión! —Mascarenhas había alzado la voz—. ¡Soy yo quien empeñó su palabra!

—Así es. Justo como acabáis de decir.

Alonso asistía atónito a la escena y Leonor estaba a punto de romper a llorar. Quien parecía mantener la calma era doña Benedita, tal era su confianza en fray Gaspar, quien le había asegurado que tenía en su mano la posibilidad de que su hermano diera el brazo a torcer en el asunto del casorio.

—Excelencia, ¿podríamos mantener una conversación en privado?

—¡Si vuestra paternidad va a decirme otra vez que…!

—Voy a proponeros una solución que tranquilice vuestro espíritu, dé sosiego a vuestra alma atormentada y permita que ellos puedan hacer realidad su deseo.

—¡Una cosa y otra no son compatibles! —gruñó don Francisco.

—Como acabo de deciros, no he dejado de pensar en esta cuestión. No olvidéis que soy el confesor de vuestra hija y que mi aprecio por don Alonso no ha hecho más que crecer desde que lo conocí.

—¡También yo lo aprecio! Sabed que esa cruz que luce en su pecho, por la que muchos suspiran, fui yo quien la propuso y quien instruyó el expediente como comendador de la orden.

Se hizo un breve silencio. Nadie se esperaba aquello.

—Razón de más para que hable con vuestra excelencia… privadamente.

Se encerraron en el gabinete mientras en el comedor la tía Benedita hablaba de cosas banales para distraer a Alonso y las angustias de su sobrina. El tiempo transcurría sin recibir señal alguna de lo que estuviera ocurriendo. Departían en tono tan bajo que nada se oía. Era extraño, porque su hermano raramente hablaba con voz queda, y el dominico, acostumbrado a predicar, solía alzarla más de lo habitual.

—No sé de qué estarán hablando —protestó doña Benedita—. Llevan… ¡más de una hora!

Trascurrió otra media antes de que aparecieran por el comedor.

Don Francisco, con el semblante serio, se dirigió a Alonso.

—Alférez, tengo que hablaros. Acompañadme. —Una vez más se dirigía a él poniendo distancia.

Se encerraron en el gabinete de don Francisco. Aquello no presagiaba nada bueno.

Doña Benedita no perdió un segundo:

—¡La espera se nos ha hecho eterna! Y ahora mi hermano… Paternidad, decidme, ¿qué ha pasado? ¿Qué os traéis entre manos?

—Calmaos, mi señora doña Benedita. Don Francisco es hueso duro de roer, pero sabed que todo discurre según el plan previsto.

Leonor frunció el ceño.

—¿Qué es eso del plan previsto?

—Creo que lo mejor es que vuestra paternidad nos lo explique de una vez. Sólo sé lo que me habéis querido contar. Andamos a ciegas. —Doña Benedita miró a su sobrina y le explicó—: No he organizado esta comida porque les hayamos dado su merecido a esos herejes. Lo he hecho por indicación de fray Gaspar. Me dijo que deseaba hablar con vuestro padre y que don Alonso estuviera presente.

—Será lo mejor. Pero… ¿podríais servirme otra copita de ese cordial?

Fray Gaspar les expuso que, después de muchas lecturas y de devanarse los sesos, decidió escribir al tío de Alonso para que, dada su alta posición en la orden, y al ser confesor de Felipe II, elevara, si lo tenía a bien, una consulta a Roma sobre la obligatoriedad del cumplimiento de un juramento hecho en circunstancias especiales y que comprometía a otra persona.

—A fray Diego de Chaves no le dije que el caso afectaba a su sobrino.

—¿Qué… qué dice el papa? —Leonor estaba cada vez más nerviosa.

—¿Cuál es la respuesta de Roma? —Doña Benedita no podía imaginarse que aquello hubiera llegado a la mismísima Santa Sede.

—Roma, como suele hacer, no quiere comprometerse. Pone una vela a Dios y otra al diablo…

—¡Fray Gaspar! —se escandalizó la tía.

—Quiero decir que nada y guarda la ropa.

—Así que… ¿el papa no se ha pronunciado?

—Lo ha hecho, dejándolo en manos del arzobispo de Toledo, el cardenal Quiroga, cuya relación con fray Diego de Chaves es… poco amigable.

—Entonces…

—Como antes he dicho, no mencioné para nada el nombre de don Alonso. El cardenal ha dado una solución que he explicado a vuestro padre.

—¿Tanto tiempo habéis necesitado?

Fray Gaspar soltó un suspiro.

—Ya os he comentado que vuestro hermano es un hueso duro de roer. Ha estado descargando su conciencia…

—¿Lo habéis estado confesando? —Doña Benedita iba de sorpresa en sorpresa.

—Así es, y os aseguro que la confesión ha sido larga.

—¡No necesita vuestra paternidad decirlo! Pero… ¿qué dice ese cardenal?

En aquel momento aparecieron don Francisco y Alonso en el comedor.

—Sentaos. —Fue casi una orden lo que salió de la boca de Mascarenhas—. Tengo que comunicaros algo muy importante.

Capítulo LXX

LEONOR y su tía Benedita estaban pendientes de lo que don Francisco pudiera decir. Pero, cuando se sentó, hizo primero una pausa para servirse una generosa cantidad de aquel cordial que se había servido tras la comida.

—Fray Gaspar, que es hombre de mucho mundo, me ha mostrado una cedulilla que le ha mandado don Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo, que es también príncipe de la Iglesia. Se trata de persona muy docta en cuestiones de moral y se le ha planteado el grave dilema que atormenta mi conciencia. Por una parte, tengo obligación de cumplir una promesa porque estoy atado por un juramento. Lo hice en unas circunstancias muy difíciles, al encontrarse en juego vuestra vida —dijo mirando a su hija— y la de vuestra madre. Me planteaban elegir entre una u otra. Juré que entraríais en religión si Dios Nuestro Señor os salvaba a ambas. Así ocurrió. Han transcurrido muchos años, tantos como tenéis, durante los cuales guardé silencio de lo prometido hasta que entendí que había llegado el momento de cumplirlo. Lo hice acuciado al comprobar que vuestro corazón empezaba a pertenecer a un hombre del que lo desconocía todo. Ese hombre es don Alonso de Sandoval. No me molesté en indagar sus raíces familiares porque daba por descontado que, en cumplimiento de la promesa que hice, entraríais en religión. Planteé vuestro ingreso en las clarisas y discutí con la priora de la Madre de Dios cuál había de ser vuestra dote…

Dio un nuevo sorbo al cordial y doña Benedita aprovechó para intervenir:

—Abreviad, hermano; vuestra hija y yo estamos sobre ascuas.

—Entended que necesito desnudar mi alma después de tantos años y dudas como han conturbado mi espíritu. Como iba diciendo, pacté la dote. He de decir que me pareció excesiva, porque la priora entendía que mis recursos eran mucho mayores de lo que en realidad son. Eso nos llevó a una complicada negociación. Ocurrió entonces que fray Gaspar, que dirige espiritualmente a mi hija, me planteó que tenía serias dudas acerca de que ella tuviera la obligación de asumir el compromiso adquirido por mí. Si por un lado dudaba de la obligación de una persona de dar cumplimiento a lo prometido por otra, el cuarto de los mandamientos de la ley de Dios rige honrar al padre y a la madre. Me dijo que mi hija deseaba ser desposada por don Alonso de Sandoval. Le respondí que no había lugar a ello porque Leonor debía entrar en religión. Un suceso ajeno a este asunto me llevó a Torres Vedras y allí conocí a fray Humberto de la Encarnación, prior de los dominicos de aquella localidad, donde pernocté una noche.

—Fue la mano de Dios la que os guio hasta allí —lo interrumpió fray Gaspar.

—Es posible… Tuve una larga conversación con él sobre esta cuestión. Me dijo que la deuda de la promesa, al salvarse la vida de la madre y de la hija, quedaba contraída. No veía mal en ello, aunque sí me afeaba el no habérselo dicho a Leonor cuando afectaba a sus sentimientos. También me dijo que tenía dudas acerca de la obligación del cumplimiento por parte de mi hija de un compromiso que ella no había contraído. Entonces, hecho un mar de dudas, aparecisteis vos. —Miró a su hermana.

—Otra vez la mano de Dios.

Mascarenhas suspiró.

—Déjeme vuestra paternidad concluir. Vos, hermana, supisteis que mi falta de recursos me llevaba a negociar punto por punto la dote y descubristeis la principal causa de ello. —Ahora era Leonor quien lo observaba sorprendida porque desconocía la escasez de

medios a que aludía su padre—. Como vos estáis al tanto y también fray Gaspar, con quien acabo de descargar mi conciencia —continuó mirando a su hija—, sabed que he mantenido una relación con una cortesana llamada *Diamantina*, a la que he visitado durante años y con la que he gastado grandes sumas.

—¿Habéis sido asiduo de *Diamantina*? —Leonor se había llevado la mano a la boca.

—Veo que habéis oído hablar de ella.

—¡Padre, es la cortesana más famosa de Lisboa!

—Después de que muriera vuestra madre acudí a su lecho con frecuencia durante varios años. Debéis saber que dejé de visitarla hace muchos meses y que vuestra tía, que lo averiguó muy pronto, ha sido vuestro ángel valedor. Se mostró dispuesta a hacer frente al compromiso que yo había adquirido con la priora de las clarisas de pagar vuestra dote para que mi nombre no quedara manchado por un incumplimiento, aunque no ingresarais en religión. Otro defensor de vuestros sentimientos hacia don Alonso ha sido fray Gaspar. Era conocedor de mis dudas, y para despejarlas es por lo que ha removido influencias hasta conseguir esa cedulilla firmada por un cardenal en la que propone una solución para mis dilemas de conciencia.

—¿Cuál es? —Doña Benedita no se había podido contener.

Don Francisco dio otro trago al cordial.

—Decídselo vos, fray Gaspar.

—El cardenal dice que, entendiendo que los juramentos requieren su cumplimiento, y también que el cumplimiento por persona ajena a quien hace el juramento no obliga a dicha persona, propone que quien lo hizo lo cumpla siempre y cuando esté en condiciones de hacerlo, y que si tal condición…

Doña Benedita lo interrumpió, mirando a su hermano:

—¿Eso… eso significa que si vos profesáis el juramento quedaría cumplido?

—Así es, mi señora —respondió fray Gaspar.

El silencio se apoderó del comedor. Leonor estaba asustada y su tía no apartaba la vista de don Francisco. Los pensamientos pasaban

a gran velocidad por su cabeza. Había sido un hombre de mundo y desempeñado uno de los cargos más importantes del reino. Fue virrey de la India. Participó en grandes empresas y había gastado una fortuna en fornicar con la puta más famosa de Lisboa. No estaba hecho para la vida conventual. Era un buen cristiano, pero nunca había sido rezador. No podía imaginárselo orando en maitines, vísperas y completas.

La voz de Mascarenhas sonó solemne:

—Don Alonso me ha dicho que su mayor deseo es desposar a mi hija y sé que ella quiere lo mismo. Este es un matrimonio por amor, como el mío con vuestra madre —dijo mirando a Leonor, cuyos ojos habían empezado a brillar—, y si un cardenal de Roma asegura que mi entrada en religión resuelve el impedimento para que esa unión se haga realidad, he decidido que así sea. Fray Gaspar allanará mi ingreso en el convento de los dominicos y he comunicado a don Alonso de Sandoval que cuenta con mi bendición para desposar a mi hija.

Leonor rompió a llorar y doña Benedita se abrazó a su hermano. Fray Gaspar sonreía y Alonso permanecía inmóvil. Don Francisco le había prometido que, si no cumplía como un caballero, saldría del convento para ajustar cuentas con él. No necesitaba que le explicasen lo que significaba una promesa para el antiguo virrey. Antonia, que no había perdido detalle pegando la oreja a la puerta, no disimulaba su alegría y espantaba a la servidumbre de la casa, que estaba deseosa de saber.

—¡Son buenas noticias! ¡Vamos, cada cual a su faena! ¡Hay muchos platos que fregar y muchas cosas que limpiar!

Se fijó la fecha para las velaciones y desposorios. Sería el quince de agosto, fecha en que la Iglesia celebraba la Asunción de la Virgen.

Ese día, tras llevar a su hija al altar, don Francisco de Mascarenhas iniciaría su noviciado.

La mañana de la Asunción lucía un sol espléndido sobre un inmaculado azul en el cielo de Lisboa. Doña Benedita no había escatimado un ducado para que la boda resultara espléndida: a la

luminosidad de la jornada se sumaban los dos centenares de cirios de cera que hacían refulgir el templo. La ceremonia, oficiada por fray Gaspar de las Santas Espinas, se vio realzada por la asistencia del virrey, lo que arrastró al templo a lo más granado de la nobleza y grandes cargos del reino.

Entre los presentes no podían faltar la dueña de Leonor y Lope de Vega, que hacía de lazarillo de Lucía. Antonia no dejaba de sorberse las lágrimas y Lope de pensar en que las noches con Violante llegaban a su fin. Tenía que regresar con su esposa doña Isabel de Alderete, aunque aquel romance vivido en Lisboa quedaría para siempre fijado en su mente y ligado al soneto que le había dedicado. Llevaba además entre sus papeles muchas notas tomadas en las duras jornadas vividas a bordo del *San Juan*. Algún día escribiría algo sobre la Gran Armada.

En El Escorial, Felipe II volvía a leer los papeles llegados de Lisboa. Lo había hecho tantas veces que perdió la cuenta. Le costaba trabajo creer lo que don Antonio de Avís prometía a los ingleses con tal de ocupar el trono: una fortuna que arruinaría al país y parte de Brasil, pero lo peor era admitir guarniciones inglesas en las principales fortalezas del reino, a las que incluso se comprometía a sostener. Aquello era vender Portugal.

¿Cómo había podido aceptar algo así? Dejar en manos de extranjeros lugares tan estratégicos era inconcebible: los castillos de Cascaes, San Julián de la Barra, la Torre de Belém y las fortalezas de las plazas de Caparica, Otón, San Felipe, Oporto y Coímbra. También autorizaría el uso del puerto de la capital si fuera necesario para luchar contra los españoles. Eso habría permitido a los ingleses controlar el estuario y la salida de Lisboa hacia el océano, establecerse con facilidad en las Azores y atacar las flotas de Indias…, algo de una gravedad tal como no podía imaginarse. Se secó el sudor de su frente y guardó aquellos papeles y bajó a la iglesia a dar gracias a Dios por haber proporcionado una derrota de tan grandes dimensiones a aquellos herejes.

En París, don Bernardino de Mendoza escribía diariamente al monarca español sobre lo que acontecía en Francia, como testigo de

los momentos de gran agitación que vivía aquel reino: el rey Enrique III había sido asesinado en el palacio de Saint-Cloud por un dominico llamado Jacques Clément, que lo apuñaló.

Majestad, se dice por aquí que las últimas palabras del rey fueron: «¡Malvado monje, me has matado!». Llegó hasta don Enrique con la excusa de entregarle un mensaje. Los guardias acudieron a toda prisa y acabaron con la vida de Clément, cuyo cadáver, tras atar sus miembros a cuatro caballos, se descuartizó públicamente. Después los pedazos fueron arrojados a una hoguera y las cenizas echadas al río.

La situación es muy complicada: los hugonotes han proclamado rey al Borbón porque don Enrique ha muerto sin descendencia, lo que supone el final de la casa de Valois.

En otro orden de cosas, comunico a Vuestra Majestad que en Londres se insiste en presentar la catástrofe que ha supuesto la expedición que organizaron contra nosotros como un gran éxito. Ha llegado a mis manos un panfleto titulado A True Coppie of a Discourse, escrito por un tal Anthony Wingfield, que es una sarta de mentiras.

Don Bernardino dejó por un momento de escribir. En su última carta, David le había comunicado lo que se decía en el círculo próximo a don Antonio de Avís, que había decidido abandonar Inglaterra y marcharse a Francia. Le daba noticia confirmada de que en la armada que buscó apoderarse de Lisboa habían partido más de veintisiete mil hombres, que eran ciento noventa los barcos que zarparon de Plymouth y que, aparte de los caballeros y sus criados, no llegaban a cuatro mil los que habían regresado. Los muertos sumaban más de veinte mil. Le confirmaba que los navíos hundidos eran más de cincuenta y los desaparecidos treinta, y que se daba por perdida la mayor parte de ellos porque llevaban días sin que ninguno arribara a puerto.

Mojó el cálamo y continuó escribiendo:

Sería muy conveniente, si V. M. lo considera oportuno, hacer frente a la propaganda de esos herejes que pretenden convertir el día en noche según sus intereses. Con demasiada frecuencia, señor, no queda noticia verdadera de lo ocurrido, sino de la narración que se hace de ello. En mis años en Londres pude comprobar cómo las gentes de esa nación ocultan todo aquello que no les resulta favorable y cuentan las cosas de manera que ellos salen favorecidos, apareciendo como personas virtuosas y merecedoras de toda clase de elogios cuando la realidad es muy diferente. Construyen relatos de lo acaecido que distan mucho de la verdad. Divulgan por todas partes que somos gentes malvadas y presentan como siniestras todas nuestras acciones. Me permito decir a V. M. que es de suma importancia dar gracias a Dios y también celebrar con festejos los buenos aconteceres, pero que no se debe descuidar publicar los hechos y dejar memoria de lo ocurrido, porque la posteridad sólo sabrá de ellos por lo que quede escrito. Podría ocurrir, caso de no hacerlo, que lo que se afirme en los venideros siglos no se ajuste a la verdad de lo realmente sucedido. Esa es una batalla que no debemos perder por razones tan grandes e importantes que no necesito comentar a V. M.

En París, a quince días del mes de agosto, en que se celebra la Asunción al cielo de Nuestra Señora, del año de mil y quinientos ochenta y nueve.

Besa vuestra mano,

Bernardino de Mendoza

Adjunto a V. M. con estas letras un ejemplar del panfleto al que me he referido.

Pocos días después Felipe II leía aquella carta y, tras dejarla con cierta desgana sobre la mesa, se retrepó en el sillón. Aunque estaba

solo en su gabinete bisbiseó, como si se hablara a sí mismo:

—Seguiremos siendo, al menos por unos años más, los dueños del mundo.

Cabra, a veintisiete días del mes de mayo de 2026

Dramatis personae

*Los personajes de ficción se identifican con un **

ACUÑA VELA, Juan de: proveedor general de la Gran Armada.

ANTONIA:* dueña de Leonor de Mascarenhas.

ARIAS MONTANO, Benito: bibliotecario de Felipe II.

AVÍS, Antonio de: hijo del infante don Luis y prior de Crato. Disputó a Felipe II el trono de Portugal.

BASTIÁN, don:* asiduo de A Casa dos Passarinhos.

BAZÁN, Alonso de: almirante de las galeras que defienden Lisboa.

BAZÁN, Álvaro de: marqués de Santa Cruz, marino español, capitán general de la Gran Armada.

BENEDITA:* tía de Leonor de Mascarenhas.

BERTENDONA, Martín de: marino español, almirante de una de las escuadras de la Gran Armada.

BRITO, Duarte:* escribano, partidario de don Antonio de Avís.

CONDE DE FUENTES: militar al servicio de Felipe II, en 1588 – 1589 en Lisboa.

COUTO, Diogo:* asiduo de A Casa dos Passarinhos.

CROWN, Alexander,* conocido como el relojero de Alfama: enviado inglés en Portugal.

CUNHA, Joao:* impresor de Coímbra, partidario de don Antonio de Avís.

DAVID: nombre en clave de Manuel de Andrade, espía en Londres para don Bernardino de Mendoza.

DEVEREUX, Robert: conde de Essex, amante de Isabel I.

DIAMANTINA:* cortesana de lujo que ejerce en Lisboa.

DOURADO, el:* apodo de Pedro de Cobes, asiduo de A Casa dos Passarinhos.

DRAKE, Francis: pirata inglés, armado caballero por Isabel I de Inglaterra.

DUQUE DE MEDINA SIDONIA: capitán general de la Gran Armada tras la muerte de don Álvaro de Bazán.

ESTUARDO, María: reina de Escocia, ajusticiada por Isabel I.

FARINHAS:* asiduo de A Casa dos Passarinhos.

FARNESIO, Alejandro: duque de Parma, gobernador de Flandes. Aguarda con sus tropas la llegada de la Gran Armada.

FELIPE II: rey de España.

FLORES DE VALDÉS, Diego: marino español, almirante de una de las escuadras de la Gran Armada.

FRAY DIEGO DE CHAVES: confesor de Felipe II, tío de Alonso de Sandoval.

FRAY GASPAR DE LAS SANTAS ESPINAS:* fraile dominico. En su vida de seglar, Fernando Lozano.

FRAY HUMBERTO DE LA ENCARNACIÓN:* prior del convento dominico de Torres Vedras.

GOMES, Afonso:* herrero, partidario de don Antonio de Avís.

GÓMEZ DE MEDINA, Juan: marino español, almirante de una de las escuadras de la Gran Armada.

GUZMÁN, Enrique de: conde de Olivares, embajador de Felipe II ante la Santa Sede.

HABSBURGO, Alberto de: virrey de Portugal.

HATTON, Cristopher: *lord* canciller de Isabel I.

HAWKINS, John: marino inglés, almirante de la armada inglesa.

HOWARD, Charles: marino inglés, almirante en jefe de la armada inglesa.

IDIÁQUEZ, Juan de: secretario de Felipe II. Jefe de la red de espías.

ISABEL I: reina de Inglaterra.

LOZANO, Fernando:* nombre seglar de fray Gaspar de las Santas Espinas.

LUCÍA:* ama de llaves de Alonso de Sandoval.

LUPERCIO:* compañero de aventuras de Fernando Lozano, con fama de alquimista.

MARGLIANI, Giovanni: conde de los Cuatro Valles, diplomático de Felipe II. Negocia una tregua con los turcos.

MARQUÉS DE CERRALBO: capitán general de Galicia en 1588 – 1589.

MARTÍNEZ DE LEYVA, Alonso: general de las tropas embarcadas en la Gran Armada.

MARTÍNEZ DE RECALDE, Juan: marino español, almirante general de la Gran Armada a las órdenes del duque de Medina Sidonia.

MASCARENHAS, Francisco de: exvirrey de la India, capitán de la guardia.

MASCARENHAS, Leonor de:* hija de don Francisco de Mascarenhas. Enamorada de Alonso de Sandoval.

MENDOZA, Bernardino de: embajador de Felipe II en París. Mantiene una red de espías en Londres.

MEXÍA, Agustín de: maestre de campo, participa en la defensa de La Coruña.

MONSALVE, capitán: defensor de La Coruña.

MORALES, Ambrosio de: clérigo y bibliotecario, autor de la *Crónica General de España.*

MOURA, Cristóbal de: noble portugués al servicio de Felipe II.

NIÑO DE ZÚÑIGA, Gabriel: maestre de campo que defiende Lisboa.

NORRIS, John: general del ejército embarcado en la Contra Armada.

OATES:* enviado inglés en Portugal.

OQUENDO, Miguel de: marino español, almirante de una de las escuadras de la Gran Armada.

OTALORA, Juan de: oidor de la Real Audiencia de La Coruña. En su casa muere el almirante Martínez de Recalde.

PEREIRA, Luís:* asiduo de A Casa dos Passarinhos.

PETRA,* conocida como la *Agorera*: famosa vaticinadora lisboeta.

PITA, María: heroína, participa en la defensa de La Coruña.

SAILOR:* enviado inglés en Portugal.

SANDOVAL, Alonso de:* militar, sobrino del confesor de Felipe II. Enamorado de Leonor de Mascarenhas.

SOUSA, Diogo:* aguador, partidario de don Antonio de Avís.

STAFFORD: embajador de Isabel I en París. Espía para don Bernardino de Mendoza.

TOLEDO, Francisco de: maestre de campo, defensor de La Coruña.

TRONCOSO, capitán: defensor de La Coruña.

VÁZQUEZ DE LECA, Mateo: secretario de Felipe II.

VEGA Y CARPIO, Félix Lope de: escritor, soldado de la Gran Armada. Mantiene una relación sentimental con Violante.

VIOLANTE:* sirvienta en casa de Alonso de Sandoval. Mantiene una relación sentimental con Lope de Vega.

WALSINGHAM, Francis: secretario de Estado de Isabel I.

ZAYAS, Gabriel de: secretario de Felipe II.

Bibliografía

ALTAMIRA, Rafael: *Ensayo sobre Felipe II, hombre de Estado: Su psicología general y su individualidad humana*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2010.

CABRERA DE CÓRDOBA, Luis: *Historia de Felipe II, Rey de España*. Edición de la Junta de Castilla y León, Salamanca, 1988.

CARLOS, Luis de: *Alexander. La extraordinaria historia de Alejandro Farnesio*. Crítica, Barcelona, 2018.

CARNICER, Carlos y MARCOS, Javier: *Espías de Felipe II. Los servicios secretos del Imperio español*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.

CORRAL, José del: *La vida cotidiana en el Madrid del siglo XVI*. Ediciones La Librería, Madrid, 2002.

DAVIÑA SÁINZ, Santiago: *La Coruña: Nuevos relatos sobre el cerco de 1589*. Publicaciones Arenas, La Coruña, 1997.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: *El Antiguo Régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias*, vol. III de la «Historia de España». Alianza Editorial, Madrid, 1973.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: *Felipe II y su tiempo*. Espasa Calpe, Madrid, 1999.

—, *La Sociedad Española en el Siglo de Oro*. Gredos, Madrid, 1989.

FERNÁNDEZ URRESTI, Mariano: *Felipe II y el Templo del rey Salomón: La historia secreta de El Escorial*. Almuzara, Córdoba, 2024.

GÓMEZ BELTRÁN, Antonio Luis: *La Invencible y su leyenda negra*. Arin 2013 Ediciones, Málaga, 2013.

GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, Carlos: *Felipe II, la empresa de Inglaterra y el comercio septentrional (1566 – 1609)*. Editorial Naval, Madrid, 1988.

GORROCHATEGUI, Luis: *Contra Armada*. Crítica, Barcelona, 2020.

KAMEN, Henry: *España y la creación de la Europa moderna. Siglos XVI-XVIII*. Espasa Calpe, Madrid, 2024.

MARTÍNEZ MILLÁN, José: *La corte de Felipe II*. Alianza Editorial, Madrid, 1999.

—, *El rey imprudente. La biografía esencial de Felipe II*. Planeta, Barcelona, 2014.

PARKER, Geoffrey: *Felipe II. La biografía definitiva*. Planeta, Barcelona, 2010.

PARKER, Geoffrey y MARTIN, Colin: *La Gran Armada*. Planeta, Barcelona, 2023.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Agustín Ramón: *Álvaro de Bazán. Capitán General del mar Océano*. Edaf, Madrid, 2010.

VV. AA.: *Contraarmada. El contraataque inglés 1589*. Desperta Ferro Ediciones, Madrid, 2025.

VV. AA.: *La Armada Invencible. Verdades y mentiras de la mayor flota de la historia*. Muy Interesante, Madrid, 2023.

VV. AA.: *La Gran Armada y la empresa de Inglaterra*. Desperta Ferro Ediciones, Madrid, 2019.

Nota del autor

EL IMPERIO en la tormenta es una novela histórica en la que me he tomado algunas licencias en cuanto a alguna temporalidad y algún otro detalle menor. He procurado ser fiel al desarrollo de la historia de la Gran Armada —su nombre completo fue Grande y Felicísima Armada, nombre que en el texto he simplificado— que, por orden de Felipe II, partió de Lisboa en la primavera de 1588. La muerte de don Álvaro de Bazán, a quien había encomendado su mando —el rey no había aceptado sus planteamientos de que las tropas que invadirían Inglaterra saliesen ya embarcadas de Lisboa—, llevó al nombramiento como capitán general de un hombre con escasa experiencia como marino. He buscado tratar con equidad la maltratada figura de don Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medina Sidonia, a quien Felipe II, en contra del deseo del propio Pérez de Guzmán, encomendó el mando de aquella armada, que dirigió cumpliendo de forma estricta las órdenes del monarca. Esa Gran Armada no consiguió su objetivo de embarcar los tercios de infantería que, a las órdenes de Alejando Farnesio, aguardaban en la costa flamenca para cruzar el canal de la Mancha. He tratado de reflejar que la propaganda inglesa —bautizó, con no poca sorna, aquella armada como la *Invencible*— difundió haberla derrotado. No es cierto. No se atrevieron en diferentes ocasiones a presentar combate, limitándose a atacar aquellos barcos que, por alguna circunstancia, quedaban aislados y resultaban presas fáciles. Los

ingleses, como en otras ocasiones, ocultaron sus pérdidas en esos enfrentamientos.

El fracaso de la Gran Armada fue no poder cumplir el objetivo por el que se dirigían a la costa de Flandes, pero no se debió a la derrota militar que divulgó la propaganda inglesa y que ganó el relato. Impulsada por los vientos se vio obligada a navegar hacia el norte y dar la vuelta a Gran Bretaña y a Irlanda. En los acantilados de esta última isla es donde se perdió la mayor parte de los barcos, y los náufragos, que lograron ganar la costa, corrieron suertes muy diferentes, desde los que fueron ahorcados o decapitados por los ingleses a los que, con la ayuda de los irlandeses, lograron, en circunstancias muy distintas, salvar la vida. He tratado de recoger, con tintes de novela, esa situación. Buena parte de los barcos de aquella armada llegaron a puerto, maltratados y deteriorados, pero no acabaron hundidos. Principalmente lo hicieron, como se recoge en *El Imperio en la tormenta*, a Santander y La Coruña.

En esa armada estuvo Félix Lope de Vega y Carpio, embarcado en el galeón *San Juan* que mandaba Martínez de Recalde. Las vicisitudes del escritor forman parte de la ficción novelesca.

El ataque inglés de 1589, al año siguiente del fracaso de la Gran Armada, ha permanecido muchos años desconocido para el gran público y ha sido objeto, hasta fechas muy recientes, de poca atención por parte de los historiadores. Fue un estrepitoso fracaso y así lo hemos querido poner de relieve. El mando de la armada fue encomendado por Isabel I —su relación amorosa con Robert Devereux y la huida de este, embarcándose en el *Swiftsure*, ocurrieron realmente— a *sir* Francis Drake, mientras que el del ejército que transportaba fue puesto bajo las órdenes de *sir* John Norris. Aquella empresa, que buscaba asestar un golpe mortal al Imperio español, se saldó con un descomunal fracaso. No llegaron a Santander, que era donde se restauraban la mayor parte de los barcos, con el objetivo de destruirlos. Fracasaron frente a La Coruña, de la que intentaron apoderarse, sin conseguirlo. El episodio de María Pita es histórico, aunque aparece novelado. También fracasaron en su intento de apoderarse de Lisboa y de entronizar a

don Antonio de Avís, que había hecho una oferta, económica y territorial, verdaderamente vergonzosa, a cambio de la ayuda para satisfacer sus ambiciones. Son históricas, aunque están tratadas en forma novelada, las graves diferencias entre Norris y Drake. Este último ancló su escuadra a la entrada del estuario del Tajo y no atacó Lisboa por el río. El hambre y las enfermedades que afectaron al ejército inglés fueron reales y colaboraron decisivamente en su derrota. A la pérdida de numerosos barcos se añadió la muerte de más de veinte mil hombres —aproximadamente el doble de los españoles que perdieron la vida en la expedición contra Inglaterra—. Son cifras que los ingleses procuraron ocultar.

En su retirada, saquearon, destruyeron e incendiaron localidades y templos portugueses. Atacaron e incendiaron Vigo, que entonces era una pequeña aldea de pescadores, y fueron derrotados por el conde de Salvatierra, que ahorcó a todos los prisioneros a la vista de Drake.

Don Francisco de Mascarenhas es un personaje histórico, no así su hermana Benedita ni su hija Leonor. Igualmente son personajes de ficción fray Gaspar de las Santas Espinas y Alonso de Sandoval. No existió el relojero de Alfama, pero hubo numerosos espías ingleses en la Lisboa de la época y los apoyos que don Antonio de Avís tenía entre las clases populares eran importantes. Es cierto el intento inglés de entrar en Lisboa a través del convento de los trinitarios, que fue abortado por los españoles.

El Imperio en la tormenta combina los elementos históricos con los de ficción que he procurado encajar en la época. En la obra, he tratado de recoger dos acontecimientos que tuvieron lugar en un corto espacio de tiempo: el proyecto fracasado de invadir Inglaterra, diseñado por Felipe II, sobradamente conocido, y el ataque inglés del año siguiente, igualmente fracasado y con resultados desastrosos, poco conocido y casi ocultado, como ha sucedido con otros hechos luctuosos de la historia de Inglaterra.

Agradecimientos

EL IMPERIO en la tormenta debe mucho a un conjunto de personas que me han ayudado a lo largo de los meses en que he trabajado para verla convertida en el libro que el lector tiene hoy en sus manos. En primer lugar, a Guillermo Chico de la Serna, director general de HarperCollins Ibérica, por asumir el proyecto de novelar la Gran Armada de Felipe II, la mal llamada Invencible, y la denominada Contra Armada inglesa. También por haberme aportado alguna idea sumamente valiosa. A mi editora Elena García-Aranda, que se mostró entusiasmada con el planteamiento que le hice de cómo construir la novela. Asimismo, por el trabajo realizado para perfilar algunos detalles que han permitido darle agilidad al resultado final.

Al capitán de navío, José García Velo, por revisar los términos navales que aparecen a lo largo del texto, corregir los errores de terminología náutica y denominar las cosas por el nombre que tienen en el lenguaje de los marinos. También por su visita a Cabra para comentar todo ello en compañía de Nora. Si algo se ha escapado, es error de quien firma estas líneas.

A mi amigo Rafael Morales Palacios, conocedor de nuestra historia, crítico perspicaz, capaz de documentarse a fondo sobre personajes y aconteceres del hecho histórico recogido en las páginas de *El Imperio en la tormenta* para determinar y perfilar detalles.

A Cristina, mi primera lectora, por la infinita paciencia en leer, con gran detenimiento, el primer borrador y limpiarlo de muchas cosas y aconsejarme, con razón y fundamento, suprimir detalles de algunas escenas, alargar situaciones o comentar algunas cuestiones de mucha enjundia.

Es por la ayuda de todos ellos y de algunas otras personas por lo que *El Imperio en la tormenta* terminó siendo, como decía al principio, el libro que usted ha leído tal y como ha llegado a sus manos.

JOSÉ CALVO POYATO

www.conlicencia.com —Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B —Planta 18
28036 Madrid
www.harpercollinsiberica.com
© José Calvo Poyato, 2026
Autor representado por Silvia Bastos, S. L., Agencia Literaria
© 2026, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.
Diseño de cubierta: CalderónSTUDIO®
ISBN: 9788410647459
Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.X.

NOTAS

[1] Aparece en la novela *Dueños del mundo*.

[2] La carta de Howard está fechada por el calendario juliano. No se regía por el gregoriano.